

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

EL CONDESTABLE

D. ALVARO DE LUNA,

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL

DE D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Adornada con 34 grabados.



MADRID,  
GASPAR Y ROIG, EDITORES.

Calle del Príncipe, núm. 4.

1854.

EL CONDIZABLE

# D. ALVARO DE LUNA

DE D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

Adornada con 24 Grabados.



GAZPAR Y RODRIGUEZ EDITORES



EL CONDESTABLE  
**DON ALVARO DE LUNA,**

POR

**D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.**

**PRÓLOGO,**

QUE ES MUY CORTO, PORQUE SOLO SIRVE PARA DECIR CUAL FUE EL NACIMIENTO DE NUESTRO HÉROE.

D. ALVARO DE LUNA se fastidiaba, según fama, por los años de 1391 en su villa de Cañete. Es fama también que María de Cañete, mujer á quien, á falta de padres, habia prestado su apellido la villa, tenia medios, á pesar de la pobreza, para no fastidiarse nunca. D. Alvaro, señor de vasallos, ricohombre de horca y cuchillo, de pendon y de caldera, y excopero del señor rey D. Juan el Primero, entretenia sus fastidios reventando á sus perros, dando puntapiés á sus pajes y ahorcando á sus villanos. María de Cañete, que solo poseia un brial, una cabaña y unos bonitos ojos, sabia usar de tan gentil manera de estas tres cosas que, sin otro oficio conocido que bailar la zarabanda y hacerla bailar á los mozos del pueblo, vivia á sus anchas, sin poner por ello á nadie en estrecho. Todos huian de D. Alvaro; por el contrario, todos se acercaban á María.

Un día se encontraron en la ribera el poderoso señor pensativo y entristecido, y la pobre villana descuidada y alegre. D. Alvaro pensaba en que el buen rey D. Juan el Primero habia hecho muy mal en renunciar la corona en su hijo D. Enrique sin haberle traspasado con su oficio de copero, y como un mueble que se hereda, al niño Rey, aunque este, por su natural enfermizo, necesitase mas de médicos que de escanciadores; y sobrepensaba que el Rey habia hecho doblemente mal en dejarse arrojar por el caballo que fué causa de su muerte, para finar *ab-intestato*, dejando abandonados á sus buenos servidores. María no pensaba en nada, porque no tenia cuidados ni ambi-

ciones. El señor de Cañete paseaba fijando la vista distraido en los gruesos caracteres manuscritos de un viejo *in folio* de Aristóteles que llevaba abierto sobre las palmas de las manos. La muchacha adelantaba, con un cántaro en la cabeza y cantando, en direccion á la fuente.

Aconteció que, descuidada la una, y abstraído en sus pensamientos el otro, colocados sobre una misma línea y avanzando en opuestas direcciones, se encontraron, no sabemos si en buena ó en mala hora: el cántaro de la muchacha cayó y se hizo pedazos; el viejo manuscrito de Aristóteles se escapó de las manos del caballero, y fué á dar, descuadernado, en la corriente, que le arrastró consigo.

Una mujer jóven y bonita á quien se le rompe un cántaro, y un señor ni viejo ni feo á quien se le va de las manos al agua un tratado de filosofia, claro es que no debian haberse encontrado para nada: miráronse por un momento frente á frente; y el resultado de aquella mirada fué que el señor de Cañete, que era un tanto agorero y leido, simbolizó el cántaro roto; y que la muchacha, que no era leida ni agorera, pero sí ladina, conoció que sus ojos tenian una virtud de género no dudoso para los del noble caballero. Sonrióse la chica, mostrando dos hileras de dientes, que nosotros, siguiendo una costumbre establecida, no tenemos reparo en llamar perlas. El señor de Cañete plegó el poblado entrecejo, y olvidó de todo punto la filosofia. Ella habia roto su cántaro, y nada tenia que hacer en la fuente; él habia perdido su libro, como si dijéramos su compañero de paseo. María se volvió á su cabaña saltando una alegre carcajada; D. Alvaro dió frente á su castillo exhalando un ruidoso suspiro.

Es fama también que antes de que el sol traspusiese llegó un escudero á la choza de María y habló con ella algunas palabras. Otrosí: añade la crónica que

aquella noche, á punto de salir la luna, entró una mujer rebozada en el castillo por un postigo.

Y así pasaron diez lunas. Al fin de ellas D. Alvaro recibió una mañana una cestita de mimbres cubierta con un paño blanco : aquello habia entrado por el postigo. Al mismo tiempo un mensajero de la corte abría la puerta de la cámara, trayendo un pergamino en la mano : aquel hombre habia entrado por la poterna. La cesta contenia un recién nacido, un hijo del señor de Cañete y de María. El pergamino, convertido en cédula real por un sello de plomo y algunos garabatos, devolvía á D. Alvaro su dignidad de copero del Rey.

Tres dias después una numerosa cabalgata, que habia salido del castillo, pasaba al galope por delante de la cabaña de María. La muchacha se adelantó con los brazos extendidos y el semblante pálido hacia el señor de aquella gente, y se asió á sus rodillas llorando. El señor de Cañete murmuró un horrible chiste, picó al caballo, y se alejó de ella riendo.

D. Alvaro habia recobrado sus honores, y estaba alegre; María era una pobre madre abandonada, y lloraba.

Aquello era la realizacion del agüero : el cántaro roto y Aristóteles descuadernado.

La crónica añade, después de esta sentenciosa observacion, que María se consoló y volvió á afligirse otras tres veces; es decir, que rompió otros tres cántaros, aunque no se sabe de seguro si deshojó otros tantos Aristóteles.

Lo que no admite duda es que Pedro de Luna, hijo bastardo de D. Alvaro de Luna, señor de Cañete, Juberba y Cornago, y de María de Cañete, vecina, sin mas títulos, de la villa, fué confirmado por su tío el arzobispo de Toledo, D. Pedro de Luna, que, en honor á su padre, le llamó Alvaro : evidente es asimismo que este bastardo entró, ya crecido, como paje en la cámara del Rey, y que andando el tiempo, se llamó D. Alvaro de Luna, y fué maestre de Santiago y rey de Castilla, bajo el título especioso de condestable, dando ocasion, con la memoria de su poderío á que algunos cientos de años adelante exclamase el docto Mariana : « De tan bajos principios se levantó la grandeza de este mozo, que en un tiempo pudo competir con muy grandes príncipes; de que al fin le despenó su desgracia. »

La memoria de esa grandeza y de esa desgracia es tambien la que ha motivado la escritura de este libro.

## PRIMERA PARTE.

JUDIT.

I.

De cómo no se andaban por las ramas para salir de dudas los hidalgos del siglo xv.

ACABABA de dar la oracion de uno de los últimos dias de diciembre del año de 1454, cuando de una gran casa, con visos de palacio, situada no lejos del campo Grande de Valladolid, salieron dos hombres embozados en anchos tabardos. La puerta se cerró detrás de ellos; dibujóse por un momento, á través de las rendijas, la luz del sirviente que les habia acompañado hasta allí, y luego la puerta se hundió en las sombras que envolvían la calle.

La noche era muy oscura; pero, á pesar de su densa tiniebla, un vecino del Valladolid de entonces hubiera podido decir que aquel casaron no era otro que el palacio del contador mayor de Castilla, Alonso Perez de Vivero, y que no podían ser sino personas hidalgas las que habian salido por su puerta principal, como si dijéramos de honor, acompañados por un escudero.

La rapidez con que marchaban aquellos hombres,

el brillante y momentáneo destello que lanzaban sus espadas desnudas, heridas al paso por la luz de alguna de esas imágenes que en tiempos pasados enclavaba en un sombrío nicho, en la esquina de cada calle, la piedad cristiana, exagerada entonces hasta el fanatismo; esta prisa y esta precaucion demostraban que aquellos dos hombres no tenían mucho tiempo de que disponer, y que las calles de una ciudad por aquellos tiempos, en dando la oracion y siendo la noche un tanto oscura, no eran lo mas desembarazado ni exento de tropiezos de bandidos y gente maleante.

Los encubiertos doblaron una esquina, siguieron una calle estrecha, entraron en el campo Grande, y se encaminaron al convento de la *Cara de Dios*; pero en vez de llegar á la portería, dieron la vuelta, rodearon el muro, y se detuvieron junto á un tapial y delante del nicho de un *Ecce-Homo*, al que alumbraba un farolillo, en el cual hacian veces de vidrios papeles encerrados.

Una vez allí, los tabardos que los envolvían se abrieron y dejaron ver los semblantes de dos hombres algo diferentes en edad, pero entrambos en la flor de la vida. Los dos eran de buena estatura; en los dos la costumbre del mando se veia representada por la altivez de sus semblantes; entrambos vestian brocados bajo sus tabardos, é iban armados de igual manera con una rodela y una espada.

El uno apenas representaba treinta años, y era hermoso, con esa hermosura ruda del tipo de la edad; el otro parecia llegar á los cuarenta, y sin ser lo hermoso que el de su acompañante, tanto mas expresivo y bravío.

Al detenerse delante de la imagen, aquellos dos hombres se contemplaron en silencio un momento.

—Creo, dijo el mas jóven, que nos encontramos en buena paraje para concluir nuestra porfia, Don Pedro.

—Porfia inútil, dijo el otro en una entonacion natural : esta carta, no tengais en ello duda, ha sido encaminada á mí.

—Y ¿en qué fundamento apoyais vuestra creencia?

—¿En qué fundamento? ¿Qué dice en el sobrecrito? preguntó el llamado D. Pedro, acercándose á la luz y sacando de su escarcela un pliego.

—Al caballero del verde antifaz, contestó el otro sin mirar la carta y como quien conoce ya su direccion.

—Al caballero del verde antifaz, de una dama que le tiene en grande estima, añadió rectificando el otro.

—Sí, eso es... de una dama que sin duda se dirige...

—A mí.

—Y ¿por qué no á mí?

—¿Por qué, Sr. Alonso de Vivero? ¿Habeis olvidado que en el sarao de anoche llevaba yo antifaz verde? ¿Que ayer tarde en las justas, en el corral del alcázar, llevaba banda verde? Que, en fin, mi sayo de por la mañana, en la iglesia, era de vellorí verde?

—Verdones en que hemos corrido parejas, D. Pedro Giron; mi sastre, que es un muy hidalgo sastre, nos cosió al mismo tiempo esas ropas y esos antifaces; si vos llevabais sayo verde, yo calzas y gorra verde; si vos banda y empresa verde en las justas, yo penacho y paramentos verdes; y en cuanto á lo del antifaz, he aquí el mío, que aun conservo en la escarcela desde anoche : vos hablasteis con muchas y hermosas damas, yo tambien; vos danzasteis, yo no me estuve quedo; vos, á la sombra de la máscara, dijisteis ternezas, yo tambien las dije á mas de una, alentado por mi carátula.

—Todo esto es cierto, amigo Vivero; pero estoy seguro de que os engañais.

—No, sino vos. Esta carta ha venido á mi casa; señal de que la dama me conoce.

—No, sino de que sabe que yo me hospedo en ella.

—¿Queréis que hagamos una cosa?

—¿Cuál?

—Abrámosla y leámosla.

—Sr. Alonso de Vivero, eso no sería prudente... supongamos...

—¿Y qué hemos de suponer?...

—Que en esta carta haya algo más que amores.

—¡Bah! ¿Y qué mas puede haber?

—Asuntos de corte.

—¡Ah!

—Ya sabéis que en Castilla las damas pueden mucho hoy; y si no, ahí están D.<sup>a</sup> Judit, la rabina, y D.<sup>a</sup> Mencía de Padilla, la hermosa y cristiana mujer del capitán Hernando de Carrillo.

—¡Ah, ah! ¿Y creéis que sea alguna de esas dos damas?

—Yo nada creo, porque por ahí anda también la hija de Pero Sarmiento.

—Si fuera ella.

—Ya, ya sé que no os pesaría enviudar, Sr. Alonso de Vivero; pero hé aquí una circunstancia que hace

imposible sea para vos esta carta... ¡Sois casado, vive Dios, Sr. Contador!

—¿Y vos freire y gran maestro de la orden de Calatrava!

—Sí, pero los votos se dispensan.

—Y las mujeres se mueren.

—Creo que á todo hemos de encontrar razón por ambas partes, y como la carta no puede ser para los dos, que la suerte lo decida...

—Me place que persistáis en el pensamiento que nos ha traído aquí.

—Y ¿á cuántas estocadas?

—A tres pases tocando.

—Un momento: se entiende que esto no há de inferir enemistad entre nosotros.

—¡Diablo! Este es un juego como otro cualquiera.

—Que el Cristo sea juez del juego y depositario de la carta.

—Sí, eso es: si por acaso la punta entrase mas de lo justo, el que gane recogerá esa carta y hará conducir á mi casa al perdidoso.

—Así sea, dijo al maestre de Calatrava dejando la carta sobre la repisa del nicho.

—Un momento después, y perfectamente partida la



Cuidado, Sr. Contador! No os alegréis demasiado, que os descomponéis!

escasa luz del arol, los dos nobles se acometían espada en mano: si se hubiera tratado de un asunto de honor ó de odio hubieran cuidado menos del ataque y de la defensa: estaba empeñado su amor propio, y había de por medio una mujer, que era tanto mas apreciada cuanto grande el misterio que la envolvía.

Solo en aquellos tiempos de hierro puede concebirse el que dos hombres que al parecer eran grandes amigos, apelasen á la suerte en un juego tan peligroso como un lance de armas, por un motivo tan fútil como una carta, procedente acaso de una aventurera. Entonces nadie extrañaba esto: era una manera de

salir de dudas tan buena y tan admitida como la mejor. —Y va una! dijo Alonso de Vivero, tocando apenas al Maestre en un muslo, sobre cuya ajustada calza brotó una gota de sangre.

—¡Cuidado! ¡cuidado, Sr. Contador! No os alegréis demasiado, que os descomponéis! dijo el Maestre... ¿No os lo decia yo? Estamos iguales.

La punta de la espada de D. Pedro Giron había hecho una herida ni mas ni menos como un arañazo en la mano derecha de Alonso de Vivero.

—¡Diablo! Os abroquelais que es un asombro, mi buen D. Pedro. De seguro estáis empeñado en que yo no lea la carta.

— ¡Y van dos! dijo el Maestre, hiriendo levemente á Vivero en el mismo sitio donde antes este le había herido.

— ¡Ah, ah! no os queda para ganar mas que una. ¡Voto va! Pero no será esta. ¡Eh, eh! Ahí la teneis: par.

— No par, no par; hé ahí la tercera.

— ¡Diablo! me habeis tocado en el hombro, y mas de lo que yo quisiera: vuestra es la carta, D. Pedro. La habeis ganado buena y lealmente.

Pero ante todo, creo que á entrambos se nos ha ido algo la mano en estas últimas estocadas. ¿Es mucho lo vuestro?

— ¡Eh! poca cosa; me habeis rasgado el jubon y la carne hasta el hueso. ¿Y vos?

— Una sajadura en el cuello; un poco mas y me degollais.

Ello era que la sangre corria, á pesar de lo cual los dos nobles se la restañaron con sus pañuelos; después de haberse dado las manos y envainado las espadas.

— Os dejo, D. Pedro, dijo el Contador mayor; vos necesitais leer esa carta, y yo curarme mi herida, que me escuece mas de lo que quisiera. Cuenta que os espero aunque tardeis: no sé por qué creo que esa carta, mas que de amores, trata...

— Si de lo que pensais tratase, inútil es decir que no puede valerse de nosotros mas que...

— Un enemigo de D. Alvaro de Luna.  
— Silencio; no sabemos quién nos escucha: ese hombre tiene sin duda pacto con el diablo.

— El Rey y siempre el Rey... Fuera otro D. Juan, y... Pero adios, D. Pedro; afortunadamente vuestra herida es un rasguño, y no os impedirá gozar á vuestras anchas, si es de amores la cita, la dama hermosa, y el citado vos.

— ¿Aun dudais? Ved que este ha sido un juicio de Dios, en que él mismo nos ha servido de testigo.

— Quedad, D. Pedro, con Dios, y hasta luego.

— El vaya con vos, Sr. Alonso de Vivero.

Mientras resonaron los pasos del Contador, el Maestre permaneció inmóvil; pero cuando nada alteró el silencio de la noche mas que las ráfagas del viento, que silbaban tenuemente entre los jaramagos del campo, se acercó al Cristo, se quitó por devocion la gorra, y abrió la carta.

« Si sois quien creo, decia, una persona que os espera en el Espolon os entregará una carta y una llave solo con que le digais: *Del verde antifaz*: llevadla al momento al médico de su alteza, Fernan Gomez de Cibdareal, y venid á verme; necesito pedirnos consejo. La llave es de un postigo de mi casa.

Hé aquí el contenido de aquella carta tan reñida. D. Pedro Giron no era hombre que fatigaba su pensamiento con conjeturas, porque sabia por experiencia que las cosas que son verdaderamente misteriosas, nunca ó rara vez responden á nuestros presentimientos. Redújose pues á tomar, á buen paso y espada en mano, el camino del Espolon, al que llegó un cuarto de hora después.

La noche, como hemos indicado, era densamente oscura, una de esas noches en que no se distingue un bulto á cinco pasos de distancia; á mas de esto habia niebla. El Maestre comprendió que, no indicándosele en la carta el sitio del Espolon en que se le esperaba, le era muy difícil encontrar y ser encontrado si no ponia algo de su parte; así pues tomó por buen recurso silvar el toque de arremetida de los caballeros calatrosos.

— ¡Ah, ah! dijo una voz á poca distancia de él; ya sabia yo que no esperaria mucho.

— Qué, ¿sois vos, señor...?

— Avanguardia en persona para servir á vuestra señoría.

— ¿Y me esperabais?

— Desde hace media hora, si vos me buscáis.

— ¿Teneis algo para mí?

— Si, señor; una carta y una llave, si me dáis una seña.

— Dadme; yo soy el del verde antifaz.

El nombrado Avanguardia entregó los dos objetos al Maestre, envueltos en un paño de seda perfumado. El Maestre no necesitó mas que aspirar aquel perfume para conocer la persona que le citaba; sin embargo, preguntó al otro.

— ¡Y no sabeis, Sr. Avanguardia, quien os envia.

— Si he de decir á vuestra señoría todo lo que sé, os diré que me envia una vieja.

— ¿A quien no habeis conocido?

— No se la veia fuera del manto mas que la nariz, que debe ser descomunal.

— ¿Manto hasta los piés, gran camándula y olor á trasnochado?

— La misma, señor, el diablo en figura de dueña: yo no dejé de preguntarla quién la enviaba; pero solo me contesto: *Id*, que conviene á vuestro amigo Suero de Quiñones.

— Y vos que os acordais todavía con orgullo de que fuisteis el primer rey de armas en el paso honroso del puente de Orbigo, no necesitasteis mas para venir y esperar.

— Por el Sr. Suero de Quiñones iria yo al infierno y esperaria una eternidad.

— Y mucho mas si era para jugar una pasada á...

— Por supuesto: de buena gana me convertiria de rey de armas en pregonero, solo por el gusto de poder gritar: Esta es la justicia que el Rey manda hacer, etc.

— ¿Y donde estabáis cuando os buscaron?

— En el alcázar.

— ¿Os habian mandado llamar?

— El Condestable en persona. Creo que se trata de retar de gola á gola al rey de Navarra.

— ¡Hum! Mientras tengamos por allá los Enriquez no habrá paz en Castilla... Estamos cercados por todas partes... Y ¿qué resultó?

— Nada: se me mandó retirarme; pero yo, que soy ducho en esto de corte...

— ¿Qué?

— Me parece que el Rey ha de andar esta noche de aventura.

— Tendrémos nueva maneeba... ¡Vergüenza...!

¡Así anda Castilla...! Así se ultraja á una reina tal como D.<sup>a</sup> Isabel...! Así ultrajándola se befa á la nobleza...! Y; vuestro encargo, por parte de la señora que os envia, se reduce á la entrega de esta carta y de esta llave?

— Aun no: se me ha suplicado que espere en mi casa, y siempre por bien de Suero de Quiñones.

— Pues id; creo que de aquí han de venir grandes cosas: yo voy á otro lugar: quedad con Dios, Señor Avanguardia.

— Tened cuenta, señor, porque andan por Valladolid embozados.

— ¡Oh! por eso descuidad.

Separáronse aquellos dos hombres, y sus pasos se perdieron en distintas direcciones.

## II.

Algo de D.<sup>a</sup> Judit por fuera.

Doña Judit de Sotomayor era una dama acerca de la cual tenemos á la vista minuciosos detalles en los apuntes de que nos servimos. Resulta de ellos que por los años de 1451 los de la hermosa hebrea no pasaban de veinte, lo que no impedía que fuese tenida en la corte por la dama mas discreta, ingeniosa y audaz cuando se trataba de sus empeños. Ayudábanla en ellos, á mas de una maravillosa hermosura,

una conciencia poco asustadiza y unas riquezas cuyo guarismo nadie se había atrevido á fijar. Sola y libre, asistida por una numerosa servidumbre, se había presentado de repente en la corte tres años antes, procedente del convento de benedictinas de Toledo, donde decia haber vivido desde su nacimiento hasta la muerte de su padre, D. Simul de Sotomayor.

La historia de esta mujer era un misterio que no lograban esclarecer las mas profundas investigaciones de los cortesanos, que, como los de todos los tiempos, eran maldicientes, curiosos y poseídos en gran manera del demonio de la envidia; pero nada habia que decir de las costumbres de D.<sup>a</sup> Judit: era recatada; la servian dueñas quintañonas y doncellas que, contra la costumbre general, eran honradas; sus pajes, sus rodrigones, sus escuderos y sus criados guardaban una compostura casi monástica, y no se permitia nada que fuese contra lo ortodoxo del dogma cristiano. En cuanto á lo de judía, era circunstancia en que no se reparaba en aquellos tiempos, como lo prueba el memorial presentado en 1560 á Felipe II por el cardenal D. Francisco de Mendoza y Bobadilla, obispo de Burgos, que corre impreso con el título de *Tizon de la nobleza de España*.

Apenas, si se da crédito á aquel memorial, dictado por una amarga venganza; apenas, decimos, habia familia que no se hubiese cruzado con la raza judía. Esto se comprende: las grandes riquezas de los hebreos ofrecian un recurso expedito de levantar, por medio del matrimonio, las abatidas fortunas de los nobles. Por esta razon los judios conversos eran muy considerados, al paso que la mala sangre de la casa de Judá, que habia permanecido fiel á sus creencias y á sus tradiciones, estaba vejada por severísimas leyes, que les impedian juntarse libremente con los cristianos, vivir fuera de las juderías, ejercer profesiones honrosas, ni vestir mas que un balandran, marcado con una señal de infamia.

Pero en el momento en que estos hombres se convertian, sus hijas eran asediadas por la nobleza, sus hijos tenian abierto el camino para las mas altas dignidades, así civiles como eclesiásticas, y ya desde los tiempos de Alonso X encontramos judios preladados, literatos, estadistas y jurisconsultos: el secretario de D. Juan el Segundo, Alonso de Baena, que en la época en que empezamos nuestra historia se ocupaba en compilar un Cancionero general, era judío converso, y éralo asimismo el obispo de Burgos, D. Alonso de Cartagena.

Por esta razon D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor era una dama ambicionada por rica, deseada por hermosa, y tenida, en vista de su impasibilidad, por la belleza mas cruel de Castilla. El celebre Juan de Mena se veia de continuo obligado á proveer de trovas á sus nobles amigos de la corte, que la noche inmediata las hacian cantar á músicos bajo los miradores de la ingrata, que permanecian cerrados y oscuros, ni mas ni menos que si se tratase de una casa deshabitada. Hubo por ella escándalos y riñas, y aun se aseguró que no era otra la que habia puesto al cuello de Suero de Quiñones la cadena de amor de que se dió por quito rompiendo trescientas lanzas en el paso honroso de la puente de Orbigo.

La vista pública nada habia logrado encontrar de reprehensible en la vida de la hermosa Judit; pero nosotros, que, como novelistas, vemos lo mas oculto y apartado, podemos asegurar á nuestros lectores que Judit no era lo que parecia, y á mas que, si la puerta principal de su casa estaba siempre severamente cerrada, no acontecia lo mismo, singularmente en las altas horas de la noche, con cierto postigo que correspondia á una calleja excusada.

## III.

Algo de D.<sup>a</sup> Judit por dentro.

Rodeada de doncellas, medio tendida en un diván á la oriental, en uno de cuyos extremos, de pié y pensativo, se apoyaba un paje, y reproducida en un gran espejo de plata bruñida, que sostenia delante de ella una esclava arrodillada, habia una mujer en el fondo de un retrete, ocupada de su atavío.

Aquella mujer era Judit. A juzgar por la dulce é intensa mirada que cruzaba con el paje por medio del espejo, y por la pensativa y lánguida expresion del mancebo, se comprendia que aquel era uno de esos amantes que el mundo no conoce, á quienes las mujeres abren el misterio de su corazon y de su gabinete; para los cuales, unicamente, tienen suspiros encendidos, lágrimas de placer y delirios de amor.

Este jóven, así como las doncellas que la servian, revelaba en sus semblantes y de una manera marcada el tipo árabe. La esclava que sostenia el espejo era una nubia, negra como el ébano y hermosa como una estatua de Fidias.

En el retrete se habia apurado el lujo del gusto oriental, al que se habian añadido accesorios castellanos: las paredes estucadas, afiligranadas con adornos copiados de la Alhambra, matizados de oro, rojo, blanco y azul; los ajimeces, calados y sostenidos por esbeltas columnas de pórfido; la alta cúpula, perdida en una media sombra fantástica; los tapices, las alfombras, los perfumeros y los divanes; las lámparas destellando luces brillantes de fondos opacos, eran, por decirlo así, un magnífico marco, que parecia mas bello, mas animado, completo, en fin, con la presencia de la seductora hada de aquel retrete, digno de una princesa encantada de *Las mil y una noches*.

Para su construccion habian venido *alarifes* de Granada; habian invertido en ella un año, y durante él dos naves corsarias habian traído de la India los preciosos muebles orientales y los perfumes que le embellecian y saturaban su ambiente.

Nadie, á excepcion de su servidumbre íntima y de aquel, al parecer, afortunado paje, habia logrado posar sus miradas en los tesoros de hermosura de D.<sup>a</sup> Judit dentro de aquel retrete: era aquel el secreto de su amor y de su voluptuosidad; la pureza de sus costumbres cedía un tanto al pasar su puerta dorada, mas allá de la cual no era ya la casta deidad á quien rendian un culto suspirante y servil los enamorados caballeros de la corte.

Y en verdad que si la hubieran visto allí descuidada, entregada libremente á los impulsos de su alma; anegando la intensa mirada de sus negros ojos en los indolentes ojos del mancebo; húmedos de pasión los rojos labios; destrenzada la lengua cabelleira; mal envuelta en una túnica hebrea, ostentosa y rica como todo lo que la rodeaba; apenas calzados los reducidos piés en chapines bordados de aljófar; muellemente tendida en un diván; destacando los purísimos contornos de sus formas sobre el fondo medio velado por la sombra de uno de esos esbeltos y maravillosos arcos árabes; que parecen sostenidos por un genio invisible, y que inspiran por sí solos molición y amor; si al abrirse aquella puerta la hubieran contemplado á través del movable y blanco humo de los perfumeros, que llenaban el retrete de un tibio y fragante calor, envolviéndole en una leve niebla fantástica; al sorprenderla en una de aquellas situaciones, repetimos, los mas enamorados hubieran desfallecido, y los mas indiferentes se hubieran sentido esclavizados por un poder invencible: afortunadamente para los corrompidos cortesanos de D. Juan el Segundo, la hada se convertia en virgen severa y púdica en el momento en que cesaba de aspirar la atmósfera de aquel alcázar de los sueños.

Pero la noche en que presentamos á Judit á nuestros lectores, no era por cierto, y según las apariencias, una noche consagrada al amor; ni, como otras, una tranquila velada en que las horas se deslizaban sin ser sentidas; por el contrario, parecía que la hermosa hebrea acusaba con su impaciencia la lentitud del tiempo y se hacía ataviar de prisa, si bien con sus mejores joyas y prendidos: el joven paje lanzaba una mirada triste á veces y sombría al semblante de Judit, reproducido en el espejo, y en aquella mirada se sorprendían momentáneas, rápidas como relámpagos, llamaradas de celos, cuya terrible expresión tenía mucho de la cólera del tigre hambriento. Judit notaba aquella mirada, la absorbía y la contestaba con una sonrisa de desprecio: el paje absorbía á su

vez en su alma la expresión de aquella sonrisa, y palidecía.

No se cruzaba una sola palabra; no se oía más que la dulce y sonora voz de Judit, que de tiempo en tiempo indicaba á sus doncellas un descuido en el tocado ó una omisión en el atavío: así pasó una hora y dió la oración. Judit había avanzado para ella la noche, haciendo cerrar las maderas de los ajimeces y de los transparentes de la cúpula.

En el momento de escucharse la primer campanada de la plegaria vespertina las doncellas dieron por terminada su tarea, y Judit se puso de pié.

—Salid, dijo á las doncellas y á la esclava.  
—Un instante después quedaron solos D.<sup>a</sup> Judit y su paje.



Judit y su servidumbre.

Ella se reclinó con indolencia en el diván; él permaneció de pié en el mismo sitio.

—Creo que tienes la impertinencia de creerte mi señor, Raab, dijo la jóven con su inalterable acento; tu aspecto demuestra disgusto, y un disgusto amenazador.

—¡Tu señor!... ¡Yo tu señor!... ¿Acaso hay un esclavo mas desdichado que yo?

—Esclavo que amenaza, es por lo menos un esclavo rebelde.

—Encierra el *Simoum* en una caverna, y hará temblar la montaña, señora.

—¡Ah! repuso con cierto gozo cruel Judit; ¿tu corazón es una caverna donde ruge comprimido el *Simoum*?

—Tengo amor y celos.

—¡Amor!... ¿quién te ha permitido tener amor?

—Dios.

—Pero Dios también permitió que algunos de sus ángeles fueran rebeldes, y no por eso dejó de arrojarlos á los profundos cuando se atrevieron á rebelarse.

—Pero ni tú eres dios ni yo ángel.

—Pero tengo poder, si me place, para cerrar tus ojos á la luz.

—Hiciera el Altísimo que la muerte...

—Si tú fueras valiente lo bastante para mirar la muerte cara á cara sin temblar, te amaría, Raab; pero eres un ser miserable, un corazón débil que tiembla; un pensamiento traidor hierve siempre en tu cabeza, tienes el instinto del mal, y eres, en fin, una mujer perversa á quien Dios, para probar que pueden vivir unidos lo noble y lo infame, lo divino y lo deforme, ha permitido que sea hombre y ha dado una hermosura como no la hay en la tierra: yo te amo como se ama á una hermosa estatua; me deleita aspirar tus

miradas cuando el deseo y el amor las ennoblecen, y devorar tus rabiosos dolores cuando los celos torturan tu alma; me place tener sujeto á mi voluntad á un ser tan grande y tan miserable como tú; irritarle, atormentarle, gozar en su agonía...

— Me crees cobarde, Judit... Me crees cobarde, y tienes, martirizándome, el cruel placer del gato que juega con el raton antes de devorarle: ¿me conoces acaso?

— Estoy hermosa así, ¿no es verdad? dijo la jóven abandonando de repente el asunto de que se ocupaban.

Raab palideció de nuevo.

— ¡Oh! ¡Si no fueras tan hermosa!... exclamó.

— Pero hay en la corte una mujer que me causa celos. ¿No adivinas cuál?

— ¿D.<sup>a</sup> Mencía de Padilla? contestó el paje con acento forzado.

— ¿Te parece hermosa D.<sup>a</sup> Mencía? repuso Judit, en cuyos ojos, fijos en el espejo, brilló un relámpago sombrío.

— Creo que tienes celos.

Apagóse la mirada de Judit, que volvió á su dulce impasibilidad.

— Yo no amo; mis celos son de vanidad; no es D.<sup>a</sup> Mencía quien la humilla; ¿no conoces otra mujer mas hermosa que ella en la corte?

— ¿D.<sup>a</sup> Violante de Silva?

— La hija del conde de Cifuentes es una rubia fria, sin alma. No es esa.

— Pues no acierto.

— Sin embargo, me has acompañado muchas veces á los saraos de la corte, y la has visto hablar conmigo.

— Cuando estoy junto á tí, señora...

— ¿Qué?

— No tengo ojos ni alma mas que para tí.

— Mientes, Raab; me acuerdo de un dia que saliendo del alcázar me dijiste: «Si no fueras tú la mujer mas hermosa del mundo, lo seria D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento.»

— ¡Ah! exclamó el paje, ¿tienes celos de ella?

— Sí; tengo celos.

— ¿Amas á...?

— ¿Qué te importa que yo ame ó deje de amar?

— Judit, ten presente que tú has alentado mis esperanzas, que me has provocado, que casi eres mi querida...

— ¿Tu querida yo? contestó Judit siempre con su voz dulce y tranquila: eso, si yo te amara y segun nuestras costumbres, equivaldria á lo mismo que si una concubina pretendiese ser dueña de su señor y guardarle para ella sola.

— Pero entre los cristianos...

— Entre los cristianos y en el fondo de su casa puede ser cada cual lo que mejor le plazca: el mundo no puede hablar de lo que no ve.

— ¿Y si á ese mundo se le dice: Mirad esa mujer cuya castidad da un brillo tan puro á su mirada; miradla bien, encontraréis en ella algo que revele un alma perdida en pensamientos impuros? ¿Quién se atreverá á asegurar que no es el trasunto de un arcángel del sétimo cielo? Pues bien, os engañais; esa mujer...

— Esa mujer á veces cuando está á solas conmigo, continuó Judit, arde en el fuego de un amor infernal: hay momentos en que parece adorarme, y otros en que me rechaza de sí y me desprecia.

Judit habia pronunciado con exaltacion y desden sus últimas palabras.

Raab gemia como un desdichado á quien sujetan al tormento.

— Judit exclamó con energia, he pasado contigo seis meses envileciéndome, porque durante esos seis meses he alentado una esperanza de dominar con mi

amor esa extraña locura que te hace ser la mujer mas incomprensible del mundo. Mi corazon acabaria de emponzoñarse si permaneciese mas tiempo á tu lado: mañana dejo estos viles vestidos de paje, tomo mis ropas árabes y mi caballo, y parto á Granada: mi anciano padre me espera con impaciencia, y mi joyería de la plaza de Bib-Albolut (1) está abandonada.

— Si mañana, Raab, Ebn-Kotam, el joyero del magnífico y poderoso rey de Granada, no está como siempre á los piés de Judit-la-Horra (2); si su caballo no piensa en mis cuadras, otro jinete y otro caballo partirán como una flecha hácia Andalucía para dejar á los piés de mi señor Mohamet Ebn-Ot'sman esta gacela.

La jóven fué á una mesa, arrancó de ella violentamente un cajon, sacó una hoja de pergamino, y escribió en él rápidamente algunas palabras en árabe, que mostró á Raab.

Hé aquí aquellas palabras:

«Judit, la hermosa, la doncella de los luceros negros y de las crenchas de oro; la que ha hecho gemir de amor al incomparable, al magnífico, al querido de Dios, Mohamet Ebn-Ot'sman, hasido cobardemente y por infamia profanada por el joyero Raab Ebn-Kotam. ¡La cabeza de Raab!»

— ¡Pero eso no es verdad! exclamó Raab palideciendo.

Judit guardó en su seno aquel pergamino. El árabe se estremeció.

— ¡Eres cobarde! ¡Bien lo sabia yo! dijo la jóven; un valiente por orgullo aceptaria esa mentira.

— Judit, exclamó el árabe, acaso sea cierto que Dios ha infundido en mi cuerpo un alma de mujer, mientras que en el tuyo se revuelve un espíritu poderoso: acaso sea justo que tú seas la señora y yo el esclavo; pero mi alma, que se estremece ante el peligro, tiene para tí un amor infinito, el amor de una mujer enamorada y loca: tus ojos son mi luz, y tu aliento mi vida; cuando no te veo, paréceme que envuelve al mundo una densa tiniebla; cuando no oigo tu voz, créo escuchar el pavoroso silencio de la eternidad; lejos de tí soy un cadáver que siente, y que solo se anima á tu vista; cerca de tí tengo celos de los perfumes que aspiras, del aire que mueve tus cabellos, de las flores con que los engalanas, del traje que vistes, y hasta de la alfombra que pisas. Y oye: cuando uno de esos rudos señores castellanos, nuestros eternos enemigos; fija en tí una brutal mirada; cuando en un sarao alguna de esas membrudas manos encallecidas por la lanza ase tu mano tan tersa, tan delicada; cuando ese miserable rey de España, que abandona su corona y su honor á un favorito, te llama reina de la hermosura y te dice una trova hecha para tí por ese orgulloso cordobés, por ese Juan de Mena, á quien aborrezco; cuando todos se inclinan ante tí y te rinden homenaje; ¡oh! entonces del fondo de mi alma se levanta una fuerza ignorada; mis miembros se robustecen y se crispan, y un pensamiento de muerte pasa sin alterarme, cruel é implacable, por mi alma. ¡Oh! entonces no soy cobarde, porque tengo celos.

— Tus celos son insensatos, y me humillan, porque no te amo.

— Y ¿para qué me quieres entonces? Déjame volver á Granada. Allí moriré en paz.

— Escucha, Raab: ¿y si yo amase de tí solamente la hermosura? ¿Si yo te rechazase porque no puedo lanzar de tí el alma que te alienta? Escúchame bien, Raab: cuando mi hermosura te fascina, entonces... ¡Oh! entonces tus ojos brillan con una luz tan pura, tan intensa y tan dulce, que me enamoran; pero esa luz de los cielos pasa como el relámpago de la tempestad, y solo queda una mirada fria, rencorosa, cruel

(1) Plaza de los Estandartes.

(2) Horra, lo mismo que *hones* a.

y cobarde como la de las hienas que guarda entre sus fieras el rey Mohamet Ebn-Ot'sman; entonces me das horror; y ¿sabes por que te conservo á mi lado?... Porque aguardo ansiosa uno de esos momentos en que puedo amarte, y le devoro como el peregrino sediento devora la gota de agua que surge por un milagro entre las arenas del desierto.

Raab bajó la cabeza como un reo sentenciado. De repente la alzó: un pensamiento inspirado habia pasado por su mente; y sus ojos radiaban con la expresion del mas noble entusiasmo.

—Te juro que me amarás, Judit, la dijo.

—¡Oh! ¡Siempre así! exclamó la jóven; ¡ahora eres mi ángel!

—Yo era noble y generoso.... dijo suspirando Raab; yo era feliz, y mi alma dormia tranquila y pura: yo arrojaré de mi corazon este tósigo que brota á mis ojos, y que te repugna porque es horrible.... Yo purificaré mi alma, porque necesito vengarme.

—¡Vengarte!

—¡Sí!

—Y ¿de quién?

—De un castellano.

—¿Cómo se llama? ¿Está en la corte?

—No sé su nombre, no le he visto después de una noche de sangre y horror.

—¡Venganza! ¡Tú tambien!

—Yo tambien, Judit.

—Y el rey Mohamet te ha dejado partir de Granada, como á mí, para cumplir tu venganza.

—El rey Mohamet Ebn-Ot'sman me ha enviado, ya lo sabes, á vigilarte, Judit: hace tres años que estás en Castilla, y tiene celos.

—¡Celos! Miserable é impuro lobo.... ¡Y cree que después que yo me haya tenido el rostro con sangre de mi enemigo irá á enlodarme en sus salvajes caricias! Escucha, Raab; cuento contigo.

—Y si mañana ves siempre en mí tu ángel, ¿me amarás?

—Acaso.

—¿La duda aun, tras el sacrificio?

—Y ¿sé yo lo que pensaré mañana?

—Si amases á otro....

—Y bien; si amase....

—Entonces seria doble mi venganza.

—Y ¿si yo te dijese: Para saciar un capricho mio, quiero que enamores á D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento?

—Eso es imposible: su padre es rico hombre, señor de villas y lugares, y yo no paso de ser un paje.

—En la corte te se conoce por cristiano.

—El Rey, para que pudiera vigilarte mejor, me ha hecho aprender de tal modo el habla castellana, que bien podria....

—Yo tengo tesoros....

—El Rey es demasiado generoso contigo.

—No será difícil encontrarte unos padres nobles....

Tu infame cobardia es la única dificultad de mi proyecto.

—Una vez decidido á servirte, dominaré mi terror; soy fuerte y puedo ser valiente....

—Raab, si me sirves bien... te amaré.... Creo que podré amarte si dejas de ser lo que eres... y que entonces no amaré á nadie mas que á tí.

—Mándame.

—Anoche en el sarao del alcázar ¿te acuerdas? iban tras de D.<sup>a</sup> Beatriz dos hombres disfrazados de diablos con antifaces verdes; ¿los conociste?

—El uno era el maestre de Calatrava.

—El otro... El otro....

—No se quitó el antifaz en toda la noche.

—Y habló mucho con D.<sup>a</sup> Beatriz, que parecia turbada, y no poco, con la Reina, que la escuchaba con gran interés.

—Es verdad.

—Pues bien, ese hombre debe ser amado por ella.

—¿Amado?

—Una mujer que no ama no se turba, no se enrojece á las palabras de un hombre, como sucedió anoche á D.<sup>a</sup> Beatriz. Es necesario que averigües quién era.

—¿Y cómo?

—Enamorándola á ella.

—Ahora... me es imposible... Me apalearian los lacayos de su padre.

—Dentro de poco serás hidalgo y rico. ¿Aceptas?

—Acepto.

Sonó entonces un golpe metálico en una de las habitaciones anteriores.

—Me llaman, dijo Judit; véte.

Raab besó una mano que le presentó su singular amante, apretó un adorno en un muro inmediato, se abrió la pared, y quedó descubierta la boca de una escalera. El árabe entró, y volvió á cerrarse la pared. Judit se asomó á un ajimez abierto en el mismo muro. Un momento después en el fondo de una oscura calleja se abrió silenciosamente un postigo, cerrándose del mismo modo.

—¡Oh! exclamó Judit, tú, el magnífico, el grande Mahomet Ebn-Ot'sman, no habias contado con el amor de ese miserable cuando le enviaste á que fuese mi guarda... Yo aprovecho ese amor... Llegará un dia en que él y tú os atreais ante mí... Entre tanto... ¡Oh!... Entre tanto, añadió contemplándose con orgullo en el espejo, soy bastante hermosa para burlarme de él y de tí.

Cuando salió la jóven de su misterioso retrete se habia transformado; aquel semblante, en el que habia aparecido sucesivamente durante su escena con Raab un alma, impura á veces, rencorosa otras, sublime acaso, pero siempre doble y profundamente intencionada; aquel semblante, repetimos, se habia embellecido con una magnífica expresion de paz, de candidez, de inocencia: una vírgen de Rafael no hubiera parecido mas pura.

#### IV.

De cómo, un poco por amor y otro poco por odio, se dedicó Judit á la intriga de corte.

La casa de D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor, como se llamaba á la jóven en la corte de Castilla, era uno de esos antiguos casarones que se ven en la parte antigua de nuestras ciudades, en cuyo salon mas pequeño podria construirse con holgura una de las colmenas que hoy se llaman casas, donde vive la humanidad presente empaquetada, y que, como si estuviesen animadas y quisiesen vengarse, lanzan de sí generaciones tan raquificas como ellas.

Aquellos antiguos salones, con su enorme extension, sus altos y denegridos techos de ensambladura; sus ángulos, velados por la media luz que penetra escasa por los balcones enrejados sobre calles sombrías; con sus pavimentos de mármol, en que resuenan sonoras y huecas las pisadas, parecen infiltradas del sentimiento de lo religioso, de lo noble, de lo caballeresco; en salones como aquellos han nacido y vivido nuestros héroes y nuestros poetas; en ciudades fuertemente torreadas, con catedrales góticas y castillos gigantescos, colgados, como un nido de águilas, del borde de una roca, enamoraron, oraron y combatieron: todo era rudo, grande, sublime ó épico entonces: hasta la corrupcion y la rebeldia. Hoy todo es raquítico: sobre lo físico está lo mefítico de nuestra sociedad amontonada, sobre lo moral el interés mezquino, elevado á razon de estado. La humanidad presente no tiene aire que respirar ni espacio donde resolverse, y está tísica.

Judit atravesó algunos salones semejantes á los que hemos indicado, pero los tacones de sus chapines no

resonaban, apagado su choque por muelles alfombras: antes de llegar á una puerta su tapiz flamenco ó árabe se levantaba por la mano de un servidor, mudo é inmóvil como una estatua, excepto para saludar con una profunda inclinación al paso de su señora.

Al llegar al tercer salon Judit despidió la servidumbre, cerró por dentro la puerta, y entró en el cuarto.

Era este cuadrado y mas pequeño que los anteriores; las paredes estaban entapizadas de cuero de Córdoba grabado en oro; sobre el friso, escultado con flores y blasones, por los cuales un conocedor de la ciencia heráldica hubiera asegurado que aquella casa había pertenecido al conde de Benavente D. Rodrigo Alonso Pimentel; sobre el friso, decimos, se asentaba un magnífico techo de madera profusamente pintado y dorado; en los filetes y florones hundidos en el profundo encajetado que se detallaba sobre una tracería voluminosa, medio gótica, medio árabe; tocando casi al friso, y en armonía con los colores chillones del techo, campeaban acá y allá, en un romántico desórden, tablas en que estaban representados con el dibujo angular y el colorido vivo y duro que distingue á las pinturas del siglo xv, asuntos de la Escritura, guarnecidos de marcos negros con filetería y follajes dorados y matizados; tapices de Flándes cubrían los vanos de los balcones y de las puertas; sillones de baqueta con clavazon de plata orlaban la parte inferior de las paredes; extendiase sobre el pavimento una alfombra árabe de seda y lana, y en el centro de ella se veían una mesa cubierta de libros y papeles, dos sillones blasonados, y una copa de plata con fuego. Un velon enorme, colocado sobre la mesa y con los cuatro mecheros encendidos, bastaba apenas á detallar en una media luz los distantes ángulos de la cámara, aunque reflejaba con fuerza sobre el plano de la mesa y sobre la figura de un hombre viejo, que sentado en uno de los sillones, ojeaba papeles, profundamente abstraído.

De tal modo lo estaba que no percibió la llegada de Judit: la jóven se apoyó en el respaldo de su sillón, y se puso á mirar con una curiosidad infantil los papeles que arreglaba el anciano, y que estaban cubiertos por un número prodigioso de signos extraños, unos negros, otros rojos, otros azules.

—Padre Roboam, dijo Judit al poco espacio, ¿qué garabatos son esos?

—¡Ah! ¿eres tú, hija mia? Contestó el viejo volviéndose; estos son signos mágicos.

—¿Vas á levantar alguna figura?

—Voy á leer... ó á fingir que leo el porvenir.

—¡A fingir!... Pues qué, ¿la ciencia es vana?... Un astrólogo del rey Mohamet Ebn-Ot'sman me aseguró que sería reina.

—Sin duda estaba el Rey delante.

—Sí por cierto, y me miraba, á pesar de mis pocos años, de una manera que me hacia ruborizar.

—Tanto mejor; el astrólogo no auguró para tí, sino para el Rey.

—Y ¿á quién vas á revelar su porvenir?

—Al rey de Castilla.

—Don Juan el Segundo quiere saber sin duda cuántas estancias le escribirá el año que viene Juan de Mena, cuántosalcones le criará Pero Calvillo, y cuántas queridas le procurará su favorito.

—No se trata del rey D. Juan, sino del rey D. Alvaro.

—¡Ah! D. Alvaro de Luna! exclamó profundamente Judit... Pues bien, atérralo... A veces un pensamiento fijo...

—Eso es; me has comprendido, mi hermosa Judit. El Condestable es un hombre de hierro... ¡Si en ese hierro pudiéramos introducir la carcoma!... un terror oscuro, un presagio misterioso y fatal... Sucede

que un hombre amenazado varie y se torne en otro distinto... El miedo enerva, el terror mata... El Condestable es un coloso demasiado formidable para que no se le ataque por todas partes y á un tiempo. A propósito ¿estás dispuesta? Te he llamado por medio de mi campana.

—Y aquí me tienes, dijo Judit saliendo enteramente de detrás del sillón y mostrándose á Roboam deslumbrante y hermosa como una divinidad gentil.

—¡Oh! le deslumbrarás de seguro... Tú eres una fascinación mayor que todos los embustes de la astrología.

—Es que no quiero fascinar á nadie, mi buen Roboam; solo á uno, y ese no repara en mí.

—Es necesario, insistió Roboam, que siembres ja zizaña del amor y de los celos en el alma del Condestable.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Al asesino de mi madre!...

—La sombra de tu madre le grita desde allá abajo...

—¡Venganza! ya lo sé; pero yo no quiero engalanar mi venganza con flores.

—No porque se oculte en ellas es menos mortífera la mordedura de la serpiente... Y luego... tú...

—Es un sacrificio inmenso... ¡Yo!... ¡Pertenece yo á ese miserable!

—Y ¿quién quiere que la virgen de mi pueblo manche su pureza arrojándose á los brazos de ese vil filisteo?... No... tampoco sería prudente; es necesario que sufra... que el sufrimiento le exaspere... que ame con el amor que tú eres capaz de inspirar... con la horrible sed de un amor que no se satisface... Ataquemos por todas partes al gigante.

—Sí, sí; hay muchos medios de hacer amar á un hombre, pero es cuando ese hombre puede amar. La ambición está sobre el amor, y el Condestable es ambicioso.

—No hay ambición que cuando está satisfecha excluya al amor.

—El Condestable es viejo: después de los cincuenta años las pasiones deben estar heladas, y ese hombre se acerca á los sesenta.

—Envejece el cuerpo, Judit, pero no el alma; el alma siempre es jóven y ardiente... Yo he pasado ya de los setenta, he sufrido muchos dolores, he vertido muchas lágrimas, he devorado muchos insultos... y sin embargo, Judit, cuando te veo tan jóven, tan poderosamente bella, tan deslumbrante, con esas joyas que se pierden en tu seno virginal... aun creo que amo... ¿No es verdad, hija mia, que yo te amo mucho?

—Tu amor no me espanta, Roboam, dijo la jóven presentando al viejo su frente, que este besó con una efusión verdaderamente paternal; tu amor es noble, santo; has encontrado en tu camino una pobre niña sin guía, sin amparo, y la has servido de padre; Mohamet-Ebn-Ot'sman te cree mi guarda; pero no volveremos á ver á ese rey, ¿no es verdad?

—Dios quiera que los amores de Ebn-Ot'sman no te sean fatales, hija mia... si el rey Mohamet Al-Hayzari (1) le venciese...

—Matemos á D. Alvaro y vencerá.

—Sí, es cierto: entonces el almirante D. Fadrique sería el poder, el brazo derecho del rey de España; la reina de Navarra D.<sup>a</sup> Juana Enriquez, que por la ambición de su hermano el Almirante lanza contra Castilla, á Aragon, Navarra y Granada en una terrible lucha de fronteras, para sofocar con trabajos y cuidados al Condestable, una vez vencido este dejaria de ayudar á Ebn-Ot'sman contra Al-Hayzari.

—Al-Hayzari no volverá á ser rey de Granada: le han abandonado sus parciales; pero una vez abandonado Ebn-Ot'sman por Aragon y Navarra, reinaria Ebn-Ismael, á quien ayuda el rey de Castilla.

—Ten presente, hija mia, que decir hoy el rey de Castilla es decir D. Alvaro de Luna.

(1) Al-Hayzari, en castellano el biso.

—El Condestable ayuda á Ebn-Ismaíl, porque así combate por la parte de Granada á Aragón y Navarra. Pero aun cuando el Condestable muera, D. Juan seguirá ayudando á Ebn-Ismaíl: ¿olvidas que ha estado mucho tiempo en Castilla, que es muy diestro trovador, y que el D. Juan le ama por su valor y su gentileza? Ten por seguro que destruyendo á D. Alvaro destruimos á Ebn-Osman.

—Cien veces la fortuna ha vuelto la espalda al Condestable, cien veces sus enemigos han batido las palmas y se han regocijado con su desgracia, y cien veces el Condestable ha vencido á la fortuna, la ha hecho retroceder, y ha revuelto cada vez con mas fuerzas contra sus enemigos.

—¡Oh! pues de esta vez caerá; el Condestable se ha puesto en mis manos.

—¡Cómo!

—Ha pensado en distraer al Rey, sobre quien va cobrando algun poder la reina D.<sup>a</sup> Isabel desde que le ha dado al príncipe D. Alonso, y ha pensado en distraerle conmigo.

—Y aceptarás, Judit, exclamó palideciendo Roboam.

—Para eso espero al Condestable.

—Pero ¿cuándo te ha propuesto ese hombre?...

—Anoche en el sarao del alcázar: estaba yo distraída siguiendo á dos diablos verdes, asida del brazo del conde de Haro; dos diablos, uno de los cuales me trae pensativa y triste, si es quien creo.

—¿Estás enamorada, Judit?...

—Enamorada, sí; y tú no lo extrañarás cuando sepas el nombre de quien me enamora.

—¿Suero de Quiñones?

—No digo que no me agrade ese caballero... pero es presuntuoso y vano, singularmente desde el tiempo en que para romper la cadena de amor que yo le puse sostuvo el paso honroso de la romería de Santiago en el puente de Orbigo: además, Suero de Quiñones está preso en Portillo; y yo amo desde ayer tarde.

—Amor de justas.

—Cabal. Estaba yo en el estrado real detrás de la Reina, entre sus damas: se habian corrido cuatro toros, y estaba contrariada, me sentia mal; ya sabes que desde que vi morir despedazado por un toro á Zaid el Serahj, hace cuatro años, en Granada, en la plaza de Bib-ramba, cuando la proclamación de Ebn-Osman, me horrorizan esas brutales fiestas. Estaba muy pálida; el señor de Almazan, Pedro de Mendoza, acababa de ser recogido y mal herido por un toro: á la sazón pasó junto á mí un caballero joven y gallardo, y me dijo:

—Bien haya el terror que os pone pálida; cuando las rosas tienen vuestras mejillas sois un querubín, pero cuando se tornan azucenas sois una divinidad.

Pasó sin reparar en el encendido rubor que sus palabras habian arrancado á mi rostro, y bajó la grade-ria: los clarines habian tocado á cabalgar, y era uno de los mantenedores de las justas, segun oí decir á las damas.

—¿Quién es ese caballero? pregunté á una de ellas, amarilla, flaca y de rostro malévolo.

—Es mi marido, señora, me contestó, de cuyas palabras no debéis hacer caso, porque lo mismo dice á todas; es su costumbre.

El acento áspero y descortés de la respuesta de aquella mujer me impidió el seguirla hablando; pero tenia curiosidad, y me dirigí á D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento, hija de Pero Sarmiento, repostero mayor del Rey.

—¿Quién es aquella dama pálida y flaca? le pregunté.

—Es, me dijo inmutándose, la esposa de Alonso Perez de Vivero, contador mayor de Castilla.

—¿De aquel caballero que sale de la tienda de los

mantenedores, y lleva en el yelmo un penacho verde esperanza?

—Sí, me contestó D.<sup>a</sup> Beatriz; el que va á montar un caballo con paramentos verdes.

—¿Ha estado fuera de la corte? No le he visto hasta ahora.

—Ha estado desterrado en Navarra, y ha vuelto por los buenos oficios de aquel otro caballero que lleva banda y empresa verde.

—¡El gran maestre de Calatrava!

—Sí; son grandes amigos.

Sabia el nombre de aquel hombre; pero sabia tambien que era casado, y lo que era peor, que era amado por una mujer demasiado hermosa para no tener celos. Porque la hija del repostero mayor es muy hermosa, Roboam, ¿no es verdad?

—Beatriz Perez Sarmiento es una niña tan loca, tan insensata como tú...

—Ella sí; ella no es una de esas mujeres que lo sacrifican todo con alegría por su amor; sufre y calla, está pálida, la muerte roe ya sus entrañas; yo no. ¿Quién soy yo? Una esclava del rey de Granada, que ha escapado por astucia de su poder, tomando un pretexto de su venganza. Yo amo á Alonso Perez de Vivero, y será mio, te lo juro.

—¿Tuyo un hombre casado con Juana de Albornoz? Con una mujer que ha visto morir en un duelo á su primer marido sin palidecer... que ha envenenado á su padre por los amores de su segundo esposo, á quien ama con frenesí?...

—¿Envenenado á su padre? exclamó con asombro Judit.

—¿No te repugnaron aquel semblante macilento, aquellos ojos hundidos y fijos, aquella boca sesgada, que no pronuncia bien sino palabras crueles? Y sin embargo, D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz ha sido tan pura y tan hermosa como tú, tan tímida y tan suspirante como Beatriz.

—¡Envenenado á su padre! exclamó maquinalmente Judit; ¡envenenado! Y ¿cómo sabes tú eso?

—No siempre, hija mia, he gozado yo de la vida tranquila que ahora tengo: huido de Granada por el furor con que en 1429 el rey Al-Zaqir (1) persiguió á los partidarios de su enemigo Al-Hayzari, me refugí en Castilla, donde conmigo se refugiaron otros muchos: ellos, á pesar de ser moros, fueron noblemente atendidos por D. Juan el Seguro y su favorito: yo entonces no era converso, permanecia á la mala sangre, y me encerré con mis compatriotas en la judería de Toledo, donde puse una tienda de perfumes y medicinas, semejante á la que ahora tengo en Valladolid. Mis permufes eran consumidos, apenas traídos de Oriente, por los mercaderes de Castilla; y los médicos de Toledo, reconociendo la excelencia de mis medicamentos, los hacian administrar á todos sus enfermos: esto y la astrología judiciaria me producian exorbitantes ganancias.

Una tarde, hace diez años, al oscurecer entró una mujer... mejor dicho una dama noble, joven y hermosa, en mi tienda, tras cuyo mostrador me apoyaba leyendo el Antiguo Testamento. Aquella mujer habia bajado de una litera, y junto á ella habia quedado un moceton malcarado, avieso, pero buen mozo: no sé por qué me pareció conocer en el modo con que aquel hombre hablaba á la dama, que existian entre ellos conocimientos mas profundos que los que deben existir entre un servidor y su señora.

La dama penetró, levanté la compuerta del mostrador, y se sentó en una banqueta.

—Necesito hablaros á solas, me dijo.

—Y bien, señora, ¿qué necesitáis de mí?

—Estoy criando un hijo mio...

—Y acaso vuestra señoría necesita una nodriza.

(1) Al-zaqir, el pequeño, el segundón.

— No, necesito un tósigo.

Debí palidecer á aquella palabra, porque la dama se apresuró á decir.

— Un tósigo para matar á una culebra.

— ¡ Ya! Una culebra que de noche...

— Cabalmente; mama de mi pecho y mete la cola en la boca á mi hijo.

Si solamente me hubiera dicho que la culebra se amamantaba con su leche, lo hubiera creído, porque se dan de ello muchos ejemplos; pero lo de que la culebra metía la cola en la boca al infante, me hizo ver que mentía, porque la segunda suposición era una mentira vulgar.

— Y bien; haced que vuestro esposo vea una noche; las culebras de España son inofensivas domésticas, y puede matárselas impunemente.

— Soy la viuda de Per Afán de Castro.

— De ese hidalgo que murió á manos de un desconocido en las justas de Zocodover.

— Tuve la desgracia de perderlo, y ya veis que por inofensiva que sea una de esas culebras, no me sentiré con valor de esperarla yo misma.

— Haced, señora, que espere uno de vuestros escuderos.

— ¡ Un hombre en mi cámara, aunque fuese de mi servidumbre! exclamó con un hipócrita rubor Doña



Su sangre manchó el blanco vestido de brocado de Judit. — Pág. 14.

Juana. No, judío, no; eso se queda para las ramerás de tu casta; si no tienes tósigos, dímelos; iré á buscarlos á otra parte.

— Con el arsénico que se encierra en ese frasco, dije imprudentemente señalando uno de lata, colocado el primero en una de las tablas de mis andenes, bastaría para matar á todos los habitantes de Toledo.

La dama lanzó una mirada singular al objeto que yo le indicaba, y me dijo:

— Vendedme pues de ese tósigo.

— Perdonadme, señora; no puedo; la ley me lo prohíbe.

— Creo que desconfiáis de mí, repuso ella sin dejar de mirar fijamente al frasco.

— ¡ Desconfiar de tan alta y noble señora!... Os engañáis; os lo juro.

— No; basta que hayáis mostrado repugnancia para que yo no insista: buscaré otro modo de destruir ese maldito reptil.

Y sin hablar una palabra mas, cruzó sobre su frente el manto y salió.

Si yo hubiera podido prever lo que sucedió después, hubiera cambiado de lugar el frasco, sustituyéndolo con otro de saponaria; pero...

— ¡ Qué! ¿ Te robaron el tósigo, padre mio? le preguntó Judit.

— Aquella noche, ya tarde, mucho tiempo después de haberme acostado, me despertó un olor acre, punzante; una densa niebla oscurecía mi vista, y me faltaba aire: por el momento no pude explicarme lo que era aquello; pero muy pronto una brillante llama que penetró por mi puerta me dijo que era un incendio.

— ¡ Ah! exclamó Judit, ¡ y en medio del incendio te robaron!...

— No lo puedo asegurar; pero la circunstancia de haber sobrevenido el incendio á aquella escena, el haberse aplicado en el almacén, el haber pretendido asesinarme de una manera tan horrible como por medio del fuego, me hicieron sospechar de dónde venía el golpe.

— Pero eso es dudoso, padre mio; el incendio pudo ser casual.

— Lo mismo creí, porque el hombre ajeno al crimen le cree con dificultad en los demás; pero quince días después no pude tener duda: las señales del arsénico estaban en el rostro de un cadáver á quien se hacían los funerales en San Juan de los Reyes: aquel cadáver había sido Pedro de Albornoz, señor de las

Barceñas y padre de D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz : seis meses despues aquella mujer se casaba delante del mismo altar donde se habia rezado el oficio de difuntos por su padre, con Alonso Perez de Vivero. Esa mujer es el ángel exterminador sobre la tierra, esa mujer ama con delirio á su marido, y debe aun guardar bastante arsénico para matar, ó para vengar sus celos.

Judit se encogió de hombros con desprecio.

— ¿Y la ama mucho Alonso Perez de Vivero? dijo con inquietud.

— Alonso de Vivero hizo un casamiento de conveniencia : habia heredado de su padre el oficio de contador mayor; pero el viejo habia sido pródigo y dado al amor que se compra, y solo le dejó deudas... Doña Juana de Albornoz se enamoró de él aun en tiempos de su primer marido Per Afan de Castro; era jóven y hermosa, y sobre todo esperaba una pingüe herencia á la muerte de su padre : D.<sup>a</sup> Juana comprendió que no tendría marido si no le compraba, y para comprarle creyó conveniente heredar antes de lo justo.

— De modo que si á esa mujer la envenenasen se haria justicia.

— Judit, dijo profundamente Roboam, cuando los ojos de la justicia humana, que es la justicia de Dios sobre la tierra, no ven el crimen, y por ignorarlo, su brazo no le castiga, los ojos que le ven y el brazo que le hiere, cuando son impulsados por intereses humanos, son ojos de serpiente y brazo de asesino.

— ¡Oh! Sí; pero Dios ve, y Dios es justo. D.<sup>a</sup> Juana tarde ó temprano caerá.

— Entre tanto, hija mia, olvida á ese hidalgo : le has visto, y tus ojos se han deleitado porque no has encontrado en él mas que gentileza; te ha dicho algunas lisonjeras palabras...

— Y despues de justar me ha dado la banda bordada que era el premio de la justa, lo que hizo palidecer á D.<sup>a</sup> Beatriz y ponerse verde á D.<sup>a</sup> Juana.

— Galanterías de jóven.

— Y anoche en el sarao...

— Y ¿qué aconteció en el sarao?

— Me dijo amores.

— Segun eso, era uno de los diablos verdes.

— Sí, debía ser él, aunque me hablaba con voz fingida y la carátula puesta; pero el color... aquel verde esperanza... y luego el ir acompañado de su grande amigo D. Pedro Giron, á quien conocí porque se quitó la máscara...

— Ese color verde debe ser una seña... Ese D. Pedro Giron, su hermano D. Juan Pacheco y todos sus amigos son los señores mas revoltosos de Castilla, á cuya cabeza está el príncipe D. Enrique, que no piensa en otra cosa que en rebeldías.

— Y ¿no crees que un hombre que la primera vez que me habla me requiebra, que despues me otorga el premio que ha conquistado á lanzadas, y que luego me galantea, no crees que ese hombre me ama?

— ¿Fué á tí sola á quien dijo amores anoche? Juraría á que habló con todas las mujeres hermosas del sarao : conozco bien al Sr. Alonso de Vivero.

— Habló con Beatriz Perez Sarmiento y con la Reina, dijo palideciendo densamente Judit.

— Y tú, en cambio, hablaste con el Rey, en lo que hiciste muy bien : amor con amor se paga.

— ¡Con el Rey! exclamó con extrañeza Judit.

— Creo que me has dicho que el Condestable piensa distraer al Rey, con tus amores, de la influencia de su esposa.

— Dijeras que hablé con el Condestable, del cual se puede decir que es un tanto viejo y un tanto desagradable para que una dama pueda hablar con él sin temor de ser calumniada.

— Eso no es muy cierto : el Condestable pasa en la corte por el procurador de queridas del Rey, y es además harto poderoso y rico para que muchas no se cre-

yeran dichosas con ser sus mancebas... Y ¿qué te dijo el Condestable?

— Me encareció la pasion que el Rey sentia por mí, las mercedes que estos amores me proporcionarían, lo honradas que en todos tiempos habian sido las mancebas de los reyes, de cuyos brazos se pasaba siempre á un casamiento ventajoso... Elogió mi hermosura, me prometió... me rogó...

— ¿Y tú?

— Tuve una feliz inspiracion y cedí... Pero esta noche he enviado una carta y una llave al gran maestre de Calatrava, á casa de Alonso de Vivero, donde tú mismo me dijiste esta mañana que se aposentaba.

— ¿Una carta al Maestre con tu nombre...?

— No; una carta en cuyo sobre decia únicamente : «Al caballero del verde antifaz, de una dama que le tiene en grande estima.»

— Pero Alonso de Vivero tenia tambien antifaz verde, y puede dar en sus manos la carta.

— ¿Y la llave.

— Pero ¿qué decia dentro de esa carta? exclamó el rígido Roboam.

— La carta decia sobre poco mas ó menos: «Si sois quien supongo, id al Espolon y buscad una persona que os dará una carta y una llave solo con que digais : El del verde antifaz; luego id en busca del médico de su alteza Fernan Gomez de Cibdareal, y entregadle esa carta : venid con él; os necesito á los dos : esa llave es la de mi postigo.»

— ¡Famoso! ¿De modo que te vales del médico del Rey para tus amores?

— O para mi venganza. Si es Alonso de Vivero, me valdré para lo segundo simplemente de Fernan Gomez; le engañaré alejándole con un pretexto, y haré que al salir se pierda Alonso de Vivero en mis habitaciones y vaya á dar en mi retrete morisco. Si es el maestre de Calatrava, conspiraré buena y lealmente contra el Condestable.

— Temprano empiezas á usar del doble juego de la corte, hija mia; creo conocerte, y sé que es en vano ponerse en medio de tu camino; que Dios te ayude en él...

La voz de Roboam se cortó de repente : hacia ya algun tiempo que bajo los balcones de la cámara habia resonado el puntar de una vihuela y una voz varonil, pero sonora, habia entonado una cancion de amores : era esto tan frecuente al pié de los miradores de Judit, que ni ella ni él habian interrumpido su conversacion, como si nada hubiese acontecido; pero el canto se cortó de una manera ruda; resonaron voces irritadas en la calle, y poco despues crugir de espadas.

— ¡Otra riña! exclamó Roboam; estos hidalgos están locos cuando así se matan por una mujer que no los mira; pero me parece que las cuchilladas resuenan en el patio, que se aumentan. ¡Hola, Garcí Perez! ¡Escuderos!

Roboam habia abierto la puerta de la cámara y redoblaba sus voces : de repente y por la galeria que se veía por la puerta de una antecámara adelantó una sombra informe, que se detalló, dejando ver un hombre que avanzaba espada en mano, sin capa ni gorra, y penetró en la antecámara.

— Socorro, dijo; salvadme.

A la palabra socorro, Roboam, que habia echado mano á su puñal, le soltó y abrió paso al que venia, que avanzó y cayó en la cámara á poco espacio de la puerta.

Su sangre manchó el blanco vestido de brocado de Judit.

— ¡Ah! exclamó el herido, ¿sois vos? ¿Vos, el ángel de mi amor!

Judit le miraba atónita. Nunca habia visto un semblante mas hermoso ni mas intensamente pálido.

Corrió á la mesa, tomó el velon y alumbró al herido.

— ¿Quién sois? le preguntó.

— Un desdichado.

— Un hombre que se muere... ; Roboam ! Roboam ! gritó la jóven.

Pero Roboam habia salido en busca de la servidumbre.

— ¿Y quién os ha herido ? exclamó con ansiedad Judit.

— Los hermanos del Cristo de las Tinieblas.

El herido apenas pudo pronunciar estas palabras : el brazo en que se sostenia se dobló y cayó sobre él desplomado ; su mano soltó entonces el mástil de un laud roto.

— ¡Era el músico ! ¡Ese importuno que todas las noches... ! Pero, Dios mio, se muere... ; Roboam ! ¡ Ah, por fin, creí no volverte á ver !

Roboam apareció en medio de una multitud de pajes y de escuderos con hachas.

— ¿Qué ha sucedido ? dijo Judit.

— Ha sucedido, señora, que de repente entraron en el zaguan seis hombres con capuces, acuchillando á otro que se defendia.

— ¡Y á quién habeis dejado matar cobardemente !

— Le hemos abierto paso y hemos acometido á los asesinos.

— ¿Y esos hombres ?

— Han desaparecido como duendes en medio de la oscuridad.

— Pues bien, corred, llamad...

— Señora, dijo una voz gangosa, golpeando en la puerta de la cámara, que habia cerrado Judit.

— Esperad, esperad, dijo la jóven yendo á abrir la puerta.

— ¿Ha venido ? preguntó la jóven.

— Sí, señora.

— ¿El bachiller Cibdareal ?

— Y otro caballero : esperan en la cámara del huerto.

— Decid al bachiller que venga solo al momento ; al otro caballero que me haga la merced de esperar.

La dueña se volvió, y Judit se encaminó de nuevo al herido. Antes de llegar á él adelantó un paje, y dijo mostrándole una carta cerrada.

— Para vuestra señoría me acaba de dejar estas letras un embozado.

Judit abrió la carta y la devoró.

« Espero tener la dicha de saber que podeis recibirme á solas. Vuestro consejero de anoche. »

— Lleva á ese caballero, Gaston, á la cámara grande, dijo la jóven, y suplicale no me tome á mal si le hago esperar.

Partió el paje, y entró á punto por la otra puerta un hombre alto y calvo, segun pudo juzgarse cuando poco antes de llegar á Judit se despojó hidalgamente de la gorra.

— Creo que me habeis llamado, señora, dijo, y yome he apresurado á venir á besaros los piés.

— ¡ Ah ! mi buen Cibdareal... El cielo os envia.

— Decis bien ; me trae un ángel.

— Pero con vuestras flores no veis lo que tengo á mis piés.

— ¡ Pardiez ! ¡ Un herido ó un muerto !

— Sí, un mancebo que se nos ha entrado por las puertas pidiendo socorro. Alumbrad, dijo volviéndose á su servidumbre.

Cibdareal se inclinó sobre el herido, y al ver su semblante dió un grito.

— ¡ Dios mio ! ¡ El Estudiante Rodrigo de Cotta, Mi noble y valiente poeta !

Después de estas palabras, el médico abrió el jubon del herido, cortando con su daga los cordones de plata que le cerraban, y descubrió su pecho. Judit palideció de horror ; estaba rasgado de una manera horizontal y larga por bajo de la clavícula derecha, y de los rojos y entreabiertos labios de la herida manaba sangre.

— ¿ Está muerto ? exclamó.

— No, no, ni creo que morirá, dijo con precipitación el médico ; ¡ Dios mio ! ¡ Seria una horrible pérdida ! ¡ Pero ! ¡ pronto un lecho !...

Roboam señaló una puerta cubierta con tapices : aquel era su dormitorio.

— ¡ Qué ! ¿ No se le puede trasladar ? dijo Judit.

— Conozco, señora, que una dama de vuestro recato y de vuestro estado no debe encontrar agradable que pase un mes bajo su techo un mancebo de veinte años ; pero cuando ese mancebo es casi un cadáver ; cuando la caridad le consiente en vuestra casa, por que sacarle de ella seria consumir un asesinato, nadie podrá ni se atreverá á murmurar de vos.

— Decis que un mes... ¿ Luego no está herido de muerte ?

— Dentro de un mes ó antes, señora, podrá arrojarse á vuestros piés y daros gracias por el bien que le haceis.

— ¡ Oh ! ¡ Si ! ¡ Quédese en buen hora ! Y una vez que vos le asistis y teneis para serviros de ellos todos mis criados, permitidme que os deje.

— ¿ Ha venido ?

— Sí, suplicad á vuestro amigo que espere : si tarda, no consistirá en mí.

— Id tranquila, señora ; mi amigo y yo nunca encontraremos larga una espera si sabemos que al fin de ella hemos de veros... hemos de escucharos... Que os guarde Dios.

Judit se hizo alumbrar por un paje y salió.

## V.

### Apuntes históricos.

Al empezar este capítulo debemos advertir á los que no sean dados á la lectura de la historia, que lo pueden pasar por alto, aunque no seria fuera del caso que le leyesen, si desean conocer las causas de los acontecimientos que tuvieron lugar en los últimos tiempos de la vida de D. Alvaro de Luna.

Necesitamos indicar en qué estado se encontraba entonces Castilla : como su trono, desde la muerte del famoso y formidable rey D. Pedro, habia sido el pedestal manchado de sombras coronadas, tras las cuales se habian levantado las ambiciones de los favoritos ; como la lucha empeñada por las rivalidades de los grandes señores ensangrentó el pais, debilitándole en guerras intestinas, y abriendo á la guerra exterior sus fronteras ; necesitamos decir como vivia un reino poderoso, corroido en el corazon, y comprimido á un tiempo por Navarra, Aragon, Portugal y Granada ; destrozado por una nobleza sin fe, sin honra, y sin todas las virtudes, en fin, que pueden hacer tolerables los abusos sociales que han constituido á la humanidad durante tantos siglos en castas jerárquicas ; desmoralizado por un clero corrompido, avaro y venal, que trocaba á cada momento la espada de la rebeldía con el crucifijo, que nunca fué en sus manos durante aquel desastroso periodo el signo de la mansedumbre, del consuelo, de la paz y de la caridad : el fátum real estaba mancillado, con pocas excepciones, por los vicios mas degradantes de una corte impura y sensual, donde todo se posponia al placer ó al oro ; unos magistrados sin valor, sin conciencia, sin libertad ultrajaban la ley, reducida á una letra vana y sin fuerza ; el tesoro estaba exhausto, el comercio reducido á la usura, la industria muerta, los puertos huérfanos de defensa por la carencia de una armada, y entregados, por lo tanto, al monopolio extranjero ; y bajo todo esto, sufriendo vergonzosamente el insoportable peso de la tiranía y de la rapiña, un pueblo embrutecido, degradado, sin conciencia de su dignidad, sin inteligencia para conocer sus altos derechos, y sin valor para rechazar las miserias que, por demasiado próximas y humillantes, estaban al alcance de su entendimiento.

Castilla pues era un cadáver corrompido, á quien roían gusanos voraces, y si estos la defendían á veces de los ataques extraños, no era ciertamente por amor á ella, sino por guardar para sí su parte de presa.

En este tristísimo estado, en cuya indicacion nada exageramos, el poder era naturalmente del mas auzado ó del mas fuerte, lo que no impedía el que los demás que se creían llamados al dominio se coligasen para lanzar de la cúspide al rey de hecho, rebelándose contra el rey de derecho, y usando y abusando de él á su arbitrio: enrojeciábase los campos de batalla y los muros de los castillos en guerras, en que cada noble tenía un ejército y una bandera, y enrojeciase al par el hacha del verdugo, que era el verdadero sosten del poder dominante; sucedía á veces, que el privado moría por tósigo en el foudo de un lóbrego encierro, ó á la luz del sol, ante un pueblo aterrado, sobre la negra bayeta de un cadalso; sobre su sangre se levantaba otro, y se empeñaba una nueva lucha: aquello era el verdadero movimiento continuo de la rebeldía, de la traicion y del robo, con la diferencia de que cada una de estas luchas desorganizaba mas y mas la vislumbre de orden social, y debilitaba progresivamente al pueblo, doblando impuestos y multiplicando abusos y vejaciones.

A la muerte de Enrique II las mercedes enriqueñas habian hecho á Castilla el patrimonio de los vasallos rebeldes á D. Pedro, y levantados á la privanza, los Enriquez lo fueron todo en el reinado de Juan el Primero: empezóse á socavar el cimiento de las franquicias nacionales, y la nobleza no tuvo ya reparo en hollar lo mas sagrado de las libertades de Castilla: el estado llano, poderoso entonces por las concesiones que, para servirse de él en las guerras extranjeras, le habian concedido Enrique II y su hijo Juan el Primero, resistió por medio de las Cortes, en que tenía gran preponderancia, los abusos de la nobleza; pero lentamente aquella institucion fué bastardeándose: introducidos el soborno y la influencia en las elecciones, los diputados no fueron ya la expresion de la voluntad nacional; sirvieron, por el contrario, para robustecer el gobierno de las facciones dominantes con un colorido de legalidad; fueron, en fin, lo que el hijo infame que desgarró las entrañas de su madre.

Resintieronse pues el órden administrativo y el órden social con el aumento de los impuestos y la adulteracion de la ley; lentamente el comercio y la industria fueron cayendo heridos de muerte, y al fallecimiento de Enrique III la prosperidad nacional, que habia llegado á una altura considerable á beneficio de una larga paz y del feliz casamiento de aquel rey con D.<sup>a</sup> Catalina de Lancaster, empezó á derribarse, y se desplomó al fin durante la larga minoría de D. Juan el Segundo.

La regencia del infante D. Fernando el de Antequera, por mas que fuese beneficiosa para el mismo Rey, y aunque sostuvo la integridad nacional, rechazando por la espada los ataques exteriores, no dejó de ser fatal para Castilla: los que blasonaban de buenos le acusaban de que miraba demasiado por sí, para no perjudicar al reino; aunque noble, justiciero, valiente y leal, tenía un vicio muy comun en los principes de entonces: la avaricia y el afán de dominio. En los primeros años de su regencia alteró el testamento de Enrique III, quitando la educacion y la guarda del Rey á D. Diego Lopez de Zúñiga y Juan de Velasco, y dándosela á la Reina; lo que empezó á fomentar parcialidades, á pesar de haberse indemnizado á los despojados con una gruesa suma: añádióse á esto el haberse conferido el maestrazgo de Alcántara en la persona de D. Sancho, hijo del Regente, y el de Santiago en D. Enrique, su otro hijo, á pesar de su corta edad, de la que les dispensó el papa Benedicto XIII, antes gran cardenal de Aragon con el nom-

bre de D. Pedro de Luna: las rebeldías empezaron á ser desembozadas, y se tildó de ambicioso y de desleal al Regente, á pesar de haber rehusado enérgicamente la corona de Castilla, que le habia ofrecido en Toledo una diputacion de la nobleza, temerosa de los desastres que debia traer consigo una minoría tan larga como la de D. Juan el Segundo.

En efecto, aquellos desastres vinieron y llegaron á su colmo cuando á la muerte del rey D. Martin de Aragon, fué elegido el infante D. Fernando, por los buenos oficios de Fr. Vicente Ferrer, para suceder en la corona de aquel reino.

Entonces Castilla quedó abandonada de sí misma: D. Fernando tenía que hacer bastante con defender su corona de las pretensiones del conde de Urgel y de las asechanzas del de Foix, otro de los pretendientes. Aprovechó esta ocasion la grandeza: indispusieronle con la reina D.<sup>a</sup> Catalina, que se alzó de hecho con la regencia, ayudada por el arzobispo Don Sancho de Rojas, por el justicia mayor, Diego Lopez de Zúñiga, y por Juan de Velasco, conde de Haro; aunque no de derecho hasta la muerte de D. Fernando, acaecida en 1416.

Con el fallecimiento de este, que habia tenido talento y valor bastantes para conservar en cierto equilibrio las ambiciones, las enemistades y las banderías de las noblezas, puestas bajo su mano, se desbordó todo, y empezó la época, verdaderamente calamitosa, de la minoría de D. Juan el Segundo.

En medio de este desórden fué donde lentamente labró su poder D. Alvaro de Luna. Noble por el reconocimiento de su padre; instruido por la educacion verdaderamente docta que debió á su tío D. Pedro de Luna (que á la sazón sostenia el famoso cisma empezado en el siglo xiv y terminado en el xv, llamándose el papa Benedicto XIII en Toledo, mientras en Luca Angel Corario se denominaba Gregorio XII, y se elevaba en Lombardia el cardenal diácono Baltasar Cosa, con el nombre de Juan XXIII); sagaz y agudo por naturaleza, y ambicioso por el ejemplo de la fortuna de sus parientes, en los cuales contaba un papa, un arzobispo y tres ricos hombres, tendió la vista en torno suyo, y conoció que para levantar la cabeza sobre la multitud que le rodeaba, sólo necesitaba una ocasion propicia, un empuje de la fortuna, y valor y audacia para no descender, una vez elevado.

Trájole á Toledo, con ocasion de las cortes que en aquella ciudad se celebraron en 1408 para pedir al reino un servicio de ciento cincuenta mil ducados con destino á la guerra de Granada, su tío el arzobispo de Toledo, D. Pedro de Luna. En aquella sazón tenía D. Alvaro diez y ocho años. Era gentil, buen músico, mediano poeta y buen hombre de armas; su natural donaire, la agudeza de sus dichos, su galantería y la amable elasticidad de su carácter, dominaron á la Reina, que por aquel tiempo era aun hermosa y jóven, como que solo alcanzaba á los treinta y ocho años, y que, acostumbrada al roce de la gente baja de palacio, con quien su dócil y llano carácter la ponía en contacto, encontró seductoros y amables las maneras del jóven, que, insinuante y discreto de suyo, lo fué mas por los proyectos que la favorable acogida de la Reina le inspiraron. D. Pedro de Luna, que acaso solo con este objeto le habia traído á la corte, no dejó pasar tan buenas circunstancias, y D. Alvaro fué recibido como paje en la cámara real.

Durante los diez años que sobrevivió la reina Doña Catalina á la presentacion de D. Alvaro en la corte, este se circunscribió á apoderarse del ánimo del Rey: el jóven D. Juan no tenía otra voluntad que la de su favorito, y la Reina, alejada por su influencia de la corte, y encerrada en el alcázar de Valladolid, no veía mas que por sus ojos. Habíale ayudado mientras vivió su tío el arzobispo de Toledo, muerto en 1414, y

lamentábase los nobles, desposeidos del poder real, de que se tuviese al Rey tan retirado y preso, que no conocía á los grandes que se le presentaban.

D. Juan el Segundo tenía á la sazón once años, y ya se revelaban en él lo indolente, lo sensual y lo débil de su carácter: una mujer hermosa aun, impresionable y sencilla, y un rey joven, educado entre mujeres, caprichoso y débil, eran lo mas á propósito para servir de escala á la ambición de D. Alvaro de Luna.

Este no dispensaba medio alguno de hacer notar el poder de su influencia: apoderado á la sazón del alcázar y de la persona del Rey, era, por decirlo así, un conde por el cual debían pasar forzosamente, y contando con su voluntad, los que necesitaban ó querían aproximarse al Rey; cundió pues entre los nobles el odio contra el privado, odio que debía convertirse en enemiga abierta y encarnizada con el maravilloso acrecentamiento de su fortuna.

Lentamente D. Alvaro fué perdiendo el arrimo de sus deudos poderosos, y solo al fin, por la destitución del antipapa Benedicto XIII (que fué confinado en Peñíscola, donde se dice que mas adelante fué envenenado con un plato de confituras por un Tomás, fraile enviado por Roma para terminar de este modo el cisma), creció su poder al par que su aislamiento; se bastaba á sí propio, y lo demostró cumplidamente á la muerte de la Reina, acaecida en 1418.

Calientes aun los restos de D.<sup>a</sup> Catalina, estallaron las hasta entonces reprimidas ambiciones de los grandes, que se disputaron con una rabia encarnizada la privanza del joven Rey. Mientras el arzobispo de Toledo enfrenaba como le era posible la nobleza, su competidor Diego Gomez de Sandoval, conde de Castro-Xeriz, arrebató al Rey á Madrid; le aconsejó, ayudado por un ercido número de nobles, que aunque no habia cumplido la edad prescrita en el testamento de su padre, se hiciese jurar rey, y así se hizo en las cortes de Madrid de 1419.

Susurróse que en este y otros negocios el Rey no habia hecho otra cosa que seguir la inspiración de D. Alvaro: sublevóse el ánimo quisquilloso y suspicaz de los nobles; se conspiró; se tendieron lazos al poder del privado; y al pasar el Rey á Tordesillas, el infante D. Enrique de Aragon sorprendió con un escuadrón de lanzas la villa, se apoderó del Rey y de sus allegados, y en desdoro de la dignidad real, como dice un historiador de aquel tiempo, le privó de hablar ni de recibir á nadie sin su licencia.

Este insulto fué una llamada general á todos los nobles, que corrieron á las armas. D. Juan de Aragon, hermano de D. Enrique, que acababa de enlazarse en Navarra con la reina D.<sup>a</sup> Blanca, se puso á la cabeza de los nobles, que corrieron á alistarse bajo sus banderas, y marchó contra su hermano.

D. Alvaro de Luna aprovechó esta solemne ocasión: persuadió á la infanta D.<sup>a</sup> Catalina á que se uniese con el infante D. Enrique (que, segun algunos, no tuvo otro objeto al apoderarse del Rey que poner por condicion de su rescate su enlace con la Infanta), venció su repugnancia en unirse al opresor de su hermano, y se efectuaron las bodas, llevando por dote D.<sup>a</sup> Catalina el señorío de Villena, y sacando D. Alvaro, en pago de esta hábil negociacion, el señorío de Santisteban de Gormaz, con título de conde: díjose que con esto se premiaba tambien la influencia que tuvo en el enlace del Rey con la infanta D.<sup>a</sup> María de Aragon, acaecido poco antes.

Ya no hubo duda acerca del poder de D. Alvaro; con su nuevo estado y las inmensas riquezas que se habia procurado, lo manejó todo dentro y fuera: astuto, incansable, audaz, ayudado, por su liberalidad, de un partido numeroso, teniendo en sus hermanos bastardos, D. Juan de la Cerezueta, Juan de Luna y Martín de Luna; hijo el primero de un gobernador de Cañete, el segundo de un pastor, y el tercero de un

labrador, habidos todos en la María de Cañete de nuestro prólogo; teniendo en ellos, repetimos, leales y activos servidores; y una organizacion que se ramificaba hasta las clases ínfimas del pueblo; apoderado enteramente de la privanza del Rey, nada habia que pudiese contrapesar su poder.

Estalló la guerra civil; dividióse en bandos la nobleza, y el infante de Aragon D. Enrique, enemigo el mas encarnizado de D. Alvaro, fué preso por este á nombre del Rey, y puesto en libertad algun tiempo después por la influencia de su madre, la reina viuda D.<sup>a</sup> Leonor.

Por esta vez la nobleza fué mas cauta; la intriga substituyó á la fuerza, y acusado D. Alvaro de delitos atroces, de que no quedan pruebas, y de relaciones criminales con la reina D.<sup>a</sup> María, lograron al fin que fuese despedido de la corte.

Pero no contaban con el afecto que el Rey profesaba á su favorito, y que algunos historiadores fanáticos atribuyen á hechizos: D. Juan echó de menos el arrimo de D. Alvaro, y para satisfacer á los mal contentos le otorgó perdon general por los pasados desafueros; volviéronse sus bienes y derechos al infante D. Enrique y al condestable Ruy Lopez Dávalos, á quienes se habia castigado por sus rebeldías, y D. Alvaro volvió á la corte.

Volvió, pero con un profundo odio en el corazón, excitada su saña contra sus enemigos, sediento de venganza y de sangre, y mas que nunca soberbio é incontrastable. Seguirle paso á paso seria traspasar los límites concedidos á la historia en la novela; baste decir que á contar desde 1430 á 1451, fecha en que empezamos nuestra accion, D. Alvaro fué el verdadero señor de Castilla; preso con el Rey; desterrado, acometido en guerra abierta por Navarra, Aragon y Granada; teniendo por enemigos á los mas poderosos del reino, salió siempre triunfante de los ataques mas rudos, vertió sangre en los cadalsos y en los calabozos, y atento á todas partes, comprimó dentro del reino la guerra civil, y rechazó la de los extraños de las fronteras; se apoderó del señorío de media España, arrancó al infante D. Enrique su maestrazgo de Santiago, y muerto en un destierro Ruy Lopez Dávalos; se apoderó de su oficio de condestable.

Puede decirse con verdad que los celos causados por el poderío y la privanza de D. Alvaro de Luna explican la razon de las turbulencias, de los desastres y de los desafueros que tuvieron lugar en el reinado de D. Juan el Segundo. Este, en manos de su favorito, era un cadáver galvanizado por su voluntad y que obraba á su antojo. A él debió la eterna rebeldía de sus nobles; la guerra civil, encarnizada mas y mas por la familia real de Aragon, que oriunda de Castilla, poseia en ella grandes estados; y á él, en fin, el ver capitaneando á los rebeldes á su mismo hijo el príncipe D. Enrique, á quien miró frente á frente como á un enemigo á muerte, y por quien se vió reducido á verter la sangre de sus súbditos en la batalla de Olmedo.

Pero quien mas perdió en estas revueltas fué el pueblo. Sus franquicias se hundieron; vióse precisado á apelar al órgano siempre fuerte, aunque algunas veces viciado de las Cortes, para resistir, como contrarias á los fueros de la nacion, las prerogativas que se apropiaba la corona; á revocar pragmáticas con humillantes concesiones, y hasta á poner coto á los gastos dispendiosos de la casa real.

D. Alvaro luchaba tambien con las Cortes: parecia acatarlas por el momento, y una vez disueltas, volvian las vejaciones y los desafueros, que provocaban unas nuevas cortes y una nueva lucha. Este juego de nunca acabar inspiró un nuevo desafuero como un medio extremo: raras veces el brazo popular de las Cortes habia estado completo en los reinados anteriores, por doblez en las convocatorias, y se apeló al

recurso, que aquel ejemplo parecía sancionar, de no expedir cartas convocatorias sino para un escaso número de las ciudades que gozaban del privilegio de voto; otras, despojadas de sus bienes por la rapacidad de los privados y por los desastres de la guerra, no pudiendo sostener á sus representantes, se dejaron privar sin quejarse de su derecho, y así, de merma en merma, las ciudades representadas llegaron á reducirse á diez y siete; número escasísimo, que no podía representar de ningún modo la voluntad nacional. Si á esto se añade el amaño probable en las elecciones, la corrupción de los diputados y los mil medios que tiene á su alcance un gobierno despótico para volver en daño de una nación al cuerpo mismo que la representa, se concederá que D. Alvaro de Luna, no solo dominó al trono y á la nobleza, sino que abogó las libertades populares.

Tales, vistos en conjunto y á la ligera, son los apuntes biográficos del héroe de que nos ocupamos.

¿Tuvo razones para serlo que fué? Hé ahí lo que en los capítulos que siguen pretendemos demostrar á nuestros lectores.

## VI.

El Condestable visto por el lado íeo.

Impaciente, envuelto en un ancho ropon que tanto parecía un manto como una capa; cubierta la cabeza por un birrete rojo con orla dorada y un joyel de brillantes, y el rostro con un cumplido antifaz negro, se paseaba un hombre embozado ni mas ni menos que como si estuviese en una plaza pública, en la gran cámara de D.<sup>a</sup> Judit: este hombre era pequeño, de ademan soberbio y de carácter irascible, según podía juzgarse por los enérgicos monosílabos que le arancaba su espera.

Y tenia razon: habia media horn cumplida que esperaba, y ni un paso, ni el mas leve ruido, se habia escuchado fuera de la cámara.

El encubierto, que sin duda tenia razones para no dejar pasar nada desapercibido, habia notado al entrar el desórden causado por la inesperada y excéntrica presentación de Rodrigo de Cotta, y su imaginación habia buscado en el amor la causa de aquellas estocadas; cosa que no debió agradarle, porque su paso se hizo mas marcado, mas impaciente y mas duro su ronco y apenas articulado monólogo. Después distrajo su impaciencia mirando cuanto habia en torno suyo, deteniendo su vista en cada una de las tapicerías y de los cuadros, y en particular en un escudo heráldico suspendido sobre el estrado entre dos espejos de acero.

A juzgar por los lambrequines, cintas y penachos de su yelmo, timbrado con corona de infante; por la multitud de cuarteles del escudo en que campeaban los blasones de las casas mas antiguas y fuertes de Castilla, y por lo activo de su divisa: *Sanguine vivit, honorem fulgurat*, no podia dudarse de la alta nobleza de la dueña de aquella casa, en la que tan ostentosos se mostraban los signos convencionales con que sublimaba á porfia sus nombres la nobleza.

Pero el encubierto ó no era muy crédulo ó tenia motivos para no serlo, puesto que murmuró por aquella vez de una manera inteligible:

—Allá van timbres de quier pintores: ¡buena divisa, famosa! pero que puede muy bien borrarse si la mano es larga y la tinta oro... ¡*Sanguis femine Judá!* ¡Pardiez! los tales judíos no se paran en barras... ¡Y bien! ellos nos sirven á maravilla para atesorar dineros que se confiscan... Ellas... ¡oh! ellas son bastante hermosas para divertir... reyes, y hacer que se maten hidalgos: debia haber un judío en cada calle... Son una excelente carcoma... que roe á nuestros enemigos... Ellos los arruinan con la usura, ellas

los matan con el amor... ¡Señor! Señor! ¡Una plaga de judíos, y nos hemos salvado!

No sabemos adónde hubiera ido á parar el soliloquio del incógnito si á punto no se hubiera abierto una de las puertas de la cámara y entrado un paje: traía en las manos una batea de oro, y en ella un tintero, un rollo de pergamino y los enseres de escribir que se usaban entonces.

Dejó el paje estos utensilios sobre una mesa, y sin pronunciar una palabra salió, pero no sin haberse inclinado dos veces respetuosamente ante el encubierto, una á la entrada y otra á la salida.

Aquel hombre miró con cierta preocupacion aquellos menesteres de escribir, y se mostró mas impaciente que nunca.

Al poco espacio se abrió otra puerta, y la voz lenta y solemne de un maestra sala dijo en ella:

—La alta y poderosa dama, mi señora, D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

El incógnito se desembozó y descubrió su cabeza, calva en la parte superior, y cuyos cabellos habian puesto grises ó los años ó los cuidados: entonces pudo verse bajo su manto un sayo corto á la francesa, según la moda de entonces, de brocado negro y oro, sobre el cual se destacaba un collar con una placa en que estaba esmaltada la cruz de Santiago, y en su talabante de seda un puñal buido y una fuerte espada de combate; en vez de calzas llevaba mallas, y su birrete, según lo inflexible de la forma, era un casquete de hierro sobreforrado.

Judit habia cambiado de traje y venia esplendidamente ataviada con una saya y una falda á dos colores, en azul y rojo, sobrepuestos de arabescos bordados de oro: en las dos vueltas del brial llevaba el blason de su casa, y en orla una ancha franja de jaqueles negros; sus cabellos, peinados en trenzas, estaban cubiertos por una toquilla de brocado con piñas de perlas en las puntas, y su collar y el broche de su escote eran de gruesos y fúlgidos diamantes.

El incógnito adelantó hasta ella, se inclinó profundamente, volvió á inclinarse al recibir su saludo, y asiéndola de una mano, la condujo galantemente al estrado, junto al cual permaneció de pié.

—Sentáos, caballero, dijo Judit sonriéndole afablemente: por mas que vuestro antifaz pretenda ocultaros, yo sé bien cuanto valeis, para no permitir os permanezcáis de pié en mi casa.

—Soy, señora, vuestro mas rendido admirador, contestó el encubierto sentándose.

—Y el grande que, siendo el mayor de Castilla, no duda en servir al Rey en cosas en que él mismo pudiera ser servido.

—Mi amor y mi adhesión al Rey son mayores que esa grandeza que me atribuis.

—Segun unas letras que he recibido hoy, y á las que he contestado; sois el que anoche...

—Os aconsejó que empleaseis vuestra hermosura...

El incógnito pronunciaba con trabajo estas palabras; conociase claro que su activo orgullo se doblegaba mal á una tercería de amores.

—Indudablemente me aconsejábais bien, contestó con una admirable flexibilidad Judit, y desde anoche acá he pensado mucho en vuestros consejos.

—En los que sin duda no ha mucho pensábais aun... Temia en verdad... Tardabais demasiado para no temer vuestros rigores.

—¡Ah! perdonadme, caballero; mi tardanza no ha consistido en mí, estaba dispuesta á recibirlos; pero un accidente desgraciado...

—¿Un accidente desgraciado decis?

—Sí, acontecido un momento antes de vuestra llegada... Un jóven... un estudiante... Rodrigo de Cotta, segun me han dicho, se nos entró por las puertas adelante hasta la cámara en que me encon-

traba; y cayó á mis piés manchiéndome las manos y las ropas con sangre.

—¿Un estudiante á quien han herido sin duda al pié de vuestras rejas, señora? dijo con acento leve- mente incisivo el incógnito.

—Exactamente al pié de mis rejas no; pero sí en frente de mis balcones.

—¿Un amante?

—No; un hombre que es muy poeta; que canta muy bien, y que ha tomado por costumbre de algunas noches acá entonarme endechas: la calle no es mía, y la ocupa; pero las maderas de mis miradores me pertenecen...

—Y se abren...

—No, caballero, no; permanecen cerradas.

—Por respetos sin duda á alguien, que ha encontrado importuno al músico, y os ha desembarazado de él á estocadas.

—No recuerdo haber dado á nadie derecho para que me sirva de ese modo; por el contrario, quien tal ha hecho me ha ofendido... Vuestras sospechas me prueban que mañana se murmurará de mí en la corte... y esto, os lo aseguro, me contraria: todo estaba evitado con que vuestro alcalde mayor no fuera tan remiso y roncarse con sus alguaciles, cuando es fama que abundan en Valladolid gentes mal entrete- midas, y que andan de noche ciertos saltadores; á quienes se les conoce con un nombre que se ha hecho terrible.

—¿Qué! ¿Son acaso?... ¿quién?

—Los hermanos del Cristo de las Tinieblas... Esa gente nos obligará á cerrar nuestra casa á puertas del sol á piedra y lodo, como si no tuviésemos aceite para alumbrar el zaguan, ni escuderos que le guarden, ni pajes en las escaleras. Esto es humillante, y de esto nadie es culpable mas que...

—El Condestable, tenéis razon... ¡Los hermanos del Cristo de las Tinieblas! ¡Otra vez esa gente! Pero ¿estáis segura de ello, señora?

—Ellos son los que han mal herido, y acaso ase- sinado, á Rodrigo de Cotta.

—Ese poeta es imprudente y se mete en el colmenar sin carátula... Los tiempos andan muy revuel- tos... Y decidme, señora, ¿os ha requerida alguna vez de amores el príncipe D. Enrique?

—Sí, contestó, haciendo un marcado gesto de repugnancia, Judit.

—¿Y le habeis escuchado?

—¡Escuchar yo al Príncipe...! A un hombre ca- sado!

—Escuchais al Rey...

—Aun no podeis asegurar nada, caballero.

—¿Como! ¿seriais capaz de desdeñar?...

—Para que yo os conteste necesito ante todo ver os cara á cara sin antifaz; mientras permanezcáis encubierto creeré que os avergüenza el negocio de que sois embajador, y avergüenzándoos no debéis exi- girme que me humille.

—Tomais por vergüenza lo que solo es precaucion, señora, temor de ser visto, si por acaso...

—¡Oh! Descuidad, Sr. condestable de Castilla; donde yo estoy nadie entra, nadie se acerca, sino cuando yo le llamo.

—Pues bien, señora; hé aquí al Condestable, al mejor vasallo del Rey, que viene á pedir os gracia en su nombre, dijo D. Alvaro arrancándose el antifaz.

Quedó al descubierto su semblante astuto, corte- sano, orgulloso; sus ojos, en los cuales solo apare- cian la expresion del sarcasmo, del desprecio ó de la cólera, demostraban entonces toda la amabilidad, toda la cortesania con que habia sabido abrirse paso hasta el encubierto punto que ocupaba. D. Alvaro habia sido siempre, si no hermoso, altamente simpá- tico, y conservaba aun toda la viveza de sus grandes y elocuentes ojos negros, á pesar de sus sesenta años;

Calvo en la parte superior de la cabeza, orlada de largos cabellos grises; grave por indole y por el há- bito de tratar arduos negocios; lastimado en el cora- zon y en la cabeza por las defecciones de nobles que todo se lo debian, y por la dura lucha que se habia visto obligado á sostener durante treinta años, y que ya le abrumaba, D. Alvaro era una figura cuyo solo aspecto imponia veneracion y respeto.

Un filósofo, un pensador, le hubiera tenido lásti- ma: á través del dorado velo de su grandeza se adi- vinaba en su mirada, siempre inalterable, siempre se- rena, un foco récondido, en que ardian la desespera- cion, y acaso el remordimiento: en aquella boca des- denosa y altiva, que tanto sabia pronunciar palabras, que se insinuaba dulcemente en el alma, como órdenes que nadie se atrevia á desobedecer, habia un sólo de inmenso sufrimiento; subia á ella, la aridez de un alma sedienta de paz, de un alma destrozada, muerta para el placer y para el amor, roida por el cáncer del orgullo y de la ambicion.

Su cuerpo, que habia sido fuerte y gentil, se habia encorvado un tanto, como al peso de los gigantes pensamientos que ardian en aquella cabeza tan noble, tan dominadora, y en cuyas profundas rugas pare- cía impresa la señal del dedo de Dios, que juzga y castiga. En D. Alvaro todo era grande y terrible: el amor, la ambicion, la amistad, el odio, el orgullo la avaricia; eran las pasiones llegadas á su mas alto gra- do y caracterizadas en un semblante que daba miedo y compasion á un tiempo.

Judit observó profundamente este semblante, que la miraba con una noble franqueza, con una solicitud y un afecto que acaso no eran fingidos: la jóven creyó percibir en la mirada del Condestable algo de admi- racion por su belleza, y esto la hizo recordar el pen- samiento de Roboam: asesinar con amores, enloque- cer para triunfar, añadir una desesperacion mas á las profundas desesperaciones del Condestable.

Judit pues adoptó una expresion de interés y de afecto; encubrió su odio bajo una cubierta de flores, y se preparó á una lucha de astucia con aquel poder- oso señor, en cuyas manos estaban el poder real y el destino de Castilla.

Vencer á aquel coloso era equivalente á apropiarse su poder, y un destello de ambicion, acaso el primero, surgió del fondo del alma de la jóven.

—Habeis dicho que venis á pedirme gracia en nombre del Rey, dijo: ¿de qué rey hablais?

—Del rey D. Juan.

—¡Ah! ¡Su alteza necesita gracia!... ¡de mí!... de una dama cuyos abuelos una generacion atrás esta- ban marcados con una señal de infamia; cuya raza está vilipendiada en Castilla... que, á pesar de su conversion y de sus riquezas no es mas que... una judia, á quien una orden de vuestra mano puede arrancar á un tiempo cuanto tiene y cuanto espera!

—El pueblo de Judá es el pueblo de Dios... cuando como vos, noble y hermosa señora, se convierte á su fe. El bautismo ha lavado en vos la mancha de incre- ditud de vuestra raza, y os ha dejado pura como el fuego... Ha hecho que resplandezca vuestra divina hermosura y que por vuestro amor vengan á punto de sangre los hidalgos mas cristianos de Castilla.

—No todos, no todos, Sr. Condestable; alguno hay que desde su altura no ha visto mi pequenez.

A la particular intencion de estas palabras acom- pañó una mirada dulce, intensa, una de esas prime- ras miradas de una mujer que desea hacer compren- der que le seria grata una declaracion de amor; un avance, en fin, como se dice en el lenguaje técnico de nuestras coquetas. Las mujeres, desde Eva á acá, han tratado al amor de una misma manera: solo han variado las denominaciones, cosa que nada importa cuando se han conservado el objeto y las formas.

—Vuestra pequenez, como decís, señora, ha logra-

do fijar la atención del Rey, que se creería en amor el más grande de los grandes, si ese amor era vuestro.

— ¡Ah! exclamó Judit sustituyendo una profunda gravedad á la fascinadora sonrisa que un momento antes acrecia su hermosa; y el Rey quiere... el Rey desea...

— El Rey, señora, os ama como un loco... ¿Habeis escuchado bien la trova de la música de Rodrigo de Cotta?

— Las palabras de su canto...?

— Es muy posible que sean de Juan de Mena, el amigo, la musa favorita del Rey... y que Rodrigo de Cotta no fuera mas que un instrumento como su laúd, dijo como quien espera una explicacion el Condestable.

— Si no vinierais en nombre del Rey, dijo Judit tornando á su provocadora sonrisa; creería que lo que acabais de decirme...

— ¡Qué!

— Perdonad... pero vuestras palabras parecen lijas de unos celos á quienes el orgullo impide hablar frente á frente.

— Pero en fin, Rodrigo de Cotta...

— Me hacia el amor por su cuenta, Sr. Condestable...

— Lo que sabeis á pesar de haber cerrado vuestras ventanas al músico á piedra y lodo.

— Aunque no hubiese oído alguna vez sus trovas, lo que hubiera sido difícil, porque ese pobre mozo posee una voz muy clara, muy armoniosa y muy buena, no pudiera dudar de ello: al caer á mis piés bañado en sangre me llamó su ángel.

— Habeis sido para él, sin quererlo, un ángel fatal, señora, dijo el Condestable, á quien tocó la vez de mostrarse grave; y Dios haga que no seais la fatalidad para otros...

— ¡Ah! he tenido la dicha de inspirar...

— Os repito, señora, que el Rey...

— Y bien, ¿qué quiere el Rey?... ¿Acaso no le bastan los amores de su esposa? ¿Es que, marido cansado, necesita manchar, para matar su fastidio, la fe prometida á una reina y la honra de una doncella?...

— El amor, señora, es un tirano demasiado poderoso para que no se deba tener compasion del desdichado que cae bajo su imperio: el arnés del soldado, como la púrpura del rey, como el sayal del monje; lo sagrado de los deberes; lo terrible de las faltas, aun el temor de la condenacion, no son defensa bastante para ese tóxico que atraviesa el aire envuelto en una mirada; que nos fascina, que se apodera de nosotros y nos convierte de poderosos en mendigos, de cuerdos en locos, de señores en esclavos, de viejos en jóvenes... No hay defensa que baste: ante él caen la dignidad del rey, la dignidad de las canas.

— No en balde dicen, contestó riendo Judit, que trovais de muy galante manera, Sr. Condestable.

— ¡Pardiez! y os hace reír mi trova...

— ¡Pues no! Y ¿cómo queréis que se escuche á un gran maestre de Santiago, á un poderoso condestable... que á pesar de sus cuidados, de su alta dignidad y de sus cabellos grises, habla del amor ni mas ni menos que como pudiera hacerlo un paje?

— Es que, señora, el Rey no cuenta mas que... cuarenta años; es joven porque no le han envejecido los cuidados del mundo... Terribles cuidados que han despoblado mi frente, encanecido mis cabellos, arrugado mi semblante y secado mi corazón: os hablo, tenedlo presente, en nombre del Rey, cuyo corazón entregado á las dulzuras de la poesia, fecundizado por el divino Juan de Mena, no satisfecho con el severo cumplimiento de sus deberes de esposa por la reina D.<sup>a</sup> Isabel, necesita extenderse, arder en la llama de otro amor, vivir en él... Y os habla por mi boca...

— Así hablarais tambien no ha mucho á la infanta que hoy es reina de Castilla; así seria su amor sin duda; y sin embargo, cuatro años han bastado para que el volcan se convierta en nieve.

— ¡Oh! no hablemos de la Reina, señora... la Reina no debió venir á Castilla... Me equivoqué... esa mujer... os suplico que no hablemos de ella.

— De modo que entonces vos, que, segun se dice, sois el corazón, la voluntad, el alma del Rey, os enamorasteis de la esposa como ahora de la manceba...

— ¡Señora!

— Sí, de la manceba... ¿Y si, como os engañasteis respecto á la primera, os engañais respecto á la segunda?

— ¿Teneis el corazón libre?...

— Acaso no...

— ¿Amais?

— Puede ser que ame.

— ¡Al Rey!...

— ¡Al Rey!... ¡Nunca!...

— ¿Seriais acaso tal, que veriais á un rey, á un rey galán, amante y gallardo, á vuestros piés, y no le levantarais en vuestros brazos?

— Nunca daré al poder lo que es del amor. Escuchadme: las mujeres de mi raza cuando aman, es con un amor libre como el viento, ardiente como el sol, y eterno como él: por el amado la honra, la felicidad, la vida, hasta la parte que Dios ha prometido á los buenos en el paraíso; poco importa que el amante sea señor ó esclavo, que gima una dura pobreza ó amontone el oro, que sufra las órdenes de un amo brutal ó que domine á todo un reino, le revuelva, le ensangrienta ó le pacifique á su placer; lo que queremos es un alma que ame, unos ojos que sepan mirar con amor, y una boca que le suspire y le confiese... Lo demás... ¿Qué nos importa lo demás?... ¡Una judía que se entrega á un hombre sin amarle porque es poderoso, es una esclava con cadenas de oro... una esclava que al sonreír á su amante llora en su corazón... Yo no quiero llorar... Yo no quiero ser esclava...

— Y ¿habeis adquirido esa decision, ese amor en el convento de benedictinas de Toledo, donde os hizo criar vuestro padre?... dijo con acento incisivo Don Alvaro.

— No á fe: aquellos horribles claustros solo inspiran desesperacion, y yo necesito para respirar libremente un espacio al fin del cual se vean lejanos y azules horizontes... Yo moriria allí, pero preferiria mil veces aquel sepulcro de vivos al mas rico harem... Creo que moriria mas pronto en los magníficos y dorados salones de la Alhambra.

— ¿Habeis visto por acaso la Alhambra de Granada, señora? dijo con un recelo mal encubierto el Condestable.

— ¡La Alhambra! no, contestó con la mas perfecta naturalidad Judit; pero ¿quién no ha oído hablar alguna vez de ella? Dicen que está fabricada por los genios de la luz y consagrada al genio del amor.

— Y qué sin duda seria mas hermosa si la habitaseis vos: creedme, D.<sup>a</sup> Judit, un simple caballero, por poderoso que sea, no os merece; sois la joya de un rey; joya que será, me atrevo á esperarlo, la mejor prenda de D. Juan el Segundo.

— Me haceis sospechar...

— ¿Sospechais?... dijo con cuidado D. Alvaro.

— Sí.

— Y... ¿qué sospechais?...

— Que mas que enamorado de mí, está el Rey sujeto á un mandato vuestro, que le prescribe me diga amor.

— Y radiaron los ojos del Condestable, pero de una manera casi imperceptible, como un relámpago.

— Pues sospechais mal... Sin fundamento.

— Supongamos que la Reina, en vez de alejarse como suponéis, se acerque demasiado al Rey.

— Señora...

— Y que á vos, que sois ahora tan enemigo suyo como antes fuisteis su amigo, no os conviene esa proximidad...

— Aventuráis demasiado, D.<sup>a</sup> Judit.

— Creo adivinar... Escuchadme : vos os habeis dicho : el Rey es enamorado; una judía cuyos ojos destellen fuego, que sea miserable é interesada como los hombres de su raza, que se enamore del oro, que sea, en fin, una miserable prostituta...

— Yo no os he pedido que os prostituyais, señora, exclamó el Condestable, que habia empaludicado; os he pedido amor para el Rey, no deshonra...

— ¡ Ah! creo que ahora pedis menos...

— Pero por lo mismo quiero que lo poco que pido se me conceda.

— Y bien ¿quereis hacerme partícipe de vuestros pensamientos?

— ¡ Oh, señora! ¿ Y en qué puedo yo pensar sino en aliviar la profunda tristeza que corroe el corazón de ese pobre rey, que es mi amigo; en acercar á él un ángel que le consuele?...

— Y que le ciegue... que aparte de él ese espíritu tentador á quien ama; ese espíritu que está encerrado en el cuerpo de la reina D.<sup>a</sup> Isabel.

— Y bien, señora, dijo rompiendo por todo el Condestable : si eso fuera ¿me ayudaríais?

— ¡ Oh! Sí, os ayudaré! Sois noble, generoso, valiente, y os admiro y os respeto : decidme yo soy el que estoy triste; mi cabeza arde rodeada de una atmósfera de fuego; estoy solo en el mundo, que se revuelve entero contra mí y tiembla bajo mis pies; los que yo he levantado del polvo me son traidores; mis hijos esperan impacientes mis tesoros; el Rey es demasiado débil para servirme de apoyo, y la Reina demasiado fuerte para no ser una enemiga terrible. Necesito, no un ángel, sino una mujer bastante hermosa para fascinar al Rey y bastante amiga para consolarme, para apartar de mí los malos ensueños que me aquejan : decidme eso, y soy vuestra amiga; vuestra amiga, Condestable, con toda la fe, con todo el entusiasmo de nuestra raza de oriente.

Perdonad, señora, si me parece un sueño tanta felicidad : vos, joven, hermosa, rica, codiciada; vos, que desdeñais á un rey, amais...

— ¡ Oh! yo no he hablado de amor.

— Amais con el amor de la amistad, que es el mas noble, el mas puro, á un viejo gastado en una larga vida de continua guerra... ¿qué puede haberos inspirado ese afecto, que á ser cierto me haria feliz?

— ¡ Qué! ¿No os creéis bastante grande para que el brillo que emana de vuestras hazanas, de vuestro ingenio, de vuestra nobleza, sea bastante á haceros amigo de una mujer á quien cercan continuamente jóvenes y hermosos hidalgos? Pero esos hidalgos tienen el alma ennegrecida y vieja por la traicion, y vos la teneis joven, grande, entusiasta : ese rey que aun no ha puesto la planta en la vejez, es mas débil que una mujer y mas irresoluto que un niño, mientras que vos sois fuerte lo bastante para resistir solo todos los embates de los bandos de Castilla. Nosotras las judías amamos lo grande, lo noble, lo hermoso del alma, y vuestra alma es la inmensidad.

Judit habia tenido constantemente posada, durante este razonamiento, una de esas miradas lánguidas que completan, por decirlo así, el pensamiento que expresan mal los labios : el Condestable habia buscado en vano una sombra de ficción, de inseguridad; el amor habia sido y era una de sus mayores flaquezas, y su alma estaba siempre abierta á la adulacion : la mirada de Judit le enamoraba, su palabra le enorgullecía.

— Necesito que el Rey enloquezca, la dijo tendiéndola una mano, como en señal de alianza.

— Enloquecerá, dijo Judit estrechando aquella mano.

— No de amor, sino de desesperacion.

— Os juro que será nuestro.

— Dicen que yo le tengo hechizado; sed vos mi hechizo.

— ¿ No temeis que os hechice á la par?

— ¡ Oh! señora creo que vuestra casa está encantada.

— Ved pues lo que haceis, Condestable.

— Hechizad al Rey, y Castilla será nuestra.

— Dadme pues rehenes de nuestro concierto.

— ¿ Rehenes?

— Sí.

— Y ¿cuáles?

— Dos castillos.

— ¿ Dos castillos?...

— Sí, quiero ser fuerte; tener una bandera, un capitán y tres mil jinetes, como vos.

— Y ¿ para qué, D.<sup>a</sup> Judit?

— Podría ser que yo tambien quisiera tener un partido. ¿ No le tienen todos en Castilla?

— Os juro, señora, que vuestra peticion es extraña para una dama : pidiéraisme joyas... Pero castillos.

— Realmente no os los pido; os los truco.

— Pero ¿ qué castillos quereis?

— Quiero las villas de Hariza y Cuéllar con sus fortalezas, y en cambio os doy la dehesa de Piedra Santa.

— Dejadme meditar... La villa de Hariza está en la frontera... El navarro...

— ¿ Desconfiais?... dijo Judit desasiendo su mano de la del Condestable.

— Me pedis demasiado.

— Vos me pedis mi reputacion, sin mancha hasta ahora.

— Os he dicho simplemente...

— Q. e pase por la querida del Rey...

— Y bien, si os doy esas villas...

— Si me las trocais...

— Bien... Si os cambio esas villas... ¿ Me serviréis?

Doña Judit nubló el semblante.

— Seré vuestra amiga.

— Y ¿ cuándo quereis?

— Ahora mismo. Aquí hay dos pergaminos, dijo Judit, levantándose y mostrándolos al Maestre; las obligaciones están extendidas; solo faltan vuestra firma y vuestro sello.

El Condestable miraba atónito á Judit, que en una mano le mostraba un pergamino y en la otra una pluma : fuese porque Judit le fascinase, ó por un atrevido cálculo, asió la pluma y firmó; después tomó de la batea un cabo de cera colorada, la derritió á la luz y estampó sobre ella su sello.

— Pedidme mas, señora, la dijo.

— Pues bien, os pido que cuando estéis triste, cuando creais que un romance cantado por mí al laud disipará vuestra tristeza, vengais, señor...

— ¡ Oh! Si vendré; pero es preciso que venga tambien...

— ¿ El Rey?

— Me habeis prometido hechizarle... esta noche...

— ¿ Esta noche! No, esta noche no, dejadme que me prepare... Necesito... No, esta noche no...

— ¿ Mañana?

— Mañana sí.

El Condestable se levantó y se puso el antifaz.

— Os vais, señor?

— Sí, sí; vuestra casa está encantada, D.<sup>a</sup> Judit, y no me creeré libre sino cuando me encuentre fuera de ella.

— ¡ Oh! Creo que algun empeño importante os hace abreviar vuestra visita, y os dejo.

— Una palabra : ¿ por dónde podrá entrar el Rey?

— Mañana os enviaré... Vivis, segun creo...

— En mi palacio de la calle Tenebregosa.

—Pues bien, señor, mañana os enviaré con una de mis dueñas la llave de un postigo que da al callejon del Conde.

—¿A la vuelta de los arcos de Benavente?

—Sí.

—Ahora, hermosa D.<sup>a</sup> Judit, que os guarde Dios.

—Y ¿os vais sin que mis escuderos?...

—No, no; dejad quietos á vuestros servidores: yo os juro por mi honor que conocen demasiado mi espada los hermanos del Cristo de las Tinieblas para que se pongan á mi paso; señora, que os bendiga Dios.

—Que él os proteja, murmuró Judit.

El Condestable besó la mano que le presentó la jóven, se embozó en el manto y salió.

El semblante de la hebrea cambió de expresion á la desaparicion del Condestable, y se tornó livido.

—He asido las manos del asesino, dijo, le he dicho amores. ¡Oh! Pero mi amor es la muerte. Imbécil, que te crees bastante para hacerte de un rey el escabel de tu grandeza, una mujer es mas fuerte que tú, puesto que ha mirado frente á frente tu semblante aborrecido y ha podido sonreirse; que ha asido tu mano y no te ha clavado su puñal en el corazon; pero no me basta una puñalada: tus enemigos una vez muerto honrarian tu cadáver. Necesito que mueras desesperado, loco, sobre la bayeta negra de un cadalso, y estos pergaminos son el primer escalon de mi venganza.

Después de esto tomó de sobre la mesa los dos pergaminos; los enrolló, los guardó en su escarcela, y en paso precipitado y violento salió de aquella cámara y se perdió trás el tapiz de una puerta inmediata.

En tanto el Condestable embozado y á paso lento bajaba las escalera de la casa de D.<sup>a</sup> Judit.

—¡Oh, despacio, despacio! pensaba. Estas hebreas son embusteras y falsas como trampas de lobos escondidas bajo el césped. ¡Los castillos de Hariza y Cuéllar! Y bien... Mi proyecto es rápido... Antes de que puedan llegar sus gentes... sus alcaides, á tomar posesion, yo sabré hasta qué punto me puedo fiar de ella... ¡Judía, hermosa, y los hermanos del Cristo de las Tinieblas tienden á estocadas los importunos debajo de sus miradores... ¡Oh, despacio, Condestable, despacio...! Sobre todo fuerza en el corazon... su casa parece inficionada, los ojos de esa mujer quemam... Creo que un principio de amor se revuelve en mi alma... ¡Oh! Eso seria terrible... Creo que ahora amaria mas que nunca... Pero... cerca de aquí, fuera de la puerta de Madrid... Sí, sí; hay brebajes infernales que evitan, que curan el amor; como hay otros que le causan... Sí... Juan Cercena es mi amigo... Corta cabezas de nobles... y es hechicero... La noche está cerrada, y hoy han ahorcado á un ladrón... Vamos, Condestable, vamos á casa de Juan Cercena.

Las últimas palabras del soliloquio del Condestable demostraban que era supersticioso, y la decision con que tomó el campo Grande adelante, que era un fanático incurable. Poco después su bulto se perdió en las tinieblas y sus pasos en la distancia.

### VIII.

El maestro de Calatrava. — Para qué queria D.<sup>a</sup> Judit las cartas de donacion del Condestable.

Cuando Judit volvió á la cámara de Roboam, la encontró médicamente ocupada por el bachiller Cibdareal: el plano de la mesa habia desaparecido bajo redomas, hilas y vendajes, y tenia todo el aspecto de una mesa de hospital.

El viejo médico se ocupaba á la sazón en quemar en un brasero algunas pastillas aromáticas para quitar á la cámara su olor de medicina y botica.

Estaba solo. Roboam hacia ya largo espacio que habia salido, no sin encerrar todos los papeles que antes cubrian la mesa en un armario, llevándose un voluminoso rollo bajo el brazo. El médico de su alteza habia mirado con cierta curiosidad un poco impertinente al hebreo, y esto, acaso por razones poderosas, le habia ahuyentado.

El herido al volver en sí habia empezado á delirar, y Cibdareal, prudente como médico viejo, habia alejado á la servidumbre y quedádose solo con el estudiante.

A los cinco minutos ya habia pronunciado cien veces Rodrigo de Cotta el nombre de Judit, y otras ciento el de los hermanos del Cristo de las Tinieblas.

—Cuando aparecen las golondrinas, dijo el médico, viene el verano: los hermanos del Cristo de las Tinieblas y el príncipe D. Enrique son una misma cosa; empezarán los asesinatos y los robos: su señora hace mal, muy mal, *terque cuaterque* mal, en servirse de esa gente. ¡Pardiez! Será necesario hacerse á todo trance de la seña, si no queremos vernos desnudos ó muertos en medio de la calle á la primera ocasion. Y en qué noche, ¡vive Cristo! Cuando necesariamente tengo que verme con Juan Cercena á propósito del cadáver de ese ladrón que aun todavia penderá de la horca: magnífico esqueleto, y sobre todo buena pieza de estudio.

Para comprender la última parte de este monólogo, que pronunciaba á media voz Fernan Gomez de Cibdareal mientras acababa de poner el primer apósito sobre la herida de Rodrigo de Cotta, es necesario tener presente que en aquellos tiempos la diseccion anatómica estaba tan rigurosamente prohibida como hoy entre los ingleses; lo que obligaba á los médicos estudiosos á servirse de contrabando de los despojos del patibulo, que por cierto no eran escasos: los ladrones y los asesinos abundaban de tal modo, que no podia salirse fuera de los muros de una ciudad sin un fuerte resguardo, y dentro de ella, en dando la oracion, era urgente del mismo modo un preservativo eficaz consistente en algunos escuderos armados ú otro específico equivalente. Lo demás era esponerse á un lance tan desagradable como el que acababa de acontecer al enamorado Rodrigo de Cotta. El verdugo, por lo tanto, no estaba ocioso, ni descontento el bachiller Cibdareal. Los desafueros de la canalla tenian perfectamente abastecido su gabinete en la parte osteológica, y sus memorias medicas se enriquecian cotidianamente con preciosos descubrimientos arrancados á la diseccion cadavérica.

Pero si bien los bandidos eran por esta razon una gente apreciada muy particularmente por el buen bachiller, no entraban en esta cuenta los antedichos hermanos, que no practicaban la fraternidad sino respecto á sí mismos, y esto no mediando género alguno de interés. El bachiller, por razones que expresaremos mas adelante, los conocia perfectamente; pero sabia tambien que ellos no conocian mas que una orden y una seña, y que ignorando esta última, como entonces le acontecia, era lo mismo que encontrarse atado de piés y manos delante de un toro, si por desgracia se les encontraba. Era gente que no entendia de razones ni sabia otro oficio que matar y morir.

Esto tenia de mal humor al bachiller, porque para él una cita con el verdugo equivalia á lo mismo que una cita de la mujer de sus amores para un adolescente, con la diferencia únicamente de que este busca en el amor la vida que da la muerte, y el bachiller buscaba en el cadáver la muerte que enseña á dar la vida, y por lo tanto, su gloria de médico.

Al entrar Judit no pudo menos de notar con temor el avinagrado y cejijunto rostro del bachiller.

—¿Con que es cosa desesperada, Sr. Cibdareal? le dijo.

El bachiller levantó los ojos de sus redomas y miró con sorpresa á la jóven; instantáneamente su semblante se dulcificó.

— Y ¿cuál es la cosa desesperada? dijo; ¡hay tantas en Castilla!

— Por el momento me interesa una sola, respondió Judit; después hablaremos de las otras.

— ¿Qué os interesa, noble señora?... ¿Acaso este jóven?...

— Ese jóven ha entrado en mi casa pidiendo ayuda; es mi huésped, Cibdareal; ha sido herido bajo mis balcones, sin duda con premeditación, por gentes de quienes hay que temerle todo... Me interesa su vida, primero porque yo he sido la causa de su desgracia... después porque ha conocido á los que le han puesto en ese estado, lo que demuestra que puede sernos útil; nadie conoce á los servidores del príncipe D. Enrique, que no conozca las intrigas de la corte, que no valga mucho en alguno de los bandos.

— Rodrigo de Cotta, señora, es todo de Juan de Mena, como Juan de Mena lo es del Rey, y como el Rey lo es del Condestable; ese jóven, si á los bandos se atiende, es nuestro enemigo.

— Pero enemigo generoso y leal, enemigo noble, que no nos conoce, y á quien se podrá hacer servir de mucho: sus ojos verán para nosotros, sus oídos escucharán para nosotros, su boca hablará para nosotros.

— ¡Ah! Señora, tened compasión de él: la ciencia podrá salvarle de sus heridas, ahuyentar la muerte que vuela sobre su cabeza, volverle la sangre que le han arrancado los asesinos; pero vos, señora, si le herís, le heriréis de muerte; desgarraréis una herida que ya está abierta, que mana hiel en vez de sangre, y que se hará incurable; creedme, señora; si tenéis corazón, si ese corazón se estremece por los dolores ajenos, no le veáis, no alentéis con vuestras divinas miradas, con vuestra celestial sonrisa, un fuego que arde y que roerá sus entrañas, si se le alienta y no se le apaga con un diluvio de amor; porque el desdichado os ama con toda la locura, con toda la fuerza de un alma de poeta.

— Pero los poetas, Cibdareal, tienen la preciosa cualidad de soñar despiertos, de amarlo todo: el sol de la primavera y la hermosura de la juventud; lo bello y lo terrible, la felicidad y la desgracia: creo que si un poeta se viera exclusivamente amado, si fuese eternamente alumbrado por un mismo sol, si todo le sonriera, si todo le fuese favorable, si no tuviese el grande, el inmenso placer del sufrimiento, dejaría de ser poeta, se consumiría de fastidio, moriría como una lámpara á que falta pábulo. No, Cibdareal, no; el dolor tiene su placer; placer íntimo, misterioso, recóndito, dulcificado por la esperanza, y que es la mejor inspiración de esos seres cuya grandeza no concibe el mundo, porque solo tienen en él los pies, y su cabeza se pierde en la altura donde resplandece Dios.

— Señora, dijo gravemente el bachiller; he visto nacer al Rey, le he visto crecer; he tenido entre mis manos, y la tengo aun, esa vida débil que resiste mal un alma tímida si se quiere, porque está obligada á vivir en un espacio méfítico que la sofoca, la comprime, la enerva, pero alma noble, generosa, entusiasta; la he visto oscilar próxima á apagarse por el influjo fatal de ese hombre á quien llaman el condestable de Castilla; la he visto entre el ser y la nada, y he velado, he estudiado de nuevo, para hacerme médico del alma; he analizado uno á uno sus recónditos misterios del mismo modo que he examinado sobre el cadáver cuanto constituye la organización del cuerpo humano: era médico, y me he hecho filósofo... Mis cabellos han encanecido por el estudio, y no he tenido placeres... Sí, uno solo... mi orgullo satisfecho, porque hace mucho tiempo que luche con la muerte

y la venzo arrancándola su presa; porque sin mí el Rey sería un cadáver... Pues bien, señora, os juro por mi alma que no me interesa menos ese jóven: mi amor al Rey puede decirse que es un amor de padre; mi amor á Rodrigo de Cotta es el entusiasmo del hombre que, envejecido ya, ha contado por cada uno de sus días una grandeza sorprendente á la naturaleza ó al espíritu de vida ó de pensamiento que la alienta... Si hoy muriera Rodrigo de Cotta, su nombre se hundiría en la eternidad al mismo tiempo que su cuerpo en la sepultura; pero que viva diez años, exclamó con arranque el médico; diez años no más, y habrá hecho tanto, que la posteridad guardará su memoria y la recordará con orgullo... Y vivirá, señora; vivirá, si vos no le matais.

— Sabéis que tiene en vos un singular amigo ese pobre mozo, exclamó sonriendo lánguidamente Judit; me ama, se pone á morir por mí, y vos le robais mi amor...

— Como arrancaría un vaso emponzoñado de las manos de un insensato, señora.

— ¡Cómo, Cibdareal!

— Perdonadme: creo comprenderos... Aborrecéis á D. Alvaro de Luna, y le teméis porque sabéis cuánto es su poder: para vencerle no desdeñáis nada; queréis combatirle á un tiempo sorprendiendo á sus amigos, sirviéndolos de ellos y haciéndolos mas preciosos para vos que sus enemigos; sabéis que Rodrigo de Cotta tiene la debilidad de la grandeza, y que podréis hacerlos con él un precioso traidor.

— ¿Sabéis que sois libre, bachiller?...

— ¡Libre!

— Sí, como el viento, como la luz...

— Cuando entre ella y vos no se interpone cierto caballero recién llegado á la corte que justa muy bien, que gana bandas y las arroja á las damas, y que suele por casualidad llevar en el almete penachos verde-esperanza.

— Creo, bachiller, que no os ocupáis mas que en mirar; que todo lo veis... pero que os equivocáis...

— Señora, el semblante habla... Una palidez ó un rubor súbitos, en ocasiones dadas, dicen tanto para el que, cual yo, conoce el corazón humano, como las mas terminantes palabras... Amad en buen hora al que os inspire amor... pero esperad... Quien sabe si la justicia de Dios hará viudo al...

— ¡Oh bachiller! Creo que vuestros ojos todo lo escudriñan, todo lo ven, y os agradezco el que me hayais avisado...

— ¡Me agradeceis!...

— Si; porque esto me alienta para hacerlos conocer que el alma es un abismo sin fondo, en cuyos mas recónditos senos solo sabe leer Dios.

— Desde que os vi, señora, sois para mí un misterio; por eso os he pedido compasión para ese pobre jóven...

— ¿Y no me la pedís para el Rey?...

— ¡Para el Rey!...

— ¿Creeis que sobrevivirá mucho D. Juan el Segundo á la muerte de su favorito?

El bachiller palideció.

— El Rey morirá, señora, si muere D. Alvaro.

— Y sin embargo, ¿os habeis unido á mí para matar á ese hombre?

— Porque ese hombre es el cáncer que roe al reino; porque ese hombre es la gangrena, que solo se extirpa con el hierro ó con el fuego; porque para salvar de la rapiña y de la tiranía, de todas las calamidades posibles á Castilla, es necesario cortar el mal, como si se tratase de un cuerpo humano; es necesario quemar la úlcera, y para ello que el fuego llegue y que me la carne sana. El Rey está demasiado unido, demasiado próximo al Condestable para que el hierro que salve á un pueblo hartamente infeliz, no le mate también... Pero no importa... Si la justicia para herir no

fuese inflexible y ciega; si su brazo se contuviese ante las lágrimas, ante los dolores, no habria medio posible de existencia, el mal se sobrepondria al bien, y la espada del verdugo no cercenaria mas que nobles y honradas cabezas.

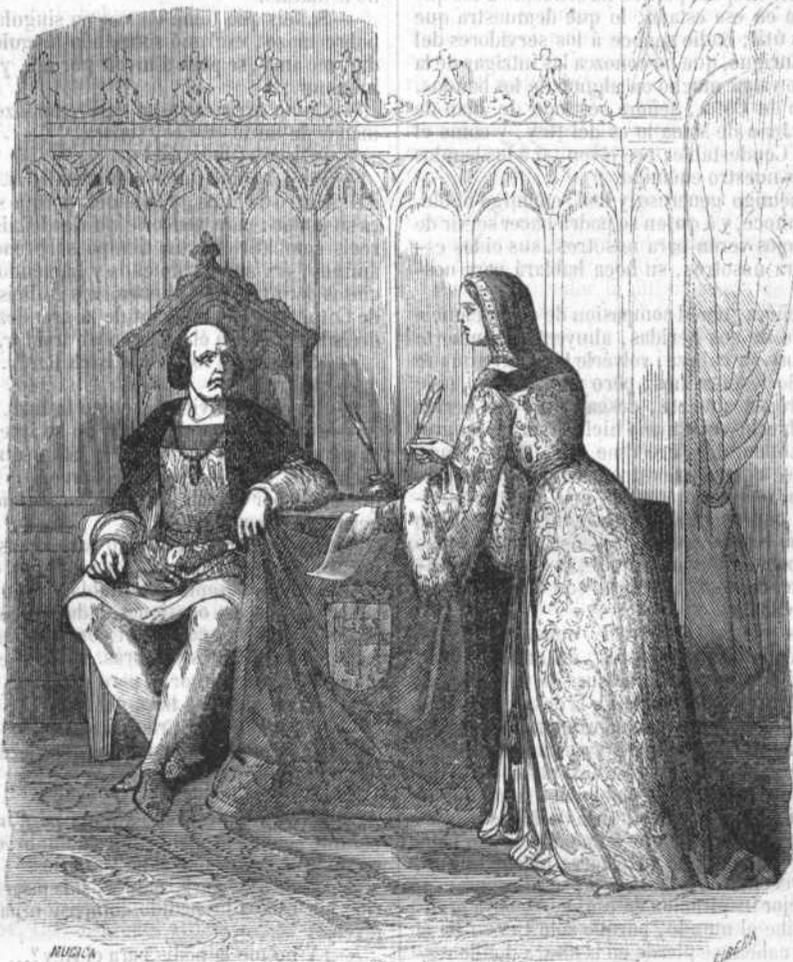
— Pues bien; cortemos, exclamó Judit, y cortemos sin compasion. ¿No creéis que es ya tiempo de obrar?

— Estamos trabajando inútilmente hace tanto tiempo, que casi no tengo esperanza.

— ¡Habeis combatido y no habeis triunfado! Es porque os ha faltado lo que ahora teneis; una mujer

que desea vengarse, que por vengarse lo sacrificará todo: amor, honra, vida; Decis que habeis descubierto uno á uno los misterios del alma, porque habeis llegado á sorprender las impurezas, las debilidades y los dolores de vuestro real enfermo... ¡Vamos, bachiller! Confesad que teneis mas vanidad que ciencia, puesto que veis en mí un misterio y no le comprendéis.

— ¡Oh señora! la mujer es incomprendible porque fascina... Y cuando, como vos, la mujer ha recibido de Dios un cuerpo de tan maravillosa hermosura, un alma tan elevada y tan fuerte, se admira



..... Solo faltan vuestra firma y vuestro sello. — Pag. 24.

antes que se comprende... Yo os admiro, porque os presento.

— Y ¿qué presentis en mí?

— Perdonadme, señora; vacilo entre el bien y el mal.

— De modo que yo soy para vos...

— Un ángel ó un demonio.

— Tal vez las dos cosas, bachiller, porque soy un ángel caído... Pero nuestro amigo el Maestre debe impacientarse... Es demasiado violento... harto acostumbrado á hacer su voluntad.

— Sonó entonces un golpe duro é impaciente á la puerta, como si hubiesen sido una evocacion las palabras de Judit.

— Hélo ahí, él sin duda, dijo la jóven. ¿Quién va?

— Os suplico, noble señora, contestó tras la puerta una voz que se contenia mal, me permitais la entrada.

Judit fué á la puerta y la abrió.

— Suceden esta noche cosas singulares, dijo Don Pedro Giron, adelantando gorra en mano.

— ¿Cosas singulares decís?

— Sí; vive Dios! Sin saber cómo, me encuentro constituido en alcaide de vuestra casa.

— ¡Alcaide! No os comprendo.

— Y alcaide que se encuentra sitiado.

— ¡Sitiado! Y ¿por quién?

— ¡Teneis enemigos, D.<sup>a</sup> Judit?

— Hasta ahora no; desde ayer tal vez.

— Y ¿quién es ese enemigo?

— A tenerlo, será D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz, la esposa de Alonso de Vivero.

— ¡ Ah! la esposa del Contador: ya no me asombra el que mi amigo tuviese tanto empeño en leer cierta carta, y acaso tenía razón.

— ¡ Una carta! Y ¿ de quién?

— Vuestra, señora; una carta que iba dirigida al caballero del verde antifaz.

— Y ¿ ha visto Alonso Perez esa carta?

— Sí, y la ha leído conmigo.

— ¡ Que la ha leído! exclamó palideciendo Judit.

— He dicho mal; la hemos jugado á estocadas.

Judit reparó entonces en el vendaje que en su casa habia puesto el médico Cibdareal en el cuello del Maestro.

— ¿ Juego en que habeis salido herido?

— Un poco, señora.

— Y ¿ otro poco sin duda vuestro amigo?

— ¡ Eh! no es grancosa; una cuchillada en el hombro.

— Pero ¿ á qué esos brutales azares, D. Pedro? ¿ De tal modo se exponen á imposibilitarse dos de los mas firmes apoyos de nuestro bando? A buen seguro que no harán tal los del Almirante... ni los del Condestable... Se guardan para hechos mayores, mientras vosotros vertéis inútilmente vuestra sangre en locos empeños.

— No hubo otro medio, señora. ¿ Queriais que hubiésemos echado suerte á los naipes ó á los dados, tratándose de la carta de una dama que habia tenido la imprudencia de hacerla entregar á criados de una mujer tal como D.<sup>a</sup> Juana?

— Ha visto D.<sup>a</sup> Juana esa carta?

— Ha visto únicamente el sobre, puesto que yo me la apropié.

— Pero D.<sup>a</sup> Juana sabe que su marido llevaba en el saqueo de anoche antifaz verde.

— Hé aquí vuestra imprudencia, señora; todo cuanto acontece esta noche viene de ella: la herida de Alonso Perez, la mia, la estocada de Rodrigo de Cotta, el cerco que ahora mismo sufre vuestra casa...

— ¿ Cercada mi casa! Y ¿ quién se atreve?...

— Dad gracias á que yo, que por costumbre siempre estoy alerta, sentí pasos recatados en el callejon del Conde; vuestro postigo ha sido guardado... por estudiantes; tenemos encima toda la universidad, que viene á reclamarnos su compañero, y no tardarán mucho en dejarse ver delante de vuestra casa.

— ¿ Quieren dar un escándalo!... ¿ Y vos, valiente caballero; vos, que habeis traído como de costumbre, algunas gentes de vuestras mesnadas, algunos de esos tremendos cofrades que hieren y atropellan á mansalva, y que sin duda para entretener su espera han acuchillado á ese pobre mozo, no habeis tenido una señal para hacerles que despejen de alborotadores mi calle?...

— He hecho mas, señora; he bajado yo mismo y me he presentado entre ellos.

— ¡ Cómo! ¡ El gran maestre de Calatrava entre escolares! Y ¿ cómo habeis sabido hablarles teniendo una espada al lado?

— ¡ Diablo! Diablo! Señora, se conoce en vos vuestra raza de una manera terrible: atropellais por todo. Supongamos que entre esos grupos hay ciertas gentes á quienes no conozco; que esas gentes tienen cierto aspecto sospechoso, y que todo hace presumir un motin dispuesto de antemano; añadamos que yo estoy solo, enteramente solo, puesto que todos esos buenos cofrades, con quienes estais tan irritada, andan bien ocupados por cierto bajo la mano del marqués de Villena, que hace mucho tiempo piensa en otro motin: lo que se hace en estos casos, hermosa señora, es ver de cerca, hablar algunas palabras que á nada comprometen, y procurar averiguar de qué se trata; después hay tiempo de contestar á la fuerza

con la fuerza... Eso es cabalmente lo que yo he hecho: he bajado, he hablado, preguntado y respondido: se me ha dicho que ese mancebo ha sido asesinado por vos por medio de los hermanos del Cristo de las Tinieblas; que le habeis ocultado en vuestra casa, y que quieren verlo: yo... he protestado en vuestro nombre... Protestando y ganando tiempo, he tomado el postigo... he corrido sus dobles cerrojos, he armado vuestros escuderos, me he constituido en vuestro alcaide, y solo he venido á veros para deciros que nadie pasará los dinteles de vuestra casa, que por fortuna es demasiado fuerte... Ahora, señora, que griten y aullen cuanto quieran en la calle; peor para ellos... Entre tanto veamos para qué ha sido vuestra cita; para qué me habeis hecho buscar á nuestro buen amigo el bachiller, y porque este al leer la carta que para él me habeis dado, ha escogido entre sus redomas cierto frasco lleno de agua clara.

— Teneis una calma que desespera, D. Pedro. ¿ Creéis que no sea mas urgente saber á qué atenerse con esos insensatos?

— Ello tronará, señora.

— Pero esa tempestad arrastrará por lo menos consigo mi honra.

— Lo que demuestra que teneis enemigos que debéis vencer. Al venir creia que se trataba de la libertad de Suero de Quiñones... y no sospechaba esto; pero no os cuideis de lo que pueda suceder... Creo que se nos ponen en las manos, y por la fe de mi encomienda, que he de aprovechar este alboroto... Esperad... ya suena... Parece que se impacientan... ¿ ois?

En efecto, un rumor sordo y que acrecia por momentos se dejaba oír en direccion de la parte principal de la casa. Judit prestó á él una atencion sombría; no era ya la hermosa jóven de sonrisa fasciadora é indolente, de mirada tímida, de voz sonora y dulcemente conmovida, que habia envuelto en una atmósfera de voluptuosidad al Condestable; era la leona cuya mirada sombría se inyecta en sangre y se fija atenta y profunda en el lugar donde resuenan los pasos del cazador que se acerca á su cubil: Judit entonces resplandecía con una hermosura salvaje, fuerte, animada por una expresion que causaba á un tiempo miedo y respeto; entonces comprendió cuanto valor necesitaba para llegar á su venganza aprovechando las enemistades, las miserias y los crímenes de la lucha civil que devoraba á Castilla, y no se aterró: apuró de una vez la amarga copa del sacrificio; vió pasar por su mente un recuerdo sangriento, y se decidió; la debilidad inherente á su sexo, que la habia estremecido al anuncio del peligro, se desvaneció, y al verle, al sentirle, se sobrepuso á él y le desafió.

— Pues bien, luchemos, dijo al Maestro, que la contemplaba en silencio; la lid se empeña de una manera oscura y traidora, y es necesario obrar: tomad y leed, señores.

Judit sacó de su escarcela un papel doblado en forma de carta y lo dió á Cibdareal, que durante el anterior diálogo habia estado preparando una tisana para Rodrigo de Cotta.

— ¡ Una carta del alcaide de Portillo, Diego de Rivera! exclamó.

— Leed, dijo Judit.

La carta estaba concebida en muy pocas líneas. « Estoy esperando un fraile, un notario y un verdugo, decia. Las cabezas de D. Enrique Enriquez, del conde de Benavente y de Suero de Quiñones no están seguras en sus hombros; lo mismo acontece con el conde de Alba y Pedro de Quiñones, que están en Roa. El Condestable les acusa de querer volver á Navarra contra Castilla, y por lo mucho que debo á alguno de estos caballeros, os aviso, noble y poderosa señora; vos podréis alcanzar gracia: pedidla. Si fuese necesario fuerza, acudid al marqués de Villena y á su

hermano el Sr. maestre de Calatrava. El capitán de las gentes de armas de este castillo, Alonso de Leon, está convenido en dejarle entrar con tal que se le dé seguro y algunos maravedises de costa para pasar á Portugal ó Navarra; esta escribo por mi mano, y para mas confianza á ruego del Sr. Suero de Quiñones. No hay para qué deciros que urge el despacho: si estos caballeros, siendo tan poderosos, mueren, no sé yo quién en adelante se atreva á hacer sombra al Condestable. Pues que podeis, hacedlo; y como no me conoceis ni os conozco, dadme licencia de que bese vuestros piés y os preste homenaje de esta fortaleza de Portillo á 25 de diciembre de 1451.—El alcaide, *Diego de Rivera.*»

—¡ Ah, ah! Parece que el Sr. Condestable tiene un medio harto expedito para quitarse de encima los tábanos, exclamó el Maestre con su brutal lenguaje de soldado; por su parte el Sr. Suero de Quiñones tiene bastante talento para conocer que una dama tan hermosa como vos pueda servir de mucho si quiere; ¿y habeis contestado á esta carta, señora?

—Mi contestacion está aquí, dijo Judit sacando otros dos pergaminos de la escarcela.

—¡Cómo! exclamó el Maestre, ¿habeis arrancado al Condestable la donacion de las villas y fortalezas de Hariza y Cuéllar?

—No; le he arrancado dos órdenes de libertad.

—Debeis pues haber trocado los pergaminos: aquí dice bien claro:

«Yo D. Alvaro de Luna, conde de Santisteban de Gormaz, condestable de Castilla, maestre de Santiago, etc... Hago donacion á vos D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor de la villa y castillo de Hariza, con sus aldeas, sus términos y vasallos cristianos y judíos y moros; sus montes, prados, dehesas y pastos; y aguas corrientes, acequias, molinos, casas, escribanías y portazgos; con la justicia alta y baja, civil y criminal; con el mero mixto imperio para vos y vuestros herederos; cuya donacion os hago, obligándome á que sea reconocida y confirmada por su alteza el rey de Castilla, etc...» Todo lo cual, así en esta cédula como en estotra, continuó el Maestre con acento un tanto duro, hace de vos una de las ricas hembras mas ricas y poderosas de Castilla. Oh! el Condestable es magnifico... Guardad esos pergaminos, señora... Os habeis equivocado.

—¿Creeis que estas donaciones valen mucho, Don Pedro?

—Valen cuatro mil vasallos y una renta de seis millones de maravedises.

—Lo que no valdrán de seguro siendo borradas.

—¡Borradas! exclamó asombrado el Maestre, que no comprendió bien.

Y borradas pronto: creo que la universidad se impacienta y debemos concluir cuanto antes para atender á su peticion.

—Es que tampoco os comprendo, señora, dijo Cibdareal.

—Os pedia en mi carta un agua que pudiese borrar las letras en un pergamino de modo que nadie pudiese conocer que habia sido escrito.

—Y esa agua está aquí, señora, dijo el médico sacando de debajo de su ropon un frasquito de vidrio.

—Pues bien, borrad esas donaciones, y poned en su lugar dos órdenes para los alcaides de Roa y Portillo. ¡Oh! y como gritan esos furiosos, exclamó Judit yendo hácia un balcon sin esperar la respuesta de Cibdareal.

—¿Qué decis de esto? preguntó en voz baja el Maestre al bachiller.

—Digo que esto es aborrecer... ¡Pardiez! ¡quemar, como quien dice, para arrojar cinco poderosos enemigos al Condestable, unos estados como estos!

—Y vos ¿qué vais á hacer?

—Ya lo veis: borro.

—D.<sup>a</sup> Judit es una mujer admirable.

—D.<sup>a</sup> Judit es un demonio, Maestre.

D. Pedro Giron permaneció pensativo, apoyados los codos en la mesa, y la cabeza entre las manos, viendo como, merced al líquido de Fernan Gomez de Cibdareal, desaparecian de sobre el pergamino dictados, dehesas, rios, vasallos y molinos. Cuando hubo limpiado el primero de los pergaminos, eu el que solo dejó la firma y el sello del Condestable, le secó en la copa y escribió, temblándole la mano de emoción:

«Por las presentes mandamos á Diego de Rivera, alcaide por el Rey de la fortaleza de Portillo, quite las prisiones y deje en entera libertad de ir adonde mejor les convenga á D. Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, á D. Enrique Enriquez, y á Suero de Quiñones, por ser tal la voluntad de su alteza, por cuyo mandato firmamos y sellamos este real ordenamiento. De Valladolid, á 27 de diciembre de 1451.»

Cibdareal, por lo que pudiera venir, habia desfigurado enteramente su letra.

En seguida empezó igual operacion con el segundo pergamino.

La libertad de los cinco nobles costaba excesivamente cara á Judit, que en aquellos momentos fijaba una profundaba mirada á través de una rendija de sus miradores, en la calle cubierta enteramente de estudiantes y canalla.

## VIII.

De cómo la avaricia puede reunir en un mismo punto á un abad joven y rico, y á un judío viejo y pobre.

El convento del Abrojo no era por aquellos tiempos lo que hoy; acontece respecto á éllo que con muchos edificios sus contemporáneos: el tiempo ha variado su aspecto arquitectónico, sus dimensiones, su exacta situacion; el tiempo, inexorable siempre, ha borrado ó reducido á polvo muchos monumentos, cuya tradicion se ha perdido en el olvido, y los hombres han levantado sobre otros nuevas construcciones, á las que han dado el sello del gusto de su época, sin respetar el gusto de las generaciones pasadas: este egoismo, ó por mejor decir, esta falta de gusto, ha hecho que la piqueta del maestro de obras haya herido de muerte antigüedades venerables, magnificas ruinas, cada una de las cuales era una página histórica.

Entonces la abadía benedictina del Abrojo era un colosal edificio bizantino, en el que se levantaban los botareles de la cúpula del templo, al par que las almenas de los torreones del castillo; en su gran puerta ojiva campeaba un colosal escudo, en el cual, bajo la mitra abacial y la cruz cristiana, se detallaban los signos heráldicos del señorío de pendon y caldera, de horca y cuchillo: junto al claustro estaba la caballeriza; junto á la biblioteca la armería; al par de la sala de capítulo la sala de justicia, é inmediatamente al salon *de profundis* la cámara del tormento; el Abad no bajaba al coro sin llevar delante de sí pajes, ni salía del convento sin que le precediese un alferez con un pendon tendido, y un sayon con un hacha al hombro y un dogal á la cintura: detrás de las dignidades de la órden marchaban sus heraldos, sus farantes, sus escuderos y sus persevantes; y generalmente cuando iba á visitar al clero ó á los alcaides de las villas y fortalezas de su jurisdiccion, le acompañaban doscientas lanzas con sus correspondientes juetes y peones (1).

Un abad no era entonces realmente un monje, sino un poderoso y temible señor, que imponía tributos y

(1) Cada lanza ó hombre de armas castellano llevaba dos jinetes, esto es, dos hombres de caballería ligera, y desde seis á diez peones ó infantes; este número está sujeto á variacion; pero cuando refiriéndose á aquellos tiempos se habla de una

administraba justicia por fuero propio; que partía su autoridad entre lo espiritual y lo temporal; que tan pronto ceñía el yelmo como la cogulla, y á quien el guion monástico servía para el coro y para la guerra; que vejaba á los vasallos con exigencias tan ajenas de su estado como las que se apoyaban en el odioso privilegio feudal que prescribía al que se casaba ceder el tálamo al señor la primera noche de sus bodas; que se revelaban contra el Rey siempre que les venía en mientes, y alentaban los bandos ó hacían la guerra por su cuenta, y como de rey á rey, al abad ó al señor vecino, si sus alcones ó sus lebreles habían volado ó seguido un rastro dentro de su jurisdicción. Esto, que era una verdad en aquellos tiempos, no se comprende hoy; pero para apoyar nuestro dicho tenemos, á mas del testimonio de los cronistas contemporáneos, el recuerdo de las inmensas dificultades que se vió obligado á vencer el cardenal D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros cuando en 1494 los Reyes Católicos, en virtud de una bula obtenida del papa Alejandro VI, le encargaron de la reforma de los conventos, que se había hecho necesaria de todo punto. El dicho auténtico y respetable de la mayor parte de los historiadores de entonces acusa á las comunidades religiosas de ambos sexos, no solamente de la falta de observancia de sus reglas, sino de los placeres y de la licencia á que se entregaban. De los franciscanos se dice que se habían separado tanto de la pobreza que les prescribía su instituto, que poseían riquísimos estados y vivían con un lujo y una esplendidez tales, que no solo causaban escándalo, sino que excitaban las rivalidades y la envidia de las demás órdenes.

Esta reforma produjo primero rebeldías, y demandas estas por el cetro de hierro de los Reyes Católicos, alaridos, imprecaciones y actos ridículos, tales como los de comunidades lanzadas por su pertinacia de los conventos, á través de ciudades y campos en procesion, llevando un crucifijo delante, y entonando el salmo *Exiit Israel*, en muestra de que eran perseguidos.

La fuerza física y moral de los Reyes Católicos y el incontrastable carácter de Cisneros lograron aquella difícil conversion; pero en los tiempos de D. Juan el Segundo el desórden de los conventos estaba, por decirlo así, confundido y oculto en el desórden general: el arzobispo de Toledo D. Alonso de Carrillo procuraba mas por su ambicion mundana que por sus deberes religiosos, y las comunidades, viciadas ya de antiguo, y cuyo poder señorial había acrecido en importancia con los bandos civiles, campaban por su respeto, infringiendo á su placer reglas, institutos, órdenes y leyes.

Necesario nos ha sido apuntar el estado en que se encontraban las comunidades religiosas en 1431, puesto que el órden de nuestra narracion nos lleva, retrogradando algunas horas del punto en que empezamos, á las inmediaciones de la abadía del Abrojo.

Era la hora de sexta, ó para que lo entendamos mejor, la parte del dia comprendida entre las doce de la mañana y las tres de la tarde: las altas torres gótico-bizantinas de la abadía se veían á lo lejos al través de un revuelto sendero, entre los áridos esqueletos de las encinas de un espeso bosque, á quienes el viento del invierno había despojado de sus hojas secas: el terreno húmedo estaba cubierto de ellas, y el ambiente, helado por un cierzo sùtil, estaba lánguidamente alumbrado por los rayos de un sol sin calor y sin brillantez; blanqueaba la escarcha en las umbrías y los pájaros revolaban tristemente sobre sus nidos, despojados del protector abrigo del follaje.

Nadie se veía en los revueltos senos de la selva;

lanza, no debe entenderse que es un solo hombre y un solo caballo, sino tres al menos y seis peones, que es el número menor que se encuentra consignado en las crónicas de la edad media.

no se oía mas que el silvido del viento entre los árboles, el crujir de las hojas que se arrastraban pesadamente á su impulso sobre la tierra aterida, y el monótono son del derrumbe de un arroyo que, despenándose de una roca, átravesaba una parte del bosque, y se perdía, lamiendo los muros de un viejo molino abandonado, en la mohosa arcada donde en otro tiempo habían girado sus ruedas.

A pesar de su abandono, la puerta del molino se conservaba fuerte y cerrada con un mohoso cerrojo sujeto por un candado.

Acababan de tocar á visperas las campanas de la abadía, cuando á lo largo del sendero apareció un viejo mendigo, adelantó con trabajo, apoyado en su báculo, llegó al molino y se sentó en el carcomido dintel de piedra de una puerta.

Este hombre parecía contar sesenta años; pero si se examinaba detenidamente su semblante, se conocía que apenas llegaba á los cincuenta: la miseria, las enfermedades, y acaso el sufrimiento; habían robado veinte años á su vida; su aspecto era repugnante, su blanca barba, larguísima, sucia y partida en mechones, y su cabellera, espesa y larga, pero blanca también, ocultaba casi su rostro, en que, á pesar de las arrugas, quedaban perdidos vestigios de una hermosura que debió ser fuerte en su juventud; sus ojos, antes apagados y tristes, cuando se fijaron en el molino, y en particular en una de sus ventanas desgarnecidas, se animaron, brilló en ellos por un momento un relámpago de furor salvaje, y luego tornaron á apagarse, y dos gruesas lágrimas, que parecían arrancadas del mas amargo depósito de su corazón, rodaron por sus mejillas y fueron á perderse en su barba, mientras sus labios murmuraban de una manera sollozante: *¡Salomih!*

Después de esto volvió la inmovilidad á su semblante, procuró defenderse contra el viento rebozándose en sus harapos de judío, y permaneció tiritando bajo los rayos de aquel sol pálido y triste, como una esperanza perdida.

Algunos minutos después de la llegada del viejo judío al molino, apareció por el mismo camino que él había traído una litera conducida por dos rudos jayanes.

Contra la costumbre de aquella época, no la escoltaba un solo hombre de armas, aunque por los dorados y matices de sus follajes y por su estructura elegante, según el gusto de entonces, se comprendía que era propiedad de un gran señor ó de una poderosa dama.

Pero la litera no llegó hasta el molino; detúvose á la palabra de un jóven que asomó la cabeza por una portezuela á dos tiros de ballesta de distancia, y el jóven salió de ella, dió algunas rápidas órdenes á los campesinos, que permanecieron inmóviles en aquel mismo punto, y adelantó en paso vigoroso y rápido, llegando poco después al molino.

Este jóven era hermoso, apenas llegado á los treinta años, de aspecto indómito y orgulloso, y ostentamente vestido con un traje medio monástico, medio cortesano. Componíase de un birrete de velludo negro, prendido á la izquierda con una cruz de diamantes; de una túnica talar de finísimo paño de Segovia, ceñida por un talabarte de tela de oro, del que pendían una escarcela de brocado y una espada de combate con empuñadura dorada. Vestían sus manos unos guantes de gamuza bordados, y por bajo de la túnica asomaban sus piés, calzados con unos borceguies de ante, de punta aguda, larguísima y encorvada para arriba, cerrados con cordones de oro.

Estos borceguies se habían manchado lastimosamente al atravesar el sendero enlodado; pero esto era sin duda preferible al estado en que se encontraban los descalzos piés del mendigo, amoratados por el frío y ensangrentados por los abrojos.

El contraste producido por la reunion de estos dos hombres chillaba, por decirlo así, lastimaba, era una disonancia ruda; el uno rico, poderoso, y al parecer feliz, perfumados la barba y los cabellos, altivo por la conciencia de su hermosura, de su juventud y de su poder; el otro enfermo, desnudo, viejo, miserable, con el corazón desgarrado y el semblante pálido por el hambre: en una sola cosa se equiparaban: los dos sentían un frío igual; lo que en el uno sobraba de vestidos, estaba recompensado en el otro por la fuerza y la aridez de una piel acostumbrada á la intemperie.

—¿Eres tú el que ha venido á buscarme esta mañana á la abadía y ha dejado para mí una carta? dijo el joven dirigiendo de una manera dura la palabra al viejo.

—Yo soy.

—¿Y es verdad lo que dice en esa carta?

—¿Y qué dice?

—Si la has escrito, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque quiero que el alto y poderoso Sr. abad del Abrojo recuerde leyendo esa carta que el mendigo judío no es un malhechor ni miente.

—He venido solo.

—Podría haber sucedido que el miserable que está ante tí te hubiera tendido un lazo por sugestión de tus enemigos.

—¿Desde cuando acá, dijo con altivez el Abad, se atreven los judíos á tutear á sus señores?

—Desde que la avaricia trae á los nobles abades á partir tesoros con los judíos.

—Pero ese tesoro ¿es verdad?

—¡Verdad! ¡Verdad terrible que valdrá para tí oro, poder, grandeza mas de la que tienes; porque podrás matar con él á D. Alvaro de Luna!

—¿Tanto es?

—Inmenso.

—¿De modo que podré levantar diez veces mas gente de la que tengo?

—Y apoderarte del Rey.

—¿Y cómo, siendo tú tan pobre, no procuras apoderarte de ese tesoro?

—Ese tesoro, D. Sancho, es quien me ha empobrecido, ese tesoro es el que me ha desgarrado el corazón y le ha cubierto de luto, ese tesoro se ha perdido aquí, y aquí está su precio. Ese tesoro no hubiera valido nada en mis manos; hubiera sido perseguido, ateneceado y descuartizado: ¿no sabes que soy judío?

Y el mendigo tocó con un ademán enérgico con el extremo de su báculo un giron amarillo que pendía de su hombro, tan destrozado y tan sucio como su hopalanda.

—¿Cuánto tiempo hace que está encerrado aquí ese tesoro?

—Veinte años.

—¿Y en veinte años crees que no han podido encontrarle?

—No; porque á este molino no se acerca nadie, porque hay una conseja oscura que ahuyenta á todos los naturales de la comarca; porque este molino se llama de la *Cruz maldita*: mira, la han respetado los hombres, las lluvias y los vientos, y está señalada con sangre.

El mendigo se levantó enérgicamente y mostró con un dedo largo y huesoso al Abad una cruz roja marcada sobre el dintel de la ventana.

—Y tú, siendo tan supersticioso como lo sois todos los judíos, ¿no te aterras de venir aquí?

—¡Yo! exclamó el judío con acento desesperado, yo no, porque esa sangre es sangre de mis venas.

—¿Y dices que esa conseja?...

—Pregúntala á tus palafreneros, al último de tus vasallos, al mas joven de tus monjes, y te la relatarán... Su terror ha defendido como un encanto al molino, y el tesoro está aquí.

El monje, que de todo tenia excepto apariencia monástica, meditó un momento, y luego levantó la cabeza.

—Has hablado con odio del Condestable; ¿le aborreces?

El judío levantó los ojos á la cruz roja.

—He jurado á aquella sangre cubrirla con sangre de D. Alvaro de Luna.

—¿Sabes que eres demasiado imprudente para no conocerme, judío?... ¿Quién te asegura que yo no sea parcial, y acaso amigo del Condestable?

El mendigo miró con temor y asombro al Abad; aconteció á punto que en el sendero cercano resonaron pisadas de caballos, y se vieron venir gentes y peones.

—¿Quién es aquella gente? dijo estremeciéndose y palideciendo el mendigo.

—¿Quiénes? exclamó palideciendo, pero de cólera, el Abad: ¡Oh! ¡miserable de tí! ¡Me has tendido un lazo con tu tesoro! Aquellos soldados traen en sus vestas las medias lunas de las armas del Condestable.

—¡Oh, oh! los temes, luego no eres su amigo, ni yo tampoco... Esperemos, puede ser que paseen... Pero se detienen y adelantan dos hombres... ¡Ah! son penitentes que sin duda traen resguardo para no ser maltratados por los bandidos.

Al ver el aspecto de los disciplinantes, que tales eran, segun su traje, que consistía en una túnica de San Francisco ceñida por un cordón, y un capuz negro sobre la cabeza, que solo mostraba dos aberturas para los ojos, el Abad exhaló un grito de alegría. Aquellos hombres llevaban sobrepuesto á su túnica, en el pecho un crucifijo enteramente negro.

—¡Oh! Los hermanos del Cristo de las Tinieblas, exclamó adelantando hácia ellos.

—Hace bien vuestra señoría en salirnos al encuentro, porque así nos demuestra que confía en nosotros, dijo uno de ellos cuya voz era bronca y campanuda.

—¿Y Toledo? preguntó precipitadamente el Abad acercándose á ellos.

—Ante todo dese preso vuestra señoría; preso á sus amigos, exclamaron á un tiempo los dos penitentes, apoderándose de él y arrancándole la espada.

—¡Preso! gritó el Abad rugiendo de cólera; ¡preso! ¿y por quién?

Por el príncipe D. Enrique.

Esta respuesta pareció moderar la cólera del Abad.

—¿Cómo! ¿El Príncipe está aquí?

—El Príncipe nos enviaba para sacar á vuestra señoría con un pretexto cualquiera del convento, y el acaso nos ha aliviado de dar garrotillo á las mientes, porque á la verdad, no es tan fácil sacar á D. Sancho de Benavides de su nido.

—¡Soltadme, ¡vive Dios! porque quien está sufriendo garrotillo no sois vosotros, sino mis brazos.

—Ahora, que vuestra señoría no tiene armas, nos parece justo.

El Abad se vió libre.

—Si sois quienes creo, afuera los capuces.

Levantóse el suyo uno de los penitentes, y dejó ver un semblante sesgado, un verdadero semblante de bandido.

—¡Basta! ¿Dónde está el Príncipe?

—Cerca de aquí, en el bosque.

—Esperad un momento... Necesito hablar á ese hombre.

Y se acercó al judío.

No sé, le dijo, hasta qué punto puedo fiarme de tí; pero la noche está fría, y no tendrás albergue. Toma.

Y le arrojó á los pies un bolsón de oro, que sacó de su escarcela.

—Mañana á la noche á las doce aquí, añadió el Abad. Hola, jayanes, gritó, avanzad.

Los labriegos de la litera corrieron al encuentro del

Abad como lebreles á quienes llama su amo, y abrieron la portezuela: el Abad entró. Los dos penitentes se pusieron á los costados, y los hombres de armas, que llegaban á veinte, adelantaron, y aquel pequeño convoy se puso en marcha. Algun tiempo después se perdió en la revuelta del bosque, y el mendigo se inclinó, tomó el bolso y le miró con ansia.

—En otro tiempo, dijo, hubiera yo lanzado este oro á la cara del que me lo hubiera arrojado á los piés; hoy le recojo y le guardo, porque el oro es el pan, el

fuego, el asilo: ¡oh! ¡cuarenta Euriques de oro!... Con este dinero tengo para diez años, y no necesito tanto... ¡Oh! ¡mi hermano!... ¿Si vivirá mi hermano?... De aquí á Valladolid dos leguas. ¡Oh, Dios mio! dame fuerzas para llegar; que le vea yo, y mátame después.

El mendigo lanzó una última mirada á la cruz roja de la ventana, y se puso lentamente en camino para Valladolid.



MÚSICA.

RICO.

Ante todo dese preso vuestra señoría; preso á sus amigos.

## IX.

De cómo las casualidades deciden muchas veces en los acontecimientos.

A medida que la litera del Abad adelantaba en el bosque, crecía la aspereza, y la senda se hacía mas estrecha; asemejábase á uno de esos terrenos vírgenes donde jamás se ha posado una planta humana, y que con su bravía grandeza parecen apostrofar al atrevido viajero que se pierde en ellos.

Allí no habia horizontes ni términos; rocas verdinegras por un musgo húmedo, entre las cuales crecían como gigantes cabelleras; encinas seculares; alvéolos de torrentes secos en cuyo seno se sepultaban como despojos, rocas arrastradas de su asiento por las avenidas de un día de tempestad; un celaje sin nubes, pero impuro, enrarecido por las emanaciones del Duero, cuya corriente se oía á poca distancia; un sol que penetraba con trabajo los vapores vespertinos, teniendo de una luz mate y débil las altas extremidades de los árboles; hé aquí todo lo que se veía y se sentía cerca y lejos.

El crujir de los arneses de los hombres de armas, el acompasado son de los pasos de los penitentes y de los jayanes sobre la húmeda hojarasca y el tenaz silencio de aquellos hombres, añadian un accesorio triste, monótono, frío, árido y desapacible del paisaje, áspero y apenador de suyo, y que parecia estar

en perfecta armonía con las gentes que le atravesaban.

Un inglés atacado de *spleen*, de seguro no hubiera dado muchos pasos por el bosque del Abrojo en la situación en que le describimos, sin ahorcarse bizarramente, para lo cual parecían avanzarse como expreso los fatídicos y mohosos brazos de algunas encinas.

Pero en lo que menos pensaban nuestros extraños aventureros era en el suicidio, y sentimos no poder decir lo mismo acerca del homicidio, puesto que de aquellos hombres el que no era asesino tenia grandes deseos de serlo.

El Abad particularmente estaba en el estado mas lúgubremente sanguinario que darse puede: tenía de antiguo en una excelente predisposición, la sed de una mitra de obispo que no habia ya ceñido, á pesar de su juventud, porque para cada vacante aparecía, como llovido del cielo, un deudo ó favorito del Condestable, cabalmente cuando ya eran tantos los galardondos, que se creían consumidos. El Abad por esto y por otras cosas era enemigo á muerte de Don Alvaro, y nada deseaba tanto como su exterminio; deseo en el cual le secundaban la mayor parte de los abades de España.

Añádese á esto que D. Sancho de Benavides era sibarita, apegado á la vida muelle y regadona del claus-

tro, y se concebirá hasta qué punto llegaría su exasperación, al verse obligado á trabajar su mitra episcopal bajo la influencia del cierzo que atravesaba libremente por las portezuelas de su litera, desprovistas de cristales, artículo entonces raro y de difícil adquisición.

El Abad tiritaba, y al rechinar de sus dientes se unía de vez en cuando el sonido de una maldición, que no era pronunciada tan bajo, que no hiciese temblar de terror á los desdichados jayanes que tenían la incomparable desgracia de ser vasallos naturales del alto y poderoso Abad.

— ¡Eh! Pero Valiente, dijo dirigiéndose al encubierto que marchaba á su izquierda, ¿está muy lejos aun el Príncipe?

— Al revolver de la primera loma, señor, contestó el penitente sin volver la cabeza.

Tras estas palabras se restableció el tenaz silencio que había dominado hasta allí á aquellos hombres, que por un pensamiento simultáneo, inspirado por el frío, forzaron el paso.

Poco después á una revuelta del sendero se presentó de repente á los ojos del Abad un nuevo paisaje. Era un extenso claro del bosque, que parecía haber sido talado en redondo en una extensión de trescientas varas: todo aquel espacio, al que servía de marco la espesura, estaba pintorescamente cubierto de tiendas de campaña profusamente variadas en formas y colores; por cima de estas en una pequeña eminencia había una torre de piedra, cubierta de pizarras, ancha, baja y cuadrada, por cuyas ventanas ojivas, á falta de chimenea, salía un humo espeso y negro.

Del mismo modo delante de cada tienda ardía una hoguera, y en los cercanos linderos del bosque resonaba sobre las encinas el hacha de los hombres de armas.

Al tétrico y salvaje silencio del bosque había sucedido un rumor unisono, duro, compuesto de cien ruidos distintos: voces de hombres, relinchos de caballos, crujir de armas, el álito, en fin, de un pequeño ejército acampado en derredor de la torre.

Las avenidas estaban tomadas por atalayas á caballo, inmóviles estatuas de hierro, sobre cuyas vestas campeaban los blasones del señorío de Villena: cosa que demostraba que si no estaba allí D. Juan Pacheco, al menos se trataba de una empresa en que tenía mucha parte.

Todo esto visto en conjunto producía un efecto inexplicable, y como para darle mas vida, revolaba sobre las extremidades de los árboles una banda de palomas torcaces, desposeídas por intrusos de su albergue, y contra las cuales ejercitaban sus ballestas los peones.

En otra cualquiera ocasion el Abad hubiera demostrado de una manera enérgica á aquellos ganapanes el respeto con que debían mirar la caza en un lugar de señorío; pero entonces se ocupaba en otras mas profundas observaciones. Por ejemplo, reparó que se ejercía una gran vigilancia, porque uno de los penitentes había tenido buena cuenta con rendir en voz baja una seña al atalaya avanzado al sendero por donde marchaban; que en seguida aquel hombre había lanzado su caballo por la calle abierta entre las tiendas hasta la torre; que había hablado algunas palabras á un hombre alto y encubierto que estaba á la puerta y que, á una señal de aquel hombre, el penitente que había quedado con la litera, la hizo avanzar hasta el pié de la torre.

Una vez junto á ella, se notaba que era una ruina antiquísima, único resto de otro edificio mayor, cuyos cimientos, cubiertos de musgo, sobresalían acá y allá sobre el terreno; aquella torre desguarnecida, sin maderas en las puertas ni en las ventanas, rotas las almenas, hundida á trechos su cubierta de pizarras, era tanto gótica como árabe, ó por mejor decir, la es-

ta arquitectura de oriente había sido remendada en sucesivas restauraciones con las formas severas y semibárbaras del norte.

Una escalinata de gruesos sillares casi ocultos entre la yerba facilitaban el acceso de una pequeña puerta oval, y sobre ella un gigantesco escudo, corroído por el tiempo, demostraba que allí en una remota antigüedad aquel edificio había sido patrimonio de algun infanzón rico y poderoso.

Notábanse asimismo sobre la puerta los vestigios de un rastrillo, y en derredor de la torre un festo cegado: el Abad se admiró de no conocer aquel antiguo monumento, escondido, por decirlo así, entre los repliegues de la selva, y segun las muestras, abandonado mucho tiempo había á las palomas torcaces. Sin embargo, estaba situado en sus dominios, á dos palmos, como quien dice, de la abadía, y era harto notable para que no constase su nombre ni se hablase de su existencia.

El Abad se propuso para mas adelante hacer una excursion por el bosque y descubrir cuanto en él se contuviese. Era muy posible que cada una de aquellas ruinas encerrase un tesoro, y los tesoros eran la pesadilla del Abad, que no se creía bastante rico con sus cien villas, sus treinta castillos y sus diez mil vasallos. Era aquello, en fin, una avaricia de fraile, y de fraile de la edad media.

Mientras el Abad y el encubierto que esperaba á la puerta estuvieron á la vista de las gentes de afuera, nada dijo al primero el segundo; limitóse á hacerle una seña, volvióse para adentro, atravesó un vestíbulo, y empezó á subir por una escalera ruinosa.

El Abad le siguió: en lo mas alto de las escaleras, á la entrada de una galería oscurísima, esperaba uno de aquellos fantasmas, penitentes al parecer, con una antorcha en la mano. Al llegar allí, uno de los dos que habían preso al Abad y á quien este había llamado Pero Valiente, sacó la espada del monje de debajo del hábito, la entregó al encubierto, y habló con él en voz muy baja, después de lo cual se volvió al Abad.

— El alto y poderoso señor hermano mayor de la cofradía del Cristo de las Tinieblas, le dijo, me ordena vendrar los ojos á vuestra señoría.

— ¡Vendarme los ojos! ¿Acaso no he visto ya el signo sagrado y la eterna luz?

— Alivíeme vuestra señoría de réplicas, contestó el penitente; debeis conocer nuestros estatutos, puesto que habeis visto la luz, y saber por ellos que, como todos nosotros, estáis sujetos por juramento voluntario á una obediencia ciega.

— Haced pues lo que el hermano mayor ordena, contestó el Abad dominando mal su cólera, y presentando su cabeza á la venda que el penitente tenía en la mano.

Aquella venda se apretó de una manera fortísima sobre los ojos del Abad, que inmediatamente se sintió levantado por cuatro robustos brazos, y conducido por ellos á través de un pavimento sonoro en que retumbaban huecos y acompasados los pasos de muchos hombres, algunos de los cuales iban armados, á juzgar por el crujir de sus arneses.

En tanto el penitente había permanecido en el mismo sitio donde había sido reducido á las tinieblas el Abad, al par del encubierto, que parecía meditar profundamente.

— No te habías engañado por lo que veo, dijo el otro.

— No, señor.

— ¿Y no ha sospechado nada ese hombre?

— Nada.

— Eres astuto y leal, Pero Valiente; pero no recuerdo bien las circunstancias de ese lance, y ya sabes que su señoría es torpe y curioso.

— ¿El Sr. Marqués quiere que se lo refiera de una manera clara y terminante?

—Paréceme que sería mucho mejor que tú lo relatares al Príncipe.

—¿Creerá vuestra señoría?...

—¿Qué te causa miedo don Enrique?

—Miedo no... pero me parece que á todos los que hablen y traten con él les sucederá lo mismo que á los que han pisado una mala yerba; á la corta ó á la larga...

—Mala yerba será... pero da buen fruto: ¿qué habeis adelantado hasta ahora, señor valenton, con vuestra D.<sup>a</sup> Juana de Alborno? Si el Príncipe es una mala yerba, vuestra señora es una víbora, con la diferencia de que la mala yerba da cierto jugo dorado y abundante, y la víbora un tósigo que si se bebe mucho tiempo puede hacer morir de muerte de verdugo.

Pero Valiente se estremeció á aquella observacion que el encubierto habia hecho con voz seca y vibrante.

—Es decir que vuestra señoría quiere absolutamente que yo hable al Príncipe.

—Eso es; ven por aquí.

El encubierto desandó sus pasos, volvió á la subida de la escalera y torció por una galería en la que penetraban libremente por unas altas ventanas el sol, que trasponia los árboles, y el viento, que se hacia á cada momento mas frio, impeliendo por delante de sí, por la parte del norte, un denso velo de niebla.

—La noche será buena por lo que veo, dijo el encubierto.

—Por mí santiguada, Sr. Marqués, que bien podrá darse un cornado, si sigue así, al que dentro de dos horas se vea en el campo los dedos de las manos.

—Buena noche para un motin.

—Para eso, señor, todas son buenas si se cuenta con pelones que griten y puños que no se causen.

—Por lo que pueda venir he escogido mientras te esperaba veinte y cuatro cofrades de los mas duros... Con ellos creo que hay bastante...

—Para prender al Condestable en su misma cámara, poner fuego á Valladolid y echar de él al Rey.

—No tan lejos, no tan lejos... Es necesario que oigas, veas y calles... Eres un alcon demasiado fogoso, amigo mio; vuelas muy alto y te expones á no ver bien la presa. ¡Ah! Quitate esos trebejos y déjalos en cualquier parte; hay con su señoría gentes que no conviene sepan que nos tratamos con los hermanos del Cristo...

—¡Oh, oh! ¿Sabeis, Sr. Marqués, que este enredo me pica la curiosidad de una manera inaguantable? ¿Con que hay con su señoría gentes que no nos conocen?

—Sí; dos hidalgos de Toledo...

—¡Ah! Sin duda el repostero mayor del Rey.

—No; el Sr. Pero Sarmiento guarda por el Condestable los alcázares de Toledo.

—Mejor sería que guardase á su hija, y excusara de guardarla D.<sup>a</sup> Juana de Alborno.

—Y ¿qué tiene que ver D.<sup>a</sup> Juana con la hermosa D.<sup>a</sup> Beatriz?

—Os diré: esa señora no tendria nada que ver en esto si no fuera por su marido.

—¡Ah! ¿El Sr. Alonso Perez de Vivero guarda?... Pues nunca hubiera creído que Pero Sarmiento confiase la custodia de una tan hermosa dama al galán mas libertino de la corte.

—¡Válgame Dios, señor! El Contador mayor no guarda, sino que va por lo guardado.

—¡Pardiez! Y D.<sup>a</sup> Juana...

—Tiene celos.

—¡Pobre D.<sup>a</sup> Beatriz!

—¿Me hace vuestra señoría la merced de desenredarme los gavilanes de la espada, que se me han prendido en el hábito?

—A mas de enredador, eres audaz como tú solo, Pero Valiente.

—Perdonadme, señor; pero este atasque viene de molde para probar que, aunque vos seais un alto y poderoso señor, y yo un rufian que hace mucho tiempo que anda al rededor de la horca, nada valemos si en ciertos enredos no nos ayudamos.

La observacion de Valiente era sin duda de gran peso, puesto que el encubierto, sin contestar á ella, acorrió á su interlocutor en lo que, embarazado con las mangas de su túnica, no podia, y aun prolongó su improvisado oficio de ayuda de cámara quitándole el capuz de la cabeza.

Quedó al descubierto un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de semblante angular, rudo, coronado de una revuelta cabellera negra y orlado de una fortísima barba; sus ojos, que brillaban inquietos y bravíos bajo unas prominentes cejas, eran negros, enormes, de mirada fija y amenazadora, y de expresion insolente, desagradable y sombría; sus anchas espaldas estaban cubiertas por un tabardo de grueso paño, sobre el cual se ceña un cinturón de cuero hervido con una descomunal espada, y una daga casi de media vara, con empuñadura y guardamano de hierro. Llevaba calzas de lana azul, y su calzado consistia en una especie de abarcas, sujetas con cordones encarnados que se entrelazaban hasta sus rodillas.

Este hombre sacó de su bolsa de cuero una gorra de piel de liebre, que conservó en su mano; depositó en un rincón de la galería el hábito y el capuz, y siguió al encubierto, que antes de pasar de una puerta inmediata se desembozó y se arrancó su antifaz, dejando ver un caballero como de cuarenta y cinco años, pálido, de fisonomía noble y expresiva, de buenas proporciones, de manos blancas y cuidadas, aunque membrudas, y armado á la ligera con un coselete y una cota de mallas.

Aunque jóven aun, estaba calvo en la parte superior de la cabeza; pero sus cabellos se conservaban abundantes y negros á los lados; sus ojos azules, limpidos y de hermosa forma, su nariz un tanto prominente y delgada, y sus labios finos, rectos y contraídos siempre en un ligero tinte de sonrisa, formaban en su semblante un conjunto, cuya suma general daba por resultado una marcada expresion de astucia y de reserva.

Este hombre era D. Juan Pacheco, marqués de Villena, favorito del príncipe D. Enrique, que no sabia hacer nada sino por su inspiracion, enemigo irreconciliable de D. Alvaro de Luna, y uno de los señores mas turbulentos, ricos y poderosos de Castilla.

Esto no impedia el que sostuviese alternativas con un hombre tal como Pero Valiente y con otros peores; alternativas de que dan mas de un ejemplo las guerras civiles, en que el valor de las personas se mide por su perversidad, por sus pasiones, por todas las cualidades, en fin, que hacen recomendable á un bribón para ciertos bajos oficios.

Estos dos hombres atravesaron una antecámara ruinoso, ennegrecida y polvoriento, en la cual, junto á una hoguera encendida en el pavimento, habia dos hombres armados de todas armas, con el blason de Villena al pecho, la visera calada y las espadas desnudas, y pasaron recibiendo el profundo saludo que hicieron los armados con sus espadas al marqués de Villena.

El espacio en que entraron debió haber sido una magnífica cámara en tiempos pasados; aun se conservaban restos de mármol en el pavimento, girones de tapices en las paredes, y destellos de oro en algunos salientes de su techo de ensabladura; pero los vagabundos, los mendigos y los ladrones habian ennegrecido con el humo de sus hogueras aquel techo y aquellas paredes; la carcoma habia corroido las

maderas, y el tiempo pulverizado el pavimento. A la sazón ardía en su centro una enorme hoguera, y junto á ella, sentado, á falta de silla, en un caparazon de guerra, y sirviéndose de las manos como de pantalla para defenderse del fuerte reflejo de la llama, estaba un hombre como de veinte y dos años, en cuyo aspecto, á pesar de estar visiblemente degradado por vicios y desórdenes, brillaba una inequívoca expresión de grandeza.

Este hombre era el príncipe D. Enrique, heredero jurado de la corona de Castilla.

Vestía un traje de campaña ostentoso y rico, pero de mal gusto; su túnica talar de brocado parecía, mas que el traje de un caballero, el ropón de un fraile; su birrete de terciopelo recamado de oro, sujetaba mal unos cabellos revueltos, descuidados y larguísimo, que ondulaban á merced del viento; su collar de San Miguel, signo de su alcurnia real, era una disonancia ruda con su semblante torvo, malévolo, en que estaban marcados á un tiempo una debilidad repugnante y un profundo recelo; sus narices aplastadas y anchas alteraban la armonía de unas formas que indicaban, aunque desgastadas, que habían sido bellas en la adolescencia; sus ojos zarcos, que hubieran sido hermosos animados por un espíritu noble y generoso, brillaban con el fuego impuro de una ambición no satisfecha, con el odioso sello de la maledvolencia y del cinismo. D. Enrique, en fin, en un día de mascarada hubiera parecido un jayán innoble y procaz disfrazado de Príncipe.

Acompañábanle dos hombres que permanecían delante de él á alguna distancia con la cabeza descubierta, de pié y en silencio. D. Enrique parecía hacer poco caso de ellos. Era el uno un hombre alto, seco, de rostro escuálido y largo, de nariz corva, á manera de pico de ave de rapaña, y de dedos largos y agudos, y en los que parecía vislumbrarse de una manera inexplicable que, colocados en las manos de aquel hombre, eran mas que dedos, garras; vestía un ropón de forma indefinible, prolongado hasta los piés, de bayeta negra, cerrado en el cuello, que por cierto era largo y árido, sin camisa ni otra señal por la que se pudiese venir en conocimiento de que llevaba sobre sí mas prendas que las que mostraba. Sobre el ropón llevaba una capa ó manto asimismo de bayeta, y pendiente al costado de un cordón, cruzado sobre el hombro izquierdo, á manera de tahalí, un mugriento cartapacio de cuero, por una de cuyas aberturas asomaba el extremo superior de un tintero de asta de toro.

Este hombre se llamaba maese Dimas Algarra, era escribano del crimen y dómine en la ciudad de Toledo, y servía á la sazón de secretario de campaña al príncipe D. Enrique.

El otro hombre era un tipo enteramente opuesto al del escriba: lo que á aquel sobraba de estatura faltaba á este, que solo llegaba á los cuatro piés; pero que no por eso dejaba de llevar una espada rabitosa, que, colocada en posición perpendicular junto á él, le hubiera excedido en altura; su cabeza voluminosa, risiblemente altiva y caracterizada por un semblante atento y grave, estaba cubierta de una enmarañada cabellera; su traje consistía en un ropón medio escolar, medio civil, compuesto de un sayo largo en forma de toga, cerrado en el cuello por una golilla blanca; por bajo de este sayo se veía en los brazos y en las piernas hasta las rodillas un medio arnés blanco, aunque un tanto empañado; y en fin, sus piernas y sus piés estaban cubiertos por calzas rojas y por altos zapatos de ante.

Este hombre practicaba en el foro el derecho, con lo que queremos significar que era abogado; unia á esta honrada profesión el noble ejercicio de las armas, asistiendo en él como teniente de alcaide de los alcázares de Toledo al repostero mayor del Rey, Pero

Sarmiento, y se llamaba el bachiller Marcos García, aunque era mas conocido en Toledo, á pesar de sus infusas y por causa de ellas, con el nombre de Marquillos de Mazarambroz.

Como hemos dicho, á la entrada del marqués de Villena y de Pero Valiente, el Príncipe se fastidiaba, y maese Dimas Algarra y el bachiller Marquillos, no alcanzando á desvanecer el fastidio de su amo, no habían encontrado otra cosa mejor que el silencio.

Al ruido de los pasos de D. Juan Pacheco el Príncipe apartó las manos del fuego, se frotó con ellas los ojos, y bostezó.

—¿Sabes que me fastidio de una manera fastidiosa, Marqués? dijo en voz dura é indolente.

—Cierto, señor; que este yermo no es lo mas á propósito para distraerse.

—Sin embargo, espero reirme mucho... mucho... Supongo que ya se habrá echado el guante á ese abad valenton del Abrojo.

—Vuestra señoría tiene ante sí uno de sus mas leales servidores, que acaba de entregármelo, dijo Don Juan Pacheco señalando á Pero Valiente.

—¡Ah ah! dijo el Príncipe, famosa catadura; creo que te he visto antes de ahora, y recuerdo de tí... Sí; tú eres un bribon, un excelente bribon... ¿Dónde te he visto yo?

—En Segovia, con licencia de vestrá señoría...

—¡Ah! sí. Eras portador de unas letras de mi buena amiga D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz. ¿Y qué? ¿Qué quieres?

—Le traigo, señor, dijo el Marqués, porque como sin duda deseais saber de una manera completa lo que nos ha impulsado á prender al Abad...

—¡Oh! Has hecho bien, Pacheco, muy bien. ¡Eh! ¿Qué haceis ahí vosotros? dijo el Príncipe dirigiéndose en tono despreciativo á su secretario accidental y á su guarda mayor interino. ¿No habeis adivinado que se trata de asuntos secretos?... ¡Fuera! Fuera!

Los dos funcionarios se inclinaron profundamente, y se retiraron graves y serenos, como si se les hubiese alejado con el mas honroso pretexto.

—Se trata de un tesoro, de un gran tesoro... segun informes del Sr. Marqués, dijo el Príncipe, á cuyos ojos salió todo lo avaro de su alma... ¿Cómo has sabido tú eso?

—Por un acaso, señor, respondió Pero Valiente. Salí esta mañana de Tordesillas para Valladolid, y en el camino perdí mi caballo una herradura.

—¡Ah! y esa pérdida te hizo encontrar...

—A un judío viejo y enfermo en una venta á orillas del Duero, donde entré á remediar aquel percañe.

—¡Un judío! Siempre anda el dinero al rededor de esa gente... Pero son muy callados en esta parte; todos quieren parecer mendigos aunque midan el oro por fanegas... Y bien, ¿qué te sucedió con ese judío?

—Por el momento nada, señor; pero como yo dijese al herrador que me urgía el despacho, porque necesitaba llegar pronto á Valladolid, aquel hombre, el judío, me miró de una manera que me llamó, no sé por qué, la atención. Pero pasó esto; el herrador acabó de poner la herradura, pagué y partí, cuando héme al mendigo que me llama. — ¡Eh! ¡Buen cristiano! ¡Caritativo cristiano! — Me volví.

—Hé aquí otra casualidad, exclamó el Príncipe; nunca hubiera creído que un hombre de tus trazas esperase á un mendigo en nombre de Dios y de la caridad.

—Casualidades, como dice muy bien vuestra señoría. Ello es que esperó al judío, que con gran trabajo llegó hasta á mí; sus piés descalzados brotaban sangre.

—Al asunto, al asunto... ¿Cómo te llamas?

—Pero Valiente, señor.

—Pues bien, Pero Valiente, al caso.

— El caso fué que aquel hombre se asió al arzon de mi caballo para apoyarse, y me dijo : — ¿ Vais á Valladolid? — A Valladolid voy. — ¡ Si tuvierais la caridad de llevarme asido al arzon de vuestro caballo á la abadía del Abrojo! — Y ¿ qué quereis en la abadía? — Quiero hablar á D. Sancho de Benavides ; por él vengo desde Africa, y mis piés heridos... el hambre... De seguro si no me ayudais no podré llegar. Si sois caritativo, hacedlo ; si no lo sois, contad con que no faltará quien os premie cumplidamente vuestro servicio. — Mi contestacion fué presentar mi estribo al mendigo, darle la mano, y montarlo á la grupa ; después de lo cual, aunque perdía algun tiempo, piqué al caballo y tomé el camino del Abrojo.

— ¡ Ah, ah ! Hiciste bien, muy bien ; ¿ y luego? ...

— Llegamos al cabo, y el mendigo se apeó y se encaminó al rastrillo de la abadía. Allí no fueron tan caritativos como yo, aunque tienen obligacion de serlo, y despidieron ágramente al mendigo, que se echó á llorar y se volvió de nuevo á mí.

— Que seguiste siendo caritativo.

— Creo, señor, que tratándose de D. Sancho de Benavides, debí...

— Segunda aventura... Cierito... Y ¿ qué sucedió?

— Temía esto, dijo el mendigo, y traigo una carta para el Abad ; pero soy judío, viejo y pobre, y nadie querrá tomar un papel que yo haya tocado ; vos no habeis dudado en ampararme, y os ruego que procureis que llegue esta carta á D. Sancho. — Pero para eso es necesario que no os vean conmigo, le dije... porque habia formado mi plan ; perdámonos entre los árboles. — Volví á ponerlo á la grupa de mi caballo, partí, me interné en el bosque, le dejé, tomé la carta, y á mi vez me perdí de su vista : mi primer cuidado entonces fué abrir aquel papel mugriento ; este, señor, añadió el rufian sacando de su bolsa un papel ajadísimo y sucio.

— Dame, dame, exclamó con codicia D. Enrique levantándose del caparazon de hierro y arrebatándole la carta.

« Dentro de vuestros estados, leyó con la voz temblorosa de emocion, á poca distancia de la abadía, en el molino de la Cruz maldita, hay enterrado un tesoro, que ni vuestra señoría puede encontrar sin mí, ni yo recobrarlo sin una poderosa ayuda ; pero es necesario que vuestra señoría venga solo para ello esta tarde, cuando descienda el sol, al molino. Nada dudeis, nada temais. En vuestras manos está ser mas rico y poderoso de lo que sois. »

— No entiendo esto bien, Pero Valiente... No ¡ por san Lázaro!... dijo el Príncipe fijando su mirada recelosa en el rufian... O no has llevado esta carta al Abad... y por lo tanto no ha podido ser preso en el molino, ó... no... no, pues no lo entiendo.

— Todo consiste en que saqué de mis alforjas mi hábito y mi capuz de penitente, dejé el caballo en el bosque, me presenté en su alquería, encontré en ella por casualidad papel y tintero, y saqué una copia de esta carta, que llevé á la Abadía, seguro de que no se cerraría su rastrillo á un hermano del Cristo de las Tinieblas.

— ¡ Ah, ah ! Pues ahora sí comprendo... Bien, admirablemente... La codicia llevó al Abad al molino, y tú... Pues ¿ sabes, Pacheco, que no hay que fiarse de las apariencias? Hé aquí un tunante que tiene todas las muestras de un animal salvaje... y es astuto como un escribano... ¡ Bien, muy bien, Pero Valiente ! Esta carta vale... La prision del Abad vale... Y tu lealtad, tu buen servicio ; todo esto vale bien un bolsillo de castellanos de oro... que le darás tú, Pacheco, porque yo estoy pobre, pobrísimo, sin un cornado... Y nos vendrá bien ese tesoro... despues de las cortes de Valladolid y de la prision de Benavente ; ¡ famosa casualidad !

D. Juan Pacheco sacó de su escarcela un puñado

de oro, que arrojó en la gorra de pieles de Pero Valiente.

— Además de esto creo, señor, que debemos premiar la lealtad y el desinterés de este buen servidor depositando en él nuestra confianza, dijo el marqués de Villena.

— ¿ Sí? Pues no has pensado mal, D. Juan... Utilicémosle ; pero como esto es cosa tuya, te dejo en libertad de que lo arregles como mejor te convenga. ¿ Qué te dice tu hermano?

— Que todo va á las mil maravillas. Anoche hubo sarao en el alcázar.

— ¡ Sarao ! Y ¿ á qué santo?

— La Reina...

— ¡ Ah ! Sí, cosas de mi madrastra ; que no puedo hablar con mi padre sino delante de la corte y teniendo al rededor cien ojos y cien oídos.

Pero Valiente habia temido la discrecion de retirarse al afeivar de una ventana, y D. Enrique y el marqués de Villena hablaban muy bajo.

— Pero á pesar de esto, el Rey está cada día mas enamorado.

— Excelente esposo... No sé qué se tenga que decir á una mujer tres días después de... Pero esto no importa... Nuestro hombre trata de dar sin duda un golpe ; uno de los suyos.

— Y aprovecha la ocasion, segun me escribe mi hermano D. Pedro, de haber asistido á las justas y al sarao una de las mujeres mas hermosas de la corte, en quien hizo reparar al Rey...

— Y ¿ quién es la dama mas hermosa de la corte? exclamó D. Enrique, en cuyos ojos brilló un relámpago de lujuria.

— ¡ Pardiez ! ¿ Vuestra señoría se ha olvidado ya de D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor?

— ¡ Olvidarla ! ¿ Qué es olvidarla? Para acordarme de ella tengo el mejor de los motivos.

— ¡ Cómo ! ¿ Ha tenido vuestra señoría la fortuna? ...

— No, sino la desgracia de que me haya despedido ni mas ni menos que como los atalayas de nuestro abad al judío del tesoro... ¡ Oh ! Si se me hubiera vendido, la habria yo olvidado. ¡ Y el Rey ! El Rey debe haberse enamorado furiosamente de ella.

— Mi hermano ha comprendido miradas, y temo que esta noche...

— Pues es preciso impedirlo á todo trance. Una mujer puede dar al traste con un reino... No... no... Que el Rey no la vea.

— No me parece fácil evitarlo.

— Pues á mí sí.

— Y ¿ cómo, señor?

— Un motin, Marqués, un buen motin, en que se grite, se rompa y se atropelle.

— Y ¿ qué tiene que ver un motin con D.<sup>a</sup> Judit?

— Paréceme que á veces no eres tú el que piensas, Pacheco, sino yo, dijo el Príncipe sonriendo sutilmente con la extremidad de sus labios.

— Pues bien, sepamos vuestro pensamiento, señor, dijo con cierto sarcasmo el Marqués.

— Sí, búrlate cuanto quieras... pero todo consistirá en que la casualidad, que tanto nos ha favorecido hoy, nos siga favoreciendo esta noche.

— ¿ Y con qué casualidad cuenta vuestra señoría?

— D.<sup>a</sup> Judit tiene amantes.

— Pues no se la conoce ninguno.

— Mira, Pacheco, yo te dejo los asuntos de gobierno, y en ellos estás indudablemente mas ducho que yo... pero en los de amores, no : bien sé que esto nada te importa, pero á mí sí ; necesito gastar el tiempo en algo... puesto que me habeis dado un amujer tan virtuosa como D.<sup>a</sup> Blanca... Tengo pues mis espías...

— ¿ Y vuestros espías? ...

— Me han dicho que cierto enemigo nuestro, cierto poeta que trova á las mil maravillas, Rodrigo do

Cotta, ha dado en la flor de cantar de noche al pié de los miradores de D.<sup>a</sup> Judit.

— ¡Famoso asunto para un motin!

— Déjame concluir: el tal enamorado es estudiante.

— Pero ¿adónde vais á parar, señor?

— ¿Adónde? Con estos antecedentes empecemos nuestro plan... Espera... Sí, eso es... Enviemos á ese bribon á Valladolid, dijo el Príncipe indicando con una mirada á Pero Valiente.

— Enviémosle: de todos modos yo había pensado en ello, y para el efecto he escogido veinte y cuatro de los mejores hermanos del Cristo de las Tinieblas.

— ¡Pues admirable! ¡Cien veces admirable!... ¡Y yo que no había pensado mas que en estudiantes!

— ¿Y para qué quiere vuestra señoría á los estudiantes?

— Escucha: si da la casualidad de que esta noche el músico ronde los miradores de D.<sup>a</sup> Judit, se le acuchilla.

— ¡Ah!

— ¡Empiezas ya á comprender?

— Sí, sí, señor; entiendo... Y una vez acuchillado se hace correr la voz de que D.<sup>a</sup> Judit, que es una mala judía, ha hecho asesinar á un estudiante: la universidad, que nunca está mejor que cuando arrastra en un motin sus bayetas...

— Se amotina...

— Y arrastra á D.<sup>a</sup> Judit, por lo cual no puede verla el Rey.

— Mira, mejor sería que en vez de arrastrarla...

— ¿Se apoderasen de ella los buenos cofrades?

— Y de ese modo en vez de distraerle mi padre, me distraería yo; lo que, como ves, viene á ser lo mismo.

— ¡Diablo! ¡Diablo! pensó para sí el Marqués; según mi hermano, esa D.<sup>a</sup> Judit es enemiga del Condestable... y acaso cuente con ella... Será necesario que por esta parte siga el Príncipe fastidiándose.

— ¡Y bien! ¿En qué piensas? dijo con recelo Don Enrique.

— Pienso, señor, en que el sol va poniéndose, y en que de aquí á Valladolid hay dos leguas largas.

— Por lo que será bueno que informes á nuestro hombre y le despaches; después nos quedaremos aquí con el buen Abad, ¿eh?

— ¡Hola, Pero Valiente! dijo el Marqués aproximándose á él.

— ¿Qué me manda vuestra señoría?

— Sígueme.

El rufian saludó profundamente á D. Enrique, y salió con el Marqués.

Apenas este se vió solo con él le dijo:

— Urge que se entregue esta carta á mi hermano el señor maestro de Calatrava, y que se le entregue cuanto antes.

— ¿Dónde está su señoría?

— En Valladolid, casa del contador mayor de Castilla, Alonso Perez de Vivero.

— Todo se reduce á montar á caballo y picar bien.

— Espera. Ante todo, cuando llegues á Valladolid véte á casa de Juan Cercena.

— ¿Se trata de cortar?...

— Se trata del consabido motin.

— ¡Ah, ah!

— Los veinte y cuatro cofrades irán á buscarte allí.

— Bien, muy bien.

— Al momento los envías al palacio del conde de Benavente, y si por acaso encuentran en él á un músico cantando, al señor Rodrigo de Cotta, que le acuchilla.

— ¿A muerte?

— De cualquier modo. Después procura que llegue á noticia de los estudiantes que D.<sup>a</sup> Judit, que vive

en el palacio, ha hecho matar á uno de sus compañeros.

— ¡Bien! Alborotarán: ¡bueno! ¡Su alboroto nos sirve para otro alboroto mayor!

— Espera: mientras esto sucede buscas al gran Maestre, le das esta carta y te pones á sus órdenes.

— Muy bien señor.

— No tengo que decirte mas sino que á la oracion ó poco después es necesario que estés en casa de Juan Cercena.

— ¿Y los veinte y cuatro hombres?

— Ya están en camino.

— Dentro de media hora, señor, estoy fuera del bosque del Abrojo.

Pero Valiente recogió del sitio donde le había dejado, su hábito y su capuz, los hizo un lio, que metió bajo su tabardo, y salió de la torre: en la puerta encontró á maese Dimas Algarra y á Marquillos de Mazarambros, que tiritaban, sin saber ni una palabra de lo que acontecía en torno suyo.

Un momento después el tremendo cofrade atravesaba á caballo como una exhalacion el bosque del Abrojo.

## X.

Pero Valiente continúa siendo caritativo.

Arrastrándose casi, adelantaba un hombre en aquel mismo punto hácia Valladolid. Aquel hombre era el mendigo hebreo.

Su semblante amarillo, desencajado por el hambre, el dolor y el frio, era semejante al de un cadáver en que han quedado impresas las convulsiones de la agonía. Daba horror y compasión á un tiempo: se adivinaba en la profunda desesperacion de su alma, que sostenida hasta entonces por una incierta esperanza, la veía huir cuando estaba próxima á realizarla. Era, en fin, un desdichado que ha resistido la tempestad durante mucho tiempo, y siente agotadas sus fuerzas al tocar la tierra.

— ¡Oh, no puedo mas! exclamó vacilando sobre sus piés, y cayendo en el lindero del camino.

Una mirada suprema, una mirada en que se leía la terrible blasfemia de la desesperacion de Satanás, partió de sus ojos y se perdió en la inmensidad de los cielos.

El sol se ponía, el viento silbaba furioso y helado; anchos nubarrones avanzaban por el norte, como un apiñado escuadron de gigantes aéreos, y ni un solo ser viviente aparecía en el desierto camino.

El mendigo se revolvia rugiendo entre el fango.

De repente quedó inmóbil, se alzó, miró hácia el lindero del bosque, y en sus ojos irradió una intensa mirada de esperanza. Por aquella parte resonaba el galope de un caballo, que no tardó en aparecer y adelantarse con su jinete.

El mendigo no tenía ya fuerzas para gritar, y cayó de rodillas, extendiendo sus brazos al pasar por delante de él el caballero que de seguro no hubiera reparado en el judío, á no haberse asombrado al verle su caballo.

— ¡Dios de Dios! gritó aquel hombre, que no era otro que Pero Valiente; parece que te empeñas en perseguirme.

— ¡Ah señor, perdonad! exclamó débilmente el judío; pero Dios ha dado las fuerzas á los jóvenes para socorrer á los viejos.

— ¿De modo que yo debo eternamente perder mi tiempo porque tú eres viejo y débil?

— No lo perdais si no quereis, no lo perdais, dijo el mendigo llevando con precipitacion las manos al pecho; tengo oro, oro bastante para que no os sea penoso el ayudarme: mirad...

Y sacó de entre sus ropas la bolsa que le había dado el Abad.

Los ojos del bandido se animaron al ver brillar el oro entre sus mallas de seda: el mendigo, de rodillas aun, extendía sus manos mostrándole el bolsillo y suplicándole, y Pero Valiente le miraba inmóvil.

— ¡Cien legiones! dijo para sí: pues es verdad; este pícaro judío es uno de esos que se mueren de hambre sobre su dinero, y que solo viven para él; esta mañana creí que lo del tesoro tenía mas de cosa de bandos y de gobierno que de verdad... Pero esto es distinto... Tiene oro... Y es débil para robarlo... Pero ¿á qué dice á nadie?... No lo entiendo... Y ello es que aquí hay algo... Pues bien, Juan Cercena es un buen camarada, un excelente camarada... sobre todo tratándose de dinero... Seamos todavía caritativos. ¡Eh! guarda tu dinero, viejo, exclamó en voz alta; hidalgos como yo no toman, dan; venga la mano: ¡eh! á la grupa... Pero entendámonos, ¿querrás tú ir donde yo voy?

— ¿Y dónde vais, hidalgo?

— Á casa de Juan Cercena.

— ¿Y quién es ese Juan?

Volvió la cabeza Pero Valiente, al oír esta pregunta, para mirar al judío.

— Tú no eres de Valladolid.

— ¿Por qué?

— Porque si lo fueras conocerías al verdugo de alta y baja justicia de nuestro señor rey.

— ¡Ah! ¿ese Juan Cercena es hoy verdugo real? En mis tiempos era otro; maese Simon.

— Todo es verdugo... Y en fin, te anuncio que si te he de llevar á la grupa de mi caballo á Valladolid, será necesario que paremos algunos momentos en la casa de Juan.

— Picad, hidalgo, picad.

Pero Valiente picó.

Y así anduvieron durante una hora y á buen paso.

— Escucha, dijo, plantando de repente su caballo á la puerta de una venta cerca ya de Valladolid: me parece que tiembles de frio.

— Y de hambre.

— No sería malo que parásemos aquí.

— ¿Para qué?

— Primero para que comas y te calientes.

— Y luego.

— ¡Luego!... Seamos francos... No quisiera que Juan Cercena, á quien voy á ver para ciertos asuntos, viese que me acompañaba con judíos.

— No creo que sea mas honrado un verdugo.

— No; pero los verdugos de estos tiempos son mas de lo que parecen.

— ¿Pretendeis, hidalgo, dejarme aquí para lo poco que resta? dijo con espanto el judío.

— No; solamente quiero que varies de vestidos.

— Lo que me parece difícil.

— Lo sería si yo no viniese provisto; ven.

Pero Valiente volvió su caballo, tomó la espalda de la venta, dejó en el suelo al judío, y echó pié á tierra: entonces sacó de las alforjas el hábito y el capuz de penitente.

— Les reto, dijo desplegando el hábito, á que bajo estos paños adivinen á un hijo de la mala sangre, pero ¿en qué piensas? Fuera este ropón; á fe á fe que las ropas que te presto han de abrigarte mas.

Y con un esfuerzo brutal despojó al judío de su traje, que este se esforzaba por retener, y que cuando estuvo enteramente fuera, dejó ver un traje, que arrancó una exclamación de asombro á Pero Valiente.

Aquel traje consistía en un jubon de terciopelo acuchillado con bordados de oro, y en unos greñescos de igual calidad, que aunque usadisimos y rotos, revelaban por la manera con que se ceñían al cuerpo del hebreo, que aquel traje, mas bien que la hopalanda judía, habia sido en otro tiempo su traje usual.

— Si hubierais respetado como debiais mis canas, mis dolores y mi debilidad, os hubierais excusado de asombraros, dijo el judío con una dignidad que dominó por un momento á Pero Valiente.

— ¡Bah! dijo reponiéndose: los harapos de los reyes van á parar á los mendigos.

— Sí, es verdad, contestó el judío sin perder su acento de dignidad; ponedme, ya que me habeis despojado, este hábito y este capuz.

Pero Valiente obedeció.

— ¡Dios de Dios! dijo para sí; los arapos son de los mendigos, pero no he visto todavía usados por ellos harapos con bordaduras de oro... Cada vez lo entiendo menos; razon mas para llevarle á mi amigo Juan. Vamos, añadió en voz alta, enderézate un poco para que pueda atarte bien el cordon; de otro modo vas á parecer un penitente falso, cuando tienes las manos y los piés mas perfectamente secos para parecerlo verdadero. Ya está: apóyate en mi brazo y roedemos á la puerta de la venta.

El judío aceptó el brazo de Pero Valiente, dieron la vuelta, entraron, y un cuarto de hora después salieron: el mendigo parecia mas animado; habia confortado los miembros ateridos con el calor de una hoguera y habia comido.

Entre tanto la noche, adelantada por la niebla, habia cerrado enteramente, y reinaba ya la misma oscuridad que describimos en el primer capítulo.

Pero Valiente siguió el camino por tacto, y dejando á un lado una puerta cercana de la ciudad, sobre la que se veía la luz de un farol que alumbraba á una imágen, siguió por fuera de los muros hasta el sitio que aun se llama hoy las tapias del Verdugo.

— Aquí es, dijo deteniendo su caballo junto á un edificio cuya negra masa se distinguía apenas entre la niebla; pero no se ve luz por la ventana. ¡Diablo! ¡Diablo! ¿Si andaré Juan Cercena ocupado en asuntos de su oficio? ¡Ah! cuerpo de... He oído decir en los alrededores que hoy se ahorcaba á un ladron... ¡Pues sí! Ya sé dónde está. Tenme el caballo de la mano y espérame aquí, judío.

Y sin mas, volvió enteramente las espaldas á la casa, y partió en línea recta.

A los pocos pasos detallóse ante él, de una manera informe, un objeto alto, árido, en el que rechinaban cadenas, y parecia balancearse otro objeto, informe tambien: otro que Pero Valiente hubiera sentido pavor ante aquel fantasma monstruoso y vago, contra el que silbaba el viento de una manera lúgubre; pero él adelantó algunos pasos, subió algunos anchos y toscos peldaños de piedra, y apoyó sin vacilar su mano en uno de los maderos que servian de piés á aquel fantasma, que no era otra cosa que una horca.

Una vez allí, vió que de ella pendía un cadáver, y que subido en una escalera habia otro hombre replegado é inmóvil.

— ¿Eres tú, Juan? dijo en voz baja Pero Valiente.

— ¡Ah! Esto es otra cosa, dijo una voz bronca; creí que se trataba de uno de esos judíos herejes que vienen á chupar de noche la sangre de los ajusticiados. ¿Qué me quieres, Pero?

— Quiero que bajas y vengas á tu casa; tenemos negocio.

— ¡Hola! ¿Y qué clase de negocio?

— Un tesoro.

— ¡Hum! ¿Y vienes á partirlo conmigo? No te creia tan generoso.

— Es que te necesito.

— Pues si me necesitas, ayúdame.

— ¡Ah! ¡Se trata de descolgar el muerto!

— Ni mas ni menos. No es esta la primera vez que hacemos juntos esta operacion.

— ¿Has traído sacó?

— Sí; ahí está á los piés de la horca; búscálo.

— Ya le tengo.

— Pues vamos.

Pero Valiente abrió la boca de un enorme saco de lienzo áspero, que había encontrado á sus piés; reclinó de nuevo la cadena, deslizándose por una garrucha, y el ruñán recibió dentro del saco un cuerpo inmóvil, helado y tieso.

— Ya está, Juan, le dijo.

El verdugo se deslizó como una ardilla por las escaleras, desató el nudo fatal que separaba á la horca de aquel infeliz, y ató la boca del saco.

— Ahora toma el costal por esa punta, y vamos.

Pero Valiente y el verdugo atravesaron con aquella fúnebre carga el espacio que separaba á la horca de la casa, y cuando hubieron llegado á ella Juan Cercena se detuvo receloso.

— ¿No vienes solo? dijo á Pero Valiente.

— No; viene conmigo un hermano del Cristo de las Tinieblas.

— ¡Ah! un hermano... exclamó el verdugo soltando el cadáver en el suelo y sacando una llave de su jubon: ¿con que D. Juan y D. Enrique están cerca?

— En el bosque del Abrojo.

— Entrad, hermano, dijo el verdugo, que había abierto la puerta.

— Espera, Juan; este pobre camarada viene muy enfermo: agárrate á mi brazo, amigo mío.

El hebreo se asió al brazo de Pero Valiente, y entró con trabajo en el piso inferior de la casa, que era pobre, sucio, y que estaba débilmente alumbrado por una hoguera amortiguada que ardía en el fondo de un gran hogar.

Aquel débil resplandor daba un colorido fatídico á los enseres que ocupaban aquel espacio: en las paredes se veían hachas, espadas y cuchillos de justicia; dogales, cadenas, tenazas, cuanto constituía en aquella época el utensilio de ese alto y tremendo funcionario que se llama ejecutor de la ley; y en un rincón, tablas y maderos, cuanto era necesario para formar su trono, que es el cadalso.

El judío á través de su capuz miró con curiosidad, pero sin asombro, lo que le rodeaba.

— Y ¿vamos á permanecer aquí? dijo á Pero Valiente.

— No, aquí no; la casa del verdugo real en estos tiempos está demasiado concurrida para que, teniendo tú puesto ese hábito, puedas permanecer aquí; pero como yo estaré poco tiempo...

— Será preciso que me oculte entre tanto.

— No solo preciso, sino prudente... Hola, Juan, añadió dirigiéndose al verdugo, que había dejado el cadáver en un ángulo y cerrado la puerta; dame la llave de la cueva.

— ¿Para qué?

— Para ocultar en ella por un momento al hermano.

— ¡Ah! Con que se teme...

— Sí, pero la llave. ¡Cuerpo del diablo! Estoy de prisa y no quiero perder el tiempo.

El judío entre tanto miraba con una profunda fijeza al verdugo: era este un hombre como de cuarenta años, fornido, alto, de rostro, mas que feroz, indiferente de una manera glacial; parecía que las pasiones habían abandonado á aquel hombre para hacerle un instrumento ciego del poder judicial; conocíase, sin embargo, por una ancha cicatriz que cruzaba su frente, que no siempre aquel hombre había sido impasible; y por el esmero con que estaban peinados sus largos y negrísimos cabellos y su brillante y poblada barba, por cierta noble regularidad de las formas de su semblante, y por lo apuesto y gallardo de su persona, á la que se ceñían con cierta elegancia su sayo y sus calzas rojas; por todo esto, repetimos, parecía que aquel hombre por desgracias ó fatalidades había descendido desde otra noble posición á la infame que ocupaba.

Juan Cercena, excitado por la prisa de Pero Valiente, metió la mano en el hondo bolsillo de sus calzas, sacó de él una llave, fué á una compuerta asegurada con un candado y la abrió, dejando descubierta la entrada de una oscura y estrecha escalera.

— Vamos, dijo Pero Valiente con un acento que parecía un duro mandato. Entra, judío.

El desconocido lanzó una última y profunda mirada al verdugo, y luego, apoyado siempre en el brazo de Pero Valiente, bajó por aquella oscura boca. Poco después apareció el ruñán, cerró la compuerta y dió la llave á Juan Cercena.

— Pardiez, no creía que fuese tan fácil reducirle, dijo asiendo un sitial, y sentándose junto al fuego, al que añadió algunas astillas.

— Y ¿quién es ese hombre? dijo el verdugo tomando de la pared una larga espada de justicia y una pequeña barra de acero.

— Ese hombre es un judío.

— ¡Un judío! Y ¿para qué queremos á ese hombre?

— ¿Unas del diablo! para lo que queríamos la llave de un arca de hierro que encerrase mucho oro.

— ¡Ah, ah! ¿Ese judío es rico?

— Por lo menos sabe el lugar en donde está encerrado un tesoro, que ha ido á ofrecer al abad del Abrojo.

Nublóse un tanto el semblante del verdugo, que empezó á afilar su espada con la barra de acero.

— ¡A D. Sancho de Benavides!... ¡Al abad menos abad de Castilla! ¡A ese miserable para quien no hay doncella, casada ni viuda á salvo, ni vasallo que no sea vejado en sus señoríos?

— Acaso por temor á su crueldad no haya querido exponerse ese hombre á desenterrar un tesoro en sus estados.

— ¡Ah! ¿El tesoro está en los estados del abad del Abrojo?

— Sí, en el molino de la Cruz maldita.

El verdugo inclinó la cabeza, y siguió afilando con doble fuerza y prisa la espada.

— De modo que, continuó Pero Valiente, esta misma noche, cuando yo haya concluido ciertos asuntos, harémos al judío que por fuerza ó por grado...

— Si; pero ¿qué asuntos son esos?

— El Sr. marqués de Villena me ha enviado aquí para esperar á veinte y cuatro de nuestros hermanos.

— Ya sabía yo que esta orden, dijo el verdugo sacando un pergamino del bolsillo, había de traer consigo algun alboroto.

— ¿Y qué orden es esa?

El verdugo se metió la barra de acero en el cinturón, se apoyó en la ancha cruz de la espada, y leyó lo siguiente:

«Mandamos á nuestro ejecutor de alta justicia, Juan Fernandez, que para el toque de queda de esta noche esté dispuesto con caballo y espada para marchar al mandato de nuestro secretario, Pedro Fernandez de Lorca, adonde este le ordenare, y cercene las cabezas de los nobles que por dicho nuestro secretario le fueren entregados. De nuestro alcázar de Valladolid, á 27 de diciembre de 1451. Por su alteza el Rey, *el condestable de Castilla.*»

— ¡Y afilas! dijo con una profunda calma Pero Valiente.

— ¡Afilo! contestó el verdugo guardando el pergamino en su bolsa y volviendo á su tarea.

— ¿Sí? ¡Pues bien! Es muy posible que, en vez de cortar la cabeza de los presos de Roa y Portillo, se las cortes al Condestable.

— Razon mas para afilar bien; la ejecucion de un tan noble y poderoso señor debe hacerse con gran limpieza... Y ¿tendrémos motin?

— Y bueno: pareceme que siento pasos fuera.

En aquel momento llamaron recatadamente á la puerta.

— ¿Quién va? gritó el verdugo.  
 — ¿Estáis solo, maese? dijo una voz desde afuera.  
 — No.  
 — ¿Quién está con vos?  
 — Un *gentil hombre* que espera á otros *hombres gentiles*.  
 — ¿Cómo se llama?  
 — Tiene un *valiente* nombre.  
 — Pues bien, maese, decid que se acerque á la puerta el Sr. Pero Valiente.  
 El rufian se acercó.  
 — ¿Quiénes sois?

— Cofrades de las *Timieblas*.  
 — ¿La seña?  
 — *San Lázaro y fuego*, contestó la otra voz en acento muy bajo.  
 — Abreles, Juan, dijo Pero Valiente; son ellos.  
 Descorrió el verdugo los fuertes cerrojos de su puerta, y entraron hasta veinte y cuatro hombres, cada uno de los cuales traía un bulto debajo de su gabán, tabardo ó capotillo, porque aquella era una enciclopedia completa de trajes, semblantes y armas; en todos se veía marcado ese sello brutal de la ignorancia que se nota en los tipos de la hez del pueblo; to-



¡Y afilas! dijo con una profunda calma Pero Valiente.

dos eran jóvenes y robustos, todos feroces; todos llevaban coseletes, petos, mallas ó lorigas, y á alguno podía faltar espada, pero á ninguno puñal. Eran, en fin, una horda de bandidos en toda la extension de la palabra.

— No os he visto en el camino, dijo Pero Valiente con la áspera voz de un jefe que reprende á sus subordinados, y habeis salido del bosque antes que yo.

— Vuesamerced, contestó servilmente uno de ellos, ha venido á caballo y por el camino real, y nosotros, para no dar sospechas, á pié y por veredas.

— ¡A la órden! añadió Pero Valiente con un imperio verdaderamente militar.

Todos aquellos hombres formaron un círculo estrecho al rededor del bandido.

— Al salir de aquí os pondréis todos, menos uno, los hábitos y los capuces, dijo en voz muy baja Pero Valiente; ese uno lo serás tú, Diego Calvete. Te adelantará á los demás y rondará el palacio del conde de Benavente, donde vive la judía convertida D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

El verdugo, que habia aflojado la mano en el afile

para poder oír, la aflojó aun mas para oír mejor.

— Observarás, prosiguió Pero Valiente, si se para delante de la casa un hombre... un joven como de veinte años... ¿Conoces á Rodrigo de Cotta?

— ¿El estudiante?

— Sí.

— Y como si le conozco: le he visto muchas veces en casa de D. Juan de Luna, el hijo del Condestable, cuando le servia como escudero.

— Bien. Pues repara si va esta noche á la calle del Conde.

— Si va le conoceré.

— Entonces te vuelves, y llevas contigo seis hombres.

— ¿Y le prendo?

— No, le acuchillas.

— Muy bien; ¿y luego?

— Luego los seis hombres se retirarán fuera de la puerta de Madrid, y esperarán con los demás.

— ¿Y yo?

— Tú recorrerás las tabernas, las mancebias, las casas de juego, todos los sitios donde puedas encon-

trar estudiantes, y harás correr la voz de que Rodrigo de Cotta ha sido asesinado por orden de D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor...

—Pero eso va á causar un motin.

—Eso es lo que se quiere.

—Pues como las estocadas vengan, vendrá el motin. ¿Qué se ha de gritar en él?

—Deja ese cuidado á los estudiantes, y tú con la gente brava y pendenciera que encuentres en Valladolid grita lo que ellos griten, haz lo que ellos hagan, y pelea defendiéndolos con los tuyos si sobrevienen gentes de armas del Rey, del corregidor ó del Condestable.

—Bien, muy bien.

—Vosotros esperaréis donde habeis oído, fuera de las puertas de Madrid; al que encontréis y no os de la seña como siempre... sois los mismos... ¡Al trabajo!...

Pero Valiente abrió la puerta, y todos aquellos hombres salieron como habian entrado.

Quedaron de nuevo solos el rufian y el verdugo.

—Y ahora, dijo el primero, será necesario que yo vaya tambien á desempeñar mi encargo... Me fio de tí, Juan... Te dejo un hombre que es mio, que vale un tesoro, y te doy parte... ¡Si me vendes!... ¡Ya sabes que yo soy hombre que sé tanto como tú, y mas en esto de enviar al prójimo á la otra banda.

—¿Y tardarás mucho? dijo con indiferencia el verdugo dando un último filo á su espada.

—No sé; voy á casa de mi señora.

—¿Casa de D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz?

—Sí.

—Tal vez no la encuentres en su casa, porque la espero.

—Busco en ella al gran maestre de Calatrava.

—A quien tal vez no encuentres tampoco, porque á la oracion, cuando yo venia de casa del alguacil mayor, donde se me habia llamado para darme esta orden, le vi en el campo Grande, junto al Ecce-Homo de las tapias del convento de la *Cara de Dios*, departiendo acaloradamente con el contador mayor del Rey.

—¡Cien rayos! Pues necesario será que yo encuentre á su señoría; sin él no hacemos nada... todo se viene á tierra. Adios, Juan Cercena, adios, hasta luego.

—Adios: podrá suceder que cuando vengas...

—¿Estés en camino de Portillo?

—¡Tal vez!

—En ese caso deja las llaves de tu casa á maese Simon; yo me las compondré con el judío.

—Adios pues, así lo haré.

—El diablo me lleve si sé dónde tengo la cabeza.

El verdugo abrió la puerta, y Pero Valiente se perdió en la oscuridad.

—¡Tu cabeza! dijo el verdugo cerrando, será muy posible que cuando menos lo pienses la encuentres á tus pies.

## XI.

Empieza á vislumbrarse lo que eran el judío y el verdugo.

Juan Cercena esperó un momento á que se alejasen los pasos de Pero Valiente, y cuando se hubieron perdido en el silencio fué á la compuerta, la abrió y descendió rápidamente con una lamparilla encendida.

—Gutierre, Gutierre, si eres tú hermano mio respóndeme, exclamó con ansiedad.

—¡Oh! sí, yo soy... contestó el mendigo saliendo de la oscuridad y arrojándose á los brazos del verdugo.

—Yo te creia muerto... después de veinte años...

—¡Oh! y yo tambien, pero te he reconocido por esa cicatriz; por esa fatal cicatriz... Y luego tú... no te has desfigurado para mí... Dios mio, sin esta casualidad, ¿cómo haberte encontrado?... Yo de seguro no hubiera venido aquí.

—Ni yo te hubiera reconocido aunque te hubiera encontrado... con ese hábito y ese capuz...

—Y ¿cómo me has reconocido?...

—No sé... Tu mirada que brillaba con su antiguo fuego detrás del capuz... un grito inexplicable del alma... y luego ¿quién sino tú hubiera venido á buscar un tesoro al molino de la Cruz maldita?

—¿Quién te ha dicho eso, Juan?

—Ese bandido, ese miserable Pero Valiente, que te ha traído hasta aquí.

—¿Para robarme sin duda?

—Has sido imprudente, hermano.

—Y bien yo me sentia morir, dudaba encontrarte, y no te hubiera encontrado jamás. ¿Quién hubiera creído que el valiente, el noble, el generoso Juan de Villafranca, el niño á quien nuestra madre llamaba su ángel, habia de parar en sayon del condestable D. Alvaro de Luna?

El verdugo bajó la cabeza como agobiado por el peso de su nombre perdido, que su hermano habia dejado caer tan bruscamente sobre él; pero un momento después la levantó, y apareció de nuevo en su rostro lo glacial de su expresion.

—Olvidemos lo que hemos sido, Gutierre, dijo, y no pensemos mas que en lo que somos, para hacer que caiga nuestra venganza sobre la cabeza del demonio exterminador de nuestra familia.

—Sí, pensemos únicamente en lo que somos: tú verdugo, yo judío... Pero sácame de aquí, Juan; me siento morir... y este lugar es tan húmedo, tan horroroso... ¿Qué mesa es esa, Juan?

Gutierre, que así le llamarémos en adelante, puesto que este era su verdadero nombre, señaló á su hermano Juan una mesa de mármol negro, algo inclinada, rodeada de un borde abierto por la parte inferior como un lugar de desagüe, y de las dimensiones regulares de un cuerpo humano. Era una mesa de diseccion exactamente igual á las que se usan hoy.

—En esa mesa, dijo lúgubrementes Juan, estudia anatomía sobre los cadáveres de los ajusticiados el médico de su alteza, Fernan Gomez de Cibdareal, que me da por cada uno un marco de plata.

—¡Ah! ¡fúnebre industria, y sobre todo arriesgada, Juan!...

—Las sospechas recaen sobre las brujas... Además el Condestable me protege... Soy su espada roja.

—¡El Condestable! ¿Viene aquí el Condestable?

—Sí, hermano.

—¿Y no has pensado nunca en tenderle sobre esa mesa para que estudie en su infame cuerpo el bachiller Cibdareal?

—Ya que la suerte ha hecho que sea verdugo, quiero saber por mí mismo si resiste mucho al corte de mi espada de justicia una cabeza que tanto ha resistido á la nobleza entera de Castilla, conjurada en contra suya.

—Y que la resistirá aun. Ese hombre tiene sin duda hecho un pacto de sangre y alma con Satanás.

—Pero Satanás, que debe estar ansioso de apoderarse de una tan rica presa, le ha inspirado el pensamiento de casar al Rey con D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal.

—¡Cómo! ¿El Rey se ha casado de nuevo?

—¿De dónde vienes, hermano?

—De Africa.

—¿Y cuánto tiempo hace que fuiste á ella.

—Hace cuatro años.

—¡Ah! Entonces... cabalmente ese tiempo hace que casó el Rey. Doña Isabel es una reina virtuosa, noble y buena, con la cual no tienen entrada los amañados del favorito; además es soberbia y altiva, y la avergüenzan la tutela, la esclavitud en que se encuentra el Rey, que la ama por hermosa, y á la cual no se atreve á acercarse sin licencia del Condestable; ha luchado con toda la fuerza de su energía; ha arrancado parciales á ese hombre; ha vendido sus joyas



da, Juan; aquella mujer era la fatal judía de tus amores, y Judit su hija.

El verdugo lloraba, apoyado siempre en la mesa.

—¿Y revelaste tu historia á Judit? dijo levantando la cabeza.

—A medias; la dije que un poderoso señor de Castilla habia asesinado á su madre vendiéndola á los moros; excité en su alma enérgica una venganza terrible, y ella hizo lo demás; enloqueció al viejo Ebn-Ot'sman, le juró que no sería suya sino después de haberse vengado, le exigió el que la pusiese en Castilla en posicion de vengarse, y el Rey, aprovechando la ocasion de encontrarse en Granada D. Simuel de Sotomayor, que habia ido á restablecerse bajo el apacible cielo de Granada de una larga enfermedad, causada por el dolor de la muerte de una hija única; el Rey, digo, abrió sus arcos, excitó la codicia del judío, duplicó sus riquezas, y logró que consintiese en presentar á Judit en Castilla como hija suya. Hé aquí por qué he reconocido á la hija de Salomihit en D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, hermano, dijo el verdugo enjugándose las lágrimas que le habia arrancado aquel relato. ¿Lo quieres? Pues sea. En cuanto á mí, hace mucho tiempo que tengo vendida mi alma al diablo. Pero estás yerto, hermano mio, es necesario que salgas de aquí, que te recojas á mi lecho; es pobre y desnudo, pero le partirémos, como en otro tiempo hemos partido la grandeza: éramos hermanos, y la desgracia nos ha unido mas y mas. ¡Oh, señor! con un poco del oro que yo he gastado inútilmente tantas veces...

—¡Oh! yo tengo... tengo cuarenta Enriques.

—¡Cuarenta Enriques!

—Sí, mira, toma.

—¡Cuánto tiempo hace que no veo junto tanto dinero!... Y bien, ahora no quiero que estés aquí... Yo conozco un perfumista judío que vive en la calle del Conde... en frente del palacio de Benavente, donde vive Judit... Voy á llamar á maese Simon, el antiguo verdugo, que ahora es pregonero... Irá á la villa y compraráis vestidos.

—Y me dejas solo? exclamó con terror Gutierre.

—Nadie se atreverá, te lo aseguro, á mi casa.

—¡Pero ese hombre que me ha traído!...

—Pero Valiente, Gutierre, es un perro de presa que muerde á todos, pero que tiene muchos motivos para respetar al verdugo.

Juan salió, y poco después volvió con un viejo de fea catadura, de aspecto vulgar y de comprension obtusa, á juzgar por su semblante.

—Padre, le dijo Juan mostrándole á Gutierre, este que veis es mi hermano.

—¡Ah, ah! ¿con que tú eres cuñado de mi difunta Isabel?... ¡y no la conociste!... ¡Lástima! Era una perla que traje en dote á Juan su oficio de verdugo; un honrado oficio por mi fe...

Gutierre miró con repugnancia y estrañeza á aquel hombre.

—Pero aunque no la hayas conocido, basta, y aun sobra, que seas hermano de Juan para que yo te quiera... Vamos, ¿qué hacemos aquí?... Juan está esta noche de faena y necesita quedarse solo... Ven á mi casa... y luego harémos lo que sea menester... Adios, Juan, hijo mio; hasta luego, ó hasta mas tarde si es que viene á buscarte la justicia... Si es así, que Dios te dé buen viaje... y sobre todo buena mano... ¡Si le vieras cortar una cabeza, sobrino!... Vamos, vamos.

Y tras estas palabras asíó bruscamente á Gutierre y le arrastró consigo.

—¡Pobre hermano! dijo Gutierre cerrando la puerta.

Y en seguida cargó con el ajusticiado, le bajó al sótano, le puso sobre la mesa, le desnudó, puso junto á él su lamparilla, subió, cerró con llave, se sentó junto

á la chimenea, y permaneció allí inmóbil y pensativo.

## XII.

Continúa el lado feo del Condestable.

No habia pasado media hora en esta posicion, cuando le hizo estremecer un golpe seco y duro, descargado por una mano vigorosa en la puerta. Juan se estremeció porque creyó que era llegada la hora de que la venganza reclamase el brazo de la justicia.

Pero por mas que aplicó el oido, no escuchó ni cerca ni lejos el rechinar de la carreta que debia conducir el patíbulo. Un segundo golpe, mas fuerte que el primero, retumbó en la puerta.

—¡Eh! ¿Quién vá? dijo levantándose.

—Abre, y pronto ¡vive Dios! exclamó una voz imperiosa desde afuera.

—¡El Condestable! exclamó asombrado el verdugo, y abrió.

Entró D. Alvaro de Luna, que él era, á juzgar por su estatura, enteramente rebocado en su manto, y lanzó en torno suyo una mirada recelosa.

—Cierra, le dijo, y cierra bien.

El verdugo cerró.

El Condestable permaneció inmóbil á pocos pasos de la puerta: notábase la terrible violencia que se hacia, y que solo estaba allí arrastrado por su destino: Juan de Villafraña, descubierto, con la vista fija en el suelo, temblaba: D. Alvaro interpretaba á favor de su orgullo aquel temblor, aquella turbacion; parecia lo mas natural del mundo que un ser abyecto, pobre y degradado, se estremeciese ante un señor tan grande y tan poderoso como él. Ignoraba que aquel hombre temblaba de odio, que era un enemigo oscuro, implacable, que aguzaba continuamente en silencio contra él el puñal de su venganza.

—¿Estás solo? le preguntó después de un momento de observacion.

—Enteramente solo, señor.

—Hoy se ha ahorcado un ladron que ya no está en la horca.

—Sabe vuestra señoría que las brujas aprovechan los despojos de los ajusticiados.

—Sé que el médico de su alteza aprovecha estas frecuentes ocasiones para acrecer su ciencia con el estudio anatómico, y opera en esos desdichados... *Experimentum in anima vili*. Tú vendes... él compra... Yo lo sé y os dejo... cuando segun las leyes...

—Juro á vuestra señoría...

—Basta... Juan... basta... Solo quiero saber si está en tu cueva el médico Cibdareal.

—Aun no ha venido, señor.

—Tendrémos, creo, tiempo para concluir el asunto que me trae aquí.

El verdugo calló.

—Juan, dijo el Condestable desembozándose y adelantando... Tu oficio debe haberte hecho conocer muchas miserias...

—He conocido, señor, que no hay valientes delante de mí; que el mas noble, el mas poderoso, el mas bravo, el que ha reñido cien batallas sin temblar, se estremece al contacto de mi mano; he conocido que antes que el Rey soy yo; por mejor decir, que yo soy el verdadero rey: sin mí no hay trono.

—Paréceme que tienes vanidad.

—Yo soy el brazo que desata, yo soy el que lanza á la eternidad; yo apuro y bebo la agonía; yo me alimento con un manjar precioso, con sangre humana: el desprecio de las gentes es mi homenaje, porque el Rey, que me desprecia, como el último vasallo, no se atreven á mirarme faz á faz. Yo soy la fatalidad armada sobre la tierra.

—Pero tu oficio no se reduce á desatar, insistió el Condestable, mirándole frente á frente; también es tu oficio quebrantar.

— ¡Ah! Sí, poderoso señor; soy el ejecutor del tormento.

— Y dime, cuando te has apoderado de un hombre para lanzarle á la eternidad; cuando has dislocado y hecho crujir sus huesos con tu barra; cuando le has oprimido en la rueda, ¿no ha habido alguno que haya pronunciado entre sus gritos de muerte el nombre de una mujer?

El verdugo palideció.

— Vuestra señoría me está dando tormento.

— ¡Tormento á tí! ¡Al hombre sin alma que destruye los hombres con la misma frialdad que el carnicero acogota sus reses!

— Mi oficio es un terrible oficio, señor, que llena los sueños de recuerdos sangrientos, que tortura al alma, que la comprime, que la ahoga. Me ha preguntado vuestra señoría si existen hombres que, una vez en las manos del verdugo, se olviden de su existencia para pensar en su amor. ¡Oh poderoso señor! Si amais á vuestra esposa y á vuestros hijos, si su alma es la mitad de vuestra alma, si sabéis que vuestra sangre ha de arrancar sangre á sus ojos, y á su corazón hiel... pedid al Dios misericordioso que no os venzan vuestros enemigos, y os arrojén como una noble presa al verdugo; porque entonces vuestra alma comprendería cuán terrible debe ser para el ejecutor, para ese hombre que vuestra señoría cree sin alma, ese profundo grito de agonía con que un desdichado lanza su último adiós á sus amores bajo el cuchillo de justicia.

— Tú no has sido siempre lo que hoy eres.

— He sido soldado, señor.

— ¿Noble?

— Noble...

— ¿Y te ha traído á este estado?...

— El amor.

— ¡El amor!

— ¡Vi una mujer en una ocasión terrible para mí; aquella mujer acababa de volverme á la vida; me había resucitado, señor...

— ¡Resucitado!... Es decir...

— Que si no hubiese tenido una mano amorosa, un alma que se interesase por mi existencia como por la suya... hace mucho tiempo estaria reducido á polvo...

— ¿Tan grave fué el caso?

— Sí, sí, señor... Era de noche... En este mismo sitio... El aire agitaba mis cabellos, frío, silvador, y... mi caballo... corría... corría...

— ¡Ah! ¡Fué una caída!...

— Sí, señor; yo no conocía el terreno... Era la noche oscura como esta... De esa horca pendía el cadáver de un noble...

— ¿Hace mucho tiempo?...

— El 13 de diciembre de 1431.

El Condestable palideció como si de repente hubiera absorbido toda su sangre un gigante vampiro.

— Y... ¿por qué habían ahorcado á aquel noble? dijo pronunciando una á una sus palabras.

— Lo ignoro, señor... Yo venía de Segovia... y cabalgaba á toda rienda, porque las banderas del Rey, que acaudillaba vuestra señoría para la guerra de Granada, habían ya salido de Valladolid... Yo picaba y picaba, porque quería servir bajo la conducta de un capitán tan valiente, tan hazañoso como vuestra señoría.

El Condestable parecía fascinado por el relato del verdugo, y sus ojos giraban vagos y sin fuerza como los de un insensato. El verdugo prosiguió:

— Picaba, y de repente se plantó en firme mi caballo... Se había asombrado de la proximidad del hombre que pendía de la horca... Yo sentía una viva impaciencia por alcanzar al ejército, y castigué duramente al bruto... No sé lo que pasó después, sino que sentí un golpe terrible, como si el mundo entero

se hubiera desplomado sobre mi cabeza: un torrente de fuego pasó por mis ojos, y luego nada... nada... Cuando abrí los ojos me encontré en una casa pobre, en un humilde pero limpio lecho: el sol, brillante y puro, penetraba por una ventana, á través de la cual se veía la horca, en que el viento movía mohosas cadenas... Junto á mí había una jóven, casi una niña, que me asia con fuerza las manos y me miraba con una profunda ansiedad... Recuerdo que en el momento de abrir los ojos creí que aquella blanca y hermosa figura era el ángel del consuelo y del perdón...

La profunda conmocion con que el verdugo había pronunciado su relato, su densa palidez y las lágrimas que asomaban, mal contenidas, á sus ojos, acabaron de fascinar al Condestable.

— Aquella mujer me había encontrado exánime al pié de la horca, contra cuyos peldaños de piedra me había partido la frente, continuó Juan de Villafrañca mostrando su ancha herida, que tanto podia haber sido causada por un arma cortante como por la dura arista de un peldaño de mármol.

— ¿Y á qué había ido aquella mujer tan hermosa á la horca? dijo lúgubramente el Condestable: ¿era acaso amante del ajusticiado?

— Era hija de Simon Fernandez, ejecutor entonces de alta y baja justicia del rey D. Juan el Segundo, y ahora pregonero.

— ¡Ah! ¿Y maese Simon ejercia con los ajusticiados el mismo comercio que tú?

— No, no, poderoso señor. Todo consistia en que Isabel, su hija, era hechicera, y buscaba los cadáveres para sus untos.

— ¡Ya! ¿Y agradecido, te casaste con ella?

— Sí, señor: ya sabe vuestra señoría que quien voluntariamente se casa con la hija del verdugo hereda forzosamente su oficio. Maese Simon me adiestró en él, Isabel me hizo hechicero, yo mudé de nombre, llamándome Juan Fernandez, y me casé.

— ¿Y cómo te llamabas antes?

— Juan á secas.

— ¿Cómo!

— No tengo padres: un día, hace cuarenta años, al entrar en la catedral de Toledo el limosnero del Arzobispo, me encontré envuelto en un paño y tiritando de frio. El alto y poderoso señor D. Pedro de Luna, vuestro tío, arzobispo entonces de Toledo, me apadrinó, me crió, me hizo aprender teología, y me destinó al claustro. Pero aquella vida no era para mí: huí de San Juan de los Reyes y tomé plaza con un capitán de aventuras; desde entonces hasta mi encuentro con Isabel viví poniendo á sueldo mi espada... ¡Fatalidades!... Acaso si hubiera permanecido en el claustro de San Juan de los Reyes seria arzobispo.

El verdugo había logrado dominarse, y su calma fria y profunda había vuelto á su semblante.

— Que eras hechicero ya lo sabia, Juan; pero no sabia tu historia, que es peregrina, dijo el Condestable sonriéndose á su vez. Pero te había preguntado si se ha dado caso de que el amor domine al terror, á la ambicion, á la edad, al poder, aun al apego á la vida.

— Indudablemente... Y á propósito: maese Simon me contó las circunstancias de la muerte del desdichado que espantó mi caballo.

Juan de Villafrañca notó que la mirada del Condestable volvía á extraviarse.

— Hablábamos un día, prosiguió el verdugo, de la fuerza del amor. ¿Recuerdas, me dijo entonces maese Simon, la noche en que tu caballo te puso á la muerte?... Pues bien, aquel día había yo ahorcado á un noble, en el cual el amor era sobre todo... No tembló... Subió bizarramente la escalera... maldijo á uno que llamaba su asesino, y le emplazó ante Dios... Esto lo hacen todos... Pero al lanzarle pronunció distinta-

mente un nombre de mujer... ¡Ah! ¡Salomith! exclamó... Hé aquí, señor, un caso en que el terror no ha dominado al amor.

— ¡Salomith! exclamó profundamente el Condestable. ¡Alguna hechicera por la que sin duda se había degradado ese noble!... ¡Alguna maldita judía que por sus hechizos se hacia amar hasta en el cadalso!

— Y bien, señor, vuestra señoría me ha preguntado, y le he respondido.

— Y tu respuesta me prueba que es muy posible que una mujer por medio de malas artes se haga amar hasta el punto de enloquecer á un hombre.

— Pero hay hechizos contra hechiceros.

— ¡Los hay! ¿Es verdad que los hay? exclamó con arranque el Condestable.

— ¿Quién lo duda? La ciencia no miente: es inmutable.

— Pues bien, Juan; yo te he pedido hechizos para apoderarme del alma de un señor poderoso y me los has dado: ahora te los pido para resistir la influencia del amor de una mujer.

— Para vuestra señoría...

— Sí, creo que estoy enamorado... Nunca he sentido un malestar mas incontrastable, nunca se ha apoderado de mí un pensamiento mas fijo... Y temo... me estremezo... El amor me mataría... Dame un brebaje aunque sea amargo y repugnante... dámelo, y pídemelo por él un tesoro... Nunca he necesitado mas de mi energía y de mi libre voluntad... Si á mis cuidados de gobierno añadiese yo los tormentos... los celos... las locuras del amor... ¡No!... No!... Un hechizo... y pronto.

— No será tan pronto, señor.

— ¿Cómo!

— Necesito saber el nombre de esa mujer.

— Esa mujer... es... la judía conversa D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

— ¡Ah! exclamó palideciendo el verdugo.

— ¿La conoces?... ¿No es verdad que su hermosura respandee, Juan? No es verdad que su amor no puede arrojarse del alma si ella lo inspira, sino por medio de un poder sobrenatural?

— Pero será necesario para ello que yo sepa el horroscopo de esa dama y que me deis de sus cabellos.

— Bien... mañana.

— Tened presente que esos cabellos os los ha de haber dado por amor. Que necesitaréis enamorarla.

— ¡Enamorarla!

— ¡Oh! no hay medio.

— Pues bien la enamoraré si así puedo echar de mí alma su amor.

— Tiene para ello algun tiempo vuestra señoría, porque espero la carreta que vendrá por el cadalso en que se han de ejecutar dos nobles... Invertiré lo menos cinco días.

— ¡Ah! ¡No, no! Es necesario que me cures cuanto antes, mañana... Que se vuelva esa carreta...

— ¿Y cómo sin una orden de vuestra señoría?...

— ¡Ah! Si... pronto... ¿Dónde puedo?...

— Arriba, en mi aposento, señor.

El Condestable tomó por una escalera de madera, precedido por el verdugo, que le alumbraba con su lamparilla.

Apenas habian desaparecido por la compuerta superior, cuando sonó un golpe á la puerta, y luego otro y otro, cada vez mas impaciente.

Juan de Villafranca apareció de nuevo en la escalera con un papel en la mano, fué á la puerta y la abrió.

Adelantó una mujer cubierta con un manto, después de haber mandado que la esperasen fuera dos hombres que la acompañaban, y el verdugo cerró.

Aquella mujer era... Pero antes de decir su nombre y para mas claridad de esta historia, nos vemos

obligados á retroceder de nuevo y á cambiar de lugar de escena.

## XIII.

Sangre y lodo.

Quando Pero Valiente salió de la casa del verdugo rodeó el muro de la villa, entró por la puerta de Madrid, y atravesando plazas y calles, llegó al palacio de Alonso Perez de Vivero, echó pié á tierra, arrojó las riendas á un escudero, salvó á saltos las escaleras, atravesó las desiertas galerías, y empujó una puerta; pero al ir á adelantarse se le atravesó un paje.

— ¡Calla! ¿Sois vos otra vez, Pero Valiente? dijo con disgusto; porque es de advertir que la servidumbre del contador mayor de Castilla miraba de reojo al maton que servia en la casa como antiguo escudero de D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz.

— Yo otra vez y cien veces mas, mancebo, contestó Pero Valiente; acabo de venir de Segovia, y necesito ver al señor, que, segun creo, llegó hace tres días de su destierro de Navarra.

— Cierito que ha venido, dijo el paje; pero no le veréis.

Pero Valiente asió al paje para apartarle de su paso.

— Inútil es que hagais conmigo una barbaridad, que no os celebraria ciertamente el señor: no podeis verle porque ha salido há ya mas de media hora.

Valiente soltó al paje.

— ¿Y su señoría el gran maestre de Calatrava?

— Tampoco le veréis por ahora, porque ha salido con el señor.

— ¡Cien rayos! ¿Y la señora?

— ¡Oh! de esa no sé; ya sabeis que mora allá á la otra banda de la casa... Compañeos con su servidumbre.

Pero Valiente volvió la espalda al paje, y desandando su camino, torció por la galería, y á su fin entró en una antecámara.

Allí el recibimiento fué mas respetuoso: un viejo escudero se adelantó y tendió la mano al bandido.

— ¡Oh, buena vista, amigo mio! dijo estrechándole la mano y sacudiéndosela. ¿Cuándo habeis venido?

— Acabo de llegar; ¿y la señora?

— La señora, ¡oh, la señora!... ¿No ois?...

Oíase dentro una voz femenil, pero impaciente, colérica, que reñía á otra mujer, que se disculpaba en voz balbuciente.

— Uno de sus momentos, Gil; creo adivinar... El Sr. Alonso Perez de Vivero ha salido con D. Pedro Giron sin duda de aventura... Y como la señora desde que hizo el disparate de casarse está furiosamente enamorada de su marido...

— No sé, no sé... Pero vos teneis la habilidad de amansarla, y no seria malo que entraseis... Os lo agradeceriamos todos... Cuando la señora esta así es terrible.

— Anunciadme, Gil, anunciadme.

El viejo abrió una puerta inmediata, y sin levantar el tapiz dijo con acento humilde:

— ¡Alta y poderosa señora! el primer escudero de vuestra señoría, Pero Valiente, solicita...

— ¡Que entre! Que entre! dijo la voz que antes reñía desde adentro.

Pero Valiente adelantó, levantó el tapiz y entró.

Era la cámara donde había penetrado extensa y rica: conocíase por su mueblaje, por sus adornos, por sus accesorios que pertenecia á una mujer dada al culto de lo sensual. Delante de una mesa de mármol, donde se apoyaba un enorme espejo de acero, aquella mujer se hacia prender por una doncella los últimos detalles de un severo traje negro. Su semblante era tambien severo, pálido y blanquísimo: era muy her-

moso, pero con la dura hermosura de lo terrible; conociase que un carácter violento y contrariado habia demacrado sus formas, que eran, sin embargo, nerviosas y puramente enérgicas. Apenas demostraba treinta años de vida, y ya habia algunas canas entre sus negros y brillantes cabellos; sus manos, que se ocupaban en sujetarse la parte superior de un largo manto sobre sus cabellos, eran de una blancura diáfana, y se agitaban visiblemente á impulsos de un temblor colérico.

— ¡Ah! ¿Eres tú, Pero Valiente? dijo sin dejar de mirarse al espejo y conteniendo lo convulso de su voz. ¿Cuándo has venido?

— Ahora mismo, poderosa señora.

— Véte, dijo D.<sup>a</sup> Juana á la doncella.

La joven salió, y señora y escudero quedaron solos.

— Ven, dijo la primera al segundo dirigiéndose á una puerta de servicio, por la que entró seguida de Pero Valiente.

En silencio atravesaron muchas cámaras; á medida que pasaba una puerta D.<sup>a</sup> Juana, la cerraba por dentro, y lo mismo hizo con la de un magnífico y pequeño retrete, en el que al parecer no habia otra salida.

Aquel era un dormitorio, pero perfumado, bello, voluptuoso, en que se habia refinado lo bello, lo excitante, lo deslumbrador: á un lado habia un magnífico y alto lecho, y al otro un ancho estrado. Algunos sillones y una mesa cargada de los perfumes mas costosos que se conocian entonces completaban el mueblaje.

D.<sup>a</sup> Juana se arrojó en el estrado y señaló un sillón á su escudero.

— Siéntate, le dijo.

Sentóse él sin ceremonia, y pareciéndole sin duda mas cómodo tener la gorra en la cabeza que en la mano, se la caló, sin que por esto pareciese incomodarse D.<sup>a</sup> Juana.

— ¿Te envia el príncipe D. Enrique...?

— Recibió tu carta, Juana, contestó el escudero.

Tampoco pareció alterarse con esta familiaridad la dama.

— Y ¿nada mas?

— Está á las puertas de Valladolid... en el Abrojo, con D. Juan Pacheco.

— Es necesario acabar pronto... exclamó con cólera D.<sup>a</sup> Juana; necesito tener un día mio... enteramente mio... Me estorba ese Condestable, y me verá precisada para librarme de él á echar mano de personas que me son odiosas, á recurrir á medios... que...

— ¡Juana! tú tienes celos... dijo mirándola fijamente el escudero.

— ¡Celos, sí, celos horribles... celos nuevos!

— ¡Celos nuevos!

— Conoces á una judia... á una advenediza que se llama...

— ¿D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor?

— Ayer en las justas tuvo esa mujer la desvergüenza de preguntarme quién era mi esposo.

— ¡Oh!

— Y no satisfecha con mi respuesta, preguntó de nuevo á la hipocritilla... á la cándida... á la bellísima Beatriz Perez Sarmiento, que se puso pálida.

D.<sup>a</sup> Juana deshilachaba entre sus dedos la extremidad de su manto.

— ¡Oh, oh! repitió el escudero.

— Y luego el galante señor, el enamorado Sr. Alfonso Perez de Vivero... mi marido... tuvo la osadía, la desvergüenza de donar la banda que habia conquistado á lanzadas en las justas, á esa hebrea, haciendo una ofensa pública á su esposa.

El escudero triplicó sus exclamaciones, y D.<sup>a</sup> Juana rasgó en un esfuerzo la punta que deshilachaba.

— Anoche, continuó aquella mujer acreciendo en sarcasmo, ya no hubo freno... la corte es un lupan-

nar... el Condestable galantea por sí ó por el Rey... mi marido galantea... galantea el gran maestre de Calatrava... y... hasta el arzobispo de Toledo galantea. Parece que entre esa judia y D.<sup>a</sup> Beatriz han vuelto el seso á toda la corte.

— Y en fin ¿no ha habido mas que eso, D.<sup>a</sup> Juana?

— ¿Y quieres mas?

— ¡Diablo! yo conozco cierta dama que pasa...

— ¿Cómo si pasa! A quien todo el mundo cree santa, que tiene celos por su escudero, por su marido y por un príncipe; que recibe á solas al primero, ronda los pasos del segundo y escribe carta al tercero.

— ¿Y qué quieres decirme con eso?

— Quiero decirte, contestó brutalmente Pero Valiente, que yo tambien estoy cansado, y que ya que no puedo conseguir el ser el único amante de una mujer demasiado insensata, demasiado voluntariosa, quiero que me deje en paz y que no me pida mas servicios... servicios que...

— ¿Tienes miedo?...

— Miedo, sí, mucho miedo... Servirte, D.<sup>a</sup> Juana, es servir á un demonio.

— ¿Desde cuando piensas de ese modo?... exclamó D.<sup>a</sup> Juana, cuyos ojos centelleaban... ¿Qué eras tú cuando entraste al servicio de mi primer marido Pero Afan de Castro?... ¡Un bandido á quien mi capricho mujeril alzó de la hez de la escoria para hacerle escudero de un caballero! Un hombre cuya cabeza estaba pregonada y á quien yo procuré perdon del Rey, y por quien...

— Estuviste tres días enamorada y loca, ¿no es verdad?... después, D.<sup>a</sup> Juana, yo, que cometí la torpeza de enamorarme de tí, me vi obligado para alcanzar un favor tuyo á servir tus nuevos amores... de una manera infame... y los he servido... Es mas, me he anticipado á tu deseo, porque eres mi demonio, noble y poderosa señora... Pero ahora te adivino y me estremezzo: adivinándote veo la horca y el verdugo.

— ¡Que me adivinas! Y bien, sí, me hace daño esa mujer, esa judia.

Escucha, D.<sup>a</sup> Juana: es fácil y hacedero entrar en unas justas encubierto, con el pretexto de un voto de amor, y dar una lanzada de muerte por las vistas de la celada á un noble y leal caballero á quien su mujer aborrece, como aconteció en las justas de Zocodover en 1441; es mas fácil aun entrar en una cofradía de rebeldes y asesinos para servir las ambiciones y los odios de una noble dama; es muy posible robar un tósigo de la casa de un perfumista, y ponerlo en los manjares de un viejo de cabellos blancos que estorba á su hija; un hombre puede ser miserable por una mujer hasta el punto de terciar en los amores de esa mujer con otro hombre... pero llegar ni á un solo cabello de D.<sup>a</sup> Judit, de una dama á quien galantea toda la corte, á quien el Rey mira con afición, á quien el Condestable busca y honra y á quien el príncipe D. Enrique ama, es jugar la cabeza con el verdugo de una manera cierta, y eso no lo haré: tu marido era un hidalgo á quien nadie amaba ni aborrecia, y tu padre un viejo inútil de quien nadie se acordaba... Pero un accidente desgraciado en un lance con Doña Judit podia llevarme á la horca, y yo no me pongo delante de ella á ciencia fija.

— Bien, bien, dijo D.<sup>a</sup> Juana mordiéndose el labio inferior, me complace conocer tu temor al verdugo; pero ahora es inútil... No pienso ir tan allá: te he referido esto porque necesitaba extender un corazón que rebosa y se aboga, porque tú eres el depositario de todos mis secretos... Por lo demas pienso valerme de otro medio...

— ¡De otro medio!... es decir, ¡de otro hombre!

— ¿Y qué te importa? dijo D.<sup>a</sup> Juana fijando en él de una manera singular sus ojos negros y resplandecientes.

— ¿Qué me importa, dices? ¿Crees, porque yo sus-

fro y callo, que no tengo tambien amores y celos?

—¿Amores? Y ¿por quién?

—¡Por quién! contestó el bandido, cuyos ojos, posados en la dama, se inflamaron... ¡Por quién!... ¿crees que no eres para mí tan hermosa como el día que, extraviada conmigo en la montería en el Abrojo, permitiste que mi brazo de soldado... de bandido, rodease tu delicado talle de dama?... Entonces eras casi una niña, tenias los cabellos sueltos en rizos perfumados, tus ojos de virgen se posaban en los míos, húmedos de deseo, y tus frescos labios se unían á los míos en un beso sin fin... Parecias un ángel y... no llenabas mis deseos. Ahora eres una mujer que encierra un volcan en el corazon, que hierre con los ojos, que espanta con su palidez, y te adoro, Juana, sufro por tí un infierno... ¿Por qué? No sé por qué; pero tengo horribles celos... ¡celos tambien!... Me irrita verme sujeto á tu voluntad, y si otro hombre... ¡Oh! si te valieses de otro hombre, del que no te harías servir por oro, sino dejándole ver esa mirada que tienes ahora mismo fija en mí... ¡Oh! los que te creen horrible, no lo dirían si te viesen como yo te veo... se aterrarian, sufrirían y... sufrirían al mismo tiempo un amor que destroza... que envenena, que vuelve locos.

El bandido tenia razon: los ojos de D.<sup>a</sup> Juana cuando se iluminaban en su expresion excitante y dominante, estaban mas allá del límite de las comparaciones posibles... Eran los ojos del demonio del amor, intensos, hermosos de una manera inexplicable, brillantes y profundos, dejando ver en su foco cuanto encierra de enamorado y terrible el alma de la mujer; con la llama que, por decirlo así, fluía de aquella mirada se iluminaba el semblante de D.<sup>a</sup> Juana; su palidez se hacia fantástica; su frente resplandecía; los negros rizos de sus cabellos parecían el pabellon de sombra de aquella belleza infernal; se hinchaban las arterias de su cuello, voluptuoso siempre, y su seno se levantaba y se deprimía visiblemente, como al impulso de un fuego recóndito y expansivo: hemos conocido algunas mujeres que, vistas en su estado de reposo, casi repugnaban por la expresion de impudencia y de perversidad de su mirada, y que deslumbraban irresistibles, incomparables, cuando aquella mirada se escandecía con la sublime de las impuras pasiones de su alma.

—¿Con que te parezco hermosa aun? dijo D.<sup>a</sup> Juana con la voz trémula, apagada é incitante.

—Hermosa, sí, como debe serlo Satanás, si es verdad que era el mas hermoso de los ángeles.

—¿Y tienes celos?

—¡Celos! Sí, ¡celos sangrientos!

—¿Matarías?...

—Sí.

—Pues bien; yo tambien siento los celos que matan.

—¿Por D.<sup>a</sup> Beatriz ó por D.<sup>a</sup> Judit? respondió el bandido, que pugnaba por apartar su mirada de la de D.<sup>a</sup> Juana, como el pájaro que procura librarse de la fascinacion de la serpiente.

—No, tú no eres el hombre que debes hacerme esa pregunta, dijo D.<sup>a</sup> Juana, echándose para atrás en el estrado, y dejando ver al bandido su hermoso cuello y el nacimiento de su seno, mientras su mirada se posaba abstraída en el techo del retrete.

—Juana, dijo Pero Valiente, acercándose á ella y asiéndole una mano, que estrechó contra su pecho sin que la dama opusiese resistencia. ¿Qué quieres de mí, Juana?

—No; tú temas al verdugo, contestó indolentemente D.<sup>a</sup> Juana sin apartar la vista de la ensambladura.

—¡Miedo! Le tengo como cuando partí la frente á Pero Afan de Castro, como cuando dí el tósigo á Pedro de Albornoz... Pero, como entonces, no quiero mas que el precio de la sangre... Dámelo... y mato.

—¿Matarás? exclamó D.<sup>a</sup> Juana, erguiéndose de repente y posando en su verdugo una mirada mas terrible, mas fascinadora que las anteriores.

—Sí, dijo Pero Valiente.

—¿Cuando yo quiera?

—Sí.

—¿A pesar de todo?...

—Sí.

Sucesivamente cada sí del bandido era mas lúgubre y profundo.

—Esa miserable ramera se ha atrevido á enviar á mi casa una carta con sobre «Al caballero del verde antifaz», y ¡anoche mi marido llevaba antifaz verde!...

—Y esa carta, ¿qué decia esa carta?

—Se la apropió el gran maestre de Calatrava con pretexto de que habia llevado tambien antifaz verde; pero no la abrió, y salió con mi marido.

—¿Y bien?

—Es necesario que los busques... que averigües... y si es ella...

—¡Y si es ella!...

El bandido puso la mano en su puñal.

—No, no; quiero probar antes otro medio... Es que te airo todavia, y no quiero exponerte.

—¿Qué me amas? exclamó palideciendo el bandido.

—¿Qué no lo dicen mis ojos? exclamó con un sentimiento indefinible D.<sup>a</sup> Juana.

Pero Valiente tembló, miró con ansia los entreabiertos y trémulos labios de D.<sup>a</sup> Juana, vaciló un momento, y luego la asió de repente por el talle y la levantó en alto como una pluma... Y ella asió su cabeza entre las manos, y murmuró en sus labios entre un beso satánico.

—¡Tuya, siempre tuya!

—En aquel momento reclinaron unos goznes y se entreabrió una puerta oculta en la tapicería. D.<sup>a</sup> Juana se desprendió de los brazos del escudero, que lanzó una maldiccion.

—¿Quién es? dijo D.<sup>a</sup> Juana perfectamente serena.

—¡Señora! contestó una voz dulce y tímida desde la puerta.

—¡Ah! ¿Eres tú, Sol? ¿Qué quieres?

—Su señoría... vuestro esposo...

—¿Qué sucede á mi esposo?

—Ha vuelto solo...

—¿Ha vuelto? exclamó con alegría D.<sup>a</sup> Juana.

—Sí, sí, señora; pero viene herido.

Por un momento las palabras se helaron en los labios de D.<sup>a</sup> Juana, luego lanzó un grito agudo, se lanzó á la puerta, tras la cual se ocultaba la prudente doncella, la empujó y desapareció: sus pasos, rápidos, fuertes, se perdieron en las habitaciones inmediatas.

Pero Valiente se dejó caer fatigado sobre el mismo sillón que ocupaba un poco antes, de la misma manera que un atleta se desploma rendido por una terrible lucha.

—Soy un insensato, dijo roncamente; me he vendido al diablo.

Reclinó la cabeza en sus manos, y se abismó en lo mas profundo de su feroz pensamiento. Sentía una horrible sed de venganza contra aquella mujer que le hacia su juguete, y se venia encadenado á ella por un poder invencible.

—Sí, insensato y cien veces insensato... Por ella me olvido de todo y soy capaz de todo, exclamó después de un momento de silencio... ¿Qué hago yo aquí... mientras esa mujer que acaba de rechazarme de sus brazos corre á llorar al lado de su marido, que viene ensangrentado por otra mujer sin duda?... Vamos, es necesario buscar al maestre de Calatrava... Ya que somos servidores, sirvamos bien.

Levantóse y salió por la misma puerta que antes D.<sup>a</sup> Juana: al salir á la galería oyó su voz, que gritaba bajando las escaleras...

— Pronto, dos escuderos en armas para acompañarme fuera de la villa.

Pero Valiente siguió con paso lento hacía aquellas mismas escaleras donde se había perdido la voz de D.<sup>a</sup> Juana.

— Al menos, dijo, hemos sacado en claro dónde podremos encontrar al Maestre... Juan Cercena le vió atravesar el campo Grande acompañado del Sr. Alonso Perez. Había de por medio una carta, á que el Maestre y el Contador se creían con derecho, porque los dos usaron anoche antifaz verde... Esa carta, según Juana, es de ella, de D.<sup>a</sup> Judit; y por ella, según las muestras, han reñido... Pero ¡bah! eso es imposible. ¡Dos tan grandes amigos por una judía!... ¡Y bueno! Una mujer es capaz de dar al traste con la amistad de

dos ángeles... Alonso Perez ha sido vencido... El otro tiene sin duda la carta... Que me alanceen si no está á estas horas el Maestre en la casa de D.<sup>a</sup> Judit.

Pero Valiente se encaminó á buen paso á la calle del Conde.

## XIV.

Un motin de estudiantes.

Hemos llegado al punto en que mientras Cibdareal y el Maestre se ocupaban en trasformar en ordenamientos de libertad las cartas de donacion del Condestable, Judit observaba por una rendija de los miradores lo que hacian los furiosos que alborotaban en la calle.



Trepó á sus hombros *velis nolis* para ser visto y dejarse oír mejor.

Pero Valiente había llegado al mismo tiempo, y tuvo la fortuna de tropezar entre la multitud á Diego Calvete, que gritaba, armonizándose con los estudiantes, ni mas ni menos que un desesperado.

— ¡Hé, maese! le dijo Pero Valiente asiéndole de una manera no muy amorosa por el cuello, dejad de gritar, y apartaos un tanto.

— ¡Ah! ¿Sois vos?

— ¿Cómo ha sucedido?

— Á las mil maravillas: encontramos al mancebo, y allí dentro está rascándose una herida que no hay

mas que pedir. Pero nos ha enviado á la otra banda un cofrade.

— ¡Diablo de mancebo!

— Valiente ¡pardiez! como un leon; y si yo no meto el hierro...

— Has cumplido bien, Diego... Y los estudiantes no se portan mal.

— Mucho ruido, mucha algazara; pero creo que saldrán con las manos en la cabeza, porque el Señor maestre de Calatrava, que basta para enviar á estudiar al infierno á toda la universidad, está dentro.

— Ya lo sabía yo... ¡Diablo!... Y es el caso que habrá armado á los escuderos de D.<sup>a</sup> Judit... Le conozco bien, y serán capaces de recibir á ballestazos al que se acerque á la puerta... ¡Si todo consistiera en despejar la calle!... Pero es el caso que mis órdenes no me autorizan para ello... Pero... ¡ah! ¡sí! ¡magnífico! dijo dándose un golpe en la frente, como inspirado por un súbito pensamiento. Escucha, Diego; véte, reúne á la gente, tenla pronta, y vuelve aquí al momento, solo, para lo que pueda suceder.

— Y abandonando bruscamente á Calvete, se entró por los grupos gritando de una manera tan formidable, que su voz dominaba á las de todos los estudiantes reunidos:

— ¡A la hoguera los judíos...! ¡Fuera los judíos...! ¡A la horca los judíos...!

Los estudiantes, que hasta entonces no habian hecho mas que pedir la manifestacion de su compañero, callaron simultáneamente al escuchar aquellas tremendas peticiones, que tan lejos iban.

— Sí, señores, gritó de nuevo Pero Valiente asiéndose á dos robustos estudiantes, y trepando á sus hombros *vellis nollis* para ser visto y dejarse oír mejor, si señores; ya es tiempo de que se corrija el abuso que permite que viva entre nosotros y se alimente con nuestra sangre esa mala ralea.

— ¡Abajo! ¡Abajo! ¡No es estudiante! gritaron algunas desaforadas voces...

— No soy estudiante, gritó con mas fuerza Pero Valiente; pero esto no impide el que yo me interese por vosotros, hijos míos, fortísima esperanza de nuestros tribunales y de nuestra iglesia: ya sabeis que contra las sanguiuuelas de Castilla todos somos hermanos, todos tenemos sangre que nos chupen... Si yo no tengo ciencia, tengo puños; cosa que vale tanto como lo mejor cuando se trata de empeños de honra.

Bajo este punto de vista el aspecto de Pero Valiente era una garantía para los estudiantes, que variaron de opinion.

— ¡Que hable! Que hable! Que hable!

— Fuera palabras, y mas obras, dijo una voz entre la multitud; aquí lo principal no son los judíos, sino quien los consiente... ¡Abajo el Condestable! ¡A casa del Condestable!

— ¡Ese es un bribon! gritó Pero Valiente, mirando entre la multitud para descubrir al que de una manera tan subversiva procuraba cambiar el aspecto del motin, cosa que no podia venir de los suyos: que me busquen á ese hombre y me le aten.

— ¡Abajo! ¡Es un traidor! gritaron los estudiantes al oír las últimas palabras de Pero Valiente. ¡Llévemosle á rastra á casa del Condestable! ¡Abajo el Condestable!

— ¡Insensatos! ¡Con toda vuestra gramática y vuestras picardías no conoceis...

— ¡Abajo! ¡Abajo!

— ¡No conoceis, gritó mas fuerte Valiente, que quien grita abajo el Condestable no puede ser sino un servidor de la judía, que quiere para librarla echaros encima un escuadron de lanzas reales? ¡Héle, héle allí! gritó con mas fuerza Pero... Un barbilindo, un paje; ya sabía yo qué pensar de esto; atádmelo hijos míos, atádmelo.

Y Pero Valiente señalaba con su dedo entre la multitud un embozado, que se echó á temblar cuando notó que los estudiantes, dominados por la audacia y la fuerza de pulmones de Pero Valiente, se echaban á buscar en la direccion que marcaba el dedo del orador, que era hácia el lugar que él ocupaba. Aquel embozado era Raab-Ebn-Cotam, que temblando por la vida de Judit, habia apelado á aquel medio de salvacion.

Judit habia comprendido perfectamente á Raab; era cobarde: otro hombre hubiera sacrificado, sin tem-

por, su seguridad, luchando de audacia á audacia con Pero Valiente; pero Raab, como hemos dicho, se aterró, inclinóse rápidamente, se deslizó entre lo oscuro, y se perdió.

— Ved, hijos míos, ved, exclamó Pero Valiente; la traicion es cobarde, emudece y huye; no le busqueis: los cobardes solo tienen la habilidad de perderse entre los dedos... Pensemos en nuestro asunto: aquí no se trata de la noble persona de su señoría el condestable de Castilla, sino de la honrada de nuestro amigo Rodrigo de Cotta.

— ¡Sí, sí! ¡Que nos dejen ver á Rodrigo de Cotta! Que nos den á Rodrigo de Cotta!

— ¡Justo, justísimo! Que nos den á Rodrigo de Cotta, continuó el cofrade. Pero ¿sabeis si estará bien ó mal tratado nuestro amigo?

Levantóse un rumor sordo á estas palabras.

— Escuchadme, amigos míos, prosiguió Pero Valiente: segun he entendido, se halla en la casa un caballero sin tacha... Su señoría el gran maestre de Calatrava.

Segundo murmullo.

— Tened cuenta con lo que murmurais, hijos, continuó el orador; supongamos que el noble D. Pedro Giron no consiente en dejarse ver entre vosotros porque le parezca que no andais lo mas comedidos; esto no quita para que confieis en que su honor no consentirá que se cometa en su presencia un asesinato.

— Pues bien, que se nos presente D. Pedro, dijo una voz.

— Esperad; yo creo tener un medio: ¿os bastará por el pronto con que yo me presente á él y venga á informaros?

— ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

— Voy pues á probar; ¡ah, señor! Ah, poderoso señor! gritó con todos sus pulmones; hé aquí uno de vuestros mejores servidores, que encontrando cercano á vuestra señoría, no sabe cómo llegar hasta vos (y esto es mentira, añadía dirigiéndose á los estudiantes); y esto, señor, es tanto mas lamentable como que necesito comunicaros ciertas importantes cosas.

— ¡Vive Dios, exclamó el Maestre, que habia oído perfectamente desde adentro estas palabras, esa es la voz de Pero Valiente! Y fué al balcon y se colocó tras de Judit.

— Yo conozco á ese hombre, dijo la jóven.

— Esperad, esperad, señora; me parece que si Dios no lo remedia, va á ver carreras y lanzadas esta noche en Valladolid... Oid... Ese hombre es uno de los primeros de esos tremendos cofrades.

— Y es necesario, poderoso señor, continuó Pero Valiente, que os dejéis ver, no solo de estos bizarras estudiantes, sino tambien de vuestros buenos servidores; por S. Lázaro, señor; por el fuego, por el aire y por la tierra, oidme y concededme lo que os ruego.

Pero Valiente habia dado una entonacion particular á las palabras que hemos subrayado y que constituian la seña de los hermanos del Cristo de las Tiñieblas.

Al oírle el Maestre, puso la mano en la falleba del balcon.

— ¿Qué vais á hacer, D. Pedro? le dijo Judit.

— ¡Pardiez! señora, es necesario aprovechar el tiempo antes de que sobrevengan dificultades.

Y abrió de golpe el balcon, apareciendo poco despues en él.

Todas las hachas de la calle se levantaron para alumbrar mejor el prominente balcon gótico, en cuya balaustrada se apoyaba el Maestre: al reconocerle los estudiantes lanzaron una aclamacion informe y aplaudieron. Pero Valiente, con gran satisfaccion de los que hasta entonces le habian sostenido en alto, se dejó caer al suelo, rompió por la multitud y se acercó á la puerta.

— ¡Ah de la noble, buena y leal universidad de Valladolid! gritó el maestre; ¡Salud!

Contestó otra aclamación.

— Esta noche, prosiguió el Maestre, se ha cometido un crimen á las puertas de esta casa, un asesinato oscuro y cobarde...

Rugió la universidad entera á la palabra asesinato, y se agitaron brillando cien espadas.

— Asesinato frustrado por fortuna, continuó el Maestre; nuestro buen amigo Rodrigo de Cotta solamente está herido.

A esta palabra los gritos fueron furiosos.

— ¡A la puerta! ¡Abajo la puerta! ¡Hachas, hachas! ¡Abajo! gritaban todas las bocas.

En vano el Maestre pretendió hacerse oír; el tumulto se hizo espantoso: Pero Valiente pugnaba por sobreponerse á él, y temblaba de cólera y de impaciencia, asido al aldabon de la puerta, al lado de Diego Calvete y teniendo como él la espada desnuda.

Algunas piedras partieron zumbando del centro de las masas, y fueron á dar con estruendo en las puertas de la casa; pero el balcon donde continuaba el Maestre fué respetado.

Acrecia el motin; allegábanse á él los vagos, los matones y la gente alborotadora de la villa, y ya en medio de las voces que apellidaban á Rodrigo de Cotta, oíanse otras que gritaban: ¡Abajo el Condestable!

El Maestre temblaba de cólera en el balcon; Judit estaba pálida; Cibdareal, cejijunto y sombrío, prestaba una profunda atención á los acontecimientos.

Hubo un instante en que los alborotadores callaron para rehacerse y empezar de nuevo: el Maestre aprovechó aquel instante, y abalanzándose sobre el balcon gritó con su tremenda voz de batalla:

— ¡Ah de los míos! ¡S. Lázaro y fuego!

Estas palabras se perdieron casi ahogadas por el griterío, que había empezado de nuevo; pero fueron perfectamente oídas por Pero Valiente y Diego Calvete, que partió hácia la puerta de Madrid á una indicación del primero.

Tras aquel que podía llamarse grito de guerra, el Maestre se retiró del balcon y le cerró: apenas aquel balcon estuvo desierto, le invadieron las piedras, que zumbaron como una granizada sobre él.

El motin había tomado unas gigantescas proporciones; acrecían las masas, y las hachas retumbaban ya sobre la puerta.

Pero esta se abrió de repente, y apareció el Maestre, espada en mano, al frente de diez escuderos.

La situación era terrible: por un momento sitiados y sitiadores se miraron de una manera sombría, y luego se oyó un grito unánime:

— ¡A ellos!

Pero sobre aquel grito retumbaron trompas de guerra á lo largo de la calle del Conde, pasos de caballos y crujir de armas, y cuchilladas y alaridos por los arcos de Benavente.

Por un lado acudía un escuadron de lanzas reales; por el otro acometían, espada en mano, los cofrades del Cristo de las Tinieblas.

Hubo un momento de confusión, durante el cual los estudiantes se sobrecogieron; tenían ante sí en la puerta de la casa un enemigo terrible, pero contenido é inmóvil, y fuerzas superiores los estrechaban por los costados.

No tenían escape ni fuerza para resistir, y cejaron reconcentrándose; luego cesaron los gritos, y al fin un pañuelo blanco flotó, levantado sobre los grupos, en la punta de una pica, como en señal de parlamento.

Pero como en todos esos movimientos espontáneos y desorganizados de las masas era difícil saber sobre qué se había de parlamentar, los sitiadores se encontraban á su vez sitiados, y los que en tal situación los habían puesto, podía decirse que ignoraban, segun

el giro que había tomado el motin, su verdadera causa.

Por lo tanto, á la anterior actividad sucedió la inacción, y al estruendo el silencio; las lanzas reales cortaban la calle, avanzando al son de sus trompas; los hermanos del Cristo de las Tinieblas cubrían, espada en mano, los arcos de Benavente; y el Maestre, con los escuderos de D.<sup>a</sup> Judit, esperaba atento á todo en el zaguan.

Las lanzas reales llegaron al fin á tocar las masas, y tres caballeros se adelantaron.

— ¡Plaza! dijo un faraute con grito herido desde su caballo. ¡Plaza al guarda mayor de su alteza, al Señor Alfonso de Stúñiga! Plaza al Sr. Juan de Mena! Plaza al Sr. Jorge Manrique!

El nombre de los poetas mas populares y mas queridos de su tiempo dulcificó la dura impresion que había causado el nombre del guarda mayor del Rey, que había sido como una amenaza: al saber los estudiantes que estaban allí Mena y Manrique, corrieron sin temor y con las espadas bajas hácia las lanzas reales: ¿qué podía acontecer á la universidad estando allí rodeados de hombres de armas sus dos ardientes protectores?

Juan de Mena y Jorge Manrique se vieron rodeados, aclamados, honrados por todos aquellos locos y entusiastas jóvenes, y volvió el estruendo, pero estruendo de aclamación y de amistad.

— Queremos saber qué ha sido de nuestro compañero Rodrigo de Cotta, dijeron algunos de los mas próximos á los dos poetas.

— Habéis alborotado á la villa, dijo con severidad Jorge Manrique; habéis insultado á una dama, faltado al respeto á un gran maestre, y sobre todo, dado lugar á que se grite á vuestra sombra de una manera sediciosa.

— Se ha asesinado por una judía...

— Esperad, amigos míos, esperad, dijo con dulzura Juan de Mena, que acompañado de Manrique y rodeado de escolares, había llegado hasta la puerta; el Sr. maestre de Calatrava, á quien veo, como buen caballero, apercibido á defender á una dama, dará de buen grado paso á dos poetas que vienen sin armas.

Don Pedro Giron envainó su espada, adelantó hácia los recién llegados y les tendió la mano.

— Nuestra buena universidad, dijo el Maestre de manera que pudiera ser oído por los estudiantes mas próximos, sostiene vehementemente sus fueros; grita por ellos... acaso mas allá de lo que debiera; pero son buenos y leales vasallos, lo que no impide el que á su sombra los mal contentos griten por el príncipe D. Enrique, contra el Condestable y contra el Rey... No era para rechazar estudiantes para lo que había salido de la vaina mi espada, sino para combatir rebeldes. Ahora creo que no necesitáis de mi licencia, caballeros, para pasar y ver que ese buen Rodrigo de Cotta, si bien está herido, no se encuentra en peligro de muerte.

— Amigos míos, dijo Juan de Mena á los estudiantes desde el dintel de la puerta, ¿os basta con que el Sr. Jorge Manrique y yo veamos y hablemos á nuestro amigo Rodrigo de Cotta?

— ¡Sí! sí! sí! dijeron los estudiantes.

— Pues bien, retiráos de la puerta, y dejad que se cierre: entre vosotros hay traidores... No les sirvais de escabel... Confíad en nosotros, hijos míos, y esperad.

Los estudiantes se retiraron, y solo quedó un hombre en el dintel, que adelantó hasta el Maestre. Aquel hombre era Pero Valiente.

La puerta se cerró, y los dos poetas subieron las escaleras precedidos y alumbrados por pajes.

D. Pedro Giron se quedó solo en el zaguan con Pero Valiente.

— ¿Te envía mi hermano? le dijo.

— Si, señor; hé aquí una carta que me ha dado para vuestra señoría.

El Maestre rompió con disgusto el sobre, y la leyó.

— Vé al momento, Pero, le dijo, y retira esos hombres; que desaparezcan como sombras: la cobardía de los estudiantes ha deshecho nuestro plan, y nada podemos hacer por ahora en Valladolid; marcha con ellos, y di á D. Juan Pacheco que con todas las lanzas que pueda reunir caiga sobre Toledo y se apodere de la ciudad, apellidando al príncipe D. Enrique; dile además, y no olvides una sola palabra de las que te digo, que la carta que me ha enviado con la suya, irá á manos del Rey, y que los presos de Roa y Portillo estarán esta misma noche libres... No olvides, te lo repito, ni una sola palabra, y véte.

— ¿Y he de partir ahora mismo al Abrojo?

— Ahora mismo, con esos veinte y tres hombres: desfigura á cuchilladas al que ha muerto, y despojadle de todo lo que pueda indicar que nosotros hemos andado en el lance. ¡Hola!

Se presentó uno de los escuderos de D.<sup>a</sup> Judit.

— Id con este hombre, le dijo, y dadle salida por el postigo.

Pero Valiente siguió al escudero á través de un patio oscuro.

— Está visto, se dijo, que la suerte me vuelve las espaldas... D.<sup>a</sup> Juana se hace cada vez mas exigente... y me arranca de entre las manos un tesoro... Pero y bien... D.<sup>a</sup> Juana será mía, enteramente mía, si ese tesoro me da poder... Suceda lo que quiera, es necesario volver á casa de Juan Cercena.

D. Pedro de Giron subía entre tanto pensativo las escaleras principales del palacio de Benavente.

## XXV.

De cómo los motines pasan y se deshacen como las tormentas.

Rodrigo de Cotta, pálido, triste, apenas vuelto en sí, yacía en un lecho, y fijaba con asombro sus miradas en dos personajes, uno de los cuales estaba sentado en un sillón junto á su cabecera, y otro de pié al otro extremo del lecho.



Rodrigo de Cotta había visto aparecer de repente, como dos fantasmas, á sus amigos.

Eran aquellos dos semblantes nobles y francos, en los cuales se retrataba claramente el dolor que les causaba el estado del jóven: el que estaba de pié, vestido con un sencillo traje talar, era calvo como su compañero, pero de una manera mas enérgica; del mismo modo le superaba en edad: brillaba en entrambos esa mirada fija, profunda y pensadora de los hombres de genio, y era imposible pensar en la doblez ni en las malas pasiones á la vista de sus semblantes.

El uno, de mas edad, el que estaba de pié, era Juan de Mena, coronista del Rey; vestía un sencillo traje talar y un manto blanco con orla, y no llevaba armas de ninguna especie: el otro, el que estaba sentado, era Jorge Manrique, ceñía únicamente una espada de corte, y vestía una túnica talar de paño, bordada

de sedas, y guarnecida de pieles en las mangas y de galon de oro en la orla.

Inútil es que nosotros nos entremetamos en la biografía de estos dos personajes, demasiado notables en su época, y que viven hoy en sus obras, magníficos monumentos de la literatura del siglo xv.

La nueva del percance acontecido á Rodrigo de Cotta había llegado hasta ellos, en ocasion en que Juan de Mena leía á Jorge Manrique y al marqués de Santillana los primeros actos de *la Celestina*, que acababa de escribir, y *la Celestina* fué olvidada; los dos nobles poetas corrieron al encuentro de su pobre discípulo: el marqués de Santillana, que era enemigo á muerte del Condestable, se escurrió, porque había llegado al par la nueva del motin, y el guarda ma-

yor del rey hizo cabalgar á cien hombres de armas para dar con ellos resguardo á los dos poetas.

Doña Judit los había recibido de la manera mas afable; les habia referido de qué modo habia entrado en su casa Rodrigo de Cotta, y habia tenido la discrecion de que nadie acompañase á aquella especie de embañadores en su visita al enfermo.

Rodrigo de Cotta habia visto aparecer de repente como dos fantasmas á sus amigos.

—¡Gritan! ¡gritan aun! decia con la mirada estraviada. ¿Quiénes son esos que gritan: á la hoguera las judías?

Juan de Mena y Jorge Manrique le escuchaban en silencio. Rodrigo de Cotta deliraba.

—Sin ella... me hubieran muerto... es mi ángel... ¡Judit!

—Este pobre mozo, dijo Juan de Mena á Manrique, andaba triste y pensativo, huía el aula, y escribia versos tetricos á un imposible... ¡pobre Cotta!

—¿Pero creéis, dijo gravemente Manrique, que esa mujer?...

—Esa mujer es demasiado jóven para tener el al-

ma tan negra. ¿Asesinar á un desdichado porque canta amores? ¡no, no, señor Jorge Manrique! Este ha sido un golpe preparado por los Pachecos: ¿no habeis visto aquí á D. Pedro Giron? ¿no habeis notado el aspecto que tenia el motin? entre los estudiantes habia hombres de mala traza: Rodrigo de Cotta no ha sido mas que un pretesto, y esa jóven, esa judia es, sin duda, como él, la víctima de una traicion.

—Rodrigo, dijo Manrique inclinándose sobre él: somos nosotros, vuestros amigos: ¿no nos conocéis?

El herido fijó una mirada vaga en los dos poetas.

—Eran... los hermanos del Cristo de las Tinieblas, dijo con la voz apagada; oh! ¡miserables! ¡cobardes! yo recuerdo que mi espada entró en el pecho de uno de ellos, añadió sonriendo fatidicamente.

—¡Los hermanos del Cristo de las Tinieblas! ¡es decir que D. Juan Pacheco y el principe D. Enrique están en Valladolid! exclamó Juan de Mena ¿y el Condestable? ¿qué hace el Condestable?

—Mis buenos amigos, dijo Cibdareal asomando la cabeza por entre el cortinaje de la alcoba, antes de que tuviese tiempo de contestar Manrique, las graves acu-



Juan de Mena fué al balcón, le abrió y se abalanzó á su balaustrada.

saciones que recaian sobre una dama, me han impulsado solamente á permitirlos que veais á nuestro pobre herido, pero os advierto que si le haceis hablar y agitarse le matareis.

Jorge Manrique se levantó, y tendió la mano á Cib-

dareal; los tres salieron de la alcoba y se detuvieron un momento á su puerta.

—¿Estais seguro, bachiller, de que no moriré? dijo conmovido Juan de Mena.

—Os aseguro su vida si no se cometen imprudencias,

—¡Oh! sí, apurad vuestra ciencia, bachiller: las letras castellanas perderian con él un tesoro... salvadle y los hareis acreedor al reconocimiento de la posteridad.

—Rodrigo de Cotta vivirá, amigos míos; pero tened presente que si no existiera una mujer, noble y generosa, que ha permitido, esponiéndose á murmuraciones, que permanezca este enamorado suyo bajo su techo, nuestro amigo no sería á estas horas mas que un cadáver.

Y señaló á Judit.

—Os suplico, señora, dijo Juan de Mena, que perdoneis por mi intercesion á esos nobles estudiantes que no han visto mas que un querido compañero muerto. Tal vez á algunos, dijo lanzando una rápida mirada al maestro, no habrá pesado esta ocasion de gritos y alborotos; pero vuestro nombre señora va á ser bendecido cuanto ha sido insultado, y á quedar libre vuestra calle.

—Las armas no tienen gran poder sobre las letras, dijo el maestro, desentendiéndose de la intencion de Juan de Mena, y vos hareis con una sola palabra lo que yo no he podido con desesperados esfuerzos.

Juan de Mena fué al balcon, le abrió, y se abalanzó á su balaustrada: D. Pedro Giron permaneció detras de él.

A la aparicion de Juan de Mena, en cuya noble frente reflejaba el movable resplandor de las antorchas, el ruido atronador que dominaba la calle, se estinguó de repente sucediéndole el mas profundo silencio.

—¡Buenos y nobles estudiantes de la sábia universidad de Valladolid! ¡queridos amigos míos! dijo el poeta ¡Dios no quiere que perdamos á nuestro valiente Rodrigo de Cotta!

Por mas que Juan de Mena fuese altamente respetado por los escolares, estos no pudieron contener una ruidosa exclamacion de alegría. El buen poeta esperó á que aquel gozo se exhalase, y cuando se restableció el silencio continuó:

—Dios ha querido tambien, que, para evitaros una injusticia, hayamos sobrevenido á esta noble casa, el alto y poderoso señor maestro de Calatrava, el señor Fernan Gomez de Cibdareal, el Sr. Jorge Manrique y yo: hemos maltratado gravemente á una hermosa y noble dama; habeis pretendido forzar sus puertas; la habeis amenazado, obligándola á ponerse en defensa; cuando á ella debemos la preciosa vida de Rodrigo, cuando sin ella y sin el Sr. Cibdareal hubiera dejado de existir.

Juan de Mena observó que el silencio acrecia á estas palabras como si espresase la vergüenza de aquellas almas francas y enérgicas por haber obrado de una manera irreflexiva y brutal.

—Pero D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor espera, amigos míos, continuó Juan de Mena, que las mismas bocas que han proferido insultos contra ella, la justificarán, y la repondrán en su buena y limpia fama: que los mismos que la han amenazado la defenderán de traiciones tan oscuras como la que os ha traído aquí engañados. Rodrigo de Cotta ha sido acometido por los hermanos del Cristo de las Tinieblas.

A estas palabras voló sobre las cabezas de la multitud un rugido amenazador.

—Y como yo creo que dais entera fé á mis palabras, pues que mi boca jamas ha mentido...

—¡No! ¡no! ¡no! ¡viva el Sr. Juan de Mena! gritaron en coro los estudiantes lanzando sus gorras al aire ¡viva D.<sup>a</sup> Judit!

Y se redoblaron los vivas, y hasta victorearon al maestro de Calatrava, á quien poco antes se habian atrevido á insultar.

Aquello era una ovacion, y á decir verdad á Juan de Mena no le cabia, como suele decirse, el alma en el cuerpo.

—Gracias, gracias, hijos míos, continuó conmovido Juan de Mena: sois siempre generosos y leales; pero sed tambien dóciles: nuestro pobre amigo está gravemente herido: el Sr. Cibdareal, el gran médico, hora de la ciencia española, que jamas engaña ni se engaña, os asegura por mi boca de la vida de Rodrigo, si no se le escita: nuestro pobre amigo está poseído de un profundo delirio, y vuestras voces, que llegan hasta su lecho, el estruendo, la agitacion en que os tienen vuestros buenos deseos, podrian ser fatales para él. Retiraos y retiraos en silencio, mis buenos amigos, y pasados algunos dias, cuando no haya peligro, enviad una diputacion de vuestro seno, á certificarse de que no mentimos, de que no os hemos engañado. ¡Salud y paz á la noble y valiente universidad de Valladolid!

Después de estas palabras, ni una sola voz ni un murmullo se exhaló de aquella multitud, antes tan amenazadora, tan rugiente; dejaron de brillar las espadas, se apagaron las antorchas, y solo se escuchó el ruido sordo y uniforme de los pasos que se alejaban. Juan de Mena continuó algun tiempo aun en el balcon: la calle habia quedado silenciosa y oscura, y solo alguna vez se escuchaban, el relincho ó las pisadas de los caballos de las lanzas reales.

Juan de Mena se retiró entonces del balcon que se cerró.

—Habeis convertido á los tigres en ovejas, señor Juan de Mena, dijo el maestro, y es preciso concederos un gran poder: nos habeis vencido sobrepujándonos.

—Señor maestro, contestó afablemente el poeta, las grandes masas son como las olas: el huracan las embravece, pero las brisas las hacen gemir obedientes y humildes. Entre tanto, demos gracias á Dios como leales, por haber reprimido á tan poca costa el primer grito de la guerra civil que asoma aun entre nosotros su funesta cabeza.

—Vos, Sr. Juan de Mena, dijo con una sutil intencion el maestro, habeis disuelto la universidad con algunas blandas palabras: el Sr. Condestable, reprimirá, como otras veces, los esfuerzos de los bandos, arrasando villas y cortando cabezas, con algunos escuadrones.... la guerra civil vive y se agita, pero sin fuerza... el Condestable es grande y poderoso... y D. Enrique...

—Don Enrique será la ruina y la vergüenza de Castilla... pero dispensadme, D. Pedro, he entrado de una manera bien estraña en una casa en donde jamas habia tenido la honra de poner los pies, y siento una necesidad imperiosa de satisfacer á esta hermosa y noble señora.

—¡Oh Sr. Juan de Mena! dijo Judit, sabia que pueden existir á un tiempo en una persona, la cortesania, el valor, el talento y la virtud, pero no habia tenido ocasion de admirarlos en todo su esplendor; vos me habeis dado á conocer esas virtudes de una manera inapreciable, y os suplico acepteis la espresion de mi reconocimiento y me concedais vuestra amistad. ¡Cuán feliz debe ser un rey que tiene un amigo como vos!

Habia sabido encubrirse Judit de tal manera, bajo un aspecto de dulzura, de languidez y de candor; habia sido tan simpático, tan flexible y tan seductor su acento al pronunciar estas palabras, que no solamente engañó á Juan de Mena, sino que le fascinó.

—¿Y no creéis, señora, que haya otra alma mas triste, mas abandonada, mas combatida que la del rey? ¿No creéis que exista una alta y noble dama, para la cual vuestra amistad sería un bálsamo de consuelo?

—¡Ah! ¡Sr. Juan de Mena! ¿Creéis?...

—Creo que si vos consintieseis en ser menina de la reina...

—¿Me conoce su alteza? dijo conmovida Judit... ¿ha pensado en mí?

—Su alteza no conoce ni aun vuestro nombre, señora, porque sois como la perla escondida en su celosa concha; pero yo os he admirado y os quiero para que alegréis con vuestros encantos, los profundos pesares de esa real enferma.... Pronto, acaso, recibiréis con un noble enviado una súplica de su alteza.

—La reina puede disponer de mí; y vos, Sr. Juan de Mena, como vosotros, señores, á quienes la Providencia ha enviado para salvar de una horrible desgracia á una pobre huérfana, sabed que siempre hallaréis abiertas las puertas de la casa de una mujer que se cree feliz, teniendo en vosotros tan nobles, tan sábios, tan generosos y tan valientes amigos.

Juan de Mena y Jorge Manrique, se inclinaron en un respetuoso saludo, besaron la mano de Judit, y salieron de la casa precedidos por pajes. Poco después se escuchó el estruendo del escuadron que desfilaba por bajo de los balcones.

Volvió la calma perdida; solo quedó como huella de aquellos acontecimientos, Rodrigo de Cotta durmiendo en su lecho de sangre, dominado por la fiebre y el delirio.

—Todo nos favorece, D. Pedro.... exclamó con arranque Judit... El dios de las venganzas nos protege: ahí, en ese lecho tenemos un esclavo; en la reina un arma; en Juan de Mena un entusiasta que sueña...

—Y en esta carta de Diego de Valera que acaba de entregarme uno de mis servidores por encargo de mi hermano, dijo el maestro, una antorcha terrible que hará volver la luz á los ojos ciegos del rey...

—¿Os escribe vuestro hermano? ¿dónde está?

—Hace un momento debía estar en escuadron cerrado á las puertas de Valladolid... pero ahora deberá marchar á buen paso hácia Toledo... la guerra es necesaria... precisa... ¿Cuántos hemos de mandar aquí?

—¿Y esta carta?...

—Mi hermano D. Juan me encarga que procure llegue á las manos del rey... nadie mejor que vos, señora, puede lograrlo y os suplico os encarguéis de ello.

—Sí, sí, os juro que el rey leerá esta carta... pero es necesario que estas órdenes de soltura, vayan al momento á las fortalezas de Roa y Portillo: que quienes las lleven, informen de lo que deben hacer á nuestros amigos; que antes de ocho dias pase el navarro la frontera... tomad, D. Pedro, tomad; trabajemos sin descanso y venceremos.

Al punto se abrió una puerta, y un paje dijo desde ella.

—¡Noble señora!...

—¡Ah! ¿eres tú, Gaston? ¿qué quieres?

—Un embozado acaba de entregarme estas letras para vuestra señoría.

El paje adelantó y presentó á D.<sup>a</sup> Judit en una bandeja de oro, una carta cerrada.

La jóven, predispuesta con los acontecimientos anteriores, la abrió con una precipitación febril.

«Mi querida hija, decía: es necesario que al momento vengas por la mina: nuestros proyectos se robustecen, se fijan. Dios nos ayuda. Ven: si están aun contigo D. Pedro Giron y el bachiller Cibdareal, que te acompañen. Nos son necesarios. Roboam.»

—Mirad, señores, dijo Judit leyéndoles la carta, después de haber despedido al paje.

—¿Y quién es este Roboam? dijo con su acostumbrada prevención el maestro.

—¡Oh! Roboam es mi padre... un padre que me ha enviado Dios: nada temáis, venid señores, venid.

Cibdareal fué á la alcoba, abrió las cortinas del lecho, y observó á Rodrigo de Cotta.

—Duerme, dijo, y dormirá profundamente muchas horas.

Después salió de la alcoba y siguió á Judit, y al maestro murmurando:

—Los motines son como las tormentas; rugen, crecen y pasan como ellas; los unos dejan rastros de sangre; las otras rastros de lodo; pero aquí hay lodo y sangre á la vez.

## XVI.

De cómo fue preso Pero Valiente, con otras cosas que verá el lector.

La mujer que habia entrado encubierta en casa de Juan de Villafranca, era D.<sup>a</sup> Juana de Albornoza.

El verdugo, que sin duda no esperaba una visita de este género y á tales horas, retrocedió admirado.

—¡Vos por mi casa, señora! la dijo.

—Sí, yo otra vez por tu casa; pero, como las anteriores, traigo oro.

—Oro por....

—Por un bebedizo, Juan; por un bebedizo que haga olvidar sus amores, y trocarlos en aborrecimiento, á un hombre.

—¿Os sigue desamando el Sr. Alonso Perez?

—Mi marido jamas me ha amado á pesar de tus brebajes.

—Y si no tenéis fé en ellos, señora ¿por qué me los pedís?

—Sí, si tengo fé, pero es que creo que existe un poder superior al tuyo; un poder que es enemigo mio.

—¿Ese poder viene de una mujer?

—Sí, de una mujer hermosa, jóven... y... judía....

—¡Judía! exclamó Juan... ¿Se llama acaso D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor?

Doña Juana palideció.

—Sí, esa es, dijo ¿de qué la conoces?

—Por su fama, señora; esa mujer parece que enamora á todo el mundo; y bien... por el momento no puedo servirlos: pero quiero daros un consejo: respetad á esa mujer.

—¡Que la respete! ¿respetar yo á una mujer que ama á mi marido! ¡á una mujer que me le roba! ¡no, Juan, no!... si no me sirves bien, yo buscaré otro medio mas seguro....

—¿Y decís que D.<sup>a</sup> Judit ama á vuestro esposo? ¿Estais segura de ello?

—¿Qué te importan mis seguridades? un hechizo, y pronto, un hechizo que haga aborrecerla á Alonso Perez, que le ate á mí ¿lo entiendes?... pronto... no he venido aquí á perder palabras y tiempo contigo... toma y dame.

Doña Juana presentó una bolsa al verdugo. Este estaba meditando y sombrío.

—El contador del rey, pensaba, la ama y es amado por ella; el contador del rey puede... sí... indudablemente puede mucho... puede apartarla del Condestable... sí; mi hermano, me aterra, es implacable, cruel... si yo por este medio pudiese apartar esa mujer de D. Alvaro... sí... sí....

—Paréceme, le dijo con cólera D.<sup>a</sup> Juana, que te he dado á conocer mi voluntad de ser servida pronto.

—Y yo, señora, pensaba en que no puedo servirlos á ciegos.

—¡Cómo!

—A ciegos, porque necesito saber hasta qué punto ama vuestro esposo á esa dama; en qué constelación ha empezado su amor... ¿seria muy difícil que yo hablase á vuestro esposo?

—¡Hablarle! ¿Es absolutamente preciso?

—Si no queréis, señora, que el encanto por acaso se vuelva contra vos: si aborrecéis á esa mujer, si queréis desesperarla con la indiferencia de vuestro

marido, preciso será que yo le vea, que le hable.

¿Me conoce?

—No... no es probable....

—¿Y no puede encontrarse un pretexto?....

—¡Oh! ¡oh! me había olvidado... entiendes tú de curar....

—¿Curar, qué?....

—Heridas.

—¿Está herido vuestro esposo?

—Herido, sí, herido en un duelo por ella.

—Puedes bien... una noche... bajo un disfraz de médico.

—¿Una noche! ¡no! ¡ahora mismo!... ¿sabes lo que es tener celos?

—¿Que si sé lo que es tener celos!.. los he sufrido crueles, inmensos; he perdido cuanto tenía por una mujer: he llorado hasta agotar mis lágrimas....

—¿Y no has matado!

—¿Mataré!

—¿Bien!... ¿pero cuando?...

Llamaron en aquel momento á la puerta. D.<sup>a</sup> Juana se estremeció.

—Habeis cometido una imprudencia en venir á mi casa sin avisarme, señora, dijo el verdugo; ¿qué hemos de hacer si no quereis ser vista?

Tornaron á llamar.

—¿Adónde conducen esas escaleras? dijo doña Juana.

—Es que allí no podeis ocultaros, señora... por- que....

—¿Abrirás con cien legiones, Juan? dijo una robusta voz en la puerta.

Aquella voz era la de Pero Valiente, y D.<sup>a</sup> Juana se cubrió precipitadamente con el manto: por miserables que fueran las relaciones entre ella y el bandido la avergonzaba que la encontrase allí.

—Ocultadme en cualquier parte, dijo al verdugo.

—Bien... señora... pero... ¿teneis valor?

—¡Valor!...

—Es que tengo que encerraros con un muerto...

—¿Qué!... ¿allí?....

—Allí no, allí, señora, añadió bajando mas la voz... está el Condestable....

—¡Ah! ¡el Condestable! ¡está aquí el Condestable! ¿y dónde, entonces?

—Allí, dijo Juan, señalando la compuerta.

—Pues bien, no importa, vamos....

Juan abrió la compuerta y D.<sup>a</sup> Juana bajó temblando. El verdugo cerró y fué á abrir la puerta... inútil es decir, que Pero Valiente había redoblado entre tanto, sus golpes y sus juramentos.

—¿Quién estaba contigo? le dijo el bandido.

—¿Quién? nadie... y sobre todo nada te importa.

—Es verdad, nada me importa.... pero si otra cosa.... ha salido mal el golpe, y me mandan ir á buscar al momento á D. Juan Pacheco.

—¿Qué os ha salido mal un golpe? dijo afectando estraneza el verdugo que temia ser oido por el Condestable.

—Nos han imposibilitado: el Condestable debe tener un demonio de la guarda.

—No te entiendo.

—¿Que no me entiendes?... quiero decir que el Sr. Juan de Mena, á quien Dios confunda, ha deshecho el mas hermoso motin que se ha visto ni se verá....

—¡Un motin! dijo una sombra embozada que habia aparecido por las escaleras; ¿y á qué asunto era ese motin, en que ha tenido un demonio que le guarde al Condestable de Castilla?

Pero Valiente se volvió amenazador á Juan.

—¡Miserable ladrón! le dijo; sabias que yo habia de venir á pedirte el depósito que te habia confiado, y me has tendido un lazo!

El verdugo, que temblaba por las palabras que en su casa habia pronunciado Pero Valiente, adelantó y asió al maton, sujetándole despues de una breve lucha.

El Condestable permanecia de pie y embozado, Juan ataba al bandido con uno de sus dogales.

—¿Tenderte un lazo!... exclamó... ¿no sabes que yo como el pan del Condestable?... venias á mover un motin y has sido preso... peor para tí.

—El valor de Pero Valiente se desvaneció como el de todos los matones al verse preso, y le reemplazó un terror servil.

—No entiendo muy bien esto, Juan, dijo el Condestable sin descubrirse, pero has hecho bien: sal y busca los hombres que me acompañaban; están en la fuente: que traigan mi litera.

El verdugo salió, dejando atado y tendido á Pero. A pocos pasos de la puerta tropezó con un bulto.

—¿Quién va! exclamó echando mano á su puñal.

—¿Sois maese Juan Cercena? dijo aquel hombre.

—Sí; ¿qué quereis?

—El Sr. Roboam el perfumista, me ha dado esta carta para vos.

El incógnito buscó la mano del verdugo, le dejó una carta y sin decir mas se perdió entre las sombras; poco despues una litera y cuatro hombres pararon en la puerta.

—Fernán, dijo el Condestable, cuando aquellos hombres hubieron entrado; encárgate de ese hombre, métele en mi litera y llévale á la cueva mas profunda de mi casa.

Pero Valiente empezó á buscar desde entonces el medio de salir del laberinto en que se habia metido. El recuerdo del tesoro del judío que se le escapaba, le tenia, sobre todo, en una postracion difícil de describir.

Se dejó conducir como una oveja, y los escuderos de D. Alvaro, le encerraron en la litera.

—Quedaos dos para acompañarme y resguardad otros dos la litera: cierra esa puerta, añadió dirigiéndose al verdugo.

Juan obedeció.

—Suceden en tu casa cosas singulares, perro de la ley, le dijo con acento severo el Condestable.

—En efecto, señor; y esto sucede con frecuencia. La mayor parte de las damas de Valladolid, se proveen en mi casa de amuletos y hechizos.

—Y eso será ciertamente para sus maridos, como esa D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz.

—¿Qué! ¿la habeis conocido, señor?

—Nada importa eso; pero oye: ¿de qué motin hablaba contigo ese hombre?

—Lo ignoro de todo punto, señor.

—Sin embargo te hablaba de un lance del que parecia haberte informado antes.

—Me habia dicho que se trataba de un golpe de mano... y como ese hombre es un bandido....

—¡Oh! ¡ese señor escudero, es un bandido!... ¿y lo del depósito?

—¡Ah, señor! un depósito de mi oficio.... un muerto.

—¿Cómo! ¿un hombre asesinado...?

—¿Qué! no señor! el cadáver del ladrón que se ha ahorcado hoy.

—Pero ese muerto, te lo habia comprado el médico Cibdareal.

—Voy á procurar explicar á vuestra señoría. Yo... descuelgo los cadáveres... y él me los compra... despues los vende... este tráfico no lo puedo yo hacer á rostro descubierto, ni nadie vendria á tratar conmigo... me habia dejado aquí el difunto para ir á ese lance que yo no conozco... y cree, sin duda porque no ha conocido á la alta persona de vuestra señoría, que yo le he vendido á la justicia para apropiarme el muerto... ese era el depósito de que hablaba.

—Bien... bien... dijo el Condestable meditando.... lo que fuere sonará... vé y saca de la cueva á esa noble señora , y díla que el Condestable la suplica se deje ver.

El verdugo abrió la compuerta, bajó y se escuchó su voz que pronunciaba algunas rápidas palabras.

Poco despues apareció D.<sup>a</sup> Juana y tras ella el verdugo : el Condestable se habia descubierto , teniendo sin embargo cuidado de volver la espalda á la puerta.

—¡ Vos aquí tambien , señor! dijo ella con dificultad , como avergonzada.

—Yo, señora, yo aquí, yo en todas partes, porque en todas partes hay rebeldes y traidores.

—Yo creía, señor, que aquí no habia mas que hechizos, sangre y cadáveres.

—¡ Oh! ¡ Oh! ¿ con que es verdad lo del muerto?...

— Si dudais , señor , dijo Juan de Villafranca , ved por vuestros mismos ojos.

Y señaló la compuerta que habia dejado abierta.

El Condestable , por uno de esos movimientos que parecen hijos de una resolucion súbita , adelantó hácia la oscura boca , bajó las escaleras y entró en un espacio escavado , irregular , húmedo : el cadáver del ajusticiado , lívido y desnudo , estaba tendido sobre la mesa , y la lámpara , colocada junto á él , le iluminaba de una manera dura , proyectando negras y opacas sombras en los ángulos de la cueva.

Hay en el corazon humano un lugar guardado y recóndito que no se revela sino cuando se escita á la vista de las impresiones que le conmueven : el de la investigacion de lo terrible. Don Alvaro sintió lleno de repente aquel vacío , se acercó como impulsado por la fatalidad al cadáver , y sus ojos profundos y lípidos ,



Don Alvaro se acercó impulsado por la fatalidad al cadáver.

posaron en aquel horrible despojo una mirada mas que humana.

— *Morte morieris*, murmuró como hablando consigo mismo : este desdichado era jóven : acaso ha dejado sobre la tierra una madre que le llora : ha luchado contra la ley de un reino , y la ley le ha arrojado , como un objeto podrido , al verdugo : el verdugo le arroja , como una mercancia , al médico : la ley ha cortado y el médico despedazará para buscar los secretos de esa organizacion : ¡ bandido! el mundo te temia ayer y hoy te desprecia ; acaso ni los que te temieron , ni los que te despreciaron , te han comprendido : acaso tú eras uno de esos hombres para quienes la lucha es preferi-

ble á la esclavitud , al trabajo forzado de los siervos y de los cobardes... yo tambien luché... yo tambien tengo contra mí pueblos enteros... mi puñal es el verdugo , y acaso como á tí , me llegue un dia en que me venganzan... ¡ Oh!... entonces ese mismo verdugo se apoderará de mí , y acaso el mismo médico que destrozará tus miembros , despedazará mi cráneo y mi corazon para buscar en él los misterios de mi vida... para arrojarnos á la historia... para manchar acaso ante la posteridad mi recuerdo... y no me comprenderán... porque yo mismo me siento ofuscado por el volcan que arde en mi cabeza , porque mi vista no alcanza á fondear el profundo abismo de mi corazon. Acaso de

beria yo saludarte, cadáver, como los gladiadores al entrar en el circo, á los emperadores de Roma: ¡*César, morituri te salutant!*

Fuese que la fiebre escandenciese la cabeza del Condestable á impulsos de las fuertes sensaciones que habia recibido aquella noche, fuese por otro causa cualquiera, se despojó por un momento de la gorra, lanzó una mirada indescribible al cadáver, subió rápidamente las escaleras, y se volvió á D.<sup>a</sup> Juana: su rostro resplandecía con una espresion satánica.

—Seguidme, señora, la dijo, presentándola su brazo.

Doña Juana se sintió dominada y se asió á él.

—Tú espera: es inútil la orden de detencion, dijo al verdugo sacando de su escarcela un papel que habia escrito en la habitacion alta: la ley necesita tu brazo... mi corazon puede esperar.

Dicho esto salió con D.<sup>a</sup> Juana, y el verdugo quedó solo y exclamó.

—¡Tu ambicion es antes que tu amor! el lobo deja la hembra por la sangre: ¡bien, Condestable..... bien!... espero... ¡el filo de mi espada está pronto!... veamos lo que me dice ese judío.

Juan sacó de la bolsa la carta que le habian entregado cuando salió á buscar las gentes del Condestable, y devoró su breve contenido.

«Señor Juan, decia: Vuestro hermano, que no puede escribiros por sí mismo, me encarga que os diga, que al momento que recibais estas letras, tomeis vuestro azadon, y os trasladéis al molino de la Cruz maldita, en el bosque del Abrojo: una vez allí cavad en el centro de la tercera sala que sirvió de dormitorio, en el sitio en que hay una baldosa señalada con una cruz: sacad lo que encontréis, que será un cofre de hierro, rompedlo y volved con lo que contenga á mi casa: si van á buscaros allí D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor, el maestre de Calatrua y alguna otra persona, entregad á esa noble señora lo que hayais sacado, si os presenta la mitad del sello cuya otra mitad va unida á esta carta. Abandonadlo todo, y si por ello no podeis volver á vuestra casa, no volvais. Que os guarde Dios. Roboam.»

El mismo estremecimiento, la misma palidez que habian conmovido al verdugo en su entrevista con su hermano, le dominaron á la lectura de esta carta.

—¡Otra vez allí! ¡despues de veinte años! ¡yo no pensaba volver! ¿será lo que debo desenterrar el tesoro de mi hermano? ¿ese tesoro que habia escitado á un crimen á ese miserable Pero Valiente! ¿Que no vuelva aquí! ¡caso, ahora que reflexion, me veria obligado á huir de todos modos! ese infame bandido está en poder del Condestable, y sabe demasiado para que yo me crea seguro al alcance de su mano: creo que empieza para mí una nueva vida: ¡la vida de la venganza!

A vueltas de estas palabras el verdugo habia tomado una capa roja, una gorra de pieles y un azadon: habia atravesado en su talabarte su espada de justicia, y cuando estuvo pronto para salir se volvió á la habitacion alta como para despedirse de una persona querida.

—¡Adios, Isabel! dijo: hemos vivido juntos muchos años bajo este techo infame. Yo no te amaba porque no podia amar; pero he llorado tu muerte, hermana mia; aquí tu sombra me acompañaba, fuera de aquí vivirá conmigo tu recuerdo. ¡Adios, hermana mia! ¡adios!

Y como si le costara una gran violencia separarse de aquella infame casa, fue decididamente á la puerta, la abrió, salió, cerró y se alejó; pero se detuvo de repente y volvió.

—Justo es, dijo, que quien paga no sea engañado: el Sr. Cibdareal, vendrá en busca de su muerto, y tomará, como otras veces, la llave de debajo de la puerta:

ademas, el buen médico es medianamente enemigo del Condestable, y merece que le sirvamos: ahí os queda la llave, señor bachiller: ahora ya estamos libres: vamos al molino de la Cruz maldita.

El verdugo dejó la llave bajo la puerta y se perdió en las tinieblas.

## XVII.

De cómo el Condestable empezó á conocer, que á pesar de sus años y de sus negocios estaba enamorado.

El Condestable marchaba entre tanto llevando del brazo á D.<sup>a</sup> Juana, y seguido de los escuderos de esta y de los suyos, hacía la puerta de Madrid.

Entrambos callaban: en entrambos aquel silencio encubria grandes pasiones que fermentaban y rugian malcontentas. El Condestable estaba predispuesto de una manera maravillosa á una conversacion de confianza, porque sabido es que los grandes dolores se disminuyen, se calman, con las lágrimas y con las quejas. El Condestable no podia llorar á solas, pero podia hablar con una mujer que sufria como él: aquella mujer amaba... él, con terror, conocia que amaba tambien; aquella mujer tenia celos... él reconocia con cólera que estaba celoso; entre los dos estaban colocados un mismo hombre y una misma mujer: ella amaba á Alonso Perez de Vivero, y tenia celos de Judit: él amaba á Judit y estaba celoso del contador, con la diferencia de que el Condestable podia representar el papel de explorador, porque conocia el secreto del corazon de D.<sup>a</sup> Juana, y esta no conocia el suyo.

—Creo, noble señora, la dijo, que andais quejosa de Alonso Perez de Vivero.

—Y mucho mas de vos, Sr. Condestable.

—¿De mí? dijo afectando jovialidad D. Alvaro ¿consiste acaso vuestra queja, en que respetándoos demasiado no he rendido un homenaje digno á vuestra hermosura?

—Consiste en que vos sois la causa de que el reino ande revuelto.

—¡Ah! ¡ah! me habia olvidado de que sois la esposa de un hombre que no me quiere bien, que le amais, y que por lo tanto debeis como él ser mi enemiga. Pero nunca creí que os importase mucho el que el reino anduviese revuelto ó no.

—¡Que si me importa! ¿pues á qué si no á ese desórden, á esa corrupcion, se debe, el que las judias en el momento en que se convierten falsamente á nuestra religion, son preferidas á las damas castellanas, de mas pura sangre y de mas alta infanzonía?

—¡Ah! ¡ah! ¡vuestro furor contra mí es por las hebreas!... y ¿no acordándoos de otro medio mejor, habeis apelado?...

—A quien vos debiais apelar.

—¡A un hechicero!

—Es que ese hechicero, tiene una espada que corta, y un dogal que ahoga.

—Por el apóstol Santiago, que andais sanguinaria esta noche D.<sup>a</sup> Juana, sanguinaria en demasia, sin considerar que esa buena gente... esos pobres judios, son laboriosos, y hacen prosperar al comercio con sus manufacturas; si tenemos barcos en la mar, es por ellos, si tenemos...

—Vicios ó impurezas en la córte, es por ellas. Ciertamente que esas mujeres deben tener secretos irresistibles para causar el amor, cuando así riñen por ellas los primeros hidalgos del reino.

—¿Creeis, pues, que el Sr. Alonso de Vivero ama?...

—Creo, Sr. Condestable, que ya que vos, que ya que el rey, no impedis este escándalo, yo esposa legítima de un castellano perdido de amores por una judía, debo salvar su honra y su alma.

—¡Perdido de amores! ¡eh! ¿sí? ¡bien puede ser! dicen que esa D.<sup>a</sup> Judit es muy hermosa, que fascina, que vuelve locos hasta á los viejos! ¿y ella? ¿ella ama á.... al Sr. Alonso Perez?

—Desde el momento en que le ha visto, señor.

—Sin embargo, parece que esta dama, anda enamorada de un alto señor.

—¿Y qué importa? engañará al gran maestre de Calatrava, como engaña á mi marido, como os engañará á vos, como engañará al rey: á todo el que tenga, en fin, poder, oro ó hermosura.

—¿Cómo! ¿tambien D. Pedro Giron?

—Preguntad á mi esposo quién le ha herido esta noche.... Quién tenia derecho á cierta carta pergamada que esa mujer ha tenido la audacia de enviar á mi casa esta noche á un «Caballero del verde antifaz,» cuando debia saber que el gran maestre de Calatrava era mi huésped, y que él y mi esposo llevaban anoche en el sarao del alcázar antifaz verde.

—¿Y si esto, señora, fuese mas cosa de rebeldía y de bandos que de amores?

Quedóse suspensa D.<sup>a</sup> Juana.

—¡Rebeldías! ¡bandos! Eso es decir que mi esposo es rebelde.

—Ya sabeis, que por turbulento ha andado desterrado en Navarra.

—Y vos teneis la culpa; le habeis retirado vuestro amor. Hernando de Rivadeneira, Gonzalo Chacon, Hernando de Sese, cualquiera de los caballeros criados de vuestra casa, medra mas y es mas querido de vos.

—Y por esto sin duda se ha ido á buscar el arrimo de mis otros criados ingratos, D. Juan Pacheco y D. Pedro Giron... que nada hubieran sido, si, como vuestro esposo, no hubieran empezado por ser mis pajes... no hablémos mas de ello... todos me abandonan, todos me son traidores... hablémos de vos, señora, y de vuestros celos.

—Celos que vos podiais curar.

—¿Curar! ¿Y cómo?

—Escuchad: Alonso de Vivero es joven, inquieto, no se encuentra bien en la ociosidad de la corte... preferiria estar rompiendo el arnes contra los moros, á vivir así: enviadle á la frontera.

—¿Cómo! ¿vos, que le amais de tal modo que por él vais á buscar hechizos á la casa de un verdugo, no vaciais en pedir para él un oficio en que mueren cada dia nuestros mejores caballeros?

—Es que, señor, preferia verle muerto á contemplarle enamorado de otra... gozando entre sus brazos... ¡No, no! ¡Eso es horrible!... La frontera del reino de Granada mejor.

—Pero hay una grave dificultad.

—¿Cuál, Sr. Condestable?

—Vuestro esposo es contador mayor del Rey.

—Lo que no ha impedido el que estuviese seis meses desterrado en Navarra.

—A no ser contador de su alteza hubiera estado años; pero la causa de su destierro no era tan grave que diese lugar á despojarle de su oficio.

—Sin embargo, vuestro hijo D. Juan de Luna, es camarero mayor de la cámara de los paños del Rey, y de continuo anda allá entretenido con vuestras gentes y fortalezas, y apenas se le ve en la corte.

—¿Es que precisamente teneis empeño?

—Sí, de todo punto, señor.... apartad de ellas: poco me importa donde vaya... Yo iré con él.

—¡Ellas! Y ¿quiénes son ellas?

—Ésa... judía y la hija del repostero mayor.

—¡Ah! ¿la hermosa hija del buen Pero Sarmiento ama también á?...

—¡Sí, sí señor!... ¡Se muere... como lo oís... se muere por él!

—Creo que el amor que teneis á vuestro esposo y que debe haceros feliz, os inquieta, y os hace creer que todas... Vamos... no es tan creíble... D.<sup>a</sup> Judit es muy codiciada...

—Por liviana...

—¡Oh, oh!... no tanto... no tanto... En cuanto á D.<sup>a</sup> Beatriz, se la respeta...

—Por hipócrita.

—Veó que teneis razon en pretender que aleje á vuestro marido de la corte... Su sola presencia en ella basta ya para que pierdan su opinion dos de las damas mas hermosas y recatadas de Castilla... ¿Es mucho la herida del Sr. Alonso Perez?

—Creo que no morirá, ni aun se verá obligado á guardar el lecho.

—Pues bien, decid á ese noble caballero, que el Condestable... á quien habeis ido á ver para pedirle la tenencia para el... del castillo de Archidona... me habeis ido á ver á mi casa, no lo olvideis; que el Condestable le espera mañana á mesa puesta... Hace mucho tiempo que no veo á ese buen Alonso Perez... y era uno de mis pajes mas queridos.

El Condestable se detuvo al concluir estas palabras delante de la puerta de una gran casa; aquella puerta era la del palacio del contador mayor de Castilla, la misma por donde habian salido poco antes aquel y el gran maestre de Calatrava.

Uno de los escuderos de D.<sup>a</sup> Juana llegó á la puerta y llamó: inmediatamente se abrió aquella, y el Condestable saludó respetuosamente á D.<sup>a</sup> Juana.

—¿Cómo! ¿no queréis honrar mi casa, señor? le dijo esta.

—No, no; ya sabeis que no andamos muy bien el Sr. Alonso Perez y yo.

—¿Y sin embargo, le convidais para mañana en vuestra casa?

—Sí... quieio saber hasta dónde llega todavía su afecto hácia mi... mas adelante tal vez... ¿quién sabe? entre tanto, señora, que os guarde Dios.

—El proteja á vuestra señoría, Sr. Condestable, y os dé para mi esposo y para mí, buenos pensamientos.

Dona Juana entró y la puertase cerró. El Condestable, seguido á alguna distancia por sus escuderos, se encaminó con paso lento á la calle del Conde.

—¿Que me inspire Dios buenos pensamientos para su esposo y para ella! murmuraba: ¿si habrá comprendido esta muger?... ¡Oh! No sé por qué á este pensamiento se enrojecen mis mejillas... ¡Yo... á los sesenta años celoso... enamorado!... esto es imposible... es un vértigo que se ha apoderado de mí... ó un hechizo... mis enemigos están en todas partes... junto á mi lecho, en mi mesa, hasta en mis soledades... y mi cabeza arde, mi corazon se comprime, me persigue el dolor.

El Condestable hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, para arrancarse del alma los pensamientos que la torturaban, y no logró otra cosa que desgarrársela mas y mas, como el que, desesperado con el dolor de una llaga, la comprime. Procuró olvidar, y sus recuerdos le acosaron con mas fuerza; cerró los ojos al presente, y apareció ante ellos un pasado terrible; zumbó en sus oídos un torrente de sangre, sobre el cual resonaban salvajes alaridos, gritos espantosos, terribles palabras de venganza; dominó con su inflexible voluntad los terrores pasados, y el genio fatal que le perseguia se aprovechó del cansancio de aquella lucha y le presentó el porvenir; parecióle que Judit, la hermosa joven cuyos ojos destellaban una luz tan dulce, tenia para él miradas de demonio, que le fascinaba, le sujetaba, y le entregaba inerme á sus enemigos; parecióle que el rey, esclavo suyo hasta entonces, se erguía, le dominaba, y se convertia para él en tirano; que aquella reina que él habia elevado hasta el trono de Castilla, le vencía al fin, y le arrojaba al verdugo... y el Condestable temblaba; el frio del terror crispaba sus miembros, y la rabia, rabia muda, pero poderosa y terrible, secaba sus fauces, amargaba su boca y aridecia sus labios.

Para pensar de este modo tenia D. Alvaro poderosas razones: la nobleza, que en su mayor parte le debia sus títulos y sus riquezas, le era ingrata; el

rey se le mostraba mas extraño que de costumbre; la reina se atrevia á mostrarle su odio; los reyes de Aragon y de Navarra le amenazaban; braveaba el agareno, rompiendo las treguas en la distante frontera del reino de Granada, y el príncipe D. Enrique, en abierta rebeldía contra su padre, llegaba, con las lanzas de D. Juan Pacheco, hasta las puertas de Valladolid: pocos dias antes se habia visto obligado á despedir unas córtés en que se le atacaba sin rebozo, á apresar á algunos diputados del brazo noble y á mandar afilar su espada á Juan Cercena.

El ascendiente que D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal adquiria sobre el rey, le habia llevado á un recurso del cual por vergonzoso no hacia uso, sino en las situaciones extremas, esto es: á distraer al rey con una querida. D. Juan el Segundo era sensual, y lo impuro de su alma habia servido muchas veces para asegurar el poder de D. Alvaro; pero en esta ocasion el Condestable habia caído en sus propias redes, pretendiendo fascinar, habia sido fascinado; queriendo huir de aquella fascinacion por medio de un hechizo, el acaso habia hecho que al buscarle, aquel amor se sublimase con los celos; desesperado y loco, luchando con una de esas pasiones que no se comprenden sino cuando son incurables; adherido ya á la amargura de aquel amor extraño y terrible, puesto que no podia tener esperanza, atendidos sus años y sus canas, no buscó ya el poder que cura, sino el poder que esplica: cediendo á la supersticion de su época, abandonó al hechichero y buscó al astrólogo. Quería apurar de una vez el terror de sus presentimientos é iba á preguntar su porvenir á las estrellas.

### VIII.

#### De lo que aconteció entre Roboam y Gutierre de Villafraña.

FRENTE á la casa de Judit, ó, por mejor decir, frente al palacio de Benavente, habia por aquellos tiempos, apoyada por un costado á los arcos de que hemos hecho mencion, y por la espalda á un antiguo torreón árabe, que no hemos citado, habia, repetimos, una casa de un solo piso y de larga cubierta, que no tenia otra singularidad que la de estar entapizada de un espeso revestimiento de musgo, sobre el cual se elevaba el alto cañon de hierro de una chimenea, del cual salia con frecuencia un humo negro y denso.

Aquella casa no tenia mas abertura al exterior que una pequeña puerta ojiva, por la cual se entraba en un estrecho zaguan; inmediatamente se encontraba una galería ó cenador bajo sostenido por columnas de mármol blanco, y luego se estendia un pequeño y descuidado patio, en cuyo centro murmuraba el cañon corriente de una reducida alberca, ó estanque; junto á él crecian un viejo ciprés y un tilo, y á su fondo se levantaba el rojizo muro de la torre, á que daba entrada una estrecha puerta de herradura. El espacio comprendido entre la galería y la torre, esto es, la longitud del patio, estaba flanqueada por dos lienzos de pared con aleros ennegrecidos y ruinosos, en los cuales se abrian algunas estrechas y profundas ventanas, y al extremo izquierdo del cenador, ó galería, habia una puerta cerrada con una verja de hierro, tras la cual habia un mostrador.

El espacio abierto tras aquella reja era oscuro y ocupado por andenes en que se veían ampollas y vasijas de vidrio, arcilla y plata; del techo pendian haces de yerbas secas, y todo demostraba que aquella era la tienda de un boticario, perfumista y herbolario.

Entrometiéndonos en detalles, diremos que desde el cenador al interior, todas las formas eran árabes: la doble puerta que encerraba el zaguan y el techo de este, se arqueaban en la esbelta y graciosa ojiva de la arquitectura oriental: la ensambladura de la galería,

aunque deteriorada, mostraba el caprichoso, angular y múltiple enlace de la tracería árabe; las columnas eran delgadas, bajas, cilindricas, sin basamento y coronadas por capiteles cuadrados con esculturas de flores y pájaros: el alero de los dos lienzos de pared estaba sostenido por un friso de pino, á lo largo del cual corrían talladas inscripciones del Koram, y, últimamente, la torre rojiza, con un ajimez cerrado por celosías en el centro, abierta acá y allá por estrechas saeteras y coronada por almenas puntiagudas, era esencial y característicamente árabe.

En cuanto al interior ningun vecino de la villa hubiera penetrado en él sino por fuerza y estremecido de terror. Aun para llegar á la reja del despacho de la botica, habia quien tuviese escrúpulo, y si la tienda era frecuentada, debíase á la buena calidad y estado de las drogas, los perfumes y las yerbas. Esta aversion pública consistia en que la tal casa, acaso por amano de su propio dueño, tenia una terrible fama de nigromancia: decíase que dentro se encerraban espíritus malignos, que se oían gemidos y ruido de cadenas, que la torre estaba encantada, razon por la cual no andaban en ella los pájaros, y que el humo que salia por la chimenea, tan negro y compacto, no era otra cosa que el resultado del hervor de los brebajes con que el maldito mago que allí vivia evocaba al diablo.

A no ser porque este mago era altamente útil á los médicos, á las damas y á los señores mas poderosos de la córte, la hoguera habria tenido que ver alguna vez con su persona: pero el judío converso Roboam, era el único para confeccionar bebedizos, curar males del alma y leer el horóscopo. Por otra parte, cumplia religiosamente las prácticas cristianas, pagaba en buena y limpia moneda los tributos, vestia á la castellana, y nada habia que decir acerca de sus costumbres exteriores.

En cuanto á la vida privada nada se sabia de la suya, excepto que vivia solo, que no salia para comer de su casa, y que en ella no entraban provisiones: pero esto no admiraba á nadie: lo primero y mas natural que debe hacer un hechichero de talento, es librarse de las mas groseras necesidades materiales; así pues, se creyó que Roboam vivia sin comer.

Esto, sin embargo, no era exacto: Roboam comia, bebia y dormia, como otro cualquiera, en la casa de Judit, cuya servidumbre, buscada esprofeso y espléndidamente pagada, guardaba sobre la existencia del judío en la casa de su señora el mas profundo secreto. Ademas nunca salia ni entraba por puerta ni postigo, ni se esponia á ser visto por las gentes de afuera, razon que influyó para que le alejase la presencia del médico Cibdareal cuando, por causa de la imprevista desgracia de Rodrigo de Cotta, se encontró con él frente á frente.

Por un acaso, un año antes, cuando Judit compró el palacio de Benavente, Roboam, que de incógnito la acompañaba, y que era dado á escudriñar, encontró en uno de los subterráneos de la casa del noble conde, la señal de una puerta tapiada fuertemente: este era un descubrimiento para el judío que, como todos los de su raza, guardaba en su corazon un profundo fondo de avaricia. Calló, proveyóse de útiles, demolió el muro y encontró una mina. Adelantó por ella y á poco trecho le detuvo otra pared. Prudente Roboam, se abstuvo de hacer con la segunda lo que con la primera: tomó sus medidas, tiró sus líneas, halló que la mina era tres veces mas larga que la anchura de la calle del Conde y que correspondia esactamente á una casa, frontera á la de Judit y que estaba deshabitada.

Roboam tomó informes acerca de aquella casa: averiguó que aquella torre, que descollaba por cima de sus tejados, era un resto de la antigua cerca del Vall-de-Olid, de los árabes, que pertenecía á la corona, y que á causa de ciertos rumores de duende y hechicerias estaba deshabitada.

Roboam se apersonó con el contador mayor del rey, Alonso Perez de Vivero, de una manera enteramente extraña á Judit; hizo proposiciones, que el contador trasmitió al rey, y como D. Juan el Segundo siempre estaba necesitado de dinero, la casa fue vendida al judío por algunos miles de maravedises.

Ocho dias despues apareció el cañon de hierro de la chimenea, exhalando humo; se abrió la puerta de la casa, y Roboam puso papeles en la puerta, anunciando la llegada y establecimiento en ella de un médico astrólogo y judío; hizo algunas curaciones que le dieron fama, y se estableció, en fin, de la manera que hemos indicado.

La tienda solo estaba abierta de sol á sol, y aun así en el verano con la interrupcion de tres horas para la siesta: lo demas del tiempo lo pasaba Roboam en la magnífica habitacion que le habia dado en su casa Judit.

Solo tres personas, á mas del judío, sabian el secreto de la comunicacion subterránea: Judit, Raab-Ebn-Cotam y un jóven paje judío, converso tambien, llamado Gaston. Lo demas de la servidumbre, cuando Roboam no estaba visible, le creia encerrado en su aposento y cuando le encontraban en la calle no sabian explicarse su salida sino por hechicerías, puesto que estaban seguros de que no habia salido ni por la puerta ni por el postigo.

Así las cosas, y mientras se agitaba el motin en la calle del Conde, Roboam se encontraba en una habitacion húmeda, sombría, vestido con un traje extraño y ocupado de alentar con un fuelle el fuego de un hornillo donde hervia en un gran crisol un brebaje verdoso y de olor punzante, del que se exhalaba una llama livida como la luz del relámpago, teniendo aquel espacio de un resplandor fantástico, que hacia mas extraño su aspecto, los útiles que le ocupaban y el traje de Roboam, que consistia en un ropón talar y un gorro negro y puntiagudo.

El aposento era reducido, cuadrado, de bóveda árabe, grieteado por el tiempo y cubierto en los ángulos por negras telas, entre cuyos asquerosos hilos asomaban monstruosas y horribles arañas: junto al hornillo habia una mesa de roble, en ella un reloj de arena y algunos pergaminos, cubiertos de signos raros, unos rojos, otros verdes, otros azules: los mismos que habia visto Judit en el aposento de Roboam; junto á la mesa un sillón de alto respaldo con escabel, y en el suelo, redomas, libros, retortas llenas de licores espesos y gelatinosos y la calavera de un asno, blanca como el marfil y en cuyos albeolos se conservaban todavia los ojos, frescos, brillantes, cristalizados, como vivos: todo aquel conjunto producia un efecto inexplicable, capaz de hacer creer la mentira mas absurda al que entrase en aquel recinto con cierta predisposicion de espíritu.

Roboam acabó de confeccionar su droga, tomó el crisol con unas tenazas, le vertió en una tartera de arcilla, le puso en una palometa de madera clavada en un ángulo del aposento y la prendió fuego con una pajuela. Instantáneamente una luz verde-livida, intensa y fulgurante, inundó aquel espacio de un resplandor que daba miedo.

Roboam parecia un horrible cadáver en que se habia sublimado la palidez de la muerte. Estaba preparado el teatro y solo se esperaba al principal actor para empezar la comedia. Roboam se sentó gravemente en el sillón.

Poco despues sonó el metálico golpe de un timbre.

— ¡Cómo! ¿será él? exclamó Roboam levantándose: no le esperaba tan pronto; y sobre todo debe andar ocupado en el motin que pide su cabeza. ¡Cómo gritan! ¡poder de Dios! no puede ser él.

Y se dirigió á la puerta, atravesó un corredor alumbrado por lámparas y llegó á otra puerta que abrió.

— ¡Cómo! ¿eres tú, Gaston? dijo al ver un paje rubio y gentil.

— Sí, yo soy, Sr. Roboam.

— ¿Ha venido su señoría?

— No, no señor, pero maese Simon, acaba de llamar por el postigo que da á la calle Honda, acompañando de una litera.

— ¡Por Abraham! ¡el pregonero... con una litera!... ¿y qué quiere?

— Quiere ver urgentemente á vuesamercé.

— No le habrás abierto.

— No señor.

— Vamos pues allá.

Roboam bajó unas escaleras, entró en el patio, le atravesó, llegó á la puerta de la torre, recorrió un espacio oscuro, y luego un estrecho callejon, al fin del cual habia un postigo con una reja de hierro.

— ¿Sois vos, maese Simon? dijo Roboam.

— Sí, yo soy, pardiez, y os suplico que me abrais, Sr. Roboam: á fé que ha sido un milagro encontraros... Pero, vamos ¿qué haceis? abridme, que os interesa.

— ¿Traeis algunas yerbas?

— No se trata ahora de yerbas, sino de una carta y una persona que vengo á entregaros de parte de mi hijo Juan Fernandez.

A aquel nombre el judío descorrió los cerrojos de la puerta y abrió; el ex-verdugo pregonero se desenvolvió de su tabardo y sacó de su bolsa unagruosa carta.

— ¿Cuándo os ha dado esto Juan? le preguntó el judío tomándola.

— La ha escrito hace media hora en mi casa. Despues me ha entregado un viejo que dice que es su hermano; yo he ido por una litera al hospital y he traído en ella á mi viejo sobrino, con dos sepultureros... Sé que os gusta el secreto y me he valido de estos bravos mozos, que son callados como tumbas.

El judío no escuchaba á maese Simon: estaba ocupado en leer la carta de Juan de Villafranca á la luz de la lámpara de mano con que le alumbraba el paje. Hé aquí lo que contenia aquella carta:

«Señor Roboam: mi hermano Gutierre de Villafranca, acaba de presentármese despues de veinte años de ausencia y cuando le creía muerto: conoceis nuestra historia y nuestro enemigo: sois como nosotros enemigos suyos, y mi hermano, singularmente, le odia á muerte: por mas que los años, las desdichas y las enfermedades hayan desfigurado á ese noble y desgraciado caballero, un accidente, una desgracia imprevista podrian darle á conocer al Condestable y el resultado seria horrible: os suplico, pues, que le oculteis en vuestra casa. Está enfermo y débil: sed su tiempo su huésped y su médico. El padre de mi difunta Isabel os lo entregará. Puesto que ese hombre sabe quiénes somos, tened prudencia con él y evitad un lance que pudiera comprometernos. Siento obligaros á que con vos sea participe de un secreto, pero me obliga la fatalidad. Guárdeos Dios, señor Roboam.—Vuestro amigo, Juan de Villafranca.»

Roboam plegó de nuevo la carta, la guardó y se volvió á maese Simon.

— Perdonad, le dijo, si os he hecho esperar: esta noche anda el diablo en cantillana: tenemos un motin al otro lado y no es extraño el que yo me imponga ciertas precauciones. Pero vuestro hijo ha dispuesto como puede de mi casa y es otra cosa. Entrad pues.

— ¡No, pardiez! no entraré: Juan partirá esta noche sabe Dios dónde, y tengo que cuidar de su casa.

— ¡Que partirá!

— Sí; parece; que sobran algunos nobles en Castilla.

— ¿Se trata del conde de Benavente?... dijo Roboam palideciendo.

— No sé, no sé... mi hijo ha afilado su espada... y se ha puesto su hermoso vestido rojo que heredó de mí: el vestido de alta justicia, ya sabeis... ¡Hola! ¡eh! ¡honrados gusanos!... ¡nobles sepultureros! adelantad; bien cabe la litera por la puerta.

Los dos sepultureros, horribles y repugnantes caricaturas humanas, cubiertas de andrajos, adelantaron, dejaron la litera en el suelo, dentro de la casa, y se retiraron con respeto y temor: eran menos que hombres.

—Maese Simon abrió la litera.

—Sal, sobrino, sal; dijo: hé aquí el honrado judío de quien te he hablado, que conoce á tu hermano, es su amigo y te trataré como mereces... ¡oh! ¡desgraciada familia! Vamos, Dios es muy cruel á veces.

—Dios siempre es justo, dijo Gutierre saliendo. Perdonad, señor, añadió dirigiéndose á Roboam, si mis desventuras me traen á molestaros.

—Callad D. Gutierre, callad, y venid, le dijo con afecto Roboam. Vuestras desgracias son tales, que bien merecen, no el pequeño servicio que tengo el placer de hacerlos, sino un sacrificio mayor.

—Permitidme, buen paje, dijo Gutierre con nobleza apoyándose en el brazo de Gaston; soy viejo, estoy enfermo y necesito de las fuerzas de vuestros pocos años.

—¿Conque nada tengo que hacer aquí? dijo el pageno.

—Ved si se os ofrece algo, maese Simon.

—¡Ah! ¡si! ¡diablo! el dinero que me dió mi hijo para comprar ciertas ropas, se me ha acabado.... cuando se quiere comprar bueno y á la hora, es necesario dar lo que piden ¿eh?... por lo tanto serán necesarios algunos maravedises que dar de limosna por su litera al hospital, y otros pocos para que estos bravos muchachos.... honradas pollizas... beban á vuestra salud por su trabajo. ¿No os parece bien? ¿eh?

—Es muy justo, maese; tomad, dijo el judío dándole un castellano de plata.

—Dios os lo pague, señor, dijeron á coro los dos sepultureros.

—Eso es por la litera: en cuanto á vosotros, tomad, y comed y bebed á nuestra salud.

Y les dió un castellano de oro.

—Bendito sea quien tanto bien hace.

—Dios os lo pague.

—Dios os lo premie.

—¡Eh! ¿acabareis? ¡vámonos! exclamó maese Simon; cargad con la litera: ya es tarde y el motin aprieta: ¡diablo! ¡trompas de guerra! pues no, la noche no está para andarse de rondas, con que Sr. Roboam hasta mas ver. Agradecido por mi hijo: que os guarde Dios.

—Id con él, maese.

Sacaron los sepultureros la litera, cerró Roboam, y Gutierre, apoyado en Gaston, le siguió hasta un aposento situado en un piso alto.

Antes de llegar á él oyó una voz sonora que entonaba con acento terrible un canto de guerra del desierto.

—¡Por la Santa Alianza! exclamó Roboam, ¡mi sobrino Raab! ¿qué querrá aquí?

—¿Vuestro sobrino decís? exclamó Gutierre que hasta entonces habia contemplado atentamente y con un gran interes á Roboam.

—Sí, pardiez! dijo el judío á quien habia sorprendido el acento solemne de Gutierre.

—¿Hijo de una hermana vuestra?

—¡Cahalmente.

—¿Acaso de Miriam Al-Jamrah? (1)

Al escuchar aquel nombre Roboam arrancó la lám para de las manos de Gaston, y alumbró con ella el semblante de Gutierre, que sostuvo de una manera imperturbable su mirada.

A medida que Roboam analizaba las formas de su semblante y evocaba sus recuerdos, una palidez intensa acrecia progresivamente en su rostro. Al fin, asió el brazo de Gutierre y dijo al paje.

—Vete, Gaston, vete, y avisame cuando venga su señoría.

El paje se alejó.

—¿Eres tú! ¡Jetzaahm eslamó.

—Yo soy, contestó Gutierre.

—¿Sois vos D. Gutierre de Villafranca tambien!

—Yo soy, contestó aun el judío.

—Pero ¡señor! ¡señor! esto es horroroso.... es decir que el crimen persigue á vuestra familia por todas partes.

—Esto es, Roboam, que Dios castiga los crímenes de los padres en los hijos hasta la cuarta generacion.

—Espera, espera, Jetzaahm, Gutierre, quien quiera que seas: entra aquí; necesito saber lo que busca Raab; quedarme solo contigo.

Y abrió una puerta cercana, hizo pasar por ella á Gutierre, dejó la lámpara en el suelo, salió y entró en la habitacion donde sonaba todavia la voz de Raab.

—¿Qué buscas aquí? le dijo con acento áspero.

—¿Qué busco? ¿y me lo preguntas? ¿ignoras lo que está sucediendo ahora mismo?... una turba iritada asalta la casa de Judit.... dentro están nazarenos en quienes no tengo confianza.... su vida peligr.... ¿qué diremos al señor, que nos ha enviado para guardar á la hermosa de sus ojos, si un puñal cobarde la sepulta en la eterna sombra?

—En hora menguada, los tuyos, Raab, se abrieron á la luz; noche de tiniebla impura fue aquella en que te concibió, por el crimen, mi hermana Miriam; tú meditas algo infame, lo estoy leyendo en tu semblante.

—Y tú, mi buen tío, no creo que tengas en el espíritu rectos pensamientos: tienes puesto el gorro de los embusteros.

—¡Raab!

—¡Roboam!

—Te atreves á decir amores á la amada de tu señor.

—Y tú la vendes á los nazarenos.

—¡Yo!

—¿Crees que no escucho eternamente: yo me deslizo como la culebra y mi oído atento lo sorprende todo: estás esperando al Condestable.

—Bien ¿y qué?

—El Condestable ama á Judit!

—¿Qué la ama! ¿sabes tú que la ama?

—Le he visto palidecer y temblar delante de ella.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¡Raab, Raab; tú no sabes lo que dices!

—Es cierto: tú no comprendes que un hombre que vende una mujer á su rey, sea tan miserable que la ame.

—Es que eso seria mas de lo que yo me atrevia á esperar.

—Pues oye, Roboam: he venido solo á eso.

—¿Te envia Judit?

—Me envian mis celos.

—¡Tus celos!

—¡Escucha! el Condestable á quien esperas vendrá.... vendrá á pedirte su horóscopo: nada me importa lo que le mientas con tal que le apartes de Judit. ¿Me entiendes bien? es necesario que ese hombre mate su amor por el terror, es necesario que huya de ella.... lo quiero yo.

Roboam hizo un movimiento de desprecio:

—Me crees débil, y te burlas de mí: pues escucha: lo que yo no haria provocado por todos los insultos, lo haré por mis celos... Judit podrá ser la manceba del rey, la prostituta del Condestable.... pero guárdate entonces de mí.... guárdate... ¡por el Dios altísimo y único, que si tal sucediese habia de esprimir entre mis manos, despues de arrancártelo, tu corazón!

—Te alienta la cobarde traicion de tu padre, y la sed de sangre de tu madre.... eres el cachorro del tigre convertido en gato... pero guárdate Raab: acas

(1) La roja en árabe.

la cólera de Dios está suspendida sobre tu cabeza.

—¡Amado y noble tío! dijo con sarcasmo Raab: te he avisado: aun estás á tiempo... ¡Acuérdate!

Después de esto el árabe se envolvió en su capa, salió dando un violento portazo, avanzó rápidamente por la galería; bajó unas escaleras profundas, avanzó en un subterráneo á oscuras, sonó una llave en una puerta, atravesó un largo espacio, abrió otra puerta y bajó por otras escaleras: poco después atravesaba los salones del palacio del conde de Benavente, y al fin entró en el aposento contiguo al de Roboam y se puso á escuchar: un cuarto de hora después, entró, tomó una lámpara de sobre la mesa, penetró en la alcoba y miró profundamente á Rodrigo de Cotta que dormía.

—La traición ha puesto, para levantarse los pies sobre tu sangre, pobre mozo, dijo; la pantera me ofrece amor porque ayude su venganza.... ellos son muchos y fuertes.... tú enamorado y loco.... yo solo y cobarde.... pero la serpiente se arrastra entre el césped y adelanta sin ruido.... yo vengaré tu sangre y mi amor.... yo seré un día el dedo terrible de la justicia de Dios.

Después de esto Raab salió como había entrado y se perdió tras las colgaduras de una puerta.

## X.

De cómo eran parientes Gutierre y el judío.

ROBOAM se trasladó inmediatamente después de la salida de Raab, al lugar donde había dejado á Gutierre de Villafranca y se fué con él al mismo aposento donde había encontrado al árabe.

El aspecto de Gutierre se había transformado, á causa de su traje, que aunque semejante al de los hombres del pueblo, era incomparablemente menos repugnante que su hidalguía de judío. Había nobleza en aquel pobre anciano; sus miradas, aunque amortiguadas conservaban aun un vislumbre de su altivo orgullo de raza, y notábase á pesar, de los años y de los dolores, que debía haber sido gentil y gallardo en su juventud.

—Tú eras el esposo de Miriam! Al-Jamrah? dijo el hebreo mirando fijamente á Gutierre.

—Yo era.

—Tú cristiano, rico-hombre.....!

—Y fugitivo de Castilla por temor á un infame privado.

—¿Y renegaste de tu ley?

—Como has renegado tú.

—Yo no; yo miento para poder servir de amparo entre los cristianos á una mujer á quien amo, dijo Roboam.

—Yo menté para poder unirme á una mujer á quien amaba: á tu hermana Al-Jamrah.

—Pero Jetzaamh, el primer marido de mi hermana, murió.

—Jetzaamh, ó por mejor decir Gutierre de Villafranca, quiso mejor pasar por muerto que sucumbir á la deshonra: mira.

Gutierre se abrió el justillo y mostró á Roboam una ancha herida en su pecho.

—¡Oh! sí, tú eres, exclamó Roboam: yo deploré tu muerte, hermano, y la lloré: recuerdo perfectamente esa herida, y luego está impreso en ella el puñal de tres filos del joyero Databh. ¿Pero cómo fue, que escapaste de la muerte?

—¡Ah! es una historia larga y triste, hermano: una historia que relatada ahora me fatigaría, y sobre todo, es primero para mí otro asunto. Mi hermano me ha hablado de una judía conversa que vive frente á tu casa, en el palacio de Benavente.

—¿Doña Judit de Soto mayor?

—La misma.

—¿Conoces á esa dama?

—Por mí está en Castilla.

—¿Fuiste tú.....?

—Yo fui el astrólogo que la inspiré un odio mortal á D. Alvaro de Luna.

—¿Que asesinó á su madre.

—Esa es otra triste historia.

—Esa dama es la mujer á quien amo como á una hija, la mujer á quien por orden de Mahomet Ebn Otsman vine acompañando de Granada; la mujer por quien he abjurado finjidamente de mi religión, y por quien paso en Valladolid por astrólogo.

—¿Es decir que tú puedes llegar cuando quieras á Judit?

—Esta casa se comunica con el palacio por una mina.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡gracias! ¡tú quieres que se castigue al miserable, al traidor, al asesino, cuando de una manera tan incomprensible permites que llegue á manos de la más débil de tus víctimas el arma de venganza! ¡oh! esta arma en manos del Abad del Abrojo, talvez hubiera sido vendida!..... perdóname, hermano, si pronuncio palabras que no tienen para tí sentido; ¡pero cuando se han agotado las lágrimas, cuando no nos queda más que hiel en el corazón, es para volverse loco saber que podemos dar á nuestro enemigo un golpe seguro!

—¿Qué tienes un arma contra D. Alvaro?

—Irresistible.

—¿Y la ibas á poner en manos de D. Sancho de Benavides, de ese bastardo legitimado por un caballero sin fé y una ramera sin pudor? ¿ese miserable que ha subido á fuerza de crímenes y bajezas al lugar que ocupa y que te hubiera hecho traición, trocando tus medios de desagravio con el Condestable por una mitra de obispo?

—¿Y qué había de hacer? vengo de Africa: he agotado mis escasos ahorros en el camino, hasta el punto de llegar moribundo á Valladolid: yo no sabía si mi hermano vivía ó era muerto; en veinte años de separación no he podido saber de él.

—Tu hermano fue ahorcado, Gutierre, por orden del Condestable.

—¡Misericordia de Dios!

—Afortunadamente la hija del verdugo, que le había visto en la prisión, se había enamorado de él: lloró, suplico á su padre, y tanto hizo, que maese Simon, diestro en su oficio, tuvo buen cuidado de hacer la ejecución á medias: aquella misma noche Isabel hizo lo demas.

—Pero yo lo ignoraba: mi tesoro, porque mis armas contra el Condestable son un tesoro, está enterrado en un molino en la jurisdicción de la abadía del Abrojo.

—¿En el molino de la Cruz maldita!

—Sí, ¿le conoces?

—Jamás me he acercado á él: se cuenta una historia terrible.....

—Esa es mi historia; historia que yo antes de huir esparcí, con la esperanza de que su terror defendería mi tesoro, que no me atreví á llevar conmigo por temor de perderlo, ni á enterrarlo fuera: podría descubrirle el arado, el azadon de un labriego: como te dije, ese molino estaba en la jurisdicción del señorío de un abad de quien supe en mi tránsito por España que había sido desterrado y tiranizado por el Condestable, y este hombre, me dije, le aborrecerá; es poderoso y podrá sacar fruto de los medios que pondré en sus manos: yo soy demasiado débil y pobre para ser creído..... partamos nuestro odio con el odio del abad..... pero Dios lo ha hecho de otro modo... Doña Judit es una de las primeras damas de la corte, puede llegar hasta el rey, y á sus manos y no á otras irá á parar mi tesoro.

—Pero ese tesoro.....

—¡Oh! temo revelar..... es mi esperanza... solo á Judit..... quiero verla..... esta misma noche.

— ¡Verla esta noche!  
 — ¿No dices que esta casa comunica con la suya por una mina?  
 — Sí.  
 — Pues bien, avisala y ven con ella.  
 — No puedo apartarme de aquí..... espero de un momento á otro al Condestable.

— ¡Al Condestable!  
 — Para decirle su horóscopo..... pero si yo no puedo ir, ella vendrá.

Roboam fué á una mesa, se sentó en ella y escribió la carta que hemos dicho recibió Judit en su casa.

Cuando Roboam acabó de escribir, Gutierre le dictó la carta que había recibido su hermano Juan, y por la que había abandonado su casa.

Gaston se encargó de llevar á su destino las dos cartas, y apenas había salido el paje, cuando sonó en las profundidades de la casa el golpe de una campana.

— Debe ser él..... el Condestable, dijo Roboam. Te dejo aquí Gutierre. Cuando venga Judit, hazla esperar. Adios.

Roboam salió cerrando la puerta; pero dejando abierta otra al extremo opuesto.

Gutierre se sentó en el sillón delante de la mesa y apoyó, abatido y meditabundo, los codos en ella y la cabeza entre sus manos.

## XX.

## El horóscopo del Condestable.

Poco despues D. Alvaro de Luna en pie y cubierto se apoyaba en una mesa, tras la cual, sentado en su alto sillón, en la húmeda y triste estancia nigromántica que describimos en otro lugar, estaba Roboam gravemente cubierto con su gorro puntiagudo, envuelto en su hopalanda y señalando al Condestable las cifras de sus pergaminos.

— ¿Son esos signos estraños las letras de mi horóscopo, dijo D. Alvaro?

— Sí, poderoso señor: os pedí ocho dias, han pasado y la ciencia ha respondido.

— ¿Favorablemente?

Movió con gravedad y en sentido negativo la cabeza Roboam.

— ¡Como! ¿mi estrella mengua?

— Los astros que presiden á la amistad os son fatales, señor; esta serpiente que se enroscó traidoramente en derredor del pie del leon dormido, significa que el rey recela de vuestra señoría y os tiende asechanzas.

— ¿Esa serpiente representa á la nobleza?

— Lo habeis adivinado, señor.

— Y el leon ¿á quien representa el leon?

— Al rey.

— Creo que te engañas hechicero: el rey no puede ser representado sino por un torpe topo.

— Sin embargo, señor, los astros solo hablan por signos: el leon representa la fuerza, y los reyes siempre son fuertes.

— ¿Crees tú que el rey D. Juan?....

— El rey es un leon que duerme, pero que despertará á la mordedura de la serpiente.

— Esa serpiente puede partirse en pedazos por el hacha del verdugo.

— Y en cada pedazo, señor, se reproducirá otra nueva serpiente mas irritada, mas venenosa que la primera.

— ¡Es decir, que me veré sentenciado á teñirme de sangre contra mi voluntad desde los pies á la cabeza! ¿qué quieren esos nobles? ¿dominarlo todo! ¿robarlo todo! ¿vivir eternamente despedazando al reino! ¿obstinarse en levantar la cabeza sobre quien es mas poderoso, mas noble, mas leal que ellos! ¿Sin mi, qué seria de Castilla! ¡yo he combatido á la rebeldía

dentro, y á la conquista fuera! ¡he puesto sobre mi cabeza la corona de ese rey débil y menguado que solo piensa en la gula y en la lujuria, y que cuando menos miserable se muestra, es cuando escucha los divinos versos de ese hombre á quien anima un alma de poeta; de ese noble y generoso Juan de Mena! ¡no! ¡no! ¡yo soy el verdadero rey de Castilla! ¡yo, á quien llaman con desprecio el hijo de la *Cañeta*, he sabido levantarme noble y grande sobre mi bastardo origen! ¡yo soy el señor y ellos los esclavos! ¡que se rebelen, vive Dios, que luchen! ¿seria esta la primera vez que, aprovechándose de un momento en que me ha sido preciso reposar de tanta fatiga, han vuelto en contra mia ese débil rey, que nunca ha podido vivir sin mí, y que me ha llamado, para escojer las cabezas de mis enemigos! ¡No! ¡ó te engañas ó los astros mienten, astrólogo! Si no tienes mas que decirme.....

— Armas de valor para escucharme, Condestable de Castilla, dijo Roboam interrumpiéndole con ademán solemne y dando á su voz una entonacion fatídica.

— ¡Qué! ¿tienes que predecirme algo mas terrible que la pérdida de mi poder?

— ¡Debiérais á vuestro destino una suerte semejante á la de D. Ruy Lopez Dávalos, el pasado condestable de Castilla!

A su pesar sintió D. Alvaro un remordimiento oscuro al sonido de aquel nombre.

— Ruy Lopez Dávalos luchó conmigo, como yo luchó contra la nobleza, y murió en un destierro.

— ¡Acordaos, poderoso Condestable!

— ¿Eres mi acusador, judío, ó un sábio á quien yo pido luz?

— ¡Acordaos! repitió el inflexible Roboam. El buen condestable Dávalos dijo en una ocasion á uno de vuestros criados: «Decid á vuestro señor que como es, hemos sido, que como somos, será.»

— Pero Ruy Lopez me aborrecia.

— Os debía su desgracia.

— Su pronóstico era una de esas palabras vanas que producen el odio.

— Sí, en verdad, fueron vanas sus palabras, porque sus ojos mortales no vieron mas allá que la confiscacion y el destierro.

— ¡La confiscacion! ¡el destierro!

— Y la muerte.

— Para saber que he de morir no necesitaba de tí, astrólogo.

— Pero sí para saber de qué muerte.

El Condestable, astuto por indole, receloso por experiencia, prudente por hábito, fijó una mirada profunda en la mirada de Roboam, pretendiendo llegar por ella hasta el fondo de su alma: pero aquella alma estaba preparada, replegada, escondida, por decirlo así, tras un frio y oscuro velo, y nada halló D. Alvaro en aquel semblante grave y meditabundo, mas que la inspiracion del sábio.

El Condestable perdió su serenidad, palideció, se alteró, porque estaba predispuesto por fuertes emociones, y era, como hemos dicho, supersticioso. Tuvo miedo por la primera vez y aquel terror fue horrible; dudó de su fuerza, dudó de su fortuna, creyó verla volviéndole la espalda y lanzándole una carcajada de escarnio.

— Y... ¿de qué muerte he de morir? dijo dominando á duras penas lo trémulo de su voz.

— Las estrellas dicen que vuestra señoría morirá en cadalso.

— ¡En cadalso!.. mas claro, judío, mas claro, ¿en qué cadalso?.. hay un pueblo en mis señorios que tiene ese nombre.

— Y un lugar que se eleva en las plazas públicas; un terrible lugar donde se sube vivo y se baja muerto.

— Y bien, esa duda...

— Si las estrellas no hablasen un lenguaje misterioso, un astrólogo sería un Dios, podría preguntarle el misterio de la vida y de la muerte, ser eterno, conocerlo todo, dominarlo todo.

— En fin, ¿no me puedes revelar más?

— Sí: en vuestro horóscopo hay un lado favorable.

— ¡Oh!

— Ocupado por el amor.

— ¡El amor!...

— Sí, el amor de una mujer de Oriente, ó al menos de raza oriental.

— El nombre de esa mujer.

— Los astros, señor, no tienen nombres para los seres.



Las estrellas dicen que vuestra señoría morirá en cadalso.

— ¿Otro misterio?

— Pero vos debéis conocerla, porque examinando vuestro horóscopo he comprendido que la amais.

— ¿Y ella me ama?

— Sí.

— ¿Y será mía?

— Si lo es os habreis salvado. Pero ante ese amor hay una nube oscura.

— ¿Cuál?

— Os vereis obligado á partir su posesion con otro.

— ¿Y quién es ese otro?

— Un rey.

— ¿Pero qué rey?

— Del mismo modo que envuelve un misterio el nombre de esa mujer, se presenta velado y misterioso el nombre del rey de quien ha de ser manceba.

— ¿Y para que yo me salve será preciso que entregue á otro esa fatal mujer que ha rejuvenecido mi corazón, volviéndole á las pasiones de mis mocedades?

— Necesario de todo punto.

— Pero esto es horrible: ¿perecer ó degradarse!

— Tal es vuestro destino.

— Pues bien, judío, combatiré con él: no revuelvas mas mi espíritu, y evoca de nuevo á los astros; fuérzalos: procura encontrar otro medio mas noble, aunque sea necesario que yo solo embista con todos los reyes y todos los señores del mundo: se pueden sufrir el infortunio, los celos... ¡pero la degradacion! un hombre como yo antes que degradarse muere!

— Pues morireis si se os hace imposible el precio de vuestra vida, y morireis de una manera terrible.

— ¡Toma! ¡toma! si necesitas un tesoro pídemelo, y no me martirices: y escucha, que nadie sepa que yo he tenido la flaqueza de bajar hasta tí... nadie, ¿lo entiendes?

— ¡Ah! señor; mi secreto será profundo, como serán inmensos mis esfuerzos por encontraros un medio seguro de salvacion.

El Condestable dejó sobre la mesa un bolsón lleno

de oro, y se dirigió á la puerta; Roboam salió con él, y le acompañó hasta el postigo, volvió despues apresuradamente, abrió la puerta del aposento donde habia dejado á Gutierre de Villafranca y encontró con él otras tres personas.

Eran Judit, D. Pedro Giron y el bachiller Cibdareal.

— ¡Ah! ya decía yo, exclamó el médico: érais vos; vos que pasais á un tiempo por mayordomo, médico, perfumista y hechicero. Sois un camaleon, mi buen señor.

— Pero para hombres como vos, solo tengo un color: el de mi amistad, que os ruego no desdeneis, como médico, y sobre todo como enemigo de...

— Y bien ¿ha venido? dijo Judit.

— Sí.

— ¿Y has conseguido aterrarle?

— El Condestable ha salido de mi casa delirante, loco, ciego... yo le he preparado, mátele tú.

— Y para matarle, id señora, id adonde os he dicho, exclamó Gutierre, allí encontrareis á mi hermano... ya sabeis lo que habeis de hacer.

— Vendreis conmigo, señores ¿no es verdad?

— Sí, noble señora, iremos... creo que el Sr. Cibdareal...

— Iré, Señora, iré.

— ¿Cuánto hay de aquí á ese molino? preguntó Judit á Gutierre.

— Dos leguas, señora.

— Pues bien, Roboam; haz que enjaecen mi caballo; que traigan dos para mis amigos, y que cabalguen armados todos mis escuderos.

Roboam salió: media hora despues un pequeño escuadron, á cuyo frente iba Judit, entre el maestre y el bachiller, salia al galope de la villa por la puerta de Madrid.

## XXI.

De lo que hizo Pero Valiente, aconsejado por el miedo.

CUANDO el Condestable se encaminó á su casa Valladolid estaba tranquilo; nada sabia del alboroto porque habia pasado con la rapidez de una tormenta de verano, valiendonos de la espresion de Cibdareal, mientras él estaba allá, entretenido en la casa del verdugo.

Pero cuando llegó á su palacio de la calle Tenebrosa, que era alta, estrecha, tétrica y oscura en armonia con su nombre, maravillóle el encontrar cerrado su zaguan, cosa que jamas se hacia ni aun en las altas horas de la noche. D. Alvaro de Luna vivia con una ostentacion y una magnificencia, mas que régias: la corte estaba donde él se encontraba, dabanle guarda, escuderos ostentosamente armados, y en su casa, como hemos dicho, siempre abierta, nunca era de noche; costosas lámparas alumbraban retretes, cámaras y galerias, y una dorada y jóven servidumbre pululaba siempre, hablando de amor y de intrigas, en los ámbitos de su palacio.

Detúvose, pues, un momento ante aquel aspecto inusitado, y luego temeroso de una traicion y predispuerto por el sombrío horóscopo que le habia hecho conocer Roboam, destacó á uno de los dos escuderos que le acompañaban, como explorador de aquella singularidad.

Poco despues, volvió el escudero, acompañado de un hombre que por lo erugiente de su paso parecia venir armado de todas armas.

— ¡Oh! ¡gracias á Dios, exclamó, que vemos á vuestra señoría!

— ¿Qué es esto, Gonzalo? ¿á qué tan tapiada mi casa y tan armados mis gentiles hombres?

— ¡Qué, señor! ¿nada sabe vuestra señoría?

— Habia oido hablar de un motin... pero lo habia olvidado: y luego ¡está tan tranquila la villa!...

— Por fortuna, el Sr. Juan de Mena ha deshecho el motin.

— ¿Y qué gente era esa que se ha desbandado á la palabra de un poeta?

— Estudiantes, señor.

— ¡Ah! ¡algun alboroto de universidad!

— Pero al arrimo de ese alboroto han llegado hasta las puertas de la villa las lanzas de D. Juan Pacheco.

— El marques de Villena! ¡siempre el marques de Villena! ¡ira de Dios! ¡esto no puede continuar así! ¡dicen que ha penetrado esta noche en Valladolid, esa misteriosa hermandad cuya madriguera no hemos podido encontrar aun... ¡los del Cristo de las Tinieblas!

— Sí, sí, señor, y han muerto ó herido al buen Rodrigo de Cotta.

— Lo sé, lo sé, mi leal Chacon: ¿está en la casa mi hijo D. Juan?

— Sí, señor.

— Pues escucha, Gonzalo: corre á la posada de mis hombres de armas, ¿cuántos tenemos en la villa?

— Cuatrocientos, señor.

— ¿Con ginetes y peones?

— Sí señor.

— Pues bien, que se armen: y escucha; al momento, exploradores sobre el campo: estoy cansado ya de luchar contra un imposible, contra el logro de dominar esa nobleza... y es necesario acabar, acabar de una vez. ¿Y el rey?

— El rey ha enviado al motin á su guarda mayor, resguardando á Juan de Mena y á Jorje Manrique.

— Bien: sube á mi aposento, y trézame el arnes de Vizcaya, Gonzalo. Espera ¿han traído mis escuderos un hombre?

— Sí señor.

— ¿Dónde está?

— Según las órdenes que trajeron de vuestra señoría le he hecho encerrar en la cueva.

— ¡Un hombre con una antorcha!

El Condestable pronunció estas palabras en voz alta é impetuosa en medio del zaguan. Instantáneamente un hombre de armas se presentó con una antorcha en la mano.

— ¡Mi alcaide! añadió D. Alvaro.

Poco despues se presentó un hombre como de unos cincuenta años, armado de los pies á la cabeza, y con un haz de llaves pendiente del talabarte.

— Guía á las cuevas, Ruy Diaz.

Ruy Diaz de Cuellar, antiguo criado del Condestable, á quien este habia elevado desde la condicion humilde de mecánico, como se llamaba entonces á los artesanos, hasta la órden de caballería; á quien habia donado villas, y nombrado alcaide de su casa, se detuvo un momento delante de él con una cuidadosa familiaridad, que sin embargo no escluia el respeto.

— ¿Vuestra señoría, está enfermo? le preguntó.

— ¿Te parece que mi semblante, Ruy Diaz?...

— Vuestro semblante, está como nunca, señor; me causa miedo...

— Guía, guía, mi buen amigo... tu afecto te hace ver lo que no existe... estoy como siempre... mejor... nunca me he sentido con mas fuerza ni con mas vida... me creo jóven... como cuando fuimos á nuestra primera entrada contra los moros... guía.

Ruy Diaz, tiró el patio adelante, hasta un ángulo, y abrió en él una puerta maciza tras la cual se veia una pendiente rampa.

— Cierra y espera aquí, dijo el Condestable, tomando la antorcha al soldado y entrando.

La puerta se cerró.

El Condestable, bajó cuatro tramos de rampa; bajo una bóveda estrecha y entró en un enorme espacio cuadrado, en que habia muchas puertas, y se respiraba un ambiente húmedo, denso, caliginoso, que aislaba en sí misma la luz de la antorcha, que no alcanzaba á detallar á alguna distancia los objetos.

En el fondo del subterráneo, sentado sobre una piedra y sujeto á ella por una cadena y un grillete,

se veía un hombre. El Condestable se acercó á él y alumbró su semblante: era Pero Valiente que se puso en pie de un salto al reconocer al Condestable.

—Esperaba á vuestra señoría, dijo con su audacia acostumbrada.

El Condestable no contestó: limitóse á fijar una mirada intensa en el semblante del bandido, y pareció comprender en aquella ojeada su carácter.

—¿Sabes por qué has sido preso? le preguntó.

—Sé que he sido preso, por vuestra señoría, alto y poderoso señor; á mas de saber eso, pienso que el haberme traído aquí, y no á la cárcel de la villa, significa que vuestra señoría me necesita para algo y por eso le esperaba.

—¿Piensas que te necesito?

—Ciertamente: las palabras que vuestra señoría me ha oído en casa de Juan Cercena deben escitar vuestra atención; porque han sido palabras graves, de las que no me pesa: no, no, señor.

—¿No te pesa...? pues yo creía que tendrías algún miedo á un dogal.

—Espero que vuestra señoría me encuentre tan útil, que, en vez de ahorcarme, con lo que, sea dicho en verdad, se haría justicia, me protegerá.

—¿A qué habías ido á casa de Juan Cercena?

—A cumplir una orden del marques de Villena.

—Lo que quiere decir...

—Que el príncipe D. Enrique y D. Juan Pacheco están á las puertas de Valladolid.

—¿Con mucha gente?

—Con dos mil hombres de armas.

—¿Con sus rocines y peones?

—Y á mas con sus tiros de artillería.

Quedóse un momento pensativo el Condestable.

—¿Y viene con el marques de Villena el príncipe D. Enrique?

—Sí señor.

—¿Se contaba con alboroto á Valladolid?

—Y se ha alborotado; y á no ser por acasos desgraciados, quiero decir: afortunados, las lanzas de D. Juan Pacheco estarían á estas horas dentro de la villa. Los hermanos del Cristo de las Tinieblas, cumplen leal y bravamente lo que se les manda. Se les pidió un motín, y hubo un motín.

—¿Los hermanos del Cristo de las Tinieblas! ¿Sabes quién es esa gente?

—Como que soy el hermano mayor del brazo popular de la cofradía.

—¿Oh! ¡oh! ¡el brazo popular!... ¡se remeda á las córtés!

—Por el contrario, D. Juan Pacheco y el príncipe Don Enrique dicen que son las verdaderas córtés de Castilla.

—Córtés sediciosos y miserables, que se guareren tras un vergonzoso misterio; que alientan la rebeldía de un príncipe traidor contra su padre, de un noble, infame de origen, bastardo que, no bastándole las riquezas que le ha dado la generosidad real, lo quiere todo para sí: el poder, el oro, el mando.... y dime ¿quién compone el brazo noble de esas... córtés?

—Todos los ricos—hombres, hidalgos y mesnaderos que no sirven en la casa del rey ni en la de vuestra señoría.

—Serán el conde de Benavente, el hermano del almirante, los Quiñones, el conde de Alba...

—Vuestra señoría quiere sin duda, satisfacerse de que degollando á esos caballeros, obra con sobrada justicia porque por traidores...

—¿Cómo! ¿sabes tú, que van á morir esos nobles?

—El verdugo Juan Cercena es, como yo, hermano del Cristo de las Tinieblas.

—¿El verdugo hermano de esa cofradía! es decir: diputado de las córtés invisibles de la Castilla traidora!

—La Castilla traidora, como dice muy bien vuestra señoría, tiene su rey, su ejército, su justicia y su verdugo.

—Sigue, sigue.

—Su rey es D. Juan Pacheco, su justicia mayor el doctor Juan de Velazquez, su ejército, todas las lanzas y las espadas de esos nobles, que siempre tienen levantados sus castillos contra el rey, y su verdugo, un hombre cuya vida no se sabe, que aborrece de muerte á vuestra señoría y piensa en él, siempre que afila su espada de justicia.

—¿Un hombre cuya vida no se sabe! pensó el maestro; ¡un hombre que, según su dicho, fue salvado por la hija del antiguo verdugo, el mismo día que fue ahorcado uno de mis mas terribles enemigos...! Oh! ¡vive Dios! yo apenas le conocía: han pasado veinte años... ¡pero Dios mio! ¡aquella cicatriz en la frente!...

El Condestable tembló, se ofuscó su vista y palideció de una manera mortal. Pero Valiente fue demasiado astuto para no darse por advertido de aquella conmoción.

—Y dime: ¿de qué depósito hablabas al verdugo?

—Ah señor! del depósito de un judío á quien encontré esta mañana en el camino de Tordesillas á Valladolid, y que ha dado noticia al abad del Abrojo de un tesoro enterrado en la jurisdicción de la abadía.

—¿En la jurisdicción de la abadía! ¿sabes en dónde?

—En el molino de la Cruz maldita.

Volvió á conmoverse profundamente el Condestable.

—¿Y el abad se ha apoderado de ese tesoro?

—No, partíez, poderoso señor; yo fui un imbécil: por las circunstancias que me hicieron conocer la existencia de ese tesoro, creí que era un nombre convenido, ó alguna cosa importante á D. Juan Pacheco: porque el judío se mostraba muy enemigo de vuestra señoría. Como yo servía á D. Juan...

—Fuiste tan honrado, que revelaste al marques de Villena...

—Suplico á vuestra señoría que recuerde que yo habia creído era mentira lo del tesoro... se miente tanto en los reales de D. Enrique, y se anda con tantos misterios y tantas pruebas, que temi se me tendiese un lazo.

—En fin, el abad del Abrojo...

—Acudió á la cita del judío, y fue preso por mí. A estas horas está en poder de D. Juan Pacheco.

—¿Y sabe el abad dónde se encuentra el tesoro?

—Debe saberlo, porque yo le encontré junto al molino hablando con el judío.

—¿A quien prendiste por tu parte!

—Me fue preciso creer en lo del tesoro cuando vi que poseía mucho dinero; entonces dije para mí: necio seré si no me aprovecho de esta ocasión de salir de trabajos; porque, en fin, señor, como conoce muy bien vuestra señoría, la pobreza es un mal consejero... y obliga á cosas, que... indudablemente á no ser yo pobre, jamas hubiera servido al príncipe contra su padre.

—Bien, en tí consiste el ser mucho, ó el morir en la horca: ¿dices que eres el primero de las gentes de armas del Cristo de las Tinieblas?

—Sí señor.

—¿Les conoces á todos y me podrás decir sus nombres?

—Sí señor.

—¿Sabrás los lugares en que esas estrañas córtés secretas se reúnen?

—Sí señor.

—¿Y donde podrán mis lanzas encontrar esta noche á las lanzas de D. Juan Pacheco?

—Sí señor. En el bosque del Abrojo... y aun puedo decir mas, algo mas importante á vuestra señoría. El príncipe D. Enrique con el marques de Villena, deben marchar esta misma noche sobre Toledo, donde les serán entregados los alcázares por el repostero mayor de su alteza, Pero Sarmiento, y por el bachiller Marcos García.

— ¡Sobre Toledo!... repitió pensativo el Condestable.

— A mas el conde de Benavente, el de Alba, el hermano del almirante y Pedro y Suero de Quiñones, en vez de ser ejecutados, serán sacados esta misma noche de las fortalezas de Roa y Portillo.

— Si es verdad cuanto me has dicho, exclamó el Condestable, juro darte los estados del primer noble que degüello; aunque sea el mismo hermano del almirante. Entre tanto permanecerás aquí: piensa, pues, cómo obras, porque en ello te va la cabeza.

Y sin decir más volvió la espalda á Pero Valiente, atravesó rápidamente el subterráneo, subió la rampa y llamó á la puerta: abrióle Ruy Diaz, y tornó á cerrar; el gran patio de la casa estaba lleno de hombres armados y obstruidas las calles circunvecinas por escuadrones de hombres de armas.

Media hora despues el Condestable armado de punta en blanco, llevando delante de sí el pendon real y á su derecha á su hijo D. Juan, salia con un pequeño ejército de Valladolid: poco antes Ruy Diaz y Gonzalo Chacon, acompañados cada uno de cien ginetes, habian partido á toda rienda para las fortalezas de Roa y Portillo, pero hacia ya mas de media hora, que con dirección á los mismos puntos, llevando cada uno un ordenamiento de libertad, y con órden de reventar caballos, habian salido por la puerta de Madrid, los reyes de armas Avanguardia y Leon, cada cual con cuatro farantes, un trompetero y diez ginetes.

Un accidente cualquiera podia librar ó matar á los cinco nobles prisioneros de Roa y Portillo.

## XXII.

### Barba-larga, el bandido.

PASEÁBASE el príncipe D. Enrique en el mismo salon arruinado donde le presentamos anteriormente embozado en su manto, y acompañado por el escribano maese Dimas Algarra y el bachiller Marquillos, que conservaban por prudencia y costumbre el mismo silencio y la misma actitud respetuosa.

Don Enrique, á la oscilante luz de la hoguera, que sostenia chispeante é intensa el bachiller Marquillos, dejaba ver un semblante ferozmente contraido; notábase en él la impaciencia mal contenida de los seres voluntariosos y no teniendo en quien desahogar su cólera embestia de tiempo en tiempo con las dos victimas que le acompañaban.

— ¿Por qué no ha vuelto ya el marques? exclamó parándose de repente delante del bachiller Marquillos.

Aquel murciélago de la milicia y del foro no supo hacer otra cosa que mirar con unos ojos desencajados al príncipe, que no obteniendo contestacion se volvió brutalmente á maese Dimas de Algarra que dió un paso atras y palideció.

— Sois unos imbéciles, unos brutos de carga, que cuando mas servis para sacar agua de una noria. No sé... no sé por qué causa os tengo á mi lado... no servis para nada, ni para distraerme... y me fastidio horriblemente... sí, por San Lázaro, me fastidio que no hay mas que pedir.

— Señor!...

— ¡Poderoso señor! exclamaron á un tiempo aturridos los dos funcionarios.

— ¡Señor!... no sabeis otra palabra mas que: ¡señor! mi señoría está ya mas que harta, mas que satisfecha, de lo malo, de lo inútil, de lo insoportable de sus servidores que no sirven... ni para saber si hay rollizas labriegas por estos contornos... con una labriegua creo que me fastidiaría menos que con vosotros... ¿y hay quien quiera ser rey? ¡ira de Dios!

— Sabe vuestra señoría, que las mozas de estos alrededores han huido al acercarse el ejército.

— ¡El ejército! soberbio ejército que ha partido

hace seis horas á Valladolid y del cual no ha venido aun un mensajero para decirnos que el Condestable y el rey están presos!... ejército tan inútil como vosotros: ¡soldados de pergamino! ¡ralea de lebreles!

— El señor marques puede haber encontrado dificultades.

— ¿Y cuándo no las encuentra? Esto vendrá á reducirse á que el Condestable se entenderá con los dos hermanos... mis leales servidores... se degollarán algunos nobles de mi bando, y me verá obligado á pedir de nuevo perdon, á humillarme ante el rey... á pasar por rebelde... ya van con este tres perdones y tres rebeldías... y creo que de lo que menos se trata aquí es de reyes, sino de vasallos: D. Juan Pacheco y D. Alvaro de Luna se hacen la guerra en cabeza agena.

El príncipe hablaba porque tenia necesidad de hablar: Algarra y Marquillos escuchaban porque no podian librarse de escuchar: la cólera del príncipe acrecia con su silencio.

— Vamos, está visto que no pensáis en nada, y si al marques se le ocurre estar por allá toda la noche ó toda la semana, ó todo el año, me verá obligado á pensar yo mismo en lo que he de hacer... á pesar de que pago bien y espléndidamente para no verme obligado á pensar en nada. A ver, llamadme volando á Perdrarias.

— ¡Señor Perdrarias! dijo con voz gangosa maese Dimas de Algarra, asomándose á la puerta desmantelada. ¡Ah, señor Perdrarias!

— ¿Me llama su señoría? dijo una voz soñolienta desde la habitacion inmediata.

— Su señoría os llama.

Entró un hombre completamente armado frotándose los ojos.

— ¡Dormias! exclamó el príncipe.

— No encontraba, señor, con permiso de vuestra señoría, otra cosa mejor en que ocuparme.

— De modo que te alegrarias si yo te diese ocupacion.

— Segun y como fuese, señor.

— ¿Cuánta gente nos ha dejado el marques?

— Doscientos ballesteros.

— Con cuya formidable ejército no podríamos hacer nada mejor que entregarnos á merced del Condestable si por un acaso éramos atacados.

— Don Juan es un esperimentado caudillo y habrá sin duda cuidado de poner á cubierto la preciosa persona de vuestra señoría.

— Pero mi preciosa persona se fastidia, contestó D. Enrique repitiendo su eterno estribillo; mi preciosa persona se encuentra ni mas ni menos que como un pelon en andadores: para moverme creo que necesario de los pies del señor marques... y esto, Perdrarias, me fastidia infinito. ¡Oye! ¿Sabes tú al molino de la Cruz maldita?

— Señor, ese molino está habitado por el diablo.

— ¡Hola! ¿sí?

— Así, es fama en la comarca.

— Pero creo que yo y tú y los que vengan con nosotros llevamos cruces en las espadas.

— Indudablemente, señor.

— Y como el diablo huye de la cruz, pareceme que bien podremos apoderarnos de ese molino.

— Mejor quisiera, señor, asaltar un muro á escala franca, exclamó Perdrarias, que, aunque estaba dotado de un valor sereno y brutal, guardaba en su alma mas supersticion que valentía.

— ¿Y si el diablo guardase en ese molino un tesoro?

— ¡Un tesoro, señor! exclamó mas animado Perdrarias.

— Si, un tesoro: yo esperaba para ir á buscarle al marques... pero en algo hemos de entretenernos. Hola, Sr. Marcos Garcia, bajad y mandad que arrinen la litera en que vino el abad del Abrojo.

Debemos advertir á nuestros lectores, que el príncipe y el marques, armados con la carta de Gutierre, que les entregó Pero Valiente, habían arrancado al abad cuanto sabia acerca del tesoro. D. Sancho de Benavides continuaba preso por precaucion de Don Juan Pacheco.

El príncipe se asió al brazo de Perdrarias y salió con él de la cámara: maese Dimas le siguió, como un poldenco sigue á su amo, y así bajaron hasta la puerta, donde ya esperaba la litera.

Lo que quedaba del campo del marques fue levantado, y nadie quedó en aquel castillo en ruina, ni en sus alrededores: nadie, sino el abad del Abrojo, á quien D. Enrique, que era cruel por indole, dejaba abandonado, encerrado en los subterráneos.

Aquel resto de ejército adelantó lentamente internándose en el bosque del Abrojo, y apenas se había perdido en sus primeras revueltas, cuando á la luz de las hogueras, que habían quedado encendidas, se vió aparecer un hombre viejo pero fuerte, vestido como los monteros de aquel tiempo y armado de una ballesta un venablo y una espada corta, á manera de machete.

— ¡Gracias á Dios! dijo: creí que me hacían pasar la noche al sereno y esto no me hubiera sido agradable: á los sesenta... por fuertes que seamos... nadie se han ido todos... han hecho bien ¡vive Dios! que dejen su madriguera al hombre que nada pide á los hombres.

Aquel singular personaje, cuyas barbas le llegaban á la cintura, y los cabellos á mitad de la espalda, llegó á un lugar del muro, metió la mano en un agujero y sacó una antorcha que encendió en una de las hogueras, y con cuya luz penetró decididamente en la torre.

Adelantaba con precaucion: su semblante tenia la expresion de una astucia salvaje, pero campeaban en él á la par, una franqueza característica, y una fuerza de voluntad indudable.

Así, deteniéndose y escuchando cada vez que iba á pasar de un espacio á otro, llegó al fondo de unas escaleras, y entró en un espacio cuadrado, húmedo, sostenido en pilares y orlado de una tosca y prominente cornisa.

Aquel hombre tomó la antorcha entre los dientes, se echó la ballesta á la espalda y trepó por las escabrosidades del muro hasta un lugar en que se veía la cornisa apuntillada: trepó á ella, la recorrió hasta un ángulo, se volvió, introdujo sus pies por un agujero, que solo podia ser visto desde la cornisa, y se escurrió como una serpiente desapareciendo por él.

— Aun no han dado los hombres con tus ocultas venas, castillo maldito, y podrás ser aun el albergue del cazador nocturno Barba-larga: dijo poniendo los pies en el pavimento de un estrecho pasadizo: tus primeros señores, bandidos como yo, horadaron tus muros con pasajes ocultos para sus crímenes, y yo burlo aun, por ellos, la tiranía y la saña de ese vil bastardo abad del Abrojo. Ya es tarde y mi vientre reclama su ración: adelante.

Atravesó el pasadizo bajó otra espiral, recorrió otra galería y al fin de ella escuchó.

— Nadie, no hay nadie, repitió con acento seguro: sin duda venían á dar un golpe, y no necesitan ya de su escondite: bajemos.

Estaba sobre otra cornisa, en la cual, en el lugar en que se encontraba, había una escala enrollada y tosca, sujeta al saliente de una piedra. Barba-larga, pues él nos ha dicho cómo se llamaba, lanzó la escala, que cayó á una gran profundidad y tomando de nuevo la antorcha en su boca, se deslizó por ella, con la agilidad de un gato montes.

Cuando llegó al suelo, la luz de la antorcha reflejó en un espacio gigantesco, recortando penumbras vigorosas sobre pilastras enormes y altísimas, en que estaban sustentados arcos góticos de rico ornamento,

y atrevidas ogivas: entre las sombras se veían acá y allá sepulcros con toscas estatuas yacentes, y, no lejos, sobre una gradería de piedra, un altar desamparado, sin paños, sin lámparas, en el que descollaba solamente un enorme crucifijo de escultura.

Barba-larga miró todo aquello con la indiferencia de un hombre que, entre los objetos que está viendo todos los días, subió la gradería del altar y entró por una puertecilla ogiva, mas allá de la cual había un reducido espacio octógono.

Allí la luz se halla comprimida en un pequeño espacio, detalló los objetos de una manera clara: al fondo, en uno de los lados del octógono, bajo un arco profundo, había otros dos sepulcros, en los cuales las estatuas estaban arrodilladas, y caracterizaban en los trajes tallados por el escultor, la moda, por decirlo así, del siglo xu. El de la derecha representaba un hombre, el de la izquierda una mujer: en los bustos de ambos se notaba una edad igual, y un gran parecido: sin duda eran hermanos.

— Buenas noches, Juan-sin-Alma, dijo al entrar Barba-larga, dirigiéndose á las estatuas como si se tratase de seres vivientes: buenas noches Trenza-de-Oro: hace mucho frío ¿eh? y tambien le tengo; será preciso proveernos de fuego... y gracias á que ese noble señor ha levantado de aquí sus reales: de otro modo todos hubiéramos tenido mas frío: yo en el bosque, vosotros sin mi hoguera: ¡Oh! ¡oh! esto es otra cosa, héme aquí en mi concha, en mi sepulcro... en verdad que no es lo mas hermoso este sitio; pero ¿qué queréis? me he acostumbrado á vuestra compañía, nobles señores: es mucho tiempo veinte años.

Barba-larga tomó algunos pedazos de encina que estaban apilados entre los dos sepulcros, los colocó en el centro, puso ramaje seco sobre ellos y les prendió fuego con la antorcha, despues de lo cual la clavó en una de las grietas que mostraban las piedras del sepulcro de Trenza-de-Oro.

Luego se sentó en un sillón junto á la hoguera, sacó de su zurrón algunas alondras, las desplumó, las abrió con su puñal, y las arrojó al fuego, despues de lo cual y mientras se asaban, apoyó los codos en sus rodillas y la barba entre las manos, y se puso á mirar de hito en hito las dos estatuas sepulcrales.

Era extraño y romancesco aquel conjunto, un pintor de talento hubiera podido componer con él un bello cuadro. Representémosnos una estancia octógona de una altura triple que la estension de su base: hasta dos tercios de altura sillares enormes, corridos, negros por la accion del humo, y abiertos en anchas grietas por la accion del tiempo; á lo largo de los ángulos hasta la faja que servia de cornisamento, grupos de columnas talladas, como juncos retorcidos, en piedra; embutidos en los huecos, ramos de encina, toscos remedos del natural: entre cada uno de estos grupos de columnas un enorme escuson orlado de lambrequines y follajes, asimismo bárbaros, y sobre el friso una bóveda agudamente ogiva, cruzada en todas direcciones por los mismos juncos que servian de columnas y parecian pasar por debajo de la faja para entrelazarse como serpientes, formando una tracería caprichosa, y anudarse despues en el enorme florón de la clave; añadarse una pequeña puerta cuya estrecha área, se cuadraba con el grueso del muro, abierta bajo uno de los escusones, y frente á ella un arco gigantesco, festoneado en su ogiva, y cubierto de blasones en el interior, bajo el cual se elevaban sobre dos gradas, y en un mismo plano los sepulcros del caballero y de la dama á quienes Barba-larga había llamado Juan-sin-alma y Trenza-de-Oro: una vez visto todo esto con los ojos del pensamiento, tenemos casi una idea del lugar que servia de albergue á la persona de que nos ocupamos.

La doble luz de la hoguera y de la antorcha, pro-

ducia complicaciones de claro oscuro que hacían más fantástico, más misterioso, aquel viejo panteón profanado por la pobreza ó el crimen; parecía que tras la sombra de aquel profundo arco, bajo el cual se levantaban los sepulcros, flotaba, representada por negros y misteriosos fantasmas, una de esas terribles leyendas tradicionales de sangre y lágrimas: las estatuas, no en posición de descanso, sino de rodillas, como sentenciadas á una penitencia eterna, parecían demandar al cielo el perdón de graves faltas, acaso de enormes crímenes, á juzgar por la fatídica expresión que había sabido dar el escultor á sus hermosos semblantes de piedra: la mirada de Barba-larga fija en ellas, profunda; mirada semejante á la de quien conoce la historia de aquel en quien se fija, hacia sospechar que el presentimiento de una historia sombría, á la impresión de aquel conjunto, no era enteramente infundado: el viejo montero había saludado con sus nombres á los seres que representaban las estatuas, á pesar que de una manera indudable databan del siglo XII.

Pero, á pesar de la profunda abstracción con que Barba-larga parecía mirar las esculturas, esto no fue parte para que olvidase sus alondras; consistía acaso en que para recordarlo tenía un excelente avisador en su estómago.

—¡Es singular! dijo descubriendo las brasas en que había enterrado las aves; juraría que Trenza-de-Oro no tiene esta noche el semblante como siempre: dicen que á veces esa figura maldita (maldita y desventurada, añadió lanzando una mirada como de rectificación á la escultura) se anima y varía: que parece que la sangre circula bajo su piel de piedra, y que se apena; añaden que en una ocasión, los monjes que veían rogando por su descanso, la vieron verter dos lágrimas rojas, que se congelaron y dejaron en sus mejillas esas dos señales coloradas: dicen que aquella noche aconteció una horrible desgracia y se desplomó todo el castillo de Juan-sin-Alma menos esta torre, y que no volvieron á aparecer por ella los dos hermanos: esto es muy cierto, yo me hice contar toda la conseja desde su origen, desde hace ciento veinte años: pero ¡bah! es imposible, sería maravilloso, que en verdad hubiera sucedido... no... no... delirios, de aquel monje... era maniático... loco.

Durante este monólogo, Barba-larga había devorado cuatro alondras y daba buena cuenta de la quinta.

—¡Excelente caza! ¡magníficos bocados! dijo limpiándose la boca con el envés de la mano: esto es mas sustancioso, y, sobre todo, mas cierto que la conseja de Juan-sin-Alma; pero lo que no tiene duda, añadió el montero triturando con energía los huesos de su séptima alondra y mirando de reojo á Trenza-de-Oro, es que hasta ahora no se me ha ocurrido encontrar una extraña semejanza entre esa dama muerta y otra dama viva, joven, hermosísima: ¿dónde fue?... sí, ¡voto á!... una siesta de este último agosto... en el Abrojo... corría su caballo, suelta la rienda, desenfrenado... yo dormía... con mi ligero sueño de bandido, á la sombra de un jaral, cuando ¡patata! ¡patata!... un caballo, un caballo que se dirijia derecho como un venabio al tajo de la Monja... ¡diablo! sí, es verdad, Trenza-de-Oro se parece, como una alondra á otra, á la dama que montaba el caballo, que yo detuve casi al borde de la sima... ¡hermosa pieza!... aun tengo aquí el escudo de oro que me dió... ¿para qué quiero yo el dinero ¡voto á tal! bandido de la caza mayor y menor, de la volatería y de la pesca del señor abad del Abrojo?

—¡Ah! ¡tú eres el famoso Barba-larga! dijo á la puerta una voz áspera y ronca.

Aunque según su aspecto, el montero era uno de esos hombres que jamás tiemblan ni retroceden ante ningún peligro, la presencia de un hombre en un lugar en que se creía solo, y en la situación en

que se encontraba, le sobrecogió un tanto haciéndole ponerse de pie y echar mano á su ballesta: era muy posible que se hubiera engañado, y que hubiese aun gente del príncipe D. Enrique en el castillo: en este caso, le era necesario hacer un poderoso esfuerzo, ó estaba perdido.

Pero cuando se volvió, solo encontró ante sí un hombre, un alto señor desarmado y vestido de negro; en una palabra: D. Sancho de Benavides, abad señorial del Abrojo.

A la vista del noble y poderoso monje, Barba-larga arrojó su ballesta como se arroja una cosa inútil, se sentó de nuevo en la piedra y sacó del fuego su octava alondra.

—¡Ah! ¿eres tú? dijo mascando, ¡el terrible, el alto, el poderoso señor del Abrojo! has llegado en buena hora; ya estoy satisfecho y aun me quedan al gunas de tus alondras en el zurrón: ¿sabes noble Abad que tienes una excelente volatería en tus cotos?

El abad estaba mudo de cólera, tenía ante sí un hombre á quien aborrecía, por la audacia con que parte con él el señorío de sus bosques, cotos y prados, y por cuya cabeza hubiera dado la mitad de sus rentas de un año: le tenía al alcance de su mano, y estaba desarmado, impotente, necesitando de ayuda, y, lo que era infinitamente peor, delante de un enemigo terrible: porque es de advertir que el abad y Barba-larga, bandido el uno, señor el otro, empeñados en una lucha de poder á poder, árbitro el primero de los ámbitos de la selva, furioso el otro, por la eterna astucia y el valor indómito con que evitaba el bandido sus celadas, ó tendía á ballestazos á sus hombres de armas, que por desgracia le encontraban en su camino, eran dos poderes opuestos que se aborrecían á muerte.

El primer pensamiento que tuvo el abad al ver á aquel hombre, fue que el príncipe D. Enrique, cuya crueldad conocía, después de haberle arrancado el secreto de su cita con el judío, por medio del terror, le encerraba con su enemigo mas encarnizado, después de haberle arrancado sus armas.

Toda la ferocidad del abad se desvaneció á este pensamiento, y Barba-larga creyó descubrir en su semblante las señales del miedo.

—¡Siéntate, le dijo señalándole otro sillar; siéntate y no tiembles: hace mucho tiempo deseaba verme frente á frente contigo, porque eres mi enemigo, abad.

—Ten presente que no puede haber enemistad entre nosotros porque no somos iguales.

—Tienes razón; no somos iguales; yo soy mas que tú.

—¿Mas que yo?

—Mas noble, mas leal, mas caballero. ¿Qué hubieras tú hecho si me hubieras encontrado en tu abadía desarmado?

El bandido calló esperando la respuesta del abad que guardó silencio.

—Sé lo que hubieras hecho; hubieras llamado á tu sayon y me hubieras mandado poner al sereno, colgado por el pescuezo, en una almena. ¿No es esto, eh? pues bien, yo podría á mansalva, degollarte como á un cordero y soterrarte debajo de esas viejas tumbas, y no lo hago... porque te encuentro abandonado, solo, mas débil que yo, y soy mas noble que tú: te serviré de huésped esta noche, y mañana te sacaré de aquí. Pero guárdate, abad, del vuelo de mi jaras, si una vez te encuentro enfrente de mí en la selva, resguardado por tus monteros ó tus ginetes.

—Verdaderamente, es noble y grande lo que me acabas de decir, contestó el abad.

—Sin duda me necesitas, noble señor.

—¿Por qué?  
—Porque á pesar de tu insensato orgullo me lisonjeas.

—¿No crees que yo tenga un lugar guardado en mi alma para la generosidad y el valor?

El bandido movió en sentido negativo la cabeza.

—Vienes de mala raza, dijo lanzando una mirada á las estatuas mortuorias de Juan-sin-Alma y Trenza-de-Oro.

—¡Oh! ¿qué pretendes, dijo el abad comprendiendo la mirada del bandido, que ese caballero y esa dama sean ascendientes de mi raza?

—No lo pretendo, sino que lo afirmo.

—¿Y qué razones tienes para ello?

—Vamos, vienes como llovido del cielo: nunca duermo mejor que despues de haber relatado una leyenda, y no podia ser la ocasion mas oportuna. Créeme, abad; acepta mi convite; voy á asarte con mas primor que tu cocinero algunas de tus aves: en tu obsequio iré á buscar á cierto escondite un vinillo, escelente á fé, y que jamas bebo, sino cuando me siento algo enfermo, algo endeble del estómago; entre alondra y trago, oirás una peregrina historiá, delante de las dos principales personas de ella: de Juan-sin-Alma y Trenza-de-Oro.

—No, no; ahora, no; exclamó el abad: ¿está todavía en el castillo el príncipe D. Enrique?

—No á fé: el castillo está abandonado.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace media hora.

—¿De modo que no habrán podido llegar al molino de la Cruz maldita?

—¡Al molino de la Cruz maldita! exclamó profundamente Barba-larga. ¿Y qué busca ese hombre allí?

—Busca... un tesoro que me ha arrebatado de entre las manos.

—¿Un tesoro! ¿y eso te aflige? ¡Bah! tienes el corazon muy estrecho, D. Sancho: no sabes vivir sin oro.

—El oro es el poder.

—El poder está en el corazon.

—Pero bien, tú puedes pensar como quieras; á tí, hombre de las selvas, te basta con tu ballesta para procurarte pan....

—Hace veinte años que no le como. El pan cuesta dinero, y yo aborrezco el dinero.

Miró el abad con asombro al bandido, que continuó!

—¡El dinero!.. ¿para qué sirve sino para que el orgullo levante palacios y compré sedas y diamantes?

¿para que haya señores y siervos, para que los infames pongan continuamente á precio la virginidad de las mujeres y la honra de los hombres? Para que se maten los unos á los otros y se cometan crímenes. Nunca he vivido mejor que en los veinte años que he pasado lejos del mundo: ¿para qué ha criado Dios esas aguas corrientes y cristalinas, esos ricos peces que nadan en ellas, esos bosques en cuyas enamadas anidan aves de sabrosa carne, y cuyos senderos cruzan el ligero venado, el feroz oso, y el montaraz jabalí?... Para adorar al señor que los ha criado, tengo por altares las montañas, por bóvedas los cielos, por antorcha el sol, y por lámpara la luna... para que mi lengua pueda decir oraciones á su grandeza, me proveen de alimento mis venablos que cortan el viento al gamo mas corredor... Cuando mi tosca vestimenta de montero se rompe, ya sé lo que he de hacer para procurarme otra: doy caza á una pieza mayor, la cargo sobre mis hombros, y la llevo al lindero del camino; nunca falta un viandante, que á trueque de de ella me provea de ropas y de venablos, que es cuanto necesito. Ahora dime ¿para qué necesito yo el oro?

—Para no vivir errante y eternamente perseguido; esa caza con que vives la robas.

—¡Que la robo! ¡jira de Dios! ¿con que es decir que tú te crees señor del ave que cruza el viento, del jaba-

li que rompe la maleza, del pez que nada en el agua; y que entran y salen como yo libremente en tus dominios, que son errantes como yo, y mis vasallos naturales, puesto que soy mas fuerte? ¿Con que es decir que quieres apropiarte, Abad, lo que me envia Dios, y me llamas bandido y me persigues? pues mira, si un dia dejaras de perseguirme, si me concedieras el derecho de libre montería en tus estados, memoriria de fastidio: el peligro embellece mi vida y la engrandece: sin él no me haria respetar de mis monteros, valientes muchachos, que viven como yo, que como yo se albergan en la grieta de una roca ó en el agujero de unas ruinas, y que corren á mí, obedientes como lebreles, cuando retumba en la selva la voz de mi corneta.

—Y bien, esclamó desesperado el abad, al ver que tenia ante si un enemigo que ni le temia ni le necesitaba. ¿Qué puedo hacer por tí?

—Nada.

—¡Nada!

—Si fueras santo, te pediria que rogases por ciertos pecados míos; pero emplearte de intercesor con Dios seria lo mismo que echar mano del diablo.

—Pero una vez que me aceptas por enemigo, que quieres serlo á todo trance, debes tener un interes en que yo no perezca enterrado en esta sepultura.

—Yo no soy cruel, ni cobarde, como el príncipe D. Enrique; te sacaré de aquí.

—¿Pero cuándo?

—Cuando quieras.

—Ahora mismo.

—Pues ahora: en verdad hubiera querido contarte la historia de tus antepasados: esto hubiera sido para mí un recreo... pero en fin, no quiero que digas que he tratado mal á un huésped. ¿Adónde quieres ir? En busca del tesoro ¿no es esto? ¿dónde está?

—¡En el molino de la Cruz maldita!

—¡El molino de la Cruz maldita! ¡lástima! ¡hé ahí otra historia que no es ni mas ni menos que el seguimiento de la primera!

—¿Historia tambien de mi familia?

—Sí.

—Entonces ese tesoro me pertenece.

—¡Siempre el tesoro!

—Estoy en guerra abierta con poderosos enemigos: mis rentas no son bastantes para sostenerla..... Tú me contarás esa historia, otro dia, mañana, esta noche, pero despues.

—Despues... en saliendo de aquí, volveré á ser para tí el hombre invisible, abad.

—Bien, yo te buscaré, te prenderé para honrarte, pero ahora... ahora al molino de la Cruz maldita: dentro de poco llegará á él el príncipe..... tal vez sea ya tarde.

—¡Tarde! el príncipe no conoce el bosque, ni le conocen sus gentes: lo mas seguro es que se estra-vie... hay que dar grandes rodeos y puede tener tropiezos, cuando nosotros iremos mas derechos que un venablo por el camino mas corto y bajo tierra; estaremos allí dentro de un momento. Ven conmigo.

Barba-larga tomóla antorcha de la tumba de Trenza-de-Oro, salió del panteon, entró en el templo, le atravesó y llegó á otra tumba situada en el ángulo de una tenebrosa capilla.

Sobre su losa habia la estátua de un caballero armado de punta en blanco; su semblante era enérgicamente feroz.

—Hé aquí otro de tus progenitores, abad: Pedro-el-Rojo: hace veinte y dos años dormia bajo este túmulo en un férretro de hierro, pero se pensó en hacer una mina secreta y darla entrada por aquí, y los restos del caballero fueron trasladados á otra parte.

—Muy informado estás de todos los escondrijos de estas ruinas.

— Como que he sido escudero de los señores de Villafranca, que no tenían para mí secretos : en aquel tiempo cometí algunos feos pecados, me crucé con judíos... pero ¡bah! Dios me perdonará : he sufrido muchos dolores desde entonces, muchos : gracias á que me complazco en recordar esos dolores, yendo al molino de la Cruz maldita, se hallan los hierros que ponen en movimiento esta piedra en buen uso : como que cuido de preservarlos del orin con la grasa de mis reses. Toma la antorcha y alúmbrame.

El abad estaba en posición de obedecer y obedeció; el cazador-bandido introdujo su puñal por una juntura de la losa de mármol que cubría el lado anterior de la tumba, y empujó : la losa giró como una puerta, pero sin ruido, sobre su mecanismo de hierro.

Después de aquella abertura había una escalera estrecha, por la cual bajaron Barba-larga y el abad : á los pocos peldaños se encontraron en un pasadizo llano y abovedado, pero estrecho y húmedo, y anduvieron con paso rápido por él durante diez minutos. Al fin desembocaron en un espacio cuadrado en cuyo fondo, por unos agujeros abiertos en cruz, se trasparentaba un resplandor rojo.

Barba-larga apagó la antorcha.

— ¿Qué haces? preguntó el abad.

— Evito el que seamos descubiertos.

— ¿Cómo!

— Mira : dijo el bandido, mira á tu frente.

El abad miró y vió los siete agujeros que constituían la cruz, detallándose luminosos en el denso fondo de las tinieblas que llenaban aquel espacio.

— ¿Y qué significa eso?

— Esos agujeros, dijo el bandido, están abiertos en una losa que sirve de puerta secreta á un dormitorio del molino, donde hace veinte años moraba una hermosísima mujer de tu raza.

— ¿Es decir, que ya han llegado? exclamó con desesperación el abad.

— Silencio ; te pudieran oír. Antes de obrar es necesario ver.

Y fué á la cruz y miró al otro lado á través de ella. Sentado en un montón de tierra removida, que había sido sacada de un hoyo abierto en el pavimento, estaba Juan de Villafranca profundamente pensativo; á sus pies había un cofre de hierro, una pala y una linterna.

— ¡Dios mio! ¡poderoso Señor! exclamó Barba-larga fijando una mirada ansiosa desde su escondite en el verdugo. ¿Es él? ¡imposible! ¡yo le vi ahorcar sin poder salvarle! ¡su sombra, Dios mio! ¿si será ó no verdad lo que cuenta el monje loco de la maldición de Juan-sin-Alma y Trenza de Oro?

— ¿Quién está ahí? exclamó impaciente el abad, que no podía ver nada porque el montero interceptaba con su cuerpo los agujeros de la cruz.

El bandido no respondió porque no oyó al abad : á haber habido luz pudiera haberse notado la terrible espresión de espanto que dominaba en el semblante del viejo; latía precipitadamente su corazón, temblaban sus rodillas y sus manos crispadas se asían fuertemente á los agujeros que formaban los brazos de la cruz, por cuyo centro miraba.

— ¿Qué sucede ahí? exclamó con una impaciencia colérica el abad.

Aquella vez le oyó Barba-larga.

— ¡Silencio! ¡silencio! le dijo, asiéndole con una fuerza brutal; ¡silencio! ¡o por la salvación de mi alma te hundo mi puñal en las entrañas!

Era tan decidida, tan feroz esta amenaza, que el bandido pronunció en voz tan baja como convulsiva; estaba representada de tal modo en ella la decisión de matar, que el abad, que se consideraba mas débil, tuvo miedo, y calló.

Barba-larga tornó á lanzar su mirada por el agujero. Juan de Villafranca permanecía inmóvil en la

misma actitud : los recuerdos del antiguo escudero fueron esclareciéndose y al fin no le quedó duda.

— Si, sí, es él, se dijo; el amante de la infortunada Salomith en carne y hueso : si fuera una sombra apareciera como lo vi ahorcar : con sus veinte años, su semblante pálido y bello, y esa cicatriz, esa horrible cicatriz. ¡Oh! me acuerdo perfectamente de aquella noche : desde entonces han pasado veinte años, y ese hombre representa cuarenta. Luego ¿no tengo yo entre mis monteros un hombre salvado de la horca? no siempre aboga el dogal : pueden haberle vuelto á la vida : sí, pues, no me queda duda; él es.

El terror que había causado al bandido la impresión de una aparición sobrenatural, fue reemplazado por una impaciencia febril, y sin embargo, temeroso de cometer una torpeza esperó : de otro modo, hubiera apretado el resorte y hubiera ido á caer en los brazos de su antiguo señor.

Después, dominando ya á sangre fría su pensamiento, reparó en el traje de Juan de Villafranca y se heló de terror.

— ¡Verdugo! ¡verdugo él! ¡el noble señor de cien villas! ¡el altivo caballero que se desdeñaba de tratar con sus iguales! Pero ¡ah! creo adivinar... el antiguo verdugo tenía una hija jóven y hermosa... una hija que era hechicera ; durante la prisión de mi señor, la encontré algunas veces que salía llorosa de su calabozo... ¡sí, eso es! ella le salvó por amor, él se casó con ella por agradecido ó por desesperado, y la ley hizo lo demas : el marido de la hija del verdugo está obligado á ser verdugo. ¡Maldito, maldito mil veces, el infausto amor de la judía!

Mientras se entregaba Barba-larga á sus pensamientos, había habido alteración en el aspecto de la estancia inmediata. Habían resonado dos secos golpes á la puerta del molino, y Juan de Villafranca había salido llevando consigo la linterna y dejando el aposento en una densa oscuridad. El abad callaba aterrado y el montero no separaba los ojos de los agujeros como esperase ver aparecer de repente algo extraordinario si en el fondo de aquellas tinieblas.

Apareció en fin un débil reflejo, creció, se oyeron pasos, se iluminó de nuevo la estancia, y entraron con el verdugo tres personas : Judit, D. Pedro Giron y el bachiller Cíbdareal.

— ¡Dios de Dios! exclamó el bandido; la dama del bosque, la que salvé de la muerte, la que me dió el escudo, la que se asemeja, como una alondra á otra, á Trenza-de-Oro.

— ¿Habeis dejado tomadas las avenidas con vuestras gentes? dijo Juan de Villafranca á Judit.

— Sí señor, respondió la jóven sin poder encubrir la repugnancia que le causaba el aspecto del verdugo.

— Pudiera suceder que fuésemos sorprendidos, dijo Juan de Villafranca.

— ¡Sorprendidos! ¿y por quién? preguntó el maestro de Calatrava.

— Por el Condestable, señor.

— Escuchad, buen Juan; tenemos bien resguardadas las espaldas; hemos encontrado en el camino á mi hermano el marques de Villena, que se replegaba en estos momentos con sus lanzas, tiros y peones sobre el Abrojo.

— Permítame vuestra señoría que le diga que Pero Valiente ha caído en poder del Condestable...

— Que le arrancará cuanto sabe por el tormento, sobre donde está mi hermano, y saldrá á buscarle con todas sus gentes... Bien : tendremos una batalla : esto está haciendo falta hace mucho tiempo.

— Y quizá muy próxima, señor, por lo mismo es necesario que nos apresuremos. Hé aquí el tesoro, dijo levantando el cofrecillo del suelo, y dirigiéndose á Judit ; guardadlo, pues vuestro es.

— ¡Un tesoro! ¡un tesoro que es mio! exclamó la jóven... ¡no comprendo!..

Juan de Villafranca miraba en tanto á Judit con una marcada espresion de asombro; habia sorprendido en ella el mismo parecido que Barba-larga, habia hallado entre ella y Trenza-de-Oro.

—¿Me haríais la merced, señora, de escucharme un momento á solas?

—¿Qué teneis que decirme que no puedan oír esos caballeros?

—¿Desconfiais, señora, de mí? he tenido en mis manos ese tesoro, he esperado durante algun tiempo y lubiera podido huir con él.

—Mi noble amigo D. Pedro Giron, mi buen Cibdareal, dijo la jóven dirijiéndose á sus acompañantes; este hombre quiere hablarme á solas.

D. Pedro Giron miró de una manera interrogativa al bachiller.



Hé aquí el tesoro, señora: guardadlo, pues vuestro es.

—Bien: podemos entre tanto observar la vigilancia de vuestras atalayas, D. Pedro, contestó en alta voz y luego añadió aparte al maestre: aquí hay misterios... siempre he mirado con cierto respeto á ese hombre: debe haber sido mucho antes de descender á su nada... dejemos que se desenreden esos misterios, venid.

El maestre y el médico salieron; apenas quedaron solos, el verdugo se acercó á la jóven.

—¿Habeis conocido á vuestra madre, señora? la preguntó.

—¡Mi madre! ¿Que si he conocido á mi madre?

—Decidme su nombre.

—D.<sup>a</sup> Maria de Vargas, esposa de D. Simuel de Sotomayor.

—¡Ah! esa es la madre comprada para vos por el rey moro de Granada, señora; no os hablo de esa.

—¡La madre comprada! exclamó con asombro Judit; ¿quién sois vos, que sabeis?..

—¡Yo! escuchadme bien: fui el amante de Salomith.

—¡Vos! ¡el verdugo! exclamó trémula y retrocediendo Judit; ¡vos el amante de mi madre!.. ¡vos mi padre!..

La jóven retrocedió un paso mas y se cubrió el rostro con las manos. Juan de Villafranca, anonadado

por aquel horror instintivo, permaneció inmóvil; Barba-larga no pudo contenerse mas, empujó el resorte, giró la piedra, y el bandido saltó conteniendo al abad, que queria seguirle y dejándole de nuevo encerrado.

—Alto y poderoso señor de Villafranca, exclamó el montero en voz tan baja que apenas fue oída por el verdugo: esta noche, es noche en que los muertos se levantan de sus tumbas: yo soy Sancho de Aivar, vuestro montero mayor.

—¡Sancho! exclamó el verdugo como si saliese de un sueño; ¿Sancho tú?

—¡Silencio, señor! hay muy cerca quien puede oírnos... y vos, señora, no os cubrais el rostro con las manos, estais entre gente noble que para sus asuntos se disfraza.

—¿Quién es este hombre? exclamó Judit, mirándole por primera vez. ¡Ah! ¡mi salvador! ¡el hombre de la barba-larga!

—¡Sí, yo soy! os tuve en mi poder no ha mucho tiempo... un bandido, un hombre sin alma, os hubiera hecho cautiva, para exigir por vos un crecido rescate... yo os llevé hasta un lugar próximo á vuestras gentes, y os respeté, porque á mas de que todo hombre honrado respeta á una dama, me asistian particulares razones para ello. ¿No creéis que os podeis fiar de dos hombres, uno de los cuales os ha buscado y

entregado un tesoro y el otro?... no quiero hablaros de mí, pero creo que tengo tanto derecho como el primero para que no me mireis con espanto.

—Y bien ¿qué queréis de mí, señores? dijo Judit dominando su disgusto.

—Sin duda os parecerá extraño todo esto : pero á lo que veo ignorais vuestra historia, puesto que os dejais enamorar de...

—Pero mi padre... ¿sois vos, en fin, mi padre? exclamó Judit interrumpiendo al verdugo.

—Si yo hubiera sido vuestro padre, señora, ni vos ni yo seríamos lo que somos.

—Concluid pronto, exclamó Barba-larga; segun lo que presiento no tenemos tiempo para andarnos con historias : veamos antes lo que contiene ese cofrecillo; si es un tesoro debe ser muy ligero.

—Mi hermano me prevenia en esta carta que le rompiese y sacase su contenido.

Judit miraba absorta á aquellos dos hombres y á la caja que tenia en la mano; de repente como iluminada por una inspiracion entregó el cofre á Barba-larga.

—Rompedle, dijo, y salgamos de dudas de una vez.

El bandido levantó la caja en alto sobre su cabeza y la arrojó contra un ángulo de piedra con una fuerza terrible: á aquel choque, saltó la tapa hecha pedazos y rodó por el suelo un objeto.

—Tomad, señora, la dijo el bandido: bien sospechaba yo que aquí no habia oro: esto es muy ligero.

Y dió á la jóven un pequeño paquete envuelto en pergamino y sellado con cera colorada.

—¿De quién son estas armas? preguntó Judit.

—El verdugo acercó la linterna.

—¡Oh, Dios mio! esas armas son las de mi hermano, las vuestras, las de los señores de Villafranca.

—¿Cómo! ¿vos sois noble?...

—Abrid, romped ese sello, señora, exclamó con ansiedad el verdugo.

Judit rompió el pergamino, y dentro encontró dos objetos unidos por un cordón de seda y oro, y encerrados en otras envolturas selladas tambien: abrió Judit el uno de ellos, y apareció un retrato con marco de oro guarnecido de gruesos y magníficos brillantes : Judit arrojó un grito : nunca habia visto una joya de más valor, ni una imágen mas hermosa.

—¡Misericordia de Dios! exclamó Juan de Villafranca : ese es un traslado de la reina difunta Doña María de Aragon, primera mujer de D. Juan el segundo.

—Y los diamantes valen verdaderamente un tesoro... añadió asombrado Sancho de Aivar.

—¡La reina D.<sup>a</sup> María de Aragon! repitió meditabunda Judit ¿qué significa esto?

Y rompió con precipitacion el sello del segundo paquete.

Dentro habia hasta diez cartas: Judit abrió temblando de emocion una de ellas porque presentia la resolucion de algun gran misterio y la devoró: á medida que la leia, su semblante pálido se tornaba lívido, y una sonrisa cruel, satánica, la sonrisa de la venganza satisfecha, contrajo su hermosa boca : guardó la carta que habia leído en su escarcela, y ojeó rápidamente las demas.

—¡Oh, miserable! gritó ; al fin te tengo en mis manos!.. tengotu cabeza!.. mirad, mirad, señores!.. cartas de amor de la reina D.<sup>a</sup> María al Condestable... cartas en que la mujer adúltera se burla del esposo engañado, con el vasallo infame y traidor.

—¡Pruebas del adulterio de la reina con D. Alvaro de Luna!... exclamó Sancho de Aivar.

—¡Pruebas de traicion! aquí se habla de dar un tósigo al rey, de alzarse con el reino... ¡Dios mio, Dios mio! yo no esperaba tanto... esto es mas que un tesoro!.. es la venganza!

—¡Lavenganza! exclamó pálido como un cadáver Juan de Villafranca : ¿y usareis de ella contra el Condestable, señora?

—El condestable asesinó á mi madre... á Salomith... á vuestra amante... como decis... y debeis tener tambien sed de venganza.

Juan de Villafranca sintió rodar un vértigo en su cabeza, palideció aun mas intensamente, tembló y exclamó con voz ronca y cavernosa.

—Sí, venguémosnos : los torrentes van al mar : el oido se precipita á la muerte... ¡Dios!.. ¿qué importa? ¿no está maldita nuestra raza? ¡venguémosnos, si, y de una manera terrible! ¡necesitamos la sangre del asesino!.. ¡pues sea!

—Pero yo no me fio de esos hombres que están fuera, de esos hombres que me acompañaban.

—Don Pedro Giron es capaz de todo, dijo profundamente el bandido...

—Y cómo ocultarles...

—Desapareciendo de su vista.

—¡Desapareciendo!

—Sí, venid, señora, venid, dijo Juan de Villafranca, he visto aparecer de repente entre nosotros á mi leal servidor Sancho de Aivar, y esto me prueba que está franca aun la comunicacion entre el molino y el castillo de Juan-sin-Alma.

—Yo he venido á llorar aquí por mis señores durante veinte años, dijo el bandido.

—Nos hemos salvado, exclamó el verdugo; guia, mi leal Sancho, guia.

—Esperad aun : veamos si queda algo en este cofre.

Inclinóse sobre él el montero, le examinó y sacó de él un objeto en una escarcela de brocado, en la que se veian rotos los cordones que en otro tiempo la habian unido á un ceñidor : en el centro de la escarcela estaban bordadas las armas de D. Alvaro de Luna.

—¡Oh! si, si, dijo como evocando sus recuerdos: aquella noche despues de que vos caisteis ante los miserables asesinos que habian penetrado en esa alcoba, vuestro hermano Gutierre se asió á D. Alvaro, lucharon... luego sobrevinieron mas gentes y solo tuvimos tiempo de saltar por aquella ventana : me acuerdo que á pesar de todo, el señor, Gutierre marcó una cruz con vuestra sangre, de que tenia teñidas las manos y murmuró una maldición... despues huimos.

—¿Como vamos á huir ahora, no es verdad? dijo Judit.

—Es preciso de todo punto : dentro de poco estarán sobre el molino el príncipe D. Enrique y doscientos ballesteros.

—¡Alerta! gritó una voz fuera á poca distancia.

—Ya están ahí, exclamó Barba-larga... ¡pronto!... venid, señora... venid vos tambien... no necesitamos mas que sangre fria y un momento.

Barba-larga ó Sancho de Aivar, se encaminó á la habitacion inmediata, seguido de Judit y de Juan de Villafranca, apretó el resorte de la entrada secreta y la piedra giró : en el momento, como una fiera á quien se abre una jaula, salió por la abertura el abad del Abrojo.

—¡Ah! tú todavía, dijo el bandido : en verdad no me acordaba de tí... pero querias salir de tu encierro y ya estás libre... á mas, ahí tienes al príncipe D. Enrique á quien podrás quejarte á tus anchas de la felonía que ha usado contigo... entrad, entrad, señores... por ahí... añadió, señalando á Judit y á Villafranca la puerta secreta... ahora, adios abad del Abrojo... si quieres salvarte, mira : esta ventana tiene poca altura; por aquí se salvaron en otra ocasion gentes mas honradas que tú ; pero escucha : estamos frente á frente... guárdate de decir que existe esta salida si no quieres trabar conocimiento con mi venablo... ya me conoces y sabes que sé cumplir mi palabra... buenas noches, abad.

Y arrojándole lejos de sí ganó de un salto la entrada secreta y cerró.

El monje se arrojó furioso al muro, como un toro á quien se escapa tras una barrera su víctima y nada halla : no se percibía la mas leve abertura : parecia que habia tragado la pared al montero.

— ¡Oh! me has burlado, exclamó; conoces mi historia, bandido, y te atreves á retarme... ¡guárdate!

Y despues de esto aplicó el oido al extraño rumor que resonaba fuera.

— ¡El príncipe D. Enrique! exclamó. ¡Sí! es muy posible que le traiga la avaricia al molino como ha traído á la judía, al verdugo, al maestre de Calatrava... ¡y era verdad ese tesoro! añadió viendo la escavacion hecha en el aposento... le han encontrado dentro de mis estados... me lo han robado... ¡me debes la cabeza, Barba-larga, y te la cobraré!

En aquel momento resonaron fuera confusamente voces de muchos hombres, se redoblaron los alertas de las atalayas del maestre y se oyeron pasos en las escaleras : el abad no dudó; recordaba la altura de la ventana sobre la cual el judío le habia mostrado la Cruz roja; fué á ella, se descolgo, apoyóse en las junturas del muro y huyó protegido por la oscuridad.

Poco despues entraron el maestre y el médico Cibdareal con una antorcha: lo primero que vieron, fue la caja de hierro hecha pedazos.

— ¡Diablo! ¡pues era verdad! exclamó; fias de las judías, de esas hermosas judías, bachiller: ha encontrado un tesoro, le ha partido con el verdugo y ha huido con él.

— ¡Huido!

— ¡No veis que ese otro aposente está como boca de lobo?

— Pues decís bien... en cuanto á la huida : en cuanto á lo demas no entiendo una palabra... lo que entiendo muy bien, es que tenemos encima gentes cuyo número es superior al de nuestras lanzas.

— ¿Y qué hacemos?

— ¿Qué hacemos? ¡vive Dios! bajar armados de serenidad, cobrar nuestros caballos y escapar con nuestras gentes antes de que lleguen; ¿os parece que nos seria muy grato encontrarnos, como es muy posible, frente á frente con el Condestable?

— Decís bien, bachiller, decís bien... esa D.<sup>a</sup> Judit nos ha burlado; pero yo os juro que he de cobrarle su burla ¡ira de Dios!

El maestre bajó acompañado del bachiller, silbó, reunió los lacayos de Judit, y escapó á rienda suelta, en direccion opuesta á la que traian los hombres, cuyos pasos y voces se oian ya distintamente á poca distancia.

El molino quedó abierto y abandonado.

## XXIII.

Dos rebeldes.—Una escaramuza y algunos cadáveres.

Don Enrique hizo rodear el molino y entró en él, precedido del escribano Algarra y de Marquillos, á quienes habia hecho encender antorchas; subió las escaleras con la precipitacion de la codicia, y el corazon latándole á impulsos de un innoble temor.

Habia encontrado franca la puerta del molino y esto parecia demostrar que habian llegado otros antes que él; cuando en las habitaciones superiores tropezó con la caja de hierro abierta y vacía, su furor no conoció limites : fue necesario para arrancarle de él un incidente que tuvo lugar fuera.

Los atalayas que habia dejado alrededor del molino gritaban y se oia ruido de armas, voces de hombres y pisadas de caballos : aunque no se oia choque de combate, D. Enrique temió, y no sin razon, que sus ballesteros hubiesen sido sorprendidos por las gentes del Condestable, y no se tranquilizó sino cuando entró Perdrarias.

— Los tenemos encima ¿eh? exclamó el príncipe sin poder dominar su terror.

— Dice bien vuestra señoría, contestó con su acento natural el imperturbable Perdrarias; encima los tenemos, y tanto, que para proteger la fuga de vuestra señoría, el señor marques de Villena se ha visto precisado á tomar la entrada del bosque con sus hombres de armas.

— ¡Para proteger mi fuga! ¿es decir que tenemos que correr esta noche como corrimos ayer, y antes de ayer y siempre? ¡Bellas y nobles hazañas las de D. Juan Pacheco! ¿Dónde está ese hombre?

— Estoy aquí, dijo el marques entrando. Si en vez de venirnos en busca de tesoros imaginarios, hubierais permanecido en la torre arruinada, teniamos una hermosa posicion, un campo formado; pero aquí es distinto : estamos flanqueados por todas partes.

— ¡Un tesoro imaginario! dijo el príncipe mostrando al marques el cofre de hierro vacío : ¡imaginario dices?... ¿Dónde están las piedras balajes, el oro, las riquezas que han debido encerrarse aquí?

— Poco podia contener ese cofre cuando le han dejado.

— Se las habrán repartido en las escarcelas para huir mejor.

— ¡Diablo! segun eso ¿creéis que hayan sido muchos?

— Yo no creo nada, yo no sé nada, sino que estoy aburrido, desesperado, enteramente fastidiado... y esto por mi parte va á concluir...

— ¿En qué?

— En entregar tu cabeza al rey mi padre con los otros traidores que os mofais del padre y del hijo.

Centellearon los ojos del maestre, maese Algarra y Marquillos se echaron á temblar y Alfonso Perdrarias prestó una atencion profunda é intencionada á lo que acontecia.

— ¿Es decir que vuestra señoría, piensa humillarse de nuevo?

— ¡Humillarse! ¡bah! ¿qué es humillarse? ¿á qué llamas tú humillacion, Villena? ¿á que yo diga que me habeis engañado tú y tu hermano, que mi pensamiento nunca ha sido ir contra mi padre, sino librarme al reino de un hombre que vosotros decís que es fatal?... ¿Y á esto llamas humillarse? ¡como si fuera mas noble andar al trote por vericuetos, sin dormir, sin parar, sin ver mas que rostros fruncidos y sin escuchar mas que palabras desentonadas, teniendo continuamente al lado estas dos aves frias (y señalaba á Algarra y Marquillos) que no parece sino que han nacido para callar y tener miedo! no, esto no puede continuar así : prefiero encerrarme en Olmedo con mi esposa D.<sup>a</sup> Blanca.

Retumbó entonces á lo lejos un estampido.

— ¿Qué es eso? dijo asustado el príncipe.

— Nada, señor, es la voz de mis bombardas que nos avisa que ya estamos al habla con el Condestable. Y la conversacion será caliente por lo mismo: ya que tenemos un señor, que no quiere ser rey, que escucha los consejos del miedo y de la pereza, que no sabe vivir sino degradándose entre rufianes y rameras...

— ¡Villena!

— Basta ya, príncipe... la sangre que ahora mismo se está vertiendo por vuestra causa al eco de vuestro nombre, es demasiado preciosa para que yo permita que siga corriendo por un señor tan torpe y tan ingrato.

— Pero Villena, tú tomas las cosas muy por lo serio.

— Cuando un príncipe se deshonra confesándose cobarde, no merece que desnuden por él su espada buenos caballeros.

— ¡Pero D. Juan, estás en tu juicio?

— Tan en él estoy, que ahora mismo voy á montar á caballo, á mandar cesar el combate, á entenderme

con el Condestable, á rendir pleito homenaje al rey y á entregarlos como rebelde.

—¡Diablo! ¡Diablo! tú no harás eso, Pacheco, tienes demasiado amor á tu cabeza.

El marques de Villena volvió con desprecio la espalda al príncipe que, asustado, trémulo, se lanzó tras él y le asió por la vesta.

—¿Qué quieres que haga, D. Juan?

—¿Acaso podeis hacer algo? dijo volviéndose con desden el marques.

—Puedo hacer lo que he hecho hasta ahora, contestó con impaciencia el príncipe; prestarte, alquilarte mi hombre para tus asuntos, porque estos son asuntos tuyos, y de tu hermano el maestro y de tu tío el arzobispo.

—Es decir, que si triunfáseis por nuestros esfuerzos, nosotros seríamos reyes... nosotros mandaríamos... ¡bah! creéis que todos se os parecen, que todos son capaces de obrar como vos obraríais: entre tanto, acaso esten cayendo á estas horas por causa vuestra, las cabezas de cinco nobles en Roa y Portillo! Lástima que tan ilustre sangre se derrame por vos!....

—¿Y bien, D. Juan, á qué viene todo esto? Yo sé bien que me necesitas, y tú te empeñas en demostrarme lo contrario, con un sermón de capuchino indignado contra la herejía. Menos palabras y concluyamos de una vez. ¿Qué hacemos?

—¿Tendreis aun un resto de valor para salir á mi lado al encuentro del Condestable?

—Probaré, marques, probaré, aunque no me hallo en muy buena disposicion, no he comido bien, no vivo bien; hace quince días que me estoy fastidiando... ni una labriega... en fin, vamos; eres mi rey, mi tirano y te veo decidido... mira, si no me lleva el diablo antes de que muera mi padre, si soy rey.... me voy á ver en sumo aprieto para premiarte los esfuerzos que haces para convertirme en un rompe-cabezas; esto es muy bueno, pero no me agrada... y luego dí que no te amo; cuando me presto por tí á todo, hasta de poner mi pecho al frente de las lanzas de ese demonio de Condestable... vamos, pues... señor rey sin corona...

—No os quiero conmigo, dijo en voz mas blanda el marques, no quiero que Castilla me acuse de haber puesto en peligro al heredero ilustre de una gran monarquía; abajo os espera un escudron que bajo las órdenes del Sr. Alón Perdrarias, os dará resguardo hasta Toledo... vais á Toledo, Sr. Marcos García, y vos, maese Dimas Algarra.... pues no servís para otra cosa que para sembrar cizaña, ved cómo hacéis que los judíos, que están descontentos por lo que les aprieta el señor Condestable en tributos, se subleven y se alcen con la ciudad. Creo que no me dejareis descontento.

—Habrá gritos y pedradas, y se cerrarán las puertas despues de haber echado fuera á las lanzas del rey, dijo Algarra.

—Y se pasará el pendon de la ciudad... por Enrique IV, dijo con una risita falsa Marquillos.

—Adelante pues, el combate crece y se acerca y hago falta entre los míos, dijo el marques.

—Dios quiera que el motin de Toledo no sea como el de Valladolid, exclamó el príncipe, vamos marques.

—Ciudad de que no se os escape, Sr. Perdrarias, dijo Pacheco á este al oído; es cobarde y receloso, y si lo perdemos, perdemos el pretexto.

—Descuide vuestra señoría. ¿Cuántas lanzas llevo?

—Cincuenta

—¿Completas?

—Sin que les falte un ballestero.

—¿Me entregará los alcázares Pero Sarmiento por mi solo dicho?

—Tomad para élesta carta.

—Pues, descuidad, el príncipe llegará.

A este punto, se encontraban en la puerta del mo-

lino; D. Juan Pacheco hizo montar al príncipe á caballo, le rodeó de lanzas y le vió partir en direccion opuesta al lugar donde retumbaba un encarnizado combate.

Entonces cabalgó á su vez D. Juan Pacheco, y seguido de algunos escuderos picó al caballo y se metió en la refriega.

El tumulto era espantoso, no se oia otra cosa que el estallar de las bombardas cuyas pesadas pelotas de piedra pasaban zumbando de una manera lúgubre entre los grupos de soldados que diezaban; el clamor de las trompas y de los atabales, el batir del hierro contra el hierro, los gritos de los combatientes, los gemidos de los moribundos, el alarido estridente de los caballos heridos y de vez en cuando una robusta voz que gritaba en el puesto mas arriesgado del combate.

—¡Santiago y Castilla por D. Juan el segundo! — Aquella era la voz del Condestable.

—¡San Lázaro y D. Enrique! gritaba á veces otra voz en los puestos de mas peligro.

Aquella voz era la del marques de Villena. Y seguia con igual encarnizamiento la batalla, sangriento episodio de la tremenda guerra civil en que devoraban por entonces al reino los bandos de la nobleza.

Se combatia á oscuras: la finiebla no cedia en intensidad: de repente, como si el cielo, indignado de tantos horrores, hubiera querido terminarlos por medio de un obstáculo, un furioso aguacero se desprendió de las nubes: calló la voz de la artillería; tocaron á recoger ambos ejércitos y las haces se separaron sin que pudiera decirse por quién habia quedado el campo, quiénes eran los vencidos, ni quiénes los vencedores.

Don Alvaro se retiró rugiendo á Valladolid: Don Juan Pacheco tomó bramando el camino de Toledo: sobre el campo, los raudales de la lluvia arrastraban la sangre, y el tronar de la tormenta dominaba el desesperado grito de los moribundos.

Cerca del amanecer todo dormía ó parecia dormir en Valladolid. De nuestros conocidos podemos decir, que velaban D. Pedro Giron charlando largamente con Alfonso de Vivero en su palacio; Judit en el de Benavente, leyendo de una manera sombría á Roboam las cartas que habia encontrado en el molino de la Cruz maldita, y el médico Cibdareal, que cejijunto y sombrío operaba estudiando sobre el cadáver del ahorcado en la cueva del verdugo.

## SEGUNDA PARTE.

LOS CORTESANOS DE DON JUAN EL SEGUNDO.

### I.

Doña Isabel de Portugal.

ERA el último dia del año 1341, y las últimas horas de la tarde; el sol pálido y triste, trasponia y atravesaba con sus rayos verticales, los vidrios de colores que cerraban la ventana gótica de una magnífica cámara, en el alcázar viejo de Valladolid.

Aquella luz casi fantástica, iluminaba con una media tinta roja, la notable figura de una mujer, cuyo bellissimo conjunto se destacaba sobre el fondo oscuro de la cámara apareciendo sobre él como una de esas princesas encantadas de los cuentos árabes: tan hermosa era y tan inmóvil estaba.

Sentada junto á una mesa, en un sillón; abandonado un brazo sobre la primera y apoyado el otro en el segundo, y en la mano la cabeza; pálida, triste, pensativa aquella dama, que era muy jóven, personificaba de un modo hechicero la imagen del abandono.

Estaba sola; nada se oía: solo allá, á través de la antecámara, el acompasado y débil crujir del arnés de un hombre que andaba en un espacio determinado: sin duda era un doncel del rey, que daba su guarda á la reina, porque aquella beldad solitaria era D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal.

No sabemos por qué, ni fundándose en qué pruebas, algunos zurcidores de cuentos han calumniado á esta noble princesa, que fue una mártir de la nulidad de D. Juan el Segundo, durante su vida, y una víctima de la perversidad de Enrique IV, despues de viuda, y que, sin embargo, luchando con las rebeldías y las infamias de la nobleza y del clero; buscando recursos superiores á su poder; sosteniendo su

dignidad de reina, con una energía y una fuerza de carácter admirables, educó en la soledad de su cámara, ó entre el frío y el hambre, abandonada en Madrigal por el innoble Enrique IV., educó, decimos, á sus hijos los infantes D. Alonso y D.<sup>a</sup> Isabel, y supo hacer de ellos dos ilustres y dignos príncipes: el primero fue envenenado por la traición, concluyendo desastrosamente su reinado de un día: la segunda fue la gran figura del trono español, la reina á quien debe España su unidad, su independencia, sus recuerdos de grandeza, sus posesiones del nuevo mundo, y el principio de su civilización: la incomparable, la grande D.<sup>a</sup> Isabel la Católica.

Aparte del espíritu que viene de Dios, los seres se



La reina D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal.

forman para la sociedad por la educación... las madres dan el ejemplo á las hijas, y una prostituta, una mujer sin pudor, no pudo nunca haber dejado tras sí una virtud, una dignidad y un carácter tales, como los que admira la historia en la primera Isabel.

Un libro en que la falta de imaginación, de talento, ó de buena intención, adultera el carácter de una persona que ha sido, no es otra cosa que un libelo, que estravía al que le lee; los límites de la novela no llegan á la calumnia; quien ha vivido con honra y con grandeza tiene un derecho incontestable al respeto de la posteridad.

Nuestros lectores nos dispensarán esta digresión: el novelista cobra cariño á sus personajes simpáticos, los adopta, son sus hijos y los defiende... esto es un grato sueño... y es consolador soñar, cuando al abrir los ojos nos vemos rodeados de ásperas realidades.

Volviendo á D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal: era una dama como de veinte y dos años; su hermosa, que era maravillosa, y que habia impulsado á D. Alvaro de Luna, aparte de las razones de estado que tuvo para ello, á unirla con D. Juan el Segundo, á quien contando con su sensualidad, creyó que fascinaría; su

hermosura, decimos, era magestuosa, grave, y al par lánguida y altamente simpática; su mirada límpida y régia, parecía escluir el deseo, imponer respeto á aquellos en quienes se fijaba: su talle era de sílfide y su andar de reina: hablaba con pureza y gala el entonces magnífico idioma español, aunque con un tanto de acento extranjero, y era su voz dulce, sonora, una de esas voces que penetran en el corazón, le conmueven y le fascinan.

Profundos pesares debían oprimir su alma; su rostro encantador estaba cubierto con un sombrío velo de tristeza y sus ojos se posaban inmóviles en la puerta de entrada.

Así pasó algún tiempo: al fin se levantó el tapiz de aquella puerta y un page gritó:

— ¡El Sr. Juan de Mena!

Pareció animarse la reina á aquel nombre y estendió la mano en un ademán que indicaba que el anunciado podía pasar.

Apartóse el page para dejar paso al poeta, que adelantó hasta llegar junto al sillón, y dobló una rodilla ante la reina.

— ¡Salud, dijo, á la real hermosura, gala de Castilla! ¿Me concede vuestra alteza la gracia de darme á besar su mano?

Doña Isabel tenía fija una atenta mirada en el noble y franco semblante de Juan de Mena, y pareció no haberle oído; pero un momento despues levantó lánguidamente el brazo y presentó al poeta una preciosa mano, que este besó con respeto.

— ¿Tengo la desgracia de haber incurrido en el enojo de vuestra alteza? dijo respetuosamente sin levantarse, puesto que la reina le dejaba permanecer en aquella postura.

— En vos hay dos hombres, Sr. Juan de Mena, dijo la reina recostándose indolentemente en el sillón y dejando caer sobre el poeta una larga mirada.

— ¿Dos hombres señora?

— Sí; el poeta que remonta su pensamiento á Dios, que recibe su inspiración en las alturas y descende á la tierra para dar á los hombres, envuelto en raudales de armonía, el canto sobrehumano que enaltece las hazañas, diviniza los preceptos, embellece el consuelo, y envuelve las almas de los que le escuchan en una embriaguez purísima, se apodera de ellas, las hace enardecerse en bravura, ó desbarbarse en lágrimas: entonces sois mi hombre, mi buen poeta, mi amigo: mis ojos os miran con entusiasmo y mis oídos os escuchan con delicia.

— Y, permitidme, señora: ¿cuándo este hombre, que es tan maravillosa, tan envidiamente feliz, oyendo de vuestros labios tan bondadosas, tan mágicas palabras: cuándo este hombre no alcanza gracia delante de vuestra alteza?

— Cuando ese hombre descendiendo de las alturas, donde todo es divino y puro, arrastra sus alas de oro entre el fango: cuando roba á una pobre mujer su esposo, obedeciendo las órdenes de un miserable, engrandecido por la nulidad del rey...

Juan de Mena hizo un movimiento.

— ¡Por la nulidad del rey! repitió D.<sup>a</sup> Isabel con firmeza: un hombre ha puesto sus pies sobre lo mas sagrado y arrancando una corona de las sienas de un señor débil, ha dicho á Castilla, á la reina, á la nobleza: ¡de rodillas ante mí! ¡tú, mujer, tendrás esposo cuando yo quiera! ¡tú, nobleza, tendrás los fueros que yo te otorgue! ¡tú, pueblo, comerás el pan que yo te arroje y te regirás por las leyes que yo dicte: tus franquicias y tus libertades son mías... enteramente mías, y en vano es que grites y levantes las manos en las córtés, porque mi poderoso soplo las desbarata! ¡reina: tu esposo es mío! ¡nobleza: ríndeme homenaje, porque mi espada está en las manos del verdugo! ¡pueblo: trabaja, sufre y llora; pero dame en tributo tu sudor de sangre, tu pan que es la

vida de tus hijos!... ¡cuando el noble Juan de Mena, sirve á ese hombre!...

— Pero, Señora, perdóneme vuestra alteza si digo que no conozco un hombre tal en el reino.

— Ahora sois el hombre que arrastra sus alas por el lodo, el cortesano que conspira, el esclavo que sirve á un vil favorito.

Juan de Mena se levantó instintivamente herido por las duras palabras de D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal, que, sin embargo, la había pronúnciado con acento dulce y mesurado.

— Sí, alzad, alzad, dijo la reina notando que Juan de Mena volvía á reponerse en su actitud de vasallage... no quiero miraros como al ser vulgar, sino como al grande hombre: sentaos y cubrios, Sr. Juan de Mena.

— ¡Señora!

— Sentaos y cubrios: yo os lo ruego... yo os lo mando.

Juan de Mena dejó notar un movimiento de resignación; se cubrió, tomó un taburete y se sentó á una distancia medida por el respeto.

— Acercaos, acercaos mas: ¿no sabeis que estoy vigilada? ¿que ese miserable Juan de Luna, ese camarero mayor de la cámara de los paños, no satisfecho con impedir el paso á mis dueñas, á mis damas, á mis meninas, cuando las envío con un mensaje á mi esposo; con atajarlo miserablemente á mí, á la reina, llega en su audacia hasta el extremo de poner escuchas á mis palabras, tras los tapices de mi misma cámara?

— ¡Señora, D. Juan de Luna!

— Don Juan de Luna, es un infame como D. Alvaro su padre. No hablemos mas de ellos: su destino está escrito allá en lo eterno en el libro de Dios. Habladme de mi esposo. ¿Cómo está? ¿cómo ha pasado estos dias que no le he visto? ¿Ha entrado su pendon real en Toledo?

— ¡Cómo, señora! ¿pues qué? ¿no sabeis que el rey está en Valladolid?

— ¡En Valladolid!

— El motin de Toledo, señora, ha sido como el motin de la noche pasada, con la diferencia de que en aquel se valieron de estudiantes, y no corrió sangre, y en este se han valido de judíos y han sido ahorcados muchos de ellos.

— ¿Y se han rendido los alcázares? dijo la reina pensativa.

— Los alcázares han sido entregados al príncipe Don Enrique, por el repostero mayor Pero Sarmiento.

— ¿Y el príncipe?..

— El príncipe se ha mostrado, señora, como siempre, buen hijo.

— Es decir: ¿ha protestado como otras veces, como despues de la batalla de Olmedo, que habia sido engañado: que él no se levantaba contra el rey, sino... contra los que arrimados al rey hacen el mal de Castilla, ó mejor, que seducido por malos consejeros?...

— Cabalmente, señora.

— ¿Ha entregado de nuevo vilmente á su favorito D. Juan Pacheco?

— ¡Oh! D. Juan Pacheco y su hermano D. Pedro Giron, son hombres que lo entienden: se han hecho fuertes con sus mesnadas.

— ¡Cómo! ¿D. Pedro Giron? ¿pues no hace cinco dias que estuvo en el sarao del alcázar?

— ¡Con antifaz verde-esperanza!..

— ¡Y bien!

— Aquel verde, era una señal para sus amigos; una esperanza de que pronto brotaria una rebeldía.

— Decid un acto de desesperación: ¿por qué habeis siempre de llamar rebeldes á los enemigos del Condestable?

— Porque se rebelan contra el rey.

— Si dais en cubrir á ese hombre con la persona de mi esposo, yo tambien soy rebelde.

— ¡Señora!

— Ahí están Atienza, Palenzuela y Madrigal: ¿quién sublevó esas villas?... mi oro.... ¿qué se gritaba en ellas? ¡Abajo el Condestable! ¡viva el rey!... lo que se gritaba há poco en Valladolid... lo que se grita ahora en Toledo, lo que se está gritando en toda Castilla... Pero volvamos á D. Pedro Giron y á su antifaz...

— Don Pedro Giron se habia comprometido demasiado, aunque no directamente en el motin, y tomó por buen partido, despues de aconsejarse con su grande amigo Alonso Perez de Vivero...

— Creo que ese llevaba tambien antifaz verde.

— Sí, ciertamente, y cuando vuestra alteza le conoció debió hablarle sin rebozo: nadie supo quién era aquel diablo que acompañaba al gran maestre de Calatrava, ni yo lo sabria tampoco á no ser por los furiosos celos que ese caballero hace sentir á su noble esposa D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz.

— ¡Oh! ¡todo se aprovecha aquí!... los celos... las debilidades... los fastidios de alguna alta persona... Sr. Juan de Mena, no me engaño diciendo que, cuando descendais á las miserias de la córte, sois un águila que arrastra sus nobles alas por el lodo.

— En verdad, señora, que no he aprovechado los celos de esa dama: á ser así, estaria á estas horas en una fortaleza el Sr. Alonso Perez de Vivero, que no pudiendo, á causa de una reciente herida, dejar el lecho, hubo de contentarse con aconsejar á D. Pedro Giron que reuniese su mesnada y fuese á aumentar el fuego de Toledo... el plan era horrible: sublevar la ciudad... lo que han hecho... lanzar de ella los hombres de armas del rey... lo que han conseguido tambien... proclamar al príncipe D. Enrique y arrojar del trono al rey y á vuestra alteza con él.

— Hé ahí el fruto de las tiranías, de los desafueros, y de las rapiñas de ese hombre, dijo la reina levantándose con indignacion. ¡Los nobles, el pueblo, toda Castilla, cuantos tienen dignidad y valor, embestirán con el poder que sirve de defensa al Condestable, con tal de derribarle aun á costa de una traicion!... y ¿en tanto qué hace el rey? ¡escuchar los versos con que le distraéis, acatando servilmente las órdenes de D. Alvaro: asistir vergonzosamente al cerco de una yilla, ó encenagarse en los amores de una ramera! ¡Oh! ¡esto es horrible! ¡y en tanto la mujer que ama, la mujer desdenada, la madre sin hijos, gime sola, teniendo por cárcel su cámara, porque tambien es enemiga del Condestable, porque tambien le combate, porque tambien es... rebelde... y á quien no se destierra... porque es reina!

— Veo, señora, que la fatalidad ha hecho que odieis á D. Alvaro.

— ¡La fatalidad! ¿es la fatalidad la que me ha obligado á rechazar el humillante dominio de un vasallo? ¿Es la fatalidad la que ha traído á ese hombre al punto de ser mi enemigo á muerte? Sí, teneis razon, señor Juan de Mena; ¡fatal fue el momento en que los enviados de Castilla fueron á demandarme al rey de Portugal para esposa de D. Juan el II! ¡fatal fue en verdad! ¡pero fatal para el Condestable!

— El Condestable, señora, es ante todo leal al rey... si os aparta de él es porque teme al poder de vuestros encantos... porque ha tenido la desgracia de inspiraros odio. No, señora, no: yo no me arrastro por el lodo sirviendo á ese hombre; por el contrario, le contemplo muy por cima de las pasiones humanas... y no solo yo... ahí teneis al señor Jorge Manrique, uno de los caballeros mas sin tacha de Castilla... y el mismo marques de Santillana... que tanto le aborrece... le llama, cuando mas, ambicioso, pero jamas traidor.

— ¡Oh! ¡sin duda debe de haberos hechizado ese

hombre como dicen ha hechizado al rey! exclamó con sarcasmo D.<sup>a</sup> Isabel.

— ¡Hechizado! ¡sus hechizos son sus hazañas! ¡las riquezas que posee, justo premio de inapreciables servicios hechos al rey! ¿por quién esta unida Castilla bajo un mismo señor? ¿Quién venció en Olmedo? ¿quién una, dos, tres, cien veces, ha reprimido la audacia de los infantes de Aragon, hasta despues que uno de ellos es rey de Navarra? ¿quién ha hecho respetar al agareno las fronteras de Granada, y quién, en fin, señora, ayer, obligó al príncipe D. Enrique á prestar homenaje á su padre, y á que pidan seguro para tratar del acabamiento de los bandos, á dos hombres tan indómitos, tan poderosos, tan valientes como el marques de Villena y el gran maestre de Calatrava? El combate que ese hombre, señora, ha sostenido y sostiene, es digno de un gigante: él lucha contra la envidia, contra la traicion, contra la fortuna, y para que su lucha sea mas penosa, aun vuestra alteza se declara su enemiga.

— Y en fin, dijo la reina con frialdad ¿Toledo se ha rendido?

— Toledo se ha entregado al príncipe D. Enrique á nombre del rey.

— ¡Y Pero Sarmiento?

— Ha sido preso con su teniente el bachiller Marcos Garcia, y el secretario Dimas de Algarra, que estarán á estas horas ocupando los encierros que hayan de dejar vacíos el conde de Benavente y sus amigos.

— ¡Cómo! ¿ha sido una vez generoso con sus enemigos el Condestable?

— Señora, exclamó el poeta con un sentimiento que no era fingido: lo mas terrible de las guerras civiles es que hacen derramar por la mano infame del verdugo, sangre hartó ilustre á veces.

— ¡Señor! ¿se habrá atrevido ese hombre?..

— El conde de Benavente, el de Alba y sus otros tres amigos, habian levantado sus pendones contra el rey.

— ¡Basta! ¡basta! ¡os ha enviado ese hombre á torturarme, Sr. Juan de Mena?

— Nadie sino mi lealtad me trae junto á vuestra alteza, señora.

— Pues bien, acabad, acabad de una vez. ¿Qué quereis?

— Quiero que no esteis tan triste, señora.

— ¡Oh! ¡teneis lástima de mi tristeza... lo que prueba que soy una reina bien desdichada!

— Ha venido vuestra alteza en tiempos harto revueltos á Castilla, señora, y esto es todo.

— ¿Y creéis que habeis encontrado un medio para curar mi tristeza, caballero?

— Al menos podré procurar á mi soberana un alma grande, enérgica, valiente como la suya: un corazón que la sirva de apoyo: en una palabra, si es que pueden gozar de la amistad los reyes, una amiga.

— ¡Ah! ¿es una mujer!... ¿y dónde habeis encontrado ese tesoro?

— En las cámaras de vuestra alteza, la misma noche del último sarao.

— ¡Será una de las damas de la córte! dijo con desdén D.<sup>a</sup> Isabel: no conozco ninguna, aparte de D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento, y de D.<sup>a</sup> Mencia de Padilla, con quien pueda hablar sin sonrojarse una mujer honrada; ¿quién es?

— Vuestra alteza no la conoce, señora.

— ¿Que no la conozco y asiste á mis saraos?

— A los saraos del alcázar viene todo el mundo, señora.

— Es verdad: me habia olvidado; basta ser paje, criado ó deudo del Condestable, ó pariente ó allegado á su servidumbre, para que cualquiera sea, si le place, introducido hasta nuestro retrete. D. Alvaro de Luna, para tener gentes que le sirvan á ciegas, ha

creado, derramando el oro, una nobleza harto plebeyá: hoy todos son condes y marqueses... con la diferencia de que en tiempos pasados se ennoblecía el valor y la virtud, y ahora tantos mas títulos y estados adquiere un hombre, cuanto es mas miserable, mas vil, mas á propósito para servir, cometiendo infamias, al magnate que le ha comprado... Llegará un dia en que cause vergüenza ser rico-hombre.

—Y ese dia, lo estamos torando, señora: lo ha traído de una manera irremediable el tiempo. Pero la persona á que me refiero, no es rica-fembra, por mas que como tal la consideren, los que conocen su virtud, su ingenio, su hermosura y sus riquezas.

—¿Es acaso?...

—Es...

—No: dejad que lo adivine... hay en mi cóрте una dama, que la fama pondera, y que ha sostenido ante mí la grandeza de su fama, en cuanto á discrecion y hermosura: y en efecto estuvo en las últimas fiestas en el alcázar.

—¡Oh! ¿la conoce vuestra alteza?

—Y he hablado un momento con ella. No habia creído, hasta verla, que pudiese existir una mujer tan hermosa.

—Siempre despues de vuestra alteza.

—Sabeis, señor Juan de Mena, que yo tengo muy poco de mujer... que no doy gran precio á las dotes personales; para mí todo es el alma: por lo tanto la lisonja me halla inalterable, aun cuando proceda de una boca tal como la vuestra.

—Vuestra alteza es noble y grande... y hé aquí por qué, habiendo tenido ocasion de adivinar el alma de esa dama, he pensado en ella para que entre en el servicio de la cámara de vuestra alteza.

—Dicen que esa D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor es una virtud rígida.

—Y un corazon noble.... pero todas sus grandes cualidades están amenguadas un tanto por su origen.

—Es judía, pero conversa, noble por parte de su madre con quien casó un Simuel, un judío...

—Creo señora que conoceis mejor que yo á Doña Judit.

—¿Que si la conozco? hace cinco dias que no pienso en otra cosa que en ella.

—¿Qué piensa en ella vuestra alteza?

—Sí, exclamó la reina con la voz reconcentrada y opaca; pienso en ella porque tengo celos.

—¡Celos!

—El Condestable habló en el sarao con esa mujer... y tuvo la audacia de indicármela con sus miradas insolentes, de hacerme reparar mas de una vez en ella.

—Pero no comprendo, bien, señora...

—¡Cómo! ¿será verdad que no comprendéis mis celos?... ¿que no creéis al Condestable capaz de una bajeza?... ¿qué, juzgais calumnias, lo que se dice públicamente acerca de que, para apartar de mí al rey, le procura queridas?

—Los celos engañan á vuestra alteza, señora, exclamó Juan de Mena con un ardor que pasaba los límites del respeto. Lo que pensais es de todo punto imposible.... calumnias, sí, señora, calumnias de sus enemigos, como lo de que D. Alvaro tiene hechizado al rey.

—Vuestra indignacion, me reconcilia con vos y me consuela, Sr. Juan Mena, dijo la reina en cuyo semblante radió una espresion de alegría: sí, sí, sois siempre el águila noble y generosa que vuela en una region desconocida de los hombres y desde cuya altura no ve las miserias humanas: comprendo ahora vuestro entusiasmo por ese hombre: el Condestable, visto como vos le veis, por el lado hermoso, es una figura venerable en que no se ven mas que grandezas: buen caballero, donde lanza un corcel de batalla vence: hombre de ingenio, encuentra siempre maravillosos recursos para burlar los golpes con que le

amagan sus enemigos: espléndido y generoso, sabe gastar su oro con nobleza, y nadie cual él ostenta la dignidad y las régias virtudes que debian ser el patrimonio de los principes. Es un rey de hecho: lucha, y lucha con teson: se obstina en vencer, y vence: se estremecen á su nombre los nobles castellanos, y los reyes comarcanos meditan mucho antes de emprenderla, una guerra con Castilla, en que llevada á cabo son vencidos de una sola vez, al primer empuje. Don Alvaro de Luna, considerado bajo este aspecto, es la gloria de un reino, pero ese aspecto es falso: es solo una máscara.

—El dia en que vuestra alteza, acabe de apreciar esas admirables cualidades, ¡qué feliz será el reino! porque vuestro odio al Condestable pesa demasiado en los bandos.

—Mi odio acrece, cada dia, cada hora, cada momento que pasa. Os he hecho conocer que comprendo cuánto tiene de noble y de grande ese hombre: escuchadme ahora, porque os voy á decir cuánto es miserable, infame y traidor: os voy á presentar su lado feo.

Animóse el semblante de la reina despues de estas palabras, con la densa espresion de un odio terrible.

—Existe una pasion en el hombre, acaso la mas fatal, la que conduce con mas fuerza, primero á las debilidades, despues á los crímenes, luego á las infamias; esta pasion es la soberbia.

Juan de Mena hizo un movimiento como para hablar; la reina previno sus palabras.

—No me interrumpais, le dijo: comprendo lo que queriais decirme: para vos el Condestable no pasa de ser orgulloso: pero estais engañado: no se debe confundir á la soberbia con el orgullo, ni á este con la vanidad: son tres pasiones distintas: la primera pertenece á esos hombres dominadores, despóticos que necesitan para vivir bien tiranizar, ó, mejor dicho, dominar á cuanto esté colocado en torno suyo: la segunda, el orgullo, es el noble sentimiento de la dignidad, del justo aprecio de sí propios, que ni escluye ni se escluye, y que produce esas rígidas y grandes virtudes, con cuya práctica la felicidad seria el patrimonio de los hombres: la tercera, la vanidad, es el vicio de los necios, de los débiles y de los imbéciles porque todo es vano en ellos. El limite que separa á estas tres pasiones es imperceptible; el bien está en el medio; lo insoportable, lo miserable, lo hediondo se toca en los extremos: el mundo confunde con frecuencia y hace una sola de estas tres pasiones, porque parece que está escrito que lo primero para que ha de ser ciego el hombre es para conocerse á sí mismo.

Juan de Mena escuchaba con asombro á D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal que continuó.

—Ya que os he dicho cómo comprendo esos tres afectos, os diré que el Condestable es esencialmente soberbio; y que como tal está dominado por los vicios que son inherentes á la soberbia. Es avaro...

—¡Avaro, señora! ¡avaro y arroja á manos llenas sus tesoros!

—Será necesario que os deslinde otros tres afectos que se confunden en uno: esto es: la avaricia, la codicia y la sordidez...

—Comprendo perfectamente á vuestra alteza: pero los libros santos han opuesto á cada uno de esos pecados una virtud... contra la avaricia está la largueza, señora, y el Condestable...

—Veo que, perdido, deslumbrado en los brillantes y diáfanos espacios con que sueña vuestra mente de poeta, no habeis profundizado, en los arcanos que encierra el corazon humano; ó por mejor decir, que favorecido por la fortuna, apasionado por lo bello, os deslumbráis con los velos de púrpura y oro, que cubren con tanta frecuencia cadáveres corrompidos. Vos confundis, como todos, esos tres vicios que os he nombrado, y hay de uno á otro una inmensa dis-

tancia. El Condestable es avaro, porque siente una necesidad, una sed insaciable de poseerlo todo; el mando, el amor, el aprecio general; para dominar necesita deslumbrar, y para deslumbrar, una corte y un ejército: quiere que todos conozcan que es mas que el rey, y se ha rodeado de una aureola de relumbros: los antiguos ricos-hombres, sus iguales ó sus superiores, porque, aunque reconocido por su padre D. Alvaro de Luna, no pasa de ser el hijo bastardo de un noble, habido en una mujer sin nombre; sus iguales, digo, no se hubieran prestado, los unos por vanidad, los otros por orgullo, los mas por envidia, á servir de escalón á su encumbramiento: él ha encarcelado, degollado, ó desterrado á esa antigua nobleza, y ha sabido crearse una corte, ennobleciendo á sus pagos y á sus criados y arrancando dictados y mercedes para ellos á la debilidad del rey: se ha apoderado de media Castilla, ha levantado un número exorbitante de lanzas, ginetes y peones; ha hecho á sus hermanos bastardos, á sus hijos naturales, á sus parientes todos, oficiales de la casa del rey para tenerle cercado, espionado, con eternas escuchas y guardas de vista; ha llenado de preciosidades sus cámaras; de una espléndida servidumbre su palacio: tiene en él los mismos oficios que se encuentran en la casa real; se hace servir como rey, y lo que muchos tienen por lealtad, el hacer la guerra á Aragon ó Navarra con las gentes de su mesnada y las de sus deudos no es mas que un exceso de soberbia: Europa entera puede decir: ese vasallo que es tan poderoso, que mantiene ejércitos á su costa, que de la espada real no ha dejado al rey mas que la vaina, hace gracia á ese rey de su corona... y esto, creedlo, añadió doña Isabel mordiciéndose impaciente el labio inferior, no es otra cosa que la lealtad de la soberbia, un desprecio ostensible del rey; es tener talento para crecer: si D. Alvaro de Luna, arrojara al rey del trono y se sentase en él, seria un ambicioso vulgar... así... así es un grande hombre... se conserva á su altura natural en cuanto al nombre; en cuanto al hecho, es ahora mismo el rey mas poderoso del mundo, porque tiene valor, oro y soldados castellanos bastantes para poner á raya sus enemigos de dentro y de fuera: Castilla no ha sido vencida bajo el mando del Condestable; pero está esclavizada, robada, envilecida, por la mano que la defiende, como quien defiende una propiedad que le pertenece: para todo esto D. Alvaro necesita gente que le ayude, oro para esa gente, y valor para desangrar á los pueblos robándoles ese oro. Vos tenéis por generosidad, por largueza, sus dispendiosos gastos, la facilidad con que se despoja de un señorío, para donarlo á cualquiera... que le es útil, y esto, señor Juan de Mena, mirado á sangre fria, no es otra cosa que sembrar uno para recoger ciento: el Condestable, pues, es avaro, porque es soberbio: no es por lo mismo ni codicioso ni sordido; porque el codicioso no se atreve á dar á nadie, y el sordido, se alimenta con recoger, y ni aun en si mismo se atreve á gastar. Del mismo modo no es ni vano, ni orgulloso, á ser vano, no hubiera tenido ingenio, ni valor, ni firmeza de carácter bastantes para llegar á ser lo que es; y si fuera orgulloso, os juro, que no podria, ni aun lo pensaria, degradarse hasta el punto de buscar al rey queridas, para apartarle de mí. No, no: la soberbia le ciega y la avaricia le ahoga: ese hombre lo es todo: rufian, ladrón, asesino y traidor.

—Permitame vuestra alteza que dude, dijo el buen poeta fascinado por la larga y enérgica tirada de la reina: podrá ser cierto cuanto he tenido la honra de escucharos, pero yo no he podido juzgar así al Condestable... le he visto siempre grande y noble... le he visto buscar la indigencia para consolarla... le he visto llorar cuando se ha visto obligado á entregar al verdugo un noble traidor al rey.

—Caridad de avaro y lágrimas de hipócrita... pero

pensad de que ha tenido buen cuidado de que veais sus lágrimas y de que lleguen á vuestra noticia sus beneficios.

—No comprendo con qué objeto...  
—Todo hombre superior tiene dos vidas: la del presente, y la de la posteridad: para el presente necesitaba espadas y las ha comprado con oro; para el porvenir un poeta que cante sus hazañas y os ha vencido con bellas acciones, con el alarde de la mas dulce de las virtudes, de la primera virtud, porque en ella están comprendidas todas: la caridad.

—¡Traidor! ¡soberbio! ¡avarro! ¡hipócrita! ¡podria ser!... ¡tal vez! ¡el corazón humano es un abismo! ¡pero descender hasta la tercería, hasta el robo á los pueblos! ¡no! ¡no! ¡imposible! es alto... le conozco bien... han engañado á vuestra alteza, señora, ó los celos os engañan.

—Ni me engañan, ni me engano, señor Juan de Mena ¿no sabéis que yo tambien luchó, porque no quiero que me mande nadie, si no quien legítimamente debe mandarme: el rey? ¿no sabéis que yo tambien tengo mi ejército en esos nobles que se sublevan aquí y allí; que sostienen esa tremenda guerra civil, deplorable, pero precisa, puesto que la provocan la tiranía y los abusos del Condestable? ¿no sabéis que yo tambien tengo alrededor suyo, como al alrededor del rey, hombres que le sonrien, le adulan y aun le sirven, que encubren su odio bajo una máscara hipócrita, y que todo me lo revelan... todo? ¡Traedme esa mujer, os doy gracias por haber pensado en ella... ¿quién sabe? tal vez ella y vos, ella la manceba del rey, vos el amigo del Condestable, me sirvais mas que todos esos nobles que caerán á mis pies con la espada desnuda... ¿Cuándo podré recibir á mi servicio á D.ª Judit?

—La veré esta noche, señora, y creo que mañana... á no haberme visto precisado á acompañar al rey á Toledo, ya hubiera tenido esa dama la honra de besar las manos á vuestra alteza.

—¿Lo sabe ella?

—Sí, señora.

—¿Y acepta?

—Con alegría.

—Vedla, pues, esta noche y traedla mañana.

—La veré, señora, y vendrá.

—¿Cómo! ¿os vais ya, amigo mio?

—Ya oscurece, señora, y sé que vuestra alteza, necesita quedarse sola para ocuparse en sus devociones.

—Sí, señor Juan de Mena, el mejor consuelo para los desdichados es la oracion, porque los pone en contacto con Dios, y la mejor hora para rezar, es esta en que el crepúsculo parece convidar al misterio y á la meditacion. Id con Dios.

—¿No me permitirá vuestra alteza que bese su mano, como señal de que no he perdido su gracia?

—¡Perder mi gracia! ¿qué decis? contestó la reina dulcemente; el noble juicio que tenéis del Condestable me prueba que cuando no podais dudar que es un miserable seréis de los míos.

—¿Acaso no lo soy, señora?

—Quiero decir: de los míos que no son de D. Alvaro. Id con Dios, señor Juan de Mena.

—Que él guarde y haga feliz á vuestra alteza, señora.

El insigne poeta cordobés hincó la rodilla, besó la mano á la reina, se levantó, se inclinó de nuevo profundamente, llegó á la puerta, hizo una última reverencia y salió.

—¿Si será cierto? murmuraba atravesando la antecámara: ¡oh! ¡esa mujer es inmensa! ¡acaba de darme una leccion de filosofia! ¡á mí, que me creia un filósofo consumado!

Apenas habia tenido tiempo Juan de Mena para sa-

lir de las habitaciones de la reina, cuando se levantó un tapiz en una puerta opuesta y entró un hombre alto, vestido de negro.

Su forma se perdía en la media luz del crepúsculo, que iluminaba apenas con una débil claridad la cámara.

— Habéis estado admirable, señora, dijo aquel hombre, adelantándose con una noble familiaridad: apostaría á que el señor Juan de Mena, no puede escribir un solo verso ni hacer cosa de provecho en quince días. Va atortolado.

— ¿Creeis que no he cometido una imprudencia, señor Cibdareal?

— ¡Imprudencias vos!... ¡vos que sois una gran mujer!... permitidme que os hable así, ya conoceis mi carácter y sabeis que sobre ser viejo soy médico.

— Sí, sí, mi buen bachiller: habládmelo como queráis, pero decidme si han vuelto ya Avanguardia y Leon.

— Acaban de llegar.

— ¿Y se ha notado su falta?

— Afortunadamente ha andado harto ocupado estos días el Condestable con lo de Toledo; y por lo demás, los alcaldes de Roa y Portillo, son harto discretos y nos sirven lealmente: para su descargo tienen ordenamientos de libertad en regla, y el Condestable no sabe cómo ni por dónde se le ha escapado la presa.

— ¿Pero estais seguro de que esos nobles?...

— Don Rodrigo Alonso Pimentel, el conde de Alva, Pedro de Quiñones, y su hermano Suero, han corrido á levantar sus estados, y D. Enrique Enriquez ha partido para Navarra bramando de cólera. Como que sabe que si tiene ahora unida la cabeza á los hombros es por un milagro. Antes de ocho días tenemos en la frontera al navarro.

— Pero D.<sup>a</sup> Judit sufrirá la cólera del Condestable á quien ha engañado.

— Doña Judit domina á D. Alvaro como D. Alvaro domina al rey...

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

— Os parece mentira ¿no es verdad? Le tenemos tan cercado que creo que de esta vez no escapará.

— ¿Y nos podemos fiar de D.<sup>a</sup> Judit?

— Sí, porque aborrece á muerte al Condestable.

— Quedad con Dios, señor Cibdareal; ¡quedad con Dios! necesito darle gracias.

— Sí, id hija mia, noble señora, id y orad; la oracion consuela.

La reina se encaminó á una pequeña puerta, y el médico salió de la cámara murmurando.

— ¡Pobre mujer!

## II.

De cómo, segun el dicho de un tal Rodrigo de Villacorta, lo que no consigue una mujer discreta y hermosa, no lo consigue el diablo.

APENAS habia tenido tiempo la reina de arrodillarse ante su reclinatorio, cuando se oyó fuera la voz llorosa de una mujer que gritaba.

— Dejádmelo, dejádmelo pasar; quiero ver á su alteza.

Al sonido de aquella voz la reina se levantó precipitadamente del almohadon en que se habia arrodillado, atravesó la cámara, y vió que una dama luchaba en su puerta con un maestre-sala.

— ¿Qué sucede?... dijo con dignidad. ¡Ah! ¿sois vos D.<sup>a</sup> Beatriz Sarmiento?

— Sí, señora, soy yo, yo; menina de vuestra alteza, á quien este hombre cierra la puerta de vuestra cámara.

— ¿Y por qué, dijo la reina con severidad al maestre-sala, se impide el paso por mis habitaciones á las damas de mi servidumbre?

— Perdonad, señora, pero hay una órden terminante del rey.

— ¡Una órden terminante! ¿y qué órden es esa?

— Que no se deje entrar ni salir á nadie en la cámara de vuestra alteza.

La reina pareció no haberse conmovido á aquellas palabras: miró friamente al maestre-sala y dijo á D.<sup>a</sup> Beatriz.

— Pasad, hija mia, pasad.

— ¡Pero señora! balbuceó todo desconcertado el maestre-sala, interponiéndose al paso de la jóven menina.

— ¡Atras! ¡atras vos delante de la reina! gritó D.<sup>a</sup> Isabel con cólera, asiendo una mano de D.<sup>a</sup> Beatriz: entrad, y vos traed luces.

El maestre-sala que era deudo de D. Alvaro ennoblecido y enriquecido por él, se retiró de mal aspecto y murmurando, aunque dominado por la energía de la reina.

Quando quedó esta sola con su menina, la jóven se arrojó á sus pies y abrazó sus rodillas llorando.

— ¡Perdon! ¡señora, perdon! exclamó.

— ¡Perdon! ¿Y de qué? dijo con severidad la reina que no sabia si se trataba de una falta grave. ¿En qué me habeis ofendido, D.<sup>a</sup> Beatriz?

En aquel momento entró el maestre-sala con las luces, y miró de una manera sesgada á las dos mujeres. D.<sup>a</sup> Isabel noto aquella mirada y padeció de cólera. El maestre-sala salió.

— ¿En qué me habeis ofendido, Beatriz? repitió la reina.

— ¡Ah! no es por mí, señora, por quien vengo á pedirnos perdon, sino por mi padre.

— Sí, ya sé que vuestro padre ha sido preso.

— Y le van á matar, señora.

— Vuestro padre ha levantado contra el estandarte real los alcázares de Toledo.

— Mi padre, noble y poderosa señora, se ha levantado contra quien levanta ese estandarte: contra el Condestable.

— Callad, imprudente, callad y no griteis de ese modo. ¿Creis que no basta el que vuestro padre sea enemigo del Condestable para que se encuentre perdido?

— Pero mi padre obedeciendo las órdenes del rey, ha entregado los alcázares á su señoría, el príncipe D. Enrique.

— No ha pedido seguro.

— ¿Y serán menos rebeldes que él porque lo pidan el maestre de Calatrava y el marques de Villena? ¿es decir que mientras ellos dictarían condiciones, será mi padre degollado, siendo una, igual su falta... si es que hay falta en procurar librar al reino del favorito?...

— Don Juan Pacheco y D. Pedro Giron son mas fuertes y esto es todo.

— Pero vuestra alteza es la reina; vuestra alteza me ama, me llama su hija y no querrá que yo vista luto por mi padre.

— Yo soy una reina prisionera, bien lo habeis visto: he necesitado apelar á toda mi fuerza de voluntad para conseguir que os dejen pasar de mi puerta: yo no soy reina mas que en el nombre: del mismo modo que vos habeis encontrado á la puerta de mi cámara, un hidalgo, que os ha impedido el paso, yo encontraré á la del rey un rico-hombre que me impedirá la entrada.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡y mi pobre padre!...

— Esperad... ¿está de servicio D.<sup>a</sup> Mencía de Padilla?

— Sí señora.

— Llamadla.

Doña Beatriz Perez Sarmiento salió.

— ¡Oh! tengo un pretexto, dijo la reina, y la verá: yo no iria por mí misma; pero tratándose del padre

de una de mis damas... sí, sí : el orgullo queda á salvo ; iré como reina, no como mujer : y al menos... le veré.

Doña Isabel de Portugal amaba á D. Juan el Segundo como su hija D.<sup>a</sup> Isabel la Católica amó á D. Fernando de Aragon : entrambas fueron desdichadas en cuanto al amor : entrambas sintieron el punzante dolor de los celos.

Poco despues entró una dama como de veinticuatro años, notablemente hermosa, que llegó á la reina se inclinó y le besó la mano. Tras ella venia Doña Beatriz.

— ¿Está tu marido de guarda, Mencía, dijo la reina?

— El señor Hernando Carrillo, señora, anda siempre un tanto dejado de mí, porque yo no le quiero al lado, y no sé qué podrá ser de su persona : pero de seguro está en el alcázar : es hombre de pocos recursos, y no se halla nunca mejor que murmurando con los pajes y los donceles.

— Le necesito, Mencía.

— ¡ Oh ! pues si vuestra alteza le necesita, le buscaré.

— Pero es el caso que no te dejarán salir, ni á él entrar.

— ¡ Bah ! yo entro y salgo por donde quiero, señora : para mí no hay guardas.

— Pues bien, comente como puedas, pero ello es necesario que sea : y pronto.

— ¿ Pronto ? ¡ al momento ! con vuestra licencia, señora.

Doña Mencía de Padilla se levantó un tanto el brial para andar con mas desembarazo, salvó la puerta y entró en la antecámara ; paróse allí, miró en torno suyo y vió un hidalgo jóven y buen mozo que adelantaba hácia ella.

— ¡ Calla ! dijo para sí ¡ pues sí es el Sr. Rodrigo de Villacorta ! perfectamente ; no podia ser otro mejor.

— Mi noble y hermosa dama, dijo el maestre-sala que era el mismo que habia atajado el paso á D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento ; me pesa disgustar á tanta discrecion, á tanta hermosura... pero en fin.

— En fin, os estais dando tortura, Sr. Rodrigo, para decirme que teneis orden de no dejar entrar ni salir.

— Me alegro : así sabreis que no soy yo, sino una persona mas alta la que os impide la salida.

— ¡ Calla ! pues yo creí que os alegrábais por otra cosa, caballero.

— ¿ Por otra cosa, divina D.<sup>a</sup> Mencía ?

— Sí, porque se os presentaba la ocasion de merecer.

— ¡ De mereceros !

— Pues... de merecerme... decís bien... pero para ello...

— ¡ Qué ! ¡ no basta para ello el amor que os tengo y que os he confesado tantas veces ?

— Vuestro amor, es galanteo ; ¿ cómo le puedo yo creer, si no os esponéis por él, si no os comprometéis ?

— Es que todavía no me habeis pedido nada... ¿ os ha ofendido alguno de tal modo que sea necesario romperle la cabeza ?

— No se trata de eso : para un lance de armas, sobran caballeros que nunca están mas satisfechos que cuando desnudan su espada por una dama, y sin otro interes que su galantería. Se trata de otra cosa.

— ¿ Y qué cosa es esa ?

— Oid : las mujeres solemos tener caprichos... y acaso el satisfacer uno de nuestros caprichos, es el mejor servicio que puede hacérsenos.

— ¿ Y en qué consiste ese deseo que vos llamais capricho ?

— Oid : quiero pasar la noche con mi marido.

Hí zose tres pasos atras Rodrigo de Villacorta.

— Y venis á pedirme á mí, al hombre que os ama... que os adora... esto es burlarse de mí... desgarrarme el corazon.

— Esto es probaros.....

— Pero.....

— Pero en fin ; no os pido nada ilícito. El capitán Hernando de Carrillo es mi marido.....

— Hay quien dice, señora, que no pasa de ser vuestro esposo.

— Sea como quiera... tengo un derecho que se me impide por el momento, con la orden de no dejar entrar ni salir en la cámara de la reina, y me valgo de vos para...

— Para darme á probar los celos mas horribles.

— No tal : para que llameis á uno de vuestros pajes, le enveís á buscar á mí... esposo, y le dejéis entrar en mi aposento cuando venga.

— Y bien, señora, si consiento en lo que me pedís ¿ podré esperar ?... dijo Rodrigo de Villacorta rascándose la estremidad de una oreja, despues de un momento de meditacion.

— Tendreis en vuestro favor los méritos de un servicio que yo no olvidaré nunca.

— ¡ Ah, señora, señora ! creo que me tendeis un lazo.

— Servicio mas meritorio, si creéis que os pido mucho y lo haceis... con que decidios ; envid vuestro paje.

— El precio de mi servicio al contado.

— ¿ Y qué precio ? dijo alarmada D.<sup>a</sup> Mencía.

— Vuestra hermosa mano, en fé de esperanza.

— Tened.

— ¿ Con guante ?

— Y tened en cuenta que vos sois el primero que ha tocado con sus lábios esa mano, aun sobre un forro de gacelilla ; besarla desnuda se queda para un solo hombre.....

— ¿ Para quien, señora ? ...

— Para el hombre que yo ame, contestó D.<sup>a</sup> Mencía, destellando una mirada enloquecedora sobre los ojos del maestre-sala.

— ¿ Y cuándo queréis, señora ? ...

— Ahora, al momento. Elegid un servidor de confianza.

— Iré yo mismo.

— ¡ Oh ! tendré que agradeceros mas... oid... traedlo con vos... cuando llegéis llamad quedito á aquella puertecilla, dijo señalando una colocada á un extremo de la cámara.

— Cumpliré exactamente vuestro deseo, señora.

— Pues, id, id. Ved que os espero impaciente.

— Si le encuentro, señora, no tardaré.

Doña Mencía, se encaminó á la puerta que habia indicado, y Rodrigo de Villacorta quedó pensativo en medio de la cámara.

— Doña Mencía de Padilla, que desprecia en pública su esposo, que huyendo de su compañía, se encierra con la princesa D.<sup>a</sup> Blanca de Olmedo, y solo viene de año á año, á pasar quince dias con la reina, se ha enamorado de repente de su... de ese oso salvaje que se llama su marido... bien... esto es mentira... esa mentira oculta algo... ese algo puede ser comprometido para mí... pues mejor : así tendré derecho á lo menos de hablarla, de que me escuche, y escuchándome... con paciencia y trabajo... vamos, pues ella misma se me viene á las manos, no perdamos la ocasion por cobarde.

Y tomando su gorra y su tabardo que estaban sobre un sillón, salió de la cámara, diciendo al pasar al doncel que daba la guarda.

— Señor Gil de Alarcos : que no vuelva á acontecer lo pasado : que nadie entre ni salga, mientras yo esté fuera, ni estando yo, sin mi orden.

— ¿ Ni su alteza ?

— Ni su alteza.

Villacorta tomó una crugia adelante, torció y volvió á torcer; subió y bajó escaleras, y entró al fin en un aposento en el que se oía ruido de voces y cubiletes.

Aquella era la habitacion del capitán de la guarda morisca del rey, Hernando de Carrillo.

Empujó Villacorta la puerta, se hizo anunciar por un paje y fue introducido en un gran salón gótico.

En él, al lado de una descomunal chimenea, entre ella y una mesa, en que se veían los restos de un banquete, había seis hidalgos, dos de los cuales jugaban al ajedrez bajo la atenta mirada de los otros cuatro.

—¿Decís, Sr. Alonso de Baena, que no puedo mover mi torre? decía uno de los jugadores mozo de veinte y seis años, fornido, cejijunto, de mirada bravia, barba espesa, pómulos salientes y rojos y voluminosa cabellera.

—No, par diez; dejais vuestra reina en jaque Señor Hernando de Carrillo.

—La reina está cubierta con un alfil.

—¿Y creéis que el Sr. Juan de Soto, dudará en cambiar por ella un caballo.

—Le queda un medio, dijo el nombrado Juan de Soto.

—Pues bien, callaos, señor alferéz: Vosotros los árabes os jactáis de mover las piezas como nadie: y en verdad que me habeis puesto de modo, que no puedo moverme sin esponerme á un destrozó.

—Alegrárame infinito de que perdiéseris pronto, capitán, dijo Villacorta.

—Pues muchas mercedes, Sr. Rodrigo.

—Acepto esas mercedes, por las nuevas que os traigo.

—¿Nuevas?

—Sí; nuevas de vuestra mujer.

—Alguna murmuración.

—Al contrario, es ella misma quien me envía.

—¿Que os envía mi mujer? ¿la habeis hablado? ¿qué os ha dicho?

—Pardiez, que venga á deciros....

—¿Me importa?

—Mucho... creo que piensa pasar con vos la noche.

Esto lo dijo Villacorta al oído de Hernando de Carrillo, que asustado con lo inesperado de la noticia cometió una torpeza y dejó al rey en jaque-mate.

—Habeis perdido, dijo gravemente Juan de Soto, matando al rey.

—Sí, sí señores, he perdido y me alegró. He aquí un Enrique, valor de la comida. Queda demostrado que sabeis mas que yo, y mas que muchos, señor alferéz; se entiende, en lo tocante al ajedrez. Con que, señores, ahí os dejo. Vamos, Sr. Rodrigo de Villacorta.

Y sin decir mas se asió del brazo del maestre-sala y salió. El llamado Juan de Soto se despidió tambien precipitadamente y salió tras ellos. Este hombre á quien llamaban alferéz de la guarda morisca del rey; era ni mas ni menos que el paje de Judit, el joyero árabe Raab Ebn Cotan.

Apenas estuvo en las galerías; se quitó las espuelas y los borceguies y se deslizó junto al muro, silencioso como una sombra detras de los dos hidalgos. Favorecía la oscuridad de las galerías que sólo estaban alumbradas de larga á larga distancia por un farol opaco.

Hernando de Carrillo y Rodrigo de Villacorta, sostenían una conversacion animada de la que el árabe no perdió una sola palabra. Supó que D.<sup>a</sup> Beatriz Pérez Sarmiento habia ido á pedir merced á la cámara de la reina por la prision de su padre; que inmediatamente habia salido D.<sup>a</sup> Mencía de Padilla, y hecho buscar al capitán; cuánto el maestre-sala sabia penetró por los oidos del árabe, que no se detuvo hasta cerca de la cámara de la reina, calzóse de nuevo los borce-

guies y las espuelas y se perdió en las galerías del alcázar.

A este tiempo, Hernando de Carrillo, introducido en las habitaciones de la reina por Villacorta, llamaba á la puerta que habia indicado al maestre-sala Doña Mencía.

La puerta se cerró al momento; y Hernando de Carrillo se encontró á oscuras en un espacio lleno de un suave perfume.

—Vamos, pensó; mi esposa lo ha preparado todo admirablemente para hacerme su marido; oscuridad, silencio perfumes. Esta conversion á mi amor es admirable! ¿Dónde estáis señora?

—¡Silencio! dijo una voz cerca de su oído; se trata de que me hagais un gran servicio. Asid mi mano y seguidme!

El capitán asió una mano que le buscaba en la oscuridad, la estrechó y quiso, sujetándola por ella, abrazar á la persona á quien pertenecía.

—Apartad, apartad, exclamó la dama, ó haré que os pese, Hernando.

—¿Sabeis, D.<sup>a</sup> Mencía, que andais singular conmigo? ¿qué soy yo para vos?

—Ya lo sabeis; lo que siempre: nada.

—Esto es necesario que concluya de una vez; yo soy un marido como no hay uno.

—Vos no sois marido.

—Perdonad.... la costumbre general.... pero ello es el caso que vos sois...

—Yo soy, os lo repito, una mujer que se casó con vos á la fuerza, y que no os ha amado, ni os ama, ni os amará.

—¿Que no me amareis! exclamó Carrillo, entrando á la sazón en una cámara iluminada, dentro de la cual D.<sup>a</sup> Mencía desasíó su mano de la suya; ¿que no me amareis?

—¡Es imposible! sois un hombre brutal, un animal salvaje... ¿qué habeis hecho para que vuestra esposa os ame? ni aun os habeis puesto palido, y seguis insolentemente gordo y robusto... esto es indigno...

—¿Es decir, exclamó asombrado Hernando de Carrillo, que para que vos me améis, es cosa necesaria el que me convierta en un cartilago, como dice el bachiller Cibdareal? ¿en un hombre de pergamino?... pues mirad: yo creia que la robustez, la fuerza, eran dotes inapreciables para el amor.

—Os digo, que sois un animal, señor mío; no sabeis hablar del amor sino de una manera vulgar.... como hablaria un capuchino.

—¿Decididamente, señora, vos estáis resuelta á no ceder las ventajas que mi amor os ha dado sobre mí?

—¡Bello amor el vuestro! veamos; ¿qué habeis hecho por mí?

—En p.imer lugar, me he casado.... cosa que me parece....

—Cosa que hacen todos: eso cuando mas, y tomándolo en el sentido picante de vuestras palabras, prueba que sois un hombre vulgar.

—Y por lo mismo; vos os habeis propuesto haer de mí un esposo singularísimo: un esposo que no es marido: un soltero preso, lo que ya es una contradiccion.

—Pues mirad; en vos consiste que ese extraño estado, cese.

—¿En mí?

—Se necesita que seais complaciente.

—He dejado por vos, señora, ó por mejor decir, al escuchar vuestra cita, he cometido una torpeza al ajedrez, que me ha producido un jaque-mate, y por consecuencia, la pérdida de un Enrique.

—Y habeis cometido otra torpeza en ponerme en parangon de interes con un jaque-mate y una moneda.

—Confieso, señora, que, cuando estoy junto á vos, es tal la impresion que me causa vuestra hermosura, que no sé lo que me digo.

—¡Gracias á Dios que habeis sabido ser una vez galante!

—Pues mirad : puedo juraros que ha sido sin intencion.

—¡Mejor, mucho mejor! Eso prueba que vuestro amor es uno de aquellos que rebosan del alma por sí mismos. Ya sabia yo al llamaros que hariais todo lo que yo quisiera.

—¡Y qué es lo que hay que hacer, señora?

—Veamos : ¿Cómo os hallais con D. Alvaro de Luna?

—¡Con D. Alvaro de Luna? bien, si se atiende al semblante : le sonrío si me sonrío ; le aprieto la mano si me la aprieta, y guardo al rey cuando me manda que le guarde.

—¡Bien, perfectamente!... ¡guardais al rey! lo que quiere decir que, como alcaide de ese real prisionero, podeis llegar á él cómo y cuándo os plazca.

—Sí, indudablemente. En cuanto á lo de prisionero, el rey, aunque lo está, no lo sabe.

—No ha sido la primera vez que lo ha estado sabiéndolo, y lo ha sufrido : que hablen, si no, el difunto infante de Aragon D. Enrique, y el castillo de Tordesillas.

—¡Ah! ¡ah! ¿cuando lo del casamiento del rey con su primera mujer D.ª María de Aragon? ¿sabeis lo que trovó el Condestable, á propósito de aquello? ¡Bah! es una trova que tiene... que tiene intencion... para los casados... la escuché un día al Condestable, en la misma cámara donde estubo con guardas de vista el rey en Tordesillas. Escuchad, señora :

Prisado fui bajo el peso  
de los fierros de un fidalgo,  
é dicen que libre salgo  
cuando me ponen mas preso.  
Que, aunque eran duros los lazos  
del infante de Aragon,  
juzgo mas dura prision  
de mujer propia los brazos.

Prision, que yo deseo, sin embargo, ardientemente, señora; añadió Hernando Carrillo, con visibles muestras de abrazar á D.ª Mencia.

—Páreceme, caballero, que las trovas del Condestable, tienen la virtud de haceros un tanto atrevido, dijo la jóven rechazándole : no se trata ahora de eso, y os juro, que no os pondré preso, sino cuando me hayais dado repetidas muestras de obediencia y sumision. Hablábamos de que el rey está preso...

—Sin saberlo... eso es... el Condestable le tiene cerrado, y no le deja llegar á él, sino las gentes que le convienen : para los demas, está cerrada la puerta á nombre del mismo rey.

—¿Pero vos teneis la llave de esa puerta?

—Indudablemente.

—Y, decidme; ¿en vuestro interior, reverenciáis al Condestable? ¿sois tan su amigo como demostrais esteriormente?

—Os diré : algo hay que aclarar en esto... no he pensado mucho en ello; pero, examinando mi conciencia, estoy disgustado. Desde que nos casamos, esto es, desde hace seis años, soy capitán de la guarda morisca del rey; me hacen sudar aun en invierno, teniéndome siempre dentro del arnes y al trote, pegado, cosido al sayo del rey. De Madrigal á Olmedo, de Olmedo á Madrid, de Madrid á Benavente, de allí á Escalona, á Palenzuela, á Toledo... siempre delante de las jaras y de las lanzas de los rebeldes; siempre constituido en capitán de escaladores, dando batacazos y montando almenas á escala franca y cuchillada limpia; porque habeis de saber, que lo que vos encontráis inútil para el amor, esto es, la robustez y la fuerza, lo halla utilísimo el Condestable para embestir fortalezas; no gana para arneses, ni para regalos al bachiller Cibdareal, que continuamente me está curando descabros y porrazos. Pues bien, todavía

soy capitán del rey, á secas, con cien maravedis de plata de soldada al mes, sin que se cuiden de pagarme los caballos que me hacen reventar, ni los descosidos de la piel, ni las vigiliias, ni las noches al sereno. Aun no se le ha ocurrido al Condestable hacer firmar al rey un albalá para mí, con la donacion de un juro de Enriques, castellanos ó cruzados, de oro de por vida, sobre las rentas reales, cuando no hay pajecillo ó quitamotas de su señoría, que, de la noche á la mañana, no se encuentre señor de una villa, con título de conde ó marques ú otra merced en consonancia; sin mas buscar : hoy se me ha hecho recibir á las dos horas de llegado el Condestable de Toledo, á un Juan de Soto, á un paje moro converso, que tenia consigo D.ª Judit de Sotomayor, y me he visto obligado á entregarle el valiente estandarte de mis escuadrones... escuadrones de fieras, que no sé... no sé cómo se van á avenir con un aferez barbilindo, hermoso, de diez y ocho años... y cobarde! no sirven mas que para jugar al ajedrez... eso sí... con él jugaba cuando.....

—En conclusion, resulta que, si no estais disgustado, teneis motivo para estarlo.

—Ciertamente.

—Para ser enemigo del Condestable.

—Ciertamente.

—Para jugarle una mala pasada.

—¡Oh! no tan ciertamente.

—¡No! ¿y porque?

—¿Por qué? porque el Condestable á pesar de mi robustez y de mis puños es mas fuerte que yo.

—¡Pero, si no se pide que os comprometais!

—¿Qué se pide pues?

—Simplemente que dejeis entrar junto al rey, á una persona.

—¿De las que el Condestable no quiere bien?

—Nada os importa eso.

—¡Pardiez! ¿que no me importa? ¿sabeis que sospecho, que teneis deseos de ser viuda?

—Al contrario : deseo ardientemente tener motivos bastantes, para ser vuestra mujer.

—¿Y lo sereis?

—Cuando tenga pruebas...

—De modo que esta es la primera.

—Y acaso valga por todas.

Miró con tal dulzura, con tal intencion D.ª Mencia á su esposo, que este vaciló, y pareció que la sangre iba á brotar á traves de su piel. Hernando de Carrillo estaba furiosamente enamorado.

—Pues bien, señora; si me prometéis...

—Os tendré en memoria lo que esta noche hagais, y os dejaré que me veais alguna vez.

—Pues bien, por tan hermoso premio, no es mucho esponer una cabeza que está ante las espadas enemigas todos los dias, por cien maravedis de sueldo.

—Creo que mi amor os puede domesticar, Hernando, y que os amo ya algo...

—¡Ah, señora, señora! no me digais nada, porque me matais : dejadlo todo para el gran día; quisiera espesaros mi agradecimiento, mi esperanza, en latin, que es una gran lengua, segun dice el confesor de la princesa D.ª Blanca, el arcediano D. Gonzalo de Arévalo... ya sabeis... el que tuvo la culpa de nuestro casamiento.

—Bien, bien, os lo agradezco y lo doy por recibido; pero estamos perdiendo el tiempo y nos esperan: venid.

Doña Mencia hizo entrar al buen Carrillo por una puerta oculta en la tapicería, y un cuarto de hora despues apareció, trayendo del brazo una dama enteramente cubierta con un manto, que podia equivocarse con D.ª Mencia á juzgar por su estatura y su talante; en la manera con que el capitán la miraba, se comprendia claro que no sabia á qué atenerse respecto á ella; que dudaba si era D.ª Mencia ó no.

La dama se detuvo en la cámara, y Hernando de

Carrillo, salió y se acercó á Rodrigo de Villacorta que se paseaba meditabundo en la antecámara.

—Amigo mio, le dijo con su ruda franqueza, indudablemente habeis hecho mucho por mí esta noche, pero yo espero tendré que agradeceros algo mas.

—¿Y qué mas he de hacer por vos?

—Creo que teneis órden espresa de no dejar entrar ni salir á nadie de las habitaciones de la reina.

—Así es, y ya os he dejado entrar... en lo que he hecho mal indudablemente.... pero no por eso me opondré á que salgais.

—¡Ya! pero es que yo no quisiera salir solo.

—¿Cómo! ¿no estais satisfecho aun?

—Aquí para entre los dos: quien no está satisfecha es mi mujer... D.<sup>a</sup> Mencía me ama mucho, amigo mio, mucho.

—Pues no lo hubiera creído... en fin ¿qué quereis?

—No soy yo quien quiero, sino mi mujer.

—Y ¿qué quiere vuestra mujer?

—Pasar la noche en mi aposento... esto entre los dos... D.<sup>a</sup> Mencía me ha dicho que no quiere que la conozca nadie, ni vos... y viene encubierta.

Rascóse la estremidad de la oreja Villacorta.

—¿Sabeis que me estais haciendo desempeñar un bello oficio vos y vuestra mujer?

—Cosas de alcaide, señor Rodrigo de Villacorta..., y en fin estamos á tantas... hoy por vos... mañana por mí.

—¿Volvereis antes del amanecer?

—Volveremos.

—Pues pasad.

Poco despues, Hernando de Carrillo atravesaba la cámara llevando del brazo á la encubierta y Villacorta gritaba al doncel:

—Dejad el paso franco hidalgo.

La encubierta, le dió las gracias con un hechicero movimiento de cabeza.

—¡Es ella! ¡es ella! ¡D.<sup>a</sup> Mencía! al saludarme ha querido decirme; sin duda: ¡esperad!... llevando á su marido del brazo!... ¡pardiez! no entiendo una palabra de esto... pero sí, indudablemente; lo que no consigue una mujer discreta y hermosa, no lo consigue el diablo.

Villacorta se sentó despues de esto en su sillón, y media hora despues dormia, con el sueño de los justos, ó por mejor decir de los tontos.

### III.

#### El señor rey D. Juan el Segundo.

Por aquellos momentos, en una cámara distante de la de la reina y mas modesta que aquella, sentado junto á una mesa con tapete blasonado, y cubierta de papeles, un hombre como de cuarenta años, de semblante dulce y melancólico se ocupaba en leer un manuscrito que por sus ralladuras y sus renglones desiguales, daba á conocer el original de una poesia segun habia salido de las manos del poeta.

Aquel hombre en cuyos ojos irradiaba el fuego de un gran entusiasmo, producido sin duda por la lectura, era el rey de Castilla y de Leon D. Juan el Segundo.

Inútilmente se buscará en los anales españoles un rey en quien se encuentren reunidas la nulidad para el gobierno, la ceguedad cuando se trataba no solo de los intereses de sus pueblos sino de los suyos propios, la torpeza, en fin, y la vergüenza con que estaba entregado al arbitrio de un favorito, y el claro ingenio, la ilustracion, el avance en que estaba colocado respecto á su tiempo en cuanto tenia relacion con las letras ó con las artes, como en D. Juan el Segundo: era á la vez idiota y sabio, mezquino y grande, segun la faz por que se le consideraba: para el trono la nada; para la civilizacion la clara antorcha

que debia iluminar é iluminó una época literaria, que debia grabarse, segun el dicho del gran historiador americano Prescott, con lo que Gioivo llama el buril de oro de la historia.

Insuficiente y nulo, D. Juan el Segundo, para gobernar en paz ó con gloria sus estados, haciendo respetar por sí mismo su estandarte real á las naciones fronterizas; mezquino para premiar los esfuerzos, con que los buenos castellanos, lidiaban por reconquistar la dignidad y los fueros nacionales, era entendido y liberal lo bastante, para premiar y ennoblecer literatos y poetas, que sin él acaso, como otros muchos en los reinados anteriores, hubieran pasado desconocidos, sofocado su genio bajo el cetro de hierro de la edad media: Juan de Mena, Jorge Manrique, Rodrigo de Cotta, el marques de Santillana, Alonso de Baena y otros, que constituyen la brillante pléyada literaria de este reinado, vivian de su liberalidad, que le hacia empeñar las rentas que le quedaban, de las escandalosas concesiones que para sí ó para los suyos le arrancaba D. Alvaro de Luna.

Esto era el resultado preciso de la educacion afeminada que le dió su madre la reina D.<sup>a</sup> Catalina de Lancaster, y mas la degeneracion de la raza de Trastámara, que desde Enrique II á Enrique IV descendió de una manera marcada: el sucesor de D. Pedro I, el patricida Enrique, si bien fue justo y benéfico, no recibió de Alonso XI, el indomable carácter, la energética fuerza de voluntad, ni el talento de mando que brillan en el rey D. Pedro; pasó lavando con un reinado justo y pacífico el crimen que le franqueó el paso al trono, y dejando tras sí á Juan el I, que apenas fue rey: Enrique III, pobre, enfermo, combatido á un tiempo en el cuerpo por la dolencia, en el alma por la pobreza y la debilidad en que le habian constituido las dispendiosas mercedes con que se habian procurado su apoyo contra la rama legitima sus antecesores, fue un cadáver coronado, y en Juan el Segundo, no ya rey sino poeta, á quien debia representarse con una pluma y no con una espada (como aparece en el retrato que acompañamos tomado de un códice de la época); en Juan el Segundo, decimos, no se encontraba, ni el carácter decidido, emprendedor y guerrero necesario á un rey de aquella época, ni aun el talento del gobierno interior de su familia: dominado siempre por D. Alvaro de Luna, esclavizado á su voluntad hasta en sus mas íntimas afecciones, abandonado de todos, si no era infeliz era porque ni aun tenia carácter para serlo: la historia le culpa injustamente llamándole tirano, cuando era esclavo.

Desgraciado en todo, la reina D.<sup>a</sup> Maria le habia dado en el príncipe D. Enrique un hijo en que ya no se encuentran ni el rey, ni el hombre: con las pasiones bajas y crueles de los seres débiles y degradados, causó la desgracia ó la vergüenza de los suyos: heredó todo lo malo de su padre, esto es, la indolencia, la nulidad para el mando, la sensualidad y la gula, sin que brillasen en él, la dulzura de carácter, la resignacion, el ingenio y la noble liberalidad de aquel: se dejó deshonrar, no solo en su persona sino en su título, y á no haber existido sus hermanos los infantes D. Alonso y D.<sup>a</sup> Isabel, hubiera terminado en él corrompida y degradada la dinastía de Trastámara.

Don Juan el Segundo, pues, gracias á las musas castellanas, no ha pasado enteramente privado de memoria á la posteridad.

Tal era el hombre, que, sólo y abandonado en su cámara, leia tranquilamente un borrador de versos de Juan de Mena, mientras á su alrededor, en su mismo alcázar, hervian las intrigas cortesanas, en el reino la guerra civil, y en la frontera los ejércitos invasores.

Don Juan descansaba confiado en D. Alvaro de Luna: parecia haber resignado en él su dignidad, y se dejaba mandar, ni mas ni menos que, como un se-

ñor disipado y débil, se deja gobernar por su mayor-domo.

Recitaba el rey con gran entusiasmo una tirada de estancias del *Laberinto* de Juan de Mena, cuando se levantó el tapiz de la puerta de la cámara, y apareció una sombra negra, que se detuvo un momento, adelantó y dejó ver una mujer enteramente cubierta con un manto.

Tan abstraído estaba el rey en su lectura, que no reparó en ella hasta el momento en que la encubierta llegó á la mesa, y puso una blanquísima mano sobre el manuscrito.

—¡Feliz vos, señor, dijo con voz dulce y trémula, que tenéis para alegraros poetas que cantan con la voz de los ángeles!

Al sonido de aquella voz el rey arrojó el manuscrito, saltó del sillón, asió el manto de la encubierta y se lo arrancó.

Era la reina que estaba ante él, pálida, conmovida, con la mirada llena de amor y hermosa como una ilusión de placer.

—¡Isabel! ¡mi Isabel! exclamó el rey asiendo con las dos manos la bella cabeza de su esposa, y besándola con frenesí en la boca. ¿Eres tú, alma mía? ¿ha tenido el Condestable lástima de mí?

—¡El Condestable! ¡siempre el Condestable! exclamó la reina, rechazando blandamente las caricias del rey. ¿Hasta cuándo, señor, os tendrá esclavizado ese hombre? ¿Cuándo recobraréis vuestra dignidad?

—¡Ah! ¡ah! yo creía, D.<sup>a</sup> Isabel, que os traía el amor, dijo con desaliento el rey.

—Sí, me trae vuestro amor; porque os amo quiero que rechazéis esa vergonzosa tutela que no os permite ni aun ser dueño de vuestra casa; porque os amo vengo á vos esponiéndome á los insultos de ese hombre....

—¡A los insultos! ¿qué decís, señora?

—Sí, á los insultos. ¿Qué soy yo delante de él? una sombra que se vence con un soplo.

—No tan sombra, no tan sombra, señora: el Condestable se queja de que le haceis una cruda guerra; que no le dejais velar por la gloria de mi reinado; que alentais á los rebeldes y que os habeis quedado sin joyas para pagar sublevaciones: esta es la causa de que os separe de mí, de que yo sufra el estar privado de vuestros encantos, en lo que soy muy infeliz, Isabel mía, porque te amo, te amo con toda mi alma y para tí son todos mis sueños, todos mis pensamientos.

El rey quiso de nuevo acercarse á su esposa.

—Apartad, señor, dijo la reina, retrocediendo y posando en el rey una mirada tan severa que le hizo bajar los ojos: vos no me amais...

—¡Que no os amo!

—¡Hay tan hermosas judías en la corte, exclamó la reina con voz reconcentrada, que obligan á una reina honrada y pura á sentir la humillación de los celos!

—Judías... hermosas!... ¡bien puede ser! dijo el rey, pero no os comprendo, señora.

—No, ni quiero que me comprendais... ¿he dicho que tengo celos? no es verdad... ¡celos yo! ¿y qué derechos tengo yo? ¿No han ido por mí á Portugal para casarme por razones de gobierno con un rey de quien no era conocida? ¿con un rey acostumbrado al galanteo y á las aventuras? No, yo no debo tener celos y no los tengo... pero tengo dignidad: me han hecho reina, y ya que lo han hecho quiero que prueben que no ha sido en balde. Quiero que sea esta la última vez que me vea obligada á valerme de la astucia para veros: quiero entrar por derecho propio en la cámara de mi esposo, con la frente levantada y descubierta y no velada con un manto, dominada por el temor y por la duda como una mujer que se ve obligada á encubrir su deshonra. Quiero, en fin,

que esto termine, y terminará porque yo lo quiero.

—Si vos quisierais señora... esto cesaría, dijo el rey con el acento tímido y suplicante del que busca una concesion vergonzosa, viviríamos juntos, siempre juntos... vuestros hermosos ojos me inspirarían bellas trovas, y á vuestro lado, teniendo en torno una academia de poetas, viviríamos en una dulce paz, dejando el áspero cuidado de los negocios y de las armas á nuestro buen Condestable.

—¡Es decir: dejándole vuestra corona y tomando de él como merced el rincón de un alcázar, donde ocultaríamos vergonzosamente nuestra debilidad, nuestra impotencia!

—Verdaderamente soy muy desgraciado, señora... doblemente desgraciado porque creo que no me amais.

—¡Que no os amo!

—Si me amárais me dejaríais vivir en paz ayudado por mis buenos servidores...

—¡Esclavizado por la traición, degradado, mandado como un niño por un insolente favorito! ¡vos no habeis salido aun de vuestra minoría, D. Juan! ¡sois aun el mancebo débil y enfermo apegado al brial de vuestra madre, á quien quisierais que yo imitara, y que no tenéis otra ambición que la de que os dejen por toda vuestra vida entretenido ora con una pasión, ora con una ramera, ora con un poeta... os anuncio, que yo no puedo tolerar este estado, y que si esto continúa así, antes que pedir un divorcio que me deshonraría, porque daría lugar á que se empleasen en contra mia las lenguas maldicientes de las hechuras del Condestable, estoy resuelta, digo, á hacer que el rey de Portugal adelante sus pendones á las fronteras castellanas para vengar los insultos hechos en mí á su sangre.

—¿Pero cuáles son esos insultos, D.<sup>a</sup> Isabel?

—Se me tiene presa.

—¡Presa!

—Presa como estais preso vos, con la diferencia de que á vos os doran los grillos, y á mí me hacen sentir su peso: ¿creeréis que la reina de Castilla ha tenido que apelar á la astucia y al incógnito, á una degradante intriga, para venir á veros y á deciros: Despertad, señor, porque la traición os cerca... porque la infamia os esclaviza?

—Teneis razon en decir que soy desgraciado, señora.

—Desgraciado porque no teneis valor para ser feliz.

—No, sino porque los divinos lábios de que solo debia escuchar palabras de amor, solo se despliegan para reconvenirme, para echarme á la cara males imaginarios. Decid que el Condestable ha tenido la desgracia de no agradaos, de que no veais en todo su esplendor cuanto tiene de grande, de noble y de leal.

La reina dió á su rostro, al escuchar estas palabras, la expresion del mas despreciativo desden.

—Males imaginarios, señora, continuó el rey. ¿Acaso no es Castilla el reino mejor gobernado y mas poderoso del mundo? ¿No están pujantes su agricultura, su comercio y su industria? ¿No brilla refulgente para todos el sol de la justicia? ¿No es vencida por do quiera la guerra civil?

—Esa guerra civil, señor, es la mas clara prueba de que en vuestros reinos no hay ni pan ni justicia; de que los vasallos son siervos, de que la voz de las córtes, que se levanta enérgica y compacta contra el tirano, es sofocada por la fuerza y se ve obligada á hablar con las armas en los campos y en los castillos. Cuando los pueblos tienen franquicias y dinero, cuando se respetan sus sagrados derechos, cuando están regidos por un poder justo y sabio, no se sublevan, señor, sino que bendicen y entonan cánticos de amor al rey que vela por ellos y los protege. Cuando el débil

se une al débil, para rechazar la infame tiranía del fuerte, es porque le faltan las condiciones de existencia, porque prefiere el martirio á la deshonra, á las vejaciones y al hambre de sus hijos.

Doña Isabel al pronunciar estas palabras con una indignación que podemos llamar santa, no era propiamente ni una mujer, ni una reina, sino el sublime, el valiente espíritu de la justicia que se exhalaba por unos lábios mortales, y resplandecía en una mirada mas que humana; el rey vaciló fascinado y miró algunos instantes en un silencio de asombro á su esposa.

—Creo, señora, dijo resistiendo aun, que al carnos han hecho lo mismo que unir y poner en lucha al hierro con el vidrio. Vos sois el hierro, el vidrio yo. Incansable vos acabareis por aniquilarme, por hacerme pedazos. Os ruego, señora, que tengais compasion de mi, que me dejes vivir en paz.

—Bien... pues si pensais así, si es imposible enardecer vuestro espíritu enervado... consiento en ser vuestra esposa, en rodearme con vos de poetas, en seguiri en la montería... á todas partes.

—¡ Ah! ; Isabel! ; Isabel! ; si eso fuera verdad!



El rey D. Juan el II.

—Sí, sí señor, exclamó con sarcasmo la reina; pero para ello será necesario que levanteis de vuestras sienes la corona de un pueblo que ha sido noble, generoso y grande; de un pueblo que desde la cueva de Covadonga, ha ido ensanchándose y regando con ilustre sangre la tierra que ha reconquistado á los árabes, hasta encerrarlos en un pequeño espacio contra las riberas del mar por donde vinieron tras las fronteras de Granada: de un pueblo que cuenta héroes á millares y que se avergüenza de tener á su frente un rey, cuya espada no se ha enrojecido toda-

vía; para ello será necesario que ciñais esa corona á las sienes del rey de hecho, del hombre que tiene en sus manos el destino de vuestros reinos y que este hombre en vez de llamarse conde de Santisteban de Gormaz, rico-hombre y señor de villas y lugares, gran maestre de Santiago y Condestable de Castilla, se llame D. Alvaro el Primero, rey de Castilla, de Leon, de los Algarves... Es mas valiente, mas poderoso, mas fuerte que vos, y será para él ligero peso la corona que os abruma y cuyos derechos os usurpa.... Haced eso, y yo me presto á ir con vos á ocultar mi

vergüenza á un rincon de los Pirineos, y allí, si es que os encanta lo que vos llamais mi hermosura, os prometo haceros olvidar entre delirios de amor la corona que hayais perdido por... débil.

Hubo un momento de silencio durante el cual el rey no se atrevió á levantar los ojos que habia inclinado ruboroso sobre la alfombra : á su despecho comprendia que la reina tenia razon... y le avergonzaba su propia debilidad.

—Ni aun para contestarme teneis valor, D. Juan, y esto es desesperado... ¡qué! ¿tan apoderado está de

vos ese hombre que ni aun el convencimiento de vuestra ignominia basta á sublevaros contra él?

—Estás conmigo demasiado dura, Isabel, exclamó el rey en un doloroso acento de queja; ¿crees que no me contraria el conocer que hay un hombre en el reino que vale mas que yo, que es mas rey que yo? No, Isabel mia, no. Pero sé tambien que los reyes nacen y no se hacen, y yo no he nacido rey, rey al menos de estos tiempos : si hubiera nacido dos siglos mas tarde... acaso mi nombre pasaria con gloria á la historia : pero yo no tengo valor... el valor necesario



El príncipe D. Enrique.

para reinar en los tiempos presentes, en que la nobleza tiene castillos y pendones, soldados y vasallos, derecho de alta y baja justicia; en que los abades y los obispos ciñen la coraza bajo sus vestiduras sacerdotales, y rodean de muros almenados el santuario... Para reinar hoy es necesario un corazón de hierro que resista á los golpes mas rudos, á las miserias mas doloridas, á las lágrimas mas desesperadas : yo tengo corazón de poeta : me entusiasman las heroicidades de la guerra de Troya : hebo la san-

gre y escucho estremecido de entusiasmo el crugir de los carros de batalla; pero es porque esa sangre, y ese estrago y ese horror, son un cuadro pintado por el gran ingenio de un divino poeta : la sangre que un rey se ve obligado á verter en estos tiempos por la mano del verdugo ó combatiendo vasallos rebeldes, cegaría mis ojos y pesaría sobre mi corazón hasta deshacerle, si la vertiera. ¡No! ¡no! exclamó con un horror indescribible el rey. ¡Yo no verteré jamas sangre!... ¡no puedo!... ¡me espanta!... ¡Dios no

ha dado al hombre poder para destruir!... y escucha: si alguna vez tu poderosa voz me fascina... me embriaga... si derramo una sola gota de sangre... esa gota estará cayendo eternamente, implacable, sobre mi conciencia y me matará.... Si me amas, Isabel, si mi muerte ha de acibarar tu vida, no me obligues á matar, porque si mato... te quedas viuda...

El estremecimiento que recorrió el cuerpo de la reina á aquel terrible pronóstico, demostró que amaba al rey con toda la imponderable fuerza de su carácter; palideció, tembló y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

—Y bien, señor ¿creéis que no se derrama sangre á vuestro nombre? contestó D.<sup>a</sup> Isabel con acento mas dulce. ¿Podreis jurar lo que ha sido de D. Enrique Enriquez de Benavente, de Alba y de los Quiñones? ¿Podeis asegurar lo que será de Pero Gomez Sarmiento?

—¡Allá, allá el Condestable! exclamó el rey con terror; yo no tengo nada que ver en eso: nada: él es el administrador de mi corona: si gobierna bien ó mal, suya sea la culpa, no mia... que caiga esa sangre, si la derrama injustamente, sobre su cabeza.

—Es que esa sangre si se derrama es por el poder que en él habeis resignado.

—No, esa sangre, Isabel, no es otra cosa que el resultado de la eterna lucha con que la envidia de los nobles, por las mercedes que he concedido, en premio de sus altos servicios, á D. Alvaro, le bruma y le fatiga: aunque quisiera impedirlo no podria: para apagar la rebelion, seria necesario que empezase cortando una ilustre cabeza, aquella (añadió el rey señalando con pena una tabla en que se veia el retrato del príncipe D. Enrique) la de mi hijo que es el primer rebelde y yo no bebo mi propia sangre... ¡No! ¡jamás!... eso se queda allá, para el rey Don Juan de Aragon... él será capaz, muy capaz de matar á D. Carlos de Viana, al hijo de su primera esposa D.<sup>a</sup> Blanca, por el hijo de D.<sup>a</sup> Juana su segunda mujer.

—¡Libreme Dios, señor, exclamó la reina con horror, de aconsejaros, ni aun de tenderos asechanzas para que cometais tan horrendo crimen!

—Y sin embargo, Isabel, mira bien aquella cabeza innoble, degradada, continuó el rey señalando con un dedo implacable el retrato: aun empieza su vida, y ya no es hombre siquiera: yo soy débil, si; pero él es miserable; yo jamás hubiera ambicionado la corona de mi padre: él es capaz de atentar á mi vida: nadie le ama; su rostro solo, repele, disgusta, y sin embargo le amo yo, porque soy su padre, y le perdono, y cuando viene á mí afectando un hipócrita arrepentimiento le abro mis brazos y le estrecho con placer en ellos: pero su beso de paz me quema los labios y me envenena el alma, porque es el beso fétido de Judas.

—Pues bien, señor, alzaos de una vez, sed digno: encerrad al príncipe en un castillo y poned en su compañía á D. Alvaro de Luna.

—¡Don Alvaro! ¡mi mejor vasallo! ¡mi único amigo!... pedidme otra cosa, señora.

La reina se mordió los labios con despecho.

—Un amigo que hace escarnio de vos.

—¡Escarnio! ¿y os atreveis á llegar hasta ese punto, señora; sabeis que soy el rey de Castilla?...

—Sé que debíais serlo, dijo la reina sin alterarse por el inoportuno alarde de autoridad del rey.

—¿Que debia serlo? ¿acaso no lo soy?

—Vos mismo lo confesábais hace un momento.

—Pero no tan bajos, señora, no tan bajos; sé demasiado que si un día me propongo hacer una cosa la haré.

—Probad.

—Espero una ocasion.

—Puedo ofrecerosla.

—¿Cuál?

—Como rey estais en posesion del derecho de vida y muerte.

Palideció el rey.

—No, no quiero que mateis, dijo la reina, sino que perdoneis.

—¡Perdonar! ¿y á quién? preguntó tranquilizándose el rey.

—A uno de vuestra casa; á un noble que tenia por vos los alcázares de Toledo, y que se ha levantado con ellos por el príncipe.

—¡Ah! ¡mi repostero mayor!

—Y ya, señor, que de tal modo os lastiman las lágrimas, doleros de las de su hija D.<sup>a</sup> Beatriz...

—¿No es menina vuestra esa dama?

—Sí señor...

—¿Y ella os ha pedido?...

—Me ha pedido la vida de su padre.

—¿Y vos?

—Me he visto obligada á confesarla mi falta de poder... porque no quiero dar esperanzas para que despues sea la realidad mas terrible.

—Habeis hecho mal, muy mal, señora: si á eso veniais, podeis volver y asegurar á esa dama que su padre no morirá.

—Creo, señor, que aprovechais esta ocasion de despedirme: vive en vos el dominio de D. Alvaro: le temeis.

—Os digo que Pero Sarmiento no morirá.

—Y decís mal, señor, permitame vuestra alteza que interrumpa, para contrariarla, una plática entre mis dueños naturales, pero tal es el duro deber de un buen vasallo.

La voz que habia pronunciado estas palabras convulsas á la puerta, conteniéndose á duras penas, se acercó lentamente: el rey lleno de confusion tartamudeó algunas palabras como un niño á quien pillan en una falta y teme un castigo, y la reina levantó la cabeza con una altivez indescribible. Tenia delante de sí á D. Alvaro de Luna, pálido y ceñudo.

—¿Quién es este hombre, dijo la reina dirigiéndose á su esposo, que así permanece de pie y cubierto ante sus reyes?

—¡Señora!... barbotó el rey lanzando una mirada suplicante á su esposa.

—¡Ah! ¡es D. Alvaro de Luna! ¿y quién otro pudiera ser? ¡pues bien! Condestable, ¡afuera el birrete y de rodillas!

La reina arrancó el birrete á D. Alvaro, le lanzó lejos de sí y posó su fria y severa mirada en el Condestable.

—En verdad, señora, dijo D. Alvaro, doblando, sin violencia, al parecer, una rodilla, que he nacido en mal hora para ser el blanco inocente de los enojos de vuestra alteza. ¿Podré esperar que me otorgéis vuestra mano?

La reina permaneció inmóvil: un momento despues adelantó un paso y tendió friamente su mano al Condestable que apenas la tocó con sus labios.

—Alzad, dijo secamente la reina; me parece ridículo el obligaros á rendirnos un largo homenaje, cuando nos teneis en vuestras manos; cuando sois la omnipotencia de Castilla.

—La reina está enojada contigo, Condestable, dijo el rey que veia venir una escena doblemente violenta que su prólogo, y queria cortarla á todo trance, porque dice que la tienes presa.

—Su alteza ha debido decirlo por donaire... repuso el Condestable, notando el disgusto con que la reina habia recibido las palabras del rey, que eran una verdadera bajeza: lo que hay de cierto, señor, es que, aconsejado por mí, vuestra alteza ha mandado que se vigile la entrada y la salida de los aposentos de...

—¡De vuestra reina! exclamó, no pudiendo ya contenerse D.<sup>a</sup> Isabel.

—La corte hierve en traidores, señora, que se venden por vuestros amigos, y que pretenden estraviar vuestra opinión... doloroso ha debido serme ese consejo, pero preciso.

—Admiro la firmeza de vuestro descaro, D. Alvaro.

—Vuestra alteza no me ve bien: su vista está ofuscada por prevenciones de traidores.

—La reina deseaba... dijo aun el rey probando un medio de reconciliación.

—La reina, exclamó con arranque D.<sup>a</sup> Isabel, no desea: manda; la reina tiene valor bastante para imponer respeto á un vasallo; la reina sabe demasiado que está abandonada, pero se sostiene sin temor, y no provoca un lance grave por evitar el escándalo de una rebeldía: pero lo que ha venido á buscar aquí la reina será... ¡Hola!

—A la voz de la reina apareció en la puerta un maestre-sala.

—Haced entrar al capitán de la guarda del rey, y á un secretario.

Don Alvaro hizo un movimiento.

—No os inmuteis, señor Condestable, dijo la reina, no se trata ahora de prender... traidores... demasiado sabéis que no tenemos fuerza para ello.

—Vuestra alteza tiene demasiada fuerza, señora, mas, acaso, de lo conveniente... pero no me inmutó... únicamente, perdonadme, me impaciento.

—Que os impacientais.

—El consejo espera al rey para asuntos gravísimos, asuntos que no permiten perder un solo instante... dijo el Condestable, mirando al rey de una manera tal, que parecía prescribirle un mandato.

—¡Ah! ¿me espera mi consejo? dijo el rey enteraente desconcertado.

—Navarra nos insulta, exclamó el Condestable con energía, su hueste se acerca á la frontera, y muy pronto, sin duda, llegarán, señor, un rey de armas y un faraute, á dejar un guante á los pies de vuestro trono.

—¡Ah! ¡ah! ¡tenemos otra vez encima al rey don Juan nuestro primo!... ¡me espera el consejo!... ¡ya lo ois, señora; el asunto no puede ser de mas interés, va en ello la paz de nuestros reinos... y os dejo... creo además que será bien que os entendais con el Condestable... ¡yo... quisiera... vos, señora, sois mi vida, mi luz... este noble amigo... mi espada y mi cabeza.

Una segunda mirada del Condestable acabó de trastornar al rey.

—Me espera el consejo, no le hagamos esperar, dijo con la voz trémula; adios, señora... Condestable, adios.

Y sin decir mas palabra, como quien huye, se encaminó á una puerta cercana, y se perdió tras ella.

#### CAPITULO IV.

##### El Condestable visto por dentro.

—ACABAD de una vez; gritó cólerica la reina: entrad con vuestras lanzas en el alcázar, arrojad de él á ese rey, que no ha sabido dejar de ser niño: insultadme, á mí, á su esposa, á una dama, á la reina... pero concluyamos de una vez, Condestable... esto es insoportable... ¡ó vos! ¡ó yo!

—Nos perderemos ambos, señora.

—¡Que nos perderemos!... ¿es decir que vuestros reyes y vos somos una misma cosa?

—Mi estrella mengua, señora, exclamó con un profundo abatimiento D. Alvaro... estoy cercado por todas partes; anonadado, muerto; mi corazón está enervado, mi brazo pierde su fuerza... y vos, con vuestra eterna y encarnizada lucha, robais el dogal que ha de ahogarnos.

La reina miró impaciente y altiva á la puerta de la cámara.

—No esperéis, señora á esos hombres que habeis llamado, porque no vendrán.

—¡Qué no vendrán! ¿os atreveis á decir que no vendrán?

—Sí, porque aquí no se obedece mas voz que la mía.

—¡Miserable! exclamó la reina adelantando hácia él.

—¡Malhaya la hora, señora, en que pensé, trayéndoos al tálamo del rey, asegurar la gloria y la prosperidad de Castilla! Traje con vos una enemiga... cuando esperaba...

—Una manceba.

—¡Señora!

—¡Os habeis atrevido á todo! ¡á todo! ¡al honor de un rey, y al pudor de una mujer!

—¡Cuando, los que me envidian, blasfeman contra lo que llaman mi fortuna, hay momentos en que desesperado les contesté con una carcajada! ¡Cuando, los que me creen soberbio, se irritan, necesito de todo mi desprecio para no mandarlos encerrar como locos! Me acometen sin comprenderme, y me creen lo que no soy porque me han obligado á ser lo que no queria ser. Escuchadme con calma, señora, y dejadme al menos la esperanza de que podré convenceros y convertirlos si no en mi amiga en mi aliada. Mientras me he creído con fuerzas, he luchado solo, os he contenido, os he separado del rey; pero ahora os lo repito, necesito de vuestra ayuda, y sino os hubiera encontrado aquí hubiera ido en vuestra busca.

—Creo que me imponeis tiránicamente la enojosa tarea de escucharos.

—Os suplico, señora, que me presteis algunos momentos de atención.

La reina se sentó en la silla blasonada del rey, y apoyó su linda barba en su mano, permaneciendo sombría, abstraída y ceñuda.

—Cuando mi mala estrella, dijo el Condestable, que permanecía de pie inmóvil y descubierto, puso en mis manos el gobierno de vuestros reinos, encontré que no había leyes, ni justicia, ni dignidad, ni fuerza: un favorito vulgar acostumbrado á la debilidad del pacífico gobierno del rey D. Enrique III, seguía manejando, como un juguete, á la reina viuda D.<sup>a</sup> Catalina.

—Ese hombre era vuestro antecesor el buen Condestable Dávalos.

—El buen Condestable se contentó con apoderarse de media España, y dejó campar á su placer, á los infantes de Aragon en el reino, á los moros en la frontera; Aragon y Navarra nos insultaban, y hasta Portugal se nos atrevia: había, es verdad, paz, pero la paz del débil y del cobarde; la paz de la ignominia.

Llegué, vi, y me sonrojé: me daban en la cara los insultos hechos á un pueblo en que no había nacido, pero que había adoptado por mio: tras la indignación vino la ambición; pero no una ambición bastarda, no una sed de riquezas, sino el noble afán de regenerar, de unir, de consolidar de hacer fuerte y respetable á un pueblo que había sido poderoso y grande y que podía volver á serlo, si una mano fuerte le levantaba de su abyección. El cáncer estaba en los desafueros de la nobleza y del clero: de esos dos brazos que deben sostener la gloria y la moralidad de los pueblos: cada rico-hombre era un déspota odioso, una codicia insaciable, un pensamiento traidor, y cada obispo, cada abad, un rico-hombre. Las cortes malgastaban su tiempo en debatir odios particulares, y el estado llano, compuesto de vasallos hambrientos, era un cuerpo sin dignidad, sin valor, sin independencia. Las cosas marchaban desastrosamente á un día terrible en que se hubiera perdido la nacionalidad, constituyéndose cada señor de vasallos en un rey independiente de un reinicillo; compuesto de cuatro fortalezas y algunas villas: Castilla se hubiera hecho pedazos, como Espa-

ña despues de la invasion de los árabes, y estos, que aun viven en nuestro suelo, agrupados en el reino de Granada, en una gran poblacion unida, compacta y valiente hasta el heroismo, hubieran vuelto á invadir y reconquistar el reino de que habian sido arrojados, apoderándose con facilidad y uno á uno de los señorios fraccionados, en una guerra de seis meses.

Y no creais que abulto el estado en que se encontraba Castilla cuando yo vine á ella: la rebeldía existía ya descarada, insolente, audaz: hace mas de cien años se dió en el reino un funesto ejemplo. Un bastardo de Alonso XI desgarró con su puñal el pecho de su hermano, de su señor natural y legítimo, del gran rey D. Pedro, de ese rey cuya historia escrita por un enemigo le desfigura, y á quien se llama cruel como me llamarán ambicioso, miserable y traidor: todo consiste en que él no fue el rey D. Juan el Segundo, ó en que yo no he sido el duque de Alburquerque: es decir: en que no vivimos en un mismo tiempo: aquel era un rey digno de mí; y yo, sin que se me tome á orgullo, un Condestable digno de él: él hubiera tenido la corona y yo la espada: la nobleza hubiera sido desarmada, reprimido el clero; y regido de una manera justiciera el pueblo: los moros hubieran sido lanzados al Africa, perseguiólos en ella, arrojados al desierto, y Navarra, Francia, Aragon y Portugal, se hubieran estremecido de terror al solo nombre de Castilla; la union, en fin, hubiera partido desde el corazon á las estremidades, y España hubiera vuelto á ser lo que era bajo la corona goda: un solo reino poderoso y terrible, bañado por dos mares, estendido desde las columnas de Hércules al Pirineo, con feudos y vasallos en Africa y en Francia.

El Condestable suspiró y se pasó la mano por los ojos en un movimiento desesperado como quien, colocado en una triste realidad, lanza de sí un hermoso sueño.

—El fruto de la traicion de Enrique II contra su hermano D. Pedro, fue fatal; fue de hecho la disolucion del reino. Los grandes crímenes, no se llevan á cabo sin la ayuda de grandes traidores, y Enrique II no logró ser rey sino ofreciendo todo un reino, por una corona. Conoció lo infame de los que se habian levantado, y les temió... temiéndoles los compró y las mercedes Enriqueñas, repartidas con una largueza y con una prodigalidad escandalosas, enriquecieron, no solo á Duquesclin, el gran capitán de Francia, sino tambien al último aventurero que habia enristrado su lanza en pro de la usurpacion. Ya en adelante no se sirvió al rey por adhesion, por honra, por entusiasmo... sino por dinero... creóse una nobleza infame y miserable... y desde entonces, cada infanzon, cada rico-hombre, cada noble, cada hidalgo, no son otra cosa que miserables aventureros, cuya espada se compró á un precio exorbitante, cuantioso, solo comparable á lo enorme de su nulidad: no bastaron ya las rentas y los estados reales y se apeló al pueblo, á ese pobre pueblo, que sostiene sobre sus hombros, jadeando y cubierto de sudor, de sangre, el peso de una nobleza insaciable y de una corona débil y cobarde: aumentáronse los tributos, se desangró al pueblo, se le azotó, se le redujo á la miseria, y agotada la fuente se apeló al crimen; se proscribió á los judios se les confiscaron sus bienes y se les robó, para satisfacer infamias; llegó, al fin, un dia en que mientras los nobles y los clérigos reventaban de ahitos, faltó pan á Enrique Tercero, y un hombre del pueblo se vió obligado á mendigarlo para dárselo. Con el oro, con el poderio creció la soberbia de los nobles... nacieron las envidias particulares, y brotó la guerra civil, que aun dura; guerra hecha á nombre del rey y que le pone en un estado verdaderamente lamentable y deshonroso, obligándole á prodigar humillantes concesiones; á dar á unos lo que quita á otros. El estado en que se encuentra Castilla no puede ser mas desesperado: se necesita ser un

Dios para ordenarla, y para ello que ese Dios, vertiera á torrentes la sangre, arrancando del cuerpo enfermo los miembros podridos. Vuestra alteza, señora, posee un claro ingenio, un gran corazon y sabe que cuanto digo es verdad.

—En todo cuanto habeis dicho, contestó la reina con desden, no habeis hecho otra cosa que presentarme un esacto traslado de lo mismo que vos haceis. Imposible es ni aun soñar una audacia mayor que la vuestra: os indignais contra los tiranos, y teneis en vuestro poder sujeta y aprisionada la persona del rey, la de la reina; os embravecen las que llamis rapiñas de la nobleza, y no hay memoria bastante para retener los nombres de los señorios que poseeis; parece que os ponen fuera de vos las traiciones, y sin embargo usurpais la corona de vuestro señor natural; abogais por el pueblo y le oprimis; volveis por la dignidad de las córtes, y os burlais de ellas; os lastiman los desafueros, y las crueldades cometidas con los judios, y vos los azotais, los robais, los haceis pedazos. Esto es vergonzoso: esto es llevar la audacia á un límite increíble.

—No creí, contestó con calma el Condestable, no creí, señora, alentado por la fuerza de mi corazon, que llegase un dia en que, para justificarme delante de una reina, cuya virtud admiro y respeto, me fuese necesario rendir una estrecha cuenta de mis actos: creia, por el contrario, que llegaria un dia en que podría retirarme en paz del gobierno, dejando á mi señor natural, á mi rey, un reino pacificado, purificado y floreciente: un dia en que pudiera decirle: os devuelvo, señor, cuanto me habeis dado, porque yo no necesito oro para comprar hierro. Pero, lo repito á vuestra alteza, mi estrella mengua; he envejecido cien años en cinco dias; mi cabeza arde, se abrasa, es un caos que se revuelve como un torbellino que estravia mis pensamientos, que los hace vagos, disparatados, sin fuerza; Satanás se ha apoderado de mí y sin embargo, señora, si vos me ayudais, si vuestra pureza me fortalece, podrá suceder que yo domine por un momento este vértigo, que brote de mi alma un pensamiento, y pueda dar un golpe, un solo golpe; pero decisivo... ayudadme, señora, porque ayudándome os salvais.

—Aclaradme el misterio de vuestra conducta, justificaos: probadme que, imitando las infamias de vuestros antecesores no habeis sido infame: y si vuestros pensamientos se han encaminado y se encaminan á procurar dignidad y fuerza al rey y paz, justicia y prosperidad al reino, os juro por mi fé de reina, y por mi honra de mujer, ayudaros con todas mis fuerzas, alzarme con vos, ó perecer con vos. Creo que vuestra justificacion será larga, y no quiero que por fatigado la malogreis: sentaos.

—Estais poseída de una incredulidad y de una prevencion invencibles contra mí, señora, dijo el Condestable sentándose; el sarcasmo de vuestras palabras me lo demuestra. Procuraré, sin embargo, ser todo lo claro, todo lo franco que sea necesario para que comprendais lo que llamis el misterio de mi conduta.

El Condestable inclinó la frente, la apoyó en una de sus manos y guardó silencio un momento, como si se ocupara en coordinar sus recuerdos: despues levantó la cabeza, tranquila, magestuosa, magnífica: por su mirada diáfana parecia poderse llegar hasta el fondo de su alma.

—Vine muy jóven á la córte, señora, dijo empezando su relato; en los primeros años de la vida del rey, y entré como page á su servicio. A pesar de mi poca edad, era ya un hombre formado, y eran tales y tan desembozadas las maquinaciones que pululaban en derredor del trono, que no pudieron pasar para mí desapercibidas.

Mi espíritu ha sido siempre audaz y fuerte: de-

lante de él brillaba una luz lejana, pero clarísima: la luz de un porvenir de gloria: hacia mucho tiempo que tenía yo los ojos fijos en aquella luz y la contemplé con mas afán desde el momento en que comprendí que el estado en que se encontraba Castilla podía llevarme á ella.

La reina D.<sup>a</sup> Catalina, educaba á su hijo ni mas ni menos que como una dueña, y enervaba su carácter haciéndole afeminado y débil. D.<sup>a</sup> Catalina era dada á excesos; se embriagaba con frecuencia y se entregaba al trato de gente baja. Os digo la verdad, señora, añadió el Condestable notando un movimiento de disgusto en la reina. D.<sup>a</sup> Catalina de Lancaster no solo no era reina... ni aun era dama.

Tenia treinta y ocho años y era hermosa, vigorosamente hermosa: hija de Inglaterra, tenía esa blancura deslumbrante de las razas del Norte, su morriñez de formas y unos hermosísimos ojos azul de cielo. Yo era joven... ardiente, apasionado: la reina, abandonada con frecuencia á la embriaguez, rodeada de servidores bajos, estaba al alcance de mi mano, la amé y osé á ella... ella no volvió de la embriaguez del vino sino para caer en la del amor; la reina me adoró... despues de esto me hizo dueño del alcázar y de la persona del rey nombrándome capitán de la guarda y... desde entonces fue cuando mi ambición se alzó.

Pero se alzó guardada, encubierta: al verme elevado hasta al amor de una reina, dueño de su confianza, favorecido con altos oficios y nobles mercedes, columbré que yo podía ser el salvador de un pueblo, y pasar á las páginas de su historia con un nombre ilustre: esta ha sido, es y será mi ambición; medité, y conocí, que para llegar á mi objeto necesitaba el poder real. Durante diez años, trabajé continuamente en cautivar la voluntad del rey... y lo logré; mio fue entonces, mio despues... mio aun... Yo le arranqué del poder del infante D. Enrique de Gormaz comprando su libertad con la mano de la infanta D.<sup>a</sup> Catalina; yo le casé con la infanta D.<sup>a</sup> Maria de Aragon; y con el pretexto de un premio á mis servicios, le obligué á que me hiciese conde de Santisteban de Gormaz.

—Le obligásteis! Observó profundamente la reina.

—Le obligué, porque necesitaba oro, mucho oro, para llegar á mi objeto. Ya he dicho á vuestra alteza que desde Enrique II acá no había vasallos leales, sino espadas compradas... yo necesitaba espadas para hacer la guerra á la nobleza, y las tuve ennobleciendo á mis pages, creando señores que habían sido vasallos y que me lo debían todo.

—Esperad... parece que en esa época hicisteis al rey algun agravio, que no podia dirigirse al gran objeto á que vos decís encamináis vuestros hechos... por aquel tiempo os acusaron de adulterio... de asesinato... de adulterio con la reina y de asesinato sobre uno de los mejores caballeros de Castilla. Grandes debieron ser las pruebas puesto que el rey os desterró.

—No hubo pruebas, señora; sino imprudencias de parte de D.<sup>a</sup> Maria.

—¿Con quien en efecto tuvisteis amores?...

—Sí, señora; el rey estaba cercado, asediado por enemigos míos; la reina estaba en mi daño, y recurri al amor... mis enemigos fueron vencidos y ahorcado por traidor ese noble de quien se me llama asesino.

—Y todo lo hicisteis mirando á vuestra gloria!... en verdad que no se comprende la grandeza de un hombre que apela á tan infames recursos.

—¿Qué importan los medios cuando se trata de un gran pensamiento que es necesario llevar á cabo? ¿qué valen el honor de una mujer liviana y de un rey débil cuando se trata de salvar á todo un pueblo?

—Basta, Condestable! ¡basta! la reina ni quiere ni debe oír una justificación tan estraña, en que se hace alarde de crímenes é impurezas. ¿Pero no os habeis atrevido?...

—¿A deciros amores? es cierto, encontraba en la

reina una enemiga y apelé á la mujer... me equivoqué...

—¡Miserable de vos! exclamó la reina levantándose con indignacion, ¿creisteis acaso que D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal era tan baja como D.<sup>a</sup> Catalina de Lancaster ó tan liviana como D.<sup>a</sup> Maria de Aragon? ¡atras Condestable, atras! ¡entre vos y yo no puede haber mas que odio y guerra! ¡guerra á muerte sin tregua hasta que caigais vos ó caiga yo!

—Os repito, señora, que si os obstinais en ver las cosas bajo su mal aspecto, si os obstinais en acusarme, acaso me vencereis, porque esto y solo y os ayudan muchos traidores; pero si caigo, caeréis conmigo, no lo dudeis, porque si yo caigo, caeré bajo el verdugo, y esto matará al rey... le matará de seguro... antes que vos, antes que todo, yo soy el amor del rey, que no puede vivir sin mí. La desesperacion, el dolor, acaso, el remordimiento...

—¡El remordimiento! ¿Creéis que se puede sentir remordimiento por haber hecho justicia?

—¡Justicia! justicia en mí! si he cometido algun crimen por el que merezca la muerte, ese crimen pertenecerá á mi vida privada, no á mi vida de gobierno. El rey, á pesar de su debilidad, de su aversion al mando, sabe cuando bien le he servido, y si me ha hecho mercedes, las he ganado cumplidamente, señora, derramando mi sangre en el campo por su corona, gastando mi vida en intrigas palaciegas, doblegando mi orgullo en bajezas necesarias; no me culpeis, si me veo obligado á obrar de una manera oscura, vergonzosa, si se quiere: el diamante se labra con el diamante: cuando la traicion es poderosa, no se puede vencer sino con traicion: yo no he hecho mas que aceptar la lucha en el terreno que esa lucha se me ha presentado: la culpa no es mia, es de mi época; me he visto envuelto en una corriente de cieno, y me he enlodado, pero hasta ahora he resistido esa corriente... tal vez me venza, y entonces ¡ay de vos, cuando os falte la ayuda fatal de este enemigo!

—¿Conoceis que no tenéis fuerza para sosteneros á pesar de vuestras bajezas, y sin embargo os obstinais!

—Un hombre como yo no retrocede nunca, señora: vence ó perece: he podido rogaros, suplicaros... pero retroceder yo ante esa nobleza rebelde, mi eterna enemiga... eso... jamas... vuestro orgullo, vuestro rencor os han cegado... espero tranquilo el día en que me hareis justicia.

—Acaso, acaso os la haga, me atrevo á esperar... pero será por la mano del verdugo.

—¡Ay de vos si llega ese día! exclamó D. Alvaro, no pudiendo ya sostener el templado acento que había sostenido hasta entonces: ¡soberbia y altiva mujer, que dominada por tu orgullo no ves tu debilidad! ¡piérdete en buen hora! ¡miserable de mí, que he sido bastante bajo para satisfacer tus insultos! ¡yo te desprecio! ¡eres mi hechura, y puedo deshacerte, aniquilarte, reducirte á polvo!

La reina quiso contestar, y ahogó sus palabras la cólera; su palidez era espantosa, sus ojos amenazadores, terribles, devoraban con una sombría espresion de odio el semblante del Condestable.

—¡Guerra á muerte entre los dos! exclamó D. Alvaro con voz ronca: nada me importa lo que suceda, porque siempre tendré venganza: si logro exterminar á mis enemigos, tú volverás á ese miserable Portugal; pero no como viniste, honrada y victoreada por un pueblo, sino repudiada, mancillada; si vences, si me llevas al cadalso, ahí quedarán para vengarme el príncipe D. Enrique, y los Pachecos, y los Girones y los Carrillos; el hijo rebelde y miserable, y los traidores ambiciosos é infames. ¡Reina! ¡la suerte está echada, dices bien, ó tú, ó yo!

—¡Tu cabeza, Condestable! ¡tu cabeza! ¡me la de-

bes y te la cobraré! exclamó al fin la reina en palabras entrecortadas y casi ininteligibles por la cólera.

—Mi cabeza es una, y ya llevo cobradas muchas á cuenta, exclamó con voz cavernosa el Condestable. Y á propósito de cabezas... tú venias aquí á pedir gracia para una.

La reina hizo un movimiento de extrañeza.

—Cuanto haces, me es notorio, dijo el Condestable, respondiendo á aquel movimiento: mis servidores han visto entrar desolada en tu cámara á D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento, te han visto después salir acompañada de ese imbécil Hernando de Carrillo, que es bastante necio para hacerme traición, y yo que hubiera podido impedirte que vieras al rey, te he dejado llegar hasta él porque habia creído que hablándote me comprenderias, y quise encontrarte como al acaso. Todó, todo lo sé. Pues bien, di á esa hermosa jóven que ore por su padre y que vista luto... ¿es una cabeza mas añadida á mi cuenta! ¡un traidor menós!

La reina palideció, pero se contuvo aun.

—¿Hasta cuándo durará esto?... ¿me veré obligada á sufrir por mucho tiempo la presencia de mi verdugo?

—¡Oh! no señora, no; vuestra alteza es libre... enteramente libre de volver á sus aposentos cuando lo desee.

—Lo deseo hace ya mucho tiempo.

—¡Hola D. Juan! gritó el Condestable llegando al tapiz de la puerta.

Como si hubiera estado detras de él, apareció Don Juan de Luna, guarda mayor de su padre el Condestable y camarero mayor de la cámara de los paños del rey.

—Haced que los pajes del rey enciendan hachas, y vos con ocho donceles dad guarda de honor á su alteza la reina, á quien yo deberé la alta honra de acompañarla.

Un momento despues, cuatro pajes, con hachas precedian á la reina á quien seguian, el Condestable, su hijo y ocho donceles, armados de punta en blanco, con las espadas desnudas.

Así atravesaron las largas galerías del alcázar, llegaron á los aposentos de D.<sup>a</sup> Isabel, y el Condestable penetró con D.<sup>a</sup> Isabel hasta la antecámara.

La reina entró desdeñosa y altiva, sin contestar al profundo saludo del Condestable que pasó ceñudo y sombrío por delante de Rodrigo de Villacorta, quien á su vez encontró sin contestacion el saludo que habia hecho á su señor.

Al salir encontró el Condestable solo y en ademan misterioso á su hijo D. Juan que le esperaba. ¡Acostumbrado á leer en su semblante, conoció que deseaba hablarle de algun grave asunto.

—Qué acontece, D. Juan, le dijo

—¡Ah! señor, contestó el jóven, tengo la desgracia de anunciaros malas nuevas.

—¿Malas nuevas?... ¿qué?... preguntó con precipitacion el Condestable.

—Los alcaides de Roa y Portillo...

—¿Han escapado los presos?

—En efecto, señor, han escapado... porque no es de creer que vuestra señoría los haya puesto en libertad.

—¡En libertad! ¡yo en libertad! ¡á cinco de mis mas mortales enemigos! no... es que todo me sale mal; es que esos miserables me son traidores; pero estarán presos...

—¡Detenidos!

—Á una fortaleza... á una fortaleza con ellos...

—Es que traen para descarga dos ordenamientos de libertad dados por vuestra señoría. Vedlos aquí, añadió el jóven sacando un rollo de pergamino de su escarcela.

El Condestable se avanzó á ellos, se dirigió á una

de las lámparas que alumbraban la galeria y devoró su contenido.

—¡Sí, en regla! ¡esta es mi firma mi sello! no han sido traidores mis alcaides, no. ¿Y saben ellos quién ha llevado estos ordenamientos?

—Dicen que dos hidalgos á quienes no conocian, señor.

Esta repuesta de D. don Juan de Luna probaba que los reyes de armas Avanguardia y Leon, habian tenido gran suerte, ó habian ido provistos de oro bastante para hacer que los alcaides olvidasen sus nombres.

—Y si nada sabian Juan de Castro y Diego de Rivera ¿por qué han dejado sus tenencias y han venido á presentársenos?

—Porque poco tiempo despues, llegaron los corretores de vuestra señoría á escitar su vigilancia. Esto les hizo sospechar que los ordenamientos eran falsos y han venido á dar sus descargos.

—No, no: las firmas y los sellos son míos...

—¡Os han robado, señor, pergaminos en blanco!...

—No... pero han borrado, Juan, lo que habia escrito en ellos... todos, todos son mis enemigos: hasta la mujer que amo, murmuró el Condestable de una manera que hizo ininteligibles sus últimas palabras.

—Ademas, señor, el verdugo Juan Cercena ha desaparecido, desde la noche del motin.

—¿Que ha desaparecido el verdugo?...

—Sí.

—Otro traidor... ó tal vez otro enemigo, observó D. Alvaro.

—Y luego...

—¿Aun hay mas?...

—Acaba de llegar un correo, con la nueva de que Pedro Sarmiento...

—Ha sido ejecutado...

—Al contrario, señor, que ha huido arrojándose con la mula que montaba, al Tajo, por la puente de Alcántara.

—¡Al Tajo! ¡en esta estacion en que la corriente estará crecida!...

—Si eso fuera, señor, habríamos acabado con un traidor sin que pudiesen hacernos cargo de su sangre; pero no es así, Pero Sarmiento está á estas horas sano y salvo en Aragon.

—¿Y quién ha traído esa nueva? exclamó con una creciente cólera el Condestable.

—Os he buscado en vano, señor, para noticiaros estos contratiempos y no os he encontrado... estábais, segun creo, casa de D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

—Sí, sí, pero la prueba de la existencia del repostero mayor ¿cuál es?

—Esta carta escrita por la misma mano de ese miserable, que ha sido dejada esta tarde en mi casa por un desconocido, dijo D. Juan de Luna, sacando un pliego de su escarcela.

El Condestable arrebató á su hijo aquella carta y la leyó.

«Guerra á muerte, Condestable, decia; con estas letras te envío mi guante y te espero con las lanzas de mi mesnada, cercando tu villa de Hariza. Los aragoneses que andan por aquí, tienen tambien grandes deseos de saber si tienes mucha sangre en la cabeza. Hasta la vista, Condestable. De sobre el castillo de Hariza, al amanecer del 30 de diciembre de 1451.—El repostero mayor del rey, señor de Buitrago.—Pero Sarmiento.»

—Pronto... ahora mismo, D. Juan, gritó colérico el Condestable: toma mis lanzas y mi bandera, recoge las que hay en mi villa de Escalona, y lleva contigo esta carta. Mañana sobre Hariza... mañana á media noche sorprende á ese traidor, préndele, y clávale esta insolente carta en el corazon con la punta de tu espada. Vé, hijo mio, vé... tú eres la sola esperanza de tu padre, que está cercado de ingratos y traido-

res... pero escucha... antes toma diez de mis escuderos, ven con ellos al alcázar y prende á Rodrigo de Villacorta que está en las habitaciones de la reina, y á Hernando de Carrillo que da la guarda del rey... vé y pronto... despues de esas prisiones, dentro de una hora á caballo y sobre Hariza.

Tras esto, el Condestable apretó enérgicamente la mano á su hijo, le dió la carta de Pero Sarmiento y desapareció.

Don Juan de Luna quedó pensativo, inmóvil en el mismo sitio: preocupado con los acontecimientos y entristecido: un presentimiento oscuro le decía que menguaba la estrella de su padre.

—Pero aun nos quedan puños y lanzas, murmuró el generoso jóven, como respondiendo á su pensamiento: podremos caer, pero caeremos con honra sobre sangre.

Y tomó la galería adelante en direccion opuesta á la que habia seguido su padre.

Apenas se habia alejado D. Juan, cuando de detras de una columna gótica cercana el sitio en que aquel habia estado hablando con el Condestable, salió una sombra informe, adelantó, recelosa y cauta, en ese paso prevenido y silencioso del gato que acecha una presa: adelantó, y al pasar por bajo de la lámpara pudo verse su semblante: era el nuevo alferéz de la guarda morisca del rey, Juan de Soto: esto es: el joyero árabe Raab-Ebn-Cotam.

Segun su costumbre estaba ocupado en su oficio de espía: por una fatalidad espiondo á D.<sup>a</sup> Beatriz Sarmiento, su único objeto en el alcázar, y por la cual, Judit habia pedido al Condestable, se le recibiese al servicio del rey; espiondo á D.<sup>a</sup> Beatriz, decimos, la habia seguido hasta los aposentos de la reina, habia esperado su salida, y esperándola, se habia cruzado al paso del Condestable y de su hijo, los habia escuchado y su viva imaginacion meridional habia concebido de repente un infernal pensamiento.

Adelantó y se detuvo un instante; los pasos de don Juan de Luna se sentian á lo lejos, haciendo resonar sus espuelas sobre el mármol del pavimento. Raab se deslizó como una serpiente, valiéndonos de una de sus espresiones, á lo largo del muro: como cuando este reptil se arrastra sobre la yerba solo se escucha á corta distancia el leve ruido de sus escamas, del mismo modo Raab solo dejaba tras sí el ténue ruido del roce de su capa sobre el muro. Don Juan atravesó aun algunas galerías, bajó unas escaleras, atravesó el zaguan del alcázar y salió, aventurándose en una calleja oscurísima que entonces se llamaba del Ataud, y que ya no existe hoy. Raab pasó embozado hasta los ojos y desfigurando su andar y su talante, por medio de la guarda y la sombra de la noche le tragó en su seno como absorbe una gota de agua el mar.

De repente D. Juan, que adelantaba á largo paso distraido, se sintió vigorosamente sujeto por los hombros y sintió en sus espaldas una sensacion fria, luego una languidez horrible, un desvanecimiento poderoso y despues nada: cayó en medio de la oscuridad sin exhalar un grito, herido de una puñalada.

## V.

### Una conspiracion de poetas.

EL Condestable se encaminó en derechura á la cámara del rey y le encontró gratamente distraido oyendo leer versos á su secretario Alonso de Baena: acompañábanle; sentados familiarmente en derredor de su mesa, el jóven Alonso de Zúñiga, uno de sus guardas mayores, muy dado á la poesia y á las conspiraciones, segun las crónicas; Juan de Mena, y el judío converso Alonso de Baena, secretario del rey, que era el que leia.

El Condestable se habia tomado la facultad de en-

trar sin previo aviso en la cámarareal, y tan distraídos estaban nuestros poetas que no repararon en su presencia: paróse en medio de la cámara á poca distancia, y cediendo á su costumbre de observar, costumbre que habia contraido en su vida de lucha, escuchó, sin adelantar un solo paso.

Tenia en esto, ademas otro objeto, estaba agitado, trémulo, por la sucesion de impresiones fuertes que habian pasado por su alma y necesitaba serenarse, encubrirse, componer su semblante: porque otra de las costumbres que habia adquirido era la de hacerse impenetrable.

Alonso de Baena leia un precioso madrigal al amor, composicion que hacia que los ojos del rey se animasen, que Juan de Mena le escuchase sonriendo, y que el jóven guarda mayor le prestase una atencion curiosa: sentimos no poder trascribir aquel modelo de juegos de palabras y de conceptos, porque era una poesia escrita para hombres solos y, para decirlo de una vez, picante mas de lo justo.

—¡Bien! ¡magnífico! ¡admirable! dijo el rey.... tú estás enamorado, Baena.

—¿Enamorado, señor?

—Personificas el amor en una mujer... y describes tan minuciosamente sus encantos, que no puede ser por menos sino que la hayas visto y que te hayas enamorado... no se dice tan bien el amor si no se siente: ¿no es verdad Mena?

—Así lo creo, señor, la poesia no es otra cosa que la espresion del sentimiento de lo bello.

—Adivinaria quién es la dama que ha copiado el señor Alonso de Baena, dijo el jóven Zúñiga, y en efecto es muy hermosa.

—¿Cómo! ¿la conoces? dijo el rey cuya mirada estaba impregnada de deseo.

—¿Y quién no conoce en la córte á D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor? el señor Alonso de Baena es compatriota suyo, conversó como ella, y no habrá podido tratarla de cerca, sin sentir la influencia de sus encantos: D.<sup>a</sup> Judit es una musa, de quien yo, lo juro á fé de honrado, me enamoraria si no fuese porque se cuentan de esa dama estrañas cosas.

—¿Y qué se cuenta? señor Alonso de Zúñiga... dijo creyendo oportuno presentarse el Condestable.

—¡Ah! ¿estabas ahí, Don Alvaro? dijo afablemente el rey.... ¿acabas de llegar? ¿has escuchado? ¿será necesario, que Baena vuelva á leer su madrigal?

—Su madrigal puede oirse con gusto cien veces: siempre será nuevo, porque tiene tantas bellezas que no se pueden apreciar bien á primera vista.

—¿Y opinas como Zúñiga que en el amor esté personificada esa D.<sup>a</sup> Judit?

—De una manera indudable, señor.... creo que ese madrigal debe de haberle escrito el señor Alonso de Baena por encargo.

Cruzóse una mirada de inteligencia entre el secretario y el Condestable, pero este creyó notar que habia empacho, ficcion, trabajo en la mirada de aquel.

—¡Por encargo!... ¿por encargo de quién?... dijo con cierta severidad Juana de Mena que habia notado aquella mirada.

—No digo que lo sepa.... me lo figuro, contestó el Condestable.... encargo de algun enamorado.

—Pues nunca hubiera creido que se escribiesen de encargo tan dulces versos dijo Zúñiga.... una sátira es otra cosa....

—Pero creo que el señor Baena no sea muy fuerte en la sátira.

—¿Quiere vuestra señoría juzgar de ello? dijo Baena cuya mirada se hizo mas ambigua.

—¿Teneis pues esa sátira á mano? dijo el Condestable con acento breve é incisivo.

—En mi escarcela, señor.

—Veamos, dijo el rey; si vale tanto como el madrigal, te juro donarte por ella mi collar de San Miguel.

Alonso de Baena sacó un papel de su escarcela y leyó:

## A LA COBDICIA.

SÁTIRA.

Cobdicia es pecado de grande maldad,  
por él homecillos, traiciones por él:  
al home templado le faz ser cruel  
é troca en soberbia la santa homildad.  
Quien tiene cobdicia non habrá piedad,  
nin cosa que ataje su fambre dañina,  
compañante en torno quebranto é ruina;  
é amor non conosce, nin siente amistad.

Cobdicia en privados algunos senti,  
que oculta en doseles justicias sobyuga,  
cual torpe en la planta se asconde la oruga  
é horada sus fojas, secándola ansi.  
Con sangre de tristes engordar la ví;  
con galas ajenas en todo lo al;  
nascida en lo bajo levarse á lo real,  
seyendo potente cual fue valadi.

E ví otra cobdicia facer del señor  
homilde captivo del que siervo fue,  
é fizome espanto, por ende, é dudó  
que á tanta grandeza se alzara un traidor.  
De reinas miréle mancellar la honor;  
romper con su diestra de regnos el fuero,  
é mas que esforzado soterrar mañero  
de altivos fidalgos el claro valor.

E non otra cura á cobdicia tal  
que quitos, por ende, los pueblos esten,  
que herir con la espada, segando á cercen,  
cabeza, que osada cabó tan gran mal.  
Ansi á yerro é fuego é non de otro al,  
los médicos vemos que cortan gangrena.  
Quien fizo el pecado que pague la pena.  
Ansi lo decreta justicia eternal (1).

—Pero eso, señor Alonso de Baena, aunque es muy bueno, admirablemente bueno, no es sátira, sino una acusación formal, contra alguno á quien no conozco... ¿es algun compatriota vuestro, señor Alonso de Baena? porque se encuentran entre ellos, y sea dicho esto sin ofenderos, gentes que deben venir por línea recta del traidor apóstol que vendió á Jesus por treinta dineros. Algunos conozco yo rapaces de vender á su padre, á su mujer y á sus hijos por un cruzado de oro. ¿Sabeis señor Baena, si dejó descendencia Judas Iscariote?

El acento con que pronunció el Condestable estas graves palabras, era jovial, chancero, perfectamente sereno, y mientras habia tomado no un sitial sin respaldo, como los que ocupaban los tres acompañantes del rey, sino un alto sillón blasonado con las armas reales que colocó á la izquierda del rey, sentándose en su misma línea, quedando entre D. Juan el Segundo y Alonso de Baena que ocupaba el costado izquierdo de la mesa.

Por un accidente el sillón del rey no estaba colocado en el centro, y D. Alvaro partió el centro con él: un extraño á la corte que hubiera entrado de repente en la cámara real, al ver dos hombres sentados con una absoluta igualdad, anciano y altivo el uno, débil y veinte años mas joven el otro, y entrambos descubiertos, porque D. Juan el Segundo dejaba de ser rey cuando se dedicaba á las musas, y guardaba respecto á estas y á los poetas que las representaban la mas esquisita galantería; al verlos bajo aquel aspecto, de-

cidos, hubiera creído que D. Alvaro, era el rey, y este un favorito altamente honrado ó, cuando mas, un principe heredero.

Contribuia á hacer mas posible este error el mayor lujo del traje del Condestable respecto al rey; este vestia un simple sayo de paño, con pieles un tanto peladas; su collar de San Miguel, aquel collar que se habia ofrecido como premio á Juan de Mena, era una prenda, porque no podia llamarse alhaja, de hoja de plata sobredorada, usada ya y blanquecina, pendiente de un collar cuyos eslabones estaban recortados en lata del mismo género, unidos entre si con alambre, mientras el collar, de que pendia, del cuello del Condestable, la placa de oro con la cruz de Santiago esmaltada, era de dobles eslabones de oro macizo enriquecidos con gruesos brillantes; estas que parecen minuciosidades, eran sin embargo cosa de gran bulto cuando se consideraba filosóficamente hasta qué punto habia sido llevado un rey, que tan miserablemente se ostentaba en todo, hasta en el vestido, al lado de un hombre, en el cual la grandeza era un accesorio, ya se tratase de su morada, de su servidumbre ó de su atavío.

Juan de Mena, á pesar de su entusiasmo por el Condestable, no pudo menos de reparar de una manera profunda en cuanto hemos apuntado. Notó que á los primeros versos de la obra, que Alonso de Baena habia bautizado con el nombre de sátira, D. Alvaro habia palidecido profundamente, que habia necesitado hacer un terrible esfuerzo sobre si mismo para escuchar con paciencia y de una manera, al parecer indiferente, aquel audaz insulto que delante del rey se le echaba á la cara; no habia podido menos de notar tambien, por mas que Baena habia procurado contenerse, un ligero temblor, una vibración seca en el acento del poeta; los esfuerzos en fin de un enemigo que acusaba, y que procuraba disimular su enemistad: habia visto nublarse el semblante del rey singularmente á la ligera intencion con que Baena pronunció el verso:

De reinas mirele mancellar la honor,

porque aquel pobre rey niño aun y abyecto, recordaba con dolor los punzantes celos que habian desgarrado su alma, cuando sus cortesanos, mirando solo á su ambicion, se atrevieron á despedazársela, acusando á la reina D.<sup>a</sup> María de adulterio con el Condestable. Aquello habia valido á este un destierro, y solo la debilidad del rey, su credulidad, su imbecil buena fé, para decirlo de una vez, habian podido hacer que D. Alvaro volviese á la corte. Don Juan el Segundo, era una de esas tímidas organizaciones que se dejan dominar; que por orgullo, trabajan por enganarse á si propias, juzgando amigos y leales á los que los dominan; que sulren y callan, pero que si una vez comprimidas estallan, es para ser tan exageradas en la firmeza como lo han sido en la debilidad. Don Juan el Segundo tenia á la sazón el mismo rostro que cuando, veinte años antes, desterró al Condestable, atreviéndose á poner mano á su daga y llamándole á grandes voces traidor.

A esto contribuia, el haber venido aquel funesto recuerdo de baldones pasados inmediatamente despues de la dura escena que habia presenciado entre la reina y D. Alvaro.

Asimismo, Juan de Mena reparó en que el joven guarda mayor Alonso de Zúñiga, ostentaba en su semblante esa serenidad mate, por decirlo así, que demuestra que se sabe lo que se hace, y que se tiene valor para aceptar una responsabilidad, sea cual fuere. Tenia profundamente fijos sus ojos en Alonso de Baena, y cuando alguna vez levantaba la vista del manuscrito, y la arrojaba sobre el semblante de Zúñiga, se cruzaba entre aquellos dos hombres una mirada, en que la sagaz inteligencia del poeta

(1) Hemos escrito en estilo anticuado estas estancias, para dar una débil muestra de la poesía del siglo XV á aquellos de nuestros lectores que no la conocen.

comprendía que se ponía en ejecución un plan trazado de antemano; y en una palabra, que la lectura de aquella poesía á la codicia, delante del rey, era una conspiracion.

Añadiase á esto, para dar mas fuerza á estas conjeturas, que Alonso de Zúñiga era hijo de Íñigo de Zúñiga, alcaide del castillo de la ciudad de Burgos, y sobrino de D. Alvaro de Zúñiga, conde de Plasencia, familia en quien la enemistad con el Condestable, si bien solapada por mútuos intereses, era cosa notoria á toda la corte.

Esto demostraba á Juan de Mena, que cuando sus enemigos se atrevían á atacar al Condestable dentro de la cámara real, debía existir una conspiracion pujante, organizada, á pesar de los escalabros de Palenzuela, de Madrigal, del Abrojo y de Toledo.

Si al acabar de oír aquella insolente diatriba, Don Alvaro hubiese arrancado con cólera el manuscrito á Baena; si después hubiera sucedido uno de los escándalos tan frecuentes en la corte por aquel tiempo, y el rey se hubiera visto obligado á guardar tres días el lecho por resultado de una fuerte excitacion, tal como la firma de un ordenamiento de muerte contra cuatro ó seis ó cien nobles, Juan de Mena hubiera creído aquel arranque, la consecuencia de la indignacion de un alma grande, generosa y valiente, que al verse insultada, rompe por todo, y se ensangrienta implacable y poderosa.

Pero vió con dolor, porque amaba á D. Alvaro, que habia tragado sin alterarse aquella amarga pócima; que habia disimulado, y esto para Juan de Mena representaba miedo ó á lo menos duda: luego vió con indignacion, porque amaba y respetaba al rey, que un vasallo, por mas que fuese el primero del reino, se atrevía á sentarse al par de su señor, ostentando una familiaridad odiosa, como para imponer con ella á sus enemigos, mostrándoles en su mano el poder real: aquello era miseria, torpeza, y traicion á la vez: Juan de Mena era una de esas imaginaciones entusiastas, cuya admiracion produce la amistad mas desinteresada, y mas noble, y que cuando se desencantan, cuando descubren al hombre con todas sus miserias detras del sublime fantasma que han soñado, desprecian de un modo tan absoluto como han admirado. Juan de Mena no despreció por el momento, pero dudó.

—Será verdad, se dijo, lo que piensa la reina de este hombre? ¿será acaso esta terrible poesía una acusacion justa y valiente, y no una calumnia infame y audaz? ¿ayudaré yo tal vez á un traidor, creyendo servir á un héroe?

Este último pensamiento le puso en una situacion de reserva que no pasó desapercibida para el Condestable: conocia demasiado á Juan de Mena y sabia que su semblante era como la superficie de un clarísimo estanque, á traves de la cual se ven hasta las mas pequeñas piedrecillas del fondo.

Esto fue para el Condestable una profunda herida: parecíale que el último que debia abandonarle era aquel noble y generoso hombre, que acaso le debia la honrada y ventajosa posicion que ocupaba en la corte: que era el último que debia volverle la espalda, y que cuando se la volviese debia necesariamente verse abandonado de todos.... de todos menos de su corazón.

¿Pero qué vale un corazón por fuerte que sea, cuando le niegan su ayuda los hombres, los tiempos y las cosas? D. Alvaro, era, como hemos dicho en otro lugar, supersticioso y fatalista y se asustó. Y como el terror no es el mejor consejero, puesto que hace mas difíciles las situaciones abultando los peligros, el Condestable, si no perdió la serenidad aparente, que ya era en él una costumbre, perdió el tino.

Nada hay que funcione con mas velocidad que el

pensamiento, y esta lucha de afectos, en cuya descripción hemos invertido tantas líneas, sucedió con una rapidez mayor que con la que al choque eléctrico arde el rayo, en el momento mismo en que el Condestable se sentaba junto al rey.

—Dadme, dadme esa admirable poesía, señor Alonso de Baena, dijo con su sutil y palaciega amabilidad D. Alvaro: quiero leerla por mí mismo: oídmela.... si no pretendo leer tan bien como vos, creo que doy un buen sentido á los conceptos. Ya sabéis que en otro tiempo, cuando era mas joven y tenia menos cuidados, me daba yo algo al imperio de las musas.

—La posteridad, sabrá, dijo Baena, ya perfectamente sereno, dando la poesía el Condestable, que vuestra señoría lo ha dominado todo con su poderoso ingenio: el gobierno, la poesía, las ciencias: ciertamente debéis mucho al arzobispo de Toledo Don Pedro de Luna vuestro tío: no creó en vuestra señoría un rico-hombre, sino un rey á quien solo falta para serlo haber nacido, no de una dama, sino de una reina.

Atendidos el nacimiento y la posicion de D. Alvaro, las últimas palabras de Baena, aunque pronunciadas con la sonrisa en los labios era un doble y durísimo sarcasmo.

Juan de Mena, notó con disgusto que el Condestable continuaba reprimiéndose.

—¿Y decís que vos habeis escrito esto, y estotro? dijo el Condestable, refiriéndose á la poesía que habia leído, con voz perfectamente segura y mesurada, y al madrigal al amor que estaba sobre la mesa; son dos bellísimas cosas: la primera es el alma de un adolescente exhalada en divinas armonías... la segunda... ¡oh! la segunda un noble y valiente grito de indignacion en nombre de un rey y de un pueblo; para poner en práctica el madrigal es necesaria una alma de paloma: para sostener dignamente... la sátira... un corazón de león y un puño de hierro. No os hacéis, en verdad, ni lo uno ni lo otro, mi buen Baena... confieso que no os conocia... sois un hombre enteramente nuevo para mí.

—No, no, señor Condestable: siempre he sido lo que soy ahora: en esto hay un engaño inocente: no soy yo quien ha escrito estas dos composiciones.

—¿Y... quiénes han sido?

—Un mancebo que, como vos decís, tiene á un tiempo alma de paloma para el amor, y corazón de hierro, de león, para el peligro.

—¿Y le conozco?

—Ciertamente, es el estudiante Rodrigo de Cotta, —¡Rodrigo de Cotta! exclamaron á un tiempo el rey, Juan de Mena y el Condestable.

—Pero señor ¿cuándo ha escrito esto?

—El madrigal ayer, la sátira hoy.

—¡Ayer! ¡hoy! ¡es imposible! hace cinco días fue gravemente herido.

—Milagros del amor.

—¿Cómo! ¿está enamorado el señor Rodrigo de Cotta?

—¡Cómo un loco! por rondar á la dama que le cura, se encuentra guardando el lecho.

—¿Por D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor?

—Cabalmente.

—Dijisteis que estas poesías están hechas por encargo.

—Preguntad acerca de ello, al señor Alonso de Zúñiga.

—En verdad, dijo el joven; al ver que se volvía á él el Condestable como en demanda de una explicacion: esta tarde recibí este billete.

Y sacó uno de su escarcela que mostró al Condestable.

Decía así: «Señor Alonso de Zúñiga: si no estais de guarda, venid á verme; si lo estais, enviadme

» uno de vuestros pages : deseo veros ; procurad venir : vuestro amigo—Rodrigo de Cotta.»

—Fuf, dijo el jóven, cuando le devolvió el Condestable el billete : y con sorpresa le encontré casi bueno : la herida está en muy buen estado y nuestro amigo alegre y satisfecho... lo que debellenar de alegría á todo el que se interese por las letras castellanas : tiene razón el señor Alonso de Baena, el amor hace milagros : sentada junto á su lecho habia una dama hermosa.... mas hermosa que el amor del madrigal : nuestro Rodrigo departia amoroso con ella ; la tenia asidas las manos... y ella..... ella parecia trasportada..... daba envidia verlos.

El Condestable palideció hasta ponerse verde : el rey se enrojeció hasta ponerse negro : Juan de Mena se ostentó mas severo que nunca, y Alonso de Baena y Zúñiga cruzaron una imperceptible mirada de triunfo.

El jóven continuó :

—En verdad, era tal el aspecto de paz y de felicidad que emanaba de aquel grupo, que me hubiera visto embarazado, si el mismo Rodrigo de Cotta no hubiera venido en mi auxilio : el año pasado, me dijo, su alteza despidió el año, honrando con su presencia la lectura de algunas poesías. Este año hará lo mismo, según costumbre : pero faltarán dos personas : el señor Jorge Manrique y yo, que guardamos el lecho, él por sus dolencias, yo por mi herida... y oíd... ayer tenia la cabeza segura... el corazón dilatado... el alma ansiosa de exhalar sentimientos de amor.... tenia junto á mí en D.<sup>a</sup> Judit, mas que una musa : un arcángel del séptimo cielo, como dicen los árabes. Tomé la pluma y escribí un madrigal. Esta mañana me punzaba la herida mas de lo que hubiera querido, estaba contraído, sufría, y necesité exhalar mis sufrimientos como antes habia necesitado exhalar mi alegría.... tomé la pluma y escribí una sátira contra la codicia, que puede aplicarse muy bien al Condestable.... D. Ruy Lopez Dávalos, que fue grande privado, y dominó y robó en gran manera al señor rey D. Enrique III : en el madrigal he procurado imitar la melancolía del señor Jorge Manrique y la dulzura del señor marqués de Santillana, con el punzante equívoco de nuestros pasos de corral : en la sátira, para que no se le dé una aplicacion falsa, he usado del lenguaje de los poetas del tiempo del rey D. Pedro, y he procurado darla la fuerza del señor Juan de Mena : por lo mismo hacédmela merced de llevarlas con vos esta noche, de decir que son vuestras..... hechas por encargo.... deseo saber si me conocen á pesar de encubrirme..... y espero este favor de vos..... es cuanto ha sucedido, continuó Zúñiga, con la diferencia de que yo no me he atrevido á poner mi nombre delante de obras á las que jamas llegaré, y mi buen amigo el señor Alonso de Baena se ha prestado gusto á ello.

La conspiracion estaba descubierta con una audacia inaudita : D.<sup>a</sup> Judit, no satisfecha aun con haber arrancado al Condestable de una manera alevosa ordenamientos de libertad en cédulas de donacion al Condestable, se aliaba con una cohorte de poetas, é introducida traidoramente hasta el rey por las musas, le atacaba á un tiempo en el corazón y en la cabeza. A pesar de que esto ennegreció de una manera horrible el alma del Condestable, tuvo aun fuerzas para sobreponerse y mostrarse sereno.

Rodrigo de Cotta se ha mostrado en esta ocasion á mas altura de la que yo le creia capaz, dijo el Condestable, y bien merece esto un galardón. ¿Creeis, señor, que un poeta que, estando herido, apenas arrancado á la muerte, ha escrito dos tan buenas obras, dándonos con ellas hermosos momentos de solaz, merece bien un juro de castellanos de por vida?

—Creo, dijo el rey con el semblante densamente nublado, que Rodrigo de Cotta ha hecho á nos, al

rey un eminente servicio. Creo que debes encargarte, Luna, de presentarme al momento un albalá para que lo firme y lo selle : un albalá de cuatrocientos castellanos de oro sobre mis rentas. Y vos, añadió el rey volviéndose á Zúñiga ; vos que habeis sido el medio por donde han llegado hasta nos esas obras... recibid en recompensa la honra de ser nuestro embajador, para ese noble y valiente poeta. Decidle que hemos pasado bien tristemente la velada de cabo de año : que á no ser por él, nuestra academia se hubiera reducido á ser un auto de los siete durmientes. Decidle que mañana irá el rey á verle. Decid además á D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor que la tendremos en merced el que se deje ver de nos. Estamos en la obligacion de demostrar nuestro agradecimiento á la musa que ha inspirado para nosotros á ese noble jóven.

Zúñiga, que se habia puesto de pie desde el momento en que D. Juan el Segundo se habia dirigido á él como rey, se inclinó profundamente.

Y ahora, señores, dijo el rey, dejadnos : estamos muy fatigados. Esperamos que pronto tendremos otra mas alegre velada.

Los tres poetas saludaron respetuosamente al rey y salieron. D. Alvaro permaneció sentado en el mismo sitio, á pesar de que la órden habia sido general, y cuando hubieron salido los otros se levantó con un ímpetu salvaje y se encaró, audaz hasta, la insolencia, con el rey.

Su rostro habia variado enteramente : estaba delante de su vasallo, es decir, delante del rey, y sus labios temblaban convulsos, y sus ojos destellaban fuego : pero el rey, que generalmente se doblegaba á aquella mirada de leon, la sostuvo : en aquel momento era rey... lo habia sido otras muchas veces, pero con la duracion del relámpago, y D. Alvaro en vez de aterrarse se irritó como un señor ante la rebeldía de un esclavo.

—Y bien, dijo el rey con voz ronca ¿quién manda aquí?

—¿Quién manda, decís? ¿quién ha mandado hasta ahora?

—¡Tú! exclamó el rey con voz apagada y convulsa, estendiendo hácia el Condestable un brazo que permaneció inmóvil, marcando su semblante con un dedo fatal. ¡Tú ! ¡pero hoy mando yo!

—En buenhora, exclamó con desprecio el Condestable... mandad, necesito que mandeis... porque quiero toda la sangre de Cotta, de Baena y de Zúñiga.

—¡Te han acusado Condestable ! ¡te han acusado de una manera terrible delante de mí, delante de tu rey ! recuerda :

¡De reinas mirele mancillar la honor !...

y hablaban de tu codicia. Es verdad... mi amor hácia tí, te ha ensoberbecido hasta el punto de separarme de mi esposa y de hacer que se subleve mi hijo en contra mia. ¡Te han acusado Condestable ! pues defiéndete, porque si prueban su acusacion yo tambien necesitaré sangre... toda la sangre de tus venas.

—Páreceme, D. Juan, que no es mi la reina, ni la honra de todas las reinas del mundo la que os hace provocar uno de esos escándalos que han sucedido tantas veces.

—¡Escándalos ! ¡y por qué? dijo el rey que aunque hablaba entonces con firmeza no sabia, por falta de costumbre, cortar la palabra al Condestable ; porque según dicen eres un vasallo traidor... y ello será preciso que así sea cuando todos se conjuran contra mí por tu causa... es necesario de todo punto que esto sea : un hombre se puede engañar, pero no un reino entero.

—El reino entero, como vos, está compuesto de hombres que quieren ser libres para hacer lo que mejor les venga en mientes : el reino entero, si llamais reino á la nobleza, está acostumbrado á cometer des-

afueros y muerde la mano que le reprime. Esto no puede continuar así...

— Es verdad : esto no puede continuar así ; por lo mismo desde este momento quiero...

— Vos no queréis nada... exclamó D. Alvaro adelantando hacia él.

— En una ocasion exclamó el rey retrocediendo y poniendo mano á su daga, estando en Miraflores, te atreviste á mí, maestre, pusiste una mano en mi persona y otra en tu daga ; otra vez quejéme á tí de lo pobre de mis vestidos, tan pobres como los que ahora llevo y que me respondiste lo que hubiera respondido un villano : aquellas palabras están zumbando aun en mis oídos, no he podido olvidarlas por mas que he hecho : reniego de la mala mujer que me dió á luz, si en todo este año vistiéreis mejor (1). Dicen que me tenias hechizado, Condestable, y bien puede ser ; pero te aseguro que me siento tal, que si das un paso mas hacia mí, apellidaré auxilio, llamaré á mi guarda y habrás de matarme para que calle.

El rey alzaba la voz, el Condestable tembló : en otra ocasion hubiera aterrado al rey, pero, como hemos dicho, estaba dominado por un terror oscuro. Apeló pues al único recurso que creia quedarle.

— Vereis á D.<sup>a</sup> Judit esta misma noche, os lo juro: sois siempre el mismo niño voluntarioso que se impacienta y grita si tarda en dársele su juguete: vamos... entendámonos... dadme esos hombres que os he pedido, y yo os daré...

— Basta, Condestable, basta : si quieres que nos entendamos, si nos entendemos, te prometo callar... callar como he callado hasta aqui... por lo pasado, pero no por lo que venga... mira, estoy, ya lo sabes, añadió el rey apoyándose en el hombro del Condestable, enamorado, loco...

— Ya os he dicho que D.<sup>a</sup> Judit...

— Doña Judit... si luego... pero quiero tener siempre conmigo á la reina, verla libremente, sin testigos, sin que sea necesario pedirte licencia... quiero ademas comer lo que quiera y cuanto quiera, sin que tú me señales ni me tases los manjares ; vivir á mi modo, en fin, hazlo, y te dejo el gobierno... la corona... sí... me pesa demasiado... ¡pero la reina! ¡Dios mio! seis meses hacia que no la veia y esta noche está mas hermosa que nunca.

El alma del Condestable sonrió replegada en sí misma porque veia pasar la tormenta sobre su cabeza.

— ¡Y... no queréis mas, señor ?

— Quiero... quiero en fin... ya me conoces: quiero vivir á mi manera.

— ¡Y me dais mis enemigos ?

— ¿Quién es? ¿mis poetas? ¿quieres quitarme mi solaz?... no, D. Alvaro, pídemelo en vez de ellos, por cada uno cien nobles, y te los doy : llévate mi bufon, mi garza y mi mosquete... ¡pero mis poetas...! imposible... no consentiré... ni aun en que se les encierre conmigo en el alcázar.

— Ved señor que son traidores.

— Te tienen alguna ojeriza, maestre: los tratas con poco amor, con poco entusiasmo y ellos son orgullosos... componte con ellos de otro modo... dales rentas, Luna... llévateles á tu palacio de tiempo en tiempo y halágalos... y ya veras ; te adorarán... como te adora Juan de Mena á quien has sabido honrar ; eso escita su envidia... hazte de ellos amigos... y de seguro, no vendrán con sátiras ni con madrigales de amor.

La voz del rey se hizo sarcástica en estas últimas palabras : D. Alvaro no comprendia bien si el rey, á quien un momento antes habia creído vencido, lo estaba realmente ó se cubria, de miedo, para obrar despues libremente.

— Y bien, señor, ¿á pesar de que el hacervida con la

reina os es funesto, á pesar de que la gula os produce enfermedades, y aunque vuestros poetas os envenenan con sus miserables intrigas el alma, queréis de todo punto... ?

— Quiero, sobre todo, que me des una muestra de amor Condestable... una prueba de que es mentira lo de que me tienes hechizado y sujeto á tu voluntad.

— Pues bien dijo, D. Alvaro doblegándose á las circunstancias, una vez que tan empeñado estais, sea. Espero que antes de mucho os arrepentireis.

— ¡Bien, bien! pero mira, estoy cansado ; voy á empezar á vivir á mi manera cenando sin tí con la reina... me acompañarás allá, ¿no es verdad ?

Don Alvaro reprimió una tentacion ; pero contrariado y mudo tomó la cámara adelante, y salió de ella acompañado del rey.

Quando llegaron á la antecámara de la reina, Don Alvaro, como quien busca una presa, miró en torno suyo : la antecámara estaba desierta.

— ¡Hola, Villacorta! exclamó.

Nadie contestó á su voz.

— Villacorta, gritó al Condestable con mas fuerza.

— Hace ya mucho tiempo que ha salido, señor, dijo el doncel de guarda, asomándose al tapiz de la puerta.

— ¿Han venido á buscarle ?

— Sí señor : pareceme haberle visto salir con el señor capitan del rey, Hernando de Carrillo.

— ¿Y no ha venido nadie mas ?

— Nadie, señor.

Aquel *nadie* indiferente vibró de una manera fatal en el corazon del Condestable. ¿Cómo su hijo D. Juan, tan activo cuando se trataba de su servicio, no habia venido á prender á aquellos dos hombres ?

En el momento en que el Condestable pugnaba por esplicarse la causa de esto, se oyó una voz juvenil fuera.

— Dejadme entrar, decia, me han dicho los donceles de la guarda que está dentro mi señor.

— ¡Oh! ¡mi paje Fernando de Sese! exclamó el Condestable lanzándose á la puerta. Entra, Sese, entra ¿qué sucede ?

Adelantó un joven pálido y descompuesto, y respondió temblando :

— Acaban de encontrar asesinado en la calle del Ataud, al Sr. D. Juan de Luna, hijo de vuestra señoría.

El Condestable lanzó un grito salvaje, y salió sin acordarse del rey que habia quedado inmóvil en medio de la antecámara.

— ¡Ah! ¡ah! ¡han muerto á tu hijo! ¡preciso será matarte á tí! dijo el rey

¡de reinas miréle marcillar la honor!...

¡ah!... ¡ah!... ¡no he escapado mal! creí que me mataba esta noche... pero ahí está Isabel... ella es fuerte... ella me defenderá...

Y se entró tras estas palabras en la cámara de la reina.

## V.

De como Raab empezó á servir á Judit.

Una hora antes, esto es, un poco despues de haber salido del alcázar D. Juan de Luna, y el embozado volvió á entrar en él el joyero árabe, pero descubierto, altivo y sereno: habló algunas ligeras palabras con otro de los alféreces de la guarda, moro granadino, oriundo de Africa, de estatura atlética y rostro bronceado.

— ¿Ha salido ella, le preguntó en árabe ?

— No, contestó el otro alférez.

— ¿Y él ?

— ¿El Condestable ?

— Sí.

(1) La acusacion histórica dice : que tal vez porque el rey dió una ropa usada á un caballero le dió el Condestable : reniego de la mala hembra que me parió si en este año vistiéreis otra tal

— Tampoco.  
 — ¿Y los escuderos y la litera de D.<sup>a</sup> Beatriz?  
 — En el patio.  
 — Bien: vigilancia, Gazul; sírveme bien, y el rey Ebn-Ot'sman, te perdonará y podrás volver á abrazar á tu Jarifa.  
 — Te juro por el Dios Altísimo único...  
 — Bien... adios.  
 Los dos granadinos se estrecharon las manos, y Raab subió á saltos las escaleras y se encaminó á los aposentos de la reina á cuya puerta llegó; en aquel momento llegaba también Hernando de Carrillo que habiendo hecho, como saben nuestros lectores, un servicio á su esposa D.<sup>a</sup> Mencia, iba á procurarse una nueva entrevista, en la que esperaba encontrar un hermoso premio; pero el capitán del rey era el hombre de las fatalidades, y se le cruzó al paso Raab.

— ¡Hola! ¡eh! ¿Sr. Juan de Soto, mi buen alfez, qué se os ofrece, que así se me os parais delante? dijo Carrillo con visibles muestras de mal humor.  
 — ¿Ofrecérseme? lo que es á mí, nada. Pero podrá suceder que á vos, señor capitán, os pase mucho.  
 — Indudablemente, si no me entreteneis, espero gozar mucha, muchísima felicidad.  
 — ¿Abi dentro? dijo Raab, señalando la puerta de los aposentos de la reina.  
 — Abi dentro, si señor, ó en otra parte, contestó Carrillo. Andais muy curioso, Sr. Juan de Soto.  
 — Y dad gracias á mi curiosidad, puesto que por ella he llegado á saber que si entraís ahí, os meteis en una ratonera.  
 — ¡Diablo! ¿en una ratonera, Sr. Juan de Soto?  
 — Ni mas ni menos: sois mal jugador de ajedrez, y habeis empeñado con el Condestable una partida, en la que os va á hacer muy pronto, si no hallais mo-



¡Bien! ¡Magnífico! ¡Admirable! dijo el rey...

do de embrollar el juego, un jaque-mate: si os descuidais os mata, y con vos á vuestro compañero.

— ¡Dios de Dios! con que el Condestable sabe... exclamó con cierto temblor, Hernando de Carrillo.

— No sé si sabe: lo que sé de seguro, es que ha mandado á su hijo D. Juan que os prenda juntamente con Rodrigo de Villacorta.

— Dios os lo pague, Sr. Juan de Soto, y yo que os tenia cierto odio por la partida de ajedrez... ¡bah! venga esa mano, y adios.

— ¿Adónde vais?

— ¡Fuego! ¿qué adónde voy? á decir dos palabras al Sr. Rodrigo de Villacorta, á calzarme las espuelas...

— ¡Y luego!

— Luego... luego á Navarra, á Aragon ó Granada, donde como capitán de la guarda morisca, tengo algunos buenos conocidos.

— ¿Y llegareis á cualquiera de esos reinos, sin tropezar con corredores del Condestable?

— ¡Cien rayos! me parece que tenéis razon; para tan jóven tenéis una prudencia que espanta... pues no sé... no sé qué diablos hacer... será muy posible que me dé jaque-mate el Condestable... ¡para que se vea lo que son las mujeres! Adam perdió á Eva...

— Y vuestra mujer os ha salvado.

— ¿Que me ha salvado?

— ¿Pues qué sería de vos, si continuáseis siendo partidario del Condestable? mañana degollarán á ese hombre, y os quedaríais á la luna....

— Vamos ¿y qué pensais que debo hacer?

— Os aconsejo, que habléis esas dos palabras con el Sr. Rodrigo de Villacorta, y que al momento os presenteis con él, á mi Sra. D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

— ¡Otra mujer!.. exclamó con terror Carrillo.

—Que acabará la obra de salvacion que ha empezado la vuestra.

—Sabeis que estoy metido.....

—En un bravo embrollo : para salir de él , se necesita prontitud sobre todo... id... de un momento á otro puede volver D. Juan.

—Sí ; vive Dios... con que en casa de D.<sup>a</sup> Judit...

—Sí... decidla lo que os sucede.....

—Bien.

—Y ella proveerá. Id. Adios.

Raab se encaminó á lo oscuro de la galería , y Hernando de Carrillo entró en las habitaciones de la reina. Poco despues salió , acompañado de Rodrigo de

Villacorta , con el que hablaba misteriosa y acaloradamente.

Aquellos dos hombres se perdieron á lo largo de las galerías.

Durante media hora todo estuvo en el mayor silencio , solo se oian los pasos del doncel , que paseaba delante de la puerta de las habitaciones de la reina.

De repente se levantó el tapiz de aquella puerta , y salió una mujer envuelta en un manto , tomó las galerías adelante con paso precipitado , y se perdió en la oscuridad ; otra sombra embozada partió del estremo opuesto , adelantó á gran paso , y alcanzó á la fugitiva cuando llegaba á las escaleras.



D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento.

—¡Dona Beatriz ! la dijo :

La tapada vaciló un momento , pero luego siguió.

—Deteneos en nombre de vuestro padre , señora , la dijo el embozado.

A aquellas palabras la tapada se detuvo y miró con temor al que la seguía.

—¿Sois D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento? la dijo.

—¿Y vos , quién sois?

—Yo era ayer paje de D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor , y hoy alferrez de la guarda morisca del rey.

—¿Que sabeis de mi padre , caballero? dijo temblando la jóven que lloraba.

—Vuestro padre vive , señora , y tanto vive , que se

encuentra ahora mismo con su mesnada cercando la villa de Hariza en la frontera de Aragon.

—¡Que vive ! ¡las pruebas!

—Apartaos un tanto hácia esa lámpara , y os las mostraré.

La jóven siguió á Raab , y este , cuando estuvieron bajo la lámpara , sacó de su escarcela un papel , y se le mostró.

Doña Beatriz lanzó un grito de alegría : tenia en las manos una prueba indudable de la existencia de su padre : aquel papel era la carta que Pero Sarmiento habia enviado al Condestable , y que este habia entregado á su hijo D. Juan.

—¡Oh! gracias, gracias... ¿cómo podré pagaros este servicio, caballero?

Raab, dió á su semblante una sublime espresion de amor, y la miró por un momento en silencio. La jóven palideció: conocia con terror cuál era la recompensa que se la exigía; Raab notó el mal efecto que habia producido en la jóven su indicacion y se apresuró á decirla:

—Mi mas hermosa recompensa consistirá en que permitais que os salve.

—¿Qué me salveis! ¿pues qué, tambien yo?

—Vuestro padre, señora, ha cometido una imprudencia... si solamente hubiera huido... pero revolver inmediatamente contra el Condestable arrancándole una villa, ha sido olvidarse de que tiene en la corte una hija.

—Pero sabe que esa hija está bajo la proteccion de la reina.

—¿Y quién protegerá á la reina, señora? Creedme, si no me permitis que os salve, el Condestable, para vencer á vuestro padre, se hará en vos con unas preciosas rehenes, á pesar de todas las reinas del mundo.

—¿Y cómo podeis salvarme, caballero?..

Llevándoos á la casa de una dama donde viviereis oculta hasta que pase la tormenta.

—¿Y esa dama?..

—Esa dama es D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

Guardó por un momento silencio D.<sup>a</sup> Beatriz, profundamente pensativa.

—¿Me jurais que esto no es una traicion?... dijo al fin; perdonadme si dudo, caballero, porque hoy en la corte...

—No se encuentran mas que cortesanos traidores y miserables, pero esta carta de vuestro padre...

—Esta carta puede ser un lazo del Condestable... yo no os conozco... no sé si sois su amigo... ó su servidor...

—Si fuera su servidor, os hubiera preso buena y llanamente... el Condestable no anda con rodeos... bien lo sabeis.

—¿Y cómo ha llegado esa carta á vuestras manos?..

—De una manera muy sencilla: riñendo con quien la tenia, esto es, con D. Juan de Luna; matándole y arrancándole la carta.

Raab mostró á D.<sup>a</sup> Beatriz sus manos teñidas en sangre.

Por mas que la jóven fuese tímida, no pudo hacerse superior á ese instinto de venganza que hace que el mas inocente, el mas puro, se regocije con la nueva de la desgracia de un enemigo. D. Alvaro habia querido matar á su padre, y en el primer impulso de venganza de la jóven, se regocijó al saber que el Condestable habia perdido á su hijo.

—Os creo, caballero, os creo y os sigo. Abajo en el patio, me esperan una dueña, una litera y cuatro escuderos.

—Guardaos bien de avisar á esa gente: vos, como yo, somos enemigos á muerte del Condestable... por esta sangre (y Raab mostró de nuevo sus manos), y nuestra marcha podria ser descubierta por medio de vuestros criados.

—¡Oh! ¡no! ¡son leales! ¡antiguos servidores de mi padre!

—No hay lealtad, señora, que resista al oro.

—¡Y es preciso, Dios mio!

—Preciso de todo punto, y dad gracias á Dios de que yo, como alfez del la guarda del rey, tengo entrada y salida franca en el alcázar; de otro modo, no podríais salir... así pasará por una aventura amorosa.... Pero cubrios bien, señora, y seguidme pronto: estamos perdiendo el tiempo.

Doña Beatriz se rebobó en su manto, se asió al brazo de Raab y bajó temblando las escaleras.

Cuando estuvieron en el zaguan, Raab llamó á Gazul.

—Retira las guardas de la puerta, le dijo.

—Retíralas!

—Sí, es preciso que no me vean salir con esta dama: ya ha sonado la queda, y puedes cerrar la puerta. Ciérrala y despues ven tú mismo á abrirla.

—Espongo por tí mi cabeza....

—Pero con ello te pones en camino de volver á ver á.....

—Bien..... como quieras..... entra entre tanto en mi aposento.

Gazul hizo como Raab le habia mandado, y poco despues Raab atravesaba las calles de Valladolid llevando del brazo á D.<sup>a</sup> Beatriz: cuando llegaron al palacio de Benavente, torció por el callejon del Conde, abrió con una llave el postigo que ya conocemos, subió á oscuras unas escaleras, abrió otra puerta y dejó á D.<sup>a</sup> Beatriz encerrada en un magnifico aposento.

Aquel aposento era el retrete árabe de Judit.

## VI.

### Principio de venganza.

VELABA Judit en su palacio junto al lecho de Rodrigo de Cotta; fuera de la alcoba, el judío Roboam ojeaba sus pergaminos: presentia la necesidad de mentir su horóscopo de nuevo al Condestable y componia su escena de comedia.

Dentro de la alcoba se representaba otra: Judit, reclinada sobre el lecho, hechiceramente abandonada, tenia entre sus manos las de Rodrigo, y le torturaba con su encendida mirada fija en él.

El pobre mancebo absorbía con placer ese padecimiento inmenso, por lo dulce, que sublima el alma, la embriaga y la hace flotar en espacios ignorados, para el que no siente ese sufrimiento, que es el amor. Rodrigo tenia un espíritu privilegiado capaz de sentirlo y poderoso para espresarlo: aquel espíritu se exhalaba por sus ojos, se trasparentaba en su palidez, y rebosaba en ardientes palabras de su pecho: lo olvidaba todo; su herida, su pasado, su presente, su porvenir; solo vivia en aquel semblante tan puro, tan hechicero, tan ardientemente lánguido; parecia que aquellas manos, que estrechaban dulcemente las suyas, le trasmitian una vida nueva, mas fuerte, mas pura que la que hasta entonces habia sentido. Judit parecia gozar del mismo modo, y era tal la verdad de su mentira, que nadie hubiera concebido que aquel grupo se componia de un verdugo y de una victima á quien se conducia engañada y coronada de flores al sacrificio.

Dominaba en la alcoba un silencio voluptuoso que solo se interrumpia de tiempo en tiempo por un ardiente suspiro ó una tierna palabra del enamorado.

Pasaba el tiempo: hubo un momento en que Rodrigo de Cotta hizo un esfuerzo, se levantó un tanto hasta ponerse en posicion de dominar la cabeza de Judit, fijó en sus ojos una mirada en que brillaba un amor sobrenatural, y luego, en un movimiento casi imperceptible, se fué acercando al rostro de la jóven, cuyos ojos posaban en él, sonriendo como de felicidad y de pasion, una mirada satánica. Judit no se movió; llegóse al fin la cabeza de Rodrigo á la suya hasta el punto de confundirse sus alientos; la mirada de Judit se condensó, sus lábios se entreabrieron y el jóven fué á apoyar los suyos en ellos: pero de repente Judit se separó, y el pobre enamorado, burlado, herido por aquella terrible sensacion, dejó caer su cabeza sobre la almohada murmurando con pena.

—¡Oh! ¡y cuán cruel sois! ¡me vereis morir!

—¡Morir! ¡Dios mio! ¡decis que me amais y os atreveis á desgarrarme el corazon con esas lúgubres palabras!

— ¡Desgarraros el corazón! ¡no! ¡vos no me amáis!

— ¡Os he dado pruebas, Rodrigo!...

— ¡Acabais de darme una de crueldad!

— ¡Ah! ¡los hombres no creéis que sois amados sino cuando se os sacrifica el pudor, cuando nos rebajamos hasta vuestros deseos!

— ¡Mis deseos! ¿acaso se ha amado jamás con un amor mas puro, señora? ¿acaso es mio, hijo de la voluntad, ese movimiento que me ha acercado a vos?... no, mi razon no tenia parte en ello... y sin embargo, señora, he sido duramente castigado.

— Castigado por un movimiento tan involuntario como el vuestro. Vamos, Rodrigo, no sabéis cuánto me interesa vuestra vida, y os estáis haciendo daño con esa desesperacion insensata que revelan vuestras miradas... os he dicho que os amo...

— Y yo lo he creído; lo he creído porque necesitaba creerlo, y os he probado mi amor... me habeis contado una historia terrible, el asesinato de vuestra madre por ese hombre: me habeis pedido que ayude vuestra venganza, porque deciais que era vuestra única pasion... y el rey habrá leído esos tremendos versos, en que parece que mi pluma ha sido guiada por Satanás.

— No, si no, por Dios, porque habeis dicho la verdad.

— Pero yo amaba al Condestable... le creia noble y generoso... y ahora le aborrezco, porque vos le aborreceis; le desprecio porque vos le despreciais; si me dijerais: mátales: le mataria... y vos no sabéis cuánto pesa en mi alma el odio... yo no le conocia... y me he asustado al conocerlo; me lastima, me tortura... no, yo no he nacido mas que para amar, para amar con toda el alma... de una manera que me desespera porque no tengo palabras para expresar mi amor... porque es tan grande que la imaginacion no alcanza más que á sentirlo; pero que inmenso como Dios, no tiene limites, va mas allá del pensamiento y de la eternidad.

Judit se sintió conmovida ante lo apasionado, ante lo delirante de las palabras de Rodrigo de Cotta; pero se rehizo: le miraba como un instrumento, y no queria empeñar su corazón, porque aquel instrumento se hubiera vuelto contra, ella; á mas, Judit tenia siempre delante de la vista de su alma el fantasma de su amor: Alonso Perez de Vivero: él hubiera hecho de ella lo que ella hacia de Rodrigo de Cotta; por lo mismo, el amor de este, si la conmovia, era como conmueve la brisa la superficie de un lago, de una manera leve y poco durable.

Pero temia perder su arma y estaba resuelta á conservarla á todo trance; por lo mismo inclinó su semblante, sonriendo voluptuosamente, sobre el pálido semblante de Rodrigo.

— No, no; dijo este rechazándola con dulzura: os violentais... dejadme, dejadme; os lo suplico: necesito descansar, olvidar... y para ello no veros durante algunos momentos... pero volved, señora, volved, porque conozco que no puedo vivir sin vos.

A punto apareció entre el tapiz de la puerta la figura de Roboan.

— Judit, la dijo; dos hidalgos que se dicen enviados por Raab, desean verte.

— ¡Dos hidalgos! ¿y quiénes son?

— Vienen encubiertos y al parecer con miedo.

— ¡Dos hidalgos que vienen con miedo y encubiertos del alcázar! ¿les has hablado?

— Sí.

— ¿Luego están?..

— En tu cámara.

— Adios Rodrigo: me buscan, dijo la jóven tendiéndole la mano: descansad, amigo mio, procurad detener ese pensamiento que gira en un espacio de días: y esperad... procurad restableceros... tardaré poco... Adios.

Apretó la mano del herido y salió.

En la misma cámara donde en otra ocasion habia recibido al Condestable, encontró á Hernando de Carrillo y á Rodrigo de Villacorta.

— ¡Ah! ¿sois vosotros, mis queridos amigos? les dijo; mi mayordomo, que no os conoce, me habia hablado de dos encubiertos...

— Y dice bien, señora, contestó Rodrigo de Villacorta; hemos cometido una torpeza.

— De que han tenido la culpa las mujeres, como la tienen siempre... ó por mejor decir, mi mujer

— ¡Ah! ¡la hermosa D.<sup>a</sup> Mencia, os ha comprometido!

— Horrorosamente, señora.

— Y... ¿cómo?

— Me ha obligado á que lleve á la reina á la cámara del rey, la he llevado: ha sobrevenido el Condestable... han tenido allá voces... segun he oido desde la antecámara... y la reina, mujer al fin, ha dejado conocer al Condestable... en fin, estamos fujitivos por aviso de vuestro antiguo paje y mi flamante alferz Juan de Soto.

— ¿De modo que, sois enemigos?..

— Enemigos de D. Alvaro, á la fuerza, señora, dijo Rodrigo de Villacorta.

— ¿De modo que?..

— Nos veinos obligados á huir.

— Pues mirad: venis á buen tiempo, esclamó Judit yendo á la mesa y poniéndose á escribir: vos, señor Rodrigo de Villacorta, vais á ir á Tordesillas.

— ¡A Tordesillas, señora! esclamó espantado Villacorta. ¡A dos pasos de Valladolid!

— Allí están el marques de Villena y el maestre de Calatrava, á quien el Condestable se verá obligado á dar seguro por las revueltas de Toledo: allí está tambien el príncipe D. Enrique, que os recibirá con alegría porque podrá saber secretos é interioridades de corte por vosotros: forzosamente, encontrándoos con Don Juan Pacheco y D. Pedro Giron, debeis ser comprendidos en el seguro; y mañana, pasado mañana á mas tardar, podreis volver á Valladolid sin temor de que nadie os prenda. Tomad, señor Rodrigo de Villacorta: esta carta os servirá de introduccion y de recomendacion para vos y el señor Hernando de Carrillo, con el maestre de Calatrava. Por lo mismo va abierta: la otra que voy á escribir os interesa particularmente, pero debe ir cerrada.

Judit invirtió algunos minutos en escribir la segunda carta y cuando la concluyó la selló y la entregó á Villacorta.

— Vos, caballero, vais á partir ahora mismo, le dijo: en mi casa, desde algun tiempo á esta parte, hay siempre un caballo enjaezado, y como será muy posible que os encontréis sin dinero, tomad.

Judit abrió un cajon de la mesa y dió á Villacorta un puñado de cruzados de oro.

— ¡Oh! señora, no miente la fama cuando dice que sois la primera dama de la corte.

— Id, amigo mio, y no olvideis con vuestras flores que, pues sois como yo enemigo del Condestable, debeis servirme bien por vos mismo. ¡Hola, Ferran!

Al llamamiento de Judit se presentó un paje; la jóven habló con él algunas palabras en voz baja.

— Este criado, dijo despues de esto á Villacorta, os dará un caballo y os hará salir por un postigo.

— Adios, señora, adios; creo que no estaré mucho tiempo privado de admirar vuestra hermosura.

— Que os guarde Dios: creo que tendré que agradeceros un gran servicio.

Villacorta salió y quedose Judit sola con Hernando de Carrillo, que daba vueltas á su gorra visiblemente contrariado.

— ¿Con que tan mal quereis á las mujeres, señor capitán del rey? dijo Judit sentándose á su lado.

— Por una mujer me veo reducido hace mucho tiempo á percances y diabluras, señora.

—¿De modo que se os hará penoso el servir á una dama?

—Os diré, el mal está en el primer paso, pero una vez vendido al diablo un hombre, no veo la razón de no seguir adelante.

—Estáis terrible como siempre, caballero: para vos el amor...

—Es la mayor imbecilidad que conozco.

—No os quejeis entonces de que vuestra esposa, por no pareceros imbécil, no os ame.

—¿Cómo! ¿también sabéis que D.<sup>a</sup> Mencía?...?

—¿Lo sabe todo el mundo! ¿Lo habeis dejado ignorar á alguien?

—Pues bien: esto me tiene furioso: yo soy un marido ó un esposo como no se conoce... como no se ha dado ejemplo... un marido imposible... pero esto no es del caso: me habeis dicho que me necesitais... y como creo que me necesitareis fuera de Valladolid... y yo tengo enormes deseos de verme en el campo... os ruego que cuanto antes...

—Pues bien: tomad, dijo Judit yendo á un cajón y sacando de él un objeto: ¿veis esto?

—Veo una corneta de caza, bien pobre por cierto: la corneta de un montero.

—Es verdad, pero tiene la maravillosa virtud de atraer con su sonido ciertas gentes.

—¿Ya! ¿y vos queréis?...?

—Quiero que váyais á buscarlas.

—¿Y dónde he de ir?

—Al bosque del Abrojo.

—¿Diablo! ¡á dos pasos de Valladolid!

—Pero, como el señor Villacorta encontrará enemigos del Condestable en Tordesillas, vos los encontrareis también en el Abrojo.

—¡Ah! ¡ya! ¡bandidos ó!...

—Poco importa quiénes sean, sino que los busqueis.

—Iré.

—Cuando esteis en el bosque, tocareis por tres veces esta corneta...

—A cuyo toque...

—Se os presentará indudablemente un montero. Si es un hombre rudo, con una barba que casi le cubre el pecho, de fisonomía noble, y que parece de cuarenta años, aunque tiene sesenta, presentadle esta corneta, y decidle que le espero á media noche despues de la queda. Que para traerle hasta mí encontrará aguardándole á un hombre en la entrada del callejón del Conde.

—¿Y si no se me presenta ese hombre que decís?

—Se os presentará uno de los suyos.

—¿Y entonces?

—Le presentareis esta corneta y le direis: llevadme á vuestro capitán.

—Bien, muy bien, señora, dijo Hernando de Carrillo con un disgusto verdaderamente salvaje.

—Y como segun decís, no os agrada permanecer mucho en la villa...

—Os juro que dentro de ella me pincha el aire.

—Tomad, y partid.

Judit abrió el cajón de donde habia sacado los escudos y dió otro puñado á Hernando de Carrillo: llamó al paje, le habló como la vez anterior, y el capitán salió.

Judit se volvió pensativa y abstraída á la cámara de Roboam, pero de repente se puso ante ella un hombre.

Era Raab.

—¿Vas pensando en tu hermoso poeta herido, Judit? la dijo.

—Voy pensando en tí.

—¿Pensando en mí?

—Sí, te esperaba: acabo de recibir á dos hombres que me has enviado, y necesitaba saber qué ha sucedido en el alcázar.

Raab la mostró, como á D.<sup>a</sup> Beatriz, las manos teñidas de sangre.

—¿Sangre! ¡sangre! ¡te has atrevido en fin á matar! exclamó con un acento tan profundo y frio que daba miedo.

—Sí, Judit, tú me has hecho valiente: he derramado sangre y sangre ilustre.

—Sangre del Condestable, exclamó Judit, cuyo semblante se nubló.

—No, ya sé que tú quieres una venganza mas ruidosa: he matado á su hijo.

—¿Has matado á su hijo! exclamó con una alegría delirante Judit. ¡A su hijo! ¡á su hijo!

—Sí, á menos que no sea su hijo D. Juan de Luna.

—¡Oh! ¡ven! ¡ven conmigo, Raab, creo que te amaré, te amo ya! ¡qué hermoso eres! ¡has matado al hijo del Condestable! ¡Oh! ¡Dios es justo: dolor por dolor, vida por vida! ¡no tenia padre que le mataras y has matado á su hijo! ¡ven, Raab, ven!

Y le asió de una mano, frenética, le arrastró consigo, le llevó á su cámara y se encerró con él.

—¿Cuéntame! le dijo.

—Yo he entrado al servicio del rey para poder enamorar... ó perseguir á D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento...

—Sí, sí, ¿pero qué tiene que ver eso?...

—Escucha: jugaba yo al ajedrez con el capitán Hernando de Carrillo, junto á la cámara del rey, cuando entró Rodrigo de Villacorta y habló con él en secreto. Me habíais mandado que espíara y espíe....

—Pero el hijo del Condestable...

—Le encontré hablando con su padre mientras esperaba á D.<sup>a</sup> Beatriz: que estaba en la cámara de la reina... Despues se separaron... El Condestable estaba furioso y es muy posible que le veas esta noche...

—¿Sabe?...

—Sabe que las cartas de donacion que te dió de los castillos de Hariza y Cuellar han sido trocadas en ordenamientos de libertad...

—¿Cómo sabes tú eso?...

—Yo escucho siempre... no sale una palabra de tus lábios que no llegue á mis oídos...

—¿Es decir?...

—Que estás en mi mano... Te ayudaré mientras espere... si desespero... seré tu juez... El rey Mohamet Ebn-Ot' man me ha hecho tu guarda...

—Bien ¿pero cómo tiene el Condestable esos ordenamientos en su poder?

—Los han presentado como descargo los alcaldes de Roa y Portillo: ademas D. Juan de Luna tenia en su escarcela una carta del repostero mayor del rey, Pero Sarmiento.

—¿Qué! ¿Pero Sarmiento no ha sido degollado?

—Está con sus gentes cercando la villa de Hariza.

—¡Oh! ¡bien! todos contra él... todos... y tú por apoderarte de esa carta...

—Seguí al hijo del Condestable cuando salia del alcázar... le embestí...

—¿Y le asesinaste!

—Una puñalada por la espalda... necesitaba su carta para engañar con ella á D.<sup>a</sup> Beatriz.

—¿Y has conseguido tu objeto?

—Doña Beatriz está ahora mismo acogida á tu amparo.

—¿Acogida á mi amparo! exclamó trémula de emoción Judit... ¿y dónde?

—En tu retrete morisco...

—Pero sabrán que ha entrado en mi casa...

—Tranquilízate, mi hermosa leona, nadie te robará tu presa... he salido con ella del alcázar... solo lo sabe una persona: un morisco alférez de la guarda del rey y ese alférez no podrá hablar mañana.

—Pero mi servidumbre...

—He entrado con ella por el postigo, valiéndome de la llave que tú me diste.

—¿De modo que D.<sup>a</sup> Beatriz es mía?

—Tuya, enteramente tuya.

—Nunca te hubiera creído capaz de tanto, Raab, dijo Judit mirándole fijamente.

—¿Qué quieres? el amor hace milagros... y mas cuando se espera...

—Escucha, Raab, dijo Judit reclinándose indolentemente en el estrado: cada día me cansa mas Castilla... estoy triste... muy triste... necesito dilatar mi alma bajo otro cielo mas azul, rodeada de otro ambiente en que vuelen frescas brisas, impregnadas del suave perfume de las flores: quiero vivir como sultana, no como esclava; teniendo á mis pies un hombre que me adore... que recline en mi seno su cabeza... Dicen que en Africa hay lugares donde el Altísimo ha arrojado prodigamente sus favores, donde se levantan alcázares cuyas torres besa el mar blandamente por un lado, mientras por el otro la vista se pierde en horizontes azules, pasando por cima de montañas siempre verdes... ¿no serías tú feliz conmigo en uno de esos alcázares, donde nos provocasen á un dulce sueño, las bandolinas de hermosas esclavas y el murmurar de claras fuentes?

—¿Y me darás todo eso, Judit? dijo el árabe acercándose á ella y reclinándose sobre uno de los brazos de su sillón.

—Sí: tengo tesoros... escucha, cuando yo me haya vengado... partiremos... lejos... muy lejos... donde no alcance el brazo de Mahomet Ebn-O'tsman.

—Si tú quisieras, los ojos del rey de Granada se cerrarían á la luz como se han cerrado los de Don Juan de Luna.

—¡Cerrar los ojos á la luz! escucha: vosotros los árabes conoceis yerbas que matan; que no dejan ninguna señal... que hacen dormir un sueño del que no se despierta.

—¿Quieres un tósigo?...

—Sí, pero un tósigo que concluya pronto... rápido como el rayo...

—Lo tendrás...

—¡Ah! ¡Raab! ¡cuánto me amas!

La mirada de aquellos dos terribles séres se chocó, se dilató, ardió en ella una llama satánica y resonó un ardiente beso... lo que Judit habia negado al amor puro de un noble y entusiasta poeta, lo concedió á la sensualidad de un miserable asesino.

—¡Véngame! murmuró Judit con acento débil y suspirante entre aquel beso.

—Te vengaré, exclamó Raab...

—Pues bien; entonces seré tu esposa... tuya... tuya para siempre...

—¿Y me amas, Judit?...

—Que si te amo... te amo como á mi alma...

—¿Y por qué no premias este amor que me devora, este terrible amor que me ha llevado hasta teñirme las manos en sangre?

—He jurado al Dios Altísimo y único no ser mas que de mi venganza hasta que se cumpla... despues... ¡Oh! ¡despues, qué dichosa seré!

—¿Y qué mas he de hacer? ¿querías á D.<sup>a</sup> Beatriz y la tienes...

—Pero quiero tener á otra...

—¿A otra?

—Sí, á D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz.

—¡A D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz! ¡á la esposa de Alonso Perez de Vivero!

—Esa mujer me ha insultado: esa mujer me ha creído enamorada de su esposo.

—Tendrás la yerba que adormece y mata, Judit... cuanto de mí puedes esperar, será... véngate... y véngate pronto... porque el amor que me haces sentir, me roe las entrañas, me devora... en mi sueño,

en mi vela, en todas partes te veo... cada vez mas hermosa... eres mi demonio tentador, Judit. Por tí mi espíritu camina á perderse en la eterna sombra...

—¡Oh! ¡qué hermoso eres, Raab! yo no te conocía... tú sientes un amor como el mio; inmenso; ¿no es verdad? Por él la muerte en la vida y la condenación en la eternidad; nosotros no somos como esos castellanos que sufren y mueren... nuestro amor mata... es el amor que abrasa y pulveriza cuanto toca y que necesita por espacio todo el corazón, como aquel necesita la inmensidad del desierto... Mi amor es como mi venganza... aborrezco á cuantos me rodean... me traerás á D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz como me has traído á D.<sup>a</sup> Beatriz Sarmiento... ¿no es verdad?

—Judit, contestó el árabe, soy tu esclavo, y será tu voluntad... hoy he matado por tí, y mataré mañana. Però ¡ay! si un día conozco que me engañas... porque entonces mataré otra vez.

Judit posó en su terrible amante una mirada mas dulce, mas voluptuosa que las otras. Tras aquella mirada velaba su espíritu indomable, poderoso, atento á todo... espíritu que seguía su fatal camino sin detenerse ante los obstáculos. Replegado en sí mismo, oculto por lo incitante de aquella mirada encendida, observó que Raab era suyo, que tenia en él un pensamiento enloquecido y un brazo dispuesto á herir.

Cuando Judit estuvo segura de la sumision de su esclavo se levantó indolentemente, tendió al árabe una mano, que aquel estrechó contra sus labios, temblando de amor, y le dijo con voz perezosa y lánguida.

—Estoy cansada, Raab; mis ojos se cierran, necesito descanso: vete.

El árabe besó de nuevo aquella hermosa mano, y salió. Judit esperó un momento, escuchó, sintió que los pasos de Raab se alejaban, y luego se irguió enérgica, destelló en sus ojos un relámpago sombrío, y murmuró con voz ronca:

—Un hombre de cuya alma me he apoderado, ha empezado á vengarme, Condestable. Por él, el mas querido, el mas valiente de tus hijos, ha sido esterminado... por él conoces ese punzante dolor que desgarró mi alma... ¡oh! ¡sí! ¡Dios quiere que un crimen se pague con otro crimen; que el que robó una madre á su hija, vea que le roban su hijo, y le llene con lágrimas de sangre! ¡Oh! ¡si no amara á Alonso de Vivero amaria á Raab... me parece hoy mas hermoso que nunca... porque es mi puñal... y luego ¡me ha traído á esa hermosa D.<sup>a</sup> Beatriz!... ¡D.<sup>a</sup> Beatriz!... quiero conocerla... hablarla... arrancarla el secreto de sus amores: ¡qué hermoso debe ser, tener entre las manos el corazón de una mujer que nos causa celos y comprimirlo y desgarrarlo! ¡Oh! ¡creo que me falta espíritu para gozar mi venganza.

Y tomando la cámara adelante pasó fuera de sí las habitaciones intermedias á su retrete morisco, se detuvo un momento, compuso su semblante, y entró brillante de dulzura la mirada y embellecidos los labios por una purísima sonrisa.

Una mujer la salió al encuentro y se arrojó á sus pies sollozando.

Era D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento, que creia rendir un homenaje de gratitud á un ángel salvador.

## VII.

### Plan de campaña.

ERA muy avanzada la noche: un hombre solo atravesaba á paso largo un estrecho camino en el corazón del bosque del Abrojo, cantando una canción que podemos llamar de circunstancias y cuyo estribillo, traducido al gusto de nuestros días era este:

Un año sale, otro viene,  
y va de mal á peor.

Nuestro hombre tenia una voz estentórea, fuerte, modulada por esa sencilla y lánguida armonia de los cantos populares. El espíritu de su letra era muy semejante al de las conocidísimas coplas de Mingo Revulgo; esto es, una personificación del pueblo, una exposición de las miserias en que le tenia sumido el mal gobierno de entonces.

Nuestro hombre parecia cantar maquinalmente, como para entretener el fastidio de su solitaria y apresurada marcha.

Andaba de una manera vigorosa y rápida, y al pasar junto á las ruinas del castillo abandonado, se detuvo un momento, suspendió su canto, le miró y luego tornó á su marcha, y su voz prosiguió la canción abandonada con mas fuerza que antes.

El sendero por el que se aventuró al salir del claro ocupado por las ruinas, se hacia mas áspero, mas pendiente, y el montero se veia obligado con frecuencia á cortar con su espada la maleza; descendia siempre: á medida que adelantaba crecia un zumbido que antes se habia escuchado lejano, casi perdido: al fin se oyó distintamente: era el derrumbe de una gran masa de agtia que se desprendia de una altísima cortadura.

A la orilla del depósito en que se ensanchaba el torrente en una laguna, llenando un pequeño valle, por cuya salida entre dos montañas, continuaba mausamente su carrera hácia el Duero, habia una de esas enormes chozas, que parecen casas primitivas en que se albergan pastores; una columna de humo negro y denso flotaba sobre ella, impelida como un gigantesco penacho por el viento, y á través de sus ventanas se veia en el interior el oscilante resplandor de una hoguera.

El nocturno viandante apresuró el paso encaminándose á la choza; pero de repente á su izquierda có un áspera y ronca voz que gritó:

—Alto: ¿quién va?

—Bien, muy bien, hijos míos, dijo el que habia sido objeto de aquella intimación y aquella pregunta: tan buenos sois para seguir un rastro como para un apostadero. ¿Ha venido alguien?

—Nadie, contestó un robusto montero saltando del jaral, y poniendo en su aljaba un venablo que habia armado en su ballesta.

—Nadie por aquí: ¿pero y por los otros puntos? ¿ha sonado alguna corneta?

—Tampoco, Barba-larga; creó que el señor abad, está demasiado ocupado en cavilaciones para venirse sobre nosotros.

—Mejor, mucho mejor para él. Buenas noches, hijo. A tu apostadero, y alerta.

—Vé con Dios, y en mi ánima que consiento perderla si pasa, sin que yo la sienta, ni una liebre.

El montero volvió á su puesto y Barba-larga, pues ya sabemos quién era, siguió adelante y en poco espacio llegó á la choza.

Era en efecto aquella, un casaron cuadrilongo, cuyas paredes consistian en estacas cubiertas con tierra amasada, y protegida por una montera de retamas. A su puerta habia otro montero sentado, apoyado en su ballesta y atento.

—Buenas noches, Barba-larga, dijo á su capitán á quien denunciaba la clarísima luz de la luna; ¿hay algo de nuevo?

—De nuevo, nada: parece que el abad se olvida de nosotros, y por lo tocante á lo demas, el Condestable, el príncipe y D. Juan Pacheco, andan demasiado ocupados consigo mismos para pensar en los demas. Buenas noches, Fortuño, buenas noches.

Barba-larga entró en uno de los departamentos en

que estaba dividido el interior de la choza, y vió en un ángulo agrupados jugando á los dados como veinte monteros.

—Me agradaría saber qué diablos es lo que jugais, dijo Barba-larga dirigiéndose á ellos.

—¡Ah! jugabamos el primer hombre de armas, ó el primer montero del abad que se atreva á internarse mucho en el bosque, dijo tranquilamente y sonriendo uno de ellos.

—¿Y quién ha ganado, Gimeno?

—Yo, contestó el mismo, y mira, Barba-larga, ya he señalado con mi puñal, el venablo que ha de servirme para cobrar mi ganancia. Habíamos pensado en jugar al mismo abad... pero, ¡bah! no estabas tú, y no hemos querido quitarte la suerte... ¡Eh! amigos, vamos por otro... ¿á quién jugamos?

—Al halconero de su señoría.

—¡Ah! ¡diablo! ¿al que ha jurado alimentar seis meses á sus pájaros con carne de bandido...? sea... ¿quién le juega?

—Yo.

—Pues tira, Nuño.

—¡Seis! buen punto.

—¡Nueve! ¡gané! mio es el primer hombre de armas de la abadía que se divise, y el señor halconero.

—Se entiende que si es él el primero que veas...

—Será tambien mio el segundo.

—Buenas, buenas noches, hijos míos, dijo Barba-larga, despues de haber presenciado por un momento aquellas extrañas suertes; seguid vuestro juego; por muchos de esos pájaros que cazeis, no habreis hecho mas que matar bribones: pero acordaos de echar una suertecilla por el Condestable... ¡buena pieza! ¡magnífica! ¡eh! y de pellejo duro: como que dicen que es del mejor hierro de Milan. Buenas noches, valientes hijos míos, buenas noches.

—Buenas noches, Barba-larga, contestaron á coro los monteros.

Íñigo de Aivar entre aquella gente, era un verdadero rey á quien amasen sus súbditos y ante el cual no se aterraran ni se envileciesen; le respetaban, pero con el respeto del cariño; hablaban con él como iguales, pero obedecian rijidamente sus órdenes como inferiores; eran unos bravos mozos educados por el viejo montero, arrancados á las duras faenas del campo, y mantenidos á costa de su ballesta, por los volátiles acuáticos y cuadrúpedos del señor abad del Abrojo, en cuyos estados se habian aclimatado como una plaga, sin que se hubiese dado un solo caso de haber satisfecho su capricho de alimentar sus halcones con carne de los tales mozos el halconero de su señoría; lo que demostraba que no se habia logrado matar ó echar el guante á ninguno de ellos. Barba-larga estaba orgulloso de su gente; tenia para gobernarlos, su legislación particular, arreglada con sumo tino sus diferencias, y era, en fin, el gefe de una pequeña república de doscientos hombres, que aislados en medio de la sociedad no se acercaban á ella sino de vez en cuando, para robar de un caserío una linda labriega, de pocos años y muchos ojos, sin que se hubiese dado ejemplo de que ninguna de ellas hubiese gritado, ni hubiese dejado de ir todos los domingos á ver á sus padres y á sus hermanos, que les sonreian de muy buen grado, porque es fama que nunca se hacia uso de estos robos sin que precediesen algunas ceremonias y palabras, en que llevaba la voz un clérigo... de otro modo, la rigidez de costumbres de Barba-larga se hubiera opuesto de una manera formalísima á los amorios de sus monteros, que eran en general unos honrados padres de familias, que á no mediar circunstancias ajenas al asunto de este libro, hubieran acabado por multiplicarse, apoderándose del monopolio de la montería de toda España por medio de colonias de monteros libres, establecidas en cuantos montes, praderas y cotos, producen caza en su suelo

Barba-larga, pues, como compensacion de su vida de azares y de peligros, tenia la conciencia de ser un señor mas poderoso, que muchos otros que vivian en alcázares y sustentaban pendon y verdugo en sus estados.

Despues de hechos cargo de estos antecedentes, sigamos á nuestro hombre al término de su escursion, que no era otro que el departamentó mas retirado de la cabaña.

En él sentados en taburetes al lado de una enorme hoguera, habia dos hombres vestidos de negro, pensativos y en silencio. Eran los dos hermanos, Juan y Gutierre de Villafranca.

Tan profundamente abstraídos estaban, que no repararon en la llegada de Íñigo de Aivar, que no pasó de la puerta sin despojarse de su gorra.

— Mis nobles señores, dijo, héme aquí.

Levantó Gutierre de Villafranca la cabeza y posó su mirada en el montero.

— ¡Ah! exclamó, ¿eres tú, Aivar? mi buen amigo, ¡Pardiez! tal te has trocado que á no verte de cerca no te hubiera conocido.

— ¿Qué queréis, señor? me era preciso andar entre gentes, y de seguro, si no me hubiera cercenado un tanto la barba, y vestido con ropas mas convenientes, me hubieran conocido sin conocerme: el primer día que un desdichado que no sepa mi nombre se presente en la corte ó en cualquiera villa de estos alrededores con la barba á la cintura y el cabello á la espalda; le ahorcan sin remedio; ademas ha cesado ya mi voto....

— ¡Tu voto, Íñigo! dijo terciando en el diálogo Juan de Villafranca.

— Mi voto, señor, hace veinte años juré no cercenarme la barba ni los cabellos, ni entrar en poblado hasta que vengase vuestra muerte y encontrase á mi noble señor D. Gutierre: he encontrado á vuestras señorías y he vuelto á ser lo que era; no el Barba-larga, el montero miserablemente vestido, del bosque, sino Íñigo de Aivar, hidalgo de la montaña, y montero mayor de los altos y poderosos señores de Villafranca.

En efecto, ya no existia Barba-larga; en su lugar habia quedado un hombre que apenas representaba cuarenta años; tan robusto y tan conservado estaba el montero: habia cortado su barba á medio pecho, y sus cabellos á la raíz, á la manera como se llevaban en el siglo xvi; habia afeitado el bello que antes cubria sus mejillas, operacion hechapor uno de sus monteros que habia sido rasurador de aldea; y en fin, su traje habia variado esencialmente: consistia en una linda gorra de vellori leonado con una pluma verde; en un colete de ante, con mangas de paño color de hoja seca, en unos guantes de gamuza, unas calzas de lana rojas, y unos borceguies de ante: sus armas eran únicamente una hermosa ballesta de boj, una aljaba de laton dorado llena de venablos, y una espada con reluciente empuñadura de hierro. Su talabarte de cuero hervido oprimia gallardamente su su cintura y conocíase en él al antiguo soldado, con su talante gentil, su orgullo de servidor de buena casa, y sus puntas de hidalgo. Nadie hubiera creído que aquel hombre que aparecia tan esbelto y tan fresco contase sesenta años.

Gutierre de Villafranca, le miraba con una marcada espresion de dolor.

— Siéntate, mi leal, mi buen Íñigo, siéntate le dijo, señalándole un sitial.

— Perdonadme, señor, si no os obedezco: me violentaria, no sabria estar sentado. Vuestra señoría, es siempre para mí, el mismo noble altivo y poderoso, que llevaba delante de sí escuderos y heraldos, y detras lanzas y verdugo.

— Pero, tu poderoso señor ha venido á parar en judío, Íñigo... y tu otro señor, en... verdugo real... ya ves... nosotros somos los que debemos estar en

pie y descubiertos delante de tí, y aun debemos agradecerle que nos otorgues la palabra: los señores de Villafranca murieron, y solo quedan dos hombres degradados: tú al menos, Íñigo, has conservado tu honra, puedes volver á ser lo que eras, pero nosotros...

— Ese es un horrible sueño que deben olvidar vuestras señorías, contestó, Íñigo de Aivar permaneciendo en su respetuosa actitud... en verdad los señores de Villafranca han muerto, y pueden volver con otro nombre á la córte... nadie los conocerá:

— ¿Has estado en Valladolid? dijo Juan de Villafranca, señalando de nuevo un sitial á Barba-larga que al fin se sentó con violencia.

— Primero en Valladolid, y luego en Tordesillas.

— ¿Y has visto á maese Simon... el pregonero?

— Sí señor.

— Y qué piensa, qué dice...

— Siempre sospecha, me dijo, que ese noble caballero, que por cosas del mundo ha venido á parar en ser mi yerno, volveria á ser lo que era; decide, que amo demasiado la memoria de mi Isabel, y sé cuánto ella le amaba, para guardar un profundo secreto acerca de su historia despues de que yo fingí ahorcarlo. Ello podrá suceder que con su ausencia me obliguen á volver al oficio que ya tengo casi olvidado... pero no importa. Aseguraos que nada se sabrá por mí.

— ¿Y el señor Roboam?

— El señor Roboam es demasiado enemigo del Condestable para no ayudaros, mis nobles, señores: en cuanto á D.<sup>a</sup> Judit, podeis estar seguros; despues, entré y salí en cuantas tabernas entran y salen lacayos de buena casa: no hay un solo noble de nuestros tiempos en la córte: todos, ó han muerto ó han huido... creo, señor, que podeis presentaros sin miedo de ser conocido, añadió Barba-larga dirigiéndose á D. Gutierre... en cuanto á vos, D. Juan... ya es otra cosa... todo el mundo conoce en Valladolid á Juan Cercena.

— ¿Y el Condestable?

— Cuando yo salí ayer de Valladolid, aun no habia vuelto de Toledo.

— ¿Y en Tordesillas?

— En Tordesillas acontece ahora mismo uno de los escándalos que han pasado tantas veces en Castilla: el maestre de Calatrava y el marques de Villena se han apoderado del alcázar, se han hecho fuertes con sus gentes y dictan condiciones al rey.

— ¿Y allí tampoco se guarda memoria de mí? dijo D. Cutierre.

— Tampoco, señor; á mas de eso... en estos cinco dias de descanso vuestra salud se ha robustecido, no sois ya el mismo: estoy seguro que el bribon de Pero Valiente, única persona que podia hacerós traicion, no os conoce... estamos, pues, en el caso de que vuestra señoría se presente en la córte... como un gran señor extranjero...

— ¡Como un gran señor!.. exclamó sonriendo tristemente Gutierre de Villafranca, ¿olvidas que para comprar el traje que vistes y los que llevamos, hemos invertido la mayor parte de mi pequeño tesoro?..

— ¡Bah! señor; Dios proveerá...

— ¿Cómo! será verdad, Íñigo, le que dicen...

— ¿Que soy bandido? contestó con serenidad Barba-larga; desde hace veinte años, señor, no he tenido en mis manos mas que este escudo que conservo como una reliquia.

El montero saco una reluciente moneda de oro de su escarcela.

— Como una reliquia...

— Sí, este escudo me lo dió una mujer, mejor dicho una dama á cuya madre habeis conocido mucho, habeis amado mucho, D. Juan.

Juan de Villafranca palideció.

— ¡La hija de Salomih! dijo.

— Sí, D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

— ¿Desde cuándo conoces á esta dama?

— Desde hace seis meses. Era una tarde de verano: hacía un horrible calor, y me recliné á la sombra de un jaral, junto al derrumbe de un torrente. De improviso me despertó el ruido de la carrera de un caballo. Me alcé sobresaltado, armé una jara en mi ballesta, miré... y en vez de un ginete del abad del Abrojo, ví una dama pálida, aterrada, que hacía desesperados esfuerzos por contener la carrera de su bridon desbocado... avanzaba y se me heló la sangre... avanzaba como un rayo en derechura al salto de la Monja... Venid mis nobles señores, venid, dijo dirigiéndose á una ventana adonde los dos hermanos le siguieron. ¿Veis aquella cortadura coronada por la niebla que se levanta del torrente? Miradla bien, está á treinta picas de elevación sobre el lago. ¿Veis hacia su punta, un borde coronado de maleza tras el cual va á ocultarse la luna? hacia allí volaba el bruto desenfrenado.

Al medir aquella horrible altura se estremecieron instintivamente los dos hermanos.

— Nunca, continuó con calor Barba-larga, he invocado á Dios con mas fervor, al tender mi ballesta, aunque se haya tratado de un oso: la jara partió, atravesó la flotante falda de la dama, el extremo delantero del arzon y la espalda del caballo que herido en las entrañas, dió un tremendo salto atras y cayó lanzando á larga distancia á la dama que no se levantó.

— ¿La heriste, Iñigo? preguntó con ansiedad Juan de Villafranca.

Eso temí: Me habia visto obligado á tirar al caballo por la espalda porque habia pasado mas allá, mucho mas allá del lugar en que me encontraba: el blanco, para evitar el herirla era escaso; el temor de errar me hacia temblar la mano, y era necesario herir al bruto en el corazon, no dejarle pasar un palmo mas allá. Cuando despedí la jara cerré los ojos y no me atreví á abrirlos en algunos momentos. Por mi fé, no habia sentido miedo hasta entonces. Afortunadamente, Dios guió el arma, y la dama solo estaba desmayada. — La hice tornar en sí, la llevé cerca del lugar donde estaban sus gentes y al despedirse me dijo: — Un servicio como el que acabais de hacerme no se paga, pero guardad este escudo como recuerdo mio, no llevo otra cosa mas noble, que daros: pero si alguna vez os veis preso ó perseguido acudid á mí; á D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor — Hé aquí la historia de este escudo, y la ocasion en que vi por primera vez á la hija de Salomih.

Gutierre y Barba-larga se separaron de la ventana, y Juan quedó mirando la cortadura, que parecia un gigante fantástico avanzado sobre el lago, á quien los jarales servían de cabellera y de aureola la niebla iluminada por la luna que se ocultaba tras su áspera cresta.

— ¿Por qué llaman á ese tajo el salto de la Monja? preguntó á Barba-larga yendo á sentarse en el hogar.

— La monja que ha dado su nombre á la cortadura, se llamaba Trenza-de-Oro, contestó lacónicamente el montero.

Juan de Villafranca inclinó la cabeza á aquel nombre en actitud abatida, y Gutierre palideció.

— Decíamos, y á propósito de ello ha venido la historia de mi escudo, continuó Barba-larga, que era necesario oro, para que vuestra señoría se presentase dignamente en la córte. Yo sin ser bandido, tengo al alcance de mi mano ese oro.

— ¿Cómo, sin adquirirlo por un mediol...?

— Por un buen medio, señor, ese oro está en las arcas del abad del Abrojo.

— Supongo que no será él tan generoso que te lo dé.

— Pero yo soy lo que basta de entendido y de fuer-te para tomarlo.

— Siempre será un robo.

— No, sino una débil restitucion.

— ¡Cómo! ¿me debe algo D. Sancho de Benavides?

— Hace diez años, que D. Alvaro, que poseía á nombre del rey los estados del señorío de Villafranca, los donó por no sé qué mal hecho, y siempre en nombre del rey al abad, del Abrojo. Por lo tanto oro tendremos y sobrado. En cuanto á vasallos, os puedo ofrecer doscientas lanzas; valientes y leales.

— Eres el hombre de las maravillas, Iñigo.

— Cuantos monteros cruzan las sendas del Abrojo son mis amigos, mis hijos, porque no quiero decir mis vasallos: con ellos y con algunos buenos aventureros, que gracias á la guerra civil se cruzan por todas partes, tendremos una magnífica mesnada. Don Juan será vuestro guarda mayor, yo el capitán de vuestros ballesteros, como siempre vuestro montero mayor. Dentro de ocho dias entramos en la córte á son de timbales. En estos ocho dias podreis inventar una historia para relatarla al Condestable. Allá en las tierras por donde habeis estado errante veinte años habeis adquirido un acento extranjero que no hay mas que pedir. Dejadme, pues, hacer: el oro que yo os traigo os pertenece, los hombres que han de servirlos son hijos de vuestros antiguos vasallos naturales. Fé y esperanza en Dios, y llegará un dia en que podais levantar sobre sus ruinas el castillo de Juan-sin-alma, vuestro abuelo, y poner la noble bandera de vuestro linaje sobre su torre de honor.

— Solo desco una cosa Iñigo... dijo D. Gutierre: vengarme del Condestable... y despues, que el diablo cargue conmigo.

— Entre tanto mis nobles señores es necesario descansar; voy á decir á Brenda, la esposa de uno de mis muchachos que ha venido espesamente para servirlos de su aldea, que os traiga la cena.

Barba-larga salió, y encontró todavía jugando á los dados y riendo á sus monteros.

— ¿Qué es eso? dijo Iñigo de Aivar ¿qué os alegra?

— ¡Diablo, capitán! dijo uno de ellos: el Sr. Condestable se nos resiste.

— Cómo.

— Hemos tirado treinta veces, y siempre unos y otros sacamos un punto igual, el nueve. Está visto que el Condestable no es para nosotros.

— Dejadle, pues, hijos míos, es una pieza mayor á quien espera un mas terrible montero... un montero que caza con espada. Hola, Gimeno, que Brenda sirva á los señores; tú, Fortuño, vé á recorrer los atalayas... ¿eh? ¿qué es eso?

Sonó muy cerca una corneta de caza, y un montero llegó á la carrera y entró en la barraca.

— Conoces esto, capitán, dijo á Barba-larga mostrándole un cuerno de caza.

— ¡Pardiez si lo conozco! contestó, es mi compañera desde hace veinte años; mi buena corneta. ¿Quién te la ha dado?

— Estaba yo junto á las ruinas, apostado, por cierto que te vi pasar junto á mí rozando casi el brañal en que me ocultaba, hace una hora, te reconocí á la luz de la luna y te dejé pasar. Volvió el silencio, un silencio profundo; pero una hora despues, retumbó á lo lejos tu corneta... ¡Diablo! me dije: no puede ser él: el capitán ha tomado el sendero del salto de la Monja y la corneta resuena hácia á la abadía... no, no es él... para haber llegado allá en tan poco tiempo era necesario tener alas.

— ¿Y quién era, en fin...?

— Dejé el apostadero y corrí hácia donde retumbaba la corneta cada vez con mas fuerza: cuando estaba cerca respondí con la mia, y vi que se encaminaba á mí un ginete. Venia desarmado con ropas de corte

y me saludó cortesmente. Desarmé mi ballesta y le dejé llegar.

— Al fin, al fin.

— Al fin aquel hombre me miró atentamente y me presentó esta corneta: — Conocéis esto me dijo: — Es el cuerno de un montero que yo conozco. — Pues bien, llevadme á vuestro capitán. Eché á andar delante de su caballo y allí está detenido en los atalayas.

Barba-larga salió, y guiado por el montero llegó á un punto donde rodeado por las gentes de Íñigo de Aivar, estaba Hernando de Carrillo, pie á tierra teniendo de la mano á un caballo, y temblando de frío. Se había lanzado al campo con las mismas ropas de corte que vestía en el alcázar, y era la noche demasiado cruda para no hacerle notar la falta de abrigo. — ¡Rayos y tormentas! dijo con acento áspero; al fin os encuentro amigo mío. ¡Diablo! os escondéis y os resguardáis que es un prodigio.

— ¿Me buscábais, pues?

— Claro está que os busco. ¿Qué diablos si no había yo de hacer al sereno y solo por estos andurriales?

— Retiraos, dijo Barba-larga á los monteros, que desaparecieron entre la espesura. ¿Quién os ha dado esta corneta, caballero?

— Una dama.

— ¿Cómo es su nombre?

— D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

— ¿Y qué quiere de mí?

— Quiere que vayais á verla esta noche á las doce.

— A las doce, y ya son lo menos las diez, exclamó Barba-larga mirando á las estrellas que eran su eterno reloj. Deprisa es necesario andar: del salto de la Monja á Valladolid, tres leguas... pues bien irá.

— Llegad al postigo del palacio de Benavente, y llamad... allí os esperan.

— ¿Sucede algo á D.<sup>a</sup> Judit...? ¿está amenazada...?

— Yo no sé si la sucede... pero si se encuentra como me encuentro yo, bien será menester que la ayudeis, señor rey de las selvas... ¡Diablo! la corte es un infierno, amigo mío; no hay pueblo ni castillo que no sea lo mismo... vos lo entendéis... y casi estoy tentado á quedarme con vos... pardiez, rey por rey... mejor quiero ser capitán de la guarda de un honrado hijo de las breñas, que de ese niño viejo á quien llaman rey de Castilla...

— ¡Ah! ¿sois...?

— Soy capitán de la guarda morisca de su alteza.

— ¿Y dejáis la corte?

— Dejo al Condestable... lo que es igual.

— ¿Y dónde vais?

— A Tordesillas.

— Si huiis os importará ir por sendas estraviadas; el camino de Tordesillas á Valladolid está ocupado por gentes del Condestable. Ved si lo sabré cuando acabo de llegar de allá.

— ¡Pobre Rodrigo de Villacorta! pensé el capitán. ¡Maldita sea la primera mujer... que... vive Dios... no sirven mas que para hacer daño... ¡pues... cogen á ese hombre, le agarran las cartas de la otra...! y... y decidme, añadió en voz alta, ¿podreis darme, por favor, cosa que os tendré siempre en merced, uno de vuestros monteros que conozca las sendas estraviadas por donde habeis venido de Tordesillas?

— Enviándoos D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor, yo mismo iría á serviros de adalid, caballero; ya sabeis que no puedo, pero irá otro de mis muchachos, lo que es lo mismo que si fuera yo. Hola Farfan.

— Hé aquí que alguna vez me sirven de algo las mujeres.

— Parece que estais reñido con las damas, señor capitán.

— ¡Reñido! furioso... si fuera Dios, me arrepentiría de haberlas creado y las esterminaría, como si se tratase de animales ponzoñosos. Pero ved ahí que llega vuestro hombre.

— Listo, Farfan, dijo Barba-larga; vas á llevar á este caballero á Tordesillas, por las sendas que nos, otros andamos. A caballo capitán, á caballo; oye, Farfan; bueno será que recojas al paso una docena de camaradas: si se atraviesa algun estorbo en el camino, ya sabeis cómo esos estorbos se quitan: ademas vais con un valiente hidalgo: tened mucha cuenta con que no le acontezca una desgracia, porque os las habriais conmigo. En marcha, capitán, en marcha.

— No sin que antes os tienda mi mano, caballero.

— ¿Caballero, decís? exclamó sonriendo Barba-larga y aceptando la mano de Hernando Carrillo.

— Pardiez, sí; vos me habeis enseñado que la nobleza no está en los pergaminos sino en el corazón. Nunca os olvidaré y si me necesitais un día os serviré hasta la sangre. Adios amigo mío, adios.

— Que él os saque con bien y os ayude, capitán.

Tras esto Farfan partió á la carrera delante del caballo, y este le siguió trotando. Barba-larga permaneció inmóvil hasta que los vió desaparecer por la primera revuelta y luego se puso en marcha hácia la cabana murmurando.

— El buen hidalgo es un tanto salvaje, pero á legua se conoce que bajo esa ruda corteza, hay un corazón valiente y un pensamiento honrado.

Cuando llegó junto á los dos hermanos, estos cenaban: una robusta villana, hermosa y fresca les servía.

— Vete, Brenda, mi buena hija, la dijo Barba-larga. La muchacha le miró sonriendo y salió.

— Vengo á despedirme de vuestras señorías, dijo Barba-larga cuando quedaron solos.

— ¡A despedirte! pues adónde vas, dijo D. Gutierre.

— Cuando hace cinco noches, llevé desde las ruinas hasta cerca de Valladolid, á D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor, la entregué mi corneta y la dije: si alguna vez me necesitais, enviad un hombre con esta corneta al bosque del Abrojo, y que toque tres puntos: á ellos, si no yo, acudirá uno de los míos que llevará á vuestro enviado hasta mí: D.<sup>a</sup> Judit aceptó mi ofrecimiento y me ha enviado nada menos que al capitán de la guarda morisca del rey.

— ¿Y qué quiere D.<sup>a</sup> Judit?

— Que vaya á su casa esta noche á las doce.

— ¿No sabes para qué?...

— Creo que para hacerme relatar su historia... lo sospecho... puesto que yo la ofrecí referírsela en otra ocasion y con mas espacio.

— Quedó pensativo Gutierre de Villafranca.

— Pues bien, refiéresela; pero cuenta... que no sepa quién es su padre.

Íñigo de Aivar palideció y contestó.

— No lo sabrá.

Y luego añadió, como quien hace un esfuerzo.

— Adios, mis nobles señores, adios; es ya tarde y tengo que andar tres leguas.

Salió de la casa, se lanzó en el bosque, no cesó de andar casi á la carrera, y á las doce llamaba al postigo de la casa de D.<sup>a</sup> Judit.

Un momento despues estaba ante ella en una cámara del palacio de Benavente.

## VIII.

En que se sabe para qué quería Judit á Barba-larga.

En el primer momento la jóven no reconoció á Íñigo de Aivar; tan trocado estaba con su hermoso traje de montero rico, por decirlo así. Judit no encontró ya al rudo bandido, desaseado, pobre, salvaje, como todo lo que le rodeaba, sino á un servidor de buena casa, cuyos dueños gustan de que vistan bien sus criados.

Pero Barba-larga no pudo menos que reconocerla

á primera vista, y aun que admirarla: cuando la encontré por primera vez, esto es, cuando la salvé, el terror habia descajado sus formas, y la palidez habia cubierto con un velo mate esos encantos que consisten en lo terso y trasparente de una tez bajo la que parece se ve circular la sangre. Es cierto que la habia visto cinco dias antes, pero de noche, en una situacion estraña, alterada, y como sorprendida por fuertes impresiones: Barba-larga no la habia visto, pues, en todo el esplendor de su hermosura, en toda la magia de su languidez, de su reposo, como entonces.

La jóven habia previsto que por viejo y selvático que sea un hombre, nunca está exento de la influencia de lo bello, de lo sublime; sabia cuánto las formas esterores pueden contribuir á formar el pensamiento, y queria aparecer hermosa, noble, pura, ante aquel hombre á quien necesitaba.

Desde el primer momento conoció que no se trataba de uno de esos seres embrutecidos por la falta de educacion, en quienes las pasiones se encuentran casi primitivas, en los que tratándose de religion no se halla mas que fanatismo, ni otra cosa que miedo á las leyes, socialmente considerados.

Comprendió por el contrario, que aquel hombre habia vivido en una esfera superior á la en que se hallaba colocado, ó que era una doble persona, uno de esos misterios vivientes que son tan comunes en las guerras civiles: hombres que varian de aspecto, de traje, de voz, hasta de semblante, segun conviene á su propio interes, ó á los del partido que sirven.

Entrambos se colocaron en una situacion de reserva, pero de reserva oculta, impenetrable, encubierta por un aspecto de franqueza y de reciprocidad perfectamente sostenido. Barba-larga saludó respetuosamente á Judit, y esta le obligó á que se sentase.

—Sois dos veces mi salvador, le dijo: entrambas os habeis negado, con una grandeza de alma que os honra, á que os demuestre mi agradecimiento: dejadme, pues, que os trate como á un amigo: si no os considerara tal, nunca me hubiera atrevido á obligaros á dejar esos bosques donde vuestra alma se dilata, donde vivís de continuo frente á frente con Dios.

—Y aun lo estoy: por mas que vuestro techo me oculte el firmamento azul, y que vuestras paredes impidan que llegue hasta mí el libre viento de la montaña: estoy siempre frente á frente con Dios, porque vuestra hermosura, señora, hace pensar con mas entusiasmo en lo grande de las obras del Señor, que esa inmensidad que se tiende sobre la tierra, y que esa tierra que se levanta con sus montañas, sus selvas y sus torrentes debajo de esa inmensidad.

—Hé aquí que vos, hombre de la naturaleza, habeis sabido decirme mas con vuestro sencillo y poético lenguaje, sin amarme, que todos mis enamorados de la corte con sus frases retumbantes y vacías. Vos no habeis sido siempre lo que sois, ¿no es verdad?

—Tuve la honra de deciros, hace poco tiempo, que en mis buenos años habia servido á vuestra familia, si es que sois hija de la sin ventura Salomith, y no D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

—Una familia ilustre y poderosa ¿no es verdad?

—Pero fatalmente castigada por crímenes.

—Crímenes llevados de padres á hijos?

—Sí señora.

—Y sabeis quiénes son mis padres?

—Sé por vuestra boca que sois hija de la judía Salomith.

—Y la historia de mi madre..... ¿la sabeis tambien?

—Es una consecuencia de la historia de vuestra familia.

—Os he llamado, perdonadme, para que me la re-

firais. Esa historia fijará mis pensamientos acerca de la conducta que debo seguir. ¿Sereis tan mi amigo ahora como lo habeis sido antes? ¿Consentireis en relatarme esa historia?

—Si así lo queréis, sea: pero es una historia terrible: la historia de cuatro generaciones malditas.

—De modo que hay en esa historia mucho que vos no habeis visto.

—Así es, señora; yo no cuento mas que sesenta años, y esa historia data de 1334, allá de los tiempos del rey D. Alonso el XI.

—¿Y cómo hubisteis esa historia?

—Hace veinte años, señora, era yo montero mayor de D. Gutierre de Villafranca; por aquel tiempo aconteció una horrible desgracia en la familia, fue perseguida y obligada á huir por D. Alvaro de Luna, que antes de marchar á la guerra que por aquel tiempo se hizo á Granada, aborció á Juan de Villafranca, hermano de mi señora. Sus bienes fueron confiscados y su servidumbre se encontró en la calle; yo, que habia jurado no servir mas que á mis señores, me puse al frente de los monteros que quisieron seguirme, y desde entonces vivo de la caza y de la pesca, en la jurisdiccion señorial del Abrojo.

Pero esta vida me hizo conocer desde el momento sus inconvenientes; perseguido siempre, siempre fugitivo, me vi obligado á buscar un asilo impenetrable, y me acordé de ciertos pasadizos y minas que existian y existen aun, como habeis podido ver por vos misma la noche pasada en las ruinas que hoy no tienen nombre, y que hace ciento veinte años se llamaban el castillo de Juan-sin-Alma.

—Juan-sin-Alma! exclamó Judit; ¿el que está representado en la sombría estátua mortuoria que me mostrásteis en aquel lóbrego panteon, cuando huíamos del molino de la Cruz Maldita?

—Juan-sin-Alma y su hermana Trenza-de-Oro.

—¿Y son esos mis ascendientes?

—Corre en vuestras venas, señora, sangre de los dos.

—¿Cómo! ¿pues no decís que eran hermanos?

—Hermanos, sí, señora; si no hubiera habido un incesto y un sacrilegio en vuestra familia, no estaria maldita.

—¿Pero estais seguro de que no os han referido una absurda conseja?

—Hasta que os conocí, lo creia; pero ¿no reparásteis, señora, en que la estátua de Trenza-de-Oro parecia vuestra propia estátua?

—Casualidad sin duda.

—¿Y es tambien una casualidad la fatalidad que persigue á vuestra familia?

—¡Oh! ¿quién sabe?

—Al poco tiempo de morar yo en las ruinas, me desperté una noche un rumor estraño: apliqué el oido y percibí una voz, la trémula voz de un viejo que entonaba salmos penitenciales... nunca he conocido, el pavor excepto el dia en que os vi próxima á despeñaros por el salto de la Monja, y dejé mi lecho de hojas secas, tomé mi ballesta y salí del panteon de Juan-sin-Alma á la gran nave de la capilla. Entonces vi que el hombre cuya voz me habia despertado era un monje benedictino de la abadía del Abrojo que oraba delante del altar en el que habia dos blandones encendidos: todo lo demás estaba sumido en una sombra densa, y la blanca figura del fraile, se recortaba medrosa sobre ella iluminada por la luz de los blandones. Yo creia y creo en Dios; era un ministro de su altar el que oraba y respeté su oracion; pero no dejé de observarle. Hasta la media noche continuó el monje con su salmodia, y luego se levantó, tomó los blandones, los apagó y se dirigió á oscuras á la parte inferior de la nave. No sé si era el estado de mi imaginacion, ó que verdaderamente acontecia; pero creí ver la alta y blanca figura del fraile adelantando en las tinieblas

hacia mí. Llegaba ya, iba á tropezar conmigo, cuando le hablé.—¿Quién sois? le dije.—¡Ah! aquí hay hombres, dijo el sacerdote; ¿vienes también á orar por los que están necesitados de la misericordia de Dios?—Vivo en estas ruinas desde ayer, le respondí; me ha despertado vuestro rezo, y la curiosidad...—¿Vives aquí; has venido á hacer penitencia entre los muertos!—No señor, le contesté; vengo á que me defiendan con su terror de los vivos, soy montero—bandido.—Es decir, cazas el ave que vive en el aire, y el bruto que se acoge bajo la espesura de la selva; es decir, que con el sudor de tu trabajo, te alimentas con lo que Dios ha criado para tí.—Así es; pero eso no quita el que el abad del Abrojo me persiga y á mi gente,—Dios le ilumine, hijo mío, y le dé mas caridad.—Segun he podido juzgar de vuestro hábito sois monge del Abrojo, tenéis derecho á una parte de las rentas del señorío, y me maravilla...

—¿El que repruebe la persecucion contra los pobres y los débiles que buscan su sustento en la naturaleza? Yo no soy un señor soberbio y mundano sino un monge penitente: yo no quiero apropiarme lo que sobrándome á mí puede sustentar á otro.—Verdaderamente, sois un santo, padre.—Soy un pecador cuyo corazón ha tocado Dios.—¡Ah padre, padre... ¡si quisierais iluminar mi camino!...—¿Y por qué no! ¿cuál es el deber del sacerdote sino consolar al afligido, defender al débil, y corregir al que yerra! ¿Qué lugar ocupais en este panteon?—Quiero al pie de las tumbas de Juan-sin-Alma y de Trenza-de-Oro.—¿Juan-sin-Alma! ¿Trenza-de-Oro! exclamó profundamente el sacerdote: por ellos y por sus descendientes vengo aquí: por ellos mi oracion se eleva al infinito todas las noches entre las sombras y el silencio. Quiera el Altísimo haber tenido misericordia de sus almas.—¿Tan malos fueron?—Cometieron un pecado horrible.—¿Sabeis su historia, padre? Esa historia ha sido trasmitida por un monge á otro, durante tres generaciones, y ha venido á depositarse como un secreto impenetrable en mí.—¡Ah! ¡es un secreto!—Secreto de penitencia: Juan-sin-Alma al morir le reveló á un monge; le suplicó que orase por su alma y que solo le revelase á otro monge al morir, para que hubiese siempre un sacerdote en demanda de perdon.

Todo esto, continuó Barba-larga, pasaba á oscuras, y era tal la solemnidad del acento de aquel hombre que no insistí; pasó mucho tiempo... un año, dos, diez; durante él, nunca dejó de venir el monge al panteon, ya fuese la noche clara ó oscura, serena ó tempestuosa. Yo le habia observado profundamente y aun puedo decir que llegué hasta el fondo de su alma; alma pura, noble, entusiasta, pero exaltada; con frecuencia se entregaba á extravagancias, brillaban sus ojos con un fulgor salvaje y entonaba estraños cantos: esto me hizo desear saber el juicio que formaban los que le conocian, pregunté y no faltó quien me dijo: El monge D. Guillen de Zúñiga, está loco... ha dado en la manía de escapar de la Abadía todas las noches para pasárselas en la selva.

—Don Guillen de Zúñiga! exclamó Judit. ¿Era pariente del conde de Plasencia?

—Su tío, hermano de su padre, señora...

—¿Y estabas loco en efecto?

—No me atreví nunca ni me atreveria á asegurarlo, pero puedo juraros, señora, que son tales las desgracias que han sobrevenido á los señores de Villafranca, últimos descendientes de Juan-sin-Alma y de Trenza-de-Oro que bien puede creerse en la maldicion lanzada por Dios sobre su raza.

—¿Con que al fin el monge os reveló su secreto?

—Sí; hace diez años, por primera vez faltó á sus veladas penitenciales; era viejo y temí por su vida; pero no me atreví á presentarme en la abadía, donde hubiera sido conocido..... al fin, cuando pasó algún tiempo y estaba resuelto á pasar por todo á trueque de tener noticias de mi buen monge, hé aquí que se me presenta una noche en las ruinas. Venia pálido, flaco;

macilento; su rostro y sus manos, que era lo único que permitia ver su hábito, eran los de un cádaver.—Voy á morir, me dijo; en vano he buscado, entre los monges mis hermanos, uno que sea digno de admitir el legado de la última voluntad de Juan-sin-Alma: les falta caridad: el abad D. Sancho de Benavides, es un mancebo imberbe, que ha acabado de introducir la corrupcion en un rebaño no muy puro... allí no hay monges, sino miseria con hábitos: vos, Barba-larga, aunque montero y bandido, sois un santo en comparacion con el mejor de ellos, y os voy á hacer depositario de ese secreto... porque, os lo repito, voy á morir.

Para acabar de una vez el monge me relató desde el principio hasta el fin una tenebrosa leyenda, al pie mismo de las dos principales personas de ella; en efecto, poco despues de haberme hecho el monge tan sagrado deposito murió.

—¿Y vos, cumplisteis su voluntad?

—Oré todas las noches, al pie de la tumba de los ascendientes de mis señores.

—¿Y no tenéis reparo en confiarme ese secreto?

—No, por que, á decir verdad, estoy cansado de orar y vos orareis mejor, señora; vuestros lábios son mas puros: y Dios tal vez escuche con mas clemencia las súplicas de una descendiente de la raza maldita.

—De modo que, como el venir á verme otro dia os causaria tal vez perjuicio, estais dispuesto sin duda á revelarme...

—Lo haré si así lo quereis, señora; pero os advierto que no respondo de la verdad de la historia, sino desde el punto en que yo he sido testigo de los hechos, esto es: desde el dia en que D. Juan de Villafranca, se enamoró de vuestra madre.

Judit se acomodó en su sillón preparada á escuchar una leyenda que debía ser larga, puesto que encerraba dentro de sí un espacio de ciento veinte años; y Barba-larga empezó su relato que duró hasta cerca del amanecer.

Concluido que fue, Judit quedó profundamente pensativa y Barba-larga se tornó no menos cuidadoso á la cabaña donde le esperaban sus señores.

Creemos conveniente hacernos cargo de la leyenda que el montero refirió á Judit, y dedicar á ella la tercera parte de nuestro libro.

## TERCERA PARTE.

### EL CASTILLO DE JUAN SIN ALMA.

#### La primera generacion.

##### I.

#### La vision del rey.

ERA el año de 1312.

Reinaba en Castilla el rey D. Fernando IV y tenia su córte en Palencia.

Andaba el rey empeñado en la guerra contra los moros, ansioso de llevar á cabo lo que tan adelante habia dejado su bisabuelo Fernando III el Santo, arrojándolos tras las montañas que separan á Castilla de Andalucía.

El infante D. Pedro, su hermano, tenia puesto real sobre Alcaudete y apretaba los moros no permitiéndoles hora de reposo. A pesar de esto resistian tras de los muros, se alimentaban con carnes infectas, duraba el cerco, y el infante, perdida la paciencia, pedia al rey mas gente y mas máquinas. El rey se las enviaba y volvia á apretar el infante; pero en balde: llegó un dia en que se le pidieron nuevos refuerzos y ya no tuvo que dar. Entonces el infante dijo que si duraba tres meses mas el cerco se veria obligado á levantarle.

El rey por no descontentar á su hermano, fué en persona sobre Alcaudete, pero no llevó consigo mas que á su secretario, á su manceba, á su bufon, á un

astrólogo judío con quien se aconsejaba, y una jauría de lebreles. Era todo lo que le quedaba, porque mucho tiempo antes había enviado al infante desde su primer caballero, hasta el último de sus pajes.

Con aquel bravo refuerzo y por mas que el rey fuese garrido y valiente, no es menester decir que el cerco siguió como se estaba. Los moros habian llegado hasta el caso de comer cruda, por falta de combustible, la carne de los suyos que morian en los continuos rebatos y salidas y se daban por muy satisfechos si podian comer carne de cristiano.

Aquello era para hacer perder la paciencia al mas sufrido, y el rey, que no lo era mucho, la perdió. Man-

dó hacer plegarias á los obispos que le acompañaban, y sus plegarias no dieron otro resultado que hacer gastar al rey algunos maravedises en procesiones, cera é incienso: los moros se burlaban de todo aquello desde sus adarves, y llegó el caso de pensar seriamente en si habia de levantarse el cerco ó asaltar la ciudad á escala franca. El rey era valiente y eligió esto último, pero cuando llegó el caso se encontró que la mitad de la hueste estaba enferma, que la otra mitad eran heces que habian quedado vivas por rezagadas en los encuentros anteriores y que á duras penas con aquella especie de reala cansada se podría lograr el cortar á los moros los mantenimientos. Fue



Barba-larga, el bandido.

preciso que el rey renunciase á su escalada, y no habiendo conseguido auxilio de Dios, ni un paceser que hubiese sido bueno de su consejo, se volvió á la parte mas estraña que podía volverse; esto es, se encerró un dia con su manceba, su bufon y su astrólogo, y les preguntó qué partido seria bueno tomar en aquellas desesperadas circunstancias.

La manceba juzgó que seria bueno levantar el campo de un sitio, en donde nadie, por hambriento y cansado tenia deseos de enamorar ni de andarse en danzas; protestó que estaba resuelta á mudar de aires si no se acababa pronto aquello, y concluyó su plática abrazando amorosamente al rey, y recordándole lo be-

llo y sensual de los retretes de su alcázar, que no podian compararse sin escándalo con la barraca de cañas que mal y de prisa habian levantado para él en el real.

El bufon juró que con el hambre habia perdido el ingenio, y que no lograria hacer sonreír al rey mientras anduviesen por aquellos andurriales; razon de gran peso que causó una gran impresion en el ánimo de D. Fernando.

El astrólogo, por su parte, contestó levantando los ojos al cielo, que puesto que ni Dios ni los hombres querian que por entonces se tomase á Alcaudete, era necesario recurrir al diablo.

Este discurso era peliagudo tratándose de un rey descendiente por línea recta de un santo, y no ya cristiano, sino cristianísimo. Pero hay situaciones que nos obligan á parar mientes de lo mas descabellado, y como el rey se encontraba en una de ellas, contrapeso posibilidades y condiciones, y halló por último resultado que tenia que elegir entre un cerco que ya se habia hecho pesado y trabajoso y su manceba y su bufon: dejar al uno heria su orgullo, dejarse abandonar por su concubina y por su bufon, era perder á un tiempo el placer y la risa: un medio se presentaba como una providencia: el diablo, y el rey le aceptó.

Despidió pues á su bufon y á su manceba, asegu-

rándoles por su honor real que levantaria el cerco sino se rendia la ciudad pasados tres dias, y se quedó solo con el astrólogo.

Nadie sabé lo que pasó entre ellos: el rey se acostó aquella noche sin cenar y pensativo y... ya tarde, como quien escapa, enjaezó por sí mismo su caballo, atrailló sus lebreles, montó á la grupa al astrólogo, y se encaminó á los montes cercanos.

Y anduvieron, anduvieron, anduvieron; amaneció, salió el sol, llegó el medio dia; no se agitaba una hoja en los árboles, ni se oia la corriente de un arroyo ni el canto de un pájaro. El sol quemaba; se levantaba de la tierra un vapor pesado y de color de plomo.



Juan-sin-Alma.

Cuando hubieron llegado á un lugar espeso y sombrío de la selva, erizado de rocas y cortado por precipicios, el astrólogo se arrojó del caballo, hizo un círculo en la tierra, y otro en el aire con una varita de ébano, y en el mismo momento se rompió el silencio, sonaron ladridos y ruernos de caza, el estruendo de una montería próxima, los gritos de los monteros, la carrera de los caballos, pero nadie apareció por mas que cada vez se escuchara el estruendo mas cerca, hasta rodear enteramente al rey.

De repente un jabali atravesó delante de él un sendero, y D. Fernando se lanzó tras él; tras el rey se lanzaron los perros, tras los perros el astrólogo, tras

el astrólogo, todo aquel ejército de cazadores invisibles.

Y el jabali corria como un venablo, y el caballo del rey corria, y corria el astrólogo, y corrian los perros, y corrian los invisibles, pero sin alcanzarse jamas aunque iban como el huracan de la tormenta.

El rey se afirmaba en los estribos, aguijaba su caballo, tendia su ballesta para disparar, pero en el momento de hacerlo el jabali se ocultaba tras una jara ó en la revuelta de un sendero.

Y así, corriendo el jabali, y preparando el rey su ballesta y ocultándose la bestia cada vez que iba á dispararla pasaron una tras otras las horas, traspuso

el sol y vino la noche. El rey quiso refrenar su caballo, pero no pudo; seguía siempre corriendo; pidió socorro al astrólogo y este le contestó con una hutea carcajada; creyó que los perros espantaban su caballo y le hacían huir y quiso detener á los perros, que le contestaron con un coro de terribles ladridos; evocó á los cazadores invisibles que le seguían y se redobló el estruendo de sus voces y de sus cornetas. El rey habia llamado al diablo, y el diablo le llevaba consigo: el jabalí relucía entre la sombra como si hubiera sido de fuego, y bufaba, cortaba la maleza y corría sin cesar.

De repente el terreno se hizo mas áspero; oyóse el zumbido de un torrente y el jabalí llegó á una ancha cortadura y se lanzó; el rey por la primera vez habia tenido tiempo de preparar su ballesta, disparó, y el jabalí, herido en la mitad de su salto, cayó á la corriente que le arrastró consigo.

En aquel momento su caballo, que ya tocaba el borde de la sima, se detuvo y permaneció inmóvil; el rey se revolvió y se encontró en medio de gentes extrañas: era un lucido escuadron de lanzas, que rodeaban á un caballero atlético, ginete en un caballo negro; y cuyas armas y paramentos eran tambien negros: esto podia verse á la luz de antorchas de ébano que levantaban pajes negros tambien, y enmascarados, como eran negros todos los vivientes ó fantasmas que allí se encontraban. El astrólogo y los lebreles del rey habian desaparecido.

Fernando IV dirigió la palabra sin temblar á aquel hombre y le dijo que pues tan buena gente tenia consigo, y tan necesitado de ella se encontraba, le tendria á buen servicio el que le ayudase en el cerco de Alcaudete. El caballero consintió, pero con dos condiciones: primera, que el rey le habia de dar en pago el noble de la córte que le viniese en mientes, y segunda, que de igual modo le entregaria la mujer de quien estuviese enamorado: el rey no encontró muy cara una villa á precio de un hombre y de una mujer, y prometió solamente pagar con ellos los buenos oficios del campeon negro, siempre que por ellos tomase á los moros la villa.

—Mira lo que prometes, rey, le dijo entonces el encubierto; porque si tu estandarte real ondea sobre Alcaudete, y no me cumples lo pactado, no solo perderás al hombre y á la mujer que me niegues, sino que comerás una injusticia, verterás sangre inocente, serás emplazado por ella, y perderás tu alma.

—¿Ese hombre que me pedirás es mi hermano? dijo el rey.

—No, contesto el caballero.

—¿Ni esa dama, mi esposa?

—No.

—Pues tuyos serán, siempre que no sean de mi sangre.

—Tuyo será Alcaudete, bajo la fé de esa promesa, dijo el caballero, y desapareció con sus pages y soldados.

Quedó el rey envuelto en una densa tiniebla y solo entonces se acordó, que á mas de su esposa, y de sus parientes, existian otras dos personas que no hubiera entregado á trueque de todas las villas habidas y por haber, ni aun por la salvacion de su alma: aquellas dos personas eran su favorito y su manceba.

Asaltóle una desesperacion profunda; apretó los acicates á los hijares de su caballo, obedeciendo al impulso que le lanzaba tras el caballero negro, pero el caballo no se movió. Redobló su castigo, y de repente sintió que el corcel se deshacia en viento y que caía, caía, precipitado en un caos; quiso detenerse, hizo un esfuerzo desesperado, dió un grito y.... se encontró en su lecho, entre los brazos de su manceba que habia despertado asustada.

—¿Era un sueño! dijo el rey. ¡Gracias á Dios!

—Pero un sueño horrible, os habeis revuelto entre mis brazos como un desesperado.

—Escucha, Inés, ¿no he llamado hoy, esta tarde pasada á mi bufon y mi astrólogo?

—Sí, pero cuando vinieron os habiais dormido entre mis brazos, de los que no habeis salido sino para acostaros formalmente, mi amor.

—¡Oh! ¡oh! este es un aviso del cielo... un leve castigo por haber apelado al diablo.

Y como era media noche aun, se quedó de nuevo dormido.

## II.

### El caballero sin mote y sin nombre.

Pero al amanecer no pudo menos de despertar Don Fernando al inusitado ruido que se escuchaba en sus reales, de continuo tan silenciosos, y téticos bajo el azote del hambre y del fastidio. Aquello era un verdadero alboroto, pero un alboroto de alegría, vistióse por sí mismo: puesto que andaba escaso de servidumbre, y se asomó á la puerta de su tienda. Nadie se acordaba de él, ó por mejor decir, nadie reparó en él. La atencion general estaba absorta como un acontecimiento extraordinario: sobre la torre mas alta del castillo de Alcaudete ondeaba al viento de la mañana un pendon rojo, en medio del cual campeaba una cruz de oro.

Nadie sabia esplicarse aquello; no se habia escuchado un solo grito de combate durante la noche, y sin embargo era indudable que la villa habia sido tomada por cristianos. El rey no pudo menos de recordar con terror su sueño. Adelantó, preguntó, requirió; nadie supo decirle cómo habian entrado los vencedores en el castillo sin pasar primero por las atalayas del cerco.

No se hizo esperar mucho tiempo la esplicacion de esta maravilla: abrióse un postigo del muro y salió por él un escuadron, que ofrecia á primera vista la singularidad de que los ginetes llevaban arneses y vestas á la castellana, y los caballos jaeces y caireles moriscos.

Aquel escuadron, en cuyo centro flotaba un estandarte amarillo y verde, colores que hacian sospechar en su capitán una esperanza de vengarse, adelantó hasta el rey, que habia tenido tiempo entre tanto de rodearse de lo mas lucido de su córte y de dar á su persona cierto aspecto de grandeza.

Cuando estuvieron cerca se notó que delante del caudillo vencedor, y entre cuatro peones, marchaba preso el alcaide vencido, trayendo en un paño de brocado las llaves de la villa.

El moro contrariado y pálido, adelantó y entregó aquellas llaves al rey en nombre de: «*El caballero encubierto.*»

—¿Y por qué se encubre quien obra tales maravillas de valor? dijo el rey dirigiéndose al capitán de aquella gente que á caballo y con la visera calada permanecia inmóvil, presenciando la entrega de las llaves.

—He hecho voto, señor, contestó con voz vibrante el encubierto, de no llevar mote ni empresa, ni descubrir mi nombre hasta que logre una justa venganza.

—Justo es que guardéis vuestro voto, caballero, pero creo que ese voto no impedirá el que el rey de Castilla os premie el servicio que le habeis hecho.

—Día llegará, señor, en que demande á vuestra señoría el precio de ese servicio.

—¿Y cómo os lo he de otorgar, si no me sois conocido?

—Deme vuestra señoría una señal que le sirva para reconocerme en cualquier tiempo y lugar.

—Una señal.

—Sí: el joyel de la gorra.

—¿Sabeis lo que me pedis?

—Un joyel de diamantes que vale sin duda mucho menos que una villa.

—Tomad, dijo el rey, poniéndose encendido; pero cuidad que no os dono esta joya, sino que os la presto como senal... ¿cuándo me la devolveréis?

—Contados desde ahora; en treinta días.

—Sea, tomad.

El caballero adelantó, echó pie á tierra, dobló levemente una rodilla, y tomó la joya que el rey había arrancado de su gorra.

Todos repararon con escándalo en que el altivo caballero no había besado la mano al rey, y aun algunos creyeron notar en su actitud algo de hostil, algo de irreverente.

El encubierto montó otra vez á caballo, y sin hablar una palabra mas se revolvió.

Los nobles se escandalizaron con tal osadía, y el rey se mordió los labios colérico.

—Esperad, caballero, esperad, le dijo; no es así como debéis separaros de mí.

—¿Me necesita aun vuestra señoría?

—Quiero saber cómo habeis pasado á traves de mis reales.

—Pasando por debajo de ellos, señor.

—¿Por debajo!

—Sí, por una mina, cuyo secreto he comprado á precio de oro á un espia traidor; repare vuestra señoría; nos hemos visto obligados á entrar á pie y solo nos hemos provisto de caballos detras de esos muros.

—Sí, entiendo esto: esos moros son minadores como topos. Pero lo que no entiendo bien, es qué objeto habeis tenido en servirme de una manera tan desinteresada.

—Pida á Dios vuestra señoría, dijo el encubierto con voz ronca, que no le parezca horriblemente caro el precio de esa villa.

Y revolviendo al fin su caballo, se lanzó á la carrera seguido de su escudron y desapareció.

El rey se vió obligado á dejarle partir, puesto que no tenía fuerzas bastantes para detenerle y se consoló tomando posesion de la villa que de una manera tan estraña había conquistado.

Pero aquella conquista no le alegró; no era suya: se la regalaban y ademá zumbaban fatídicamente en su oído las últimas palabras del encubierto:

«¡Pida á Dios vuestra señoría que no le parezca horriblemente caro el precio de esa villa!»

### III.

#### El cumplimiento del plazo.

DURANTE algunos días el rey pensó en su sueño, en el encubierto, en la estraña manera de que el diablo se había valido (porque no podía ser otro que el diablo) para hacerle señor de Alcaudete: pero al cabo se hicieron tales festejos por aquel fausto acontecimiento, se justó, se tocó, se danzó y se comió tanto, y amen de esto, eran tan dulces las miradas de Ines, que el rey olvidó la vision, el encubierto, el joyel y el plazo en que le debía ser presentado.

Y pasaron así, sin que el rey los contase y uno tras otro hasta treinta dias.

Era una hermosa noche de agosto: una fresca y fragante brisa, penetrando por el mirador de la cámara del rey, llevaba hasta él los silvestres perfumes del campo.

Estaba solo, una lámpara de luz opaca y lánguida iluminaba débilmente y á medias con la luna, que penetraba por los miradores, los muebles, las tapicerías y los retratos de los reales ascendientes de Fernando IV; sus sombrías figuras parecían destacarse del lienzo, severas con sus rostros angulares, bajo sus túnicas de púrpura, ó sus arneses de batalla: parecia que las miradas de todos aquellos fantasmas estaban

fijas en el rey, y se indignaban ante el pensamiento de molície que enlanguidecía su alma.

Fernando, reclinado en un diván á la morisca encontrado en el saqueo de Alcaudete, soñaba despierto en los rubios cabellos y el seno de alabastro de Ines: esperaba con impaciencia, y finjase sus pisadas en el leve ruido de las frondas de los árboles del huerto ó en el crujir de los tapices de seda de la ventana á impulsos del viento.

Pero aquellos leves rumores cesaban y el rey que levantaba acaso al sentirlos la cabeza, volvía á reclinarse sobre el diván.

Pero llegó un punto en que el rumor indeciso de las alas del viento, no fue ya el que llegó á sus oídos, sino el sordo rumor de unas pisadas que parecían partir de debajo de tierra. Aquellas pisadas se acercaron dejando oír ruido de espuelas, y cuando el rey se levantaba maravillado de quién podía ser quien así sin su licencia pasaba la línea de sus donceles y de sus camareros, se rasgó la tapicería en un lugar de la pared, dejó ver un fondo oscuro, y luego un hombre armado de todas armas que se adelantó dejando tras sí cerrada la pared.

El rey se maravilló y el asombro no le permitió pronunciar ni una palabra.

Tenia ante sí el misterioso caballero que había tomado en una noche y sin ruido á Alcaudete.

—¿Qué me quieres aun? dijo el rey repuesto un tanto de su asombro.

—Se ha cumplido el plazo, contestó el encubierto... han pasado treinta dias, y vengo por el precio de la villa.

—Para tener derecho á ese precio, será necesario que me presentes una prenda mia empeñada por el cumplimiento de mi palabra.

—Héla aquí, dijo el encubierto sacando de su limosneta de mallas el joyel con que el rey prendía la pluma de su gorra, el día de la conquista de Alcaudete.

—¡Y bien! ¿qué quieres? dijo el rey.

—¡Recuerda! me prometiste darme un hombre y una mujer, siempre que no fuesen la reina tu esposa y el príncipe tu hijo.

—¿Y puedo entregarte esa mujer y ese hombre?

—Están ahora mismo en tu alcázar.

Un terror instintivo se apoderó del rey.

—Nómbrame los, dijo.

—Bastará que te cuente algo de la vida de esas dos personas: para que sepas de quiénes se trata.

El caballero adelantaba hasta el rey; el rey retrocedía de espaldas, como huyendo de un espectro, tropezó en el diván y se dejó caer maquinalmente en él.

El incógnito arrastró, hasta ponerlo cerca del rey, un pesado sillón, y se sentó en él sin ceremonia.

—Hubo en Castilla, dijo, hace diez años, un noble y leal caballero, antiguo servidor de tu padre el rey D. Sancho IV: era anciano, valiente, generoso, y te amaba, porque había trasmitido á ti, el amor que había profesado en vida á su difunto señor. Este caballero, que era entonces tu mayordomo mayor, se llama Roger de Villafranca.

Estremeciése el rey á este nombre; el encubierto continuó:

—El viejo Roger, viudo de la noble dueña Elvira de Solís, tenía de ella una hija llamada Ines, que tenía entonces catorce años, y un sobrino huérfano de un primo lejano que se llamaba Gaston, y solo contaba seis. Eran dos hermosas criaturas: ella parecia creada para el amor... él... el niño era un inocente aun; pero se vislumbraba en él, el carácter indomable de su raza.

El rey, tú, no pudiste ver sin conmoverte á Ines: eras mancebo, impetuoso, y á mas de eso ella era una de esas hermosuras fatales, cuyo nacimiento permite Dios para que causen la deshonra de una familia. Se-

pulcro blanqueado, hermosa por fuera, corrompida por dentro, ambiciosa y liviana, conoció tu amor y le alentó; el viejo era leal y confiado y no sospechó nada: por el contrario, creyó que era un alto honor dispensado á su familia, el nombramiento de Ines para dama de la reina. Tú y ella os visteis ya todos los días, viviendo bajo un mismo techo: fuisteis imprudentes y vuestra pasión se desbordó hasta el punto de ser conocida por la reina tu esposa... Hubo terribles choques de celos; la manceba, como sucede siempre, quiso lanzar del tálamo á la esposa, y abrogarse sus derechos, y al fin llegó á tal punto el escándalo, que te viste obligado á separar á aquellas dos mujeres que tan encarnizadamente te disputaban.

El viejo, á pesar del cuidado con que se procuró apartar de él las sospechas, sospechó: arrancó á su hija del alcázar, la amenazó, la aterró, la arrancó la confesion de sus faltas, y escuchó trémulo de furor el nombre del que habia deshonrado vilmente sus canas.

El rey que hasta entonces habia escuchado atónico al encubierto, se alzó; pero el brazo del misterioso armado de la sujeta con una fuerza bravía y le obligó á sentarse de nuevo.

— Roger de Villafranca, te retó, rey, de caballero á caballero... y tú fuiste vil y cobarde... le encarcelaste y le hiciste asesinar... yo lo sé, y no te permitiré que grites, porque para sellar tus labios, traigo al cinto mi puñal de *misericordia* (1).

La voz del encubierto tronaba: el rey se alteró.

— La hija, la vil Ines, mas vil que tú: escarneció la sangre de su padre, y continuó siendo tu manceba... la cólera de Dios está suspendida sobre el rey injusto y tirano, y la hija impura y parricida. ¿Conoces ya la mujer que quiero como la mitad del precio de la villa? añadió el incógnito.

El rey se acordó de la vision de su sueño, tembló y guardó silencio.

— Es esta, dijo el encubierto, yendo á la mesa, tomando la lámpara y mostrando al rey á su luz un retrato, que estaba oculto en medio del joyel que le habia dado como seña.

— ¿Sabias que en esa joya...? dijo atónico el rey...

— Sabia que en ella guardabas el traslado de Ines de Villafranca: lo sé todo... todo... hasta los lugares por donde se puede entrar hasta tí sin ser sentido. Ahora ¿me darás esta mujer?

— No.

— Piénsalo bien.

— No.

— Pues escucha ahora la historia del hombre que quiero tambien, y que harás muy mal en negarme como me niegas á Ines.

— Es inútil... sé ese nombre: quieres al esposo de Ines, á Pedro de Benavides.

— ¡El esposo de Ines! así se profana un nombre digno y respetable; así se rompen y se enlodan las leyes divinas y humanas, llamando esposo al que solo es un miserable encubridor de unos amores vergonzosos; á un hombre vendido, que da su nombre á la infamia: que tiende lazos á un anciano, que le asesina en un lóbrego encierro, y que recibe por premio los títulos y estados confiscados á su víctima, y consiente en cubrir la infamia de su hija... desde entonces ese bandido noble, es tu amigo, tu favorito, como esa alta dama su esposa, tu corazon y tu manceba. Rey: arrepiéntete; haz un acto de justicia, entrégame á Ines de Villafranca y á Pedro de Benavides.

— Estoy encerrado contigo bajo tu puñal: mátamme, porque yo no he de darte las dos prendas de mi alma.

(1) Arma que usaban los caballeros antiguos para rematar á los que vencian si estaban heridos de muerte, ó era el duelo á todo trance: por lo que se la llamaba daga ó puñal de misericordia; como significando que abreviaba los padecimientos de los vencidos.

— Por última vez rey... sí, ó no.

— No, y cien veces no.

El encubierto asíó al rey con furor: Fernando IV, le miró aterrado, y un grito de socorro se ahogó en su garganta; parecióle que unos ojos de fuego, se fijaban en sus ojos á traves de las cerradas vistas de la celada del incógnito, hubo un momento de duda, de terror, de terrible ansiedad para el rey: al fin el incógnico murmuró con voz ronca.

— ¡Te niegas ha hacer justicia, miserable! yo, me la haré por mi mano: vive para verla, despues tiempo me quedará para tí.

Lanzó al rey sobre el divan, atravesó con paso rápido la cámara, llegó á la pared por donde habia aparecido, la tocó, se abrió aquella pared á su contacto, tragó al negro caballero, y volvió á cerrarse. El rey se precipitó á ella, rugiente, fuera de sí, la examinó, la empujó, la golpeó y no encontró nada, nada que pudiera denunciarle la existencia de una puerta.

Su alma dudó: creyó que aquel terrible incógnito era el mismo de su vision, ó que por mejor decir, aquello no habia sido vision, sino realidad; recordó que aquel le habia pedido lo mismo que le pidió este, y aterrado, trémulo, pensó en Dios, corrió á su reclinatorio y se arrojó contra él, pidiendo amparo al cielo, contra el infierno.

Y allí permaneció largo espacio aterrado, sabia cuánta razon tenia en sus acusaciones el caballero encubierto; la sangre de Roger de Villafranca zumbaba sobre su cabeza; una voz recóndita, la voz de su conciencia, le decia que era un deber arrojar de sí, á la infame parricida y almiserable asesino, y castigar su crimen: pero otra voz fascinadora, poderosa, la voz de las pasiones, gritaba en su alma por la hermosura de la manceba y los viles servicios del privado.

Fernando IV se sentia amenazado por la justicia divina, se aterraba, pero no se atrevia á satisfacerla.

Y en medio de esta lucha, como una tentacion emanada del infierno, resonó una voz argentina en la cámara y penetró en el retrete donde oraba y lloraba el rey.

— ¡Don Fernando! gritó aquella voz, ¡D. Fernando!

El rey se estremeció, porque aquella voz era la voz de Ines de Villafranca, la dulce voz de sus amores.

Se estremeció, pero impulsado por un poder mágico, entró en la cámara pálido y alterado.

En ella encontró á Ines y á su esposo Pedro de Benavides.

— ¡Dios mio! ¿Qué teneis, señor? exclamó ella, estais pálido como un difunto.

— He tenido un mal encuentro, Ines.

— ¿Un mal encuentro? ¿Con quién señor?

— ¡He dicho acaso?... exclamó, volviendo en sí el rey que habia pronunciado maquinalmente sus primeras palabras; no, no... os engañais, me siento bien... no me acuerdo nunca de haber estado mejor que ahora.

Y sonrió tristemente: por cima de aquella sonrisa, brotaba su despecho.

— ¡No, nos engañais, señor! dijo Ines, vuestra alma está llena de pesares; vuestros ojos, vuestra misma sonrisa, desmienten vuestras palabras. ¿Se habrán atrevido esos miserables?...

— ¿De quién hablais, Ines?

— Sabeis, señor... que mi... marido y yo tenemos dos mortales enemigos.

— ¡Los Carvajales!

— Pedro y Suero de Carvajal. Pedro, ese presuntuoso Pedro, se ha atrevido hace mucho tiempo á decirme amores, dijo Ines.

— Y Suero, á demandarme el señorío de Villafranca, que me donó vuestra alteza, dijo Pedro de Benavides.

— ¡Que Pedro os ha dicho amores, señora! exclamó roncamente el rey ¡Que Suero se ha atrevido á pedirte un señorío que yo confisque á Roger de Villa-

franca, Benavides.... ignoran esos hombres....

—¿Y qué les importa saber que vos me amais? exclamó con impudencia Ines; ¡qué el saber que Benavides posee lejitimamente por una cédula real á Villafranca? confian en sus lanzas y en sus riquezas, y se burlan de vos.

—¿Que se burlan de mí! ¡que se burlan del rey de Castilla! exclamó con cólera Fernando IV.

—Nada os hubiéramos dicho, señor... pero las cosas han llegado á un extremo en que nos vemos necesitados de la ayuda de vuestra alteza, dijo Pedro de Benavides.

—¿Cómo! ¿Pues qué ha sucedido?

—Esta noche hemos recibido estas dos cartas, dijo Pedro de Benavides, sacándolas de su limosnera; en ellas se nos amenaza.

—¿Dádmelo, dádmelo! exclamó el rey, arrebatándose las de las manos, y corriendo á su lámpara.

La primera que desdobló decía:

«Ines: á pesar de que sois una miserable; á pesar de que os habeis unido á un asesino, y doblegado á los amores de un rey tirano, echando de este modo sobre vos, la sangre de vuestro padre; desde que os ví, os amé, á pesar de que os buscaba con el alma sedienta de venganza. El infierno me ha inspirado este amor; sé que no tenéis corazón, y que sería en vano que yo os suplicase. He jurado poseeros, pero soy demasiado noble y leal para no avisaros. ¡Guardaos!»

El rey arrugó con furor esta carta entre sus manos, y desdobló temblando de cólera la segunda.

«Pedro de Benavides, decía: eres un infame: has vendido tu honor y tu conciencia, á un rey miserable; te has manchado, con el asesinato, con la deshonra, con el robo. Posees estados que no te pertenecen, sino como pertenece á un ladrón lo que hurta, y he jurado recobrar esos estados y exterminarte. Eres demasiado cobarde y vil, para que pueda oponerse á tu puñal, la espada de un caballero: no quiero herirte á traición, y te aviso: ¡Guárdate!»

La segunda carta alcanzó la misma suerte que la primera, y el rey, se volvió, fuera de sí, á los dos esposos.

—¿Estais seguros de que esas cartas, vienen de los Carvajales?... yo he visto alguna vez su escritura, y no es esa... no... además no tienen firmas...

—¿Y de quiénes pudieren ser? ¿Acaso tenemos otros enemigos?

—Esperad: ¿son parientes los Carvajales de Roger de Villafranca?

—Parientes lejanos; á ese título me piden el señorío de Villafranca.

El rey inclinó la cabeza pensativo.

—Son parientes de Roger de Villafranca, murmuró al fin sordamente: acaso ese encubierto...

—¿Un encubierto decis, señor?

—Sí, el caballero negro que tomó con sus escudrones á Alcaudete..... respondió el rey..... acabo de verle aquí... me ha amenazado con la pérdida de vuestras vidas.

Ines y Benavides se miraron aterrados.

—Pedro, continuó el rey... yo castigaré la insolencia de ese hombre... ¿no soy yo el rey?... vivid tranquilos, ¿amigos míos... ¡desdichado del que toque uno solo de vuestros cabellos!

—Vuestra protección, señor, nos alienta, exclamó Ines: sin vos, qué sería de nosotros.

—¿Y creéis que yo podría dejarme robar los dos únicos seres á quienes amo? no, Ines mía, no: el rey os jura por su palabra real, que antes del amanecer estarán presos los Carvajales.

—¿Y luego?... dijo sombríamente Pedro de Benavides.

—Luego... luego... mira, tú serás el alcaide de

su prision, y puesto que aman tanto á Roger de Villafranca...

—Se les envia con él...

—Mira, Benavides, los Carvajales son tuyos desde ahora, no me hables mas de ellos sino para decirme...

—Bien, señor... ¿y quién ha de prenderlos?...

—Tú mismo. Toma algunos hombres de mi guarda... No, ahora no, dijo el rey notando un movimiento de Benavides, lleva primero tu mujer á tu casa... tengo el corazón oprimido; necesito estar solo; dejadme.

Ines miró con espanto el estado de insensatez en que estaba la mirada del rey, vaga medrosa, fija en un punto de la cámara como si viese en ella un fantasma. El lugar en donde tenia fija el rey su mirada, era el mismo por donde habia desaparecido el encubierto.

Ines de Villafranca y Pedro de Benavides, salieron del alcázar, llevando dentro del alma un terror vago, inexplicable. Les acompañaban algunos escuderos con hachas y atravesaban á gran paso las oscuras y estrechas calles de la villa. Pedro iba á caballo, Ines en litera. Desembocaban á la sazón en una plazuela irregular, medrosa y desierta: en ella se levantaba un edificio severo y sencillo, rematado por una montera, en la que se asentaba un campanario. Uno de sus esquilones tañía lúgubramente el toque de agonía, y bajo el soportal que precedía á la puerta de aquel edificio, que era un convento de franciscanos, una lámpara opaca, en continua lucha con el viento, iluminaba apenas una virgen de los Dolores pintada en una tabla clavada en la pared.

Para salir de la plazuela era preciso pasar por aquel soportal. De repente el primer escudero que alumbraba, retrocedió espantado hasta el segundo, y se replegó con él hasta el caballo de Benavides.

—¿Por qué huis, qué sucede? exclamó este sobresaltado.

Antes de que los escuderos pudieran contestarle salieron de debajo el soportal, cuatro hombres á caballo, completamente armados y se encaminaron á Benavides.

—¿Ese, ese es! gritó la voz robusta de un caballero negro, que á caballo é inmóvil permanecía bajo el soportal: ¡matadle, amigos míos!

Benavides revolvió su caballo para huir, pero los cuatro ginetes le rodearon y le acribillaron á lanzadas; los escuderos y los hombres que conducian la litera huyeron, y solo se oyó despues la voz de un hombre que inclinado sobre el espirante Benavides exclamaba:

—¡Asesino, llegó tu hora! ¡te avisé y no has sabido resguardarte! ¡peor para tí!

Benavides hizo un desesperado esfuerzo, se revolvió sobre su sangre, lanzó un grito inarticulado y espiró.

Entonces el encubierto fué á la litera, la abrió y se dirigió á Ines.

—Te habia jurado que serias mia, Ines, la dijo; te avisé, me despreciaste y ya te tengo en mi poder.

Ines no contestó: estaba desmayada.

Aquel caballero era el mismo que habia clavado el estandarte de la cruz sobre Alcaudete; el que habia penetrado aquella misma noche en la cámara real, y su armadura era el mismo arnes de batalla, negro y sombrío.

Poco despues la litera, resguardada por el encubierto y sus hombres, se perdió en la oscuridad y solo quedó en la plazuela el cadáver de Pedro de Benavides.

Aquella misma noche fueron presos, por orden del rey, los hermanos Carvajales, á quienes se encontró durmiendo tranquilamente en su casa.

## IV.

## El emplazamiento.

ESTABA la corte en Martos con el rey, y el infante su hermano con el ejército sobre Alhama.

Habían pasado muy pocos días desde el asesinato de Benavides, asesinato de que se había acusado á Suero y Pedro de Carvajal.

El rey estaba furioso contra ellos: los hermanos negaban haber cometido el crimen con la exaltación de la inocencia: habían resistido el tormento y todas las horribles pruebas de que se usaba en aquellos tiempos bárbaros, para esclarecer la verdad: no había mas pruebas contra ellos que las dos cartas presentadas al rey, por Benavides, y las declaraciones de algunos testigos que afirmaban que Suero amaba á D.<sup>a</sup> Ines de Villafranca, y que la perseguía y que los dos hermanos eran enemigos del asesinado.

Pero estas pruebas cuando mas tenían la fuerza de presunciones, porque se puede muy bien amar y perseguir á una mujer y no robarla, y ser enemigo de un hombre y no asesinarle.

Para desvanecer estas presunciones había: el hecho de haberse encontrado durmiendo tranquilamente á los dos hermanos cuando fueron á prenderlos y las declaraciones de toda su servidumbre, que afirmaba con un tesson y una unanimidad admirables que, los dos hermanos se habían recogido aquella noche, antes de la queda, hora mucho anterior al asesinato, y que no habían vuelto á salir: los jueces, pues, oyendo á su conciencia y sobreponiéndose á las sugestiones del rey, declararon inocentes á los Carvajales y los absolvieron.

Pero entonces los reyes tenían derecho de vida y muerte, y sus vasallos eran suyos, enteramente suyos, como lo es hoy la oveja del ganadero... Le habían robado su manceba y asesinado á su confidente, estaba furioso con la cólera del lobo, necesitaba beber sangre para calmarla y á pesar de la constancia de los jueces, condenó á muerte á los Carvajales.

Hay cerca de Martos un peñon tajado, antes sin fama y señalado hoy con una tradición sangrienta: sobre ella se levanta ennegrecido por el juicio de la posteridad, el nombre de Fernando IV de Castilla, y á su pie, diz que vagan en el silencio de la noche, dos sombras rojas é implacables que piden á Dios eternamente justicia contra su asesino.

Ocho días después del asesinato de Pedro de Benavides, los vecinos de Martos vagaban aterrados al pie de la Peña, que estaba rodeada de hombres de armas del rey que no permitían el acceso á la cumbre: rodaba entre la multitud una nueva horrible que hacía que se mirasen unos á otros con espanto, y se esperase con ansiedad el resultado de todo aquel aparato.

Era cerca del medio día: el cielo estaba encapotado y llovía menudamente: sin embargo un instinto fatal traía al pie de la Peña, no solo á la población de Martos sino también á la de las villas y aldeas cercanas. La muchedumbre era inmensa. De repente á un extremo de ella resonó el lento y acompasado redoble de un atabal destemplado, se vieron oscilar lanzas y pendones sobre la multitud, los archeros abrieron calle entre ella, y lentamente adelantó un triste cortejo, detras de las primeras lanzas, marchaba la clerecía de Martos, llevando en medio un ataud descubierto, en hombros de cuatro escuderos; en aquel ataud se veía el cadáver ensangrentado de Benavides, tal como se le había encontrado la noche del asesinato; se exhalaba de él un olor fétido y su hinchazon horrible.

Detras, atados por los brazos con cuerdas, cuyos extremos llevaban dos ballesteros, precedidos del prego-

nero y del verdugo, marchaban dos hermosos mancebos, altivos, serenos, sin miedo, aunque marchaban á la muerte; eran Pedro y Suero de Carvajal: seguían tras ellos ocho villanos, llevando sobre los hombros un enorme ataud de hierro, y en pos, con manto y corona, precedido de reyes de armas y timbaleros, rodeado de los altos oficiales de su casa, y seguido de un fuerte escuadron de lanzas, marchaba á caballo el rey, pálido, sombrío, fatal.

Aquel cortejo adelantaba pausadamente: de tiempo en tiempo el pregonero gritaba:

— Esta es la justicia que el rey manda hacer de estos caballeros por asesinos y alevos.

El pueblo callaba y esperaba aterrado ver cómo se hacia aquella justicia en un lugar donde no había ni horca ni tajo. Debía ser algun suplicio nuevo y espantable.

Legó el cortejo al pie de la Peña, rodearon al rey como una valla sus lanzas, depositóse el cadáver de Benavides en tierra sobre un tapiz negro, y la clerecía entonces los salmos penitenciales: dos sacerdotes salieron de entre ellas y poco después se les vió trepando á la cumbre de la Peña, llevando en medio á los dos hermanos á quienes guardaban los ballesteros, y seguidos del pregonero, del verdugo, del enorme ataud y de un secretario.

El pueblo empezó á comprender de qué suplicio se trataba: el silencio se hizo solemne, y los sentenciados y los que les acompañaban llegaron al fin á la cumbre y se acercaron al borde de la cortadura.

Todos los ojos estaban atentos; todas las lenguas mudas; vióse que el verdugo abría el ataud, que después ataba fuertemente uno contra otro á los dos hermanos, que los encerraba en el ataud, y que ayudado por el pregonero le ponía de pie y le acercaba al tajo; sintióse un estremecimiento general; toda aquella multitud, sin exceptuar una sola persona, cayó de rodillas horrorizada; todas las frentes se descubrieron y un grito unánime, gigante, brotó por cima de la muchedumbre.

— ¡Clemencia! ¡perdon, señor! gritaron.

El rey lanzó una mirada indescribible á la cumbre de la Peña, estendió su brazo derecho hácia ella, hizo una señal con el cetro, y la voz del pregonero retumbó como una maldición en la llanura lanzada de la cumbre:

— Esta es la justicia que el rey manda hacer...

El terror cortó la voz del miserable: la caja lanzada á la señal desde la altura, rebotó horriblemente por la áspera cresta, llegó á su pie, chocó contra una roca, se hizo pedazos y los dos hermanos Carvajales, rotas sus ligaduras por la fuerza del golpe, rodaron hasta los pies del caballo del rey, ensangrentados, deformes. Vióse incorporar horrible uno de ellos, retrocedieron espantados los que rodeaban al rey y se escuchó una voz mas que humana que exclamó:

— ¡Rey D. Fernando IV de Castilla; yo te emplazo á dar cuenta de nuestra sangre ante el tribunal de Dios en el término de treinta días!

## V.

## El monje.

Y pasaron aquellos treinta días.

El Rey estaba en Jaen. Desde la muerte de los Carvajales, no había vuelto el color á sus mejillas aunque era mancebo y hermoso, ni se había visto la sonrisa en sus labios. Huía de la soledad, y se le escuchaba de noche, cuando dormía, dar grandes voces de espanto.

Legó en fin el día 7 de setiembre de 1312 en que se contaban cabalmente treinta desde el suplicio de los Carvajales: era la hora de siesta, y el rey se encontró atacado de repente de una dolencia estraña:

los doctores no daban con ella y el rey se moría de una manera visible: deliraba, creía ver dos fantasmas y nombraba apenado á Ines, á Benavides y á Pedro y Suero de Carvajal.

Fue, en fin, necesario apelar á la religion; el rey estaba en la agonía y se fué á buscar un fraile. Pero en el momento en que los enviados se encaminaban al convento de San Francisco, se les atravesó en la puerta del alcázar un monje benedictino, calado el capuz de manera que no se le veía el semblante, y cruzados los brazos bajo su túnica.

—Dios quiere que yo y no otro, dijo parándose ante los enviados, auxilie á su señoría en su hora suprema. Llevadme hasta el rey.

Los enviados aprovecharon aquel afortunado acaso; el convento de San Francisco estaba lejos, se temía que el rey muriese de un momento á otro y el monge fue introducido hasta la cámara del rey con el que le dejaron solo.

Apenas habian despejado los cortesanos la cámara cuando el monge cerró la puerta, se echó atrás la capucha y adelantó hasta el lecho real, parándose fáticamente delante del rey y posando en él una sombría mirada.

—¡Ines! ¡Ines! eres tú, exclamó Fernando IV levantándose penosamente sobre sus brazos y mirando con los ojos desecados al monge.

En efecto, no parecía sino que Ines, vestida de fraile, era la persona que estaba delante del lecho del rey. Pero mirándola con atención se conocía que era un mancebo como de diez y seis años, hermosísimo, pero feroz, en el que se encontraba un parecido tan cabal con Ines, como el que existe entre dos gotas de agua.

—Yo soy Gaston, dijo lentamente y acentuando sus palabras; el sobrino de Roger de Villafranca á quien un leal servidor arrancó siendo niño del puñal de Benavides.

—¿Y qué quieres?

—Yo soy el caballero encubierto que tomé para tí en una noche á Alcaudete.

El rey miró con espanto al mancebo.

—Yo soy también, continuó este, el que te pidió por precio de la villa dos personas; yo soy el que te las pidió dentro de tu cámara en Palencia; yo soy el que, habiéndote negado á hacer justicia, se la hizo por su mano, matando aquella misma noche á Benavides y apresando á tu manceba.

—¿Con que eran inocentes los Carvajales?

—Sí.

—¿Y aquellas cartas?

—Las escribí yo.

—No, tú no eres Gaston de Villafranca, exclamó horrorizado el rey. Tú eres Satanás.

—Yo soy un hombre que se venga, un hombre que ama, un noble desheredado de su patrimonio por tus injusticias, porque el mayorazgo de los Villafrancas, á falta de varón en la línea recta, venía á mí como pariente mas inmediato: yo soy un hombre que jamas ha sido niño; que ha vivido como aventurero de su espada, desde los doce años en extrañas tierras; que ha devorado su miseria, su oscuridad, su despecho, aguzando siempre el puñal de su venganza: yo he sido un hombre que aun en las puertas de la vida he adquirido en cuatro años oro bastante para mantener á sueldo ginetes, y fuerza de corazon para llegar á mi desagravio. Cuanto mas tardó este mas implacable es: yo hubiera podido cobrar en tu sangre real mis sufrimientos. Pero no me bastaba tu vida, necesitaba tu alma. Supe que estabas sobre Alcaudete, y compré la traición de un moro que á fuerza de oro me reveló por dónde podria entrar la villa... y entré por una mina, sorprendí á los moros, los vencí, clavé mi estandarte sobre sus almenas y me presenté á tí demandándote una promesa

á que sabia que habías de faltar. Sabía por tu astrólogo, vendido también á mi oro, que dentro del joyel de tu gorra, oculto por un resorte, guardabas la imagen de mi prima: quise conocerla, sin necesidad de llegar hasta verla en tu misma corte, donde habia jurado no entrar sino para derramar sangre infame, y Satanás hizo que me enamorase de ella... fue mi sueño, mi pensamiento, y cumplido el plazo fui á pedirte. Los moros son muy dados á horadar con minas sus alcázares, y el oro, me reveló por boca de un viejo alcaide por dónde podria llegar hasta tí... sabia que me habias de negar lo que iba á pedirte, que me seria necesario obrar por mi mismo, y escribí las dos cartas que han causado la muerte de los Carvajales, porque conocia también el amor de Suero á Ines y el odio de los dos contra Benavides: ¡ya se ve! á falta mia, el mayorazgo de Villafranca debia recaer en ellos. Conocia también tu carácter violento y despótico y sabia que cometerias una injusticia. Esa injusticia ha sucedido, estás emplazado ante Dios y has perdido tu alma, porque lo que podia salvarte era el arrepentimiento escitado por la religion y solo tienes junto á tu lecho de agonía el odio que irrita y se venga. ¡Vas á morir desesperado, rey! medita si mi venganza iguala á mis pocos años.

—¡Pero yo no te he hecho mal! exclamó aterrado el rey.

—¿Que no me has hecho mal? ¿quién asesinó á mi noble tío? ¿quién deshonoró á su hija? ¿quién la ha mancillado para entregarla miserable é impura al fatal amor que siento por ella? ¿quién me ha robado mi herencia y mis blasones? Tú, y siempre tú.

—¡Perdon! ¡perdon! aun soy el rey; yo te devolveré tu nombre y tus señoríos porque me dejes volverme á Dios y morir en paz.

Gaston de Villafranca, meditó un momento.

—¿Estás dispuesto á firmar la restitución que traigo estendida?

—¿Me perdonarás?

—Sí.

—Dame.

—Gaston sacó de debajo de su túnica un pergamino, le desenrolló y le mostró al rey.

—Dame, dame, exclamó Fernando IV asiendo convulso el pergamino.

—Toma, dijo Gaston. Ahora firma, añadió, yendo á una mesa, tomando una pluma y presentándola al rey.

—Fernando IV borronó de una manera temblorosa su firma al pie de aquel pergamino, cuyo contenido era larguísimo.

—¿Y tu sello, rey?

—Ahí, ahí, contestó Fernando, señalando su mesa de despacho.

Gaston le buscó y le encontró en un cajon, selló el pergamino y le guardó de nuevo en su manga.

—Como te he restituido tus señoríos, volveria la vida á los Carvajales, á tu tío, á todos cuantos he muerto injustamente; desharia cuanto malo he hecho, y te devolveria á tu prima pura y honrada.

—¡Mi prima! ¡mi Ines!... aunque esa sola fuese tu falta, no te perdonaria.

—¿Que no me perdonarás, que no me dejarás volverme á Dios!... ¿acaso no me lo has prometido?

—Me prometiste tú lo que no me cumpliste, y ha llegado mi vez.

—Cuenta, Gaston, que Dios te castigará.

—¿Y qué me importa? por un solo minuto de tu desesperacion daria yo toda mi eternidad.... quiero que mueras blasfemando; quiero que no haya perdon para tí en el cielo, como no le hay en la tierra.

—¡Socorro! gritó el rey haciendo un desesperado esfuerzo; pero su voz débil, muy débil ya, no pudo ser oída fuera de la cámara.

Gaston se sonrió horriblemente, acercó un sillón al lecho y se sentó en él.

—Eres mio, Fernando, le dijo: nadie sabrá que has muerto desesperado, pero lo sabré yo. Eres miserable y cobarde.... has amado á una mujer hasta el punto de cometer por ella horrendos crímenes, y cuando vas á morir no tienes un recuerdo para ella. ¿No quieres saber lo que ha sido de Ines?

El rey se dejó caer desesperado sobre las almohadas.... surgía de su pecho un rugido sordo á impulsos del tormento verdaderamente infernal que sentía. Gaston le miró saboreando su sufrimiento y continuó con la voz temblorosa por el horrible goce que le producía su venganza:

—Ines nunca habia amado, Fernando: voluntariosa y vana, la deslumbraron los amores de un rey, y los aceptó por soberbia y por orgullo: tú creiste amor lo que era liviandad, y la adoraste.... pues bien, esa mujer que nunca habia amado hasta ahora....

El rey hizo un movimiento horrible, se revolvió en el lecho, y tornó su rostro á la pared.

—Es inútil, Fernando, es inútil, exclamó acercándose mas Gaston: es necesario que sepas que has cometido crímenes por una mujer cuya alma no se ha despertado para tí, y que estaba virgen, porque la virginidad está en el corazon. ¡Oh! si la hubieras visto estremecerse á mi vista, si hubieras podido devorar con tu líbrica mirada el encendido pudor que brotó á su divino semblante, cuando impulsada por su estrellita, que la obligaba á amarme, purificada por ese amor, puro, inmenso, noble, comprendió todo lo hediondo, todo lo horrible del abismo en cuyo fondo se encontraba; si al perdonarla yo, si al levantarla de aquel abismo entre mis brazos para hacerla mi esposa, hubieras aspirado su dulcísima mirada y su inefable sonrisa; si hubieras bebido como yo, con tus labios, aquellas preciosas lágrimas, ¡oh! cuánto la hubieras adorado tú, que tanto la amaste cuando era una miserable mujer perdida; tú que tanto la amas aun.

—¡Por piedad! exclamó con acento débil el rey.

—Y aun mas: cuando desgarrada por su pasado, ha conocido que no podré cubrir con un velo de olvido sus miserables recuerdos, cuando ha conocido que no es otra cosa que una flor, maltratada por un infame, y que ha llegado mustia, seca, sin perfume, al hombre de su amor; cuando ha comprendido que su alma no puede cicatrizar sus profundas heridas; cuando se le ha presentado sangrienta é inexorable la sombra de su padre, la has inspirado horror, tú, rey; tú, el causador de tantos males, y me has dado su puñal para que venga á matarte, rey, su puñal, que es su desprecio, su odio, su inexorable sed de venganza hacia tí.

—¿Que me aborrece Inés? exclamó profundamente desesperado el rey.

—Y orará continuamente á Dios pidiéndole tu castigo.

—¡Oh! ¡un sacerdote, un sacerdote! gritó llorando de desesperacion Fernando IV. ¡Tengo el alma desgarrada, necesito perdon!

—Un sacerdote! ¿le tuvo Roger de Villafranca?

El rey se estremeció aterrado.

—¿Le tuvieron los Carvajales?

El rey lanzó un gemido inmenso, desgarrador.

—Y aunque le tuvieras, ¿crees que podría perdonar en nombre de Dios á un miserable que ha necesitado del terror de la muerte para arrepentirse, que cuando jóven y poderoso, no ha pensado en la muerte, ha maltratado á los santos ministros del Señor que pretendian volverle al regazo de una esposa noble y desdichada, al amparo de unos hijos abandonados?

A aquellas últimas palabras despertóse en el alma del rey un dulce sentimiento, que hasta entonces habia dormido en su alma, dominada por los encantos de Ines: el amor hacia la madre de sus hijos.

—¡Constanza! exclamó, ¡Constanza mia!

Era tan profundo el acento de dolor del rey, que Gaston de Villafranca pareció conmovirse y apartó los ojos del desdichado moribundo que le miraba de hito en hito.

—Dejadme al menos... no os pido el consuelo de la religion, que no me habeis de dar, dijo con ansiedad el rey... pero mi esposa... mis hijos... mi madre....

Volvióse implacable Gaston.

—Guillen de Villafranca, herido de muerte en un calabozo, exclamó con voz ronca, quiso ver á su hija, y se le negó... los Carvajales llamaron á su madre y su madre no los oyó porque estaban de por medio sus verdugos y ahogaban su voz como ahogo yo la tuya.

Gaston impaciente, se inclinó sobre el rey, á quien asía por los brazos, fascinándole con su tremenda mirada: el rey perdió la esperanza, comprendió que Gaston de Villafranca no menta al llamarse su verdugo, pugnó por desasirse de él, por gritar, y se encontró impotente; alzóse ante él su pasado, recordó la vision del sueño que habia tenido dos meses antes y el terror, un terror frio, horrible, heló su alma, y exclamó como Job en lo mas terrible de su desesperacion.

—¡Maldita sea la hora en que nació!

Y como si aquel esfuerzo y aquellas tremendas palabras hubiesen agotado la vida del rey, su semblante se contrajo, sus ojos rodaron vagos en sus órbitas, dilatose su pecho, y su boca lanzó un raudal de sangre negra y coagulada.

Gaston se estremeció; le espantó su venganza, sintióse dominado por un remordimiento oscuro, y se inclinó ansioso sobre el rey.

Fernando IV habia dejado de ser.

Gaston se caló de nuevo el capuz adelantó, abrió la puerta de la cámara y atravesó lento y fatidico por medio de los ricos hombres, y de los cortesanos, exclamando con acento sobre natural.

—¡Rogad á Dios por el alma del rey!

## VI.

### Juan-sin-Alma.

Por los años de 1331, bajo el reinado de Don Alonso el XI, hijo de Fernando IV, apareció en los alrededores de Valladolid, uno de esos hombres que causan el terror de una comarca, por lo terrible de sus escesos. Esto era un resultado de la guerra civil que ardia entonces, por resultado de las querellas y de las rivalidades de la nobleza. Hombre como el de que nos ocupamos habia uno en cada provincia, y no era dificil que el viajero que al finar el día divisaba á lo lejos un alto y noble castillo, se encontrase en llegando á él mas que en un asilo hospitalario en una caverna de bandidos.

Esto no quitaba el que aquellos bandidos, atrevidos aventureros, que habian empleado el oro de sus rapiñas en construir en la punta de una roca uno de esos nidos almenados, cuyos ruinas vemos aun, esto no impedía, decimos, el que se llamasen señores, sustentasen mesnadas, usasen de fuero propio y administrasen alta y baja justicia. Hacían la guerra por sí mismos, acometían las fortalezas de sus vecinos, talaban sus campos y aun llevaban sus desafueros hasta los pacíficos viandantes, que en aquellos tiempos emprendían con tanto temor un viaje de algunas leguas por el interior como hoy se emprendería un viaje alrededor del mundo: en este habria que temer tormentas y naufragios: en aquellos, lo que no era menos malo, bandidos y asesinatos.

El día 1.º de enero de 1331 un hombre á caballo, atravesaba el bosque del Abrojo; su montura, su arnes, su manto que flotaba al impulso del viento, todo era negro y sombrío, vestía de una manera singular, con ropas extrañas no conocidas en Castilla: su traje, tenia tanto de moro, como de cristiano, y sus armas

defensivas eran una extraña mezcla de todos los tiempos y de todos los países: su caballo no llevaba silla ni gualdrapas, ni mas que un ligero freno al que servían de bridas dos cadenas de acero: era de esa raza nómada del Atlas, pequeño, fuerte, nervioso, de mirada centelleante y anchísimas narices, que se dilataban cada vez que oteaba un nuevo paisaje: su ginete se abandonaba sobre él sin estribos y sin espuelas; era atlético, y de rostro feroz, según podía notarse bajo su casco á la romana, esférico, enorme, liso y sin visera: en su escudo de piel de toro, hervida, campeaba un dragon volante, sobre su armadura llevaba una especie de clamide goda, negra también, y su única arma ofensiva, era una pesada maza de hierro, colgada de su cinto con una cadena. Por último, cada vez que el viento levantaba su clamide de sobre su costado izquierdo, se veía la ancha boca de una corneta de marfil, pendiente de un cordón de seda y oro.

Este hombre era joven, apenas llegado á los veinte años. Era hermoso, pero con una hermosura bravia; sus negros ojos centelleaban al mirar, y sus labios entreabiertos siempre en una espresion de desprecio se agitaban convulsos á la mas débil impresion desagradable para su alma: sus manos eran membrudas, todo su ser fuerte, todos sus movimientos rápidos y convulsos; parecía que dentro de aquel cuerpo se agitaba un espíritu condenado; á la vista de aquel ginete era necesario sentir pavor como á la vista de una fiera.

— Adelante, avanza, amigo mio, *Pisador-de-Sangre*, gritaba á su caballo; el rey Alfonso nos despide de sus reales y es necesario que sepa que para ser tan reyes como él no nos faltan ni valor ni oro, sino un alcázar y una bandera; un alcázar negro como la noche, y una bandera roja como la sangre... El bastardo Juan-sin-Alma está cansado de andar errante, y quiere detenerse al fin; avanza hermano mio, avanza y no te impacientes... aquí como en Africa, como en Libia hollarás cadáveres; aquí como allí, te ensangrentarás hasta el vientre... avanza, avanza, este oscuro bosque nos dará un lugar para levantar nuestro palacio... vamos á buscarle... avanza que yo te juro, construirte en él una cámara para que descanses despues del combate, mejor y mas resplandeciente que la del Soldan de la India.

Y como si el bruto comprendiera estas palabras lanzaba por sus anchas narices un hálito espeso como el humo, relinchaba de una manera salvaje y avanzaba, avanzaba, con la fuerza del huracán y el ruido del trueno.

¡Paso á Juan-sin-Alma, al sombrío guerrero! ¡paso al *Pisador-de-Sangre*, al negro corcel, que jamas sacude con mas alegría sus crines que cuando retumba en torno suyo el fragor del combate y silban junto á su cabeza las saetas envenenadas! ellos podían decir como el otro salvaje caudillo, ¡yo soy el azote de Dios, donde se posan mis herraduras no vuelve á nacer la yerba!

Por do quiera que avanzaban, huían las aves como huyen delante de la tormenta, y un tropel de bestieuelas espantadas les precedían; las encinas parecían estremecerse á su paso, y bajo él retumbaban como un atabal las rocas y los senderos.

De repente se presentó ante el feroz caballero un edificio colosal, rodeado de murallas y protegido por un rastrillo; sobre aquellos muros se levantaban torres caladas y altísimas como minaretes, y sobre aquellas torres, á quienes servían de lenguas sus fuertes campanas, se levantaban gigantescas cruces de hierro. A la sazón una doble hilera de monjes negros precedidos por un guion y una cruz aparecieron por un sendero en direccion al gigantesco edificio, entre cuyas almenas vagaban membrudos hombres de armas con ballestas al hombro.

Tras los monges, marchaba un hombre envuelto en ropas de duelo, con los pies descalzos y la frente inclinada; Juan-sin-Alma detuvo su corcel al lindero del camino por donde avanzaban hácia el templo-castillo aquellos hombres encapuzados, que entonaban salmos penitenciales y llevaban blandones apagados en las manos, y observó, cediendo á una curiosidad fatal, á aquel otro hombre que les seguía penitente; su cabeza medio velada, medio descubierta por el capuz demostraba á un hombre joven aun, pero en cuyo rostro habia impreso sus ardientes señales un dolor profundo, continuo y desesperado. Llevaba la cabeza inclinada; pero á pesar de su abatimiento y de su dolor, en su desembarazado andar y en su noble talante se comprendía, que no siempre aquel hombre habia tenido inclinada su cabeza, y que habria sido necesario para ello, el torcedor del remordimiento, y el terror á la cólera del cielo.

Pero como la miseria humana, no puede jamas apartarse enteramente de su vanidad, tras aquel hombre tan humilde, tan contrito, tan penitente, marchaban escuderos, pajes, alféreces y ginetes. Los escuderos llevaban su yelmo, su escudo, su lanza, su espada y su caballo, encapazonado de batalla; sus pajes, sus espuelas de oro, su baston, su vesta y su banda; sus alféreces pendones, y sus ginetes las armas de su mesnada: entre esta gente y delante de los hombres de armas, cuatro monges jóvenes llevaban sobre bateas doradas, su mitra abacia, su capa pluvial, sus sandalias de púrpura y su cruz y su báculo de oro. Aquel era un abad, señor de horca y cuchillo, rico-hombre y poderoso, que iba en penitencia, pero sin olvidar los distintivos de su dignidad eclesiástica, ni de su poder mundano: era la soberbia mortal, que se fingia la humildad, sin renegar de su grandeza.

Juan-sin-Alma vió pasar por delante de él aquella procesion de hombres, que habian pasado casi tocándole, tan indiferentes como si no le hubiesen visto, ó como si todos hubiesen sido fantasmas: pasó hasta el último, y nadie le miró.

La soberbia es una de las pasiones que mas combaten al espíritu humano, y Juan-sin-Alma, que estaba acostumbrado á inspirar terror, se irritó de aquella indiferencia, y quiso saber quiénes eran aquellos hombres, de los cuales ni uno solo habia palidecido á su aspecto.

Pasaron, se perdieron á lo lejos, y solo quedó sobre el camino un anciano envuelto en humildes ropas, que seguía cojeando y apoyado en un grueso baston á la comitiva.

Juan-sin-Alma arremetió con su caballo hácia aquel hombre, y casi le arrolló: el anciano se volvió sobresaltado, levantó la vista, y al fijarla en el sombrío semblante de Juan-sin-Alma, palideció y empezó á temblar.

— ¿Qué abadía es esa que se levanta delante de nosotros, viejo? le preguntó con acento duro.

— Es la abadía del Abrojo, señor, contestó el viejo, cuyo temblor acrecia.

— Parece que la acaban de edificar.

— Hace veinte años que empezó á construirse, y hoy al mediar el día, la han dado por terminada los alarifes. ¡Nunca la hubieran concluido!

— ¡Nunca! ¿y por qué?

— El alto y poderoso señor abad del Abrojo, que es el que acabais de ver pasar, soñó cuando se puso la primera piedra, que al quitarse el último andamio, esto es cuando estuviese concluida, caería sobre la comarca y sobre su señor una calamidad horrible y que su raza seria maldita. Por eso, el noble abad ha salido descalzo y va en penitencia para aplacar la cólera del cielo... el cielo no ha querido escucharle y la calamidad pisa ya con sus pies sangrientos, los estados del noble abad.

— Tienes razon; pero en él consiste que esta cala-

midad no caiga sobre su cabeza : no me agrada este sitio ; es demasiado llano ; demasiado descubierto : le quiero mas bravo , mas lúgubre : dí á ese noble señor , que Juan-sin-Alma , busca un lugar para construir su castillo en sus estados , que desde hoy mas él solo es el señor ; que le dejará rezar y hacer penitencia , pero que le arrancará sus pendones y su derecho de vida y muerte : si cede , mejor para él ; sino cede... que se prepare , que levante su rastrillo , que corone de hombres de armas sus adarves y clave sus pendones en las almenas , porque Juan-sin-Alma vendrá muy pronto á embestirlas y á saltar sobre ellas.

Dicho esto , hizo botar á su caballo , le lanzó en el sendero que habian traído los monjes , y desapareció como una tromba en el lejano sendero del bosque.

El viejo aterrado , inmóvil como una estatua , le vió desaparecer , y luego levantando su vista al espacio exclamó :

— Hé aquí que se cumple el plazo : el crimen es una semilla maldita que una vez sembrada , no dejará de producir pronto ó tarde una abundante cosecha. ¡ Dios tenga compasion de nosotros ! ¡ aquella venganza fué horrible y debe estar escrita con caracteres de fuego , en el tremendo libro de la eternidad !

Después se encaminó á la abadía , atravesó el átrio , los claustros y la plaza de armas , entró en la cámara abacial y se encerró con el abad.

## VII.

### Trenza-de-Oro.

Y siguió á través del bosque el negro corcel de Juan-sin-Alma. Siguió , y nada halló el tremendo caballero que satisficiera su deseo.

— ¿ Será , se dijo , que no haya de fijarse mi planta en este lugar ? Yo quiero un cubil escondido , no un palacio jactancioso , que se muestre de lejos á las miradas del viandante ; quiero la caverna del leon , escondida entre los breñales , no el nido del águila colgado de una roca ; si tal quisiera hé ahí una hermosa cortadura : el torrente que se derrumba por ella , serviría de cava á mi castillo , y sus torres se mirarian como un espejo en el lago que se tiende á su pie. Pero parece que la selva se estrecha , se apila por cima de esa cortadura , trepa á ella corcel mio , hermano mio , Pisador-de-sangre ; hace mucho tiempo que vagamos errantes y es necesario descansar.

El ginete trepó á la cortadura , y avanzó como un venablo á través de la selva : no se habia engañado : allí el paisaje era bravo y lúgubre ; sobre los escarpados y revueltos senderos , se cruzaban los brazos de las encinas , y la luz parecia hacer poderosos esfuerzos para atravesar su espesa fronda ; á medida que adelantaba , acrecia lo agreste , lo intrincado , lo oscuro de la selva ; al fin Juan-sin-Alma lanzó un grito de alegría : en medio de un agreste espacio de la selva , sobre rocas negruzcas se alzaba un pequeño edificio de piedra , sobre cuya torre una campana tañía lúgubremente á vísperas. Era uno de esos asilos penitentes donde se refugian la piedad ó la desgracia , un convento apartado y solitario , sin mas defensa que el amparo de Dios , y habitado por débiles mujeres.

— Hé aquí el cimiento de mi castillo , dijo Juan-sin-Alma ; dentro cantan monjas , mejor , mucho mejor , servirán de mancebas á mis bravos muchachos. ¡ Ah ! señor rey Alonso ! al fin tu desterrado encuentra un lugar donde clavar su bandera en el riñon de tu reino.

Juan-sin-Alma desmontó de un salto y se encaminó al convento : su puerta estaba cerrada , y cayó sobre ella su maza : el golpe retumbó hueco y fatidico , repetido por los ecos del anterior , y poco después la puerta se entreabrió.

Presentóse una anciana que retrocedió asustada al aspecto bravo de Juan-sin-Alma.

— Esto es un monasterio de monjas ¿ no es verdad , vieja ? la preguntó.

— Así es , señor.

— ¿ Y eres tú la abadesa ?

— ¡ Ah ! no señor , yo soy la portera.

— ¿ Y no hay aquí hombres ?

— Uno solo.

— Díle que venga á hablarme.

— ¡ Ay , señor ! ese hombre es el capellan del convento , un pobre anciano que ha ido á acompañar la procesion penitencial de su señoría el abad de Abrojo.

— ¿ Es un viejo cojo , feo , encorvado ?

— El mismo , señor.

— ¿ Aquí habrá abadesa ?

— Sí señor.

— ¿ Llévame á ella ?

— Llévaros á ella , señor... eso es imposible.

— ¡ Imposible ! ¡ para mí no hay nada imposible , bruja !

Y empujándola brutalmente entró adelante en el claustro y torció por una galeria.

Allá á lo lejos apareció una forma blanca que se adelantó impasible.

A medida que se acercaba , podía apreciarse lo gentil de su apostura , lo gallardo de su talle y lo enérgico de su juventud : cuando llegó hasta Juan-sin-Alma , este retrocedió y palideció por la primera vez.

Encontró ante sí una dama como de diez y ocho años ; parecia monja y á pesar de esto una ancha y larguísima trenza caía sobre su seno ; aquella trenza era dorada , brillante como el oro , y formaba un maravilloso contraste con lo nacarado de su tez pálida , con esa palidez nerviosa que revela un alma enérgica y apasionada : sobre sus cejas negras se levantaba una frente tersa , altiva y magestuosa , y bajo ellas , brillaban unos hermosísimos ojos zarcos de mirada profunda , fija , casi fantástica : resplandecía en todo su ser una hermosura mas que humana , una de esas exageradas bellezas á cuya vista se comprime el corazon , y se siente un deseo voraz incontrastable tras el cual viene un amor satánico.

Y esto fue lo que sintió Juan-sin-Alma : su corazon hasta entonces impasible se sintió arder en un fuego ignorado para él : probó una nueva vida , y cayó vencido ante lo que siempre habia despreciado por débil : la mujer. Hasta entonces no habia concebido al amor sino como una locura ridicula y habia creído que con él no podian hermanarse el valor ni la dignidad. Soberbio y dominador por naturaleza , conoció con terror , con cólera , casi con vergüenza , que aquella mujer ante quien le habia arrojado el acaso , podia hacer variar su vida , sujetándole al mismo yugo que le habia hecho despreciar á otros á quienes habia visto sujetos á él , y se propuso rechazarle , arrollando de cualquier modo el obstáculo que se oponia á su paso.

— ¿ Quién sois ? le preguntó tranquilamente la jóven , con una voz dulce y opaca.

Juan-sin-Alma , que se habia propuesto ser duro y descortés , vaciló ante aquel acento hechicero , ante aquella profunda y dulce mirada que se posaba en sus ojos.

— Me encontraron hace veinte años en una velada de San Juan , unos labriegos que se bañaban en el Duero : iba dentro de una cesta , dada de betun , como dentro de una barquilla ; vestia ropas de infante , y llevaba dentro de ellas este pergamino , contestó Juan-sin-Alma , sacando uno de sus ropas y mostrándole á la jóven.

Aquel pergamino escrito en rojo con caracteres góticos decia :

« Si le encontráis, si le perdona el río, matadle : es el hijo de una raza maldita, á quien su padre no ha esterminado por no teñirse las manos en su propia sangre. »

— Pero los labriegos, contestó con energía la jóven, no fueron infames lo bastante para cumplir el horrible precepto de un padre miserable, puesto que vivis.

— Los labriegos me recogieron y me criaron, contestó Juan-sin-alma. Pero andando el tiempo...

El feroz aventurero se detuvo confuso, como no atreviéndose á proseguir.

— ¿Andando el tiempo, qué?...

— Andando el tiempo, cuando solo tenía quince años, quise ver mundo, y pedí dinero, armas y un caballo al hombre que me habia doptado, se negó y...

Doblóse la confusion de Juan-sin-Alma, tembló y se pasó la mano por la frente; como queriendo arrancar de ella un recuerdo desgarrador.

— ¿Le abandonásteis?

— Sí, contestó lúgubrememente Juan-sin-Alma; le abandoné, pero sobre su lecho de sangre, dejando encerrados á su esposa y á sus hijos en su cabaña á que habia puesto fuego.

— ¿Y luego? dijo la jóven; cuya mirada ni cuya voz se alteraron ante aquella horrible confesion.

— Luego, desde entonces hasta ahora, en cinco años, he sido sucesivamente aventurero, bandido, vasallo de reyes, cruzado en Siria, soldado de la cruz en Granada, con el rey Alonso Onceno. Los labriegos que me encontraron en la velada de San Juan, me llamaron Juan : los soldados que me vieron herir sin compasion en el combate, y esterminar despues de él á los vencidos, á los viejos, á los niños y á las mujeres, me llamaron Juan-sin-Alma.

— ¿Y de dónde venis ahora?...

— El rey Alfonso creyó que yo era un vasallo demasiado terrible y me desterró de Castilla. Yo, capitán de aventuras, reuní la gente de mi bandera, me interné en Castilla, cerqué, asalté y saqué algunos castillos, y cargado de oro, vengo á buscar un lugar, para levantar un muro y una torre, clavar en ella mi bandera, y hacer la guerra al rey Alfonso que me ha ofendido.

— ¿Y habéis encontrado ese lugar?

— Le habia encontrado, noble dama.

— ¡Le habiaís encontrado!

— Sí, y le abandono.

— ¿Por qué?

— Porque ese lugar está aquí.

— Sin duda, por eso habéis penetrado en esta abadía.

— Y la hubiera arrasado á sangre y fuego, á no encontraros, señora.

— ¡Ah! con que, yo soy para vos un barrera.

— No sé lo que sois para mí, solo sé que necesito huir de vos.

— Huir, ¿y por qué?

— Porque me aterráis.

— ¿Que aterro yo á un hombre, que ha asesinado á sangre fria á su protector, que ha entregado á las llamas á su familia; y que se ha mostrado feroz hasta el punto de que sus soldados le llamen Juan-sin-Alma.

— Ya os he dicho quien soy dijo esquivando una contestacion directa Juan-sin-Alma, ahora podré saber, quién es la dama que me ha hecho retroceder en mi camino.

— Una noche, hace diez y ocho años, la antigua abadesa de este monasterio D.<sup>a</sup> Inés de Villafranca recibió de manos de un incógnito una niña. Nada dijo aquel hombre : la niña venia vestida con ropas de infanta y en ella habia un pergamino que decia :

« Guardad á esa niña donde hombres jamas la vean, porque si la encuentra el que la está predesti-

nado, acontecerán horribles desgracias y se perderá su alma. »

La abadesa guardó las ropas y el pergamino : la niña le habia sido entregada en la velada de San Andrés, y la llamaron Andrea. Esa niña soy yo.

— Vos!

— Sí yo... crecí, y me encontraron hermosa; mis cabellos habian crecido de tal modo, y eran tan brillantes como los veis ahora, y me llamarán Trenza-de-Oro.

— Vos como yo, no conocéis vuestros padres.

— Yo como vos, tengo una historia sombría en mis recuerdos.

— ¿Vos también?... ¿vos os habeis ensangrentado?...

— No, pero he matado.

— ¿Que habeis matado?

— Sí...

— ¿Y á quién?

— Callad... este no es lugar á propósito... volved... volved, esta noche necesito veros... hablaros... ¿vendreis, no es verdad? exclamó Trenza-de-Oro tendiendo su hermosa mano á Juan-sin-Alma.

— Vendré.

— Escuchad : venid á media noche ; yo pretestaré que necesito orar, y tomaré las llaves del coro y de la iglesia... á media noche, me entendeis.

— Vendré.

— Creo que ya no sois Juan-sin-Alma, vuestra mano tiembla entre la mia, observó Trenza-de-Oro sonriéndole voluptuosamente con la boca y con los ojos.

— Vos, señora, me habeis cambiado, me habeis mostrado que hay un lugar débil en mi corazon.

— Idos.

— Adios.

— ¡Ah! nadie os ha visto mas que esa pobre portera, procurad hacerla callar.

— Yo no se hacer callar sino matando.

— No, no; no señalemos el dia de nuestra primera vista con un crimen, yo me encargo de la portera: partid.

Juan-sin-Alma desprendió su mano de la de Trenza-de-Oro, y salió, saltó en su caballo y se internó en el bosque.

Habia llegado á la abadía como impulsado por el huracan, y volvia tardo y perezoso como bajo la lánguida influencia de un ensueño.

Juan-sin-Alma estaba domesticado, vencido, esclavizado... Juan-sin-Alma amaba con el primer amor.

## VIII.

### Parricidio y sacrilegio.

LLEGÓ la noche : al pie del peñon tajado que habia visto Juan-sin-Alma por la mañana, de cuya cima se desprendia un torrente en una laguna, y á la márjen de ella, agrupados alrededor de algunas nogueras, habia como hasta cien hombres, junto á cada uno de los cuales, estaba un caballo trabado por los pies, y una lanza clavada en tierra.

En medio del círculo que formaban estas nogueras habia una tienda de cuero, y dentro de ella tendido sobre cojines en una alfombra, un hombre en cuyo semblante sombrío reflejaba la luz de una antorcha.

Aquel hombre era Juan-sin-Alma.

Al fondo de la tienda se veian multitud de enormes y fuertes còfres y sobre ellos, arrollada, una bandera roja; ademas suspendidos de estacas clavadas en tierra habia dos arneses; el uno trenzado á la castellana, con espada y puñal, y el otro el mismo con que le hemos presentado á nuestros lectores.

Juan-sin-Alma, no era ya el mismo, ni en semblante, ni en traje. Su espresion bravia, dominadora, audáz, habia variado; reemplazábala, una espresion

de disgusto sombrío, de dolor, de ansiedad; del robusto pecho del aventurero se exhalaban á veces suspiros mal contenidos, á veces rugidos semejantes á los de un león que se ve por la primera vez enjaulado. Se levantaba, paseaba impaciente á lo largo de la tienda, se asomaba á su puerta, buscaba, sin duda, una hora mirando á las estrellas, y volvía á arrojarle abatido, casi desesperado, sobre los almohadones.

Su traje habia tambien variado notablemente; no era ya el extraño traje que habia vestido aquella mañana, sino un deslumbrante traje de caballero cortésano; conociase que al sentir el amor, habia sentido el deseo de agradar: vestía un sayo corto de brocado,

orlado de pieles de marta cibelina, y adornado en el cuello con encajes de Flandes; ceñía sus cabellos cuidados y agrupados en anchos rizos una gorra de la misma tela que el sayo, adornada por gala con una pluma de águila parda, prendida con un joyel de esmeraldas y brillantes: bajo aquella gorra, como bajo el sayo se veía el borde de una fuerte cota de malla, y se adivinaba asimismo bajo sus calzas de grana, lo que demostraba que bajo aquellas galas existía una fuerte armadura: sus borceguíes de ante bordados estaban armados de espuelas de oro, y de su cinturón de brocado pendían una limosnera de gran valor por el aljofar con que estaba bordada, y un puñal y una



Trenza-de-Oro.

espada árabes con empuñaduras de oro, cinceladas con ricos y caprichosos arabescos y magníficos esmaltes, que habian sido arrancadas con la vida por su dueño á un infante moro en la Vega de Granada; últimamente un manto de paño blanco, con un dragon negro volante, bordado en el costado izquierdo, completaba el ostentoso y deslumbrante atavío de Juan-sin-Alma, que habia adquirido el gusto del lujo oriental en su continua guerra con los musulmanes en Siria y España.

Con aquel traje Juan-sin-Alma, á pesar de lo bravo, de lo indomable, de lo siniestro, de lo fatal, en fin, de su semblante, era un mancebo hermosísimo,

en el que se notaba, á escepcion del color de los cabellos y de los ojos, un extraño parecido con Trenza-de-Oro.

Transcurrió un largo espacio antes de que el joven saliese de la tienda: al fin, una de las veces, que como otras tantas se acercó á la puerta y miró á las estrellas, esclamó con voz lúgubre:

— Ya es hora.

Un atalaya que paseaba armado de todas armas á caballo, abrazando la adarga y afianzada la pica, recogió aquella exclamacion, y gritó:

— ¡Alférez de la guarda! ¡el capitán!

Poco despues se oyó el ronco redoble de un atabai;

los soldados dejaron las nogueras, destrabaron los caballos; montaron, y cinco hombres, uno de los cuales llevaba de la mano á Pisador-de-Sangre encapazonado de batalla, se acercaron á la tienda, y uno de ellos entró:

—Alférez Ayala, le dijo Juan-sin-Alma, tomad el estandarte; haced que se levante la tienda y se carguen en las acémilas los cofres, y decid á la gente que vaya apercebida, porque podrá suceder que tengamos sangre.

—¿No se arma vuestra señoría? dijo el alférez.

Juan-sin-Alma se hacia tratar como un rey por los suyos.

—No, contestó el jóven, nunca he ido tan armado, como ahora. Y saliendo de la tienda, cobró su caballo y montó en él de un salto.

—¡Alférez Velasco! gritó.

Avanzó un ginete, y se inclinó sobre el arzon para escuchar sus órdenes.

—Tomad treinta hombres y avanzad como campeador; creo que no equivocareis el sitio, ya que me he tomado el trabajo de llevaros por él y hacerlos reconocer.

—Descuidé vuestra señoría.

—Avanzad.

Un momento despues el alférez y treinta ginetes



Si, escuchad mi historia.

trepaban á la luz de la luna por el flanco accesible de la cortadura, y tras ellos á dos tiros de venablo de distancia, se puso en marcha aquel pequeño ejército.

Y así caminaron sin tropiezo y en silencio por espacio de una hora, pero al llegar cerca de la abadía de monjas, el alférez campeador volvió sobre su marcha.

—¿Qué acontece? le preguntó Juan-Sin-Alma.

—He tropezado con campeadores del abad del Abrojo, contestó el alférez.

—Forzad el paso y adelante.

—Permitame vuestra señoría que le diga que ese abad me ha enviado una bandera blanca, y me ha

hecho decir, que desea hablarle bajo las condiciones que sean del agrado de vuestra señoría.

—¿Que desea hablarme el alto y poderoso señor del Abrojo! exclamó Juan-Sin-Alma lanzando de una manera impetuosa su caballo por el sendero.

En breve llegó al lugar en donde delante de los campeadores de Juan-sin-Alma, estaban las gentes del abad.

—Decid á vuestro señor, les gritó el jóven, que estoy dispuesto á partir la distancia que separa su gente de la mia.

Los campeadores del abad partieron, y poco despues Juan-sin-Alma, teniendo á su espalda sus lanzas,

estaba frente á frente con el abad, que tenia á igual distancia las suyas, en una esplanada del bosque por cuyo centro penetraba la luna.

El jóven reconoció en aquel caballero que se le presentaba á caballo y armado de punta en blanco, al mismo abad penitente que habia visto aquella mañana encaminándose en procesion á pie y descalzo á la abadía. Era jóven apenas de treinta y seis años y hermoso, aunque pálido y triste. Al acercarse Juan-sin-Alma, le examinó profundamente á la luz de la luna y se estremeció.

—He sabido, caballero, le dijo con voz solemne, que habíais penetrado con ginetes y bandera en mis señoríos; he enviado en vuestra busca exploradores, he sabido el lugar en que os encontrábais y os he salido al encuentro, porque sé tambien el lugar á donde os lleva el infierno.

—Sin duda venís á hablarme como un señor dentro de sus dominios y á procurar arrojarne de ellos con vuestras lanzas.

—Vengo primero á suplicaros.

—¿Y qué teneis que suplicarme?

—Que me contesteis lealmente á una sola pregunta.

—Os contestaré.

—¿Habeis sido encontrado en vuestra niñez, en el Duero, en una cesta de mimbres llevando entre las ropas un pergamino?

—No sé quien podais ser, pero hé aquí mi respuesta; dijo sombríamente Juan-sin-Alma, sacando de su limosnera el pergamino que era el mismo que habia mostrado aquella mañana á Trenza-de-Oro, y entregándolo al abad que lo leyó á la luz de la luna.

—Sois quien creia, y por lo tanto os suplico que no vayais á la abadía de Santa Andrea.

—Y... ¿qué abadía es esa?

—La en que habeis estado esta mañana... todo lo sé... habeis dado un escándalo, entrando á viva fuerza en su claustro y atreviéndos á la abadesa.

—¿Y con qué derecho me imponeis ese precepto?

—Tened en cuenta que os suplico.

—Suplicooos yo á mi vez que me dejeis el paso franco.

—Ved lo que haceis, caballero.

—Ayer no hubiera escuchado una sola de vuestras palabras, y tened en cuenta que si las escucho ahora es...

—¿Por qué?

—¿Porque esa abadesa de quien quereis apartarme ha hecho de mí un hombre nuevo, porque ha ablandado mi corazon encendiéndole en deseos que nunca he sentido.

—¿Amais á Trenza-de-Oro? exclamó convulso el abad.

—No sé si la amo, pero os aseguro que no hay poder humano que pueda separarme de ella.

—Escuchad, caballero, escuchad: y si lo que voy á deciros no os estremece, no os hace huir de esa mujer fatal, será preciso creer que estais maldito de Dios.

—En fin ¿estais resuelto á impedirme?...

—A impediros... si... es mi deber... porque Andrea Trenza-de-Oro, es mi hija... oídlo bien... y vos lo sois tambien.

—¿Vos mi padre, y habeis escrito ese pergamino y me habeis arrojado á la corriente de un rio?... ¡atras!... ¡paso al abad del Abrojo!... exclamó Juan-sin-Alma, poniendo, lívido de cólera, la mano en su espada.

El abad hizo botar su caballo de costado para evitar la arremetida de Juan-sin-Alma, y exclamó con acento desesperado, desnudando su espada:

—¡Rey Fernando IV de Castilla! la fatalidad te satisface completamente de la venganza de Gaston de Villafranca, obligándole á que desnude su espada

contra su hijo para impedirle que vaya á perderse en los amores de su hermana.

Gaston de Villafranca, que él era, no tuvo tiempo para decir mas; Juan-sin-Alma le habia atacado y su espada granizaba furiosa sobre su adarga; hubo un momento de confusion, durante el cual la esplanada se llenó de ginetes, que se envistieron furiosos mientras en su centro, revueltos en la pelea, seguian acometiéndose con una rabia infernal padre é hijo.

La lucha se prolongaba, las galas de Juan-sin-Alma habian caído al suelo, hechas girones por la espada de Gaston de Villafranca: era aquel un horrible combate de leon contra leon; el aventurero rompió su espada y echó mano á su pesada maza de armas que pendia del arzon; alzóse sobre los estribos, hizo girar la pesada arma sobre su cabeza y la descargó en la adarga de Gaston: vió á este inclinar la cabeza sobre los arzones, vacilar y caer del caballo. Juan-sin-Alma saltó del suyo y se inclinó sobre su padre.

—¡Juan! exclamó éste, ¡Juan! no eres tú, sino la fatalidad quien me mata; ¡que no te maldiga Dios, hijo mio, como me ha maldecido!

Y ensangantado, horrible, se revolvió en sus últimas convulsiones y espiró.

Juan-sin-Alma le contempló un momento con una calma espantosa, saltó en su caballo, y se lanzó como un vendabal al frente de los suyos contra los hombres de armas de la Abadía.

El combate fue ya de corta duracion: los de la Abadía fueron vencidos, arrollados, perseguidos con un encarnizamiento cruel: Juan-sin-Alma rugía como un tigre hambriento, cayendo incansable con su terrible maza sobre ellos: cercados, acorralados, no quedó ni uno solo. Cuando ya no hubo enemigos que vencer, Juan-sin-Alma se levantó sobre sus estribos y gritó con la fuerza del trueno:

—Mis ginetes á la abadía del Abrojo... aqui no hay mas señor que yo... contad de seguro con que os sirvan de borca los brazos de estas encinas si al salir el sol mañana no miro ondeando mi bandera sobre la torre mas alta de la abadía. ¡Adelante, adelante mi bandera!

El escuadron desfiló en tropel y se perdió á lo lejos; Juan-sin-Alma permaneció un momento alzado como el génio del estermínio sobre una alfombra de cadáveres y moribundos, bañando los cascos de su corcel en la sangre de su padre, y luego revolvió el freno y se encaminó al trote á la abadía de Santa Andrea.

Ya no habia obstáculos que temer, iba solo, y al llegar á la puerta de la iglesia desmontó, ató su caballo á la cruz del átrio, llegó y llamó con su daga en las puertas de roble.

Inmediatamente las puertas se abrieron, y apareció en medio de ellas Trenza-de-Oro, con una lámpara en la mano. Estaba pálida, su hermosa resplandecia de una manera fatal, y su profunda mirada se posó densamente en Juan-sin-Alma.

—Ha retumbado estruendo de combate en el bosque, le dijo.

—El abad del Abrojo quiso impedirme que llegara hasta vos... y allá abajo queda tendido con todos sus ginetes, contestó sombríamente el aventurero.

—¿Con todos?

—Nadie hay, hermosa señora, que pueda venir á pedirnos cuenta de vuestras acciones, y mañana... mañana los monges de esa abadía, y los vasallos de su señorío no tendrán mas señores que nosotros.

—¿Mas señores que nosotros? exclamó palideciendo aun mas Trenza-de-Oro.

—¿Qué os estraña? mañana sereis mi esposa.

—¿Vuestra esposa? exclamó retrocediendo Andrea, pues qué, ¿no sabeis que soy la abadesa de este monasterio?

—¿Y qué me importa? yo nunca habia pensado en

amar y cuando amo, no he de renunciar á mi amor porque se me ponga por medio Dios.

—¿Y quién ha de casarnos? desdichado.

—Si no se encuentra un clérigo nos casará el diablo.

Trenza-de-Oro bajó la cabeza anonadada, reflexionó un momento, y luego levantándose de repente dijo:

—Entrad.

El aventurero entró, cerró la puerta y siguió á Andrea hasta el presbiterio, en cuyos sillones se sentaron.

Era el templo gótico y sombrío: delante del altar ardía una lámpara, y las altas ojivas se perdían en la sombra; un rayo de la luna penetrando por el roseton de la abside, hería el pavimento de mármol, á los pies de aquellos dos terribles séres, y llenaba el templo de un reflejo fantástico, débil, frío: dominaba un profundo silencio, y solo se escuchaba de tiempo en tiempo el revolar de algunos enormes murciélagos, que salían un momento del oscuro fondo de las capillas.

A pesar de encontrarse en un templo de Dios, Juan-sin-Alma tenía calada la gorra, y así temblando de amor y olvidado de todo estrechaba una mano que Andrea le había abandonado.

—Os he citado para esta noche, y os he permitido entrar, dijo esta porque estoy, maldita de Dios... porque sé que me espera el infierno despues, y quiero probar antes algunos momentos de felicidad.

—¿Me amais...?

—Desde antes de veros...

—¿Antes de verme...!

—Sí, escuchad mi historia.

Andrea se reclinó en los brazos del sillón, tocando casi con sus mejillas el semblante de Juan-sin-Alma, y empezó de esta manera:

—Ya os dije, que una noche, hace diez y ocho años, fui presentada por un desconocido á la primera abadesa de este monasterio, la alta y poderosa señora D.<sup>a</sup> Inés de Villafranca: el pergamino que os dije venia entre mis ropas, es este.

La jóven sacó de debajo de su hábito un pergamino enrollado y le mostró á Juan-sin-Alma, que le leyó á la luz de la lámpara de mano que Andrea había dejado sobre la balaustrada del presbiterio.

Contenia las mismas frases que había pronunciado la jóven aquella mañana:

«Guardad esa niña donde hombres jamas la vean, porque si la encuentra el que la está predestinado, acontecerán horribles desgracias y se perderá su alma.»

A pesar de su impiedad y de su fiereza, Juan-sin-Alma sintió por un momento un terror vago. Las letras de aquel pergamino estaban escritas indudablemente por la misma mano que escribió el suyo.

—Este pergamino es la causa de que yo haya perdido mi alma antes de conoceros...

—¿Qué habeis amado ya...! ¿habeis encontrado al hombre, con cuyo amor se amenaza vuestra existencia en ese escrito? exclamó á impulsos de unos horribles celos el aventurero.

—Hace mucho tiempo que amo, desde que leí esas rojas líneas; escuchadme: llegó un día en que, salida de la infancia, mi corazón necesitó dilatarse: no me bastaban ya las flores con que una mano cuidadosa embellecía mis búcaros, ni los pájaros que se traían para mí de lejanas tierras y que me adormían con su canto desde sus jaulas doradas; ni las galas con que se me prendía para pasear por los horribles cláustros de este monasterio, ó cuando mas por los senderos mas cercanos del bosque: tenía otra necesidad: hacia poco tiempo que había entrado en la abadía una hermosa jóven, á quien su padre viudo, no pudiendo atender al cuidado de su educación, había depositado en el convento hasta que cumpliese la edad que le había pres-

crito su padre para casarla; aquella jóven había estado mucho tiempo en la corte: la repugnaban los semblantes frios y severos de las monjas, y se unió desde el primer día á mí, en quien halló la acogida y el dulce afecto de una niña que encontraba por la primera vez de su vida un ser que la sonreía. Me preguntó, si tenía amante, y esta pregunta fué para mí un misterio que de repente se me revelaba; no solamente no concebía yo entonces el amor, sino que ni aun la existencia del hombre, y de esto, Juan, aun no hace dos años, y contaba ya diez y seis.

Berta se rió de mi ignorancia, y me llevó consigo á un apartado lugar de la abadía: al cementerio; allí sobre la única tumba que existía, la de la primera abadesa, descorrió para mí ese tupido velo que encubre en el corazón de los niños el lugar de las pasiones: supe lo que era el amor, y desde entonces amé; pero amé de una manera vaga, sin objeto, como el que se siente solo y necesita un ser en quien apoyarse. A mas del amor, Berta, me aclaró otro misterio, profundo para mí; yo no sabía que tenía padres, no concebía que nadie los tuviese, jamás había oído pronunciar esos nombres á mi lado, sino refiriéndose á Dios, yo me creía hija de Dios, creada por una palabra y aparecida de repente en el regazo de la mujer que me había criado: todo esto me transformó enteramente. Sabía que Berta tenía un padre que la amaba, y un amante que esperaba con ansia que llegase el día en que pudiese unirse eternamente á ella.

Continuaron nuestras entrevistas en el cementerio: parecia que la fatalidad había hecho que en tan fúnebre lugar, mi corazón despojado de su inocencia aspirase el conocimiento del bien y del mal: llegó un día en que nada ignoré, en que sabiéndolo todo, lo codicié todo: el amor, el nombre, las riquezas: yo no tenía nada de esto, y mis pensamientos se fijaron en la manera de alcanzarlo.

Un día me presenté en la celda de la abadesa y la supliqué que me escuchase. Lo grave de mi semblante la sorprendió, y cuando la pregunté por mis padres palideció, me miró profundamente, y luego abrió su cofrecillo y en silencio me mostró este pergamino.

—Un hombre os trajo, me dijo, y desapareció: desde entonces os he guardado segun la voluntad de vuestros padres, á quienes no conozco. No me preguntéis mas, por que nada mas sé de vos.

Desde entonces se me encerró, no volví á ver mas á Berta y se me trató con estrema dureza; pero habían recurrido tarde al rigor, y habían cometido una imprudencia en mostrarme este pergamino: yo sabía lo que era amor y le sentía de una manera vaga: violentada, triste, sola, mi corazón necesitó consuelo, y del fondo de él se levantó un fantasma, al que mi fantasía daba las formas del hombre que me estaba predestinado: lentamente, aquel que no era otra cosa que un sueño, pasó á ser una necesidad; mi corazón ardía; por donde quiera que volvía los ojos me parecia ver un semblante pálido que fijaba en mí, la densa é inesplicable mirada de sus negros ojos: sentía dentro de mí otra vida, pero una vida á la que para ser tolerable faltaba la realizacion de mi fantasía, de mi sueño, y este deseo tenaz, esta ilusion que vagaba siempre delante de mí, llegó á convertirse en un tormento insoportable: palideció mi semblante, huyeron para siempre mis tranquilos y descuidados sueños de niña, desee, sufrí, y con el sufrimiento, se desarrolló en mi un sentimiento terrible, tan profundo como la sed de amor que me devoraba: el odio hacia los que me habían sentenciado á una vida de dolor y de desesperacion; odio que venia á recaer implacable sobre aquella sombría monja; sobre D.<sup>a</sup> Inés de Villafranca que era la terrible y severa mano que cumplía harto bien, por mi desgracia, la voluntad de mis padres.

Y sin embargo esperaba que llegaría un día en que el ser que me estaba predestinado apareciese ante mí: era mi única esperanza, una esperanza dulce y vaga y por lo mismo mas querida. Yo me fingía un altivo caballero, que llegaría un día al frente de su noble bandera á librarme de mi cautividad: le sentía romper con su poderosa mano las malditas puertas de esta sepultura de vivos; le veía adelantando á lo largo del claustro, que llegaba á mí, se arrojaba á mis pies, me decía su amor, y luego asia mi mano, me sacaba del claustro y me llevaba sobre el arzon de su caballo de batalla, á un hermoso castillo donde me hacía su esposa: despues habia fiestas de las que yo era reina; en las que gentiles caballeros rompian lanzas por mi hermosura... y luego alegres monterias ruidosas festines, bellas cabalgatas... y la córte, donde yo era la primera dama, la primera, antes que la reina.

Y estos sueños han empezado á cumplirse, continuó Trenzade-Oro, estrechando dulcemente las manos de Juan-sin-Alma. He ahí por qué al veros aparecer hoy delante de mí, en el claustro, no me aterró vuestra presencia, he ahí por qué puedo decir que os amaba antes de conocerlos.

—Y sin embargo, habeis tomado el hábito, dijo sombríamente Juan-sin-Alma.

Estremeciósese Andrea, y exclamó:

—Hubo un día terrible en que mi hermoso sueño se desvaneció: un hombre pálido, hermoso y triste entró en el monasterio y se encerró en la celda de Doña Ines de Villafranca, donde estuvo durante mucho tiempo.

—¿Y quien era aquel hombre? dijo Juan-sin-Alma cuyo rostro se nubló.

—Ha muerto, como murió ella: ha muerto por tu mano, como ella murió por la mia.

—¡Muerto por mi mano! exclamó Juan-sin-Alma estremeciéndose á su pesar.

—Sí, continuó Andrea, porque aquel hombre era el abad del Abrojo.

Pareció que á aquellas palabras, un rumor sordo como el de los pasos recatados de un hombre resonaba débilmente á lo largo de la nave; pero aquel ruido pasó, sin que reparasen en él los dos amantes que dominados por su amor y por lo terrible de su situación se miraron en silencio.

—Apenas salió el noble abad, cuando D.<sup>a</sup> Ines me llamó á su celda. Preparaos á ser esposa de Dios, me dijo. Yo rogué, lloré, me arrastré á sus plantas, y al fin viendo que mis ruegos eran inútiles, me reveló: entonces fui encerrada en un lóbrego espacio, donde no penetraba la luz, en el que el agua infiltrándose por las paredes me entumecía los miembros, envolviéndome en una atmósfera densa y húmeda: y allí estuve seis meses, dolorida en el alma y en el cuerpo, desesperada, sola, amenazada cada día, reducida á una rabia impotente. Mi alma se ennegreció irritada por aquella injusta tiranía: pensé en vengarme y medité mi venganza á sangre fria; para lograrla era preciso salir de allí, para salir de allí, ser monja: me resigné y tomé el velo.

Este horrible sacrificio me volvió á la gracia de la abadesa, y yo... yo aceptaba sus caricias... que en otro tiempo me hubieran hecho muy feliz. D.<sup>a</sup> Ines lloraba entre mis brazos, y me llamaba su hija, yo respondia con sonrisa á sus lágrimas y la llamaba madre; pero bajo aquellas sonrisas estaba oculto mi odio, y bajo mi odio mi venganza.

Un dia con pretexto de esparcirme la supliqué que me permitiera pasear por el bosque; no era la primera vez que esto acontecia desde mi profesion, y algunas escursiones por la selva habian servido para que se fijasen mis proyectos de venganza; yo estaba desesperada y queria morir matando; pero en medio de la soledad; sin que nadie pudiese acudir á los gri-

tos de la víctima y acaso salvarla. Se fijó el dia de la escursion, y el abad del Abrojo, nos envió como siempre algunos monteros para que nos sirviesen de resguardo porque el bosque estaba infestado de bandidos.

Hay hacia la parte de occidente, un lugar lúgubre; la tierra se rompe de repente formando una altísima cortadura, por la que se derrumba un riachuelo, formando un lago en la profundidad del valle. A aquel sitio encaminé á la abadesa.

Nuestros hombres para precaber mejor un encuentro con los bandidos, circumbalaban la espesura, á gran distancia de nosotras y estábamos solas cuando llegamos al borde del tajo: pretesté cansancio y me senté muy cerca de la cortadura; la abadesa se sentó junto á mí: estaba pálida, triste; parecia que una profunda pena lastimaba su corazon, y que recuerdos terribles la atormentaban, porque su semblante tenia una espresion fatal; de tiempo en tiempo fijaba en mí los ojos con una ternura que no he podido esplicarme aun, en una mujer que tan duramente me habia tratado: el recuerdo de sus pasadas violencias, despertó en mí el deseo de vengarme con mas fuerza que nunca, y creo que todo lo que me rodeaba contribuía á fijarme en aquel siniestro propósito: las cenizas se movian pesadamente á impulsos de un viento perezoso; el torrente se derrumbaba, produciendo un zumbido monótono, continuo, como un eco de la eternidad, y del lago se levantaba á nuestros pies un vapor denso: mi pensamiento estaba predispuerto y me pareció ver flotar entre aquella niebla fantasmas informes y amenazadores, que nos miraban y se reian: alguna vez en medio de aquellos fantasmas que mi mente calenturienta se fingia, creia ver el rostro pálido y hermoso del hombre de mis sueños de amor, en el que no podia esperar, pobre mujer perdida, sacrificada bajo un hábito de monja. Este pensamiento enardeció mi alma, nadie habia que nos viese ni en la montaña, ni en el valle... yo deseaba la muerte, tenia á mi lado á la mujer que habia causado mi desesperacion y...

—¿Y la arrojaste al lago? dijo con un acento de horrible complacencia Juan-sin-Alma.

—No, contestó con voz opaca y reconcentrada Andrea, me cegó la desesperacion, me lancé á ella y me precipité hacia el borde de la cortadura.

Trenzade-Oro estaba horriblemente pálida, Juan-sin-Alma callaba y en aquel momento volvieron á resonar perdidas, pero mas cercanas las huecas pisadas que resonaron antes, y como entonces pasaron desapercibidas á los dos amantes.

—Al dia siguiente, dijo al fin Trenzade-Oro, encontraron un cadáver flotando en las aguas del lago, aquel cadáver habia sido D.<sup>a</sup> Ines de Villafranca abadesa de...

—Y tú... ¿como te salvaste tú...? aquella cortadura es horrible...

—No sé, no recuerdo bien lo que en aquel momento pasó por mí... solo conservo el recuerdo del horrible grito que la abadesa lanzó al sentirse precipitada... y luego una voz que exclamó profundamente en el espacio ¡maldita seas! Luego... nada... un desvanecimiento horrible, una agonía inesplicable, y la sombra, el silencio de la eternidad.

Pero aquello pasó y me encontré en mi lecho, en la abadía: era de noche y á la luz de una lámpara, vi un monge que velaba junto á mí. Aquel monge era Don Gaston de Villafranca, primo de D.<sup>a</sup> Ines y abad del Abrojo, cuya severa mirada estaba fija de una manera terrible en mí. Durante algun tiempo nada me preguntó, pero al fin quiso saber las circunstancias de la muerte de D.<sup>a</sup> Ines. Yo estaba preparada de antemano y mentí... pero con el acento del dolor y de la verdad; representé un momento en que D.<sup>a</sup> Ines parecia haber enloquecido, en que se habia asido á mí

y se había precipitado por la cortadura. El abad permaneció largo tiempo pensativo.

—Dios ha tenido compasión de vos, señora, me dijo, haciendo que los jarales del borde de la roca os detuvieran por vuestro hábito... El no ha querido que se salve mi infortunada prima. Estaba escrito. Reposad... y volved á la salud, á la paz del alma, y ya que no podemos reparar esa horrible desgracia, preparaos á hacer menos sensible esta pérdida ocupando el lugar que ella ha dejado vacío.

Aquella sola palabra bastó para volverme á mi perdida esperanza; para hacerme amar la vida: mi crimen no había sido inútil y por sus circunstancias nadie se atrevió á sospechar que yo le hubiese cometido. Sabía que iba á ser al fin la señora absoluta, de jóvenes á quienes sus padres habían sacrificado haciéndolas espiar el delito de haber nacido mujeres, y que como yo vivían desesperadas. Con la desgracia, con un abandono que yo no creía justo, había perdido la fé, y me importaba poco lo que pudiese ser de mí... Volví á la esperanza de mis amores y con la esperanza volvió el deseo... fui elegida abadesa, y no reconocí límite ni freno... desde entonces la abadía ha sido un lugar de hospitalidad y de placer para cuantos caballeros han venido extraviados por el bosque (1). El abad lo sabía, y á pesar de estar este monasterio en la jurisdicción de su señorío, miraba sus poco edificantes desórdenes, con una indiferencia que solo puede explicarse por el abatimiento á que le redujo la desastrada muerte de D.<sup>a</sup> Ines; desde entonces no supo hacer mas que orar y redoblar el rigor de su vida penitente.

—Creo que á pesar de esta libertad de que blasonas, dijo con un ligero acento de sarcasmo Juan-sin-Alma, la manera con que fui recibido esta mañana, tu misterio al hablarme, la cita en este lugar y á esta hora, prueban que temes y que te recatas.

—Porque la conciencia grita á nuestro pesar... sobreponiéndose á todo... porque la conciencia es un horrible testigo que no podemos matar, que nos roba el sueño, que nos acusa... ¡Oh! y cuando á ese testigo invisible se une la presencia de un varón justo, que mira, calla y callando condena; cuando continuamente se fija en nosotros, que tenemos el alma ennegrecida, la mirada de la virtud severa implacable, la vanidad nos obliga á querer pasar por justos y buenos delante de la justicia y de la rectitud... hace seis meses que el abad del Brojo llamó al capellan que servía nuestro altar, altar abandonado y escarnecido y nos envió un monge viejo enfermo, inútil; pero cuyos ojos me dan miedo... desde la llegada de ese hombre...

—Un anciano... inútil... un miserable que se ha atrevido á amenazarme esta mañana, exclamó con cólera Juan-sin-Alma.

—¡Oh! ese hombre no sé por qué me espanta... y además... el úrden había venido por sí mismo... faltaba la ocasión... nadie se atrevía á penetrar en el Brojo desde el momento en que un terrible bandido le había tomado por guarida.

—Es Andrea, que ese bandido soy yo...

—Sí, sí, ya lo sé: cuando escuché tu nombre, mi corazón se estremeció, parecióme que tú eras el hombre que yo esperaba y cuando te ví... te reconocí... no podía ser otro que tú el hombre que me estaba predestinado.

Andrea pronunció estas palabras con la entonación ardiente de la mujer que ama y por un momento nada se dijeron los amantes, ardió en sus miradas una pasión impura, y Juan-sin-Alma se levantó, la asió una mano y la llevó al altar.

(1) En las crónicas de esta época se encuentran numerosos ejemplos de la disolución á que estaban entregadas las comunidades de monjas, como las de frailes, lo que, como hemos dicho en otro lugar, impulsó al cardenal Cisneros á llevar á cabo la reforma de los conventos.

—Júrame por el Dios de las venganzas, la dijo, que jamás has amado á otro que á mí.

—Juro por la sangre de mi madre si vive, ó por su descanso si ha muerto, que mi corazón y mi alma te pertenecen.

—Júrame romper tus votos de monja y ser mi esposa ante los hombres para que nuestros hijos puedan llevar legítimamente el nombre que se conquisten.

—Lo juro.

—Y yo te juro, alma de mi alma, exclamó el aya-turero lanzando una impía mirada al templo, arrasar hasta los cimientos el maldito lugar donde han gemido sin esperanza tus amores, yo te juro levantar en él un castillo que cause asombro á las gentes y alzar en este mismo sitio nuestra cámara nupcial... y ahora ven... mi valiente Pisador—de—sangre, espera; sobre su negra espalda recorreremos libremente el bosque á la luz de la luna... ven, adorada mía, hermosa mía, luz de mi alma... el bandido errante ha encontrado al fin su estrella y distingue la luz de su hogar, donde reposará del combate entre sus brazos.

Y asiendo á Andrea por su esbelto talle, la levantó como una pluma que arrastra consigo el viento y ella rodeó trasportada de amor con sus frescos brazos el robusto cuello del bandido, y un beso sacrilego crujió bajo las bóvedas del templo, que pareció estremer sus ecos en un gemido de horror.

Aquel grupo que se alejaba rápidamente desapareció en las oscuras penumbras y entonces, delante del altar, saliendo de detras de una pilastra se levantó la sombra negra y fatidica de un monge.

—¡Descendencia de vivoras! exclamó con acento profundamente indignado; yo ministro de Dios, os maldigo en su nombre, puestas las manos sobre su altar, en vuestras cabezas y en las de vuestros hijos hasta la cuarta generacion!

## IX.

### Espiacion.

Y vino una alborada diáfana tras aquella noche que había cubierto en su sombra tantos horrores y los campesinos vieron tremolar sobre la torre de honor de la abadía del Brojo un estandarte en que campeaba un dragon, y feroces hombres de armas vagaban en las almenas, de las que pendian ahorcados, con sus túnicas talares flotando al viento algunos monges.

Y otros vieron como en un lugar intrincado del bosque parte de aquellos mismos soldados apilaban una multitud de ensangrentados cadáveres sobre una hoguera y la prendían fuego y otros, en fin, cual aquellos mismos hombres demolian con una celeridad infernal los muros de la abadía de Sta. Andrea.

No pasó mucho tiempo desde aquel día hasta otro en que apareció en el mismo lugar que había ocupado el silencioso asilo de las vírgenes del Señor, un castillo fabricado con piedra negra, de aspecto sombrío y torres y muros fortísimos, en los cuales no había ni un ajimez ni una saetera.

De tiempo en tiempo salía como una tromba por su ancha poterna un escuadrón de feroces soldados y parecía temblar la tierra bajo los cascos de los caballeros que volaban para llevar el terror á las tierras comarcanas, porque jamás aquellos soldados volvían á su terrible guarida, sin haber dejado tras sí, profundos rastros de sangre, y sin conducir sobre sus caballos el oro y las mujeres que habían robado, esterminando á cuantos se habían puesto al paso de aquel tremendo azote.

Y otras veces, retumbaba el bosque bajo el alegre son de las trompas de caza, y se escuchaban el ladrido de las jaurias y los gritos de los monteros y se veían deslizarse por las sombrías sendas hacaneas en que se abandonaban al placer hermosas damas ri-

camente vestidas, y sobre su frente que en otro tiempo habían cubierto oscuros mongiles, flotaban velos de seda y oro, y entre sus sedosos cabellos, mutilados por la sagrada tijera en otros días, brillaban joyas, y se prendían ricas plumas; y en los ojos de aquellas damas moraba el placer, y junto á cada una de ellas cabalgaba un gentil caballero y se cruzaban miradas lúbricas y palabras ardientes, y el demonio de la sensualidad, batía orgulloso sobre ellos sus funestas alas.

El castillo de Juan-sin-Alma era un lugar maldito del que huían los hombres, las aves y los brutos estremecidos de terror: donde continuamente retumbaba la orgía y en cuyas oscuras cuevas gemían siempre cautivos arrancados por el crimen de sus hogares.

La abadía del Abrojo era un trasunto del Castillo: cada monje era un sér corrompido, un bandido desalmado, un espíritu maldito, porque Juan-sin-Alma para llevar á cabo su impiedad, había hecho á sus soldados monges, del mismo modo que había convertido en mancebas de aquellos miserables á las vírgenes del Señor, preparadas á la impureza por Trenza-de-Oro, antes de la aparición de Juan-sin-Alma, en aquella comarca, á la que parecía haber abandonado Dios.

Y al frente de aquella comunidad de asesinos y sacrilegos, el abad, obligado á serlo como por escarnio por Juan-sin-Alma, era aquel mismo anciano cojo y débil, que se había estremecido á la presencia del bandido, delante de la Abadía del Abrojo, que le había maldecido con Trenza-de-Oro, en la abadía de santa Andrea y que oraba á Dios y sufría colocado como un fiscal acusador por la mano misma del asesino, entre aquella horda de malvados.

La licencia que se permitía en los señoríos usurpados por Juan-sin-Alma, trajo á ellos un crecido número de aventureros, hombres sin corazón, verdaderos demonios, que se encontraron admirablemente bajo las órdenes de un señor, que todo se lo permitía, menos la caridad y la clemencia, y Juan-sin-Alma se halló al frente de un respetable ejército, llamóse de su propia autoridad Juan de Villafranca, rico hombre y señor de horea y cuchillo, se abrogó la jurisdicción del Abrojo, ayudó á Alonso el Onceno en sus guerras, arrojó oro en sus áreas exhaustas, y como en aquellos calamitosos tiempos todo cedía al oro ó la fuerza, fueron reconocidos por cédulas reales y convertidos en derechos cuantos dictados fueros y franquicias se había abrogado Juan-sin-Alma; bandidos como él, enriquecidos por el crimen, y ennoblecidos por los reyes, eran la cosa mas frecuente en aquellos tiempos. Tomábase pretexto para ello en algun bizarro hecho llevado á cabo en batalla al lado del rey y ningun noble se resentía por esto, porque la mayor parte de ellos habían sido ennoblecidos de mismo modo.

Pareció que la elevacion de Juan-sin-Alma, había dulcificado su carácter, cesaron las rapiñas y los desafueros, sustituyó á su pendon de sangre con el dragon alado por divisa la noble bandera blasonada de los Villafranca; cesaron las orgías, fue reformada la Abadía del Abrojo, resonaron al fin en ella los salmos sagrados, y se vió con una verdadera admiración al feroz bandido y á la monja sacrilega arrodillados al pie de los altares, pidiendo á Dios perdon por sus crímenes.

Y es que Dios ha puesto en el corazón humano un regulador, misterioso é implacable de la bondad y de la maldad de las acciones: es que ha dado al hombre la sublime piedra de toque, por decirlo así, del sentimiento; es que por miserable, por endurecido, por abyecto que sea un hombre, guarda en su espíritu una parte pura, sin mancha, un espíritu del espíritu al que jamas llegan las miserias, que se conserva noble, puro y grande como el espíritu creador

y omnipotente de que es una parte; y este sentimiento regulador, este espíritu del espíritu, esta chispa inmaculada de la divinidad es la conciencia.

Puede dormir dominada por las pasiones ó por las necesidades en su recóndito foco; abandonado al parecer el hombre, se entrega á sus feroces instintos materiales, se ensangrenta, se enloda, se degrada, pero llega un momento en que los placeres bastian; en que las riquezas, satisfaciendo el deseo le embotan; en que la edad hiela con su mano implacable las pasiones, y entonces cuando la única felicidad es la paz del espíritu, la conciencia se levanta y juzga, y si tiene crímenes que acusar, miserias que despreciar, vanidades que desvanecer, el hombre manchado con esos crímenes, esas miserias, esas vanidades, siente desesperado, que los placeres que pasaron y los crímenes que fueron, torturan su alma y la despedazan, pueblan sus sueños de horribles fantasmas y le reducen á ese torcedor sin fin y sin compasión que es la justicia de la conciencia, y se llama remordimiento.

Y entonces, cuando todo el poder humano, cuando todas las riquezas con que se compra la vanidad no bastan á volver su paz y su dignidad al espíritu, el mas impio, el mas burlador de lo eternamente santo justo y bueno, se convierte y llora, siente lo inútil del poder humano para volver la paz que ha perdido y se arroja impulsado por una última esperanza al pie de los altares.

Y Dios que nada ha hecho que no sea admirable; Dios que no ha podido crear nada imperfecto; Dios que vió en el pasado, el presente y el porvenir, contesta con su inmenso silencio, al corazón que purificado por el dolor, puede remontarse hasta él; yo te di el alma, que es el pensamiento, y el corazón que es el sentimiento; yo puse entre ellos para regularlos la conciencia, y tú la has hollado... tus ruegos y tus lágrimas son inútiles: yo no soy el espíritu de la venganza ni de la ira, pero no puedo hacer que no haya sido lo que fue.

¡Dios! vosotros los que le negais, vosotros los que despreciáis como á espíritus débiles á los que en él creen; vosotros los que no veis en la creación mas que una casualidad, y para quienes la consecuencia de la muerte es la nada, buscad á uno de esos miserables que han pasado su vida practicando el crimen, y que encontraréis con facilidad al alcance de vuestra mano, y si la edad ha blanqueado sus cabellos, si las pasiones han pasado helando su corazón, ved si tenéis ojos para encontrar en su semblante las huellas de un dolor incurable, ved si tenéis alma para comprender la sombría inquietud con que se revuelve en una lucha rabiosa y desesperada, su espíritu; procurad comprender lo inquieto de su sueño, y preguntad despues si os atreveis; si existe Dios.

Juan-sin-Alma, había vivido demasiado aprisa y había llegado á la vejez del alma cuando era brillante y vigorosa la juventud de su cuerpo: irritado por la desgracia, aislado, abandonado de todos, dotado de un espíritu fuerte, había cometido el crimen, porque solo el crimen podía llevarle dándole riquezas al logró de sus ardientes deseos: tuvo oro y necesitó amor; llegó al amor y quiso honores, poder, fuerza: se lo dió la debilidad humana, y cuando nada tuvo que desear, cuando vió que las riquezas no bastan á todos los deseos, cuando comprendió que en el amor había algo mas que impureza; que la mujer si no es un ángel de paz, no puede dar mas que un amor de demonio; cuando conoció que la fuerza y el poder, pueden procurar esclavos, pero no seres que se dobleguen por admiración y por respeto; cuando no vió en torno suyo mas que miseria, lodo y sangre, su altivo espíritu se sublevó, sintió nuevas necesidades que nadie podía procurarle; sintió brotar de repente del fondo de su alma la conciencia, vió á traves de ella á Dios, se estremeció y quiso recon-

cilarse con él, practicando tarde aquello mismo que había despreciado hasta entonces; fue caritativo, noble y generoso; hizo tanto bien como mal había hecho, y no logró acallar el grito de su conciencia: no se le vio mas presidiendo al frente de una larga mesa, cubierta de espumosos vinos y de esquisitos manjares entre ramerías y asesinos, una ruidosa orgía: ni salir en alegre cabalgata á atronar los senos del bosque, ni cabalgar al frente de sus ginetes para llevar el terror, la sangre y el fuego al seno de las familias; despidió llenándolos de oro á sus antiguos aventureros; hizo venir virtuosos monges á la abadía del Abrojo; encerró de nuevo en una áspera clausura á aquellas religiosas á quienes Trenza-de-Oro había corrompido, y sacado él del santuario, y se encerró en una tétrica celda de la Abadía: pero en aquella celda flotaban delante de sus víctimas, vengativas é implacables, y delante de ellas su padre, asesinado por su mano, su madre arrojada por su hermana, en una horrible venganza, por aquel tajo que desde entonces y á causa de aquel crimen se llamaba el salto de la Monja.

Y cuando mas le aterraban estas sangrientas visiones, venía á despertarle de ellas la voz de aquella mujer fatal que era su hermana, que lo ignoraba, que se llamaba su esposa, y que le arrastraba de una manera invencible á un amor monstruoso.

Juan-sin-Alma perdía el valor de que se había armado para espiar sus faltas con una sombría penitencia; abandonaba su retiro, y si bien no volvía á sus pasadas atrocidades, se entregaba de nuevo y con un frenesí inexplicable á aquellos amores malditos que no había tenido valor ni voluntad para vencer.

Habían pasado tres años desde el día en que Juan-sin-Alma había cometido á la vez un parricidio, un incesto y un sacrilegio.

Era una noche horrible: zumbaba el huracán sacudiendo con furor las copudas frondas de las encinas, y los relámpagos surcaban el espacio rasgando la sombra como serpientes de fuego.

Y en medio de la tempestad, perdido en los largos silbos del viento y en el estridor del trueno, se escuchaba la voz del órgano de la abadía del Abrojo, lejana y sombría, junto á la cual se elevaba la grave salmódia de los monges arrodillados en el coro.

Era la hora de matines, y aquellos santos varones elevaban su alma á Dios rogándole librase de la muerte á Andrea Trenza-de-Oro que en aquel momento se encontraba sujeta á esa dura compensacion del amor: al alumbramiento.

De repente se abrieron las puertas del coro, y un alférez, vasallo del alto y poderoso señor Juan de Villafranca, entró destilando de su tabardo el agua de la tormenta y se encaminó en derechura á la silla del abad. Trenza-de-Oro había dado á luz dos gemelos. Dios no había dado oídos á los ruegos de los monges, y la infeliz madre estaba espirando.

El abad tomó la cruz, y al frente de la comunidad con los pies descalzos y en penitencia, atravesó bajo la tormenta el espacio que separaba á la abadía del castillo.

Trenza-de-Oro se acercaba á la eternidad: el monge se encerró con ella, y la desdichada le mostró sus dos hijos recién nacidos que dormían bajo su regazo.

—Todo lo sé, padre, le dijo con voz débil; ese hombre en un momento de olvido y de desesperacion me lo ha revelado todo... todo... sé que he muerto á mi madre y que soy esposa de mi hermano... sé que Dios no me perdonará... pero mis hijos... mis pobres hijos... juradme que jamas sabrán la historia maldita de sus padres... que los protegeréis... que procurareis apartar de ellos con vuestras oraciones la maldicion de Dios que debe pesar sobre nosotros.

—Os lo juro, señora... pero mis ruegos acaso no lle-

guen al Altísimo, porque tal vez yo soy la causa de las desgracias de vuestra familia.

—¿Vos! ¿quién sois vos?

—Yo soy, señora, el astrólogo del rey Fernando IV de Castilla, que se vendió á vuestro padre Gaston de Villafranca. Por mí logró su venganza, y por su venganza murieron dos inocentes.... los Carvajales, cuya sangre clama al cielo... yo seguí á vuestro padre á sus estados, y llegó un día en que me hizo leer en las estrellas el destino de los dos hijos que le había dado su esposa, la antigua manceba del rey.... aquel horóscopo fue horrible: estos dos niños, dijo, están predestinados á amarse con un amor impuro... su sangre es la espiacion de los crímenes cometidos por sus padres... si viven y un día se encuentran, ellos serán los causadores de la desgracia y de la maldicion de su familia...

—Y lo hemos sido: yo á mi madre.... él á su padre....

—Y no es porque Gaston de Villafranca no hubiese apurado el sacrificio: se separó de sus hijos entregándolos al acaso, ya que no tuvo valor para esterminar á los que habían de causar la condenacion de su familia; pero fue imposible reducir á la madre á que se separase de la hija. Gastó sus riquezas en levantar, una cerca de otra, dos abadías: una de hombres, otra de mujeres. Las dotó con siervos de Dios, y cuando murieron los respectivos superiores, fueron elegidos fatalmente D.<sup>a</sup> Ines, abadesa, D. Gaston, abad.

Y sucedieron muchas impurezas: protegidos por su autoridad Ines y Gaston, se veian con frecuencia, volvian á su amor, y horrorizados de él tornaban á la penitencia: yo que me había vuelto á Dios y era monge en el Abrojo, constituido en confidente de aquellos dos seres desgraciados, me estremecía presintiendo el día del castigo. Ese día llegó.... Juan-sin-Alma apareció delante de la abadía del Abrojo en el momento en que su padre, encubriendo bajo un aspecto de penitencia una de sus criminales escursiones á la abadía de Santa Andrea tornaba á la del Abrojo. Al ver á aquel hombre me estremecí, porque reconocí en su semblante los rasgos de su familia, y sentí la mano de Dios que se levantaba para herir; yo había sido para encubrir los amores sacrilegos de dos religiosos, capellan de las monjas, y supe por la portera que vos y Juan-sin-Alma os habiais encontrado al fin. Lo conté á Gaston de Villafranca, y... reuní sus ginetes y quiso oponerse al paso del hermano que iba á buscar á la hermana... Gaston cayó muerto á manos de su hijo y llegó á vos... yo que estaba en la abadía, escuché vuestra conversacion en el templo... y viejo y débil, para oponerme al crimen de Juan-sin-Alma, os maldije en nombre de Dios, puestas las manos sobre el mismo altar que habiais profanado.

Al concluir esta tremenda revelacion, el monge bajó la cabeza profundamente abatido. Nadie le contestó: Trenza-de-Oro espirante, agotada sus fuerzas, estrechaba débilmente á sus hijos entre sus brazos y lloraba.... Y así pasó gran parte de la noche. Al amanecer todo concluyó. Trenza-de-Oro había muerto llevando consigo á la eternidad el perdon y la bendicion, acaso estériles, del astrólogo penitente.

—No me preguntéis á dónde voy, decía poco despues á aquel hombre Juan-sin-Alma, horriblemente pálido. Os dejo una donacion formal del oro que se encierra en mis arcas. Con ese oro, en el mismo sitio donde estubo la abadía de Santa Andrea haced fabricar un panteon para mi familia: ademas en ese panteon, en el mismo lugar que ocupaba el presbiterio de la iglesia demolida, haced otro panteon para la desdichada que acaba de morir, y para mí, cuando Dios ó el diablo me lleven á sí; en ese panteon, en el mismo lugar

donde estaban las sillas del presbiterio, de donde yo la arrebaté á Dios, haced dos sepulcros y sobre ellos poned nuestras estatuas de rodillas en ademán de pedir á Dios perdón. Que delante del altar del gran panteón oren siempre monges de la abadía del Abrojo, para lo cual deo una cláusula en mi testamento que es este... y escuchadme bien; buscad al mas anciano de los monges, hacedle por mí la confesion de los crímenes de mi familia, puesto que tambien los sabeis, y que ese monge al morir trasmita esa confesion á otro. Esta es mi voluntad. Mi testamento os encarga la tutela de mis hijos. No he querido ni he podido ser con ellos tan cruel como nuestros padres lo fueron con nosotros; criados en el temor de Dios y procurad que no sigan las huellas de sus padres. Ahora retened bien en la memoria lo que os he dicho y adios.

El monge anonadado, trémulo, permaneció en el mismo lugar donde le habia hallado Juan-sin-Alma, que desapareció.

El astrólogo de Fernando IV, el infame consejero de Gaston de Villafranca, abad entonces del Abrojo, cumplió religiosamente el encargo que se le habia hecho, y murió diez años despues, trasmitiendo al mas anciano de los monges la historia de la familia maldita, y la tutela de sus dos últimos descendientes Pedro y Juan de Villafranca, y sin saber qué habia sido de Juan-sin-Alma.

## La segunda generacion.

### X.

#### El tesorero del rey.

ERA el año de 1364. Al rey Alonso el XI habia sucedido ese famoso rey D. Pedro I, ese mito de los reyes de la edad media, que ha llegado á nosotros como Bernardo del Carpio y como el Cid, abultado por la tradicion, envuelto en una aureola fantástica y entregado á narradores de cuentos, que tal le han concebido y presentado al juicio público, que á resucitar si le fuera posible, no se conoceria él mismo segun le han puesto de malparado.

¿Necesita un zurcidor de dramas un personaje tremendo, feroz, entregado á instintos brutales? Ahí está el rey D. Pedro. ¿Se quiere para una leyenda tenebrosa una especie de ogro, de vampiro, de tigre humano? Siempre el rey D. Pedro. ¿Se desea interesar al público con las desgracias y con el heroismo salvaje de una muger? Se apela á D.<sup>a</sup> Blanca de Francia ó á D.<sup>a</sup> Maria Coronel. El público engañado por la falta de conciencia de los que llenan para él de abortos los libros y la escena, se indigna contra la memoria de aquel rey, le desconoce y le odia.

No es nuestro ánimo caracterizar ahora tal como le comprendemos, ese notable personaje. Tal vez mañana, si el público sigue favoreciéndonos, le consagramos un libro entero. Entretanto su nombre solo nos sirve para marcar una fecha histórico-cronológica.

Hacia catorce años que reinaba, y nunca la guerra civil que parecia ser el destino forzado de Castilla, habia sido mas terrible, ni encarnizada. D. Pedro se habia propuesto, acaso con mas corazon que fuerza ni prudencia, robustecer el principio monárquico por medio de la represion del clero y de la nobleza, que eran dos poderes aliados contra toda unidad que los pudiese en situacion de vasallage. No era ya una rebeldía aislada, sino una coalicion tremenda, la que se levantaba contra D. Pedro. Los grandes señores, disgustados del gobierno de un rey que sabia ser rey y que tenia siempre en ejercicio á sus maceros y á su verdugo, se agrupaban en masa bajo la bandera de un usurpador que, prestando celo por las liber-

tades nacionales y uniendo su voz á los rebeldes que llamaban en coro tirano á D. Pedro, pretendia su corona, no por ambicion personal, segun decia, sino por librar de un ominoso yugo á Castilla.

Era, pues, vergonzoso el estado en que se encontraba el reino. D. Pedro, irritado con justicia contra sus enemigos, necesitado de dinero para sostener la tremenda lucha á que se veia obligado para reprimirlos, gravaba al pueblo con tributos, promulgaba terribles leyes contra los moros y los judios residentes en sus dominios, y á los cuales por la falta mas leve se ahorcaba y se confiscaban los bienes. Castilla, pues, era un sangriento campo de batalla en el que no se podia ser neutral: por lo tanto la mitad de Castilla estaba contra la otra media.

Esto hizo que la nobleza, perdido el miedo al castigo, creciera en fueros, cometiese demasias, y nada estuviese á salvo de su poder. Lo que el rey ó el usurpador dejaban por esquilmar, era apurado por la nobleza, los vasallos reducidos á una condicion miserable, y el fruto de su trabajo, como el pudor y la honra de sus hijas y de sus esposas estaban como suele decirse en medio de la calle al alcance de la mano del primero que tenia fuerza para apoderarse de ellas. Singularmente los judios eran los mas vejados, los mas duramente sujetos á estas calamidades. La riqueza numeraria radicaba en ellos, y la hermosura era el patrimonio de sus hijas. Por ello sus doblones estaban profundamente enterrados, y sus mugeres severamente guardadas tras cerrojos y celosias. A pesar de esto muchas veces la violencia llegaba hasta las rabinas, y el tormento les hacia confesar el lugar donde ocultaban sus tesoros. La brutalidad hacia inútiles las precauciones del miedo, y era cosa de lástima ver por cuantos y tan reprobados medios se robaba, se deshonraba, y se destrozaba á los judios.

—Esto es insoportable, Señor Dios de Abraham, decia un dia el tesorero del rey D. Simuel Levi, saliendo de mal talante del alcázar; el rey cree que tenemos las minas de Schiraz. ¡Maldiga Dios á esa nobleza y á esos infantes, que no se cansan de ser rebeldes y de obligar á D. Pedro á que levante ejércitos y traiga á sueldo aventureros! ¿Y dónde, Señor Dios de los ejércitos, busco yo cien mil doblas para esta tarde? ¿Quién da seguridades á mis hermanos que me creen rico, y que creerán que cuando yo no las procuro al rey, es porque desconfío de su pago? ¡Caigan sobre mí las siete plagas de Egipto, si sé qué hacer ó por dónde echar!

El que esto habia dicho, era un hombre como de sesenta años, alto, pálido, de semblante astuto, en que estaba vigorosamente marcado el tipo judío, vestido á la castellana, y que se mordía impaciente las uñas parado á poca distancia del pórtico del alcázar de Sevilla.

Esto acontecia el 26 de julio de 1364, á puestas del sol, y hacia un calor insoportable; por causa de él pasaba muy poca gente por la calle, y la figura del judío se levantaba sola y escueta delante del átrio del alcázar.

Otro hombre apareció por el lado de la puerta del Carbon y pasó distraído por delante de D. Simuel: aquel hombre alto y flaco iba envuelto en un hábito benedictino, calada la capucha de manera que no se le veia el rostro, inclinada la cabeza sobre el pecho, y cruzados los brazos por debajo de las mangas de su hábito.

Aquel hombre pasó tan cerca de D. Simuel, que este no pudo menos de reparar en él.

—¡Ah! el penitente negro, le dijo; este hombre entra mucho en casa de... sí, sí; este hombre parece santo y bueno, y él me podrá sacar, si quiere, de mi apuro. ¡Ola, hé, buen religioso!

El monge pareció no haber oido al judío, y siguió

adelante: D. Simuel que en su oficio de tesorero del rey había adquirido cierto orgullo, se sintió contrariado con el silencio del fraile y avanzó hasta él.

—¿Acaso no habeis oído que os llamo, santo varon? le dijo.

—Llamais de una manera poco conveniente. ¡Ola! ¡eh!... así debeis llamar á vuestros lebreles y á vuestros esclavos.

—¡Calla! ¿con qué tambien hay vanidad en los penitentes?

—Los penitentes son hombres, y si no deben tener vanidad, pueden tener dignidad... Ahora bien: ¿qué quereis?

—¿Vais á casa de David el Rummy?

—¿Quién os ha dicho?...

—¡Por la Santa Alianza! todo el mundo conoce vuestro bulto, sino vuestro gesto en Sevilla, y David vive en un parage demasiado concurrido para que no se noten vuestras continuas entradas y salidas.

—¿Y á quién puede importar el que yo entre ó salga en esa casa?

—Importar..... lo que es importar..... por vos, no; pero puede suceder que hubiese alguien que os agradecería el que le ayudaseis: alguien que tiene ahora mismo la cabeza mal segura en los hombros.

—¿Y quién es ese hombre, dijo con cierto caritativo interés el religioso?

—Ese hombre soy yo.

—¡Vos! ¡un gran señor! exclamó el monge, ¡vos favorito y tesorero del rey! ¡vos su amigo á quien permite los ritos de la antigua ley, cuando los castiga á muerte en vuestros compatriotas, en vuestros hermanos!... ¡vos amenazado! ¿y quien se atreverá á vos?

—El mismo rey.

—¿El rey?

—Sí; venid conmigo y hablaremos algun espacio: aquí hace demasiado calor y estaremos con mas comodidad en los jardines del alcázar.

El monge miró fijamente al judío á través de la profunda abertura de su capuz y luego le dijo:

—Vamos.

—El judío y el monge se volvieron hácia el alcázar, pasaron por medio de la guarda que saludó al primero, como si se tratase de un rico hombre, pasaron patios y galerías y entraron en los jardines.

Al atravesar una calle de árboles frutales, vieron un caballero de treinta años, que absorto y ensimismado en su ocupacion, que era grabar un nombre en un tronco, no reparó en ellos.

Pero no aconteció lo mismo con el monge y el judío: el primero se estremeció al ver al caballero, y el segundo sonrió sutilmente al divisar el nombre que escribía con su daga: aquel nombre se componía de solas tres letras: Lia.

—¡Ah! ¡ah! paréceme que Pedro de Villafranca, guarda mayor del rey, se encuentra amorosamente entretenido, y si está muchos dias de guarda en el alcázar, no dejará árbol donde no aparezca un signo de su amor: mirad, añadió D. Simuel, señalando á su paso á derecha é izquierda algunos árboles: Lia aquí, Lia allá, Lia por todas partes; no anda muy prudente el señor Pedro de Villafranca, en ser tan pródigo en sus demostraciones amorosas si el rey llega á saber que esas tres letras componen el nombre de una judía, hermosa, jóven, vírgen y sobre todo hija de un hombre que se llama David el Rummy, que debe tener un buen hueco de tierra relleno de oro... no sé... no sé lo que podrá suceder. ¿No es verdad que eso es muy imprudente?

—No sé porque me parece que esa observacion vuestra, no es otra cosa que una condicion preparada para aseguraros del logro de lo que deseais.

—¡Condiciones! ¡bah! ¡no! quiero decir que mi

primero, porque habeis de saber que David el Rummy es pariente mio, hijo de una hermana de mi padre y nacido como yo en Tánger... lo que quiero decir es que mi primo, es mas dado á guardar el dinero que las mujeres, y podrá suceder que por las unas le saquen el otro. Pero sentaos: aquí corre un vienteillo que consuela y el rumor de esa fuente es lo mas á propósito para apagar el eco de nuestras palabras.

—¿Tan importantes son? dijo con reserva el monge.

—Para mí á lo menos: ya os he dicho que no cuento por mí mi cabeza.

—¿Os ha pedido el rey?...

—El rey me ha pedido cien mil doblas.

—¿Y para que quiere el rey?...

—¡Para qué quiere!... Dios vive, que para ser tan sabio como aparentais, andais torpe en lo que pasa en Castilla, ó sino torpe receloso. El conde Don Enrique ha entrado en Castilla y dicen que se va á coronar en Burgos... tendrá Castilla dos reyes... Francia y Aragon ayudan á D. Enrique, y el rey D. Pedro no es hombre que parta con nadie su corona...

—El rey D. Pedro, es un noble y valiente rey á quien Dios ayudará, porque Dios siempre ayuda á la justicia.

—Indudablemente; pero para que Dios nos ayude, es necesario que nos ayudemos, esto lo sabe demasiado su señoría, y está resuelto á ir á encontrar á su hermano, y á ese Beltran Duguesclin, con algunos miles de lanzas; y como esas lanzas no se mantienen sin oro...

—D. Pedro necesita cien mil doblas.

—Por el momento, para los primeros gastos... y hé aquí lo que me ha dicho: tú eres mi tesorero hace mucho tiempo; jamas te he pedido cuentas... pero tampoco quiero que jamas me niegues dinero (esto es cosa que el rey dice cada dia, y algun dia por tres veces) necesito para esta tarde... para esta tarde ¿lo entiendes? cien mil doblas de oro.

—¿Y me pedis consejo? dijo el monge.

—Lo que os pido es dinero.

—¡Dinero á mí!

—Sí tal, vos no podeis dármele, pero si inclinad, aconsejar á David que me le preste... mis arcas estan vacías, enteramente vacías... con la guerra de Aragon y con los continuos cercos para domeñar vasallos rebeldes, me ha gastado un tesoro... el rey cree que yo le robo y que mis arcas son inagotables... mas fácil me parece rescatar de su cautividad á mi pueblo, que hacerle creer que no poseo una blanca... si me veo obligado á presentarme á él con las manos vacías creerá que me niego á ayudarle, lo tomará á traicion; y ya sabeis lo que el rey hace con los traidores: seria cosa de probar las mazas de Juan Diente y de Rodrigo Diaz de Albarracin... ¿no conoceis á esos dos ballesteros?.. pues bien, son dos bravos mozos que saben romper un cráneo con la mayor prontitud y ligereza... ya veis: no tardaron un verbo, como decís los cristianos, en enviar con Dios á D. Fadrique en la puerta del salon de embajadores.

—Dios perdone al rey aquel tremendo fratricidio, exclamó profundamente el monge.

—D. Fadrique era un traidor, pero yo que no lo soy, estoy espuesto á morir de su misma muerte.

—Procurad al rey ese dinero.

—Eso procuro... pero si yo llego por mí mismo á cualquiera de mis compatriotas que me creen rico; juzgarán que cuando yo no lo presto al rey es porque temo ser engañado... vos sois mucho de David... le habeis convertido, habeis convertido á su hija...

—¡Cómo! ¿sabeis?

—Lo se todo. Andan de por medio los amores de cierto caballero que es muy pariente de aquel otro, que ha tomado por tarea llenar los jardines del alcázar con el hombre de Lia... se os ha visto con ese tal en vuestra

ermita de la Cruz del Campo... primero... despues, como tenéis fama de santo, David, desesperado, os llamó un día en que los médicos habían dado por muerta á Lia, para que hicieseis un milagro.. fuistes y ayudado de Dios ó de vuestra ciencia, salvasteis á la muchacha, que agradecida, fué á besaros las manos en vuestra misma ermita en ocasion en que se encontraba en ella, Juan de Villafranca vuestro protegido... ó vuestro amigo... Lia es una de esas mujeres que no se ven sin desearlas, ni se desean sin amarlas... Juan de Villafranca, á pesar de sus treinta años, es hermoso, noble y gallardo.... se amaron.... pero él era rico-hombre y ella judía, aunque honrada lo bastante y pura, para no ser la manceba de un cristiano... vos continuabais entrando en casa de David como salvador de su hija... Juan de Villafranca desde que vió en vuestra ermita á Lia, fué á ella con mas frecuencia... aconteció que el enamorado os suplicó y vos le procurasteis la entrada en casa de David, que para facilitar un casamiento que le conviene, codicioso lo bastante para renegar, se ha hecho cristiano con su hija... desde entonces estamos muy mal, casi nos odiamos... un renegado es un infame... por lo mismo, si vos no me procurais esas doblas me veré obligado...

— A qué.

— A huir para evitar la cólera del rey, dijo con una sonrisa sombríamente sesgada D. Simuel.

— Pues huid, dijo levantándose el monje; la cantidad que el rey necesita es enorme, y jamás podré reducir á David á que os la preste.

— Decis bien, es enorme para separarla del dote que Lia ha de llevar á vuestro amigo Juan de Villafranca.

— Pensais mal de mí, porque sois capaz de todo Don Simuel; dijo con resignacion el monje. El señor Juan de Villafranca es bastante rico por las rentas de su señorío para no necesitar el dote de vuestra sobrina, ni la herencia de David. Pero lo que he sacado de mi vida de desgracias, son profundos dolores en el corazon y un gran conocimiento de los hombres: sé que David, jamás, tratándose de un rey cuya corona vacila en su cabeza, se allanará á prestaros para él esa suma; se que sería inútil que yo le aconsejase... de todo punto inútil... pero esta misma experiencia de las gentes, me dice que sois capaz de todo... pues bien, escuchad: antes de ser monje fui señor de horca y cuchillo, y he vencido á mis enemigos en campo abierto... antes de ser señor, he sido primero aventurero y luego bandido, y he esterminado sin compasion... mirad pues lo que haceis, porque si por culpa vuestra la cólera ó los amores del rey caen sobre Juan de Villafranca, sobre David, ó sobre Lia, volveré á ser el hombre á quien creían sin alma, y os esterminaré.

Dicho esto, el monje se levantó caló aun mas la capucha sobre su frente, y se alejó.

Simuel se quedó absorto en el mismo sitio, mirando por algunos segundos al monje que se alejaba, luego se levantó cejijunto y pálido y murmuró:

— Pues ello es preciso que sea... estas guerras civiles me hacen el mas infeliz de los hombres... todos me creen rico, es verdad... y lo soy... pero cien mil doblas... en un momento en que como cree muy bien ese monje vacila la corona en la cabeza de D. Pedro... no no... mi primo es un renegado... mi sobrina... ¡oh! mi sobrina bien vale para un enamorado cien mil doblas y allí está aquel.

En efecto, el caballero á quien habían llamado Pedro de Villafranca adherido á esa monomanía de los enamorados que les obliga á no pensar en otra cosa que en su amor, se ocupaba en grabar en otro árbol el nombre de Lia.

— D. Simuel Levi se le puso detras, sin que reparase en ello, y cuando hubo acabado de grabar la tercera letra y miraba amorosamente su obra, creyó oportuno el judío hacerse sentir.

— Por Levitan, señor Pedro de Villafranca, le dijo, que andais un tanto desgraciado en la eleccion de troncos: acabais de escribir en la corteza de un almendro amargo.

— ¿Y qué os importa eso? contestó el caballero volviendo de mal talante.

— ¿Importarme! ¡nada! absolutamente nada, contestó el judío encogiéndose de hombros; pero me intereso por vos. Hé aquí por que me parece que la eleccion de este árbol encierra para vos una leccion provechosa... supongamos que Lia sea para vos una almendra amarga y no tengais para comerla otra cosa que vuestros dientes: os costará gran trabajo partirla, si podeis, os lastimareis sin duda, y os amargareis despues...

— ¡Ah! ¡buen simil! ¿Y sabeis vos algun medio para ablandar y dulcificar esa almendra?...

— Medios y aun fines. Mi sobrina es una doncella...

— ¡Ah! Lia es vuestra sobrina...

— Hija de mi hermana... como os decia, es una doncella muy jóven, muy casta y muy tímida, que nunca ha amado.

— Os engañais, ama á mi hermano Juan.

— Pues ved ahí la almendra amarga.

— Dejadme por lo tanto que me reduzca á adorar su nombre.

— He aquí un enamorado singular: se le ofrece ayuda...

— Pero esa ayuda se me ofrecerá por algo.

— ¿Quién duda que un favor merece otro favor?

— ¿Y de qué favor se trata?

— Os vendo mi sobrina.

— ¿Que me la vendeis?

— ¡Cabal. Os juro entregárosla esta misma noche.

Pedro de Villafranca palideció de emocion y tembló de una manera visible.

— Y bien, ¿qué quereis?

— Cien mil doblas de oro, contestó imprudentemente D. Simuel.

— Esa cantidad acaso me sea imposible entregárosla en algun tiempo.

— Qué, ¿no tiene el noble, al alto señor de Villafranca, oro que alcance á esa suma?

— La tengo en mi posada dentro de mis arcas, pero no es mia.

— ¿Que no es vuestra?

— Os diré, es mia y no lo es. El rey necesita dinero, se apresta á una guerra, yo estoy desesperado y quiero que esa guerra sea cuanto antes para morir en ella.

— ¿Y destinais ese dinero al rey?

— Sí, he hecho venir de Castilla ciento cincuenta mil doblas.

— ¡Ah! ¡que lástima! exclamó casi desesperado D. Simuel, si nos hubiésemos encontrado antes... si no supiese el rey.

— ¡Oh! el rey no lo sabe.

— ¿Que no lo sabe el rey?... ¡Dios de Sabaoth! ¡que no lo sabe!... pues bien, vuestra es mi sobrina y vuestro soy yo, y vuestro es cuanto yo tengo... me sacais de un ahogo, de un verdadero aprieto; juzgad que el rey me habia pedido esa cantidad ó mi cabeza... ¿Vamos á vuestra posada señor D. Pedro de Villafranca?

— Supongo que Lia...

— Lia será vuestra esta noche.

— Vamos, pues.

— Esperad, es mejor y mas pronto: el rey está en el alcázar.. y todo está concluido, perfectamente concluido con que delante de su señoría os obligueis á entregarle...

— Los ciento cincuenta mil...

— Los cien mil, su señoría no necesita mas... y yo necesito los cincuenta mil para... para compraros á Lia... ni un maravedí para mí... pero creo

que pensareis en hacer á mi sobrina vuestra esposa.

—Lia es mi alma, es mi pensamiento.

—Bien... sí; yo comprendo esto perfectamente; por casarme con mi Rebeca gasté, ó por mejor decir perdí un tesoro; pero ved va oscureciendo y el rey me espera impaciente sin duda...; está tan acostumbrado á que le cumpla puntualmente mis promesas...! vamos envainad vuestra daga y seguidme... ya no se ve bien y el nombre de vuestra Lia se distingue apenas sobre la corteza; vamos señor Pedro de Villafranca... seguidme y alegraos, esta noche vais á ser el mas feliz de los hombres.

Pedro de Villafranca siguió al tesorero del rey que se habia puesto en camino hácia las habitaciones del alcázar.

—Hé aquí un buen negocio, decia: salgo de mi apuro; me vengo de David y todavía gano... cuarenta mil doblas, porque el resto será necesario descontarlo por gastos necesarios.

Y precediendo á Pedro de Villafranca, y ajustando una cuenta por los dedos se perdió en una galería del alcázar.

## XI.

### Lia.

Frente al costado occidental de la catedral en el centro de una hilera de casas habia por aquellos tiempos en Sevilla, una tapia con un estrecho postigo, y por cima de ella, en un espacio de alguna estension, se veian las copas de algunas moreras sobre las cuales descollaba un gigantesco ciprés.

Lo que habia detras de aquella tapia y de aquellos árboles, no era conocido de otros que de los que entraban por el postigo á saber: un judío viejo, encorbado y miserable, un monge benedictino, eternamente encubierto con el capuz de su manto, un caballero, gallardo, altivo hermoso y ricamente vestido, que entraba todos los días á la hora de sesta, esto es á las tres de la tarde, y salia siempre antes de oscurecer y un esclavo asiático, que salia y entraba dos solas veces al dia: al amanecer y á la hora de la queda.

Por las noches, ya tarde, surgia detras de aquellos árboles el sonido de una guitarra morisca y se escuchaba una voz dulcísima que cantaba en hebreo una cancion lánguida.

A aquella casa fue donde se encaminó el monge que habia rechazado de una manera tan caracterísca al tesorero del rey, llamó al postigo y entró.

Poco antes un caballero, ricamente vestido y acompañado de páges y escuderos llamó tambien á aquella puerta y entró como el monge. En fin y despues de un largo espacio con admiracion de los vecinos, un capitán de ballesteros del rey acompañado de un hombre que, á pesar del calor iba embozado hasta los ojos en una capa, y seguido como hasta de cien arqueros, se extendió en ala delante de la tapia y como guardando el postigo. El embozado llamó, y despues de algunas contestaciones vueltas y réplicas con los de adentro, entró.

Veamos lo que antes de esto, es decir, en el tiempo transcurrido entre la llegada del monge, y el embozado, el capitán y los arqueros, acontecia en aquella casa.

Detras de la puerta se veia un jardín enteramente cubierto por el ramaje de los árboles, y al fin de él se alzaba una galería de arcos árabes tras los cuales habia otra puerta; pasando de ella se encontraban un vestíbulo y unas escaleras, y al fin de aquellas escaleras una galería alta, abierta por un lado al jardín y por el otro con tres puertas que daban paso á las habitaciones interiores.

Entrando por la puerta mas próxima á las escaleras se encontraba un callejon estrecho interrumpido por

cuatro puertas cuidadosamente cerradas y pasando la última se entraba en una pequeña antecámara cuadrada, en cada uno de cuyos lados habia una puerta, las de los costados, vistas con relacion á la puerta de entrada, correspondian al interior de la casa y la del frente á una cámara, en la que se sentia al entrar esa impresion brillante, que hace cerrar los ojos cuando se percibe viniendo de un lugar opaco; tal estaba pintada, dorada y resplandeciente con espejos de plata, muebles de maderas preciosas, mesas cubiertas con dijes de valor, y cuerpos metálicos tales como perfumeros, capiteles, basamentos y adornos: todos estos cuerpos recibian la luz de una magnífica lámpara á la oriental, pendiente de la cúpula, y producian destellos brillantes, que daban á todo el conjunto un concepto indescribible.

Este retrete estaba desierto en el momento en que el monge llamaba á la puerta de aquella casa; poco despues un esclavo hermoso y blanco como el marfil, entró recatadamente, se acercó á las puertas del retrete, escuchó, y cuando estuvo seguro de que nadie se acercaba por ella, fue á una mesa de marmol, cubierta de pomos y botes de esencias como pudiera estarlo el tocador mejor servido de nuestros días, los abrió uno á uno y fue vertiendo en cada uno de ellos algunas gotas de un licor contenido en otro pomo que habia sacado de su seno.

—La virgen judía, no será del cristiano... decia cada vez que dejaba sobre la mesa uno de aquellos pomos preparados... ella finge amarle, pero no le ama... ella sabe que las cristianas tienen libertad y quiere ser libre... un esposo judío la encerraria y seria siempre cautiva... Lia sera libre sin ser de otro... al esclavo le han dado oro y el oro abre las puertas... Lia será del esclavo que tiene oro.

El esclavo acabó su operacion y luego abrió una de las puertas del retrete, llegó á otra, la forzó con un puñal y entró en otro corredor oscuro, subió unas escaleras, se encontró en una torrecilla, rompió una de las celosias de sus ajimeas y asomó la cabeza por ella.

Entonces silbó de una manera tan ténue como una culebra, y otro silbido semejante contestó desde el fondo de una oscura calleja. A aquel silbido el esclavo se deslió un cordón que llevaba á la cintura, le arrojó á la calle y luego tiró de él, y recogió un objeto que habian atado á un extremo. Era una escala enrollada. Aseguró los hierros al balustre del ajimez, tornó á silbar levemente, pero de distinto modo que la vez anterior, y luego apagó la lamparilla de que se habia servido, bajó y se puso á observar detras de la puerta por donde habia pasado, al interior del retrete, conteniendo la respiracion.

Poco despues á traves de otra puerta se oyó el crujir de una falda de seda y una mujer lánguida y hermosísima, casi una niña apareció en aquella puerta bajo el pabellon de sus dobles tapices de seda y oro.

Venia sola, se adelantó indolentemente hácia los almohadones de un diván, permaneció apoyada tristemente algunos segundos sobre uno de sus brazos y luego sacó del seno un objeto, y le besó con pasion.

El esclavo acurrucado detras de la puerta observaba atentamente y con el corazón comprimido; lo que besaba la jóven era uno de esos ramilletes simbólicos que hacen en Oriente el mismo oficio que nuestros billetes de amor. El esclavo conoció, pues, que aquella mujer amaba, puesto que á solas y no creyendo ser observada, se entregaba sin reserva á los impulsos de su alma.

Era á aquella jóven, una de esas magníficas bellezas, que inspiran á primera vista en el mas indiferente un deseo voraz; sus cabellos, su frente, sus ojos, su semblante, todas sus formas, en fin, estaban tan dulcemente armonizados, habia en todo su ser tal fuerza de vida, de juventud y de pureza que era imposible no

amarla, no codiciarla despues de haberla visto. Pero si se observaban atentamente sus magníficos ojos, podía descubrirse en ellos algo recóndito, misterioso, velado, que representaba una fuerza de voluntad a toda prueba y una intencion profunda.

Aquella jóven que apesar de su seductor desarrollo apenas representaba diez y seis años era Lia, la hija de David el Rummy, la prometida de Juan de Villafranca, el amor de su hermano Pedro.

A medida que besaba aquel ramillete sus ojos se cargaban de lágrimas; luego cuando fué deshojando lentamente las flores de que se componia, cada una de las cuales era una palabra de amor, rompió á llorar, arrojó despues los restos del ramillete á un brasero de perfumes y se replegó en uno de los ángulos del divan cubriéndose el rostro con las manos.

Pero, aquella situación duró poco tiempo alzose al

fin, compuso su semblante, se levantó, fué á la mesa donde estaba el espejo, se miró en él y acabó de serenarse: entonces parecía una niña tranquila y feliz que reposa en su inocencia.

Ordenó maquinalmente los pomos y los objetos de su tocador aspiró algunas esencias y luego fué á la puerta por donde habia entrado y llamó.

A su voz acudieron cuatro doncellas, que inmediatamente se ocuparon en atabiarla despojandola de sus ropas hebreas y vistiéndola un hermoso traje castellano de brocado blanco; luego sobre sus cabellos magníficamente agrupados en trenzas la prendieron una corona de siempre vivas, de la que pendia un velo, y últimamente, tomaron de uno de los pomos mirra e incienso y los arrojaron en el brasero.

A traves del humo blanco y transparente que se elevaba de él y que inundó la cámara, Lia de pie, in-



Al aparecer en la habitación Juan-sin-Alma, exhaló un grito.

móvil y pálida, era como una de esas apariciones fantásticas de desposadas que han muerto antes de recibir el primer beso de amor del esposo, y se levantan á media noche del fondo de los lagos.

El esclavo la miraba estasiado detras de la puerta; su corazón latia de tal modo que á estar cerca de él hubieran podido contarse sus palpitaciones: sus fauces, ávidas por el deseo, producian un sonido inarticulado y leve y se asia convulso con ambas manos á los barrotes de la puerta.

—No, no, dijo de repente, huyamos de aquí; el humo se condensa y si me tocara me haria caer tambien.

Y silencioso como un tigre que se retira de su acechadero, se separó de la puerta, se deslizó á lo largo del callejon, subió las escaleras, entró en la torrecita y se asomó de nuevo al ajimez donde habia atado su escala.

La luna trasmontando los tejados próximos ilumina

naba el ajimez y la figura del esclavo, pero la calleja está como antes silenciosa y sumida en una densa oscuridad; volvió á resonar arriba el silbo de serpiente y le contestaron como antes de la calleja. Poco despues el esclavo se retiró del ajimez que quedó desierto, y luego, pasado algun tiempo, se le vió aparacer de nuevo; pero no venia solo, traia entre los brazos una mujer que luchaba débilmente con un sueño tenaz: aquella mujer era Lia.

La escala, desenrollada por la mano del esclavo, cayó crugiendo hasta el fondo de la calleja, y luego se vió á aquel hombre alzarse con una fuerza salvaje sobre el borde del ajimez, llevandosujeta con un brazo á Lia, cuyo velo flotaba abandonado á las brisas de la noche: aquel grupo al que la luz de la luna hacia casi fantástico, se deslizó lentamente á lo largo de la escala, se perdió en la penumbra de la calleja y luego la escala perdió su fuerte tension, dejaron de rechinar los garríos afianzados al balaustre y sucedió el mas profundo

silencio: pero de repente aquel silencio cesó: oyéronse roncacas voces en la calleja, luego ruido de espadas y despues un grito de muerte.

## XII.

En que puede verse hasta dónde llega la codicia.

Esto acontecia poco antes de que como hemos dicho anteriormente, llegaran el embozado, el capitán del rey y los cien arqueros al frente de la casa de David el Rummy, en la que el primero habia entrado despues de algunas contestaciones.

Veámos ahora lo que antes de la llegada de este acontecia mientras se preparaba y se llevaba á cabo el robo de Lia, en otra de las habitaciones de aquella casa á la que se entraba por la tercera puerta de la galería alta que ya hemos descrito.

El aspecto de esta habitacion era pobre y severo, en contraposicion absoluta con el estremado lujo del retrete de Lia; las paredes eran blancas y lisas á escepcion de algunos gruesos adornos árabes tallados en estuco con poca profundidad, y que las daban el aspecto de un damasco blanco y mate: el techo era una bóveda rebajada de ladrillos pintados alternativamente por el canto de blanco y rojo; el pavimento era



Don Pedro I. de Castilla.

de madera, y en el fondo sobre una estera de palma habia algunas sillas de baqueta, delante de ellas una mesa en que habia una lámpara de hierro, un tintero, algunos pergaminos escritos y un monton de doblas jucefinas, moneda árabe de oro que por aquellos tiempos corria con mucho aprecio en Castilla por su excelente peso y buena ley.

Sentados alrededor de la mesa habia dos hombres; era el uno un viejo, cubierta la cabeza cana con un gorro amarillo y grasiento y su cuerpo con una opalanda negra, sobre cuyo hombro izquierdo pendia un largo giron de la misma materia y color que el gorro. Este hombre de semblante lacio, grave y macilento,

era David el Rummy que aunque como judío converso podia llevar el traje castellano, llevaba en su casa, por miseria, sus antiguas ropas de judaizante.

El segundo era un hombre hermoso de aspecto noble, ricamente vestido con un ostentoso traje de caballero de la época y á quien podia confundirse á primera vista con Pedro de Villafranca, el que se ocupaba en grabar sobre la corteza de los árboles del alcazar el nombre de Lia. Este cahallero se llamaba Juan de Villafranca, y la dulce espresion de su semblante era lo único que le distinguía de su hermano Pedro.

Estos hombres se ocupaban en los últimos detalles,

que se cruzan siempre entre dos hombres que van á ser muy pronto suegro y yerno: habia en ellos la diferencia de que mientras Pedro de Villafranca se ocupó de la enumeracion de las donaciones y derechos que cedia á la que iba á ser su esposa, David le escuchó con la atencion de la codicia, y que cuando este, á su vez revolvió pergaminos y empezó á contar monedas Juan de Villafranca, dió un hidalgo corte al asunto, conformándose sin exámen con todo lo hecho por el judío, y llevando su conversacion á otro terreno mas bello, al del amor que le inspiraba Lia.

Abrióse entonces la puerta, y apareció el monge negro benedictino, calada profundamente la capucha; adelantó, se apoyó en el respaldo de la silla que ocupaba Juan de Villafranca, y en un momento en que el enamorado enumeraba las felicidades que esperaba gozar con Lia, dijo grave y acentuadamente.

— Me duele, hijo mio, haceros caer desde el cielo de vuestros sueños al infierno de las realidades: este casamiento no se hará.

— ¿Que no se hará? dijeron á un tiempo, Juan de Villafranca y David el Rummy.

— He dicho que no se hará, repitió el monge.

— ¿Y por qué, quién lo impide? dijo ásperamente á pesar de su habitual dulzura Juan de Villafranca.

— Porque tenéis un hermano, repuso con su seca gravedad el monge.

— En verdad que no creia que el tener un hermano pudiese impedirme el elegir una mujer, amarla y hacerla mi esposa.

— Porque no sabéis tambien que vuestro hermano ama á esa mujer.

— Que mi hermano Pedro ama á Lia, exclamó palideciendo Juan de Villafranca.

— No conozco que pueda tener otro motivo que el amor, un hombre, para señalar todos los árboles de un jardin con el nombre de una mujer.

Juan de Villafranca palideció profundamente: por la primera vez brotó una chispa de odio hácia su hermano en aquella alma antes tan noble y generosa.

— Y bien... mi hermano escribe el nombre de Lia sobre los árboles del alcázar, yo le tengo escrito en mi corazon: si mi hermano la ama peor para él.

— Y peor para vos, si os obstinaís, porque esto repito, este matrimonio no se hará, dijo el monge con voz firme y lúgubre.

— ¿Qué no se hará! ¿y quién sois vos que así os oponéis á ello? ¿dónde está vuestra autoridad?

— Escrita en el libro de Dios, Juan. ¿No os basta que vuestro hermano ame á Lia? ¿necesitaís saber que vuestra familia está maldita en vuestros padres, y que deis huir de esa mujer que la fatalidad ha arrojado entre vosotros dos?

— Por mucho que yo os respete, padre, os anuncio que se me va acabando la paciencia. Lia ha ido á engañarse, las escrituras estan estendidas y dentro de un momento solo faltará vuestra bendicion.

— Mi bendicion no os unirá, dijo el monge con firmeza.

— Sea en buen hora: todo consistirá en que sea necesario buscar un sacerdote, cosa que no creo sea difícil de encontrar en la corte.

— ¿Sabéis, exclamó el monge levantándose con energia qué ha sido de vuestro padre Juan-sin-Alma?

Por un momento la sorpresa ahogó la voz de Juan de Villafranca.

— Mi padre desapareció el mismo dia de la muerte de mi madre, que fue tambien el dia de nuestro nacimiento.

— ¿Y qué creéis que os quedaria de vuestros señorios si vuestro padre se levantase de su oscuridad, se presentase al rey, y haciéndose reconocer por todos los rico-hombres de Castilla reclamase su nombre y sus bienes?

— ¿Y puede suceder eso? dijo David el Rummy, po-

niendo instintivamente sus dos manos sobre el monton de oro y sobre los papeles que cubrian la mesa.

El monge no contestó; despojóse lentamente del hábito, que arrojó sobre una silla, y quedó en traje de noble de la época: se caló sobre los cabellos grises una gorra de velludo con una pluma de garza, y se arrancó al fin un medio antifaz de cuero negro que cubria su rostro.

Juan de Villafranca y el judío exalaron dos gritos; el primero creia verse reproducido en un espejo, con la sola diferencia de tener los cabellos grises el que estaba frente á él y tener el semblante macilento y flaco; el judío creyó que aquellos dos hombres no eran sino uno, representado á un tiempo en la edad viril, y en el principio de la senectud. Tan exacto era el parecido entre padre é hijo: porque aquel hombre que habia aparecido bajo el manto del penitente negro, no era otro que Juan-sin-Alma.

— Creo que es inútil que te diga quien soy, Juan, dijo el altivo Juan-sin-Alma.

Su hijo bajó la frente resignado.

— Creo que te habrán dicho hasta qué punto llegó la firmeza de voluntad de tu padre en otros tiempos, insistió el antiguo bandido.

— Y bien, señor, ¿qué quereis? dijo trémulo de emocion el jóven.

— Quiero que salgas de esta casa, que vayas á unirme á tu hermano, que levantes mi bandera, mis ginetes y mis peones, y ayudes al rey contra el usurpador.

— Lo haré.

— Y Dios te premiará, hijo mio: solo para ti y en esta solemne ocasion ha salido tu padre de su mortaja (y Juan-sin-Alma señalaba su hábito); pero solo he salido como una aparicion y debo volver á ella: mi rostro se cubrirá de nuevo como lo ha estado siempre para ti, y mi proteccion, mi cuidado. os seguirá siempre, hijos míos, como os ha seguido hasta ahora. Encuanto á vos, mi buen amigo David, no os altereis por esto: yo habia cedido á los amores de mi hijo, porque en mis soledades he aprendido que todos somos iguales ante Dios, que solo ve los corazones; pero la union de Lia con uno de mis hijos, cuando los dos la aman, hubiera sido fatal, hubiera causado tal vez una horrible desgracia, porque nuestra familia está predestinada al crimen. Ahora, hijo mio, sígueme, dijo Juan de Villafranca yendo á la silla donde habia dejado su hábito.

Entonces entró un esclavo trémulo, pálido, y dijo con voz inteligible apenas.

— Mi buen, señor, tu primo, el tesorero del rey, acompañado de un capitán y cien arqueros, acaba de llamar á nombre del rey y amenaza echar la puerta abajo.

— ¡Dios mio! ¡el tesorero del rey!.. ¡Simuel Levi! exclamó aterrado David: el ángel Ásrael (1) ha tendido esta noche sobre mi casa su alas negras: ¡ah! no os vayais, por piedad, señores: el rey va á emprender una guerra; no habrá nadie que se atreva á presarle sobre su corona, ni el mismo Simuel, y viene á robarme.

— ¿Y quién os dice que no venga por mí? exclamó Juan de Villafranca.

— ¿Por vos?...

— Sí... por mí... porque soy partidario de Enrique II de Trastámara.

Hubo un momento de terrible silencio durante el cual, Juan-sin-Alma miró centelleando á su hijo, y David se aterró.

— ¡Qué eres partidario del bastardo! gritó el feroz aventurero rechinando los dientes y empuñando su espada... ¡tu mi hijo!.. ¡el hijo de un infanzón castellano traidor á sus reyes!...

(1) El ángel de la muerte.

—Creo padre, que en vuestros tiempos fuisteis rebelde al rey D. Alonso.

—El rey D. Alonso me habia ofendido y le obligué á que me satisficiera sirviéndole... además, despues de mi último crimen he sido lo contrario de lo que habia sido antes... al ser caballero aprendí el honor... yo tenia la esperanza de que mis hijos, serian mejores que su padre, y me he engañado; no solo eres traidor, sino miserable y embustero, puesto que me has engañado... fingiéndote leal á D. Pedro porque conocias mi lealtad. Abrid á ese hombre, añadió Juan-sin-Alma dirigiéndose al esclavo, y vos no tembleis David... ya sabeis si sé cumplir mis palabras... pues bien, Juan señor de Villafranca, que obligado por sus hijos vuelve á aparecer y á tomar su nombre, os pagará la cantidad que está sobre esa mesa, y su usura. ¿No habeis oido? Id á abrir al tesoro del rey, añadió Juan-sin-Alma dirigiéndose al esclavo que permanecia inmóvil.

—Id, dijo con acento agonizante David.

El esclavo salió: Juan-sin-Alma tomó las escrituras matrimoniales entre su hijo y Lia, que estaban sobre la mesa, y las quemó á la luz de la lámpara. Poco despues y cuando sus fragmentos ardian aun, la astuta cabeza de D. Simuel Levi, apareció tras los tapices de la puerta.

—¡Ah! ¡estas ahí mi buen primo!... ¡y tambien vos mi noble señor Juan de Villafranca! exclamó con su acento sutil: en verdad que no os conozco caballero, añadió dirigiéndose á Juan-sin-Alma, pero por vuestro rostro se conoce que seréis muy pariente de este hermoso jóven.

Y sin decir mas se volvió hácia la galeria, y lanzó un largo silvido.

—¿Qué significa esto primo? dijo David adelantando hácia él.

—Esto significa mi amado David, contestó el tesoro del rey retrocediendo á medida que el judío adelantaba, que he perdido de vista á mis lebreles y los llamo; y por cierto que tardan demasiado, añadió lanzando un nuevo silvido.

Entonces se oyeron furiosos golpes á la puerta del jardin, que no tardó en desquiciarse; luego ruido de armas y al fin un tropel de hombres que se precipitaron por las escaleras, y estuvieron en un momento junto á D. Simuel Levi, que tuvo buen cuidado de resguardarse tras ellos.

Era tan ostensible que se trataba de un atropello que Juan-sin-Alma y su hijo tiraron de las espadas.

—¡Oh! ¡el zorro se arma en su madriguera! exclamó D. Simuel... pues bien... si... me alegro, cargad lebreles mios, cargad, y agarradme vivas esas tres hermosas piezas.

Las restantes palabras del tesoro del rey, se perdieron entre el crugir de las armas y los gritos de los soldados que inundaron la cámara. Juan de Villafranca, tras el cual se guarecia transido de terror David el Rummy, acorralado en un ángulo, acosado por la multitud y desarmado, fue sujeto y atado con el judío, con los talabartes de los arqueros: Juan-sin-Alma que, por fortuna, habia encontrado á sus espaldas una puerta, se defendia como un tigre á estocadas, mientras con los pies pugnaba por forzar aquella puerta que estaba cerrada.

No habia cedido con los años ni con la penitencia la pujanza de Juan-sin-Alma: su espada, fuerte y rápida como el rayo, sostenia ante sí un ancho círculo de hombres en los que se ensangrenta y á quienes aterraba su terrible grito de batalla: cargaban sobre él incansantes, feroces y á cada acometida se escuchaba un grito de muerte: el brazo del aventurero se cansaba ya cuando la puerta cedió abriéndose de golpe: Juan-sin-Alma se encontró en una pequeña estancia alumbrada por una lámpara colgada del techo, y donde habia muchas puertas, aprovechando aquel mo-

mento de sorpresa y cuando ya los arqueros del rey se precipitaban tras él, se arrojó á una de aquellas y la forzó: luego siguió adelante; encontró ya un camino practicable, y cerró por dentro una dos y tres puertas: resonaban ya sobre la primera las armas de los soldados que le perseguian cuando se encontró de repente en una magnífica cámara en la que tendidas sobre la alfombra y en desorden, habia cuatro mujeres ó muertas ó desmayadas ó dormidas: aquel era el retrete de Lia: Juan-sin-Alma no se detuvo allí, siguió adelante, encontró un corredor, luego una escalera al fin de ella una torrecilla; y en ella un ajimez abierto por el que penetraba la luna; á su reflejo se veía que la torrecilla no tenia salida; se escuchaban ya los pasos de los soldados al pié de las escaleras, y retumbaban sus voces amenazadoras, sus gritos de venganza: Juan-sin-Alma, se asomó al ajimez para medir su altura y vió pendiente de él una escala: verla, saltar sobre el y deslizarse por ella, fue cosa de un momento; poco despues se encontraba en una calleja oscura, y oía desde su fondo las voces de rabia de sus perseguidores que verian que se les habia escapado su presa.

Por un acaso no habia perdido su gorra ni se habia desordenado su traje. Envainó su espada y con paso lento tomó la calleja adelante y se perdió en la sombra. Algunos soldados se deslizaron por la escalera, pero no pudieron encontrarle. Juan-sin-Alma, entretanto marchaba á buen paso entre el laberinto de callejas que rodean á la catedral, y adelantaba hácia la plaza de San Francisco.

De repente vió una multitud agrupada delante de una casa de pobre apariencia, como en demanda de la solucion de un hecho extraordinario. Hablábase de un esclavo que habia sido herido cuando huía con una dama hermosa y jóven, que le habia sido arrebatada y conducida en una litera: Juan-sin-Alma recordó el estado en que habia visto el retrete de Lia y la escala suspendida del ajimez de la torrecilla, y rompió por la multitud y entró en la casa.

En una habitacion destartada y pobre, sobre un jergon habia un hombre herido de muerte al parecer: junto á él habia un médico, y dos pages con antorchas alumbraban la escena.

El herido era el esclavo, que habia adormecido por medio de un nárcotico, quemado en un brasero, á Lia, y la habia robado: el hombre que estaba con él era un médico rico que pasaba á la sazón acompañado de sus pages que le alumbraban, á pesar de hacer una clarísima noche, y que al saber que en aquella casa habian recogido un herido á mano armada, habia entrado á socorrerle; pero el médico habia movido la cabeza fatidicamente al reconocerle, habia dicho que se moria sin remedio, y los pobres dueños de la casa habian ido á buscar un alcalde.

Pero á pesar del inminente peligro en que se encontraba el esclavo, conservaba la razon clara y la vista segura.... Al aparecer en la habitacion Juan-sin-Alma, exhaló un grito, y arrastrado por la gran semejanza que existia entre el aventurero y su hijo, exclamó:

—¡El señor Juan de Villafranca!

—¿Sois deudo ó sirviente de David el Rummy, le preguntó Juan-sin-Alma?

—Soy su esclavo.

—¿Y qué haceis aqui? ¿Quién os ha herido?

—D. Simuel Levi me habia ofrecido diez mil doblas de oro.

—¿Porque robaseis á la hija de vuestro amo?

—Sí.

—¿Y la robasteis?

—Sí.

—¿Y qué habeis hecho de ella?

—Me la han robado asesinándome. D. Simuel me

engañaba: había puesto en espera en la calleja á cuatro ballesteros del rey.

—¿Estais seguro de ello?

—He conocido á Juan Diente y á Rodrigo Diaz de Albarracín.

La voz del esclavo se iba haciendo opaca, y su vista se estraviaba.

—¿De modo que estais seguro...?

—Lia ha sido robada para el rey, exclamó el esclavo, revolviéndose sobre el lecho y lanzando un doloroso gemido.

Juan-sin-Alma no quiso saber mas ni creyó oportuno permanecer en aquel sitio: se despidió del médico, salió de la casa y se alejó de ella murmurando.

—Creo que Dios se cansa de perseguir á mi familia: por eso sin duda ha hecho que el rey se enamore de Lia, y que mi hijo Juan sirva al conde de Trastámara: acaso añadió con dolor, esto le cueste la cabeza: pero habremos ahorrado un fratricidio y un incesto, y tal vez un parricidio.

Juan-sin-Alma se estremeció, apresuró el paso, y se perdió á lo lejos en la penumbra de una calleja.

Entretanto D. Simuel, habiendo cuidado de maniatar á Juan de Villafranca y á David el Rummy, recogía el oro que había constituido el dote de Lia, y las puntas de los pergaminos esparcidas por el suelo, que había respetado el fuego.

—Buen negocio, pensaba, estos restos medio quemados en que no queda ni una letra, pueden pasar por pruebas de conspiración que se han destruido al asomar el peligro: aquí bien hay cien mil doblas: con las ciento cincuenta mil de Pedro de Villafranca, exceptuando las quinientas que he dado en señal á ese pobre diablo de esclavo, forman una cantidad respetable. Esto sin contar con que ya tenemos un pretexto para dar tormento á David, que á las dos vueltas de rueda revelará en qué agujero tiene su tesoro. Sin embargo, aquí hay algo de amargo...? quién había de pensar que el rey estaba enamorado de Lia y ella de él, que habían mediado ramilletes.... y que se me había de mandar robarla prendiendo á su padre... Pedro de Villafranca es feroz; pero ¡bah!, todo se reducirá á devolverle sus ciento cincuenta mil doblas, cuando hayamos dado con el escondrijo de mi primo... si insiste, peor para él. Siempre tendré en mi ayuda ese magnífico rey ajusticiador.

Diz que D. Simuel entró mas adelante una noche en aquella misma casa, y sacó de ella muchos pesados fardos que cargó en acémilas: diz tambien que aquella misma noche arrojaron al Guadalquivir desde las almenas de una torre del castillo de Triana, el cadáver de un judío que no había podido resistir á la prueba del tormento.

#### XIV.

##### El rey D. Pedro.

Hemos llegado siguiendo nuestro relato y por incidencia al 23 de marzo de 1369, día fatal en los anales castellanos, en los que está escrito con sangre, puesto que se manchó con el triple crimen de traición, fratricidio y regicidio.

Había pasado la media noche. Al pie de la torre de la Estrella del castillo de Montiel, se paseaban dos hombres envueltos en tabardos y hablaban en voz baja, pero de una manera sostenida y al parecer con gran interés. De lo mas alto de la torre y através de una saetera, por la que se veía una luz tétrica en el interior, surgía á veces melancólico y triste, interrumpido con frecuencia, el dulce tañido de una guitarra. Parecía que la mano que la pulsaba, lo hacía al desuido, maquinalmente, porque nunca terminaban sus armonías. Cada vez que el instrumento sonaba se estre-

mecía profundamente uno de los dos hombres que paseaban al pie de la torre, y se cortaba su palabra y á veces lanzaba una maldición sacrilega.

—¿Y decís Don Simuel que conoceis esa mina.

—Sí señor, Pedro de Villafranca; es una comunicación entre el castillo y la villa, pero para llegar á ella es necesario penetrar en la torre.

Cuando los dos hombres, cuyos nombres ya conocemos, hablaban esto, estaban cabalmente junto á la puerta de la torre, tras la cual, podía muy bien escuchárseles.

—Si desaprovechamos una ocasion, dijo Pedro de Villafranca, será muy posible que, aunque Don Enrique tiene cercado con muro el castillo, escape ese hombre á quien sin duda socorre Satanás. Querer herirle aquí, seria sentenciarle á morir: los caballeros que le quedan, son pocos, pero valientes y leales.... y yo lo era tambien... cuando los celos me dejan un momento de reposo, lo soy... me da grima el pensar en una traicion... ¡pero Lia!... ¡Lia! ¡oh! ese hombre la adora, y ella... ella, no vive mas que por él.... yo tambien necesito vivir para lograr enteramente mi venganza, para hacerla mi esclava... es necesario que nos apoderemos de esa mina.

—Y para ello que salga el rey... ¿no estais de guarda como un simple soldado? ¿no teneis á la cintura las llaves de la torre?

—Sí.

—Ademas, señor Juan de Villafranca, no se trata solo de una mujer: en cinco años de guerra que llevamos, vos y yo hemos ganado en socorra el rey cuanto teniamos, sin que el rey haya tocado á sus tesoros.

—¿A sus tesoros!

—Don Pedro ha confiscado muchos bienes... ha apilado el oro... y siempre me ha pedido como quien no tiene un cornado... Don Pedro es avaro... ¿no habeis visto siempre delante de él á su vista cuatro fuertes carros cerrados, rodeados de sus mas feroces y leales ginetes? ¿no habeis reparado que al levantar reales han permanecido siempre esos carros junto á su tienda de que constantemente ha sido alcaide ese feroz Juan Diente, ese ballestero de Satanás, cuya sola mirada me estremece? ¿Cuándo hemos entrado en un pueblo ó un castillo, no habeis reparado que durante la noche se aleja á la gente de esos carros y que al amanecer están vacíos y abandonados, como que nada hay en ellos que guardar? Es porque el tesoro se entierra... y ved allí los carros vacíos, añadido el tesoro, señalando cuatro puntos negros que se veian, al fin de la esplanada en que se encontraban. El tesoro está enterado aquí, en la torre de la Estrella y me atreveria á ir á él con los ojos cerrados.

—¿Y qué me importa ese tesoro? exclamó con desden Pedro de Villafranca.

—Los enamorados tienen la extravagancia de posponer á una mujer que se pone con los años vieja y fea, al oro que siempre está nuevo y reluciente.... pero como yo no soy de ese modo de pensar y sé vuestros intentos, os anuncio que sino me ayudais á descubrir ese tesoro, revelo al rey vuestra traición y sois hombre perdido.

—¿Y si os franqueo la puerta de la torre?...

—Para eso es necesario dar el golpe... avisar á Don Enrique de que existe la mina y de que puede penetrar por ella.

—¿Y quien ha de hacer eso? dijo Pedro de Villafranca.

—¿Quién? vos. ¿No acaba de salir Men Rodríguez de Sanabria...? salid como ha salido él: llegad á las atalayas de Don Enrique y pedid plática con Beltran Dugesclín.

—Para eso será necesario saber donde está esa mina.

—Voy á revelároslo. Este secreto me ha costado al-

gunos miles de doblas al alcaide que es un hombre que le guardaba hasta la última hora... uno de esos hombres que ven venir... pero para eso abrid la puerta de la torre y entremos.

Pedro de Villafranca tomó un haz de llaves de su cintura, fué á la puerta, descorrió sus enormes cerrojos y entró en el interior; clavada al muro había una lámpara que esparcía una débil claridad. Si aquellos dos miserables no hubieran estado preocupados con sus pensamientos de traición, hubieran podido ver al abrirse la puerta, una sombra que se deslizaba rápidamente y se escondía á la entrada de la estrecha escalera de la torre.

Pedro de Villafranca y el judío, atravesaron el espacio lóbrego que formaba el piso inferior y llegando al muro, el segundo señaló al primero una enorme piedra por una de cuyas junturas, en la parte media de su altura, asomaba un grueso hierro á manera de escarpia.

— Hé aquí la entrada por esta parte, dijo el judío: aun ayer, este hierro mohoso no obedecía bien: pero anoche compré al ballestero que estaba de guarda, le alejé y entré. Trabajé mucho, pero mirad:

El judío asió el hierro con ambas manos, le oprimió hácia abajo y la piedra cedió pesadamente, girando por la parte interior y dejando franca una estrecha abertura.

— Ahora bien, continuó el judío empujando el hierro para arriba, con lo cual volvió á ajustarse la piedra al muro, en la villa hay una casa antigua, á la que llaman la casa del miedo, á causa sin duda de haberse escuchado ruido de gentes que hayan entrado y salido por la mina: en esa casa que, á causa de su terror, está hace mucho tiempo deshabitada, y en una de sus cámaras del piso bajo, hay otra piedra enteramente semejante á esta: ved de que modo podéis revelar primero á D. Enrique y luego al rey, la existencia de esa mina: D. Pedro, desesperado, abandonado de todos, pretenderá salvarse, escapará por ella y dará en las manos del bastardo, que teme demasiado para dejarle vivo. Vos cobrais á Lia, y además la mitad del tesoro ¿Qué decis á esto?

Pedro de Villafranca inclinó la cabeza sobre el pecho, y meditó.

— Sí, sí, es necesario que ese hombre caiga, murmuró roncamente: me ha robado mi amor... estoy resuelto, judío.

— Pues, no perdamos tiempo, exclamó... dejad la puerta abierta, perded la llave y alejaos.

Pedro salió, lanzó una triste mirada á la sacetera donde brillaba la luz, y se perdió en las sombras de la noche á lo largo del adarve. Apenas se habían perdido sus pasos, cuando el judío se abalanzó á un ángulo de la torre, se arrojó al suelo y palpó el pavimento.

— Sí, sí, exclamó con ansia... aquí es... esta piedra ha sido removida; puesta de nuevo... con poco trabajo... cuando salga el rey por la mina... no... no... esto está bien disimulado... solo mi vista podría descubrirlo... despues... despues cuando haya muerto el rey y D. Enrique posea pacíficamente...

— Si... entonces cuando mis leales caballeros, vengan á desenterrar parte de las riquezas de su infortunado rey... encontraran sobre ellas el vil cuerpo de un judío codicioso, insaciable y traidor, exclamó una voz opaca, severa y fría, detras de Don Simuel, que se volvió y helado de espanto, vió tras sí la fatídica figura del rey D. Pedro. Un poco mas allá, indiferentemente apoyado en una larga palanqueta de hierro, se veía un hombre atlético, de cabellera enmarañada, cubierto con la vesta de ballestero del rey.

— ¡Señor! ¡señor! ¡piedad! exclamó D. Simuel, cayendo de rodillas ante D. Pedro.

— Te entrego este miserable, Juan Diente, le dijo

el rey... apodérate bien de él, porque probablemente esta será tu última justicia.

— ¿Y qué he de hacer, señor?

— Pues tan buscador es de tesoros, levanta la losa y enciérrale debajo.

— ¿Vivo, señor? preguntó indiferentemente el ballestero.

— ¿Pues no? contestó con una calma glacial el rey, ¿como quieres que goce de la compañía del tesoro si está muerto?

D. Simuel, empezó á gritar. Juan Diente se arrojó sobre él, le ató con la cuerda de su ballesta, le tapó la boca con un pañuelo, y le arrojó á un lado como un fardo; despues fué al sitio que habia examinado el judío, introdujo el extremo de la palanqueta en la juntura de la enorme losa, y con una fuerza admirable le levantó un tanto.

— ¡Ah señor! se me va de entre las manos... si vuestra alteza no me ayuda...

El rey lanzó el capotillo en que estaba envuelto y ayudó poderosamente al ballestero. La piedra se desenchajó enteramente.

— Un esfuerzo mas, señor exclamó el ballestero jadeando... ha ¡voto á cien legiones! ¡se fué!

En efecto, la barra habia resbalado, pero por un accidente se interpuso como un obstáculo en un ángulo y la losa se sostuvo sobre ella, dejando por ambos lados una abertura bastante para meter las manos.

El rey por un lado y el ballestero por otro, lograron poner de pie la piedra.

Quedó descubierto un espacio de nueve pies de longitud, y tres de anchura; el rey y Juan Diente, al levantar aquella enorme masa, habian hecho una obra digna de dos gigantes.

El judío entretanto rugía sordamente, y se revolvía en el suelo desesperado.

— ¿Y ahora, señor? exclamó el ballestero lanzando una mirada sombría sobre D. Simuel.

— No olvidemos á lo que veniamos antes, cuando nos detuvo la traicion de ese miserable: toma esa lámpara, baja, abre con esta llave el cofre rojo, y saca la corona, el cetro y el manto que llevaba mi padre cuando murió en el cerco de Gibraltar.

Es de advertir que Alonso XI, habia muerto de peste, y que aquella corona, aquel manto y aquel cetro, habian sido encerrados en un cofre rojo, que no se habia abierto desde entonces, por temor de que guardase aun la infección.

Juan Diente, arrancó la lámpara del muro, saltó dentro de la abertura descubierta por la piedra y desapareció bajo ella: poco despues apareció trayendo consigo las prendas pedidas por D. Pedro.

El rey arrojó su gorra, y su capotillo á aquella especie de sótano, se ciñó la corona, se envolvió en el manto, y señaló á Juan Diente el judío.

— Ahora concluyamos, le dijo.

— El ballestero se apoderó de D. Simuel y le arrojó dentro.

— ¿Y el otro, señor?

— ¿Quién?

— El señor de Villafranca.

— No, no... estoy cansado ya... y luego ese hombre está loco... tiene celos... dejémosle para castigo su amor. Cerremos, Juan Diente, cerremos.

D. Pedro, ayudado por el ballestero, empujó la losa que cayó con estruendo y se encajó en su alveolo. D. Simuel Levi, quedaba enterrado vivo con su tesoro.

En aquel momento resonaron fuera trompas de guerra, y el rey, sombríamente sereno, subió por las escaleras seguido de Juan Diente.

Aun resonaba aquella guitarra: armonía triste y dulce, como el último suspiro de una virgen espirante que se despide con pena de una vida en que soñó venturas; el rey subía: Juan Diente le seguía.

En lo mas alto de las escaleras, D. Pedro empujó una puertecilla y entró en un salon lóbrego, al que en vano se habia querido embellecer con algunos tapices: faltaba alli ambiente: los pesados y gruesos muros parecian ahogar alli la existencia, y no habia mas abertura al exterior que algunas estrechas saeteras. La negra bóveda deboraba en su dilatada estension el escaso reflejo de una lámpara colocada sobre una mesa, junto á la cual medio tendida en un diván habia una hermosa dama. Era Lia: no ya la Lia de otros tiempos, sino un fantasma de hermosura á quien parecia haber chupado toda su sangre un vampiro: no la ática Lia, la de los cabellos de oro y la frente de marfil, sino una hermosa flaca, triste, cuyos ojos se habian hecho lúcidos, y cuya blancura habia llegado á ser transparente. Aquella mujer espantaba y sin embargo, estaba mas hermosa que nunca; emanaba de ella una mágia sobrenatural, porque era toda espíritu.

El rey se acercó á ella y la tendió una mano.

—Vengo á despedirme de ti, virgen de mis últimos amores, la dijo,

—¿Vas á abandonar el castillo, señor?

—Sí.

—¿Y me dejas sola entre esos feroces soldados... que me dan miedo? ¡Oh! yo no sé porque esta noche me parece mas silenciosa que otras, mas oscura. Me he asomado cien veces á esa saetera y nada he visto... nada mas que la sombra negra suspendida en el espacio... he sentido un pesar agudo y no he podido llorar. ¡Ay! ya no tengo lágrimas, Pedro mio; mi amor las ha secado: hay momentos en que no siento latir mi corazon. Tu amor me mata... me quemara... pero mira: si me faltase este tormento moriria mas pronto... porque esta es una muerte muy dulce ¿No es verdad?

—Lia, exclamó gravemente el rey, nunca he estado mas tranquilo, ni me he sentido con mas vida que ahora... y es que tu pureza me ha purificado, que tu valor ha sublimado mi valor, que encuentro en tí el dulce angel de la amargura que prepara mi camino.

—Tu camino, Pedro ¿pues á dónde vas? exclamó Lia asustada por el acento lóbrego del rey.

—A la eternidad, contestó D. Pedro, señalando con un dedo fatal la negra sombra que envolvía la parte superior de la bóveda.

—¿Qué! ¿no hay remedio? ¿no hay esperanza?

—Basta ya de sangre y de ignominia, dijo el rey: he nacido demasiado pronto para llegar al punto que me habia señalado: me he cansado de matar en vano, y aunque estuviese matando por un siglo entero, sin cesar, sin compasion, sin descanso, dejaria desierta á Castilla antes que ver en ella virtud, ni honor: no, yo no puedo vivir dominado, esclavizado á los desafueros de la nobleza, siendo un rey de nombre, una estátua coronada, como lo han sido mis abuelos y lo serán los que me sigan. Yo no puedo resignarme á que un rico hombre se hombree conmigo, y holle mis leyes, y levante contra mí braceando una bandera... no... no... ellos ó yo... he luchado contra mi sino y no he podido vencerlo... antes que deshormarme prefiero morir.

—¿Morir! ¡Dios mio! ¡morir tan jóven, tan generoso, tan valiente, habiendo nacido hijo de reyes, y morir á manos de un miserable bastardo, de un hombre que cuando no ha tenido pan, le ha ganado como capitán de aventuras, de un miserable que ha vendido la corona de Castilla á la nobleza, con tal de que esa nobleza le ayude á robársela, y lo ha sufrido todo, las humillaciones, las condiciones, los insultos...! no, no, eso es imposible.

—Lia ese hombre será rey.

—No... es imposible, no puede consentirlo Dios.

—Lia, ese hombre me matará.

—¿Que te matará?

—Porque yo quiero que me mate.

—No te entiendo, Pedro mio... exclamó aterrada Lia: ¿dejaré matar por tu enemigo...!

—No hablemos mas de esto, luz de mis ojos... Escucha: solo ha habido dos mujeres que posean mi corazon... tu, y María... ¡Oh! las dos habeis sido para mí un bálsamo celestial... las dos me habeis amado, por mí mismo, no por mi corona... ella era mi esposa... la reina... la legitima reina... porque los Padillas venian de sangre de reyes y podian enlazarse sin escándalo á mi trono... pues bien, á pesar de esto ella sacrificó su honor ante los hombres, á los intereses de mi reinado; pasó por mi manceba; guardó profundamente el sigilo de mi casamiento, y permitió que me casase con otra... con otra mujer impura que antes de llegar á mi tálamo le manchó, entregándose vil y miserable á mi hermano D. Fadrique... María lo supo... y calló aun... y callé yo por vergüenza y todos compadecieron á la infame Blanca de Borbon y al miserable Fadrique cuando los mató mi justicia... pero yo no tengo un solo hijo de esa raza: mis hijos son los hijos de Padilla, de esa noble y grande mujer que ha muerto por fortuna antes de ver la terrible desgracia con que me persigue en su cólera el destino... Mis hijos... tu, Lia... sois lo único que amarga mis últimos instantes... mis hijos y mis tesoros estan en Carmona... jurame amor mio, ser su madre, defenderlos... y si es preciso vengarlos.

—¿Vengarte! ¡guardar á tus hijos...! ¡oh! ¡sí! pero yo estoy sola en el mundo y esos miserables me matarán porque te amo.

—Hay un hombre que te defenderá: un hombre que acaso te ha puesto por precio á mi cabeza... ese hombre me ha hecho traicion y le he perdonado por que te ama... porque está loco... si ese hombre no tuviera celos se dejaria matar delante de mí... ese hombre es mi guarda mayor Pedro de Villafranca...

—¿Y qué quieres?

—Quiero que ese hombre sea tu esposo.

La palidez de Lia llegó á la lividez del cadáver.

—Lo será.

—Despues Lia, olvídame y sé feliz... Pedro de Villafranca te ama... es noble, generoso, valiente como yo... solo su amor y sus celos han podido hacerle traidor... acaso yo hubiera sido mas miserable para el hombre á quien tu hubieras amado... vamos valor... añadió el rey viendo que Lia inclinaba la cabeza bajo el peso de una terrible desesperacion... en esta amarga prueba mostrémonos dignos el uno del otro... ¿qué es la muerte...? un dolor breve... una variacion de forma... y luego allá está el cielo para los débiles y los mártires... el rey del cielo no tiene nobles rebeldes que le impidan hacer justicia... y él nos unirá...

—Ni aun esa esperanza me queda, exclamó desesperada Lia: alli te espera la Padilla... y yo me condenaré por tu amor...

Fue tan sentido tan profundo el grito de agonía con que la jóven pronunció estas palabras, que D. Pedro sintió vacilar su valor y agostarse el llanto á sus ojos.

—Vamos es necesario concluir, dijo; la suerte está echada y no hay poder humano que me vuelva atras en mi camino... A Dios Lia... á Dios... ya no nos volveremos á ver mas...

—Vé D. Pedro, vé: exclamó Lia levantándose pálida y solemne... el destino te me roba, pero ese destino no me robará mi venganza... vé tranquilo á morir como un valiente, rey... que yo quedo aquí, y yo te vengaré.

D. Pedro la levantó entre sus brazos y la besó en la boca: Lia cambió con él un beso helado, dobló la cabeza sobre su hombro y al dejarla el rey cayó desmayada sobre el diván.

Era el primero y el último beso del único amor puro que habia gozado D. Pedro sobre la tierra.

Contemplóla un momento en silencio, tétrico, som-

brío, espantable : el semblante de aquel tremendo rey en aquel instante solo podia compararse al de un tigre sediento de sangre.

—¡Juan Diente! gritó con voz ronca despues de un momento de silencio.

Inmediatamente apareció tras la puerta el ballestero.

—¿Has oído? le preguntó el rey.

—Mis oídos son sordos para los secretos de mi señor, contestó conmovido el feroz ballestero.

—¿Ves esa mujer?

—Sí señor.

—Esa mujer sin mi amparo queda sola en el mundo.

Destelló una mirada de inteligencia en los bravios ojos del ballestero.

—¡Juan! continuó el rey, mientras he vivido has sido el brazo de mi justicia. Despues de mi muerte es necesario que me sigas sirviendo.

—Y serviré á vuestra alteza si me es posible hasta en el mismo infierno.

—Bien, Juan, bien : toma esta sortija que heredé de mi padre, vale un tesoro : el rey D. Pedro te la dona, como premio á tus servicios.

El rey fué á tomar una pluma y un pergamino : la aacha mano del ballestero contuvo la mano del rey.

—No me obligue vuestra alteza á ser rebelde... porque si su oro llega á mis manos, creeré, no que he servido á mi rey y á mi señor, matando á los que me ha entregado su justicia... sino que he sido su asesino y me da mi precio.

—Con muchos vasallos como tu, Juan, no me veria yo reducido á este extremo : sea lo que tu quieras... ¿pero cómo pobre, obligado á procurarte el pan, podrás velar por esa niña?

—Los cotos de Castilla, son abundantes en caza, señor, y luego nunca faltarán ricos-hombres infames á quienes cobrar, vengando á vuestra alteza algun oro con la vida... esa dama estará eternamente mientras yo viva que espero vivir mucho... para matar villanos... esa dama, lo juro por la salvacion de mi alma, estará mas guardada por mí que pudieran estarlo mi madre, mi querida, mi hija.

—Tu promesa me da valor, y desprecio la muerte Juan; vamos.

—Una palabra, señor.

—¿Qué!

—Creo que mientras yo viva, mientras tenga fuerza en el brazo para levantar mi maza de armas, y certero el ojo para no errar un golpe... vuestra alteza tiene en mí un ejército.

D. Pedro se sonrió tristemente.

—¿Y bien... que...?

—Supongamos que ese miserable señor de Villafranca, revela lo de la mina á D. Enrique... que ese jactancioso frances Beltran Duguesclin, acompañado del bastardo, espera á vuestra alteza á la salida... bien : en vez del noble rey de Castilla puede aparecer el ballestero Juan Diente á quien su señor envia á hacer una nueva justicia... dos solos golpes de maza y hemos concluido; el bastardo y el frances van á contar sus aventuras á Satanás; vuestra alteza se revuelve con sus últimos ginetes leales, vence á los rebeldes y vuelve á apoderarse de Castilla... ¿qué importa que yo haya caído sirviendo á vuestra alteza...? esto, á mi ver, es lo que debería hacerse, señor.

—No, Juan, no : no es en favor de D. Enrique la lucha y la rebelion de la nobleza... el bastardo solo es un pretesto... yo estoy sentenciado por mi tiempo... sino caigo hoy caeré mañana, y estoy cansado ya... vamos... esa desdichada puede volver en sí, y sus gritos y sus lágrimas me desconcertarian: ni una palabra mas, adelante.

D. Pedro se inclinó sobre Lia, la dió un último beso, y salió y descendió las escaleras seguido por el ballestero.

Al llegar al piso bajo, resonó de nuevo, pero mucho mas cerca, son de trompas de guerra y se oyó gran tropel de gentes que se encaminaban á la torre de la Estrella.

El rey se detuvo y escuchó : los pasos y el crujir de los arneses se escuchaban cada vez mas próximos.

—¡Guarda la puerta Juan! le dijo rápidamente el rey.

El ballestero blandió su maza de armas y se encaminó á la puerta, poco despues el rey le escuchó hablar con los de afuera.

—Es Men Rodriguez de Sanabria, señor, dijo volviéndose para adentro Juan Diente, que con otros caballeros del castillo demanda ser oído por vuestra alteza.

—Que entren, dijo el rey desde en medio de la torre.

Juan Diente trasmitió aquella orden, y poco despues penetraron en la torre cuatro caballeros, que eran el anunciado, Pedro de Villafranca, su padre Juan-sin-Alma y Gaston de Hinestrosa.

Al ver al rey sin armas, porque ni un puñal llevaba, ceñida la corona, y el manto sobre los hombros, en aquel extraño lugar, los cuatro caballeros se sorprendieron profundamente, lo que no impidió que doblasen con respeto la rodilla ante el rey.

—¿Qué quereis? les dijo severamente Don Pedro.

—Señor, contestó Men Rodriguez de Sanabria, ya sabe vuestra alteza, que traidores que se ocultan entre nosotros, han inficionado el agua y los mantenimientos.

—Y bien... exclamó el rey lanzando una severa mirada á Pedro de Villafranca; ¿qué importa eso? si mis soldados no quieren morir de hambre que se entreguen.

—¡Señor! dijo Juan-sin-Alma con la voz trémula de indignacion mirando á su hijo; ese mismo traidor ha comprado con su oro, á los miserables aventureros que sirven á vuestra alteza, y solo os quedan una docena de espadas leales.

—Y esos doce, entre quienes tengo la honra de contarme, dijo á su vez Gaston de Hinestrosa, han buscado un medio para salvar á vuestra alteza.

—¿Y qué medio es ese?

—He ido á los reales enemigos, señor, dijo Men Rodriguez de Sanabria, y he hablado con Beltran Duguesclin.

—Alzad, nobles caballeros, y vos, mi valiente y leal Men Rodriguez de Sanabria, relatadme lo que habeis hecho por nuestro rey.

—He ofrecido á ese traidor frances, media Castilla, en nombre de vuestra alteza...

—¿Porque me permita huir, cuando me tiene acorralado? ¿No es esto? Vuestra lealtad, caballeros, ha hecho cometer una indigna cobardia al rey Don Pedro.

—Señor... no hay otro medio... exclamó con firmeza Men Rodriguez; pero decidnos : vamos á morir matando, y caeremos ante vuestra alteza señor, con las espadas desnudas.

—¿Qué contestó el francés? preguntó profundamente el rey.

—Tanto ofreci... que cedió, y espera á vuestra alteza en su tienda.

—Creo haberos oído llamar á Duguesclin, francés traidor.

—Provemos un medio, señor; siempre tendremos tiempo de recurrir á las espadas.

—Bien... tanto da... el mal ya está hecho... id caballeros y cabalgad... quedaos vos, señor Pedro de Villafranca.

Todos salieron menos aquel á quien habia detenido el rey.

—¿Conoceis esto? dijo D. Pedro, yendo á la

pedra que cubria la entrada secreta de la mina y tocándola.

—Lo conozco, dijo Pedro de Villafranca; enrojeciéndose de vergüenza.

—¿Lo habeis hecho conocer á D. Enrique?

—¡Perdon! señor; exclamó Pedro de Villafranca, cayendo de rodillas.

—¿Conoce D. Enrique esta mina? repitió severamente el rey.

—No he tenido valor, aunque os odio, señor; contestó Villafranca levantándose.

—¡Qué me odias!

—La mujer á quien amo hace cinco años, es vuestra manceba.

—Lia, ha sido mi hermana.

—¡Señor!

—Y yo os entrego á Lia.

—¡Ah, señor! ¿qué decís?

—Arriba encontrareis esa mujer..... que está resuelta á ser vuestra esposa: no os entrego una manceba manecillada..... sino un alma pura..... procurad merecer su amor, y borrád, haciéndola feliz, el feo crimen de haber pensado vender á vuestro rey, de haber apresurado su muerte emponzoñando los mantenimientos en que estrivaba su esperanza tras la última almena en que se habia hecho fuerte..... el rey D. Pedro os perdona... pedid á Dios que os perdone del mismo modo... y no perdáis ni un instante, subid; tomad esa mujer y salváos con ella por esa mina que decís: no es conocida de nadie sino de vos.... tened en cuenta que D. Enrique no tendrá compasion con nada de lo que he amado, y que si la encuentra la matará. Id, id... porque habeis cometido una traicion miserable y podrá acontecer que me falten fuerzas para contenerme... id.

Pedro de Villafranca, aterrado, dominado por la grandeza del rey, subió las escaleras.

—Juan Diente! gritó el rey, apenas hubo desaparecido: no pierdas un momento, sálvate: no olvides jamas mi última voluntad, protege á esa dama, y si ese hombre la humilla, la esclaviza ó la hace sufrir... mátale.

El ballestero se arrodilló, fijos los ojos en el rey, pálido, estremecido.

—No soy noble, señor, ni caballero, dijo con voz trémula, y nunca me ha dado á besar vuestra alteza su noble mano... pero jamas he llorado hasta ahora.

Don Pedro tendió la mano á su antiguo verdugo, y volvió el rostro para ocultar su commocion: Juan Diente besó la mano del rey con el mismo ardor que si hubiera sido la de una querida, se levantó, tomó la lámpara, fué á la puerta secreta como quien huye, oprimió el hierro, giró la piedra, perdióse tras ella el ballestero, y se volvió á cerrar.

—Ahora, ya no nos queda mas que morir como rey, ya que no podemos vivir como hombre, dijo el rey, saliendo con el corazon desgarrado de la torre de la Estrella.

Tiempos atras le habia predicho un astrólogo, que moriria en la torre de la Estrella, y si esto no habia acontecido, salia de ella para la muerte.

## XVII.

### Odio contra odio.

El real de D. Enrique de Trastamara sobre Montiel, estaba silencioso y oscuro. Los soldados que vagaban entre las tiendas, parecian fantasmas negros, segun lo callados, y sin embargo, se iba y se venia con una actividad que parecia indicar que se preparaba algun grave acontecimiento.

Era cerca del amanecer, y ya una faja blanquecina orlaba el horizonte por la parte oriental. Y seguir el mismo tráfigo silencioso.

De repente, allá, en un extremo del campo, avanzado hácia el castillo, el atalaya de una gran tienda, sintió un ruido de cabalgaduras que se detuvieron, y luego un leve silbido. A él, como si hubiera sido una señal convenida, adelantó el atalaya, y encontró á poca distancia doce hombres á caballo.

—¿Quién de vuestras señorías es el rey D. Pedro? dijo en un acento tan digno y tan cortés que revelaba por sí solo á un caballero.

—Yo soy, dijo uno de los ginetes.

—Desmontad, y pasad vos solo.

El rey desmontó, adelantó, y entró en la tienda: estaba desierta; se notaba solo por las armas y los pertrechos que la ocupaban, que aquella tienda pertenecía á un francés, y por el águila colocada sobre una banda negra en su escudo, que aquel francés era Beltran Duguesclin.

Don Pedro, sintió que se alejaban sus ginetes y su semblante se frunció; aunque iba resuelto á morir, le repugnaba el aspecto de traicion que tenia cuanto miraba á su alrededor.

—¿Dónde está ese francés? exclamó con impaciencia, dirigiéndose al atalaya.

—No sé lo que me preguntais, contestó secamente el atalaya.

—¡Ah! ¿eres tú Juan de Villafranca! ¡El que yo tuve preso en el castillo de Luna! ¡ya decia yo, que esto olia á traidor!

El guarda no contestó, y pasó algun tiempo: el carácter violento del rey se sublevaba. Dirigióse á la puerta de la tienda resuelto á todo, pero el atalaya cruzó su lanza por delante y exclamó tras las barras de su celada.

—De aquí no habeis de salir.

Sospechó D. Pedro, que no ya la muerte, sino una prision vergonzosa, era lo que habia ido á buscar en el campo de su enemigo.

Este pensamiento le puso en un estado de cólera inconcebible: avanzaba el dia, el tiempo pasaba, Don Pedro vió agruparse en silencio en derredor de la tienda uno tras otro escuadron: era imposible escapar á la ignominia ya que no habia podido escapar á la muerte.

Al fin se oyeron trompas de guerra, como saludando á un rey, y el alma de D. Pedro se dilató: su enemigo se acercaba, avanzó á la puerta de la tienda y vió lucir antorchas, y en medio de ellas dos hombres á quienes no conocia, seguidos de algunos nobles que le eran conocidos.

Al fin se cumplia su esperanza; iba á morir como rey.

Aquellos dos hombres se precipitaron hácia la tienda. Al ver el uno de ellos á D. Pedro exclamó:

—¿Quién es ese hombre? ¿á quién ha robado su manto y su corona?

Don Pedro, evocó sus recuerdos y aunque hacia mucho tiempo que no le habia visto, conoció al fin á su hermano D. Enrique que adelantaba hácia él.

—Ved señor que ese es vuestro enemigo, le dijo Beltran Duguesclin, que era el otro caballero que acompañaba á D. Enrique.

—¡Yo soy! ¡yo soy! gritó D. Pedro colérico golpeándose el pecho con furor. Yo soy el rey de Castilla. ¿No me conoces ya, hijo miserable de una ramera y de un rey debil...? es que el miedo de verte ante mi pega la lengua á tu boca?

En efecto D. Enrique pálido y trémulo miraba asombrado á D. Pedro; los que le rodeaban, no perdido aun el miedo que les habia inspirado el rey, callaban átomos.

—¿Es que vosotros tambien os espantais y me desconoceis, traidores? Y sin embargo, aunque te ocultes te veó D. Gomez Manrique, mal arzobispo de Toledo; y te veo tambien Diego de Lara, y á ti conde de Urena y á todos vosotros, miserables aventureros que venis armados hasta los dientes, á ver como se deja ma-

tar un rey que os desprecia y se va del mundo cansado de sufriros.

—Ve lo que decis, señor, exclamó Beltran Duguesclin: aquí no se trata de mataros sino de haceros prisionero: tal traicion no cabe en el pecho de un caballero frances.

—¡Mientes tu, traidor, y miente ese bastardo vil y mienten los que contigo estan...! porque traidores y cobardes sois. ¡Y prisionero yo...! no, Enrique, no, es necesario que tiñas mi corona en mi sangre para recogerla... esa es mi venganza para la posteridad... adelanta, llega, hierre... pero eres cobarde y vil y será necesario que yo mismo me haga matar por tí.

Y D. Pedro se adelantó sin armas con los puños cerrados y estendidos el semblante mortal hácia su hermano. Todos los nobles que rodeaban á D. Enrique, incluso Beltran de Duguesclin, oscilaron y retrocedieron á la acometida del rey que se quedó solo, en el centro de un semicírculo humano, con D. Enrique.

Hubo un momento de terrible pausa en que los dos hermanos se midieron con una terrible mirada en que se exhaló todo su odio, y luego se acometieron, rodaron al empuje y cayeron dentro de la tienda.

O fuese que la cólera aumentase la fuerza de D. Pedro ó que en efecto fuese mas fuerte que su hermano, D. Enrique cayó bajo él; los ojos de D. Pedro se tiñeron de sangre, y sus manos crispadas se asieron á su garganta: Beltran acudió entonces, desaherró las manos del rey, volvió aquel horrible grupo lanzando las históricas palabras: *ni quito ni pongo rey mas ayudo á mi señor*; brilló un puñal en las manos de D. Enrique y se hundió por tres veces en el pecho de D. Pedro.

*Cosa que pone grima*: esclama el grave Mariana despues de relatar enérgicamente esta horrible tragedia; *un rey, hijo y nieto de reyes revolcado en su sangre derramada por la mano de un su hermano bastardo: estraña hazaña!*

Con D. Pedro acabo su raza: sus hijos fueron encarcelados y muertos en prisiones; y por aquel crimen empezó la dinastía de Trastámara.

## XVII.

### Fatalidad.

Pedro de Villafranca y Lia se casaron, satisfaciendo el uno su amor, y cumpliendo la otra la voluntad del rey. Pero aquel hombre, que por su amor habia llegado hasta la traicion, no fué feliz. Lia afectaba en vano un amor que no sentia y él tenia celos del rey, celos de su hermano, celos de todo: esto le hizo feroz y sombrío: se entregó á escesos, siguió las huellas de su padre y como á aquel le llamaron Juan-sin-Alma, las gentes apellidaron á su hijo Pedro-el-Rojo.

En cuanto á Juan de Villafranca, en el momento en que se entregó el castillo de Montiel, se precipitó dentro, buscó á Lia y no la encontró, envió corredores en su busca y todo fué inutil. Se desesperó y un dia desaparecieron los dos Villafranca padre é hijo. Nadie supo el paradero de sus personas, y el señorío y los títulos de su mayorazgo fueron adjudicados á Pedro de Villafranca.

Peró este que conocia los amores que habian existido entre su hermano y Lia, temió que aquel apareciese de nuevo, y fué á ocultarse con sus amores en un castillejo de la frontera de Leon.

Allí ignorado de todos, se encerró con su amor, y pasó triste sin descendencia y sin alegría tres años.

Oscurecia un dia de invierno: Pedro-el-Rojo, segun se le llamaba entonces habia salido á caza de osos: nevaba y el cielo estaba cubierto por un celage de color de plomo.

Lia triste y pensativa, estaba sentada junto á una ventana: ocupábase en bordar con aljofar unos bor-

ceguies moriscos y de tiempo en tiempo exclamaba:

—¡Pedro! no he podido proteger á tus hijos pero yo te vengaré!

Y así pasó el tiempo hasta que llegó la noche: retiróse Lia de la ventana y se acercó á una chimenea encendida: siguió su soledad, avanzó la noche y Pedro-el-Rojo no volvía.

El viento que hasta entonces habia silbado débilmente, creció en fuerza, se desencadenó al fin y zumbó con un horrible estruendo contra las torres del castillo: era tan lígubre aquel zumbido, tan pálicos los relámpagos que penetraban por la ventana, que Lia sintió un terror vago, se levantó, corrió las maderas y se encaminó á su oratorio. Pero antes de llegar á él oyó por tres veces retumbando en la porterna una corneta.

—¡Oh! ¡es Pedro...! ¡ese hombre está maldito y si me viese orando me maltrataría!

Y volvió á sentarse en la chimenea estremecida de miedo.

Poco despues un escudero le anunció que dos caballeros á quienes la tormenta habia estraviado, pedían hospitalidad.

Aquella hospitalidad fue concedida de buen grado por Lia, y los dos caballeros entraban poco despues en la cámara.

Al verlos Lia lanzó un grito agudo y los dos recién-venidos palidecieron: ella creyó haber visto duplicado á su esposo Pedro-el-Rojo en dos hombres, el uno de los cuales tenia su misma edad, y el otro como sesenta años. Ellos habian reconocido á Lia, porque aquellos dos hombres eran Juan-sin-Alma y su hijo Juan de Villafranca.

—En buen hora seais venidos á mi casa, caballeros, dijo Lia; y aunque mi esposo no esté en ella...

—¡Vuestro esposo! exclamó Juan de Villafranca trémulo; ¿y quién es vuestro esposo, Lia?

—Me habeis reconocido, caballero, como ós he reconocido yo dijo ella: y sin embargo, aunque habeis visto que me he mostrado mas indiferente no habeis querido imitarme. Esto me obliga añadió volviéndose á Juan-sin-Alma, á dejar vuestra compañía y á duplicaros que si no encontráis en ello un peligro, prosigais vuestro camino: aquí podriais hallar un peligro mayor.

—¿Sois esposa de algun encantador que os guarda celoso y mata á los que se os acercan? dijo con sarcasmo Juan de Villafranca.

—Soy esposa de vuestro hermano Pedro, caballero, contestó la jóven con intencion.

—¡Esposa de mi hermano Pedro! exclamó Juan de Villafranca volviéndose á Juan-sin-Alma. ¿Quereis explicarme, padre, por qué me sacásteis de Castilla poco despues de la muerte del rey D. Pedro?

—Porque tenia vergüenza de que viesen en el reino en que habia nacido el rostro de un traidor, contestó severamente Juan-sin-Alma irritado por el acento de amenaza de la pregunta de su hijo.

—¡Traidor! ¿y os atreveis á llamarme traidor vos que habeis hecho traicion á vuestro hijo?

—¡Juan! exclamó el tremendo Juan-sin-Alma; ¡Juan! procura que no me deje de sí la mano de Dios.

Lia se aterró, porque á aquella amenaza palideció con una espresion mortal el rostro de Juan de Villafranca.

—Vos, padre, continuó este, sabíais que Pedro amaba á Lia: amais á Pedro mas que á mí, porque servia como un esclavo al tirano y habeis protegido sus amores y me habeis arrancado de Castilla para evitar mi venganza. Pero guardaos.

—Creo que estamos comprometido el reposo de esta dama, dijo Juan-sin-Alma procurando contenerse.

—Sí, sí: teneis razon padre mio: una noche mas

menos pasada bajo el viento y la lluvia, es cosa que importa poco tratándose del amor y de la felicidad de esta dama. Salgamos. Os dejo en paz, señora, pero yo volveré.

Juan-sin-Alma se acercó á Lia, la besó con amor una mano, y la dijo profundamente:

—Pedid á Dios, señora, que no sea implacable con la familia de vuestro esposo.

Después de esto salieron. Lia abrió la ventana, les oyó alejarse y luego estremecida fué á su reclinitorio y oró.

Pedro-el-Rojo llegó muy tarde... con él, conducido en ramas de árboles, entró un cadáver en el castillo.

Era Juan-sin-Alma, á quien habían encontrado en un sendero muerto á puñaladas.

El día siguiente Pedro envió aquellos últimos restos del bandido á su castillo del Abrojo, y fueron sepultados en su sepulcro al lado del de Trenza-de-Oro.

## XVIII.

### Juez y Verdugo.

Pasó mucho tiempo y en vano Pedro-el-Rojo, pretendió descubrir al asesino de Juan-sin-Alma. Lia sospechaba de Juan de Villafranca, pero le repugnaba un crimen tan horrible como el parricidio, dudaba, y había guardado el mas profundo silencio acerca de la momentánea estancia del padre y del hijo en el castillo.

Y así un día tras otro día, y haciéndose mas feroz á cada uno de ellos Pedro de Villafranca, pasaron dos años.

Llegó un día en que el feroz noble hizo entrar á su esposa en una litera, montó en su corcel de batalla, y seguido de sus escuderos y de su mesnada, y precedido de su bandera se encaminó al castillo de Juan-sin-Alma.

El viaje duró muchos días: Lia estaba cada vez mas delicada, y Pedro-el-Rojo á pesar de su ferocidad mas enamorado y mas celoso de ella.

Y estos celos no se fundaban en la conducta de Lia que continuamente abstraída, pálida y triste, no sabia ocuparse mas que de una sola cosa: de bordar unos borceguies de velludo rojo. Pero aunque por la parte de adentro no había nada que justificase estos celos, por la parte de afuera había algo que parecia indicar la presencia tenaz de un amante: de noche singularmente solía oírse á lo lejos el sonido de un laúd, ó la tocata triste y sentida de una corneta en los senos de la selva: Lia temblaba, ó se conmovia al escuchar aquel melancólico lenguaje. Con frecuencia, cuando esto acontecia, Pedro-el-Rojo saltaba del lecho atraillaba sus lebreles, salia con ellos, los hacia buscar un rastro, le seguia con ardor, y nada encontraba, nada, mas que algun bandido vagabundo en quien saciaba su cólera haciéndole deborar por sus perros.

Pero llegó un día en que Pedro salió á una de estas escursiones, y solo volvió parte de su jauria ahullando lastimeramente. Salieron prevenidos por aquel indicio algunos de sus escuderos, siguiendo á los perros y le encontraron junto al borde del salto de la Monja tendido de cara contra el suelo herido con tres puñaladas por las espaldas y rodeado de lo restante de la jauria que ladraba horriblemente. Los escuderos condujeron al castillo el cadáver de su Señor, y le sepultaron en una tumba de las del gran panteon construido por Juan-sin-Alma, en el mismo sitio donde estuvo la abadía de Santa Andrea.

Y como en vano había buscado Pedro-el-Rojo al asesino de su padre, en vano buscaron los escuderos al asesino de su señor.

Lia había quedado abandonada y maldijo otra vez á Juan de Villafranca.

Sin poderse dar razon de ello, Lia sintió un terror

vago y frio, cuando sus damas la dejaron sola aquella noche: parecióle mas tétrico, mas sombrío su aposento, mas lugubrement silencioso que otras veces; y no era esto en verdad hijo de su amor á Pedro de Villafranca, porque había conservado, á pesar de su casamiento con él, pura ó intacta su fé, á la memoria del rey D. Pedro, ni de afecto, porque en Pedro de Villafranca no había encontrado mas que un tirano; era el presentimiento de una desgracia, uno de esos presentimientos misteriosos que aterran, que son hijos de un instinto recóndito al que no se ha dado nombre y que espantan mas, porque no señalan el género de peligro á que se está espuesto.

Sin embargo el espíritu de Lia cansado, sobresaltado, se rindió y un sueño tenaz, pesado envolvió su cabeza y cerró sus ojos.

Parecióle ver entre las sombras de aquel sueño, que la pared de enfrente de su lecho se rasgaba, que aparecia por su abertura una sombra encubierta, que aquella sombra se dirigia lentamente á la mesa donde estaba la lámpara y la apagaba: luego, sin poder sacudir su sopor, sintió pasos que se acercaban, que llegaban, y después una boca helada y trémula que se posaba en su boca; unos brazos convulsivos que la estrechaban... y luchaba contra aquella terrible pesadilla sin poder vencerla, y sufría y lloraba y se revolvía desesperada, como la presa de un vampiro.

Y avanzó la noche, y se acercó el amanecer: del mismo modo que en la cámara de Lia se había abierto en el muro una puerta ignorada, se abrió otra en el ángulo de uno de los torreones mas avanzados al bosque y salió por ella un hombre rebozado en un tabardo: encaminose con paso apresurado á la espesura, se internó en ella y adelante hasta un claro donde había atado á un arbol un caballo: pero antes de que llegase á él, otra sombra que se había levantado de entre los jarales vecinos al sendero que había recorrido, una sombra silenciosa y atlética, cuyo paso deslizándose sobre el musgo, había sido tan silencioso como el deslizarse de una culebra, se arrojó sobre él, le derribó en tierra, y antes de que pudiese dar un grito le tapó la boca con un paño, le ató los brazos con una cuerda, le cargó sobre sus espaldas y como si se tratase de un ligero peso, dió á correr con él á través del bosque: parecia que en vez de disminuirse la carrera de aquel hombre con el cansancio, crecia en rapidez á medida que avanzaba, y así siguió durante una hora; entretanto la sombra, repelida por el día, se replegaba al occidente, y ya una faja cerúlea orlaba el oriente cuando aquel hombre se detuvo, y miró delante de sí: á sus pies se tendia un mar de revuelta niebla, y cerca de él se veia el borde de una cortadura: estaba junto al salto de la Monja.

Arrojó en tierra su carga, como pudiese haber arrojado un fardo, y se irguió, sacudiendo sus miembros entumecidos: aquel hombre, cuya barba había crecido de una manera singular, ceñia sobre sus revueltos cabellos una gorra de mallas con una pluma de alcón; llevaba una vesta roja pero descolorida y rota en que quedaban girones del blason real de castilla, mostraba las piernas desnudas y defendidas solo en los pies por unas viejas abarcas de piel de toro: sus ojos hubieran podido espantar por su expresion bravia como los de una fiera, y sus armas eran una ballesta, una aljaba con venablos y una maza de armas. Aquel hombre era el tremendo Juan Diente, el antiguo y leal ballestero del rey D. Pedro el ajusticiador.

—Señor Juan de Villafranca, dijo Juan Diente mirándole con desden cuando hubo descansado un momento; habeis cometido cuatro crímenes por el menor de los cuales merecis la muerte.

Juan de Villafranca, á falta de palabras, que le era imposible pronunciar, lanzó un rugido y se revolió haciendo crugir sus ligaduras.

— Esforzaos quanto queráis, dijo con una horrible calma el ballestero; peor para vos, porque os lastimareis en vano: sé bien y cumplidamente mi oficio y no os escapareis. Pero como no estoy acostumbrado á matar sin que el condenado conozca la justicia con que se le mata, voy ádeciros uno tras otro vuestros delitos.

Juan de Villafranca posó en su verdugo una mirada salvaje.

— En primer lugar, continuó Juan Diente, vuestra señoría, noble caballero, se convirtió en un miserable traidor, abandonando el valiente estandarte de mi amo el señor rey D. Pedro, y os declarasteis defensor y defendisteis la usurpacion infame de ese vil bastardo Enrique de Trastamara, á quien Dios maldiga, y á quien llegará su hora, como os ha llegado la vuestra. El rey D. Pedro, si os hubiera tenido á la mano estoy seguro que me hubiera dicho: Juan, mira si ese hombre tiene la cabeza mas dura que tu maza. Yo doy esto por dicho, y os sentencio en nombre del rey.

Despues de un momento de silencio, como para dar mas solemnidad á esta sentencia el ballestero prosiguió.

— En segundo lugar, una noche, hace dos años, pedisteis hospitalidad con vuestro padre en un castillo de la frontera de Leon. En aquel castillo vivia una mujer con quien habiais estado á punto de casaros, que os fue robada para el rey D. Pedro, á quien amaba, y que antes de morir fue entregada por aquel noble rey á vuestro hermano que la hizo su esposa: pero D. Pedro que tenia grandes razones para desconfiar de las gentes, me dijo: Juan, vela despues de mi muerte por esa mujer; guárdala, y si es necesario véngala. Vos la encontrasteis de repente ante vos... y no sé lo que sucedió allí, pero si que salisteis del castillo con vuestro padre y que al revolver del camino cerrasteis con él y le disteis puñaladas en el corazon. Yo, que cumpliendo con la voluntad del rey D. Pedro, velaba por Lia, yo que os seguia el rastro, vi este horrible hecho á la luz del relámpago de la tormenta, y lancé para vos un venablo, con la intencion de enviaros á los infiernos: pero el horror habia hecho temblar mi mano, y el venablo pasó junto á vos sin focaros y solo os sirvió de aviso para huir: ibais á caballo y escapasteis... no os pude seguir pero me dije: la justicia del rey D. Pedro, hubiera hecho descuartizar á ese miserable por cuatro potros, cortarle despues la mano derecha y la cabeza, arrancarle el corazon, clavar estos tres despojos en una escarpia, para espanto, al lindero del camino, y luego quemar sus restos y arrojar las cenizas al viento. Yo pronuncio contra vos esa sentencia, porque sé que así la hubiera pronunciado mi señor.

Hizo otra mas larga y solemne pausa el ballestero.

— En tercer lugar, continuó, y para concluir pronto, habeis tendido asechanzas á vuestro hermano, le habeis traído ayer á este sitio y le habeis asesinado con el mismo puñal que asesinasteis á vuestro padre; el rey D. Pedro os hubiera mandado mutilar vivo... os hubiera hecho pedazos, se hubiera cebado en vos, porque no sabeis bien hasta donde llegaba la cólera justiciera de aquel valiente rey... tened esto entendido, y comprended con cuanta razon debeis morir.

Sucedió una tercera y mas profunda pausa, despues de la cual empezó de nuevo Juan Diente.

— En cuarto lugar, teñidas aun las manos en la sangre de Pedro-el-Rojo, vuestro hermano, habeis penetrado por una entrada oculta en el castillo; poco despues he visto desde el bosque cruzar vuestra sombra por detras de la ventana de la cámara de Lia; luego se ha apagado la luz y habeis permanecido dentro toda la noche... estoy seguro de que habeis colmado la medida de vuestros crímenes, cometiendo un incesto violento con la esposa de vuestro hermano

asesinado por vos... no sé que castigo hubiera encontrado bastante para esto el rey D. Pedro... yo sé que debeis morir... pero como nunca he cumplido una justicia sin dejar que el reo ajuste sus cuentas con Dios, porque soy cristiano, os dejo solo para que podais recoger vuestra alma y orar.

Juan Diente se apartó medio tiro de venablo del sentenciado, seguro de que no se le escaparia, sentóse tranquilamente al pie de una breña, sacó de un zurrón que llevaba á la espalda un enorme pedazo de carne asada y se puso á comerlo despacio; cuando concluyó, fue al borde del torrente, bebió agua en el hueco de la mano y se encaminó á Juan de Villafranca, que tenia los ojos encarnados de cólera, lívido y amaratado el semblante, y se entregaba á los mas desesperados esfuerzos para romper sus ataduras.

— Veo que ha empleado muy mal su tiempo vuestra señoría, cuando le he dado el suficiente para que á vista de la muerte se arrepienta, y ore, exclamó profundamente el ballestero: peor para vos: ahora concluyamos.

Y con una sangre fria horrible, levantó á Juan de Villafranca, le llevó al borde del tajo, hizo el cuerpo atras, se afianzó sobre las piernas, tomó empuje, y lanzó al espacio al asesino exclamando:

— ¡Traidor, parricida, fratricida é incestuoso, que te trague el infierno como te han tragado las nieblas y las aguas del lago, porque esta es la justicia de Dios!

En efecto, poco despues de haber sido lanzado Juan de Villafranca, su cuerpo se perdió entre la niebla, oyóse un golpe sordo, terrible, como si hubiese chocado en una roca, y luego zumbó á su caída las aguas del lago en la profundidad.

Juan Diente lanzó una sombría mirada al fondo, y luego volvió la espalda á la cortadura, se internó en el bosque y se perdió.

## La tercera generacion.

### XIX.

#### La venganza del rey.

PASARON nueve lunas, y al fin de ellas Lia murió dando á luz una niña.

Dos solas personas habian asistido á la muerte de Lia: un anciano monge del Abrojo y el ballestero del rey D. Pedro, Juan Diente, que algunos meses antes habia entrado al servicio de la viuda de Pedro-el-Rojo, sin que nadie supiese de donde habia venido.

El monge salió llorando; poco despues Juan Diente salió blasfemando, llevando bajo el brazo una caja. Dentro de aquella caja se encerraban dos borceguis moriseos de gran riqueza y preciosa labor: habia tardado Lia en hacerlos cinco años contados dia por dia desde la muerte del rey hasta que habia dejado de existir.

Juan Diente, segun la última voluntad de Lia, habia sido nombrado tutor de su hija, y como aquella hija, á quien se habia puesto por nombre Brenda, habia nacido cabalmente nueve lunas despues de la muerte de Pedro-el-Rojo, y como era indudable la virtud de Lia, y nadie habia llegado á traslucir la entrada y la permanencia durante una noche de Juan de Villafranca en la cámara de su cuñada, todos tuvieron á Brenda por hija de Pedro, y la juraron señora de los estados de Villafranca á falta de parientes laterales en la linea masculina.

Mientras Brenda estuvo en los primeros años de su infancia, Juan Diente no se movió ni un momento de su lado; parecia que con su presencia queria defenderla de la fatalidad que pesaba sobre su fami-

lia. A mas de esto Juan Diente se habia enamorado, porque no hay hombre por feroz que sea, que no se rinda al amor; se habia casado y tenia una hija: esto habia dulcificado su carácter, tenia ya treinta y cinco años y parecia otro hombre.

Pero llegó un día del año de 1379 por el mes de abril: Juan encargó á su mujer el cuidado de Brenda, y montó á caballo, llevando consigo una caja cerrada, un talego de doblas Jucefinas y solos dos escuderos.

Nadie supo donde estuvo: á fines del mes de junio volvió, y desde entonces no volvió á verse en su semblante la nube de profunda tristeza que en otros tiempos le nublabá: acaso esto consistia en que Enrique II de Trastamara, el bastardo asesino de su hermano, habia muerto en Burgos el domingo 29 de mayo, diez dias despues de haberse calzado unos borceguies de belludo rojo bordados de aljofar, que le habian donado entre otros presentes los embajadores del rey de Granada Mohhammet V.



Muerte del rey Don Pedro.

Aquellos borceguies eran los mismos que habia trabajado por espacio de cinco años Lia, pensando en su venganza; lo que contenia la caja que habia sacado Juan Diente de la cámara mortuoria, y aquella caja la misma que junta con un talego de doblas Jucefinas habia sacado del castillo de Juan-sin-Alma.

Cuando fueron examinados aquellos borceguies por los médicos de Enrique II, los encontraron inficionados de tósigo, y entre su tela hallaron un pergamino que decia:

—¡Fratricida! ¡la traicion levantó tu puñal hasta el

trono de D. Pedro, y la venganza de una mujer que llora, te derriba por el pie! ¡Maldito seas!

Enrique II murió con la rabia de saber que habia sobrevivido á su hermano un brazo vengador.

XX.

Brenda.

LLEGÓ el año de 1400. Brenda contaba veinte y seis años, y era la mas hermosa doncella de su raza, inclusa Trenza-de-Oro. Conservábase, sin embargo,

aquel fatal parecido en cuerpo y en alma, que habia existido entre todos los descendientes de Gaston y de Ines de Villafranca: sin embargo parecia que saliese la justicia de Dios, habia levantado su maldicion de sobre aquella familia.

Juan Diente habia acabado de transformarse apareciendo un noble y digno señor de cincuenta y mas años, con su barba blanca, sus cabellos grises, su aspecto distinguido y su traje de caballero. Nadie conocia su pasado, porque, al encargarse de la tutela de Brenda, habia variado su nombre comprando unos papeles ajenos, y se habia casado como Juan de Velasco, montero mayor de la noble casa de Villafranca.

Nadie repetimos, hubiera sospechado en él al antiguo verdugo del rey D. Pedro.

Brenda, educada por un hombre de costumbres duras, se habia hecho una hermosura fuerte y varonil: montaba á caballo con gran destreza, seguía en la caza, con una ballesta en la mano, el rastro de una pieza mayor, se entregaba con placer á ejercicios violentos, y esto, acaso, habia contribuido á darla el magnífico é irresistible desarrollo de su hermosura. Pero al mismo tiempo se habia desarrollado su alma y era violenta, antojadiza y un tanto cruel, lo que formaba un duro contraste con la pureza de sus costumbres y la exaltacion de sus creencias religiosas.

Brenda tenia un alma apasionada, entusiasta por



Brenda de Villafranca

lo bello, por lo fuerte, por lo valiente: era además, una organizacion precóz, y á los quince años se enamoró.

Y se enamoró de la manera mas estraña que puede darse, para que todo fuese escéntrico en ella: aquel amor ateró á Juan Diente, porque recaía en su hijo, niño de diez años, hermoso, es cierto, como un ángel, gentil, noble de corazón, valiente ya, y fuerte, candoroso y apasionado; habia crecido al lado de Brenda, la llamaba su hermana, habian dormido en un mismo lecho, y cuando Juan Diente, crecido ya su hijo, creyó conveniente irle acostumbrando á considerarse como inferior respecto á Brenda y á llamarla

señora, cuando los separó, hubo lágrimas, por una y otra parte: se buscaban, burlaban el cuidado de Juan Diente y seguian llamándose hermanos.

Brenda se hizo mujer, y sin embargo continuó tomando entre sus manos la cabeza del niño y besándole en la boca: pero llegó un día en que aquel beso quemó por primera vez el corazón de Brenda, y le causó rubor; conoció que aquel niño de diez años, no era ya para ella un hermano, sino un amor de la tierra, y enérgica, y acostumbrada á satisfacer su voluntad, fué á buscar á Juan Diente, y parándose delante de él, cubierta de rubor, le dijo:

—Juan, amo á tu hijo: dentro de cinco años, yo

tendré veinte, y él será hombre: para entonces, quiero ser su esposa. Tu eres noble; lleva á tu hijo á la córte, y puesto que yo tengo bastante oro, hazle entrar en la cámara del rey. Que aprenda allí cuanto debe saber un caballero, y, cuando llegue á ese punto, será mi esposo.

Juan había recibido muchas y terribles órdenes sin temblar, y las había cumplido inmediatamente como una máquina que abedece á un resorte; pero ante aquella órden se estremeció y tembló por la primera vez de su vida. Juan Diente, no se deslumbraba, sabía leer en el porvenir consecuencias necesarias de causas presentes, y aunque aquel enlace era una fortuna mesurada para su hijo, comprendió que el carácter violento, impresionable y entusiasta de la jóven, la haría ser en adelante una de esas mujeres para quienes el matrimonio no es un obstáculo, cuando se trata de satisfacer un deseo. Acaso esto se debía á la educacion que se la había dado, y no se ocultó á Juan que nada conseguiría sino irritar á su jóven señora con una negativa: la espuso vivamente su reconocimiento por la honra con que distinguía á su familia, afectó una gran alegría, montó á caballo, y sacó á su hijo del castillo; pero en vez de llevarle á la córte, tomó el camino de León, llegó al monasterio de Sahagun, se avistó con su noble y poderoso abad, le manifestó el conflicto en que se encontraba, y logró que admitiera de paje á su hijo Pedro.

Como por incidencia diremos, que el nombre puesto por Juan Diente á su hijo, era como un homenaje leal á la memoria del rey Don Pedro.

Juan volvió al castillo, y dijo á Brenda, que su hijo había sido admitido en la cámara real. Era la segunda vez que mentía despues que había variado de nombre.

Dos años despues se presentó triste y lloroso á Brenda, á anunciarle la temprana y desgraciada muerte de su hijo á quien segun él había arrojado un caballo. Aquella era su tercera mentira, porque Pedro Velasco había sido entregado por él á un antiguo camarada, capitán de aventuras para que le instruyese con la práctica en las cosas de la guerra.

Brenda lloró, se desesperó, acusó á Dios, y triste, apenada, sin olvidar jamás á su pequeño Pedro que muriendo había llegado á convertirse para ella en un objeto de culto, pasaron tres años. Brenda contaba ya veinte, y había llegado á ser la magnífica hermosura, de quien, por relato de algunos caballeros que la habían visto al acaso, al pasar por el castillo, se decía ser la mas estremada de España.

Juan Diente, que deseaba cesase la causa de la separacion de su hijo, esto es, el estado libre de su señora, creyó que llevándola á la córte y contando con su carácter antojadizo, no sería difícil el que contrajese matrimonio. Pero se engañó. Brenda seguía abstraída, triste; rechazaba las adoraciones de que era un objeto constante, veía con indiferencia las terribles contiendas que por ella concluían generalmente á estocadas, se negaba al trato, y solo se sentía algo mas satisfecha cuando volvía á ver los sitios en que había vivido con Pedro.

Así llegaron al año de 1400 de la era cristiana, y el 26 de la vida de Brenda; como hemos dicho al empezar este capítulo, su hermosura era maravillosa, su pureza sobrepujaba á aquella hermosura, y á estas dos cualidades la tenacidad de sus recuerdos de amor hacía Pedro.

Juan Diente, en vista de esto, entró en cuentas consigo mismo: creyó que á pesar de los instintos que había previsto en Brenda, su amor y su dolor la habían transformado; acabó por convencerse de ello, vió que su hijo podía ser sumamente feliz, y se decidió en la primera ocasion á revelarla que Pedro vivía, que solo su respeto de vasallo le había impulsado á mentir su muerte, pero que en vista del dolor y de aquel extraño y firmísimo amor que tan

fiel se mostraba al recuerdo de un niño, no tenía valor para presenciar su sufrimiento etc... Juan Diente pensó muchos días en cómo haría esta revelacion; pero, por un acaso inesperado, de repente Brenda cambió, volvió el color á sus mejillas y la risa á sus labios; se animó, asistió á las fiestas y á los saraos y se hizo comunicativa.

El secreto de esto, no tardó en aclararse para el abortivo Juan; Brenda le declaró formalmente un día, que no tenía vocacion de monja, ni de doncella, que había pensado en casarse y que se casaba.

Y en efecto Brenda, siempre escéntrica, siempre caprichosa, se casó ocho días despues con un caballero mallorquin, llamado Men Jorge de Santa Cruz, de cuarenta años de edad, caprichoso, feo, sucio, pobre, y lo que sobre todo desesperaba á Juan Diente cobarde. Esto era tanto mas extraño, como que Brenda había rechazado con indignacion los tímidos homenajes de Enrique III, que aunque enfermo, era un hermoso mancebo, y había mirado con un humillante desden las pretensiones matrimoniales de mas de un noble, jóven, gentily poderoso infanzon.

—El rey D. Pedro, se dijo Juan Diente cuando todo estuvo concluido, antes que consentir esto hubiera hecho una atrocidad... este es un crimen de lesa hermosura, de lesa naturaleza; á tener yo veinticinco años, antes que sufrirlo hubiera roto el cráneo á ese grajo calvo. Mejor era mi hijo... pero me alegro que no sea él; ¡voto va! hubiera sido capaz esa loca de haberle..... de haberle hecho un agravio por un negro de Etiopía.

Juan Diente no tuvo que pensar mucho en esto porque por resultado de la muerte de su mujer murió, dejando á su hijo un nombre aunque supuesto honrado, algunos miles de doblas y el encargo de no volver jamás por el castillo de Juan-sin-Alma ni por la córte.

Desde la muerte de Juan Diente, el castillo de Juan-sin-Alma donde residían los esposos, tomó un aspecto fatal: en vez de las apuestas doncellas que antes servían á Brenda y de los gentiles escuderos, de los hermosos pajes, de los valientes monteros y demás servidores que constituían su córte, por decirlo así, de rica-fembra, poblaron el castillo dueñas amarillas, flacas y aviesas, verdaderas brujas con faldas, de horribles cataduras, voces chillonas y semblantes barbudos, pajes entecos y tísicos y escuderos estúpidos y casi salvajes; las góticas galerías del castillo repetían con un gemido los pasos de aquellas gentes, los pájaros huían espantados de sus almenas, y parecía que una nube opaca, constantemente posada sobre él, le robaba la clara y radiante luz del esplendente sol de España.

Men Jorge, mas que marido amante, como debía suponerse que lo fuese, atendidas la hermosura, la alcurnia y las riquezas de su esposa, era un tirano odioso, insoportable, nauseabundo, exigente y ridículamente caprichoso. Apesar de esto Brenda parecía cada vez mas enamorada y mas feliz, crecía su hermosura, pero como si Dios hubiese maldecido aquel enlace monstruoso, pasó un año y otro hasta tres sin tener hijos.

Todas las tardes Men Jorge de Santa Cruz, montaba á caballo, salía del castillo y solo, sin otra compañía que un gigantesco perro negro, se encaminaba á un molino, situado cerca de la Abadía del Abrojo: aquel molino estaba habitado por un judío miserable y viejo al que acompañaban cuatro mozos: pero jamás durante la permanencia de aquellas gentes, había entrado un costal de trigo: el agua se derrumbaba inutilmente por las canales sin agitarse nunca en blanca espuma con el movimiento de las ruedas; los campesinos de los alrededores huían por instinto de él, y Jonatham y su servidumbre se fastidiaban de ocio.

Cuando Men Jorge llegaba al molino arrojaba las riendas de su caballo, á uno de los mozos, y sin decirles una sola palabra, ni saludar á Jonatham, que parecia no reparar en él, penetraba, subia unas escaleras, atravesaba algunas habitaciones y entraba en un retrete, cuyo buen gusto y cuya riqueza le hacían extraño en aquel lugar y donde, tendida sobre un divan, habia una dama en la cual la demacracion, y la palidez mas horrible habian convertido en un espectro repugnante, una hermosura estremada, como podia comprenderse á la vista de las formas: aquella mujer tenia los ojos lúcidos, grandes, poderosos, pero mates y vidriosos, y su color, antes negro como el ébano, se habia convertido en un verde amarillento é impuro; aquel ser mas que una mujer era un espectro en el que no podia marcarse una edad, puesto que á veces sus ojos brillaban con la fuerza de juventud de una niña, y otras se apagaban muertos y vagos como los de una mujer decrepita. Lo rico y maravilloso de su traje contrastaba duramente con su cuerpo horrible y enflaquecido, y su tocado de perlas parecia un mudo sarcasmo entre sus cabellos grises, asquerosos, indómitos y rígidos como crines.

Sin embargo, Men Jorge, que se mostraba grosero y duro hasta la crueldad con Brenda, que á pesar de esto le amaba, rendia un culto de fanática adoracion á aquel vestigio humano, en cuya hundida y desierta boca, sellaba por salud un ardiente beso. Despues se sentaba en el divan, sacaba de su seno un vaso de oro y lo presentaba á aquella mujer que vertia en él una sola gota de sangre arrancada de su mano derecha. Siempre que esto tenia lugar, es decir, todos los dias á punto de ponerse el sol, aquella mujer esclamaba.

—Ten presente, Jorge, que cada gota de mi sangre es un dia de mi vida y que apenas tengo para diez años. Si al cumplirse no brota una gota de mis venas, todo ha concluido: mueres y muero.

—Diez años es mucho tiempo, contestaba Men Jorge, despues de lo cual volvía á besarla en la boca, guardaba el vaso, cuidadosamente cerrado en su seno, salia, montaba á caballo y se trasladaba al castillo. Todas las noches á la hora de la cena, aparecia junto á Brenda el vaso que su esposo habia llevado al molino y bebía en él: su amor, que disminuía durante el dia hasta apagarse casi al final de la tarde, volvía á renacer con una fuerza irresistible, se embriagaba en él y caía enamorada y loca en los brazos de Men Jorge.

Esto miente la tradicion, y dice ademas, que del mismo modo que Men Jorge iba todas las tardes al molino, un monje de la abadía, el tercero que habia recibido el legado de la última voluntad de Juan-sin Alma, entraba todas las noches al mediar de ellas, en el panteon de la familia maldita, y oraba con las lágrimas en los ojos y el dolor en el corazon. Aquel hombre habia sido, un gran criminal, cuya alma se habia abierto al remordimiento, que practicaba la vida mas ascética, y que era tenido por santo. Habíanle elegido Abad del Abrojo, y nunca se habia visto á la comunidad mas morigerada y sujeta á la regla. Aquello era un verdadero milagro.

Llegó el primer dia del año de 1403 y Men Jorge fué, como siempre al molino. Subió segun su costumbre y encontró á la judía, mas inquieta, mas enferma, mas feroz que de ordinario.

—¿Por qué me rechazas, Ester? la dijo viéndose repelido por ella.

—El peligro avanza por la parte del Norte, y la virgen maldita tendrá un hijo, esclamó Ester.

Men Jorge tembló.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Me he sentido horriblemente inquieta, he visto horribles visiones, he soñado.....

—¿Y qué has soñado?

—Un caballero alemán, cabalga esta noche hacia el castillo.

—¿Y qué importa? ¿No han llegado otros? El bosque guarda sus cuerpos. Será uno mas.

—Es que una nube oscura envolvió mi sueño, y solo oí en medio de ella los gritos de un reciennacido.

—Eso es imposible, Ester..... Brenda está virgen y me ama: á mas de eso nadie puede penetrar en el castillo sin esponerse á la muerte.

—Jonatham ha consultado las estrellas.

—¿Y qué le han contestado?

—Que la familia maldita no se extinguirá en Brenda y que nacerán aun dos mujeres de su raza.

Men Jorge, lanzó una repugnante carcajada de incredulidad, y presentó como siempre á Ester su vaso en que esta derramó una gota de sangre.

—La virgen de la raza condenada no será madre, Ester, la dijo porque no lo quiero yo, y me ayuda tu poder.

—Pero mi poder viene de Satanás y sobre ese poder está el poder de Dios.

—Pues bien, entre Dios y Satanás, esclamó sacrilegamente Men Jorge, veremos quién vence á quién.

Y guardó como otras veces el vaso en su seno, besó á Ester en la boca y partió.

Pero antes de que llegase al castillo los atalayas vieron entre los árboles la forma de un monje cuya blanca barba brillaba á los rayos verticales del sol poniente. De vez en cuando, aquel monje entonaba una lánguida salmódia, y lanzaba una bendicion en forma de una triple cruz al castillo, despues de lo cual desaparecia y volvía á aparecer en otro punto en el que practicaba lo mismo. Y así bendijo una tras otra todas las torres, muros y cabsas, sin olvidar una almena ni un rastrillo.

Los atalayas y los soldados, que eran impíos como su señor, tomaron á locura las bendiciones y los salmos del monje, y por desprecio dejaron quietos los venablos en las aljabas.

¿Por qué aquel anciano monje, lanzaba á aquellos muros malditos la bendicion de Dios?

Oíd lo que pasó por entre las tinieblas de la noche anterior.

Oraba en el panteon de los Villafrancas: un blandon amarillo ardía delante del Cristo del altar y su luz estaba rodeada por una roja aureola. Dominaba un silencio solemne, á traves del cual se escuchaba leve y aspero un crujir continuo, que podia tomarse por el roer de la polilla de las tumbas. De repente, á traves de muros y bóvedas llegó hasta él un sonido lejano, lento y grave: el toque de maitines de las campanas de la Abadía. En aquel momento, la roja aureola de la luz se dilató, se condensó, tomó cuerpo y apareció ante el monje, pasando como una vision, un espectáculo extraño.

Vió un mar cubierto por una noche lóbrega, á la que iluminaban sucesivamente los relámpagos de la tempestad: sobre las hinchadas olas de aquel mar, rebotando como un corcé de batalla á quien su ginete hunde en los hijares los acicates, vió una galeota, desgarradas las velas, destrozada la jarcia, roto el timon y arrastrada por las olas; luego vió horribles escollos, contra los cuales fué la nave á estrellarse y despues el mar lo cubrió todo: flotaron por algun tiempo luchando con la muerte los hombres que habia conducido, y el mar los fue tragando uno á uno hasta no quedar mas que un jóven vigoroso que nadaba hacia una pequeña playa, abierta entre dos rocas. Despues aparecieron algunas gentes con antorchas, entre las cuales venia un venerable anciano: el naufrago fue socorrido, cuando al tocar á la arena le faltaban las fuerzas, y conducido á una casa que se veia en la punta del promontorio.

Borróse aquella vision y se presentó otra, com

acontece con los cristales de una linterna mágica.

Era una cámara en que todo revelaba el gusto hebreo: el náufrago estaba tendido en un lecho, y el mismo anciano que le había socorrido acompañado de un médico y de algunos esclavos le hacía volver en sí: durante algún tiempo, solo vió el monge un cuadro semejante al que representase un enfermo á quien se dan los primeros auxilios. Despues que el anciano salió, salieron uno tras otro el médico y los esclavos y quedó la cámara lángidamente alumbrada por una lámpara, y el náufrago dulcemente dormido en el lecho.

Pasó algun tiempo. Luego se levantó un tapiz y adelantó una mujer con una lámpara en la mano. Aquella mujer era muy jóven y admirablemente hermosa: Dios había teñido sus ojos, sus cabellos y sus cejas con el mismo color con que había ennegrecido á la noche, había puesto su luz en su mirada, su sonrisa en sus labios, y en su tez la blancura diáfana de la aurora: su talle se balanceaba al andar como un arbusto impelido por las brisas, y su flotante y blanca túnica era en ella como la pura y cándida nubecilla que rodea el disco de la luna en una noche serena.

Apenas había llegado su vida á los quince años, y ya ardía en sus ojos el intenso fuego engendrador del deseo que hizo perder á Eva el Paraíso.

Y se acercó al lecho, y contempló al náufrago y le amó; le besó en la frente y salió.

Luego una nube opaca fue ocultando la vision hasta envolver la sombra, y despues lentamente volvió á aclararse, y apareció la ribera del mar, en ella una gruta revestida de ovas, algas y espadañas, y sobre la menuda y blanca arena que todos los dias cubria la salobre onda, vió el anciano monge á la mujer de la vision anterior y al náufrago robusto ya y hermoso. Si ella era comparable por su hermosura á Eva, él por su gentileza y su robustez, por lo magnífico de sus formas y lo dominador de su frente, podia compararse á Adam. Y se abandonaban á su amor, sin tener otros testigos que las olas y los delfines que levantaban sobre ellas las cabezas y miraban con envidia á los amantes.

Pasó tambien aquella vision, y apareció otra. El náufrago departía con el viejo hebreo, que le escuchaba sombrío. Por los ademanes del mancebo se traslucía que hablaba de amor. El anciano le contestaba irritado, le reprendía ágricamente y le arrojaba de su casa. El jóven entraba en una barca y se alejaba de la isla, pasaba la tarde y venia la noche; á pesar de ser muy oscura, el monge cuya mirada se había hecho lúcida, veía una barca deslizándose sobre las ondas tocar calladamente en la arena y saltar en tierra un hombre, que trepó por la roca y llegó á un postigo de la vivienda del anciano, al que llamó. Abrióle una mujer. Los dos amantes se abrazaron llorando. Luego subieron una escalera, abrieron una puerta, atravesaron algunas habitaciones desiertas y oscuras, y llegaron á otra levemente alumbrada por una lámpara, y en cuyo fondo había un lecho: en aquel lecho dormía tranquilamente un anciano. El mancebo se acercó recatadamente al lecho, mientras ella, pálida y fatídica guardaba la puerta. Brilló un puñal en las manos del mancebo, se alzó sobre el anciano, se suspendió un momento sobre su costado y luego se clavó en él hasta la empuñadura. La víctima se estremeció, y luego todo acabó. El puñal volvió á abrirse paso tres veces á traves de su carne. Y ella y él, los dos infames asesinos, sacaron de debajo de los almohadones del lecho del asesinado un haz de llaves, abrieron algunas arcas de hierro que rodeaban la cámara, y sacaron de ellas estuches llenos de riquisimas alhajas, que guardaron entre sus ropas.

En aquel momento se levantó otro tapiz y apareció

otro hombre anciano con traje hebreo, que habló en secreto con la jóven, y tomó de las arcas una parte del tesoro que ocultó bajo su túnica. Despues aquellos tres seres salieron, atravesaron las mismas habitaciones, bajaron las escaleras, pasaron el postigo, descendieron á la ribera, entraron en la barca y bogaron hácia una galeota que se balanceaba á lo lejos sobre las ondas.

Entonces el cielo se inflamó, trocóse el mar en sangre, y se columpió en las alturas un terrible arcángel de fuego; su brillante mirada se posó en los asesinos, sus brazos se extendieron hácia ellos, y luego los cabellos de la jóven encanecieron como si hubiera pasado por ella un siglo, sus ojos se apagaron tornándose de un color impuro y vidrioso, su rostro enflaqueció, sus manos, su cuello y sus hombros se secaron como los de un esqueleto, y se convirtió en un ser desconocido, la que poco antes era un portento de hermosura. Y él, mancebo y gentil, se trocó en un ser miserable, súcio, feo, repugnante y viejo, y el semblante del que los acompañaba se aguzó, tinóse del color del azufre, y alrededor de sus ojos se marcó un círculo rojo.

Y el arcángel vengador y la atmósfera de fuego y el mar de sangre y la barca y los tres asesinos desaparecieron de repente como desaparece el relámpago que enrojece por un momento la negra tiniebla de una noche de tempestad.

Pero el monge había tenido tiempo de reconocer en él á Men Jorge de Santa Cruz, en ella á la judía que alguna vez asomaba su fatídico y horrible semblante á una ventana del molino del Abrojo y en el que los acompañaba al molinero Jonatham.

Y volvió á esclarecerse la tiniebla. El monge vió á Brenda de Villafranca, rodeada de adoradores, á quienes su desden enloquecía; entre ellos, como un reptil entre hermosos frutos, se arrastraba tambien á sus pies Men Jorge de Santa Cruz. Brenda le rechazaba con horror, y una sonrisa satánica lucía en la horrible boca de aquel hombre.

Y luego el monge vió un festin en que Brenda era la reina. Y había en él hermosas damas, gentiles caballeros y trobadores que pulsaban sus laúdes y hacían retumbar dulcemente en la cámara cantares de amor.

Y vió en un ángulo de la cámara á Men Jorge que mostraba á un escanciador un pomo y un bolsillo, y vió que aquel los tomaba, y que á la hora de las livaciones bertia el pomo en la copa de oro de su señora, y despues la llenaba de espumoso vino y se la presentaba, y Brenda la bebía. Y desde entonces la hermosa dama miró con un amor inmenso á Men Jorge, y le perfirió á los demás y habló con él estrechecida de deseo.

Y llegó un punto de la vision en que el monge vió que Men Jorge llevaba á Brenda al altar, y que un sacerdote le desposaba, y que dueñas y doncellas conducían á la novia á la cámara nupcial.

Y nunca el esposo pasó la puerta de aquella cámara, ni sus fétidos labios se posaron en los frescos labios de Brenda, ni su mano se enlazó á la suya desde que fueron esposos.

Pero todas las tardes á punto de ponerse el sol, Men Jorge montaba á caballo, y se encaminaba al molino del Abrojo y entraba, besaba en la frente á la horrible judía, se entregaba á su amor impuro, y luego ella se arrancaba una gota de sangre que vertía en un vaso de oro, y en aquel vaso bebía Brenda su vino todas las noches, y renacia su amor y su pena, porque jamás se acercaba á ella Men Jorge, ni pasaba los dinteles de la cámara nupcial.

Y cuantos caballeros, mesnaderos ó villanos pasaban cerca del castillo eran asesinados, y Brenda no veía á nadie, sino á su esposo y á su feroz servidumbre.

Y al llegar aquí terminó la vision, la aureola de la luz se redujo á su estado natural, y el monge dudó si aquello habia sido un sueño ó una realidad. Dudó y oró, y tras su oracion, una suave ambrosia inundó el espacio que se iluminó con una luz diáfana como si se hubiesen rasgado los cielos, y un hermosísimo mancebo descendió, y el monge al verle cayó de cara contra el suelo. Y retumbó en el panteon una voz vibrante y sonora superior al trueno, y el monge la oyó, y aquella voz decía:

«Yo soy el ángel del Señor que guarda su justicia. Escucha lo que harás, porque está escrito, y es necesario que lo que está escrito se cumpla:

Hubo un hombre malo y matador en la parte de Oriente, y aquel hombre se llamaba Zaib.

Y Zaib era descendiente de una raza pecadora y abominable, que habia teñido su camino con sangre de sus hermanos.

Y Zaib surcó las aguas, y robó sobre ellas á los mercaderes, y robó á las doncellas y tomó su virginidad, y las vendió como el ganadero vende su buey y su oveja.

Y el Señor vió la iniquidad de Zaib, y dijo al ángel de la tempestad:

«Vé y desencadena al huracan, toma mi rayo y lánzate con él y con el trueno sobre las aguas.

»Que la nave del que desconoce mi ley sea llevada sobre las ondas como una paja por el aquilon.

»Y perezca la nave y los que en ella van; pero no perezca Zaib, porque escribió está que consume su iniquidad adorando al que siendo casi lo que yo, quiso ser mas que yo.

»Ve, hijo de la eternidad, mi rayo está en tu mano, y mi cólera en tus ojos.»

Y el ángel partió y cayó sobre el mar como una tromba, y el firmamento se encapotó en negros vapores, y las olas se hincharon, y zumbó el huracan, ardió el rayo, inflamóse el abismo con su luz, y precedióle el trueno, estremeciendo la inmensidad.

Y la nave fué llevada como una paja, segun la voluntad del Señor, y se rompió contra los escollos de la isla de Paros, y nadie se salvó sino Zaib, porque esta era la voluntad del Señor.

Y Zaib encontró hospitalidad y amparo en la casa del justo, y la hija del justo le amó y pecó, y se reveló contra su padre que destinaba su castidad á Dios.

Zaib la pidió por esposa al justo, y Raquel no fue esposa de Zaib, antes la sangre de Jucef cayó sobre él y sobre la hija parricida y sobre el esclavo, que hubieron robando sus tesoros á Jucef.

Y sucedió como has visto en la vision: el ángel de la venganza, enviado por el Señor, maldijo á los miserables, y sus carnes se secaron, y sus cabellos encanecieron, y sus ojos se apagaron, y deboró sus almas el remordimiento.

Y Zaib desesperado, evocó al enemigo de Dios y le adoró y le pidió ayuda.

Y Satanás le dijo:

Yo os volveré vuestra juventud y vuestra hermosura, si me servís.

Y he aquí como habeis de servirme.

En las tierras de Occidente, sobre la peninsula que llaman los hombres España, vive una doncella en la que se cuenta la tercera generacion de una raza maldita.

El señor los ha sentenciado por su iniquidad y yo quiero que esa sentencia no se cumpla.

Es necesario que Brenda sea la última de esa raza, porque no se cumpla la voluntad del Señor.

Y contareis desde hoy catorce años. Si durante esos catorce años, que es la vida que se cuenta para vosotros, Brenda no tuviere hijos, volvereis á vuestra juventud y á vuestra hermosura, y yo os haré poderosos y ricos sobre todos los ricos y poderosos.

Pero si Brenda tuviere dos hijos uno al principio y

otró al fin, malditos sereis tambien por mí como lo habeis sido por el Señor y me lanzaré sobre vosotros y os despedazaré y os llevaré conmigo á los profundos.

Y Zaib adoró á Satanás y Satanás le dijo;

Escucha lo que harás:

Yo te daré don de lenguas, y te haré heredar un nombre ilustre y te llevaré á la corte de Castilla. Y allí conocerás á Brenda que no te amará.

Pero harás que Raquel saque sangre de sus venas, y la harás beber á la virgen maldita envuelta con su vino; y la virgen te amará:

Y te preferirá á todos y te hará su esposo.

Pero tu no consumarás matrimonio con ella, si no que todas las noches la harás beber en su vino una gota de sangre de Raquel.

Y su amor hacia ti no se extinguirá.

Y tendrás contigo gentes feroces que maten á cuantos se acerquen al castillo, porque hombres no puedan ver á Brenda y enamorarse de ella.

Y si pasasen así desde hoy catorce años, lo que os he prometido se cumplirá.

Zaib hizo así como Satanás se lo habia ordenado, y he aquí que desde que la conoció hasta su casamiento ha pasado un año y otros tres desde su casamiento acá.

He aquí que empiezan á correr los diez años que concede Dios de vida á Zaib y Raquel.»

Calló el ángel y el monge contestó estremecido.

—¿Que he de hacer santo ángel, para que se cumpla la voluntad del Señor?

—Escucha lo que harás contestó el espíritu:

Mañana á punto que el sol trasponga, mientras Zaib pide á Raquel una gota de su sangre, rodeará el castillo de Juan-sin-Alma, y le bendecirá del sol naciente al ocaso, y del centro al septentrion; sin olvidar una torre ni una almena y cuando esto haya acontecido, orará toda la noche, porque así es la voluntad del Señor»

Y acabadas estas palabras el ángel desapareció en la altura, y volvió la tiniebla, y solo quedó en el panteon un suavísimo perfume que duró por muchos dias.

He aquí por qué un anciano monge bendecía el castillo de Juan-sin-Alma, en el mismo punto en que Men Jorge de Santa Cruz ó Zaib, como mejor queramos, safa del molino, y avanzaba al galope de su caballo hacia el castillo.

Entonces aconteció una cosa estraña: cuando dió vista á él le encontró velado tras una niebla densa que le cubria como una aureola fantástica mientras los horizontes cercanos se detallaban perfectamente, y la luna empezaba su curso en un ambiente diáfano: Men Jorge creyó que sus ojos le finjian aquel espectáculo y aguijó á su caballo: pero á medida que este adelantaba pareció huir el castillo. El caballero aguijó aun y el castillo continuó huyendo con una velocidad igual á la del bruto, y conservando siempre una misma distancia. Men Jorge creyó que el diablo, su señor, el jugaba una mala pasada y recordó el aviso de Raquel: entonces lanzó su caballo á toda su carrera, pero en vano: el castillo corria delante de él envuelto en su manto de niebla y corrian las rocas y corrian los arboles: aquello era infernal.

Y pasaron horas tras horas, y el caballo, se detuvo y cayó muerto de fatiga arrojando sangre por la boca y por las narices.

Men Jorge se sentó sobre una roca y esperó bajo el frío de la noche á que cesase aquel encanto. Era ya muy tarde á juzgar por las estrellas. Detrás de la niebla que rodeaba el castillo, se vió brillar una luz tras la ventana de la cámara de Brenda. Men Rodriguez diviso dos sombras vagas; una como de hombre; otra como de mujer, que parecian hablar con gran interés: luego las dos sombras se acercaron, se enlazaron sus brazos, se unieron sus cabezas desaparecieron y la luz se apagó.

Men Jorge concibió una horrible sospecha: dentro

del castilló no existía una mujer á quien razonablemente y sin estar dejado de la mano de Dios, pudiese consagrar sus amores un hombre, y aun suponiéndolo no era de creer que hubiesen elegido para ello el reñete de Brenda : aquella mujer que habia desaparecido en la sombra entre los brazos de un hombre no podia ser otra que la castellana.

El diablo, pues, faltaba á su pacto y Men Rodriguez le acusó.

Apenas el antiguo pirata habia formulado esta acusacion en su pensamiento, cuando se oyó ruido entre el ramaje y adelantó hasta Men Jorge una figura humana en la forma y terriblemente sobrenatural en la espresion. Vestia un traje de montero de la época y llevaba en las manos un venablo con cuya punta se limpiaba la dentadura, como quien se sirve de un mondadientes; llevaba la cabeza descubierta y su cabellera larguísima, revuelta, de un color azul impuro, lanzaba de sí un reflejo pálido, tenue, nebuloso; su semblante era largo, cetrino, dividido por una nariz enorme y rasgado por una boca incommensurable, que sonreia con un desprecio tan refinado, tan profundo como el que puede suponerse bastante para hacer brotar la cólera del alma mas páfida, mas insensible, mientras sus pequeños ojos, ardientes como carbunclos, se reian tambien provocadores é insolentes hasta lo infinito.

—Eres un necio, dijo parándose ante Men Jorge.

—Sí, ciertamente necio, puesto que he confiado en tus promesas.

—Es necesario concederte una necesidad incurable: si tú no la poseyeses hasta un punto increíble, sabrias que el diablo no puede prometer, sino ayudar, hacer mas fácil un camino por los medios que están á su alcance. Tu me has maldecido, y no ha sido ciertamente tu maldicion la que me ha traído, sino el estímulo de verte sufrir : vamos ¿qué dices de lo que sucede á Brenda ?

—Digo que mi mujer es una miserable y tú un embustero.

—Necedad de necedades y todo es necesidad. En primer lugar la que llamas tu mujer no es tu mujer ni puede amarte mas que por veinticuatro horas, mientras dura el poder del hechizo de esa gota de sangre que es un día de la vida de Raqué! : en segundo lugar, como la bendicion de Dios defiende de tí el castillo, no has podido llegar para hacer que Brenda tome el bebedizo que habia de inflamarla durante el espacio de otro día en tus amores, y he aquí todo: ella está libre de mi encanto y en este momento ni te conoce ni te recuerda, del mismo modo que mañana no se acordará de lo que pasa por ella esta noche: en cuanto á mí cedo á un poder superior al mio.

—¿Y qué sucederá esta noche? exclamó trémulo de emocion Men Jorge.

—Lo mas natural del mundo : un caballero ha llegado al castillo.

—Eso ya lo sabia.

—Pero lo que no sabes es que tus gentes le han franqueado su rastrillo.

—Eso quiere decir que mañana colgaré de dos en dos de las almenas á mis hombres de armas.

—Harás mal, porque eso será una atrocidad inutil y perjudicial para tí.

—¿Es decir que crees una atrocidad el castigar la inobediencia de mis vasallos?

—Tus vasallos, ó por mejor decir los vasallos de Brenda, no recordarán mañana, como ella, lo que ha pasado esta noche : crearán una crueldad lo que hagas con ellos, y esa crueldad hará que supongan en tí una fiera, que nadie se atreva á servirte y te veas reducido á servir de doncella, de cocinero y de lavandera á tu mujer : yo, que espero tener en tí uno de mis mejores vasallos, te amo y no quiero que lo pases del todo mal durante los diez años que te quedan de vida.

—Repito que eres un infame, que me has engañado de una manera innoble.

El diablo soltó una larga carcajada que hizo despertar despavoridos á los habitantes de veinte leguas en contorno.

—Bien sabia yo que habia de divertirme un rato contigo, cuando dejé las bodas que he hecho entre un viejo usurero y una mujerzuela : he casado á la lujuria con la codicia, lo que no dejará de producir buenos resultados para el infierno : ¿no comprendes mentecato que yo no me ocupo en otra cosa que en apilar el mal que el Señor, por un misterio insondable, ha contrapuesto al bien? Vamos, tranquilízate: de todos modos tu no hubieras ganado gran cosa en que se cumpliesen nuestros intentos : hubieras gozado por algunos años la hermosura de Raqué!, y al fin hubieras venido á parar á mí: tu rujes y te desesperas cuando nada has perdido en comparacion de lo que yo pierdo... si nuestro pacto hubiera tenido el resultado que yo deseaba, hubiera contrariado por la primera vez la voluntad de Dios... la raza maldita de los Villafranca se hubiera estinguido en su tercera generacion de réprobos... no hubiera aparecido la cuarta... lo que era lo mismo que borrar lo que habia sido escrito por el Señor en la eternidad... esto era un triunfo... y un solo triunfo es una esperanza... una esperanza en mí... vamos, es inútil que yo gaste espresiones contigo porque no me comprenderias... ¡Miguel no me comprende y hace una eternidad que nos conocemos!

—¿De modo que Brenda tendrá un hijo?

—Escucha : aun quedan algunas horas de noche: no quiero que seas como la generalidad de los esposos, que son los postreros en saber que son burlados: en este momento aun es Brenda la mujer pura que lucha con las pasiones, con la tentacion...

—¿Y llamas pura á una mujer que se entregó al primer advenedizo!

—En la vida todo lo hacen la situacion y la ocasion : tal mujer habrá que se creará una santa porque ha resistido durante años y años á un hombre á quien cree amar, y que caerá en un momento dado ante un hombre á quien ve por la primera vez. Vosotros los hijos de Adam os creéis sabios, y lo primero que desconocéis es vuestro corazón. Por eso digo yo necedad de necedades y todo es necesidad.

—Pues bien, yo te juro, exclamó en el colmo de la irritacion Men Jorge, que no nacerá el fruto de esa debilidad.

El diablo lanzó otra carcajada mas hueca, mas vibrante que la primera.

—Yo con ser yo, no puedo robar un solo momento á la vida de un hombre y tu pretendes tener poder para esterminar, para oponerte á la voluntad de Dios : en verdad, en verdad que no se me habia ocurrido que fueses tan asombrosamente ignorante y vano. Lo que está escrito se cumplirá. Ahora si no quieres pasar la noche solo y fastidiado, te contaré quién es el que en este momento es bastante necio para encontrar una felicidad suprema en los brazos de tu esposa.

Men Jorge se sentó sobre su caballo, apoyó los pies en su perro, y esquivó el mirar al diablo, como una persona que no atreviéndose á decir á otra que le molesta su presencia, apura todas las demostraciones posibles de indisplencia y de fastidio.

El diablo no pareció hacer caso de la groseria de su afiliado y empezó en estos términos.

—Micer Arnaldo de Kreisberg, es un caballero Aleman, natural de Brandembourg, muy dado á las aventuras y á las correrias. La corte de Castilla era lo último que le quedaba que conocer en Europa y vino á ella. Desde su llegada no han pasado mas que tres dias.

Brenda de Villafranca, en el tiempo que estuvo en la corte, causó una gran impresion por su hermosura y al alejarse de ella, la dejó un recuerdo inolvidable.

Micer Arnaldo oyó elogiar su hermosura, y la fealdad de su marido, su cobardía, su sordidez. En la corte tienen de tí una idea tan desfavorable, cuanto es exagerada la que han concebido de tu esposa, y la envidia que causó tu casamiento con ella ennegrece los colores del retrato con que te favorecen. El alemán, que habia jurado, confiando neciamente en su gentileza, poseer la dama mas hermosa de Castilla, halló una ocasion propicia, y juró ser amante de Brenda.

Los hidalgos que escucharon este pensamiento, se le rieron en las barbas.

Representáronle en primer lugar el celoso cuidado con que impedias la entrada en el castillo, y el alemán apostó su espuela derecha, á que pasaba su poterna y llegaba hasta la cámara de honor. Los contrincantes apostaron sus dos espuelas en contra, y dando por supuesto que ganase, le representaron la imposibilidad, aun dentro del castillo, de llegar á ver á Brenda.

El alemán apostó los herretes de oro de su justillo á que cenaria entre Brenda y su esposo, y sus opositores le apostaron hasta las agujetas de sus greugesos.

Vencida que fuese esta dificultad, Micer Arnaldo apostó la caperuza y los cascabeles de plata de su balcon á que, para librar á la hermosa dama de un marido tan ridiculo como tú, te arrojaría de cabeza por una ventana y partiria despues del lecho con tu esposa. En cuanto á lo primero, nadie se atrevió á apostar, porque el alemán es un bravo caballero, y tú tienes en la corte una estupenda reputacion de cobarde; pero en lo de comunidad de lecho con Brenda hubo apuestas y empeños disparatados. Esto acontecia anoche, ó por mejor decir, anteanoche, porque ya estamos cerca del amanecer de un nuevo día. El alemán montó ayer á caballo, y mientras tú veias huir delante de tí el castillo, llegó á él y tocó su bocina en la poterna.

La bendicion de un ministro del Señor que ha hecho inaccesible para mí y para tí el castillo, habia transformado tambien á tus gentes, haciéndolas buenas y tratables. El alemán pidió hospedaje, y el rastriño se franqueó para él.

Micer Arnaldo, que habia tenido mucha cuenta de proveerse de un escribano que diese fe de lo que aconteciese, se dió por provisto de espuelas de oro para un siglo, puesto que habia ganado su primera apuesta. Estaba en la cámara de honor.

Pero el alemán olvidó de todo punto su porfia cuando se abrió la puerta y apareció Brenda precedida de dos pajes. Se sintió subyugado por uno de esos amores que yo inspiro, y en los que no cree el mundo, porque no sabe hasta donde alcanza el poder de una predestinacion: uno de esos amores, que son un tormento, que deboran el alma y el cuerpo, que se desarrollan, crecen y se fijan en el tiempo estrictamente necesario para que cruce una mirada. Micer Arnaldo se creyó delante de una hada ó de una willi, todos los objetos excepto ella desaparecieron para sus ojos, y enloquecido, trémulo se arrojó á sus pies.

Y ella le levantó en sus brazos, porque yo, alejado de las bodas del usurero y la ramera mientras el ministro del Señor nos unia con su bendicion, aproveché aquel momento para inflamar el alma de Brenda despues de lo cual me volví á mi primera ocupacion, seguro de que mi presencia no era ya necesaria en el castillo.

—¡Por mi eternidad! Zaib, apesar de mi caida, conservo cierta pureza en la palabra... lo que no deja de ser una mala costumbre adquirida allá en los cielos, y de la que no han podido corregirme las impurezas de los millares de generaciones que han pasado bajo mí desde Adam acá... Lo cierto es que el alemán te ha soplado la dama, y te ha impedido el que Raquel

vuelva á su juventud y á su hermosura, porque Brenda será madre dentro de nueve meses.

—¡Satanás! ¡tu eres un infame! exclamó Men Jorge arrojándose furioso al diablo, que se desvaneció en humo lanzando otra tercera y mas tremenda cargajada.

—No quiero enojarme contigo, le dijo, apareciendo de nuevo, porque conozco que lo que te sucede es para desesperar á un santo: por lo mismo ya que para tí soy invulnerable, quiero procurarte una sola gota de venganza para que refresques con ella por un momento tu alma.

—¿Y qué venganza me darás?

—Tienes un hermoso perro de Africa, cuya natural ferocidad aumentaré hasta convertirle en un leon.

—¿Qué despedazará á Brenda?...

—Brenda está fuera del alcance de mi poder... pero te doy el alemán y el escribano.

—Los acepto, exclamó trémulo de rabia Men Jorge, ¿y tardará eso mucho?

—Ya amanece... con la luz del dia ha cesado la fascinacion de Brenda... mira como la niebla que envolvía al castillo se desvanece... ya está para tí franco su camino... el alemán sale... el escribano le acompaña... tus hombres de armas y tus servidores han vuelto á ser lo que eran, y Brenda ha olvidado los acontecimientos de la noche... vé, tú olvidarás lo que yo te he revelado, y verás loca á Brenda cuando te hable del hijo que creará tuyo... cuando despues te lo pida... dentro de poco la muerte sellará los labios de las dos únicas personas que podrían comprometer tu honra; los hombres que no creerian al amante; creerian al escribano, porque está escrito que el mundo dé mas crédito á la mentira que á la verdad. ¡Vamos, adios! la luz del dia me incomoda, y ya no necesitas que yo te haga compañía, Zaib. Hasta dentro de diez años.

Y el diablo estalló, produciendo una horrible detonacion, y solo quedó en el lugar que ocupaba un globo de blanco y denso humo, que se elevó sin desvanecerse como el de una bomba de á catorce pulgadas que revienta en el aire.

La niebla se habia disuelto enteramente, y Men Jorge veía perfectamente el castillo de Juan-sin-Alma entre los árboles á distancia de cuatro ó seis tiros de ballesta. Su cabeza estaba dolorida, árido su pecho y sus ojos pesados como si acabara de salir de un sueño. Recordaba perfectamente lo que habia pasado por él pero de una manera fantástica. Dudó y procuró comprobar su duda: vió su caballo reventado á sus pies, su perro sentado junto á él dilatando las narices y mirando con ojos encarnizados el camino del castillo. Por él adelantaban un caballero cubierto de brocados, ginete en un poderoso alazan de batalla, y un hombre vestido con un ropón negro cabalgando en una mula. Men Jorge no pudo dudar de que aquellos dos hombres eran el alemán apostador y el escribano encargado de testificar acerca de la apuesta. Esperó, pues, temblando de rabia: el perro continuaba sentado á sus pies lanzando roncos gruñidos. Entrambos estaban al lado del camino por donde debian pasar los que venian y que al fin llegaron. Entonces el perro se tendió sobre su pecho, miró al alemán, se arrastró un momento como un tigre y luego dió un tremendo salto, derribó al caballero, saltó sobre él y le degolló de una sola dentellada. Men Jorge le escitaba, el escribano espantado corria: el perro revolvió sobre él saltando, le alcanzó, le derribó, le ahogó, y luego arrojándose sobre el caballo y sobre la mula los mató del mismo modo que habia matado á sus ginetes. Despues de esto aquel viejo y cansado perro á quien el diablo habia convertido en leon, volvió á ser lo que era, Men Jorge olvidó cuanto habia sucedido, y entró en el castillo del

mismo modo que si solo hubiera vuelto de un paseo matutino.

Todo continuó como antes, por una fascinación misteriosa, ni Men Jorge, ni su servidumbre notaron el estado de maternidad de Brenda. Cuando ella enamorada de su esposo por la influencia de la pócima que aquel la administraba todos los días, le hablaba de su amor de madre, Men Jorge la llamaba loca y se reía, porque nada notaba en ella que afirmase sus palabras.

### La cuarta generacion.

#### XXI.

##### Lo que estaba escrito.

Y así pasaron nueve lunas. Al fin de ellas una noche el monge que oraba en el panteon, vió aparecer de nuevo el ángel.

—Varon de Dios, le dijo el celeste mensajero; mañana al ponerse el sol, haz lo que hiciste hace nueve lunas; bendice el castillo de Juan-sin-Alma.

Y no olvides puerta ni torre, ni almena, ni rastro.

Y luego cuando la media noche sea llegada, acércate al castillo y llama á la puerta.

Y la puerta se abrirá y no encontrarás alma viviente en el castillo hasta que llegues á una cámara donde te saldrá al encuentro una mujer anciana.

Hijo de la fatalidad traerá en sus brazos y te lo entregará.

Y tú saldrás del castillo con el infante, y buscarás una nodriza y se lo entregarás para que lo amamante, despues de haberle puesto una señal por la que puedas reconocerle en todo tiempo.

Y la señal será una cruz hecha con instrumento cortante en el omoplate siniestro.

Y cuando el infante no hubiere menester la nodriza, le llevarás contigo y le criarás en el temor de Dios, hasta que una mujer viuda venga á decirte:

Hijo de mi sangre es el que tiene una señal de cruz en el omoplate siniestro.

Y por estas solas palabras eniregarás á la mujer su hijo, porque yo no volveré á parecer en tus ojos.

El espíritu se desvaneció, quedó tras él como la vez anterior una suave ambrosia, y el monge obró segun el precepto de Dios. Mientras Men Jorge hacia su acostumbrada visita á Raquel en el molino, bendijo el castillo, penetró en él, tomó el infante y cumplió fielmente la voluntad del Señor.

Durante diez años despues, la existencia de Brenda no varió en nada; Men Jorge la daba á beber todas las noches su brebaje, y como por efecto de su fascinación, era para él un misterio el nacimiento de aquel niño que se criaba oculto en la abadía del Abrojo, creyó que era llegado el día de que Raquel recobrase su juventud y su hermosura con arreglo á su pacto con Satanás.

Apesar de esto durante aquellos diez años y de día en día, habia ido estinguéndose la vida de Raquel á la manera que la luz de una lámpara exhausta:

Cuando Men Jorge llegó á ella al ponerse el sol del primer día de enero del año de 1413, la encontró alentada apenas por un soplo de vida.

—El momento se acerca, amado mio, le dijo con voz apenas inteligible; siento que la vida se me huye: apenas te veo, y no tengo ya ni una sola gota de sangre en las venas... la he gastado toda... solo vive en tí mi amor que me abraza como nunca... ven... acércate mas... que oiga yo tu voz.

Men Jorge se aterró á medida que el sol se ocultaba, se hacia mas vidriosa, mas mate la mirada de Raquel. Al fin del brillante disco no quedó en el ho-

rizonte mas que un punto luminoso; y luego se ocultó enteramente, quedando solo, como vestigios de su paso, algunas ráfagas de color de sangre.

Raquel exhaló un débil gemido, y cayó inerte sobre el divan.

Nada quedaba allí, nada mas que un esqueleto humano cubierto por una piel árida y envuelto en oro y sedas.

Y entonces por primera vez despues de diez años recordó Men Jorge la vision que habia debido al diablo delante del castillo, y su cólera y su dolor se hicieron terribles: se arrojó sollozando sobre el cadáver de Raquel, la besó frenético en la boca como si hubiera querido volverla á la vida con su aliento; y luego, viendo inútiles sus esfuerzos que se estrellaban contra lo inflexible de la muerte, sintió una terrible sed de venganza, se levantó de sobre el cadáver, salió del molino sin reparar que los que antes vivian en él habian desaparecido como por encanto, llegó á su caballo, saltó en él, y seguido del perro su eterno compañero escapó hácia el castillo.

—¿A dónde vas tan de prisa Zaib? le dijo una voz horriblemente burlona al entrar en la espesura.

Men Jorge reconoció la voz de su amo el diablo y se detuvo con la furiosa calma de la cólera pintada en el semblante.

—Toma cuerpo, si te atreves, miserable, exclamó, y podré saciar en tí mi rabia.

—Cuanto mas viejo mas necio, amigo mio: eres cosa desesperada: no sabes agradecerme el que haya dejado por venir á verte, á llevarte conmigo, la conclusion de un tratado de paz entre dos reyes enemigos: este es uno de mis mejores negocios, porque producirá felonías por entrambas partes, y otros cien incidentes que darán una buena cosecha á mis estados. Vamos ahora á cuentas: ha pasado tu plazo y Brenda ha tenido un hijo. Eres mio. Pero como yo no tengo derecho al cuerpo, será necesario que se separe de él tu alma. Ahora bien, el hijo de Juan de Velasco, Pedro, ha vuelto de su romería por el mundo á pesar del encargo de su padre que le prohibió que jamás viniera por el castillo de Juan-sin-Alma. Pero yo he andado en ello y Brenda le ha visto, y ha vuelto á renacer su antiguo amor. El segundo hijo de la noble dama, sera hijo de Pedro de Velasco, y, como el primero pasará por tuyo.

Men Jorge no respondió, y se limitó á aguijar su caballo como pretendiendo huir del diablo: pero el maldito espíritu se deslizaba delante de él montado sobre su perro que corria á lo largo del bosque.

Men Jorge se detuvo viendo lo desesperado de sus esfuerzos, y el diablo se detuvo tambien.

—Dentro de poco, dijo, pasarás de esta vida Zaib, y quiero que sepas lo que acontecerá despues.

—¿Y qué me importa lo que ha de suceder á los demás, si he de morir, y he de morir pronto? déjame al menos libre de tu presencia Satanás.

—Brenda se casará con Pedro de Velasco, dijo el diablo.

Men Jorge se encogió de hombros.

—Y el hijo que nació hace diez años, se llamará Gutierre de Villafranca y heredará andando el tiempo los estados de su madre; y pasadas nueve lunas tendrá otro hijo que se llamará Juan de Villafranca, y con quien su hermano Gutierre partirá sus estados. Y antes de un año, morirá Pedro de Velasco, y quedará Brenda por segunda vez viuda. Y para que se cumpla lo que está escrito se enamorará de un judío que vendrá á morar en el molino del Abrojo, y tendrá de él un hijo que ocultará al mundo por venganza, y será legitimado por un hidalguelo vendido al oro, y por una muherzuela y este tercer hijo se llamará D. Sancho de Benavides y andando el tiempo será Abad del Abrojo. Y Brenda vivirá aun nueve años y morirá dando á luz una hija que será tambien apartada del solar de

su madre por lo vergonzoso de su origen y se llamará Salomith.

—¿Y qué me importa eso, Satanás?

—Quiero que tengas el consuelo al morir de saber que, como os habeis condenado, Raquel, Jonatham y tú se condenarán Brenda, sus hijos y la descendencia de sus hijos, porque están malditos de Dios.

Men Jorge se obstinó en su silencio à pesar de las escitaciones del diablo que no teniendo que decir mas, ó no queriendo, se puso à silbar una música infernal; la noche se acercaba: negros nubarrones impelidos por un viento frio y silbador empezaban à encapotar el espacio, y se inflamaban de tiempo en tiempo con la pasajera luz de un silencioso relámpago. Men Jorge aguijó su caballo, y avanzó internándose en el bosque. El perro corria delante lanzando salvajes ahullidos y el espíritu maldito seguia cabalgando sobre él.

De repente oyóse en direccion opuesta el galope de otro caballo, y un hombre armado de punta en blanco, con la visera calada, apareció por entre la espesura y al ver à Men Jorge se detuvo.

—¿Quién vá? gritó con ronca voz desnudando su espada.

—¿Qué os importa quien vaya? contestó de mal talante Men Jorge.

—Nada ciertamente sino fuera porque busco à un hombre.

—¿Y quien es ese hombre que buscáis?

—A Men Jorge de Santa Cruz.

—¿Sois por ventura Pedro de Velasco?

—¿Quié os ha revelado mi nombre?

—El infierno, contestó adelantando hácia él el antiguo pirata.

—¡Ah! ¿tú eres el miserable que durante trece años has tenido hechizada à Brenda de Villafranca?

—¡Oh! ¡lo sabes!

—Me lo ha dicho el infierno.

—¡Ah! ¿tú tambien...?

—Yo te busco para matarte, para deshacer el encanto.

Al oír estas palabras Men Jorge, se inclinó sobre el arzon, y escitó à su perro, que se lanzó como un tigre à Pedro de Velasco; pero este que à todas luces era valiente y sereno, esperó al tremendo animal y le pasó de parte à parte de una estocada: el perro lanzó un ahullido de dolor y cayó muerto, al mismo tiempo que Men Jorge, que habia embestido à Pedro de Velasco, recibia otra estocada y caía del caballo.

Oyóse entonces una carcajada terrible que atronó la selva, y tras ella una voz sobrehumana que exclamó:

—Lo que estaba escrito se ha cumplido y Zaib es mio. Hasta dentro de un año, Pedro.

Este creyó ver desvanecerse en la luz de un relámpago un grupo compuesto de dos sombras informes.

Y se volvió al castillo y Brenda le recibió delirante de amor, de aquel primer amor que habia sentido desde su infancia y que habia renacido al desaparecer el hechizo.

Y el monge del Abrojo la entregó el niño que tenia consigo por la señal de cruz marcada en su omoplato, y todo sucedió como el diablo habia pronosticado.

Y los últimos descendientes de la raza maldita fueron: Gutierre y Juan de Villafranca, que se tuvieron por hijos de Men Jorge de Santa Cruz, y otro varon que se llamó D. Sancho de Benabides, y una niña que se llamó Salomith.

Estos dos últimos se creyeron hijos de los que les habian adoptado por el oro de Brenda, y nunca supieron que Gutierre y Juan de Villafranca eran sus hermanos.

Hasta aquí todo lo que refirió, Inigo de Ayvar à Judit. Envano esta quiso saber la historia de su nacimiento: Barba-larga protestó que la ignoraba.

—Pero antes de empezar, me digisteis que no respondiais de la verdad de lo que ibais à relatarme, y por cierto que ha sido maravilloso; nunca hubiera creído que Dios ni el diablo tomaran una parte tan directa en los acontecimientos humanos.

—Creo haberos dicho, mi noble señora, que el monge D. Guillen de Zúñiga que me la refirió, pasaba por loco.

—Delirios acaso de una cabeza calenturienta, exclamó Judit; ¡oh! esa historia es un tejido de crímenes y de horrores.

—¿Quien sabe, señora!

—Y decidme, ¿los señores de Villafranca saben que el Abad del Abrojo y mi madre eran sus hermanos?

—No pueden saberlo; cuando D. Guillen de Zúñiga me refirió esa historia, estaban fuera de Castilla, en donde se les tenia por muertos.

—Juradme no revelárselo.

—Os lo juro.

—¿Habeis jurado tambien no revelarme el nombre y la historia de mi padre?

Judit al pronunciar estas palabras tenia fija una mirada penetrante, escudriñadora en Barba-larga que la sostuvo de una manera admirable.

—Si sé que sois hija de Salomith, ha sido por vuestra boca.

—Sin embargo, vuelvo à repetíroslo; vuestra protesta de que no respondiais de la verdad de la historia de mi familia, sino desde el momento en que habiais sido testigo presencial, me prueba que me callais algo.

—Lo que resta es muy breve.

Y bien, completad vuestra narracion.

—En 1431, los Villafranca eran enemigos del Condestable, como la mayor parte de los nobles de Castilla: por aquel tiempo D. Alvaro habia logrado hacerse amante de la reina D.<sup>a</sup> Maria, que poco tiempo antes era su enemiga, y que vendió à sus parciales, entre los que se contaban mis señores. Una noche el Condestable rodeó con algunos ginetes el molino de la Cruz maldita, hirió y prendió al señor Juan de Villafranca, y su hermano mayor....

—¡Huy!

—¡Oh! fue una noche terrible. Salomith estaba sentada junto à Juan de Villafranca, rodeando su cuello con uno de sus brazos y teniendo la otra mano abandonada entre las manos de Gutierre. Yo estaba à la puerta; entonces todos éramos jóvenes y hermosos y no sospechábamos à donde vendriamos con el tiempo à parar. Los dos hermanos se despedían de Salomith, y yo me sentia conmovido porque aquella era una trisísima despedida... un año antes, un judío converso, llamado Kabul, habia venido à establecerse en el molino: aquel hombre se creia hermano de Salomith, porque era hijo de los que habian dado su nombre por oro à la pobre niña: habian muerto sin revelar su secreto à su hijo y la fatalidad le trajo cerca del castillo de Juan-sin-Alma.

—Y era muy hermosa mi madre, ¿no es verdad? preguntó con interés Judit: yo me acuerdo de ella como de un sueño remoto.

—Acaso vuestra madre era la única descendiente de Trenza-de-Oro, si hemos de atenernos à la relacion de D. Guillen de Zúñiga, que sin dejar de ser admirablemente hermosa, no se parecia à las demás hembras de su raza. Era un ángel de dulzura. Juan de Villafranca la vió y se enamoró perdidamente de ella. Era necesario que continuasen los crímenes fatales de vuestra familia, y ella le amó con toda su alma. Pero en medio de aquel amor estaba el orgullo de los Villafranca; se trataba de judíos, y por nada hubieran frecuentado de una manera visible el molino: Kabul

## CUARTA PARTE.

EL MENGUAR DE LA LUNA.

I.

De cómo Pero Valiente llegó á ser utilizado por el Condestable.

era sórdido, y lo que en su hermana hizo el amor, en él lo hizo el oro: para que Juan de Villafranca y Salomith se viesen libremente, Kabul consintió en que se abriese una mina desde el molino al castillo, y se le dió la entrada por el sepulcro de Pedro-el-Rojo. Así vivieron un año mas, siendo Juan de Salomith y Salomith de Juan.

— ¡Un incesto! exclamó estremeciéndose Judit.

— Un incesto involuntario, puesto que no sabian que eran hermanos, ni lo sabrán mis señores á no ser que vos lo reveleis.

— ¡Revelar yo la deshonra y la maldición de mi madre...? pero decidme, y no me atormentéis mas: tú eres la hija de ese incesto... tengo valor para escucharlo, Iñigo.

— Vos, segun el dicho de mi señor Gutierre de Villafranca que conoció á vuestra madre en Granada, nacisteis un año despues de la separacion de Juan de Villafranca y Salomith.

— D. Gutierre, pues...

— D. Gutierre respetó el pudor de vuestra madre, y nada supo.

Barba-larga inventaba, Judit se conocia engañada; pero estaba segura que nada recabaria de la firmeza del viejo, y se abismó en su pensamiento.

— Como os decia, señora, yo estaba conmovido por lo triste de la separacion de los dos amantes, y maldecia al Condestable: cuando hé aquí que suena junto al molino estruendo de armas y calbagaduras, que oimos la voz del Condestable que mandaba á su gente, y despues tropel por las escaleras.

— ¿Y por qué no huisteis por la mina? preguntó Judit á Iñigo mirándole con fijeza.

— La entrada de la mina estaba en una habitacion anterior, y esto fue lo que nos perdió; en el momento que saliamos para ganarla, nos encontramos frente á frente con D. Alvaro de Luna. Sucedieron algunas rápidas palabras; brillaron las espadas; Juan de Villafranca cayó en tierra con la frente partida, y Gutierre, que iba desarmado, se aferró al Condestable que era fuerte y vigoroso, y huyó dejando en poder de mi señor la escarcela que encontramos enterrada en un cofre en el molino de la Cruz maldita: en aquel momento se inundó la habitacion de gentes del Condestable, y Gutierre de Villafranca no tuvo tiempo mas que para mojarle las manos en la sangre de su hermano y saltar á la ventana: yo le seguia, detúvose un momento alzado sobre el balaustre, y le oí gritar:

— ¡Madita sea esta señal, sino vuelvo un dia á vengar la sangre con que la hago!

Despues saltó al riachuelo que corria al pie del molino, y yo salté tambien. La oscuridad de la noche nos protegió; pero yo no le volví á ver mas durante veinte años hasta ahora.

Yo conocia el bosque y me interné en él; cuando algunos dias despues me atreví á dar vista al castillo de Juan-sin-Alma, encontré sus torreones por tierra como están ahora, excepto el que cubre el panteon: cuando mas adelante avancé hácia el molino, le ví abandonado y sobre su ventana distinguí una cruz roja.

Apesar de todos los esfuerzos, de todas las promesas y de todas las amenazas posibles, Judit no pudo recabar de Iñigo de Ayvar ni una palabra mas acerca de su origen. Pero la habia dicho lo bastante para dar una fijeza, sombría, fatidica por decirlo así, á su pensamiento de venganza.

Era la noche—buena de Reyes del año de 1452, esto es cinco dias despues de Aqueel en cuya noche habia sido acometido por la espalda en la calle del Ataud de Valladolid el hijo del Condestable.

Durante aquellos seis dias D. Alvaro, anhelante, fuera de si, no se habia separado ni un momento del lecho del herido. Cierto es que desde allí con su admirable actividad, habia lanzado sus ginetes á sus fortalezas, y se habia preparado á todo lo que pudiese suceder, pero en silencio conocia que la fortuna cansada de protegerle le abandonaba; sentia hervir junto á sí las maquinaciones y sin embargo dominado por un poder fatal, no habia sabido contener el derrumbe de su privanza que en la situacion en que se encontraba era su vida, mas que con la fuerza material; en otras ocasiones, acaso mas terribles, acometido por los mismos enemigos, que eran mas valientes y audaces, como que estaban menos escarmentados, habia puesto en juego su astucia, habia vuelto, con un ingenio maravilloso contra sus contrarios, los mismos lazos que le habian tendido, y habia revuelto sobre ellos como hemos dicho en otro lugar, cada vez con mas pujanza.

El espíritu de invencion habia muerto en él dominado por un pensamiento fijo, y solo le habia quedado ese espíritu de resistencia y de lucha que á veces hace milagros por sus esfuerzos desesperados.

Y el pensamiento fijo del Condestable era el amor; amor de viejo tan obstinado y tan loco como el de un adolescente; principio y fin de la vida, que se tocan como los extremos de un círculo roto; insaciable sed del alma, enfermedad fatal que lo domina todo, que enerva que destruye, y que si un poder superior no la destruye, mata.

Y si se añadia á este pensamiento roedor, la ansiedad por la vida de su hijo, sus rabiosos celos de amor y de mando, su profunda desesperacion, y la conciencia de lo inútil de sus esfuerzos, podía creerse que el Condestable, considerado moralmente, estaba herido de muerte.

Al fin aquella tarde, el médico Cibdareal que no se habia separado ni un momento del herido, declaró y afirmó por su ciencia que D. Juan se habia salvado, que antes de un mes curaria, y que no había absolutamente peligro siempre que se trasladase á Andalucía, bajo cuyo templado cielo, volveria á su perdido vigor, con tal de que al menos en el término de un año, no cabalgase ni vistiese el arnés, ni se entregase á ejercicios violentos.

Este era un golpe fatal para el Condestable: en un año podia venir á tierra su privanza y acaso su cabeza, porque sabia muy bien que sus enemigos si le vengian por aquella vez no se contentarian con desterarle de la córte. Apesar de esto su amor de padre se sobrepuso á su ambicion y á su orgullo y sintió una verdadera alegria: aquella tregua de sus dolores pareció volverle por un momento su antigua energia, y lo primero en que pensó fue en la venganza de su hijo: el crimen habia quedado sepultado en el mas profundo misterio, pero D. Alvaro sabia demasiado bien, que no hay misterio que resista al oro cuando el oro se emplea en un hombre á propósito. Sabia tambien, lo que ahora se tiene por un axioma en derecho: esto es, que el conocimiento de aquel en cuyo provecho redunda un crimen, lleva casi constantemente al conocimiento del criminal: D. Juan de Luna era un manco noble y generoso, generalmente apreciado, que no podia tener mas enemigos que los enemigos de su

padre : contando con un hombre que pudiera penetrar libremente entre aquellos enemigos, podia llegarse á la verdad y el Condestable tenia á este hombre encerrado en las cuevas de su casa. Aquel hombre era Pero Valiente.

Don Alvaro hizo venir á su alcaide Ruy Diaz de Cullar. El buen servidor se mostraba disgustado y ceñudo hasta tal punto, que el Condestable no pudo menos de decirle:

—Traes el semblante de malas nuevas mi buen Ruy Diaz. Qué acontece.

—¿Qué ha de acontecer señor, sino que durante el tiempo que habeis pasado al lado del señor D. Juan, sin permitir ir á la corte, los enemigos de vuestra señoría se han manejado á las mil maravillas?

—Ya sé que el príncipe D. Enrique, D. Juan Pacheco, y D. Pedro Giron con todas las gentes de su bando han logrado que el rey les otorgue seguro real por seis meses : pero creo que mi hermano Martin de Luna...

—Su señoría ha conseguido á duras penas llevándose al rey de caza y distrayéndole, apartarle de la reina; pero ya sus esfuerzos son inútiles y esta noche hay sarao en el alcázar... irán á él todos, insolentes y provocadores... todos menos Pero Sarmiento, que anda demasiado ocupado para andarse en danzas.

—¿Cómo ha alcanzado tambien el seguro al repostero del rey!

—Y á Suero de Quiñones, y á Alva, y á Benavente y á Paredes... á todos en fin : si vuestra señoría va esta noche al sarao no encontrará mas que rostros insolentes. Era la mejor ocasion de dar un buen golpe.

—¡Teniendo todas nuestras lanzas en Escalona y en Portillo! no, no, Ruy Diaz, estoy cansado de astucias, de sorpresas, de prisiones: prefiero una batalla decisiva en campo abierto y ya tendremos lugar para eso. Pero creo haberte oido que el señor Pero Sarmiento anda muy ocupado.

—Como que la misma noche que fue herido D. Juan de Luna, desapareció del alcázar Doña Beatriz Perez Sarmiento y no se ha vuelto á saber de ella.

El Condestable no replicó nada á esta noticia y quedó profundamente pensativo.

—Dime, exclamó despues de algunos momentos de silencio, ¿ha curado ya de su herida el señor Alonso Perez de Vivero?

—Su herida señor era un rasguño, y hace ya algunos dias que se le vé por todas partes. Hace poco, vino y vuestra señoría no quiso recibirle.

—¿Y Doña Juana de Albornoz?

—Tan tétrica y tan misteriosa como siempre : de algunos dias á esta parte habla mucho, y con muestras de grande amistad con Doña Judit de Sotomayor.

Palideció levemente el Condestable.

—La amistad de esa mujer, hácia una dama tan hermosa como Doña Judit que segun se murmura amó un tanto, á pesar de ser casado al señor Alonso Perez de Vivero, es una de esas amistades que matan.

—Si os he de decir la verdad señor, no sé lo que sucede en la corte: presenta un aspecto extraño: nunca se han visto en ella mas advenedizos : esa Doña Judit y Doña Juana de Albornoz han entrado al servicio de la reina, y aunque en el alcázar se besan, y se estrechan las manos y se llenan de zalamerias, jamás van la una á la casa de la otra : la Doña Juana, tiene entrevistas misteriosas con gentes de mala traza, y Doña Judit sostiene una intimidad harto reparable con cierto alfez de la guarda morisca, que segun dice ha sido su paje. Ademas un caballero, que pasa por ingles y se hace nombrar, sir James Stambop, entra mucho en el palacio de Benavente, y nuestros criados que segun las órdenes de vuestra señoría

rondan á la derecha el dicho palacio, han visto entrar todas las noches y en distintas horas á dos hombres eternamente envueltos en anchas capas, y cubiertos con antifaces.

—Pero esos hombres saldrán al fin y entrarán en alguna parte.

—El uno de ellos sale, toma el Campo Grande adelante, y la puerta de Madrid, monta á caballo y se pierde en el Abrojo.

—¿Se pierde! nadie se pierde si se le sigue bien.

—El Abrojo, señor, está infestado de bandidos hasta tal punto que hace cuatro dias asaltaron la abadia del Abrojo, y despues de algunas horas de combate la tomaron; robaron al Abad D. Sancho de Benavides sus caballerizas, sus arcas y su armería. El Abad ha llegado á tener un miedo horrible y se ha trasladado á la corte. Por lo demás nadie se atreve á dar un paso por la selva. A poco que se ande en ella se tropieza con un atalaya armado de todas armas, sin empresa ni divisa, verdaderos demonios, segun cuentan.

—¡Vergüenza! exclamó el Condestable: llegaremos hasta el punto de que nos sea imposible andar por las calles de nuestras ciudades sin sostener un combate á cada paso. A tal punto nos han traído la debilidad del rey y la ambicion de los nobles. Y el otro hombre que entra en casa de Doña Judit ¿quién es?

—En cuanto al otro hombre, sale tarde y siempre entra por un postigo en el palacio del señor Alonso Perez de Vivero.

Volvió á quedar doblemente pensativo el Condestable.

—¿Y cómo se muestra nuestro preso? dijo al fin.

—¿Qué preso señor?

—Ese bribon de Pero Valiente.

—¡Ah! el señor Pero Valiente come bien, bebe como un mosquito, duerme mucho y cuando nuestros hombres le motejan por ello, les contesta con una calma socarrona : es necesario robustecerse y descansar para servir bien á su señoría el magnifico Condestable de Castilla.

Don Alvaro que se paseaba por su cámara se detuvo delante de Ruy Diaz.

—Acaso ese hombre tenga razon dijo ; acaso pueda servirnos de mucho, vé y traele.

Ruy Diaz salió, y algunos momentos despues volvió con Pero Valiente.

Ninguna señal de temor ni aun de cuidado se notaba en el rostro del bandido; parecia por el contrario uno de esos leales servidores que conocen que pueden servir de algo y esperan con una solicitud impaciente á que los ocupe su señor.

A una seña del Condestable Ruy Diaz salió dejándole solo con Pero Valiente.

—Paréceme dijo el Condestable que te aprecias en algo.

—Ya sabia, señor, que no pasaria mucho tiempo sin que vuestra señoría pensase en mí; creo que los hechos habrán probado que no miento en cuanto dije á vuestra señoría.

—Cierto, y por lo tanto estoy en la obligacion de cumplirte mi promesa.

—Si no recuerdo mal, vuestra señoría me ofreció donarme los estados del primer noble rebelde que degollase.

—Cuenta, desde ahora, con una carta de nobleza y con el señorío de la villa de Cebrenos con sus lugares de Villalta y Geugigar, que me donó el rey el año pasado.

El Condestable que miraba profundamente al bandido, no vió en él ni la mas pequeña indicacion de alegría por tan magnifica oferta.

—Contar con una cosa no es tenerla, señor, dijo Pero Valiente con una profunda calma.

—Pero prometer, cuando promete un hombre como yo, es dar.

—Libreme Dios de dudar de la noble palabra de vuestra señoría, dijo con un acento de convicción íntima el bandido. Solo quiero decir, que me tarda el ser noble y rico, porque como ya dije á vuestra grandeza hace algunas noches, la pobreza es un mal consejero.

Don Alvaro tomó un pergamino de un cajón de la mesa, y un pesado bolsón, y estendió una donación semejante á las que habia entregado á Doña Judit.

—Toma, le dijo; ya eres noble y rico: ahora, sirveme bien.

Pero Valiente tomó el pergamino, le leyó, le enrolló, le guardó con cierto noble desinterés, y del mismo modo vació en los bolsillos de sus greguescos el

contenido del bolsón, que consistía en una razonable cantidad de florines de oro del cuño de Aragon.

—Vuestra señoría, dijo inclinándose profundamente, me ha sacado de mi miserable estado, y soy suyo en cuerpo y alma.

—Me conviene que nadie sepa que has estado en mi poder.

—Nadie lo sabrá.

—Que durante algun tiempo nadie conozca que has dejado de ser lo que eras.

—Continuaré siendo lo que fui.

—Esto es, el hermano mayor del brazo popular de la cofradía.

—Bien señor.



Men Jorge, que habia embesledido á Pedro de Velasco recibia otra estocada y caía del caballo.

—Para esto tu que pareces hombre de ingenio, inventa cualquier pretesto.

—Juro á vuestra señoría que nadie desconfiará de mí.

—Necesariamente esas estrañas córtis invisibles, se reunirán ahora de continuo.

—Si se reúnen lo sabré.

—Es necesario que asistas á ellas, que escuches para mí, que yo lo sepa todo.

—Lo sabrá vuestra señoría.

—Ademas hace cinco noches, se intentó y casi se logró un asesinato junto el alcizar, en la calle del Ataud. Hasta ahora no ha podido conocerse al asesino, que según todas las muestras debe haber sido un hermano del Cristo de las Tinieblas.

—Si así es señor, lo sabré antes de tres dias.

—Procura informarte tambien de quién es un hombre que entra todas las noches en casa de Doña Judit de Sotomayor, y que cuando sale monta á caballo y se pierde en la selva del Abrojo... á mas el verdugo Juan Cercena ha desaparecido.

—He dicho á vuestra señoría que soy suyo en cuerpo y alma y se lo demostraré.

—Bien: cuanto hagas redundará en tu provecho: hombres hay en Castilla que han subido á grande altura desde mas bajo que tú... procura llegar hasta donde han llegado ellos. Vete.

El bandido salió de la cámara y luego de la casa del Condestable, murmurando.

—¡Ah, D.<sup>a</sup> Juana, D.<sup>a</sup> Juana! aun me queda que

correr por ti algun tiempo un camino de muerte y de sangre; pero soy rico y noble... puedo servir tu venganza, y serás mia, enteramente mia.

El Condestable entretanto pensaba en Judit. Estaba seguro de encontrarla en el sarao del alcázar, resonaba la queda y llamó á su servidumbre; se hizo ataviar con sus mas ricas preseas, se rodeó de una nube de pajes y de gentiles-hombres y se encaminó al alcázar.

## II.

Un sarao de aquellos tiempos.

Ex el momento en que llegó D. Alvaro la fiesta estaba; por decirlo así, en su apogeo: se había ador-

nado espléndidamente uno de los mas estensos salones del alcázar; á la manera como se adornaba en aquellos tiempos, esto es, con tapices y relumbrones de estaño: se habían buscado todas las arañas de hierro dorado que se habían podido haber á las manos, se las había erizado de velas; y se había arrojado por la lluvia de cera derretida que se desprendía de ellas, á trueque de tener una radiante luz bajo la cual lucian su desnudez, sus sedas y sus galas un centenar de mujeres, cuyas costumbres á juzgar por su aspecto no eran las mas rígidas.

Un número doble de hombres, en los cuales podía decirse estaban representadas todas las banderías de entonces giraban y cruzaban entre aquella red movable de rica-fembras y cortesanías, muchas de las



Toma, le dijo; ya eres noble y rico: ahora, sírveme bien.

cuales, envueltas en palabras de amor, sostenían profundas y diabólicas intrigas de Estado: las mujeres desatendidas siempre, y débiles é inútiles en la apariencia, no han dejado nunca de tomar una parte activa en las revoluciones de la humanidad, y han sido tanto mas importantes en ellas cuanto sus manejos han participado siempre de la hipocresía y del misterio á que las ha condenado la sociedad.

Sobre todo esto retumbaba una música semi-bárbara, compuesta de instrumentos harto imperfectos, y que fluía de una gran claraboya gótica abierta junto á la ogiva en el fondo del salon, y tras la cual se ocultaban los músicos, verdaderos autómatas encargados de dar un compás á la rápida y alegre danza que se agitaba á sus pies.

Enfrente, al otro extremo, sobre un estradillo alzado por cuatro gradas, había un dosel de damasco carmesí, sembrado de castillos y leones de oro, y bajo el dos sillones dorados de alto respaldo y otro en lugar mas bajo: en el sillón de la derecha estaba sentado el rey vestido con una ropa talar de brocado á dos colores, un tanto antigua y usada, con talabarte de tafete morisco bordado de arabescos con alambre de plata, del cual pendía un estoque dorado; sobre sus cabellos ya entrecanos se ceñía un birrete rodeado de una ligera corona de plata sobredorada, en cuyas partes salientes había aparecido ya por el uso el color primitivo.

En el sillón de la izquierda asentaba la reina Doña Isabel de Portugal, en cuya magnífica hermosura

parecía representado todo lo real, todo lo noble, todo lo grande de España. Una diadema de perlas, mas bella que rica, hacia resaltar la densa brillantez de su abultada y sedosa cabellera, y una gargantilla de la misma especie, menos nacarada que su hermoso cuello, se ocultaba casi bajo una golita de encajes, que cerraba el alto y púdic escote de una túnica de brocado blanco, verde y oro, ancha, magnífica, de un gusto esquisito, de mangas perdidas y abierta en la falda, bajo la cual se veía un guardapié carmesí, blasonado con los cuarteles de Castilla, y cerrado con herretes de diamantes.

El sillón colocado á la derecha del rey y una grada mas bajo, estaba vacío, pero representaba la presencia del príncipe heredero en el sarao. D. Enrique danzaba á la sazón con D.<sup>a</sup> Irene Pimentel, prima del conde de Benavente, cuyo señor había vuelto perdonado de sus antiguas rebeldias, y á quien se habían restituido sus bienes confiscados, contentándose entre ellos el palacio que habitaba D.<sup>a</sup> Judit, que continuaba viviendo en él por galantería del noble D. Rodrigo Alonso Pimentel. En cuanto á su sobrina, era una morenita loca y casquivana, vestida de una manera impudente, que se recostaba con un abandono un poco mas marcado de lo que parecia autorizar la decencia, en los brazos del príncipe que la estrechaba en ellos, y de vez en cuando, si la ocasion lo permitía, la estampaba un beso en las mejillas envuelto en una palabra liviana.

Don Enrique era siempre el mismo ser repugnante, el mismo jayán disfrazado de príncipe, con lo innoble de sus pasiones caracterizado en su rostro y en su mirada en rasgos repugnantes. El rey había repuesto su guarda-ropa y su traje era rico pero marcado con un sello de mal gusto, con colores chillones, con brillos disonantes; las mismas damas que delante de él le adulaban por su posición y le sonreían, eran las primeras en encarnizar en él las burlas mas picantes apenas volvía las espaldas. Don Enrique era un ser destinado á comprarlo todo á peso de oro: las caricias de las cortesanas, la interesada adhesión de sus parciales, el servil respeto de sus criados.

En semicírculo á los dos lados del trono sentadas en almohadones, se veían las damas de honor, las camareras y las meninas: detras de ellas, de pie y descubiertos, los altos oficiales de la casa real; á cada extremo de aquel semicírculo estaban dos donceles, inmóviles como estatuas, cubiertos con arneses de córte, con cota de armas de brocado, con las viseras calada, las adargas embrazadas y apoyadas las diestras en largas picas con hierros dorados, pendoncillos de seda y oro, y cubiertas las hastas con terciopelo carmesí. En el centro, sobre los ángulos de la alfombra del trono había dos reyes de armas, inmóviles tambien, con sus anchas dalmáticas blasonadas de terciopelo rojo, sus birretes orlados de plumas, sus calzas de grana, sus borceguies de ante de punta corva y sus mazas de plata sobredorada al hombro.

En estos dos reyes de armas empezaba á ambos costados una barra de madera pintada que terminaba en la pared, y que podia decirse marcaba el límite vedado dentro del cual sobre dos gradas, se ostentaba en espectáculo la monarquía, como sobre el tablado de un teatro, con su alta servidumbre, sus relumbrones, sus cuarteles y su aspecto heráldico.

Mas abajo estaba el lugar concedido al reino, ocupado por la multitud que representaba, y en la cual no faltaba una clase desde los altivos infanzones á los rico-hombres de linaje, á los arzobispos, á los obispos, á los abades, á los nobles, á los gentilhombres, á los miembros de las universidades, de los gremios y del estado llano, pero todo deslindado, clasificado por sí mismo, ocupando su lugar: reconocíase á los infanzones por sus birretes con co-

rona, puestos en la cabeza del mismo modo que las gorras de los ricos-hombres, y los bonetes del clero. Estas tres clases se sentaban por fuero y derecho en la baqueta que corria á lo largo de las paredes; pero las demás clases descubiertas y de pie se agrupaban en el extremo inferior del salon, como una comparsa desatendida á quien solo se había convidado para que produjera su efecto, que había asistido por miedo y que no solo se fastidiaba, sino que se conocía humillada y se embravecía deborando sin embargo su disgusto y encubriéndolo bajo sonrisas forzadas y adulaciones serviles.

En fin, á cada una de las tres puertas del salon, asidos á sus tapices, había dos maestre-salas y dos pajes, y por la parte de afuera, paseándose con las picas al hombro, dos soldados de la guardia morisca del rey.

La fiesta estaba, como hemos dicho, en todo su esplendor, y el rey mas alegre que nunca. Tenía á su lado á D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal aunque un tanto triste y pensativa y por lo mismo mas hermosa. Su hijo á quien había perdonado por la quinta vez, danzaba á su vista; Juan de Mena no tenía el rostro tan severo como de costumbre, y todos aquellos nobles poco antes encarnizados en una tremenda lucha civil, se agrupaban á los pies de su trono y estrechaban indistintamente las manos al marques de Villena, al maestre de Calatrava, al arzobispo de Toledo y al almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez. Navarra parecia dormir, como Granada, tras sus fronteras, y todo sonreía al rey, excepto una sombra opaca, amenazadora que cruzaba detras de aquel cuadro fantástico, fatídica y sombría. Aquella sombra era la del Condestable que de tiempo en tiempo, cuando la recordaba, venía á ser para el rey lo que fue la tremenda y negra mano que escribió las terribles palabras de la Escritura en el festin de Baltasar.

En un momento en que el rey había olvidado completamente su fantasma, y se entregaba por entero al placer de un hermoso sueño, aprovechando la oportunidad de terminar una danza y de no oírse mas que el sordo rumor de las conversaciones generales, se alzó en la puerta de entrada la robusta voz del capitán Hernando de Carrillo, que esforzándose para ser oído gritó anunciando:

—¡Su señoría el alto magnífico y poderoso señor conde de Santisteban de Gormaz, maestre de Santiago, Condestable de Castilla, señor de villas y lugares, D. Alvaro de Luna.

Estas retumbantes palabras de fórmula, que había dictado la soberbia del Condestable al capitán del rey, cayeron á plomo, por decirlo así, en el salon y produjeron á un tiempo una palidez de miedo en el rey, una conmoción de despecho y de colera en la reina, y cien distintos afectos en la córte entera que guardó el mas profundo silencio en medio del cual, apareció á la puerta el Condestable y adelantó solo por medio de la calle que se había abierto á su vista entre la concurrencia.

En vano todos aquellos hombres que habían aprovechado cumplidamente los cinco dias de ausencia del alcazar, de D. Alvaro, durante la incertidumbre acerca de la existencia de su hijo, en vano aquellos hombres, pretendieron encontrar en el Condestable una muestra de temor, de preocupacion ó de cuidado; pasó saludando y sonriendo á enemigos, porque no vió ni un solo amigo, hasta el estrado real al cual subió, hincó una rodilla, y besó la mano al rey y á la reina sin descubrirse.

Nunca D. Alvaro se había presentado de tal manera en la córte: siempre le habían precedido hasta el pié del trono sus farautes, sus preservantes y sus escuderos; siempre había tratado con un soberano desprecio á los concurrentes y se había mostrado activo y dominador con el rey. Entonces venía solo como desafiando con un supremo desden á sus contrarios; ves-

tia todos los distintivos de sus altas investiduras; llevaba ceñida sobre la cabeza su corona de conde, al pecho el collar de San Miguel, sobre los hombros el manto capitular de la orden de Santiago, y al costado su espada de Condestable y en la mano un baston de oro y marfil; el adorno de su corona, las piedras de sus herretes, el bordado de su talabarte, y la empuñadura de su espada, hasta sus espuelas, cuyos anchos rodeados de oro giraban sujetos en sus ejes por dos gruesos brillantes, valian un tesoro, con cuya centésima parte podian pagarse cumplidamente, cuantas joyas, brocados y prendidos llevaban sobre sí las damas y los hombres asistentes al sarao. Cada una de las sonrisas del Condestable á cada cual de aquellos hombres valian aun tiempo un reto, una amenaza y un insulto. D. Alvaro recurría, viéndose perdido el recurso supremo de los seres fuertes, al último recurso de la soberbia: al desprecio.

El rey recibió ceremoniosamente al Condestable, la reina le contestó con una leve y severa inclinacion de cabeza, y no se cruzó una sola palabra entre aquellos tres personajes: no faltó quien reparara en esto y dedujese una consecuencia lógica: D. Alvaro estaba en desgracia, pero se le temia: D. Alvaro era audaz y severo, y debia necesariamente estallar muy pronto una lucha decisiva: y hé aquí la consecuencia de triunfar ó morir: ó dar en tierra de una vez con él, ó en caso contrario, subir al patibulo de que él se hubiera librado.

No pararon en esto las singularidades: el Condestable; á quien por razon de su edad y de su cargo no se habia visto danzar hacia muchos años, aprovechó la ocasion de empezar la música una zarabanda, y se encaminó á una dama de las que estaban sentadas en el lado izquierdo del semicírculo entre la servidumbre de la reina, y la saludó sonriendo y la tendió la mano. Aquella dama se levantó: Era D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor. El Condestable dejó sobre su almohadon el manto de Santiago: bajó con ella del estrado real y se lanzó en el baile.

Judit, predisuelta por las terribles impresiones que habia causado en ella la horrorosa historia de los crímenes de su familia, habia adquirido cierta expresion fatal, reconcentrada, que daba un realce eminentemente fantástico á su hermosura; su mirada resplandecía, su sonrisa tenia algo cuya semejanza era necesario buscar mas allá de la vida; sus palabras tenian un eco sobrenatural; parecia un ser predeterminado.

— ¡Cuánto tiempo hace que no os veo! señor: decia al Condestable, fascinándole con su mirada, haciéndole aspirar su aliento, saturándole con el perfume de sus cabellos, oprimiéndole entre sus brazos; ¡cuánto tiempo que no os veo! ¡cómo está vuestro hijo! ¡Ah! ¡le amaís mas que á mí!

— Yo debia odiaros, D.<sup>a</sup> Judit, le contestó el Condestable en voz apenas perceptible.

— ¡Odiarme, señor!

— Sí, vos sois acaso la primera causa de que haya á mi alrededor tantos hombres que yo no esperaba volver á ver mas.

— ¡Ah, señor! os engañais, he pasado orando por la vida de vuestro hijo cinco dias mortales, ansiando veros...

— Para lo cual sin duda habeis entrado al servicio de la reina.

— He tenido que doblegarme á su voluntad... vos me habiais abandonado, y el señor Juan de Mena....

— ¡Ah! ¡ha sido vuestro introductor el señor Juan de Mena! Oid. D.<sup>a</sup> Judit, necesito veros esta noche.

— ¿Esta noche, señor? el sarao acabará muy tarde.

— Pretestad una indisposicion.

— Lo haré.

— Y á las doce....

— A las doce. Id por el postigo que da al callejon

del Conde, y os abrirán solo con que deis tres golpes.

— Conviene que no nos vean mucho tiempo juntos.

— ¡Ah! pues bien; ninguna ocasion mejor... un desmayo seria oportuno, y hé aquí una indisposicion á tiempo.

— Pues bien, señora, desmayaos.

Doña Judit fingió uno de esos vahidos de cuya confeccion las mujeres poseen el secreto, y de que parece llevan siempre un abundante repuesto; acudieron los mas cercanos, se suspendió la danza, fue conducida á su almohadon, y el mismo rey fue á informarse de su estado. D.<sup>a</sup> Judit iba á ser conducida á la cámara de la reina, cuando la voz de Hernando de Carrillo, anunció la llegada de un rey de armas, que precedia al señor Alonso Perez de Vivero, contador mayor del rey, y á los honorables caballeros, Rodrigo de Villalobos, Juan de Villandrado y Pedro de Meneses.

El nombre de Alonso Perez de Vivero, pareció reanimar á Judit, protestó que habia pasado el vahido, que se sentia mejor, y que no queria dilatar con el momentáneo desorden que causaria en la servidumbre real su salida, aquel mensaje que sin duda debia ser alguna cosa buena y digna de ser escuchada, cuando en tal ocasion se presentaba.

Tuvieronse en cuenta las razones de D.<sup>a</sup> Judit, la córte se puso en posicion, por decirlo así; el príncipe ocupó su lugar bajo el dosel, púsose un sillón para el Condestable á la derecha del príncipe, y el rey envió un paje anunciando al rey de armas y á los caballeros á quienes precedia que podian entrar en la sala.

Levantóse el tapiz de la puerta, y en medio de un profundo silencio, apareció un hombre armado de todas armas, excepto en la cabeza en que solo traia un birrete de terciopelo carmesí, orlado de plumas blancas; sobre el arnés llevaba una cota de armas, blasonada con los cuarteles de Castilla, y en la mano un pergamino enrollado; seguianle cuatro caballeros armados de punta en blanco con vestas de brocado sobre las armas, y tras los caballeros entró un alférez armado tambien, llevando una bandera bordada con los cuarteles de Alonso Perez de Vivero, que consistian en un escudo con banda de gules en campo de oro, tres estrellas de plata en la banda, aspas y castillos por orla y al timbre corona de conde: tras el alférez pasaron cuatro pajes de lanza, y tras los pajes perseverantes y escuderos, todos ostentosa y ricamente vestidos.

Al llegar al primer peldaño del estrado real, detúvose el rey de armas y dijo en voz clara y acentuada descubriéndose y doblando una rodilla.

— Señor, Avanguardia, rey de armas de vuestra magnífica grandeza, ante ella, humildemente demanda licencia para leer cierta peticion que le ha sido entregada con ruego de que á vuestra alteza sea hecha presente, delante de la muy noble, magnífica y virtuosa señora la reina D.<sup>a</sup> Isabel, y del excelente príncipe D. Enrique y del alto y poderoso señor Condestable y maestre D. Alvaro de Luna, y de los infanzones, rico-hombres, nobles hidalgos y mesnaderos de la muy noble córte de vuestra alteza, la cual peticion conmigo traigo, y hacer patente pido.

— Avanguardia, mi buen rey de armas, nos os otorgamos la licencia que pedis, y estamos dispuestos á escucharos, dijo el rey con acento de regocijo, pues que sabia de antemano de lo que se trataba.

Avanguardia se levantó, colóse su birrete y desenrollando el pergamino leyó con voz sonora y grave continente:

— «Como sea notorio que el afan de merecer renombre y loa, es la primera causa de que la orden de caballería, haya llegado al novilísimo lugar donde la vemos sublimada y esclarecida, y justo y cumplidero parezca que quien la profesa quiera dar buena muestra de sí, yo Alonso Perez de Vivero, contador mayor de vues-

tra alteza, de su consejo y cámara y criado del muy magnífico Condestable D. Alvaro de Luna, en union de estos caballeros que aquí están en estos arneses, he pensado que, cuando olvidados añejos odios, se ven juntos y en buena amistad caballeros, tanto tiempo hace apartados y contrapuestos, sería bien solemnizar con un paso de armas tan venturoso suceso. Por tanto pedimos á vuestra grandeza, que, puesto que mañana se han de correr sortijas en el corral del alcázar, para cuyo noble juego, están ya preparados estrado, cadalsos y liza, se digne consentir y darnos su licencia para que en vez de ello se hagan armas, con la condicion de quelos que conmigo son y yo, romperemos tres lanzas por el hasta con hierros de Milan, con cualquier infanzon, caballero ó gentil hombre que probarse quiera. Item: digo, que queriendo yo, como capitán de dicho paso de armas, dejar una señal por la que pueda siempre conocerse cual haya sido el mejor caballero en dichas pruebas, he mandado borrar un muy hermoso lazo, con presilla de diamantes, la cual prenda sea entregada al vencedor en auto público, por una hermosa y noble doncella de la corte. Por lo tanto pedimos á vuestra alteza elija de entre las damas aquí presentes, una que reina sea de la fiesta, y dadora del premio al vencedor, si es que vuestra alteza para dicho paso de armas nos da licencia; entendiéndose sobre todo esto, que no ha de entrar en estas pruebas vuestra alteza ni el muy magnífico señor Condestable D. Alvaro de Luna.»

Sucedió un grato murmullo de aprobacion á esta lectura, á la que el rey contestó despues de un breve espacio de consulta con la reina, con el príncipe y el Condestable:

—Mi muy noble leal y honrado vasallo Alonso Perez de Vivero, no solo es justo que os otorguemos vuestra demanda, sino que por haberla pensado tan en buena ocasion os otorgamos vuestras gracias, y como nos habeis pedido que nombremos de entre las damas de nuestra corte una doncella tal y tan hermosa que dé á vuestro premio valor sublimado con ir de sus manos á las del afortunado caballero que sea declarado vencedor á buena ley por los jueces, elegimos para reina de las justas á D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor, dama de nuestra muy amada esposa la reina D.<sup>a</sup> Isabel.

Un aplauso general en los hombres y una sorda agitacion en las mujeres demostraron que el rey habia tenido tino en su eleccion, y Alonso Perez de Vivero se estremeció: parecióle que el rey habia dado á su acento cierta intencion sarcástica, vió que D.<sup>a</sup> Judit se habia enrojado, que D. Alvaro de Luna se habia puesto livido, y que los terribles vestigios de una cólera reconcentrada, habian asomado al semblante de su esposa D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz que estaba entre las damas á poca distancia de la reina. El contador del rey no habia alcanzado á leer sin embargo en la rápida ojéada que habia lanzado en torno suyo la profunda emocion que el nombramiento de Judit para reina de la justa habia causado en un jóven, que estaba tras las damas confundido entre los oficiales de la casa real. A aquel jóven era Rodrigo de Cotta.

Otro hombre ademas allá en el fondo de la sala, habia apretado convulsivamente su daga y habia exclamado por lo bajo:

—¡Ah! ¡el asesino de Saruhyemal, el odioso castellano á quien yo buscaba, ¡y te haces elegir para reina de tu justa á Judit!... ¡una puñalada mas á tu cuenta!

El que esto habia murmurado para si era Raab-ebukotam, el joyero árabe, el paje de Judit, el alférez de la guarda morisca del rey.

Todo esto pasó con la velocidad del relámpago, y Avanguardia, se adelantó al centro de la sala y dió la grito ó pregon siguiente:

«Sepan todos los caballeros y gentiles hombres del

rey nuestro señor, como su alteza da licencia para estas justas, salvo que ni el rey, ni el muy magnífico señor Condestable D. Alvaro de Luna se prueben en ellas.»

Despues de esto, Alonso Perez de Vivero, se hizo quitar el almete por uno de los caballeros cercanos, y subiéndolo al estrado real hincó ambas rodillas, besó las manos al rey y á la reina, hizo una gran medida al príncipe y al Condestable, y dijo con gran nobleza.

—Yo tengo á gran merced á vuestra alta señoría la licencia que acaba de otorgarme, y tienensela consigo estos otros caballeros que en tal empresa me ayudan, y juro por mí y por ellos continuar leal y cumplidamente como hasta ahora, sirviendo á vuestra alteza como mis progenitores y los de estos caballeros que me acompañan han servido á los nobles y poderos reyes de que descende vuestra alta señoría.

Y levantándose, saludó de nuevo al rey, á la reina al príncipe y al Condestable; volvió á su puesto recobró el almete, sacó de su escarcela un pergamino enrollado y sellado con el sello de plomo de sus armas y lo entregó á Avanguardia mandándole que le leyese.

El pergamino contenia los capitulos ó condiciones de la justa cuyo extracto es el siguiente.

«Que Alonso Perez de Vivero, y sus tres compañeros, de que era capitán, estarían en virtud de la licencia del rey, desde la salida del sol del siguiente dia, hasta su puesta, como mantenedores, en el palenque hecho en el corral del alcázar: que la señora de honor nombrada por el rey, para ser reina de las justas, tendria el mando del palenque, y se estaria á su decision salvo en las cosas de armas, que estarían á cargo de dos caballeros antiguos probados en hechos y dignos de fe y dos farantes, que tomarían juramento apostólico á los caballeros que probarse quisieran, y les demandarían pleito homenaje de estar á todo lo que ellos les mandasen acerca de las dichas armas: que á cualquier caballero ó gentil hombre que pasara cuarenta pasos dentro de la liza se le tomara la espuela derecha, que sería colgada en el paño de honor del cadalso de los jueces, y no le sería devuelta, sino cuando rompiese tres lanzas con cualquiera de los mantenedores: que si reusase hacer dichas armas le sería detenida la espuela, de que nunca jamás podría usar, so pena de ser tenido por mal caballero, hasta que dichas armas hiciese: que los que no entrasen en la liza y demandasen correr una lanza ó dos á mas, lo podrían hacer y les sería concedido: que las pruebas se harian rompiendo lanzas por el asta con hierros fuertes de Milan en arneses de guerra, entendiéndose por rota la que descabalgara ó hiciera sangre: que sin embargo de que el capitán de las justas daria arnés, lanza y cabalgadura á todo caballero ó gentil-hombre que sin ellas viniera, se permitiría á los que las trayesen probarse con ellas salva ventaja, á juicio de los jueces: que si aquel á quien se tomase espuela, corriese una ó dos lanzas y no la tercera se entendería como sino no hubiese corrido ninguna para que la espuela no le fuese devuelta: pero que si dejaba de correrlas por haber sido herido ó maltratado se tendrían las armas por hechas y acabadas y le sería entregada la espuela: que ningun caballero podría pedir probarse singularmente con uno de los mantenedores, si no que estaria á probarse con el que por suerte le tocare: que no sería admitido á prueba ningun caballero ó gentil-hombre que no fuese de linaje y solar conocido, salvo si alguno tubiese voto de andar por el mundo y hacer armas encubierto, al cual se pediría juramento apostólico y pleito homenaje por los farantes acerca de si su linaje y solar, eran bastante y tales, que pudiera probarse con los mantenedores á ley de caballero: que el premio expresado en el pregon sería del que rompiese mejor y mas número, de lanzas, ó derribase ó hiriese á mantenedor, siendo mejor caballero de armas que todos los que justasen: que á ningun ca-

ballero se demandaria, la muerte ó herida que causase, buena y lealmente en prueba de armas, salvo si hubiese alevosia ó ventaja: que el que perdiera caballo suyo le seria pagado el doble de su valor, y que si él matase caballo de mantenedor, le bastase la fealdad del encuentro por paga: que para caso de herida, ú otro revés cualquiera habria á punto cirujanos y medicinas: que el escribano de cámara y los farautes nombrados, darian testimonio signado á los caballeros ó gentiles hombres que lo pidiesen de lo que en verdad hubiesen hecho: y últimamente que el muy alto, poderoso y magnifico señor Condestable D. Alvaro de Luna salia por fiador del cumplimiento de los capitulos anteriores.

—Avanguardia, rey de armas, dijo seguidamente Alonso Perez de Vivero; vos ireis con mi bandera y mis farautes y mis escuderos esta misma noche, y hareis vuestra grida en el Oclavo y en el Espolon y en el Campo Grande y en cada una de las puertas de la villa por la parte de afuera, y en cada cual de estos lugares fijareis en una esquina un cartel con copia testimoniada por escribano de esta nuestra empresa y de sus capitulos, para que llegue á noticia de todos; y porque dichos carteles puedan ser vistos, hareis encender frente á cada uno de ellos una hoguera, y mandareis quedar á su orilla y en su guarda dos hombres con hachas encendidas hasta el amanecer, en que dicha empresa empezará. Ahora con licencia del rey nuestro señor id, y que vayan en vuestra guarda Dios y Santa Maria.

Con el mismo órden que habia entrado el cortejo, salió, al son de la música que el rey mandó tocar como en muestra de su agrado, y los cuatro mantenedores entraron en una cámara inmediata, se desarmaron y volvieron en trajes de fiesta á danzar en el sarao.

Aquella imprevista aventura causó gran agitacion y fue causa de que el sarao palidiese: el plazo concedido en el cartel era angustioso: solo de algunas horas, que era necesario aprovechar muy bien por parte de los que quisiesen entrar en las pruebas si habian de hacerlo de una manera lujosa y como el caso requeria, así es que empezaron á desertar caballeros de la sala, y por su falta, se aseguró que las justas serian magnificas.

El Condestable habia aprovechado todo este tiempo para hacerse profundamente cargo del estado amenazador que para él tenia la córte, á juzgar por su aspecto. Se habian aprovechado perfectamente los únicos dias que el inminente peligro de la vida de su hijo D. Juan le habia tenido separado de los negocios: allí estaban todos sus enemigos. Benavente, Alba, los Quiñones, el Almirante, los Mendozas, los Pachecos, los Girones, los Carrillos, los Silvas... los caballeros de su casa como Hernando de Sese, Gonzalo Chacon, Hernando de Rivadeneyra, Gil de Atrosillo y otros, estaban en una notable minoria: el rey se mostraba afable para con todos indistintamente y aun tenia palabras cariñosas para el Condestable: se le habia quejado amargamente de aquella ausencia, se habia informado con solicitud del estado de D. Juan, y la misma reina habia hablado sonriéndose con D. Alvaro: esto le probaba que se le temia aun, pero que se meditaba un golpe y se habian hacinado á su alrededor los elementos necesarios. El Condestable aceptó la situacion tal como se le presentaba y se preparó por su parte á adelantarse si le era posible al golpe que preveía.

Pensando estaba en la manera de volver á recobrar de una manera rápida su perdida influencia, cuando vió á Hernando de Sese, que de pie vuelto hácia él y junto á la barra del estrado, de donde no le era lícito pasar, parecia indicarle con su mirada fija y tenaz la necesidad de hablarle de algun asunto importante. Resistióse por algun tiempo pero, como durase la te-

nacidad de Sese, se levantó como al descuido, aprovechando la ocasion de adelantarse hasta el estrado real Alonso Perez de Vivero.

El Condestable le salió al encuentro.

—Me ha adivinado vuestra señoría le dijo el jóven, hace mucho tiempo, es decir, desde que he venido de Navarra que deseaba tener la honra de ponerme á su mandado despues de haberle dado gracias...

—¿De quién sois ahora? mi buen Alonso Perez, le dijo el Condestable.

—He elegido para fiador de mis capitulos á vuestra señoría, contestó Vivero, cuando podria haber tomado el nombre del conde de Benavente ó del de Paredes.

—Lo que quiere decir, que ó sois muy traidor ó muy leal.

—Señor...

—Decidme, ¿sabia el rey algo acerca de vuestra empresa?

—Nada señor.

—¿Y cómo es que ha nombrado por reina de ella á una dama á quien vos segun se dice frecuentais mucho?

—Dícese que el rey ama á Doña Judit.

—Dicen tambien que vos la amais.

—Lo que hay de cierto en el caso es que finjo amarla.

—Luego ella os ama.

—Creo que Doña Judit tiene un interés que no comprendo en mostrarse afectuosa conmigo.

—¿Y vuestro interés en corresponder á ese afecto cuál es?

—Yo amo á otra mujer, señor.

—¿Y porque amais á otra mujer, os mostrais complaciente con Doña Judit?

—Esa mujer es Doña Beatriz Perez Sarmiento que ha desaparecido el mismo dia, ó por mejor decir, la misma noche en que fue herido D. Juan de Luna vuestro hijo.

—¿Y creis que haya algo de comun entre ese crimen y la desaparicion de Doña Beatriz?

—No sé que decir á vuestra señoría, pero todo lo que sucede estos dias tiene un aspecto tal, que mucho me engaño sino guarda un profundo misterio: tal vez si le pensado en las justas, es por ver si consigo aclarar...

—¡Ah! ¿queréis aclarar!...

—Permitid, señor, que salgamos de aquí: hay palabras que no deben decirse sino en lugares donde no puedan ser escuchadas y en voz muy baja... sepárennos si así place á vuestra señoría, y despues...

—Dentro de una hora en mi casa.

—Dentro de una hora estaré en ella, señor.

Separáronse el Condestable y su antiguo paje, y D. Alvaro, siguió adelante yendo á saludar al conde de Benavente que le salia al encuentro.

—No puedo dispensarme de venir á mostraros mi agradecimiento, señor Condestable, le dijo D. Rodrigo Alonso de Pimentel.

—¿Vuestro agradecimiento! repuso con una seca estraneza D. Alvaro. ¿y por qué?

—Hace algunos dias estaba levantado sobre mi el cuchillo del verdugo, y un ordenamiento vuestro fue á ponerme en libertad.

Don Alvaro calló, y se puso pálido á este audaz sarcasmo.

—Despues, continuó impassible el conde, como si nada hubiera notado, el rey sin duda por vuestro consejo ha terminado las diferencias que me alejaban de la córte como á mis buenos amigos y me ha llamado á ella.

—¿Os ha llamado el rey!

—Ya vé vuestra señoría que le debo mucho, muchísimo, que estoy obligado á pagarle, y que como noble y caballero le pagaré.

— Si es que tan agradecido os hacen los que creis beneficio mios, os prometo bajo mi fe de noble y de cristiano seguir prodigándolos, tanto, que llegue un día en que no me los podais pagar.

Las últimas palabras del conde y de D. Alvaro, habian sido profundas, intencionadas, amenazadoras aunque encubiertas por cortesanías sonrisas.

Y así, uno á uno, todos los enemigos del Condestable cruzaron con él su palabra, y sus amigos le rodearon ceñudos, dispuestos á todo, temblando de cólera.

Al fin el Condestable se vió libre de aquel largo tormento, y pudo apoyarse en el brazo de Hernando de Sese.

— ¿Qué me querias? le preguntó.

— Tened cuenta con vos, señor, contestó el jóven.

— Que tenga cuenta conmigo ¿pues qué sucede?

— No vayais mañana á las justas.

— ¿Que no vaya á las justas?...

He oido entre vuestros enemigos palabras aisladas pero amenazadoras, y yo creo que esas justas, de que se ha hecho á vuestra señoría fiador de los capítulos y en que se ha elegido por reina á D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor, no son mas que un pretexto para rodearos de lanzas, con cualquier arrimo de motin, y prenderos... si os prenden ahora, señor, sois perdido.

— ¿Y todas las sospechas se fundan en que soy fiador de los capítulos, y en que D.<sup>a</sup> Judit es reina de las justas...? dijo D. Alvaro disimulando perfectamente el interés de su pregunta.

— Es que suceden, señor, dijo Sese, cosas estrañas en casa de D.<sup>a</sup> Judit.

— Sí, ya sé por Ruy Diaz que entran en ella ciertas gentes.

— Y en particular y á todas horas, un hombre que ó mucho me engaño, ó es uno de vuestros mayores enemigos. Lo estoy observando desde que entró en la cámara vuestra señoría, y su mirada fija alternativamente en vos y en D.<sup>a</sup> Judit, brota ódio y una alegría siniestra.

— ¿Y quién es ese hombre?

— Mirad, señor; ¿veis junto á aquella ventana á un caballero viejo, vestido de negro, que habla con muestras de gran interés con D. Juan Pacheco?

— No conozco á ese hombre, dijo, mirándole con recato el Condestable; no le he visto nunca. ¿Quién es?

— Se dice que es un ingles que anda corriendo córtés, que es muy rico y se llama Sir-Jorge Stanhop.

— No creo que el rey de Inglaterra con quien debo estar en buen estado tenga interés en tenderme asechanzas.

— Es que ese hombre á pesar de que habla con acento extranjero es castellano; creo que finge, lo juraria señor.

— Pues bien, obsérvame á ese hombre, Sese.

— Yo creo, señor, que lo mejor sería cabalgar esta noche en silencio, irnos á Búrgos, encerrarnos en la ciudad, levantar bandera y dictar condiciones al rey.

— ¡Silencio, Sese! ¡por mucho que suene esa infernal música, hay palabras tales que parece que han de dominar á todos los ruidos..... mañana iré á las justas.

— ¡Señor!

— Podrá muy bien ser cierto lo que sospechas, pero en las situaciones difíciles es cuando se debe mostrar mas valor. ¿Con cuántos ginetes contamos en Valladolid?

— Con ciento cuando mas, señor.

— Eso basta. Vete: hazlos enjaezar y armar, y que estén dispuestos para un caso estremo.

Hernando de Sese se separó de su señor, y el Condestable despues de haber estado con amigos y enemigos, tan afable y tan córtés como en los mejores tiempos de su privanza, tornó al estrado real, saludó

á los reyes y al príncipe y se despidió de ellos con pretexto del cuidado en que le tenia su hijo. Antes de llegar reparó en que D.<sup>a</sup> Judit no estaba y entre las damas.

Al atravesar la segunda antecámara se le acercó un paje y le dió un billete perfumado. Aquel billete era muy breve.

« Os espero esta noche, señor, decia, dentro de dos horas en mi casa como os dije: id por el postigo de » la calle del Conde—Vuestra Judit.

El Condestable dió al paje una rica sortija. Al atravesar una galería pasó rápidamente junto á él una sombra enbozada, y poco despues se oyó entre lo oscuro una voz que pronunció perfectamente estas palabras:

« ¡Acuérdate! ¡el 13 de diciembre de 1431 fue » ahorcado en Valladolid un noble! ¡Acuérdate, ase- » sino, acuérdate!»

La voz se habia alejado á medida que habia pronunciado estas palabras, que hicieron estremecer y detenerse al Condestable. Luego envió á su servidumbre con órden de prender al que encontrasen en la direccion en que habia sonado, pero volvieron solos. La galería estaba desierta.

### III.

De la manera misteriosa con que salieron del alcázar de Valladolid algunos personajes de nuestra historia.

Poco despues de la salida del Condestable, los reyes y el príncipe se retiraron y se separaron en distintas direcciones para sus respectivas cámaras. Apesar de que, los nobles confederados contra el Condestable, habian logrado hacer una reaccion contra él, dentro del alcázar, como si aquel hubiera sido un último reducto de una plaza sitiada que se mantiene fuerte, la servidumbre le era leal, y los reyes, como siempre, no lograban verse sino en los actos públicos y aun así por breves momentos. Ademas aquella noche el rey, desde el punto en que salió del sarao Judit, se habia mostrado impaciente, y la reina contra su costumbre habia apresurado la hora de la separacion. Los dos esposos se separaron sin gran violencia aparente, aunque la reina estaba pálida y sobre escitada.

Al entrar la reina en la cámara con D.<sup>a</sup> Judit, le salió al encuentro D.<sup>a</sup> Mencia de Padilla.

— Y bien: ¿ hemos adelantado algo, la preguntó la reina?

— Tratándose del señor Hernando de Carrillo, hago yo cuanto deseo, señora.

— ¿Teneis las llaves?

— No, porque, segun creo, el rey va de aventura esta noche. Pero no importa, puesto que todo está arreglado.

— ¿Y podrá ser pronto?

— Ahora mismo, si lo desea vuestra alteza.

— Pues entremos, señoras, entremos; dijo la reina desapareciendo tras el tapiz de una puerta.

Entre tanto el rey se paseaba impaciente á lo largo de su cámara; delante de él, de pie, esperando á que se acostase, estaba Pedro de Vergua, su montero mayor de Espinosa.

— ¿No te he dicho ya que me siento enfermo? le dijo con acento quejumbroso el rey; ¿ó será necesario que todavia tengamos que enviar un recado al señor Condestable para que nos permita que venga nuestro médico?

— Ya se ha llamado al bachiller Cibdareal, señor, contestó el rico-hombre respetuosamente.

— Y ya estoy aquí, señor, dijo á la puerta el médico.

— Ven amigo mio, mi buen bachi'ler; siento...

— ¿Y qué siente vuestra alteza?

—Temblor en las piernas y palpitaciones en el corazón.

—Vuestra alteza está muy malo, señor, dijo gravemente el médico; será necesario...

—¿Acostarme...?

—Eso por supuesto, y que se deje á vuestra alteza enteramente solo.

—Y ¿quién cuidará del rey, dijo con cierto acento exigente el montero mayor?

—Señor Pedro de Vergua, yo creo que sois un leal vasallo.

—Por tal me tengo, señor.

—Y como tal, no querreis sorprender los pensamientos de vuestro amo.

—Sin duda.

—Pues bien, señor Pedro de Vergua, el rey delirará infaliblemente antes de una hora.

—¿Estais seguro de que delirará? exclamó el rey sintiendo una conmocion febril.

—Vuestra alteza está poderosamente predispuerto.

—¡Oh! sí, me siento admirablemente predispuerto.

—Ya veis, señor Pedro de Vergua: el rey necesita quedarse enteramente solo; pero para lo que pueda acontecer, nos quedaremos vos y yo en la antecámara.

—Una vez que es preciso...

—¿Preciso? De todo punto. Vamos, señor montero mayor, voy á servir al rey de camarero. Esperadme en la antecámara.

El montero mayor de Espinosa se inclinó y salió murmurando.

—Hay cosas que se ven y que es necesario dejar pasar: este endiablado de bachiller tiene sin duda algo que decir á su alteza.

En efecto no se engañaba el señor Pedro de Vergua: apenas habia salido cuando Cibdareal exclamó:

—Todo está dispuesto, señor.

—Y bien: ¿eso habrá costado algo?

—No lo creais, señor; quien está de guarda en el postigo es el capitan Hernando de Carrillo, y ha andado en ello D.<sup>a</sup> Mencía de Padilla.

—¡Ah! ¡la hermosa D.<sup>a</sup> Mencía! ¿Sabes Cibdareal, que es muy hermosa esa D.<sup>a</sup> Mencía?

—¿Sentís tambien por ella palpitaciones, señor?

—Te diré; yo las he sentido, pero ella no.

—¡Ah! de ese modo...

—Y mira, Cibdareal, ¿quién me acompañará?

—El señor Rodrigo de Vitlacorta.

—Dáme, dáme mi gorra y mi capotillo. El señor Hernando de Carrillo te habrá entregado las llaves.

—No tal.

—¿Cómo! ¿mi capitan de armas se niega?...

—Vuestro capitan de armas, señor, me ha confesado, para disculparse, que á mas que vuestra alteza hay otras personas que necesitan salir por ese postigo.

—¡Ah! sí; D.<sup>a</sup> Judit.

Y no solamente ella, señor, sino tambien su señoría el príncipe D. Enrique y D. Juan Pacheco.

—¡Ah! ¡ah! pues no debe ser esa salida muy en provecho del señor Condestable: parece increíble que exista un hombre tal que obligue á un rey y á toda una nobleza á andar como andamos. Ese hombre ha crecido mucho, Cibdareal.

—Pedid á Dios, señor, que no haya crecido tanto que ni vuestra alteza, ni todo el reino junto alcancen á su cabeza.

—¡Oh! ¡oh! dijo el rey sonriéndose de una manera siniestra. El día que yo deje de amarle, caerá, caerá, Cibdareal, aunque toque con la cabeza al sol. Por ahora, es preciso confesarlo, bachiller, él es el primer hombre del reino: es cierto que se ha hecho un tanto soberbio, pero la culpa no es suya; le abor-

recen, ó por mejor decir, le tienen envidia todos esos nobles salvajes; le acometen de una manera ruda y le han exasperado. Por lo demás, cuanto tiene de gloria y de gobierno Castil'a, por poco que sea, se le debe á él.

—Os confieso señor que es muy difícil comprenderos. Si pensais de ese modo ¿á qué haberos reconciliado con vuestro hijo? ¿á qué vuestro seguro real á los Pachecos y á sus amigos?

—Cibdareal, yo no quiero mas que domesticar un poco al Condestable..... hacer de modo que me deje comer y dormir á mi gusto.

—Vamos señor: estamos perdiendo el tiempo, dijo Cibdareal permitiéndose una risita maliciosa: envolveos en vuestro capotillo y vamos.

Poco despues el rey y el médico desaparecieron tras una puerta; al cabo de algunos minutos Cibdareal solo, entraba en la antecámara donde paseaba pensativo Pedro de Vergua.

—El rey duerme, dijo sentándose en un sillón y envolviéndose en su capa, y yo voy á dormir tambien.

—Sea en buen hora, contestó el rico-hombre contento indisplícite, yo velaré; y siguió paseándose en silencio.

Poco antes habian salido por un postigo que daba sobre la caba del alcázar dos mujeres rebozadas, que entraron en una litera y escoltadas por algunos escuderos se internaron por las callejas inmediatas en la villa.

Media hora despues paró otra litera junto al postigo, y á poco este se abrió y salieron dos hombres embozados, el uno de ellos entró en la litera y el otro siguió andando junto á ella. Aquel hombre llevaba en la mano una espada desnuda.

Una hora mas tarde llegaron al mismo sitio cuatro escuderos á caballo llevando otros dos caballos del diestro. Algunos minutos despues se abrió de nuevo el postigo y salieron dos hombres que cabalaron, picaron y seguidos de los escuderos salieron de la villa por la puerta de Madrid.

#### IV.

De cómo el rey D. Juan creyendo ir de amores se encontró cuando menos lo esperaba con asuntos desagradables.

La primera litera, es decir, la que conducía á las dos mujeres, paró enfrente del palacio de Judit á la misma puerta de la casa de Roboam. Salieron las dos mujeres, y la mas alta dijo á la otra.

—¿Es aquí?

—Aquí es, señora, contestó la preguntada, y llamo con la mano de una manera particular.

La puerta se abrió al momento y las encubiertas entraron.

—¡Oh! ¡que casa tan triste y tan oscura! exclamó temblando la primera dama que habia hablado.

—¡Oh! ¡señora! mas triste, mas apenada es vuestra vida. Vos aquí gozais al menos de alguna felicidad, mientras que yo.....

—¿Cómo! vos tan jóven, tan hermosa, tan rica, ¿sois desgraciada?

—Pedid al cielo, señora, no serlo tanto como yo.

En esto la dos mujeres atravesaron el patio, entraron en la torre, que en otro lugar dijimos se levantaba á su fondo, siguiólas el hombre que habia abierto la puerta y que las acompañaba, y pasado algun tiempo brilló una luz tras las celosías del ajimez del centro de la torre, y algo despues se abrió la puerta otra vez y aparecióse el mismo hombre y la dama de menos estatura. Llegaron á una puerta situada en el centro del costado izquierdo, el hombre tomó una lámpara, y siguió adelante hasta una cámara entapizada, alfombrada y alhajada con alguna riqueza y gus-

to, en medio de la cual ardía una gran cantidad de carbon en un brasero de bronce.

La mujer se dejó caer con desaliento en un sillón, y se descubrió.

Era Judit.

El hombre se quitó el capuz que envolvía su cabeza y dejó la lámpara sobre una mesa.

Aquel hombre era Roboam.

Durante algun tiempo el judío estuvo contemplándola en silencio con la dolorosa solicitud de un padre que ve enferma á una hija querida: la abstraccion y el abatimiento de Judit eran profundos, estaba pálida, triste, impresionada, y sus hermosos ojos tenían una espresion fatídica.

— Nunca te he visto así Judit, la dijo al fin.

— Es que nunca he sufrido tanto, padre mio.

— Eso es entregarse voluntariamente al dolor.

— Creis que yo puedo vencer.....

— Tú podrás todo lo que quieras. Judit, porque la fuerza de tu alma es inmensa.

— Yo lo creia tambien; pero ¡ay! me siento sujeta, apriionada por un pensamiento fijo... ¡ese hombre!... ¡siempre ese hombre!....

— Has cometido una locura, Judit.

— Decid una doble locura, porque ese hombre es casado, y ademas ama á otra.

— ¡Cómo! sabe ese hombre que le amas, que sufres por él y sin embargo?.....

— Yo no le culpo, padre mio; el corazon no recibe leyes, siente de una manera libre..... y luego Doña Beatriz Sarmiento es tan hermosa, tan pura..... le ama tanto!.... ¡oh! no sabes ni puedes concebir cuanto he sufrido hablando con esa mujer..... su inocencia la vende..... es el suyo uno de esos amores de niña que no se revelan por las palabras sino que se exhalan de una manera involuntaria por una mirada tímida, por un suspiro contenido..... el de D.<sup>a</sup> Beatriz es uno de esos amores que enloquecen á un hombre, y Alonso Perez de Vivero está loco..... ¡oh! y yo estoy celosa, horriblemente celosa..... no sé, no sé como no he hecho ya pedazos entre mis manos á esa mujer.

— Si no fuese, por lo maravilloso, por lo sobrenatural de la leyenda que te relató lúigo de Ayvar seria necesario creer, Judit, en que pesa sobre tí una maldicion lanzada sobre tu familia..... tú, la mujer mas hermosa de la corte, codiciada por tantos hidalgos de honra y prez; ¡tú enamorada, loca, por un hombre que no te ama! ¿qué encuentra Alonso de Vivero en Beatriz Sarmiento para preferirla á tí?

— Alonso de Vivero, padre, está enamorado de mí, enamorado de mi hermosura. Tiene deseo y empeño: pero su amor, su amor es de ella..... y me jura que me ama, y frecuenta mi casa... casi no sale de ella... y esto aumenta mis celos... porque he llegado á creer que alguna imprudencia mia, le ha hecho sospechar que yo soy la causa de la desaparicion de D.<sup>a</sup> Beatriz... ¡Oh! ¿sí eso fuera cierto?

— ¿Y qué pruebas tienes de ello? Tu locura te hace soñar en lo que no existe, Judit.

— No, no: hace preguntas insidiosas á mis criados, ha llegado hasta el punto de enamorarse á una de mis doncellas. Ese hombre sospecha: apura todos los medios... sufre, y cuanto mas sufre, mas me enamora; cuanto mas me enamora, mas crecen mis celos; y mi odio hacia esas dos mujeres.

— Judit, tú te perderás.

— ¡Perderme! ¿puedo llegar á estarlo mas de lo que lo estoy? Solo necesito que lo que ahora son celos lleguen á ser realidades...

El semblante de Roboam se nubló...

— Acuérdate siempre de mis consejos, Judit, hija mia, exclamó: ¡oh! si yo te viera manchada con un crimen.....

— No, no; ya ves, matar al Condestable es un

acto de justicia; matar á D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz un castigo necesario... en cuanto á D.<sup>a</sup> Beatriz, ella cree que está en peligro, porque no sabe nada de lo que sucede en la corte y me mira como á su salvadora... mañana, un día cualquiera, cuando sea necesario, se la hace entrar de noche en una litera con el pretesto de que no está segura en su casa, y se la lleva á un monasterio de Leon ó de Navarra... á un lugar donde esté muy lejos y no se pueda dar con su rastro... en cuanto á mí, necesito ser esposa de Alonso Perez y te juro que lo seré.

— ¡Que lo serás! exclamó espantado Roboam.

— No hablemos mas de esto padre mio. Estoy resuelta de todo punto; y ademas esta conversacion me lastima demasiado, me conmueve, y ya no debe tardar el rey. Quiero estar serena, dominarle, no cometer ninguna torpeza por distraccion. Si perdemos estos momentos en que el Condestable necesita de todo su poder, de todo su valor, para sobreponerse á sus enemigos, lo esponemos todo: le tengo miedo... una irresolucion, un descuido por nuestra parte daria al traves con todo... creo que llaman, Roboam.

En efecto, sonaban golpes impacientes á la puerta. El judío salió y Judit dió á su traje y á su peinado ese toque supremo que nunca perdonan las mujeres cuando tienen interés en parecer mas hermosas de lo que son; adoptó una actitud descuidada é incitante, dominó á su corazon, dió á su rostro una espresion de serenidad que no sentia su alma, sacó de entre sus ropas un objeto envuelto en un paño de seda, y le puso en la mesa al alcance de su mano.

Poco despues entró Roboam alumbrando á otro hombre: le señaló á Judit, y salió cerrando tras sí la puerta.

Aquel hombre que venia envuelto en un capotillo, permaneció inmóvil mientras resonaron cerca los pasos de Roboam; pero cuando se hubieron alejado, se despojó de su birrete, se descubrió y adelantó con la misma timidez y el mismo estremecimiento que un adolescente se acerca á la mujer de sus primeros amores.

Aquel hombre era el rey D. Juan el II.

— ¡Oh! ¡oh! D.<sup>a</sup> Judit... exclamó con trabajo; al fin... ello era preciso que sucediese... porque...

— Si, tenéis razon, dijo Judit lánguidamente: era preciso que alguna vez al fin se hiciera justicia.

— Justicia á mi amor...

— ¡Vuestro amor! sí, es verdad: estais separado de su alteza la reina por amaños de un hombre que todo os lo debe, y que no por eso deja de ser el primer miserable de Castilla: justicia tambien al reino á quien es necesario desgarrar haciendo un terrible escarmiento en una cabeza poderosa.

D.<sup>a</sup> Judit tuvo lugar de pronunciar estas palabras mientras duró el estupor del rey, que palideció, se asustó y se hizo atrás, al ver que quien le esperaba no era una mujer amante sino un conspirador con brial, y demasiado hermoso y fascinador por otra parte, para no escuchar con disgusto en su boca palabras del Estado en vez de suspiros de amor.

— ¡Ah, D.<sup>a</sup> Judit! exclamó: se me ha tendido un lazo en que solo vos me hubierais hecho caer.

— Vuestra alteza piensa mal de mi lealtad; conociendo que estais rodeado de traidores que os impiden el ver, el gozar del amor de vuestra esposa...

— ¡Ah! ¡la reina anda tambien en esto?

— Su alteza os espera, impaciente señor,

— ¿Que me espera mi Isabel? exclamó el rey en quien el amor á su esposa lo dominaba todo; ¿que me espera la reina?...

— Ya veis, señor, que cuando el bachiller Cibdareal os dijo de mi parte que os esperaria esta noche aquí una dama de quien estabais enamorado no os tendiamos, como dice vuestra alteza, un lazo.

— ¡Ah D.<sup>a</sup> Judit! dijo el rey suspirando, solo á eso

Precio se os puede perdonar vuestro engaño, porque en verdad yo creía....

—Vuestra alteza no creía ni ha debido creer otra cosa que lo que realmente es.

—Y decidme, preguntó con una precipitación febril el rey ¿estamos aquí libres de los nobles carceleros con que nos honra su señoría el Condestable?

—Su alteza os recibirá á solas, contestó Judit, y durante toda la noche.

—Y... ¿dónde está?... ¿dónde está? exclamó con cierta precipitación un tanto vergonzosa el rey.

—Antes de verla, señor es necesario que veáis á dos damas que tambien os esperan y á quienes como rey y como caballero debéis tambien amar mucho.

—No os comprendo... no... dijo el rey... dos damas á quienes debo amar y que me esperan... ¿las conozco?

—Debe conocerlas vuestra alteza.

—Pues, por San Lázaro, que no... no recuerdo... estáis sin duda equivocada D.<sup>a</sup> Judit, de seguro no las conozco; apostaría mi corona.

—Mirad lo que decís señor, porque las dos damas de que os hablo son vuestra justicia y vuestra honra.

—¡Ah! ¡ah! me esperan mi honra y mi justicia!

—Y harto quejosas señor.

—¿Quejosas! ¿y de quién?

—Del Condestable,

—¡El Condestable! ¡siempre el Condestable! exclamó palideciendo el rey ¡se han empeñado en que le aborrezca... en perderle...! ¡y vos tambien señora...! ¡vos tan dulcemente bella... vos tambien tenéis odios!

—Pertenezco á la nobleza de Castilla, y estoy como ella herida en mi dignidad: quiero como ella que mi señor natural sea rey y no esclavo... quiero en fin que termine esta situación insostenible, y, mas afortunada que otros, traigo conmigo tales pruebas que harán que vuestra alteza lance de sí el hechizo con que, sin duda, le tiene atado á su voluntad ese hombre.

—Decís que tenéis pruebas contra el Condestable.

—Aquí estan, señor, dijo Judit poniendo la mano sobre el paquete que estaba sobre la mesa; no dudareis á su vista de que ese hombre es infame y traidor..

—¿Cosas de la reina! D.<sup>a</sup> Judit, cosas de la reina.

—Pero no de esta reina señor.

—Vamos... queréis sacar á cuento ciertas habillitas injuriosas que algunos traidores se permitieron á cerca de la difunta reina D.<sup>a</sup> María de Aragon.... exclamó el rey procurando en vano aparecer sereno... ¿vos no sabiais eso? pues ya es viejo... ¡ya se ve! vos no creeriais que hubiera hombres que se hubieran atrevido á tanto... pues sí... se han atrevido á todo....

—¡A todo es verdad! ¡hasta á la vida de vuestra alteza! ¡no les bastaba tener en sus manos vuestro cetro y vuestra honra...! tenéis razon.... parece increíble y sin embargo es cierto.

—¿Queréis D.<sup>a</sup> Judit que no hablemos mas de esto?

—¡Como, señor, tampoco os importa...!

—Es que la reina espera.... y una noche se pasa... se pasa muy pronto para un enamorado D.<sup>a</sup> Judit.... mañana.... otro dia.... yo os prometo daros una audiencia tan larga como queráis.... y convenceros de que os han engañado.... ¿dónde? ¿dónde esta la reina?

El rey segun su costumbre cuando le hablaban de negocios desagradables procuraba escaparse.

Judit se puso de pie desenvolvió rapidamente el paño de seda sacó de el un medallon y le mostró en silencio al rey.

Los ojos de D. Juan el II se dilataron con una espresion de espanto, lanzó un grito, y se llevó la mano al pecho como si una vivora le hubiese mordido el corazon.

—¡El traslado de la reina difunta D.<sup>a</sup> María de Aragon! exclamó, ¿por donde ha venido ese traslado á vuestras manos, señora?

—Aun no es esto todo, continuó Judit poniendo el

retrato sobre la mesa y sacando del emboltorio un paquete de cartas de las que escogió una.

—Y que es esto D.<sup>a</sup> Judit, preguntó con cierto temor el rey.

—Una carta para vos de Diego de Varela diputado por la ciudad de Guenca. La fecha data de algunos dias, pero no importa, puesto que los males que esa carta deplora continuan y cada dia se agravan mas y mas.

El rey tomó con repugnancia la carta y apenas empezada la devolvió á D.<sup>a</sup> Judit.

—El cantar eterno: una pintura tristísima de Castilla, y acusaciones contra el Condestable: aun considerada la carta como un simple escrito es abultada; se me ponen por ejemplo, yo no sé de qué, á Alejandro, á Cesar, á Neron, á Roboam, y qué se yo quienes mas.. adios D.<sup>a</sup> Judit, ó por mejor decir, hacedme la merced de llevarme á donde está la reina.

—¿Qué señor, desatenderéis...!

—Yo desatiendo todo lo que no está robustecido por una prueba; hasta ahora no me han podido probar nada... nada, sino que tienen envidia de él.

—Pues bien, si pruebas quereis, señor, helas aquí. ¿Conoceis esta letra?

Y presentó al rey otra carta. El semblante de Don Juan se desencajó como habia sucedido al ver el retrato.

—¡Una carta de la reina D.<sup>a</sup> María...! ¡una carta al Condestable...! asuntos de gobierno sin duda, dijo el rey rechazando aquella carta con visibles muestras de repugnancia.

—Asuntos de amor, repuso Judit dejando caer á plomo estas palabras en el corazon del rey.

—Sí, en efecto; por aquellos tiempos andaba yo algo enamorado no recuerdo de quién, dijo el rey resistiéndose aun: la reina que conocia la influencia que sobre mí tenia y tiene el Condestable se le quejaria de mi despego.

—De amor entre la reina D.<sup>a</sup> María de Aragon, esposa del señor rey D. Juan el II, y su magnifico Condestable D. Alvaro de Luna, insistió con un punzante sarcasmo Judit.

—Dejadme, dejadme por piedad, señora; exclamó el rey. ¿No conocéis que no quiero oír? ¿no conocéis que cierro los ojos por no ver? ¿creeis que no lo sé todo, todo? Y sin embargo, señora, la reina D.<sup>a</sup> María murió poco despues de haber escrito esa carta y yo traje de nuevo á D. Alvaro á la córte. Porque, sabedlo de una vez, le amo mas que á la reina, mas que á vos... le conozco desde que abrí los ojos á la luz, le miro como si fuera mi padre, y se lo perdono todo....

—¡Todo! ¡el que pise vuestra honra, el que atente á vuestra vida...!

—Esa es una calumnia, una calumnia infame.... os han engañado, señora, porque yo no puedo creer que vos mintais.

—Tomad y creed, sino es que habeis dejado de ser hombre, ya que no sabeis ser rey... leed... leed... y ¡perdonad aun! dijo Judit con desprecio, mostrando una última carta al rey.

El acento con que Judit pronunció sus últimas palabras dominaron de tal manera al rey que leyó la carta. Al llegar á la mitad lanzó un grito horrible; se cubrió el rostro con las manos y se dejó caer inerte sobre un sillón; la carta cayó á sus pies.

—¡Infames! ¡infames! murmuró.

Judit sonrió con una alegría infernal, tomó la carta del suelo, se acercó á la luz y la leyó en voz lenta, apagada y lúgubre.

—« Ven, ven, amado de mi alma, decia: la presencia de este hombre cuando no te veo, á tí á quien tanto amo, me es insostenible. Ven D. Alvaro, ven y no temas. ¿Que es para tí tan grande, tan poderoso, tan valiente, este miserable y cobarde rey que me hace desesperar con sus poetas, sus groseras caricias, y sus insultos? ¡Oh! acabemos, amado mio,

para ser rey de Castilla solo te falta quererlo, y yo estoy resuelta á todo... á sacrificarlo todo por tu amor... dos seres están interpuestos á nuestra felicidad el rey y D.<sup>a</sup> Juana Pimentel tu esposa... mi médico me ha dado una yerba tal que sin escándalo...

—¡Oh! ¡por compasion, señora, callad...! ¿quereis justicia? pues bien se hará justicia.

—Y tened presente, señor, que si vos no la habeis se la hará el reino.

—Dadme esas cartas y ese traslado.

Judit envolvió aquellos objetos en el paño de seda y los entregó al rey.

—¿Qué mal os ha hecho ese hombre, señora? la dijo mirándola fijamente: solo un enemigo, y un enemigo á muerte pudiera haber sido implacable hasta el punto que lo habeis sido vos.

—Ese hombre ha asesinado á mi madre, exclamó Judit.

Era tan feroz, tan terrible el acento con que pronunció la jóven estas palabras, que el rey dominado, fuera de sí se volvió y la dijo, poniéndose la mano sobre el corazon:

—Os juro por mi corona y por la salvacion de mi alma, que ese hombre morira.

—Ahora, señor, yo acepto vuestro juramento, y sino me lo cumplis os lo arrancaré. La reina espera... la reina os ama... amadla mucho, señor, y escuchad sus consejos.

—Si, si, llevadme junto á ella... es mi ángel de paz, D.<sup>a</sup> Judit.

La jóven se levantó, tiró del cordon de una campana, y poco despues se presentó Roboam. El rey se habia encubierto de nuevo; salieron, atravesaron el patio y llegaron á la puerta de la torre que el judío abrió. Despues subieron una de esas rampas tan comunes en las torres árabes, que se tuercen por tramos, y en las cuales no hay un solo peldaño; atravesaron una antecámara, y entraron en un gran salon. Roboam quedó á la puerta y Judit y el rey adelantaron.

Aquel salon era cuadrado: en los tres muros que se estendian á los costados y al frente de la puerta, se abrian tres ajimeces, ó ventanas árabes sustentadas en delgadas columnas de alabastro. El ornato de las paredes pertenecia á esa profusa labor de flores y hojas entrelazadas geométricamente encerradas en marcos de inscripciones, de grecas, de adornos: el gusto de aquella arquitectura pertenecia á los primeros tiempos del Islam, y era grave, robusto en contraposicion al de la de los tiempos medios que es delicado, voluptuoso, aéreo y al que pertenece la Alhambra: la construccion de aquella torre, á juzgar por su arquitectura, databa del siglo IX.

Conociase que se habia alhajado recientemente y con muebles que no la pertenecian. En un ángulo habia un enorme lecho con dosel y tapices blasonados con los cuarteles reales: algunas alfombras, diferentes entre sí, aunque ricas, demostraban que no habia habido tiempo bastante para hacer una capaz de cubrir toda su estension; en otro ángulo contrapuesto al en que se habia colocado el lecho, se veia una mesa con tapete de terciopelo, en el que tambien estaban bordados los cuarteles reales. Sobre aquella mesa, puestos por una mano previsora, habia una escribania de plata y un rollo de pergamino: últimamente un considerable número de sillones dorados orlaban los muros, y una lámpara de seda pendiente del artesonado, y dos bugias encendidas sobre la mesa bastaban apenas á iluminar de una media tinta vaga los distantes ángulos y la alta ensambladura del salon.

Al entrar el rey y Judit, adelantó una mujer conmovida y trémula. Era la reina D.<sup>a</sup> Isabel de Portugal, que al ver á su esposo con el semblante desencajado, lívido, sombrío, se detuvo y exclamó:

—¡Dios mio! ¿qué os sucede, señor...? estais pálido como un difunto.

El rey la asió de una mano, la llevó á la mesa, la mostró el retrato de la reina D.<sup>a</sup> Maria y las cartas en que parecia estar patente la traicion de D. Alvaro de Luna.

La reina puso un dedo fatal sobre la carta en que D.<sup>a</sup> Maria de Aragon hablaba de dar un tósigo al rey, y dijo:

—Aquí está la sentencia de ese hombre.

—Ese hombre morirá, señora, contestó con voz caberosa el rey.

—¿Y quién ha sido el vasallo leal que ha puesto estas horribles pruebas en las manos de vuestra alteza?

El rey se volvió para señalar á Judit, pero esta habia desaparecido y bajaba á la sazon rápidamente por las rampas de la torre.

El rey fue al ajimez y dijo á la reina mostrándola dos bultos que se alejaban á lo largo del patio.

—Aquella mujer, señora, es á quien debemos esta tremenda revelacion.

—¡D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor! exclamó la reina.

Despues y á tiempo que Roboam y Judit se perdian bajo la galeria, el rey y la reina desaparecieron del ajimez.

Poco despues una sombra apareció por una puerta del patio, y dijo mirando al ajimez de la torre.

—Allí está el trono que vacia y se estremece; por allí se aleja la mujer que se venga, y aquí estoy yo para hacer que esa venganza se dilate... no me conviene que ese hombre concluya tan pronto, y es necesario evitarlo. Vamos á avisar al Condestable.

Aquella sombra fue á una puerta, la abrió con llave, atravesó algunas habitaciones oscuras, llegó á una en que habia una lámpara en el suelo, la tomó, y á su luz pudo verse su semblante.

Era Raab-ebu-Cotam; atravesaba rápidamente la mina que separaba la casa de Roboam del palacio de Benavente.

Poco despues el Condestable recibia en su casa de una manera misteriosa un papel en que estaban escritas las siguientes líneas.

«No salgais esta noche sino quereis ser preso: salid de Valladolid y preparaos: sobre todo, sino provechais este aviso, no vayais mañana á las justas, por que vuestra hora mengua Condestable y trasponne tras nubes sangrientas.»

Don Alvaro leyó este papel con una profunda calma, y ni un solo músculo de su semblante se contrajo: estaba decidido á todo, y á pesar de este terrible aviso salió solo y embozado por un postigo de su palacio, se encaminó al de Judit, llegó al callejon del Conde y llamó al postigo que se abrió en el momento; entró el Condestable y el postigo se volvió á cerrar.

## V.

De lo que pasó aquella noche en casa de Judit y en las ruinas del castillo de Juan-sin-Alma.

Judit se ocupaba en hacer arreglar por sus doncellas todo lo necesario para presentarse dignamente en el lugar en que debia desempeñar el importante papel á que de una manera tan imprevista la habia destinado el rey. Otra menos rica que ella se hubiera visto en un verdadero apuro para confeccionar en las pocas horas que se la habian dado de plazo un atavío verdaderamente notable. Pero Judit no tuvo necesidad de otra cosa que de hacer abrir algunos cofres y dar algunas instrucciones y todo estuvo preparado.

Entonces fue cuando una de sus doncellas de confianza la avisó con misterio que el Condestable esperaba en la gran cámara.

Trasladóse á ella Judit, hermosa, mas hermosa que

nunca, por el gozo de su próxima venganza; adelantó hácia el Condestable, y le presentó la frente.

El Condestable se hizo un paso atrás; iba mal preparado, y recibió con estrañeza el ademán de Judit.

—¿Qué, señor, dijo esta, negais el beso de paz á vuestra hija?

—¡A mi hija, señora! replicó el Condestable, besándola ceremoniosamente en la frente, yo creí que erais mi enemiga.

—¡Vuestra enemiga! ¡vuestra enemiga yo! exclamó afectando una dolorosa sorpresa Judit; ¿acaso hay alguien en Castilla que os admire, os respete y os ame tanto como yo?

—Y sin embargo, señora, ¿qué habeis hecho de las cartas en que os donaba las villas de Hariza y Cuellar?

—¡Ah, señor! yo os queria noble y grande, dijo Judit, fijando en él una mirada dulce y tímida como la de una gacela, y quise evitaros un remordimiento. Sabia que vuestro carácter de hierro habia de resistir á las súplicas, á los ruegos...

—¿Que queriais evitarme; un remordimiento? ¿Sabéis, señora, que los cinco nobles que estaban presos en Roa y Portillo, estaban esta noche en el sarao del alcázar?

—Lo sé, y ya habeis visto como todos os han tendido la mano, todos os han demostrado su agradecimiento.

—Pero ocultando á la espalda el puñal... escarneciéndome, burlándome... ¿que me amais...? yo creo por el contrario, señora, que me aborreceis... no sé por qué... acaso por que he tenido preso y á punto de muerte á vuestro amante Suero de Quiñones.

Judit hizo un jesto de desden tal y tan marcado que el Condestable no se atrevió á insistir.

—¡Suero de Quiñones! dijo ella; es cierto que un debaneo de algunos dias con ese caballero, produjo el célebre paso honroso del puente de Orbigo. Es cierto que alhagado mi orgullo me creí por algunos dias despues de aquellas pruebas de armas enamorada. Pero Suero de Quiñones no me agradaba, es demasiado presuntuoso... y yo soy altiva acaso en demasia... hubo reyertas, y nuestros amores concluyeron; pero esto no impidió el que al ver amenazada su vida, me escribiese y yo os engañase, por vuestro amor, señor, no por el suyo... ¿qué os importa que esos gusanos se levanten contra vos? Vuestra poderosa planta los aplastará, y su castigo será un escarmiento duradero para los que vengan despues.

—Creéis que soy poderoso, señora, y os engañais: no há mucho que lo era, pero desde un dia fatal para mí, me he transformado, mis canas se han convertido en una diadema de fuego que abrasan mi cabeza y mi corazon; mi alma me hace sentir la vergüenza de una pasion de niño. Pero pasion terrible: ella se sobrepone en mí á todo, me enlanguidece, me enerva, estravía mi razon: es un pensamiento fijo que no puedo apartar de mí, una locura que me mata, un dolor que me despedaza; es, en fin, señora, un amor de Satanás concebido por una mujer.

—¡Oh! señor: y ¿quién es la dama venturosa que os inspira ese amor? dijo Judit devorando con una mirada incitante la vaga mirada del Condestable.

—¡Feliz con mi amor! exclamó con una profunda amargura D. Alvaro: ¡feliz con el amor de un viejo! Hubo un tiempo, señora, en que el prestigio de mi nombre, de mi posicion y acaso de mi juventud y de mi palabra, me brindaban el amor de las damas mas hermosas de la corte: yo pasaba entre ellas orgulloso, dominador, sin compadecerlas, porque dominado por otras pasiones mas enérgicas en mí, no comprendía el amor. Llegó un dia, sin embargo, en que amé, y amé con toda mi alma á una mujer, que como si hubiera estado encargada de vengar á las demás, me despreció. Y no era una altiva y noble dama, sino una

pobre doncella escondida en las revueltas de un bosque, á quien encontré por acaso yendo de monteria... aquellos amores fueron harto desgraciados...

—¿Y ella... ella os amó?... exclamó con arranque Judit.

—Si ella me hubiera amado... repuso el Condestable... pero olvidemos, hay mucha sangre entre aquella mujer y yo... desde entonces hasta ahora no he vuelto á amar; me he entregado con ardor á los negocios del gobierno, he combatido, he vencido...

—¿Y cómo se llamaba aquella mujer, insistió Judit?

—He olvidado su nombre... dijo el Condestable con acento duro.

—¡Le habeis olvidado, habiéndola amado tanto!

—Y bien: ¿qué nos importa eso, señora...?

—¡Qué me importa... me preguntais qué me importa!... ¿no sabeis que un amor tal como el que yo siento, tiene celos aun del pasado?

—¿Qué tenéis celos, señora, y celos por mí? exclamó el Condestable palideciendo.

—D. Alvaro, dijo profundamente Judit... hay en mí un sentimiento interno, inesplicable, que me impulsa hácia vos, que me hace pensar eternamente en vos: un sentimiento terrible, pero puro, noble y grande, un sentimiento que no comprendereis bien hasta que llegue á su logro.

—Y sin embargo, señora, alentais los amores de Alonso Perez de Vivero, y habeis aceptado la eleccion del rey para ser reina de su justa... no os comprendo en verdad.

—¿Y cómo negarme, señor? ¿que diria la córte? se creeria que yo temia el que se pensase que en esa eleccion habia algun pensamiento interesado; pero id, señor, id á las justas y juzgad. ¿Qué podreis pensar si me veis indiferente á todos? Creedme, señor, mi corazon está cerrado á todo lo que no valga lo que vos valeis... os he elegido por padre, por amigo, por guía, y no seré de nadie sino de aquel que vos elijais para que sea mi esposo.

—¡Cómo! ¿y es así vuestro amor...?

—¡Pues cómo, señor? exclamó con candidez Judit?

—Es que el que yo siento por vos, es exclusivo, absoluto, que lo ama todo, que lo desea todo, que no puede ser feliz sino poseyendoos por entero, en cuerpo y en alma.

—¡Oh! exclamó Judit juntando las manos; ¡me asustais, señor!

—¿Que os asusta un amor que me habeis hecho pagar á tanto precio, un amor que vos habeis alentado, que habeis hecho crecer con los celos?... ¡oh!... solamente el odio puede representar un amor como el vuestro para un hombre como yo.

—¿Y si yo satisficiese ese amor?

—¡Oh! exclamó el Condestable, cuyo semblante se animó como el de un cadáver galvanizado: vuestro amor seria para mí el poder, la vida, la gloria, porque me devolveria mi pensamiento y mi actividad, que son mis fuerzas; porque alentado por él venceria cuantos obstáculos, cuantos peligros me rodean.

—¿Y todo ese poder quereis obtenerlo con mi deshonra...! ¿quereis que vuestra esposa tenga derecho á maldecirme, á sonrojarme...! ¿quereis convertirme en vuestra manceba!

—Culpad, señora, á la fatalidad.

—¿Y un hombre como vos, un hombre de corazon fuerte, se doblega de tal manera á un deseo, y necesita la miserable fuerza del amor de una mujer...! esto es increíble, señor.

D. Alvaro se levantó palido y convulso.

—Pues bien, señora, si mañana mis enemigos se apoderan de mi cabeza y os la muestran ensangrentada, quiera Dios que hayais llegado á amarme, para que me venguen de vuestra dureza los remordimientos que sintais.

Judit se estremeció de una manera instintiva al escuchar aquellas palabras que eran solemnes, casi proféticas.

—A dios, señora, á dios, dijo el Condestable: jamás he suplicado y no os suplicaré mas suceda lo que quiera. Libreme Dios de violentar vuestra voluntad: parto con la duda de si me amáis ó me aborreceis. En todo caso que os perdone Dios como os perdono yo.

Dicho esto el Condestable volvió el rostro para ocultar su conmoción y se lanzó á la puerta, cuando llegó al tapiz el llanto brotaba á sus ojos y hubo de hacer un supremo esfuerzo para decir con voz segura á la doncella que le esperaba mas allá de la antecámara.

—Guad.

Entretanto Judit con la vista fija en aquel tapiz replegada en una actitud sombría en el sillón exclamó.

—Dios ha querido que sientas por la hija, el mismo amor que por la madre, Condestable, para que sea cumplida su venganza. ¡Oh! mañana irás á las justas...



El Condestable D. Alvaro de Luna.

llafranca: venguemonos, la venganza es justa, tienes razon el que mató debe morir... pero dentro de algunas horas vendrá por tí el señor Alonso Perez de Vivero y es necesario que te presentes hermosa á la córte... el sueño volverá á tu rostro la frescura y los colores que la han robado tu entrevista con ese hombre. Descansa, hija mia descansa y á dios.

Juan de Villafranca besó á Judit en la boca con el cariño de un hermano, y salió. Atravesó los salones del palacio, bajó las escaleras, hizo abrir la puerta, se rebozó en su manto negro, se encaminó al Campo Grande, le atravesó y llegó á la puerta de Madrid, que por razon de las justas que iban á tener lugar en el cercano dia, y para que pudiesen penetrar en la villa los caballeros de los alrededores á cuya noticia hubiesen legado aquellos festejos estaban abiertas de órden del rey.

En una de sus hojas estaba clavado el cartel de Alonso Perez de Vivero, y los dos hombres de armas que

afectará poder... pero ese poder caerá ante nuestras lanzas. Te tengo asido Condestable y no escaparás.

Aun no habia acabado estas palabras Judit, cuando de detrás de otro tapiz, salió otro hombre.

Era Juan de Villafranca.

—¿Habeis oido, señor? le dijo.

—Si Judit, si, que Dios nos perdona; exclamó Juan de Villafranca.

—Siempre con vuestras palabras misteriosas, dijo Judit pensativa; habeis dado ocasion á que me espante lo que hago con ese hombre.

—Yo he sido verdugo Judit, y sin embargo mi corazon no es bastante duro para arrostrar venganzas como estas... pero lo quiere mi hermano... sea... yo partiré con él el remordimiento como he partido la desgracia.

—Pero la venganza es justa, señor... la Escritura dice: el que mata debe morir: ojo por ojo y diente por diente.

—Si Judit, si, exclamó fatidicamente Juan de Vi-

le guardaban, sentados junto á una hoguera, se levantaron al sentir los pasos de Juan de Villafranca, encendieron en la hoguera sus antorchas y se pusieron á los dos lados del cartel con las viseras caladas.

Juan de Villafranca llegó, lanzó una mirada desdenosa al pergamino y sin detenerse á leerle dijo á los guardas:

—Decid á vuestro señor, que pida á Dios no se presente mañana un caballero que le haga volar de los arzones.

Dicho esto pasó y se perdió en el campo, fuera de los muros.

Un trecho adelante silbó y á su silbido contestó otro, dirigióse al punto donde habia resonado el segundo silbido y encontró un hombre que tenia un caballo del diestro.

—¿Han pasado muchos tiempo? preguntó Juan de Villafranca á su antiguo montero mayor, que él era, mientras montaba.

—Creo, señor, contestó el anciano, que está congregada en las ruinas del castillo la mitad de la nobleza de Castilla.

—¿Y podremos oírlos sin ser vistos?

—Dentro de una hora, señor, podreis estar en el panteon de Juan-sin-Alma.

—Pues adelante.

Juan de Villafranca y Barba-Larga agujieron sus caballos y poco despues se perdieron en el bosque del Abrojo.

En aquel mismo momento otro hombre se encaminaba al bosque; al llegar á su linderó se detuvo y exclamó, dando á conocer por su voz que era Pero Valiente.

—Hemos llegado á los puestos de vigilancia : de aquí en adelante es necesario una seña que yo no sé sin duda : pero no importa ; soy demasiado conocido para correr ningún género de peligro. Adelante.

Y sin vacilar se internó en el bosque.

—¿Quién va? exclamó una voz á pocos pasos. Pero Valiente reconoció la voz de uno de los hermanos del Cristo de las Timiebilas y contestó.

—Amigo.

—Avanzad, dijo la misma voz con un acento semejante al de aquel que se dirige á un conocido.

Peró Valiente se encaminó á un bulto informe que se veía entre la espesura y se detuvo á poca distancia.



C.M

CIGARRA

Raab-ehn-Cottam

—La seña, le dijo aquel hombre.

—Acércate, Nuño, repuso el bandido y entendámonos : yo no sé la seña porque he estado algo estraviado durante algunos días, pero me importa saberla.

Y acercándose al encubierto le asió una mano y le puso en ella algunos florines.

El oro ha sido siempre un agente poderoso y aquel hombre contestó.

—¿Es cierto que sino sabes la seña, no es porque eres traidor á la hermandad?

—Si eso fuera, bien lo sabes, estaria muerto.

—Tienes razon, capitan, y voy á decirte la seña; pero ten presente que, sino has muerto, morirás si nos haces traicion.

—¿Y quién piensa en eso mentecato! la seña, que el tiempo corre y acaso llegue tarde.

—Aun no ha pasado el hermano mayor.

—La seña, la seña.

—Cristo y Luz.

—Adios Nuño, adios, dijo el bandido internándose en el bosque y soltando el pomo de su daga que hasta entonces habia tenido empuñado.

Así, detenido sucesivamente, y pasando, merced á

la seña, llegó á las ruinas, trepó sobre ellas y se introdujo por una rasgadura del muro en una galería en la cual se vió obligado á rendir cinco veces la misma seña á otros tantos penitentes encubiertos. Al fin, llegó á un gran espacio donde se escuchaba el rumor de muchas voces continuas.

Aquel espacio era el gran panteon del castillo de Juan-sin-Alma.

En el altar habia dos antorchas encendidas que eran las únicas luces que allí se veian, y en torno y á los pies del altar, habia un número considerable de hombres cubiertos con capuces y hábitos de San Francisco.

Cuando entró Pero Valiente, no se trataba de asunto alguno general, las conversaciones eran particulares y sobre todo aquello brotaba cierto ádito de impaciencia.

De repente resonó una voz en la entrada del panteon.

—Su señoría, el hermano mayor, gritó.

Abrióse en calle toda aquella multitud, y adelantaron tres hombres.

—He aquí á sus señorías el príncipe D. Enrique, el marqués de Villena y el maestre de Calatrava, dijo para sí Pero Valiente que estaba relegado á un ángulo.

Aquellos tres hombres, cubiertos como los demás con hábitos y capuces, adelantaron y llegaron á las gradas del altar, en las que quedaron aislados y de pie. Todos los demás estaban del mismo modo, puesto que no habia donde sentarse. Un profundo silencio precedió á la instalacion de aquellos tres hombres en las gradas del altar.

—Caballeros, gentiles hombres, mesnaderos y vasallos, dijo el que estaba á la derecha y en cuya voz aunque alterada se reconocia al marqués de Villena, si Dios y su Santa madre nos ayudan, creo sea esta la postrera vez que nos reunamos en este sitio.

—Así sea, digeron algunas voces.

—Así sea, dijo el que parecia el marqués de Villena, porque, siendo así, nos veremos libres del tirano. Pero importa que estemos unidos y prontos. Dentro de poco amanecerá el gran día. A vos hablo, hermano mayor de la tesorería. ¿Con cuanta cantidad contamos?

—Con un cuento de enriques de oro, contestó una voz de entre la multitud.

—¿Y habrá bastante con ello para pagar nuestros hombres, capitan de nuestras lanzas?

—Sí, bastará, contestó otra.

—¿Están dispuestas esas lanzas?

—Están repartidas en los barrios de Valladolid.

—Mañana al sonar la seña, todas esas lanzas estarán dispuestas.

—¿Y cuál será la seña?

—Adelantad hermano.

Adelantó un hombre que parecia viejo por lo encorvado de su cuerpo y lo tardo de su paso.

—Tomad: en este pergamino rollado y sellado, que no abriéis hasta la salida del sol, que pronto aparecerá, encontrareis la seña y las demás órdenes. Cuidad de no abrirle hasta la hora señalada.

—No le abriré.

—Pero despues de que le abrais cumplid puntualmente lo que en él se os manda. Retiraos.

Retiróse aquel hombre al puesto que habia dejado.

—¿Hay alguno entre vosotros, continuó el marqués, que crea se deban tomar algunas otras precauciones?

Todos callaron.

—¿Hay alguno que conozca á un solo traidor entre nosotros?

Continuó el mismo silencio.

—¿Y hay alguno que en el momento del peligro dude al desnudar su espada y tema por su sangre?

—No, no, no, gritaron en coro todas aquellas voces.

—Será muy posible que tengamos que envestir el estandarte real.

—¡Bien! ¡no importa! ¡le investiremos! gritaron todos del mismo modo.

—Ahora bien, hermanos, me dirijo á todos los que habeis recibido órdenes. Tú encargado de averiguar quien fue el que la noche pasada envistió al hijo del Condestable, hiriéndole por la espalda en la calle del Ataud, ¿punto que salia del alcázar, ¿qué has averiguado?

—Nada cierto, poderoso hermano mayor, contestó una voz de entre los grupos de la izquierda; pero creo estar sobre el rastro.

—De modo, que tienes indicios.

—Poderosos, señor.

—¿Y cuales son esos indicios?

—Algunos de nuestros hermanos que están en la servidumbre del rey, vieron salir tras D. Juan de Luna, á un alfez de la guarda morisca.

—¿Se sabe el nombre de ese alfez?

—Sí señor, se llama Juan de Soto.

—¿Juan de Soto! no conozco ningun hidalgo de ese nombre.

—Ese nombre ha sido adoptado para entrar al servicio del rey, por un moro granadino, paje de D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

—Inútil es decir que Pero Valiente se hacia todo oidos.

—¿Y en qué fundais vuestros indicios?

—A poco de salir del alcázar D. Juan de Luna, ese alfez, cuyo verdadero nombre es Raab-ebn-Cottam, pasó embozado y encubierto por delante de la guarda del alcázar, salió y torció hacia el mismo lado que habia torcido el hijo del Condestable.

—¿Fue seguido?

—Nuestros hombres estaban de guarda, y no pudieron hacerlo.

—De modo que no se vió si ese mismo hombre fue quien dió la puñalada á D. Juan de Luna.

—No, poderoso señor; pero poco despues ese mismo hombre volvió á entrar con paso apresurado en el alcázar, habló algunas palabras con el alfez Gazul, luego subió á las galerías y se encaminó á la cámara de la reina, en cuya puerta encontró al capitan Hernando de Carrillo, con quien habló tambien.

—Debe haber algun hermano traidor que haya revelado nuestros secretos á ese moro, puesto que él fue quien avisó al señor Hernando de Carrillo que corria peligro permaneciendo en el alcázar, por lo que huyó de él con el señor Rodrigo de Villacorta y se nos presentó en Tordesillas. Pero Villacorta vino solo y Carrillo tardó en presentarse; ¿se sabe dónde estuvo durante ese tiempo el capitan del rey?

—Nuestros hombres no se podian mover del alcázar.

—Seguid, pues, con lo que hizo ese moro.

—Despues de haber salido de la antecámara de la reina Hernando de Carrillo y Rodrigo de Villacorta, estuvo media hora esperando en lo oscuro de la galería, hasta que salió de la cámara de su alteza doña Beatriz Perez Sarmiento, que se encaminó á las escaleras. Allí la detuvo el moro, Raab-ebn-Cottam ó Juan de Soto, como mejor querais, señor, habló con ella, la mostró un papel y luego ella se asió á su brazo, y cuando llegó al zaguán se apartó él de ella y llamó al alfez Gazul, con quien habló bastante, despues de lo cual el alfez retiró á los guardas de la puerta y Raab salió con D.<sup>a</sup> Beatriz.

—¿Y no se supo adónde la condujo? preguntó una voz temblorosa que salió de entre los grupos de la derecha.

El preguntado no contestó.

—Responded, dijo el marqués de Villena.

—Ya he dicho á vuestra señoría, que nuestros

bombres no podian salir, sin causar sospechas, del alcázar.

— De modo, que no se sabe si esa dama es muerta ó viva, dijo la misma voz que habia preguntado antes, pero mas temblorosa, mas lúgubre.

— Responded, repitió el marqués en vista del silencio del interpelado.

— Nada absolutamente, señor; se han seguido los pasos de Raab, y no se le ha visto entrar en otra parte que en el alcázar y en el palacio de Benavente donde vive D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor; se ha vigilado este palacio, se han escuchado las conversaciones de la servidumbre y nada indica que exista allí D.<sup>a</sup> Beatriz.

— ¿Y cómo habeis averiguado que era Raab el hombre que salió tras el hijo del Condestable y que despues sacó del alcázar á D.<sup>a</sup> Beatriz?

— Los dos hombres que le seguian desde lejos vieron su semblante un momento, y despues se ha comprado á fuerza de oro y de promesas al alferes Gazul que ha revelado cuanto sabia, y además que Raab, en un momento de descuido, se dejó ver la mano derecha ensangrentada. Es, pues, casi indudable que él fue el asesino de D. Juan de Luna; pero no se puede asegurar.

— Mañana hareis que ese hombre, ese Raab, caiga en nuestras manos; esto importa demasiado: aquí hay un misterio, cuya aclaracion puede sernos importante. ¿Lo habeis oido bien?

— ¿Y á dónde conduciremos á Raab despues de preso?

— A este mismo sitio. Escuchad vos ahora, el que fuisteis encargado de averiguar el paradero del hermano mayor de la gente de armas de la cofradía. ¿Qué sabeis?

— Nada señor, contestó otra voz desde el fondo.

— Por lo que veo, se traga la tierra á las gentes que se pierden de algunos dias á esta parte en la corte.

— Los hermanos que fueron á la casa del verdugo Juan Cercena, le dejaron en ella; solo se sabe que aquella misma noche entraron en la casa del verdugo, el Condestable y D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz.

— ¿Y no se sabe cómo y cuando salieron?

— Todos nuestros hombres habian ido al motin de la calle del Conde, donde vieron de nuevo al señor Pero Valiente, que les mandó retirarse al Abrojo; despues no se ha vuelto á saber de él.

— ¿Ni de Juan Cercena?

— Tampoco, señor.

— ¿Y á cerca de los que hicieron el robo en la abadía del Abrojo?

— Se cree que sean un centenar de aventureros que han aparecido de repente en el bosque, y que están montados en los caballos que robaron de la Abadía y armados con los arneses de sus hombres de armas. Entre ellos hay un caballero cubierto eternamente con un arnés negro.

— ¿Y no habeis conocido á ninguno de esos hombres?

— Llevan siempre las viseras caladas.

— ¿Pero esa gente se alvergará en alguna parte.

— Si señor, en el caserío que está á la margen del lago del Salto de la monja.

— Donde no habeis ido

— Lo hemos visto desde las alturas.

— ¿Y no habeis podido llegar hasta ese hombre con cualquier pretexto?

— Hubiera sido necesario un combate, y no teniamos orden para ello.

— ¡Un caballero armado con armas negras y cubierto! Seguid bien los pasos del contador mayor del rey.

— El señor Alonso Perez de Vivero, no sale de su casa sino para ir á la de D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor.

— ¿Y no va á ninguna parte mas?

— Antenoche ha estado en el alcázar.

— Bien, bien, eso lo sabemos todos.

— Despues ha estado una hora en la casa del Condestable encerrado con él en su cámara.

Levantóse un murmullo siniestro en la asamblea.

— No receleis de él, hermanos, dijo el marqués de Villena; el contador mayor del rey es uno de nuestros mas leales partidarios. Acaso á él debemos nuestro triunfo, nuestro mas hermoso triunfo. Si no está entre nosotros en este momento, es porque necesita aprovechar las horas que quedan para las justas. ¿Y quién además del contador mayor entra en casa de D.<sup>a</sup> Judit?

— Un caballero extranjero que se nombra Sir James Stanhop, y un encubierto, que se dirige todas las noches, cuando sale, á la puerta de Madrid, monta en un caballo que tiene un escudero y se encamina al Abrojo. Es sin duda el mismo caballero de las armas negras.

— Pues bien, es necesario apresar á esos dos hombres en la primera ocasion ¿quién salió anoche del alcázar?

— El rey acompañado del señor Rodrigo de Villacorta.

— ¿Y quién mas?

— La reina servida por D.<sup>a</sup> Judit.

— ¿Se sabe donde pararon?

— En la calle del Conde, casa del judío Roboam.

— ¿Todos?

— Todos.

— ¿Y el Condestable?

— Despues de haber salido de su casa el contador mayor, salió de ella y se encaminó á la de D.<sup>a</sup> Judit, de la que salió una hora despues de muy mal talante.

— ¿Estaba ya D.<sup>a</sup> Judit en su casa cuando llegó el Condestable?

— Sí señor.

— Pues bien, hermanos, nuestro triunfo es seguro; el sol de hoy no traspondrá sin haber visto la prision del Condestable. Pero ese hombre está atacado al mismo tiempo por enemigos que no conocemos, y que forman un bando aparte; evitemos el verno obligado en adelante á sostener con esos enemigos una lucha: es necesario cumplir exactamente cuanto os he prevenido: la prision de ese moro Raab, del caballero inglés, y del encubierto; la averiguacion á todo trance del paradero de D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento, de Pero Valiente y de Juan Cercena. Una profunda vigilancia en el alcázar, en la casa del Condestable, en la de D.<sup>a</sup> Judit y en el Abrojo. Nuestras lanzas á la señal, alrededor del alcázar. Estemos dispuestos á todo. ¡Hermanos! ¡valor y fe y triunfaremos! Por ahora hemos concluido. ¡Viva el rey!

Una exclamacion espontánea contestó al grito del marqués de Villena, y luego todos aquellos fantasmas negros y azules se pusieron en movimiento, se mezclaron y salieron del panteon en silencio.

Cuando no quedó nadie pudieron verse dos sombras deslizándose por delante de la puerta del panteon particular de Juan-sin-Alma y de Trenza-de-Oro.

— Ya lo habeis oido, señor, de hoy en adelante, debeis recataros mucho sino quereis caer en las manos de esa gente.

— Yo te juro Iñigo que antes de mucho se les presentará Juan Cercena á reclamarles los fueros de su oficio.

Poco despues las dos sombras se perdieron en el fondo del panteon que quedó desierto; las dos antorchas del altar próximas á extinguirse se apagaron al fin, y solo quedó en él la oscuridad y el silencio de la muerte.

Entre tanto Pero Valiente que habia salido con los demás y que como cada cual de ellos habia tomado su camino, marchaba á paso lento por un sendero del bospue en direccion á Valladolid, tan pensativo y

cabiloso como era de suponer lo estuviese en la situación en que se encontraba.

—¡Diablo! ¡diablo! decía: he sabido más de lo que esperaba saber, y más de lo que convenia saber á un tiempo. Es necesario recordar y fijar perfectamente las cosas que sabemos para no embrollarnos, y sobre todo huir el bulto á los tales cofrades. Yo no se por qué, pero desde que siento el peso del oro del Condestable, me parece el mejor señor del mundo, y casi casi, soy su amigo. Si le aviso, si le salvo... él es magnífico, poderoso y me dará cuanto quiera... primero estados... poder... honores... luego, la cabeza de Alonso Perez... una vez viuda Juana le olvidará, porque nadie ama á los muertos y será mía, mi esposa... sí... sí, indudable... pero ¿quién sabe si Alonso Perez es amigo ó enemigo del Condestable? yo le aborrecia y desde que he recibido sus mercedes le amo, como amaría á la mano que me saca de mi oscuridad. Acaso el contador del rey, mi noble amo, necesita del Condestable, y le sostenga... Alonso Perez, ama á D.<sup>a</sup> Beatriz, el Condestable amaba á D.<sup>a</sup> Judit, D.<sup>a</sup> Judit amaba á Alonso Perez... un paje de D.<sup>a</sup> Judit ha robado á D.<sup>a</sup> Beatriz mostrándola para engañarla un papel, que ha robado sin duda al hijo del Condestable hiriéndole á traicion... esto es incomprendible... estas cosas se unen mal... pues bien... calma... paciencia y tal vez desengredaremos esta madeja. Primero, es necesario desfigurarnos de modo que un acontecimiento desgraciado, un mal encuentro nos impida seguir nuestro camino... mi camarada Ginés el barbero, cuando era como yo ladrón de poblado tenia una singular habilidad en esto de hacer pelucas de viejo y narices postizas... nadie nos hubiera conocido entonces ni á la luz del sol... pues bien; ahora á casa de Ginés, después á casa del Condestable y luego á casa del contador mayor. Después el nudo de esta maraña está en ese señor alfez Raab. Avisémosle también, no haga el diablo que nos le prenda y no podamos deshacer el enredo. Casi casi, estoy por irme derecho al tal mozo. Si, esto es lo mejor. Pues adelante, el diablo es mi amigo y él me guiará.

Pero Valiente apretó el paso y una hora después llamaba á una casucha en la plaza del Ochavo, pasó media hora, y entre tanto amaneció: volvió á abrirse la puerta y salió un hombre envuelto en una hopalanda negra, calado un birrete grasiento sobre una larga cabellera blanca, y dividido el rostro por unas inconmensurables narices. Era una de esas estravagantes y escuálidas figuras de los bachilleres sopsistas de aquellos tiempos, desaeadas, ridículas, escéntricas; un ojo esperto hubiera notado á tener alguna prevención que la barba había sido perfectamente rasurada y cubierta por una capa de color rojizo, para evitar el que se notase esa tinta azulada que queda sobre el semblante de los hombres que poseen una barba fuerte: pero á pesar de esto el disfraz era perfecto: nadie hubiera dudado que aquel hombre era un escolar de sesenta años.

Despidióle una especie de tunante y le dijo en voz baja dándole un golpecito sobre el hombro.

—Ya ves que siempre soy tu amigo, aunque tu hayas variado de oficio y me hayas dado como suele decirse de lado. Llevas mi mejor disfraz: con él he hecho maravillas. Con que buena suerte y hasta mas ver.

Aquel hombre cerró la puerta y el del disfraz se encaminó á la calle Tenebregosa y entró en casa del Condestable.

Una hora después salió murmurando.

—Ya hemos avisado al Condestable y llevamos mas oro en el bolsillo: ya ha salido el sol, y se habrá levantado el señor Raab. Vamos á casa de D.<sup>a</sup> Judit.

De cómo se ingenio Pero Valiente para llegar al logro de su desenredo.

Cuando Pero Valiente protegido por su disfraz, llegó á la calle del Conde, notó que no era tan fácil como creia penetrar en el palacio de Judit: una inmensa muchedumbre, reunida por la curiosidad, se agrupaba delante de su puerta entorno de un aparato casi régio.

Un escudron de lanzas, ostentosamente vestidas, sobre las cuales flotaba el pendon señorial de Alonso Perez de Vivero y otro tercio de ginetes de la guarda morisca del rey, en torno de un magnifico carro, estaban parados delante de la puerta del palacio.

Pero Valiente que no habia contado para nada con las justas y que no sabia que Judit hubiese sido elegida para reina de ellas, se dió á Satanás al notar aquel entorpecimiento. Pero se animó al ver al frente de los ginetes moros y al lado de Hernando de Carrillo, á Raab-ebn-Cottam, armado de todas armas, con la espada desnuda y á caballo, desempeñando las funciones de su oficio.

Para llegar á él era necesario atravesar un muro humano, lo que no detuvo á Pero Valiente porque sabia demasiado la manera de abrirse paso en tales circunstancias: metió un codo, luego otro, pisó á derecha é izquierda, codeó, y logró al fin, desentendiéndose de invectivas, de alaridos y de insultos, llegar hasta el caballo del alfez.

—¡Ah! ¡ah! mi hermoso y noble señor, dijo con voz gangosa dirigiéndose á Raab, ¿me podeis decir si está en ese palacio la hija del repostero mayor del rey?

Raab se volvió al oír estas palabras como si le hubiera picado una vívora y Pero Valiente recogió y apuntó en su memoria la conocion que aquellas palabras causaron en el alfez.

—¿Por quién me tomáis? dijo fijando una mirada centellante en el bandido.

—Por un noble y hermoso señor, á quien gusta mucho andar de noche y á oscuras por la calle del Atau.

Raab, saltó del caballo, y llevando á Pero Valiente dentro del círculo demarcado por los hombres de armas, le preguntó con acento amenazador.

—¿Quién sois?

—Un hombre que puede servir de mucho si le servís de algo, contestó Pero Valiente.

—No os conosco.

—Yo sí. Pero como estoy de prisa, escuchad para que os convenzáis de lo que valgo, estos consejos: cuando deis una puñalada lavaos las manos: cuando robeis una mujer no lo hagáis en un alcazar donde hay tras cada puerta, tras cada columna, un ojo que ve y un oído que escucha, y sobre todo no os fieis nunca para secretos de hombre que se venda, porque os venderá á su vez síle dan mas precio.

—En cambio yo os aconsejaria que no os atrevieis á pisar un terreno antes de conocerlo.

—Y bien, yo os conosco, y vos no me conoceis. Si yo no pensara en servir y en que me servirais, hubiera dicho al Condestable: he ahí el asesino de vuestro hijo.

—Y bien ¿qué quereis?

—Primero; que me hagais llegar hasta el señor Alonso Perez de Vivero, que debe estar dentro, puesto que veo su pendon fuera.

—Bien, ¿y luego?

—Luego que me deis palabra de ir cuando se acaben las justas á la taberna del Gallo blanco.

—Iré.

—Pero id solo y no me tendáis un lazo. Sobre to-

do, id antes á casa del barbero Ginés en el Ochavo, y decidle de mi parte que os disfrace, porque que pierda ó gane el Condestable, será muy posible que os prendan si andais por Valladolid despues de las justas con vuestra propia apariencia... Créo que esto os probará que me necesitais y que os necesito.

Raab miró profundamente por algunos momentos al bandido, y luego como quien se resuelve á muerte ó á vida, arrojó las riendas á un escudero y dijo á Pero Valiente: venid.

Atravesaron por medio de los trompeteros y de los farautes que estaban formados delante de la puerta: entraron en el zaguan, subieron las escaleras, y cuando llegaron á la puerta de la primera antecámara, dijo Raab.

—¿Qué nombre daré á el Sr. Alonso Perez de Vivero?

—Decidle que le busca un hermano del Cristo de las Tinieblas.

Raad entró, y poco despues salió acompañado de un paje.

—Podeis entrar; este paje os guiará, dijo á Pero Valiente.

—¿Y sabeis por quién habeis de preguntar en la taberna del *Gallo blanco*?

—No.

—Preguntad por el bachiller *Costilla*.

—Bien... hasta luego.

—Hasta luego.

Poco despues del bandido guiado por el paje estaba en una cámara delante de Alonso Perez de Vivero.

—¿Qué me quereis? dijo este mirándole con estrañeza cuando quedaron solos.

—Vengo á serviros, señor, dijo hablándole en su acento natural.

—Vuestra voz es muy semejante á la de un escudero mio, exclamó el jóven.

—Y tan semejante, como que es mi propia voz.

¿No me conocéis, señor?

—¿Eres acaso?....

—Yo soy, que me he visto obligado á disfrazarme para avisaros....

—¿Avisarme?....

—Hay quien sospecha de vuestra señoría, y le cree amigo del Condestable.

—¿Cómo!

—Anoche estuve en la ruinas comprando con oro la seña.

—¿No perteneces ya?....

—Prendióme el Condestable, y desde que desaparecí hasta ahora me ha tenido encerrado en una cueva: si quereis mi vida, no digais á nadie lo que acabo de deciros, puesto que vuelvo á vuestro servicio, señor.

—Bien, Pero Valiente, bien: vete á casa y espérame.

—Antes quiero dar otro aviso á vuestra señoría.

—¿Qué!

—Hoy habrá lanzadas en la villa.

—¿Lanzadas con pretexto de las justas?

—Eso es: los hermanos creen que vuestra señoría no ha pensado en estas, sino de acuerdo con el rey... para armar un motin, en que el Condestable podrá ser preso ó muerto.

—Te juro que no he pensado en tal cosa.

—Pensareis en D.<sup>a</sup> Beatriz.

—Si, he pensado que, haciendo que D.<sup>a</sup> Judit abandone su casa con toda su servidumbre, sería más fácil dar un golpe de mano, sorprender durante la fiesta á los criados que quedan, registrar hasta el último rincón de la casa y ver si está en ella D.<sup>a</sup> Beatriz, como lo sospecho.

—¡Ah, señor! no hagais tal, que yo os juro deciros antes de mañana el paradero de esa dama.

—Si haces eso, Pero Valiente, te dono la mejor de mis villas.

—Pero para eso será necesario que no hagais vos lo otro.

—No se hará.

—Ved, ya ha salido el sol.

—Y es la hora: adios Pero, te aguardo esta noche.

—Iré con este mismo disfraz. Ahora llamad á ese paje, y que me haga salir por un postigo.

Alonso de Vivero llamó al paje; Pero Valiente salió, y antes de entrar el jóven en la cámara de Judit, llegó á la puerta de la antecámara y habló en voz baja con un escudero.

—Nada de lo que te he mandado harás, le dijo.

El escudero se inclinó, y Alonso Perez entró en la cámara de D.<sup>a</sup> Judit.

## VII.

### De cómo fueron las justas en el corral del alcázar.

El corral del alcázar viejo de Valladolid era un espacio irregular, pero de una estension monstruosa. Una galería bizantina de arcos rebajados sostenidos por columnas en espiral, daba sobre él, y en la ocasion en que lo presentamos á nuestros lectores, desde la balaustrada de esta galería y á todo lo largo de ella, se habia construido una gradería de madera hasta el piso inferior, que formaba uno de los costados de una liza ó palenque de cuatrocientos pasos de longitud y ciento treinta de anchura. En el otro costado se levantaba una gradería igual, y en los extremos empalizadas con poternas.

Del lado de la galería, se habia roto la balaustrada del arco del centro, se habia levantado un dosel, se habia cubierto lo demás de tapices y desde aquel arco hasta el terreno de la liza se habia hecho una estensa escalera cubierta de alfombras y guarnecida de barandillas doradas. A los dos extremos de la liza habia dos hermosas tiendas, una para los mantenedores y otra para que se armasen los caballeros que quisieran probarse; por aquel lado la poterna correspondia á un portalon de la tapia del corral que daba sobre la cava y en el que habia un capitán de guarda con un crecido número de ballesteros y dos farautes y dos trompeteros para avisar la llegada de los caballeros que viesien; delante de cada una de aquellas tiendas estaba levantada en alto la noble bandera de Alonso Perez de Vivero, y al pie de ellas de guarda, armados de todas armas y lujosamente vestidos con falsopetos y vestas de oro y seda algunos escuderos de su casa.

En cada uno de los costados del palenque habia cuatro estrados cubiertos de paños franceses: uno para los jueces, el rey de armas, el escribano, y los farautes en el lado de la galería, y cerca de la tienda de los mantenedores; el que seguía para los ministros y demás músicos; el tercero y el cuarto para que viesien desde ellos las justas los caballeros que entrasen por conquistadores: los cuatro estrados del costado de enfrente de la galería, que eran mucho mayores y estaban tambien ricamente entapizados, se habian destinado para las damas y caballeros de la corte y, en fin, la gradería que estaba contenida en los espacios entre los estrados, desnuda de tapices y de paños se habia dejado para el pueblo, que desde muy temprano la habia entapizado con una alfombra viviente.

Los buenos mecánicos, mercaderes y gente menuda de la villa, miraban con cierto asombro aquella maravilla, en la que á juzgar por los relumbrones, las sedas y los paños, debian haberse gastado algunos miles de maravedises, y, sobre todo, las miradas se posaban en el estrado real, que estaba magnifico.

Debajo de un largo dosel de terciopelo rojo, acuartelado con castillos y leones, habia cinco sillas ora-

das, en cuya colocacion se notaba cierta falta de simetria. A la derecha sobre una grada, habia dos de estas sillas, y entre ellas una grada mas alta, otra. A la izquierda, en lugar mas bajo, habia una cuarta silla y mas baja que ella, una quinta.

Al lado de la silla mas alta habia cuatro almohadones de brocado con grandes borlas de oro en los ángulos, puestos uno sobre otro y como destinados á contener algun objeto: en fin, á los pies del trono, en semicírculo sobre una grada habia otra multitud de almohadones.

Antes del amanecer, como hemos dicho, el pueblo habia ocupado el lugar que se le concedia por gracia en las fiestas, y del mismo modo se habian cubierto los tejados de las casas vecinas al alcázar, desde donde podia verse algun espacio del palenque; poco despues de amanecer, los estrados de las damas y caballeros de la córte estaban llenos á pesar de hacer un dia friísimo; á la salida del sol aparecieron en la galería los reyes de armas ó heraldos de la casa real, y detras de los altos oficiales el rey, la reina, el príncipe y el Condestable; seguian las damas de honor y los caballeros, y en pos las servidumbres del príncipe y del Condestable, cerrando la comitiva algunos donceles armados de todas armas detras del conde de Cifuentes que llevaba, como alférez mayor, el estandarte real.

Los reyes de armas llegaron al dosel, bajaron algunas gradas y se colocaron con las mazas al hombro en el primer peldaño de la escalera que descendia al palenque, á cuyo pie habia dos hombres de armas á caballo con las adargas embrazadas, afianzadas las picas y caladas las viseras; despues las damas de la reina se colocaron en los almohadones que estaban á los pies del dosel: luego el rey y la reina se sentaron á ambos lados del sillón mas alto, y á su izquierda el príncipe D. Enrique y despues el Condestable; á los dos lados del dosel quedaron cuatro donceles con las espadas desnudas; el alférez mayor del rey permaneció á la derecha armado de todas armas, sosteniendo el estandarte real; y en fin; la alta servidumbre permaneció en pie y descubierta. Desde el momento en que apareció la córte hasta que los reyes ocuparon el trono, los ministriles y los músicos tañeron una especie de himno nacional y la multitud aplaudió: flotaron pañuelos y plumas en los estrados de la nobleza, y el pueblo, que estaba contento por que le daban una fiesta, lanzó á los aires sus gorras y sus caperuzas: todo estaba henchido, cubierto, á escepcion de la silla colocada entre los reyes, y los estrados de los jueces y de los caballeros que debian entrar en liza.

Cuando la córte estuvo, por decirlo así, en posicion, se abrió la poterna que daba sobre la cava y aparecieron formados á ocho de frente, ricamente vestidos, y con magníficos caballos ostentosamente encubiertos diez y seis ginetes entre trompeteros y timbales: al oírse el clamor de sus trompetas y el doblar de sus atabales rompió la música del palenque en una marcha guerrera y avanzaron los que entraban. Detras de ellos venia el alférez de Alonso Perez de Vivero con su estandarte de guerra entre cuarenta lanzas perfectamente armadas. Seguian los escuderos, los pajes y los perseverantes; despues de esto venian el rey de armas Avanguardia, con la dalmática, el birrete y el estoque dorado de su investidura; los farautes, y el escribano Fernán Dálvarez de Osorio; los condes de Benavente y de Haro, jueces de la liza con largas vestiduras talaras sobre caballos blancos, seguidos de sus pajes y de sus escuderos, y resguardados como por honor de algunas lanzas de Alonso Perez de Vivero; tras esto, tirado por seis briosos caballos, cuyas guakdrapas de damasco carmesi, bordadas de plata, arrastraban por el suelo y llevados del diestro por pañafraños entró un hermoso carro lleno de lanzas y

cubierto con un rico paño morisco, sobre el cual sentado en un almohadon se veia un enano jorabado vestido con ropas de bufon y campanillas, que parecia guiar el carro. Luego, tras una nube de pajes, entraron danzando, vestidas con telas de blanco y plata y coronadas con siemprevivas, veinticuatro doncellas, escogidas entre las mas hermosas del pueblo. Tras ellas venia un carro dorado, tirado por treinta jayanes á quienes se habia vestido á la africana, y hecho tiznar la cara con hollin para que pudiesen pasar por esclavos. Sobre este carro y bajo un doselete venia la reina de la justa, deslumbrante de galas y de hermosura.

Llevaba tres túnicas: la primera de largas mangas perdidas cuya falda no la pasaba de las rodillas, era de brocado verde y oro, bordada con perlas, rubies y esmeraldas en el pecho y en la orla: la segunda carmesi, de seda y oro, abierta y blasonada en los extremos de la vuelta y la tercera blanca, de seda y cerrada; rodeaba su cintura un ceñidor de gruesas perlas, que pendia por delante en un largo joyel; su hermosísimo cuello mostraba una cadena de diamantes en muchas vueltas y su velo de virgen estaba sujeto sobre sus cabellos, peinados en trenzas salpicadas de perlas, por una corona de siemprevivas de oro mezcladas con gruesos brillantes.

Judit deslumbraba por lo hermosa, rica y gentil que aparecia, y fue saludada por un clamor de admiracion espontáneo.

A sus pies, en el mismo carro, dos pajes hermosos y maravillosamente vestidos, sentados en almohadones, llevaban en dos bandejas de oro, el baston ó bengala de mando de las justas, que era de marfil con extremos de oro, y un magnífico lazo de brocado con broche de pedrería, que era el premio de las justas.

A los dos lados del carro y á caballo, marchaban multitud de caballeros jóvenes, con trajes de córte que la acompañaban como en honor, y despues iba su servidumbre.

Luego el capitán Hernandó de Carrillo, y el alférez Raab ó Juan de Soto, marchaban á caballo con paramentos y arneses de córte, como resguardo y padrínago real, y despues de esto seguia la comitiva de los mantenedores.

Pasaron primero doce caballos encubiertos de guerra, llevados del diestro por otros tantos escuderos que vestian rojo y oro; en pos de ellos, armado de todas piezas y rodeado de sus pajes de lanza, con una rica camisa de brocado de los mismos colores que su servidumbre entró como mantenedor Rodrigo de Villalobos, cubierto de penachos y lambreguines: seguiale con el mismo aparato y con azul y plata por divisa Juan de Villandrado, despues Pedro de Meneses, con divisa blanco y oro, y luego en fin, cerrando la marcha como capitán de las justas Alonso Perez de Vivero, con verde y rojo por divisa; iban los posteros, en fin, los escuderos del palenque y demás oficiales necesarios y un considerable número de lanzas que hicieron palidecer de cólera al Condestable.

Toda esta comitiva que casi llenaba el palenque, le dió una vuelta y cuando el carro en que iba Judit llegó delante de la escalera que conducia al estrado real, se detuvo, bajó por mandado del rey el príncipe Don Enrique, acompañado del Condestable y de algunos gentiles-hombres y precedido de los reyes de armas, y despues de haber bajado los pajes que conducian el baston y el premio, llegó al carro y tendió la mano á D.<sup>a</sup> Judit, pronunciando estas palabras de fórmula:

—Su alteza el rey, mi padre y señor, me hace muy feliz, noble señora, en permitirme que os ofrezca mi mano para conducirlos al trono de la hermosura que vos mejor que ninguna otra dama mereceis.

—Su alteza me honra en demasia: contestó con un acento ligeramente incisivo Judit: en cuanto á vuestra señoría, es demasiado galán y cortés con lo

que llama mi hermosura. Gracias al rey, gracias á vos, señor.

Y tendiendo con un ademan lleno de magestad la mano al príncipe, bajó del carro y subió las escaleras precedida por los reyes de armas y por los pajes y seguida por el Condestable y por los gentiles-hombres.

Cuando se sentó en el sillón colocado entre los reyes, despues de haber recibido de estos algunas palabras afectuosas, los pajes pusieron sobre los almohadones las dos bandejas y se retiraron, retiráronse los gentiles-hombres, sentáronse en sus sillas el príncipe y el Condestable, y siguió pasando la comitiva, parte de la cual desapareció por la poterna de los mantenedores y parte por aquella por donde debían entrar los conquistadores.

Los jueces, el rey de armas de la justa, el escribano, los farauates y los trompeteros encargados de dar la señal de envestir á los caballeros, ocuparon el estrado que les estaba destinado, desmontaron á la puerta de la tienda los mantenedores, desaparecieron sus escuderos con sus caballos de batalla y el palenque quedó desierto.

En estos momentos en que la ansiedad general crecía por ver el principio de las justas, Judit observó cuanto la rodeaba; vió que la reina estaba grave y pensativa, que el rey alegre y locuaz con ella palideció de una manera intensa, que D. Enrique estaba inquieto y lanzaba frecuentes miradas á D. Pedro Giron y á D. Juan Pacheco que estaban entre la corte; únicamente el Condestable parecía profundamente sereno, á pesar de lo cual, Judit creía notar cierta ansiedad en su mirada cuando la dirigía á la poterna del lado de la cava, tras la cual se veía apiñada en escuadron cerrado una multitud compacta de hombres de armas; reparó asimismo que la mayor parte de los caballeros cercanos llevaban en vez de espadas de corte, espadas de combate.

Abstraída en estas observaciones fue necesario que el rey la advirtiese que se esperaba á que, como reina de las justas, hiciese la señal de que empezasen; entonces Judit tomó el baston que estaba en la bandeja y estendió el brazo en direccion al estrado de los jueces.

Entonces sonaron tres agudos toques de clarín: los jueces precedidos de los farauates y del rey de armas y acompañados del escribano, bajaron la gradería de su estrado, y reconocieron la liza, golpeandola con sus largos bastones negros con puños de marfil, para cerciorarse de que el terreno estaba firme, sin dolo, igual y apropiado para pruebas de armas, examinaron los hierros de las lanzas que se habían puesto junto al estrado en gran número, y mandaron dar una grida á los farauates en que se prevenía que al que hiciese señal ó diese aviso á cualquier caballero en el acto de hacer armas, por hablar se le cortaría la lengua, y por hacer señal se le cortaría la mano. (1)

Despues de esto los jueces y los que les acompañaban volvieron al estrado, y como si solo se hubiese esperado á esto y todo hubiera estado preparado sonó por tres veces un clarín en la puerta de entrada de los mantenedores y el faraute que allí estaba para avisar de los caballeros que llegasen, atravesó la liza, llegó al pie de la escalera del estrado real y gritó en voz clara y vibrante.

—Alta y poderosa señora, reina de la hermosura; el muy noble y virtuoso caballero, Juan Destúñiga, señor de Castro de Rey, demanda licencia de vuestra señoría para probarse en armas por el premio ofrecido segun los capítulos de estas justas.

Judit estendió de nuevo el brazo, como en señal de concesion y el faraute partió y poco despues entró en la liza, acompañado por honra de muchos caballeros, el señor Juan Destúñiga, ginete en un caballo morcillo, armado de un arnés de platas, puesto sobre las armas un falsopeto de vellori-vellotado, y empuñando una tremenda pica de roble; dió una vuelta al palenque, saludó á la reina de la hermosura, al rey y á la corte, y se presentó ante el estrado de los jueces donde los farauates le recibieron juramento segun los capítulos: los jueces dieron por buenas y leales sus armas y sus padrinos que era el conde de Alva y Sero de Quinones, le llevaron á un estremo de la liza, frente á la tienda de los mantenedores de la que había salido á caballo, armado de todas armas y rodeado de su servidumbre y de sus padrinos Alonso Perez de Vivero.

Los dos caballeros se saludaron amigablemente, se calaron las viseras, tomaron dos fuertes lanzas de mano de los escuderos que servían á caballo la liza, y los acompañantes y los padrinos se retiraron.

Entonces un faraute gritó desde el cadalso de los jueces:

—¡En el nombre de Dios! partid caballeros, y cumplid vuestro deber.

Alonso de Vivero y Juan Destúñiga, rodearon sus caballos tomaron campo y se encontraron con estruendo en medio de la liza: Vivero encontró á Destúñiga en la vuelta del guardabrazo izquierdo, con un terrible golpe; remachó el hierro de la lanza, y la rajó en astillas haciendo casi salir de los arzones á Destúñiga que pasó sin encontrarle: en la segunda carrera Destúñiga tocó á Vivero en el creston del almete, resvalando sin romper lanza, y Vivero le encontró en la arandela desgarneciéndosela, sin romper lanza: en la tercera carrera, Destúñiga encontró á Vivero en el canto de la balera del almete, y Vivero le encontró á él en la guarda del brazal derecho y los dos rompieron las lanzas, por lo cual, los jueces dieron sus pruebas por terminadas, con arreglo á los capítulos: Vivero convidó á comer á Destúñiga, y despues vinieron los padrinos y condujeron á cada uno de los caballeros á su tienda al son de la música que tañía alegremente.

Poco despues, obtenida licencia, se presentó en la liza por conquistador Alvaro de Biezma, á quien se exigió juramento y se reconocieron las armas, y como mantenedor Rodrigo de Villalobos: estos dos caballeros corrieron diez veces y quebraron entre los dos tres lanzas: probáronse sucesivamente muchos caballeros, y al mediodía, cuando se iba á suspender la justa para comer, y se habían roto cuarenta lanzas, sonó de repente en la poterna de los conquistadores el son de una corneta: acudieron allí los farauates, y encontraron un caballero solo, sin pajes ni escuderos, ginete en un caballo negro con paramentos fuertes, armado con armas negras, calada la visera y sobre el creston del almete un penacho amarillo como señal de venganza: llevaba en la adarga sobrepuerto un hierro de hacha reluciente y afilado, y en la orla, este mote en letras rojas: *Sangre quiere*; demandaron los farauates licencia á Judit y el negro caballero entró en la tela y se encaminó al cadalso de los jueces. Cuando le pidieron levantase la visera para conocerle, dijo:

—Hay un capítulo entre los de estas justas que dice: que si algun caballero que tuviere hecho voto de andar por el mundo y hacer armas encubierto, demandase probarse, no se le exigiera su rostro, salvo juramento apostólico y pleito homenaje, que prestaría de ser su linaje y solar tales y tan conocidos que pudiese probarse con los mantenedores sin menoscabo de su honra: yo he venido aquí bajo la fe de esos capítulos por el nombre del alto y poderoso señor Condestable D. Alvaro de Luna, que responde

(1) Nos hemos detenido un tanto en la descripción del aparato de estas justas para que aquellos de nuestros suscritores que asistieran á las justas y torneos con que pretendió solemnizarse el nacimiento de S. A. la infanta Doña Isabella, comprendan cuánto se separó de la verdad de aquellas fiestas caballerescas el remedo que se hizo.

como fiador de su cumplimiento, y confiando en la rectitud de los jueces. Por lo demás yo juro por Dios y la santa Virgen su madre, ser tales mi solar é infanzonía que ningún caballero pueda creerse menoscabado por hacer armas conmigo, puesto que si ando encubierto, es por voto, hasta llegar al desagravio de una afrenta.

Los jueces que nada tenían que decir contra el condesto de aquel capítulo tan oportunamente citado, se redujeron á mandar á los farautes que tomasen al encubierto juramento sobre los Santos Evangelios, despues de lo cual acompañado de algunos caballeros que se prestaron á ello en vista de la soledad del caballero negro, le llevaron al punto donde debía esperar á que se presentase el mantenedor.

Fue este el mismo Alonso Perez de Vivero. Era demasiado extraño el caso, para que el capitán de las justas cediese á otro su lugar. Los escuderos provayeron de lanzas á los dos caballeros, y entonces sucedió una cosa que llamó la atención general en favor del encubierto. Este examinó la lanza que le había entregado el escudero y dijo con acento de desden:

—No es mala del todo; pero si á romper lanzas he venido, usándose estas, no necesito ciertamente ponerlas en el ristre ni encontrar caballero.

Y así diciendo, levantó en alto la lanza, la blandió en el aire y la hizo saltar rota en tres pedazos como si hubiera sido de vidrio y no de roble.

Diéronle una segunda lanza y aconteció lo mismo, pero á la tercera se le vió ponérsela en el ristre, embrazar la adarga y afianzarse en los arzones.

—¿Conoceis á ese hidalgo? dijo el marqués de Villena al abad del Abrojo que estaba junto á él en el estrado real.

—No, contestó D. Sancho de Benavides, pero conozco su arnés.

—Quien conoce el arnés, conoce al caballero, repuso D. Juan Pacheco.

—Conforme y según, replicó el abad: puede conocerse una prenda robada y no saberse quien es quien la usa ni aun siquiera si es el ladrón, como que dicha prenda puede ser vendida y revendida y pasar por muchas manos.

—¡Diablo! mirad lo que decís; ese hombre tiene todo el talante de un caballero, cabalga con gallardía, y un jayán no hubiera rotó como él dos lanzas en el aire. Eso solo lo han hecho, según dicen, en nuestros días el conde D. Pero Niño y el Condestable D. Alvaro de Luna.

—Pues ya veis que no puede ser ninguno de los dos. El primero no existe, y el segundo está sentado en su silla dorada á diez pasos de nosotros, y por cierto mirando de una manera harto fija al caballero negro. En cuanto á lo del arnés le conozco tanto como que le hice traer de Milan, para servirme de él en cierta empresa, y tengo presente que me costó quinientos maravedís de oro. Puños le mando al que quiera falsear una de sus piezas... como que es un arnés á prueba de hacha.

—¿Y cómo diablo os le han robado D. Sancho? vuestra abadía es fuerte y bien defendida.

—Pues ahí vereis, me la tomaron á escala franca la noche de año nuevo, me arrojaron la gente de armas á pesar de que era mucha y valiente: me saquearon arcas, armerías, provisiones, y caballerizas y se fueron sin tocarme á un solo pelo de la barba, y sin que se pudiese saber quienes habían sido, puesto que al partir se habían llevado los muertos por los cuales hubiera podido venir en conocimiento de quienes eran los vivos. Al día siguiente se vieron vagar por el bosque hombres de armas que tenían la desvergüenza de pasar por delante de mi rastrillo cabalgando en mis corceles, y armados con mis arneses y con mis lanzas. Yo creo que esta haya sido una hazaña de Barba-larga, de cierto bandido á quien yo había ju-

rado ahorcar y que se ha vengado de mí jugándome esa mala pasada. No tendrá nada de extraño que prevaleándose del capítulo de las justas en que se admiten á prueba encubiertos haya tenido el tal montero el capricho de medirse con los primeros caballeros de Castilla.

—Veamos: ya suena el toque de arremetida. Mirad mirad; ¡poder de Dios! ese hombre no tira á romper lanza, sino á desanzonar: ved que revés tan descomunal ha hecho tomar á Alonso Perez, que sin ofender á nadie es una de las primeras lanzas de Castilla, ¡Pardiez! mirad con qué gentileza galopa para tomar de nuevo campo. Ese hombre está pegado á los arzones. ¡Pues cuidado, señor contador del rey, cuidado!

En efecto, había sucedido así como lo había espuesto el marqués de Villena, y había corrido de una manera tan maravillosa el encubierto su primera lanza que no hubo caballero que no le aplaudiese ni dama que no agitate su lenzuolo. Judit había palidecido humillada en su amante; Alonso de Vivero rugía sordamente dentro de su almete; el rey prestaba una atención profunda á lo que acontecía y el Condestable pálido y cuidadoso lanzaba de tiempo en tiempo una mirada torba al portalón del corral que daba sobre la cava.

Los justadores ocuparon sus puestos, sonó el segundo toque de arremetida, tomaron campo y volvieron á encontrarse: por aquella vez la lanza del incógnito falseo la adarga de Vivero le desguarneció la guarda del brazal izquierdo se rompió desgranando el hierro contra el piastrón y Alonso Perez sin poderse valer fue por los arzones á la arena de donde sus escuderos le levantaron mal parado, mientras el encubierto lanzaba con desden el trozo de asta que le quedaba en la mano y tomaba una segunda lanza de los escuderos del campo.

Tañeron á una todos los instrumentos y poco despues se presentó en la liza Pedro de Meneses como mantenedor.

Al primer encuentro este caballero que no era tan fuerte como Alonso Perez, voló de los arzones sin que el encubierto hubiese tenido lugar de romper su lanza para ello. La córte, que creía sería uno de los suyos el desconocido, aplaudía con furor, y el pueblo, que siempre ama lo fuerte y lo valiente, arrojaba entusiasmado sus gorras al aire. El rey que no sabía de qué bando sería aquel hombre si de los confederados ó del Condestable, tenía miedo; Judit estaba pálida como un cadáver porque como si hubiera sido de cristal el almete del aventurero creía ver su rostro, y el Condestable que esperaba una traición estaba impaciente. En cuanto al marqués de Villena y á los caballeros de su bando empezaban á ponerse en cuidado, porque no era ciertamente aquel el medio que habían adoptado para promover un motin y prender al Condestable.

Don Juan Pacheco envió uno de sus pajes al cadálso de los jueces y se le vió hablar con el conde de Benavente que inclinó la cabeza en señal de inteligencia y asentimiento.

Entre tanto había salido braveando de la tienda de los mantenedores Juan de Villandrado. Restablecióse de nuevo el silencio, los trompeteros dieron la señal y los caballeros partieron. Al primer encuentro la lanza del encubierto falseo la adarga y el coselete de Villandrado en derecho del corazón, entró un palmo y se rompió. El mantenedor dió un grito abrió los brazos y cayó sin poderse tener del caballo.

Quando sus escuderos fueron á desenlazarle el yelmo y á levantarlo, le hallaron muerto.

Aquel lúgubre accidente que era sin embargo muy comun en las fiestas de entonces, impidió que el vencedor fuese aplaudido por la córte, pero el pueblo aplaudió, y en medio de sus aclamaciones, el

encubierto volvió á colocarse frente á la tienda de los mantenedores de la que salió el último que quedaba: Rodrigo de Villalobos.

Dos farautes saltaron inmediatamente á la arena, y declararon en nombre de los jueces, que segun los capítulos de la justa el encubierto habia hecho sus armas bien y cumplidamente puesto que habia roto tres lanzas, que no estaban obligados á mas los mantenedores y que no le darian campo.

Siguióse de esto una ágría disputa: Rodrigo de Villalobos queria medirse á todo trance quitada una pieza del arnés: el encubierto protestaba que no se entendian bien los capítulos: bajaban caballeros á la liza, y al fin rompiendo por todo, Villalobos y el incógnito partieron á encontrarse: los jueces apellidaron auxilio á los hombres de armas que aseguraban la liza, para prender á los dos caballeros, y los ginetes se arremolinaron en torno de ellos, y se travó un combate harto desigual: el encubierto se entreabrió entonces la visera, se llevó una corneta á los labios y la tañó por tres veces, despues de lo cual gritó:

— ¡A mí, á mí, caballeros! ¡abajo el Condestable! ¡viva el rey!

— ¡Es de los nuestros! exclamó sin poderse contener D. Juan Pacheco y gritó desnudando su espada en el mismo estrado real: ¡á mí! ¡al marqués de Villena! ¡viva el rey! ¡abajo el Condestable!

Don Alvaro habia previsto lo que podia suceder, y estaba preparado: los cien ginetes al mando de su hermano Martin de Luna estaban en los corrales de las casas inmediatas al portalon del corral del alcázar, y desde el momento en que se habia cruzado la disputa entre los jueces y los contendientes habia enviado á su paje Gonzalo Chacon á su hermano, para que desembocase en la cava, y procurase ganar el portalon del palenque, antes de que pudiesen cerrarlo sus enemigos: sabia que las galerías del alcázar estaban tomadas y que solo por la liza podria escapar, abriéndose paso.

Al sonar los tres toques de corneta del encubierto, un tropel de hombres á caballo, de distintos bandos y mezclados envistieron por el portalon y delante de ellos á pie y á toda carrera llegó Gonzalo Chacon con un caballo de batalla del diestro, acompañado de un escudero que traia un almete, unos quanteletes y una lanza: D. Alvaro, que llevaba bajo sus vestidos una cota de mallas, y bajo su justillo un coselete á prueba, desenvainó su espada, pasó como un relámpago por delante del rey antes de que tuviesen tiempo de prenderle, se precipitó por la gradería disparando fendientes á diestro y siniestro, se abrió calle ayudado de sus leales Rivadeneira y Sese, llegó á la liza á punto que se acercaban Chacon y el escudero, se ciñó el almete, se puso las manoplas, embrazó una adarga, saltó á caballo y empuñando la lanza, se abrió calle hasta su pendon que entraba á tiempo entre sus ginetes revueltos con otros hombres de armas entre los que flotaba un pendon negro, y dándose á conocer á su hermano Martin de Luna, se revolvió y travó un combate que no podia menos de ser horrible en un lugar estrecho, en que se peleaba á pie firme, de que eran inútiles las lanzas, y se habia echado mano á las espadas y á las hachas de armas.

El rey y el príncipe, segun añeja costumbre siempre que acontecian estas cosas, se escaparon á encerrarse en las habitaciones mas retiradas del alcázar: la reina pálida y trémula, fue conducida á su cámara por algunos leales caballeros, y cuando otros fueron á salvar á Judit, esta exclamó:

— No, no, dejadme: quiero ver en qué para esto: los caballeros castellanos pueden hacerse pedazos entre sí, pero no matan damas.

Y se alzó, permaneció de pie asidas las manos convulsas á los brazos de su silla, mirando el sitio donde revueltos entre los hombres de armas que, sin du-

da pertenecian al encubierto puesto que le ayudaban luchaba como un leon el Condestable al frente de sus ginetes.

Entre tanto las damas y la mayor parte de los caballeros salieron del palenque como pudieron, á la manera que se huye de un edificio incendiado, y solo quedaron en la liza el Condestable con sus gentes y contra ellos las lanzas del encubierto, las lanzas reales y los hombres de los confederados: en el estrado real, Judit inmóvil, pálida y trémula y algunos caballeros que la resguardaban.

Hubo un momento en que todo se creyó concluido, el Condestable se vió rodeado con algunos ginetes, y abrumado por un número inmenso de hombres que descargaban sobre ellos: entonces hizo un esfuerzo desesperado; abandonó su espada por inútil, arrancó á uno de sus hombres una maza de armas y se abrió una ancha calle arrojando delante de sí cadáveres.

Por uno de esos milagros que coronan los grandes esfuerzos, el Condestable con su hermano, su bandera y algunos de sus servidores logró romper por la poterna, atravesó á escape las calles vecinas, ganó las puertas de la villa y se lanzó sobre el camino de Burgos: tras él se lanzó el encubierto con todas sus lanzas pero al desembocar en el campo, vió un ejército que reunido por Ruy Diaz de Cuellar esperaba al Condestable y hubo de retirarse ante los disparos de dos tiros gruesos de artillería que lanzaban sobre ellos enormes pelotas de piedra.

Pero en vez de entrar en la villa, rodeó los muros y se encaminó al Abrojo.

Don Alvaro que habia sido y era un gran capitán, y que se sentia humillado siempre que las circunstancias le obligaban á huir, se detuvo delante de su ejército de dos mil lanzas y arrojó una mirada de reto á Valladolid; pero sus hermanos y todos los servidores que se le habian reunido lograron convencerlo y tomó á paso lento, rugiendo de cólera, el camino de Burgos.

Entre tanto, D. Juan Pacheco, triste y cabizbajo, subia la gradería del estrado real en el que estaba sentada Judit fijando una mirada atónita en la liza en que solo quedaban cadáveres y moribundos.

— El lobo anda suelto otra vez, dijo el marqués, y mucho será que no nos haga cobrar la frontera para librar las cabezas. Ese hombre es invencible. Le proteje el diablo.

— Aunque le proteja Dios, yo os juro que le venceré, replicó Judit.

Se asió al brazo del marqués de Villena, y rodeada de los caballeros que no la habian abandonado, se perdió por una de las puertas de la galería.

Allí quedó abandonado el premio de la justa de Alonso Perez, y en algun tiempo nadie apareció á socorrer á los heridos que exalaban gritos lastimeros.

He aquí el fin que tuvieron las justas celebradas en el corral del alcázar viejo de Valladolid el dia de Reyes del año 1432.

## VIII.

### La Taberna del Gallo Blanco.

Esto dió por resultado una situacion violenta: el rey tenia miedo, la reina, que habia pensado triunfar del favorito, desesperada: Judit que habia creído segura la venganza, colérica por ello y apenada por el percance de Alonso de Vivero: D. Juan Pacheco, Don Pedro Giron y sus amigos, atortolados; el único que como siempre, se reia encogiéndose de hombros, era el príncipe D. Henrique.

Se habian cerrado las puertas de la villa: armado cuantos soldados habia dentro de ella, y coronado de lanzas y ballestas los muros. El pueblo que estaba

muy pobre, tenía que un cerco, encareciendo los mantenimientos, le trajese el hambre y todos andaban molinos y cabizbajos.

A pesar de esto el rey se había atrevido á ostentarse fuerte, declarando traidor y enemigo del reino al Condestable, se habían confiscado *in nomine* sus bienes y sus señorías, se había entrado en su casa que se encontró vacía, y sellado sus cofres, armarios y puertas: en fin, se habían levantado banderas para perseguir al tirano: pero esto había pasado dentro de Valladolid, sin que nadie noble ó pechero se hubiese atrevido á dar un solo paso fuera de la villa.

El Condestable había logrado hacerse temer con un terror pánico, y se creía generalmente que para vencer á aquel hombre era necesario nada menos que la ayuda del diablo.

En medio de este miedo y de este tráfigo, un gitano cobrizo y sucio que acababa de salir de la casa del barbero Ginés, atravesó el Ochavo se encaminó á la calle de Carnicerías, y se dió á mirar todas las puertas con un cuidado que indicaba importarle mucho aquella en cuya busca iba.

Al fin se detuvo delante de una puerta baja y de negrida mas allá de cuyo dintel, seis ú ocho pendientes escalones descendían á un sótano y sobre la cual se veía escrito con hollín en gruesas y desiguales letras: Taberna del Gallo blanco. Encima, pintada con cal, había una caricatura grotesca del animal bípedo, y junto á ella, se balanceaba al viento un hacecillo de sarmientos.

El que parecia gitano descendió sin mas exámen y se encontró en un ámbito lóbrego, en uno de cuyos ángulos había una tabla con vasos y medidas de estano y sentado junto á ella un moceton mal carado y avieso que se balanceaba sobre una silla de madera en la que se había sentado al revés.

— ¡He! que te se ofrece, exclamó el tabernero con cierta prevención, porque los gitanos en aquellos tiempos tenían una tremenda reputación de ladrones. Aquí no hay nada que se pierda.

— Nada ¿he? dijo el gitano; ¿ni siquiera un pobre diablo que se llama el bachiller Costilla?

— ¡Ah! perdóneme vuesa merced, señor alfez, dijo levantándose y quitándose la caperuza el tabernero. Yo estaba avisado, pero nunca creí que os hubieran disfrazado de una manera tan perfecta.

Raab, que él era, miró entorno suyo con cuidado.

— Nadie, no hay nadie, dijo el tabernero, todos andan ocupados con el miedo; venid conmigo y confiad.

Raab y el tabernero, atravesaron algunos espacios lóbregos y al fin subieron algunos escalones y entraron en una habitación en la que sobre una mesa había clavado en la pared un candilón de hierro con dos mecheros encendidos.

Junto á la mesa sentado en un banco, con una jarra de vino por delante, y una tartera en que quedaban algunos restos de carne asada, estaba Pero Valiente con su nariz inmensurable, su peluca cana, y su opalanda raída. Al ver á Raab, le examinó de pies á cabeza, hizo una seña al tabernero que se retiró, y mostró al joven otra banqueta, en la cual se sentó.

— ¿Conque tenemos miedo al Condestable? le dijo Pero Valiente pronunciando estas palabras en un acento que demostraba que solo era el prologo de una conversacion mas interesante.

— Si, contestó Raab, pero no he venido á eso; esta mañana pronunciásteis junto á mi algunas palabras que no comprendí bien y quiero que me las espliqueis.

— A pesar de no haber comprendido bien aquellas palabras, veo que han sido bastantes, para que antes de venir aquí hayais ido á casa de Ginés, que por mi vida os ha disfrazado á las mil maravillas: esto os

convencerá del mérito de las personas que conozco.

— Pero vos ¿quién sois?

— ¿Y qué os importa? soy el Bachiller Costilla. Y vos ¿por quién quereis pasar en este momento?

— No he elegido todavía un nombre.

— Pues elegidlo si es que quereis vivir, ó estar libre porque si dejais ese disfraz, no respondo de que no seais preso y tal vez muerto.

— ¡Muerto!

— El Condestable busca al asesino de su hijo, y Pero Sarmiento, al ladrón de cierta dama.

— Hé ahí las palabras que no comprendo: parece que me acusáis de la herida de D. Juan de Luna y de la desaparición de D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento.

— Ni os acuso ni os culpo, cada cual tiene en este mundo sus negocios y sale de ellos como mejor puede. Pero cuando os digo que habeis hecho esas dos cosas estoy seguro de ello, como lo estoy tambien de que las tales cosas han sucedido por el amor de cierta dama.

— ¿A quién servis? le dijo Raab mirándole fijamente.

— Ahora me sirvo á mí mismo.

— ¿A vos mismo!

— Sí tal; estoy como vos, enamorado y perseguido.

— ¿De modo que venis á proponerme una alianza?

— Así es: los dos juntos podemos hacer mucho, puesto que nos estorban unas mismas gentes.

— ¿Quién os estorva?

— Quién os estorva á vos; el Sr. Alonso Perez de Vivero.

— ¿Amáis?.. dijo con voz lugubre Raab.

— A D.<sup>a</sup> Juana de Alvornoz, contestó interrumpiéndole el bandido, del mismo modo que vos amáis á doña Judit de Sotomayor.

La actitud amenazadora de Raab desapareció.

— Y ved si son iguales nuestras situaciones prosiguió Pero Valiente. Somos tres hombres y tres mujeres. El Sr. Alonso de Vivero ama á D.<sup>a</sup> Beatriz y es amado de D.<sup>a</sup> Judit y de D.<sup>a</sup> Juana, que alientan entre sí unos celos horribles y se aborrecen á muerte. Vos y yo amamos á D.<sup>a</sup> Juana y á D.<sup>a</sup> Judit y tenemos celos del Sr. Alonso Perez. Vos sois familiar en la casa de D.<sup>a</sup> Judit, yo lo soy en la de D.<sup>a</sup> Juana: vos poseeis los secretos de vuestra señora y yo guardo los de la mia. Por una casualidad podemos quedar perfectamente arreglados los tres, con la diferencia de que el Sr. Alonso Perez será el mas dichoso puesto que le ama D.<sup>a</sup> Beatriz.

— No os entiendo bien.

— Ó no me quereis entender. D.<sup>a</sup> Beatriz está en casa de D.<sup>a</sup> Judit.

— Si lo está, lo ignoro.

— Tened en cuenta que soy mas fuerte que vos, que no me conoceis, que estais en una ratonera y que puedo entregaros á mí placer, al Condestable ó á Pero Sarmiento. Cualquiera de los dos os haria pedazos con solo que yo les mostrase algunas pruebas: la noche que heristeis á D. Juan de Luna y robasteis á D.<sup>a</sup> Beatriz, estabais espionado, observado de cerca, por gentes, á quienes por fortuna he comprado este secreto, y que le revelarán si yo abro la mano. Entendámonos, pues, buena y lealmente, y os juro que D.<sup>a</sup> Judit será vuestra del mismo modo que D.<sup>a</sup> Juana mia sin que se vierta una sola gota de sangre.

— ¿Y cómo podrá ser eso?

— Oid: junto á las tapias del Verdugo por la parte de adentro de la villa hay un casaron deshabitado á causa de decirse que tiene miedo; yo puedo hacerme con las llaves de esa casa y de hoy á mañana mandar hacer otras cuatro llaves á un herrero amigo mio. Os daré dos de estas llaves, una para D.<sup>a</sup> Judit y otra para vos; del mismo modo haré que llegue una á D.<sup>a</sup> Juana y otra al Sr. Alonso Perez. Yo me quedaré con la quinta.

—¿Pero sabéis que el Sr. Alonso Perez ha recibido hoy en las justas una costalada de la que sino muere quedará maltrecho para mucho tiempo?

—No conoceis á ese caballero: tiene carne de perro y es fuerte como un roble: le he visto caer mas de una vez en batalla, y al dia siguiente se ha mostrado tal como si nada le hubiera acontecido. Mañana podremos disponer de él. Haced vos por vuestra parte que D.<sup>a</sup> Judit y D.<sup>a</sup> Beatriz vayan á esa casa á las doce de la noche. Yo os la mostraré mañana para que la conozcais y podais ir á ella, y pasar por sus habitaciones con los ojos vendados. Entonces os diré mi p.<sup>a</sup>n. ¿Cuento con vos?

Raah meditó un momento y contestó:

—D.<sup>a</sup> Judit y D.<sup>a</sup> Beatriz irán mañana á esa casa.

—Pues bien, confio en esa promesa: estais interesado en cumplir buena y lealmente conmigo por vuestro amor y por vuestra seguridad.

—¿Dónde nos veremos mañana? dijo Raab lavandose.

—¿Estais deprimida?

—Necesito de algun tiempo para prepararlo todo.

—Pues bien: nos veremos mañana aqui mismo. No falteis.

—No faltaré.

—Pues adios. Salid primero. No conviene que nos vean juntos.

Pero Valiente llamó al tabernero y poco despues salió.

—¡Ah! Sr. alférez, ya sois mio, murmuró Pero Valiente viéndole alejarse.

—No ha sido mal pensamiento el vuestro, señor bachiller Costilla, decia para sí Raah, saliendo de la taberna. Judit es rica y vengativa, y el oro y la venganza unidos valen mucho. El tal Ginés, el barbero, ó mucho me engaño ó por mil entriques seria capaz de vender á su padre. El debe conocer á ese hombre. Tengo un hilo y por él llegaré hasta el cabo. Este es un duelo de astucia contra astucia; pero ó caigo ó venzo. Vamos á ver á Judit.

Y llegando al callejon del Conde sacó una llave de su bolsillo, abrió el postigo del palacio y entró.

Dos horas despues salió agoviado por el peso de un bulto que llevaba bajo sus vestidos, se encaminó al Ochoavo y entró en la casa de Ginés. Cuando salió era de noche; el barbero le alumbraba con muestras de respeto.

—Asegurad á vuestra señora, le dijo, de que puede ir sin cuidado á la casa del miedo; que todo acontecerá como vos quereis.

—Tened en cuenta, que de sernos traidor, os esponeis á encontraros con una puñalada.

—Descuidad, señor, descuidad, y hasta mañana.

Raah, se separó de la puerta y se alejó mucho mas desembarazado que cuando habia venido.

—¡Ah! ¡era el señor Pero Valiente! murmuraba, ¿quién habia de conocerlo con su disfraz de bachiller? Pero el oro es un magnífico desenmascarador. Ese hombre sabe demasiado y es necesario enmudecerle. Pues bien, enmudecerá.

Despues de esto Raah, entró de nuevo en casa de Judit y se encerró con ella en su aposento del que no salió hasta una hora muy avanzada de la noche.

## IX.

De cómo se desenlazó con sangre el embrollo de dos bribones.

En uno de los barrios mas apartados y medrosos de Valladolid, sobre los muros de la villa, y junto al lugar que se llama aun las tapias del Verdugo, habia en una plazuela irregular y destartalada, un casaron sombrío, denegrido, manchado por la intemperie, y abandonado hacia muchos años. Aquella casa que en

otros tiempos habia pertenecido á los condes de Alba, tenia sobre sí una fama de hechiceria, y se habia hecho tan respetable por ello que en sonando la oracion nadie se atrevia por valiente que fuese á atravesar la plazuela en que estaba situada. Por causa de este mal vecino y del terror que causaba, bacia mucho tiempo que estaban abandonadas las casas vecinas, algunas de las cuales se habian arruinado, por lo cual la plazuela aun de dia, presentaba un aspecto lúgubre y miserable.

Si por aquellos tiempos hubiera habido alguno bastante valiente para arrostrar los terrores de la supersticion, como los habia para arrostrar los peligros efectivos y se hubiera ocultado en las ruinas inmediatas, hubiera visto cada noche despues del toque de queda, entrar muchos hombres de mala traza en la casa del miedo ó del duende, y seguidamente hubiera escuchado un zumbido sordo que emanaba de ella. La verdad del caso era que allí se ocultaban ladrones, gentes de mala vida y monederos falsos que habian tenido gran cuidado de hacer que la tal casa adquiriera su prestigio fantástico para poder entregarse libremente en ella á sus contravenciones de ley.

Del mismo modo que las noches anteriores, al sonar la queda de la siguiente al dia de Reyes, en que tuvieron lugar los acontecimientos que acabamos de relatar, entraron multitud de hombres en el casaron, pero no resonó el golpe lento acompasado y zumbador que otras veces. Por el contrario, todo quedó envuelto en el mas profundo silencio, como si nadie hubiera entrado en aquella casa.

Pasó una hora y entraron en la plazuela dos hombres, que se acercaron á la puerta del casaron; aquellos dos hombres iban embozados hasta los ojos y caladas las gorras hasta las cejas.

—Cuento con que no me vendereis, Ginés, dijo el uno.

—Descuidad, señor alférez del rey, dijo el otro.

—Ya sabéis, diez hombres determinados en el callejon que vá al postigo.

—¿Y á los dos?

—A los dos: á él y á ella. ¿Qué os dijo el señor Pero Sarmiento?

—Me dió un diamante y me prometió que vendria.

—Bien, poned otros dos hombres junto al postigo por donde debe entrar y que le conduzcan á donde sabéis.

—Lo haré.

—Además si yo necesitare ayuda, que bien podrá ser, cuento con vos y con vuestra gente.

—Descuidad, señor: siempre tendreis á vuestro favor treinta buenas espadas: como que el que menos de esos bravos mozos ha reñido en quince batallas.

—Bien, bien: el tiempo urge, colocaos vos y vuestra gente en sitios donde podais acudir á mi voz, y... os lo repito, si me haceis una traicion os la cobraré, ó si yo no puedo cobrarlos os la cobrarán... si me servís tendreis doble oro del que habeis recibido, y se quemarán vuestros procesos.

—Espero, señor, que no tendreis motivo de quejars de mí.

—Pues hasta luego.

—Que os guarde Dios.

Uno de los embozados metió una llave en la cerradura, abrió, entró, tornó á cerrar, y el otro se perdió á lo largo de la plazuela.

Algun tiempo despues apareció el mismo embozado; venian con él dos mujeres rebozadas, y al parecer con miedo de hallarse en un lugar tan apartado y medroso. Aquellas tres personas adelantaron: el hombre abrió con llave la puerta, entraron, cerróse la puerta de nuevo, se vió por un momento luz tras sus rendijas, y luego quedó la plazuela desierta.

A poco un hombre solo, embozado tambien, llegó

á la casa, abrió con llave, entró y cerró: en fin, á la media noche, una mujer y un hombre aparecieron, adelantaron y se detuvieron junto á la puerta.

—¿Están aquí? dijo la mujer.

—Indudablemente, como que antes de ir por tí las he visto entrar.

—¿Y contamos con esos hombres?

—Tu misma podrás hablar con ellos.

—¡Oh! si logro verme libre de esas dos aborrecidas mujeres, seré tuya, tuya para siempre.

—Páreceme que en esto hay mas amor á tu esposo que hacía mi.

—¡Ah! no, no: me ha hecho sufrir tanto que ya le aborrezco... ¿crees que se puede amar á quien nos desprecia?... no le amo, pero tengo herida mi vanidad de mujer y necesito vengarme... ¡miserable de él...! yo que lo he arrojado todo por su amor, hasta el crimen... necesito vengarme... pero vengarme de una manera horrible... escucha, ¿es gente de confianza la que está ahí dentro?

—Te respondo de ellos: son aventureros, bandidos, monederos falsos, gentes de mala vida que tienen demasiados motivos para respetar á la justicia.

—¿Y valientes?

Los mejores para llevar á cabo una venganza.

—Pues entremos.

El hombre abrió como los anteriores y entró acompañado de la mujer. Sigamos á estas dos personajes: primero atravesaron un zaguán inmenso y tenebroso, luego entraron en un patio y se aventuraron bajo una galería ruínosa, llegaron á un ángulo, entraron por una estrecha puerta, y el hombre que sin duda conocia perfectamente el local, asió á la mujer de una mano y la guió por entre las tinieblas en un torcido y pendiente caracol. Así, en silencio y á oscuras, atravesaron algunas habitaciones y al fin vieron á lo lejos tras una puerta el reflejo de una luz.

—Recata tus pasos, la dijo el hombre, ¿no oyes en esa cámara voces contenidas? son ellas.

—¡Ellas! exclamó convulsivamente la mujer: ellas que hablan, ¿y qué hace esa gente? yo creí que esto era asunto concluido.

—Acaso no haya habido ocasión, acaso las acompañe alguien.

—¿Que las acompañe alguien? no me dijiste...

—Era imposible que D.<sup>a</sup> Judit se aventurase sola de noche, en un lugar desconocido; acaso se ocupen con el hombre... ¡no es tarde aun! esperemos.

—¡Esperar! ¡esperar aun! yo creo que cuando arrojo mi oro es para que me sirvan pronto y bien.

—Y te serviremos... yo te amo, yo he arrojado por tí... bien lo sabes... el rigor de la justicia.

—Y dime, por qué despues de haberme dado cuenta de tu proyecto, he pensado mucho en él: ¿á qué viene D.<sup>a</sup> Judit con D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento?

—D.<sup>a</sup> Judit ama al Sr. Alonso Perez, bien lo sabes, y tiene como tú unos horribles celos de D.<sup>a</sup> Beatriz.

—¡Ah! partiremos, pues, nuestra venganza... nos quedaremos al fin solas frente á frente... bien... acerquémonos, tengo curiosidad de saber si esa D.<sup>a</sup> Judit es tan hipócrita con D.<sup>a</sup> Beatriz como conmigo.

El hombre y la dama se acercaron silenciosamente á la puerta, tras la cual se veía la luz, y observaron la habitación á que correspondía.

Era una enorme cámara, en cuyas paredes quedaban aun girones de tapices descoloridos y polvorientos: no habia en ella mas muebles que algunos toscos sitialos de madera que parecían haber sido llevados recientemente de una casa pobre, y una grasienta mesa de pino, sobre la cual ardia una lámpara de hierro. Sentadas en dos de los taburetes, al lado de la mesa, estaban Judit y D.<sup>a</sup> Beatriz, produciendo un áspero contraste su hermosura, lo distinguido de su porte, y lo cortesano de sus trajes, con los pobres accesorios que los rodeaba en aquella cámara des-

mantelada, en cuyos distantes ángulos se apilaba la sombra.

Las dos jóvenes hablaban con interés.

—Cuanto tarda mi padre, señora, decia D.<sup>a</sup> Beatriz: ¿estais segura de que el mensajero con que os avisó que vendría era fiel?

—¿Y por qué dudarlo? ¿Qué interés podia tener en enganarme? contestó Judit con dulzura. Vuestro padre, habrá tenido necesidad de recatarse: acaso haya encontrado dificultades.

—¡Oh, Dios mio, y cuándo terminará esta horrible guerra de bandos! Por ella los mas leales vasallos del rey se ven obligados á venir á buscar á sus hijas á lugares en donde de otro modo jamás hubieran entrado. ¡Oh! y á no haberme protegido vos tan generosamente ¿que hubiera sido de mí, señora?

Doña Beatriz engañada por Judit, que la habia apartado enteramente del trato de personas estrañas sirviéndola por sí misma bajo pretexto de seguridad, creia que su padre se hallaba fugitivo en tierra estraña huyendo del furor de sus enemigos, porque á causa del aislamiento á que la habia reducido Judit, no sabia nada acerca de la coaliccion que habia aportado á la córte á todos los enemigos de D. Alvaro de Luna entre los cuales se contaba Pero Sarmiento.

Judit no habia tenido otro objeto al conducirla á aquella casa que hacerla encontrarse en una situación excepcional con Alonso Perez de Vivero, y saber hasta qué punto se amaban. Despues pensaba enviarla á un convento, porque sabia demasiado que lo que mejor cura en los hombres el amor es la ausencia y deshaciéndose de cualquier modo de D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz quedarse sola frente á frente armada con toda la seducción de sus encantos, y de su posición con el contador mayor á quien pensaba hacer aquella noche viudo, contando con el plan que para llevarla á aquella casa la habia mostrado Raab ebn-Collam.

Aquella era una maraña urdida, como saben nuestros lectores, y de mala fe por ambas partes entre Pero Valiente y Raab, y habia llegado el caso de que se desenredase ó se rompiese. Todos los personajes estaban reunidos y la acción empezaba.

—En efecto, dijo Judit, vuestro padre tarda y esto me tiene inquieta. Algun percance imprevisto le detiene. Esperad un momento, mi buena amiga. El alferéz Juan de Soto que nos acompañaba, ha ido á esperarle al postigo y tarda en demasía. Temo que por este lado tambien nos acontezca una desdicha. Las gentes del Condestable andan por todas partes. Esperad.

—¿Y me dejais sola?

—¿Y qué os puede acontecer? esta casa es segura.

—Pero no tardareis mucho, ¿no es verdad? esta horrible cámara me da miedo: no sé por qué me parece que aqui ha de acontecer algo fatal.

—Tranquilizaos, amiga mia; estais amenazada y es natural que esto os aterre. Pero estais conmigo, y nada os puede suceder. ¿Quién se atrevería á mí en la córte? No tembleis: esperad. Pasado un momento me tendreis de nuevo á vuestro lado y sabremos si hemos de esperar ó partir.

Judit besó con una ternura perfectamente fingida á D.<sup>a</sup> Beatriz y salió de la cámara por una puerta lateral.

Apenas se habia perdido el eco de sus pasos cuando se abrió otra puerta y resonaron los de un hombre que adelantó embozado hácia D.<sup>a</sup> Beatriz. Esta se levantó y lanzó un grito de terror.

—No tembleis, señora, dijo aquel hombre desembozándose y mostrando el semblante de Alonso Perez de Vivero. Soy yo; y que os amo y vengo á salvaros.

—Que venis á salvarme... ¿de quién?

—De esa mujer que acaba de salir.

—¿De D.<sup>a</sup> Judit? De esa noble y poderosa señora que me ha protegido contra las iras del Condestable....

—Esa mujer Beatriz os engañaba.

—¿Que me engañaba...! ¡Pues qué mi padre...!

—Vuestro padre está ahora mismo en la corte, de donde ha huido el Condestable, temiendo la cólera del rey. La situación ha cambiado enteramente: él es el que huye, nosotros los que perseguimos. De esta vez el favorito es hombre perdido, y por ahora nada tenéis que temer de él.

—¿Y qué interés ha podido tener D.<sup>a</sup> Judit?

—La rabia de los celos, dijo precipitadamente Alonso Perez: esa mujer sabe lo que yo no os he revelado todavía; que os amo mas que á mi mismo antes que todo.

—¡Dios mio! exclamó asustada D.<sup>a</sup> Beatriz lanzando entorno suyo una de esas instintivas miradas con que parecen buscar una defensa los seres débiles, cuando se creen amenazados.

—Pero mi amor, señora, no es para vos un peligro, continuó Alonso Perez; os amo demasiado para olvidar que debo á vuestra honra de doncella el sacrificio de mi amor. He sabido por uno de mis escuderos, que estabais horriblemente espuesta, y hemos encontrado medio de arrancaros de las manos de esa mujer; pero es necesario, señora, no perder tiempo... venid, venid, yo os llevaré á la reina y en el alcázar esperaréis á que vaya por vos vuestro padre. Revozaos en vuestro manto y seguidme.

—Habeis dicho que me amais, vos un hombre casado... y yo no debo seguiros... D.<sup>a</sup> Judit se ha mos-



Doña Juana de Albornoz.

trado conmigo, noble y leal... espero á mi padre....

—Y vuestro padre, señora, no vendrá porque no sabe donde estais.

—Mi buen amigo, Alonso Perez de Vivero, os engañaba porque lo sé todo, dijo un hombre adelantando por una de las puertas.

Doña Beatriz lanzó un grito de alegría, y se arrojó en los brazos de aquel hombre que era su padre.

Por algun tiempo padre é hija confundieron sus besos y sus lágrimas; Alonso de Vivero los contemplaba asombrado porque no comprendia lo que pasaba en torno suyo: la mujer que habia entrado acompa-

ñada de un hombre, y que como hemos dicho, observaba la cámara oculta tras una de sus puertas, temblaba de cólera.

—Me has vendido, dijo en voz baja y convulsiva al hombre.

—¿Acaso han salido de la casa esas personas? contestó lúgubrementé el hombre.

—¿Y no saldrán?

—No sé, exclamó con rabia el preguntado... aquí hay una traicion que es necesario aclarar... espera... espera y sabremos qué hemos de hacer.

El hombre se separó de la puerta y se alejó silen-

ciosamente por el lugar por donde había venido. La mujer quedó sola mirando con avidez á la cámara inmediata.

El padre y la hija pasado el primer momento se habían separado y se miraban con un afán indescribible asidos de las manos.

El repostero mayor del rey Pero Sarmiento era un caballero de cincuenta años de cabellos grises, noble y hermoso semblante y bizarra apostura. Se comprendía en él al hombre fuerte, valiente y avezado á las armas al mismo tiempo que al rico-hombre altivo, con su linaje y sus riquezas.

Vestia una cota de mallas, un sayo corto de vellori, un gorro de brocado y una capa roja : llevaba al lado un largo montante y en el caparte sobre la escarcela una daga incommensurable.

—Haceis un ultraje á D.<sup>a</sup> Judit, señor Alonso Perez dijo: ella por imposibilidades que me han sido relatadas de su parte por uno de sus criados, no ha podido hasta ahora entregarme á mi hija.

—Uno de mis criados os ha dicho... que yo no os he entregado á vuestra hija porque me era imposible, dijo Judit, apareciendo de repente en una de esas situaciones en que una mujer escitada por los celos y por la cólera arrostra por todo. ¿Es acaso este? añadió volviendo á la puerta y arrastrando consigo á Raab-ebn-Cottam.

Pero Sarmiento miró de alto á abajo al jóven que aparecía impasible.

—No recuerdo haber visto jamás á este caballero, dijo sino montando la guarda del alcázar como alferz del rey.

La sombría mirada de Judit se estravió no teniendo objeto en quien fijarse; pero momentáneamente apareció límpida y serena, y en sus labios contraídos antes por la cólera lució una sonrisa.

—En efecto, señor Pero Sarmiento: he tenido el placer de servir de algo á vuestra hija, y nada tengo que añadir á lo que de mi parte os ha dicho mi escudero... comprendo perfectamente que deseareis encontraros á solas libremente con D.<sup>a</sup> Beatriz: ella podrá deciros cuánto la amo. Señor Juan de Soto, añadió volviendo á Raab y lanzándole una mirada horriblemente espresiva, acompañad á este caballero y guiadle.

—Si alguna vez necesitais de mi brazo, señora, dijo Pero Sarmiento conmovido, disponed de él.

—Y vos de mi amistad, mi buena y generosa amiga, añadió D.<sup>a</sup> Beatriz abrazando á Judit y besándola en la boca.

—En cuanto á vos, señor Alonso Perez de Vivero, dijo Pero Sarmiento dirigiéndose al jóven que estaba asombrado de aquel enredo que no comprendía, procurad olvidar los amores que pueda haberos inspirado mi hija. Os creo noble y leal lo bastante para conocer que os debeis todo á vuestra esposa D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz.

Después de esto padre é hija se despidieron de Judit repitiéndola sus ofertas y sus demostraciones de gratitud y salieron acompañados de Raab.

Alonso Perez de Vivero, quedó en la cámara fascinado retenido por un poder misterioso.

—¡Con que la amais...! exclamó Judit volviéndose sombría y amenazadora á él... ¡la amais y os habeis atrevido á decirme amores!

—Señora... balbuceó Alonso Perez.

—¿Y qué tiene de extraño que engañe á la manceba quien ha engañado á la esposa? exclamó ronca-mente D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz apareciéndose en la cámara.

Alonso Perez se encontraba en una de esas situaciones en que un hombre se siente tan oprimido, tan cohartado como si pesase sobre él una montaña. Doña Judit fijaba una mirada centelleante en D.<sup>a</sup> Juana.

—¿Y con qué derecho, exclamó con voz recon-

centrada y opaca os llamais la esposa de este hombre? ¿Con qué pruebas me llamais su manceba? ¿Quereis decirme qué ha sido de vuestro padre? ¿quereis revelar-me quien mató á vuestro esposo Per Afán de Castro? Vos envenenasteis al uno, hicisteis matar con felonía en unas justas por uno de vuestros escuderos de quien habeis sido y sois la manceba, al segundo. Si yo amo á vuestro esposo, es porque estoy segura de que la justicia de Dios le dejará viudo... y le amo... ¿lo entendeis...? le amo hasta el punto de es-terminaros.

Alonso de Vivero había visto justificadas las acusaciones de Judit, en la espresion de terror que se había pintado al escucharlas en el semblante de Doña Juana y había retrocedido horrorizado. Judit saboreaba su amarga venganza y miraba de una manera terrible á su rival.

—Habeis acabado de provocar mi odio, vil judía, exclamó D.<sup>a</sup> Juana, y os habeis sentenciado; vivid prevenida.... ó vos ó yo..... vámonos de aquí, exclamó asiéndose al brazo de Alonso Perez.

—Vamos, sí; pero contad con que he muerto para vos, señora... yo os juro que ni vos ni ella añadiréis un escándalo mas á los escándalos que hasta ahora han sido... para vos D.<sup>a</sup> Juana, haré que se abran las puertas de un convento... en cuanto á vos D.<sup>a</sup> Judit, dispensadme sino vuelvo á pasar los humbrales de vuestra casa.

Y arrastrando consigo á su mujer, tomó por la primera puerta que encontró al paso.

Judit quedó inmóvil, aterrada, trémula en medio de la cámara. Una sombra apareció en una de las puertas y adelantó.

Era Raab-ebn-Cottam.

—Y bien, exclamó Judit avalanzándose á él cuando le vió. ¿Qué ha sido de D.<sup>a</sup> Beatriz?

—Su padre, contestó el árabe exalando en su torba sonrisa un gozo horrible, la conduce alegre, y agradecidísimo á tí, á su casa: ese buen hombre daría por tí su sangre... mira lo que me debes. Te he librado de un remordimiento y te he procurado en el repostero mayor del rey un poderoso amigo.

Judit se dejó caer anonadada en uno de los sitios. En aquel momento retumbó en el piso bajo ruido de espadas.

—¿Qué es eso, exclamó Judit levantándose tiesa y rígida?

—Eso es que mis gentes matan á Pero Valiente.

—A Pero Valiente... ¿y quién es ese hombre?

—Es el mismo que dió á D.<sup>a</sup> Juana el veneno para asesinar á su padre, el que mató á Per Afán de Castro, el amante de D.<sup>a</sup> Juana. Quiso matarme y le mato yo... y escucha... tu hermoso Alonso Perez y su esposa han tomado por el corredor que sabes... aun no deben haber llegado al fin... ya ha cesado el ruido abajo... escucha, escucha... resuena arriba... al fin del corredor.

Judit lanzó un horrible grito y se lanzó á la puerta por donde había salido Alonso Perez: cada vez mas cerca retumbaba el ruido de un combate encarnizado y al fin por aquella misma puerta apareció Alonso Perez, llevando asida de una mano á D.<sup>a</sup> Juana y defendiéndose con la otra de diez hombres enmascarados, que traían antorchas en las manos siniestras.

—¡Matad! ¡matad! gritó Raab roncamente.

A aquel grito contestó otro grito: pero grito de muerte: Alonso Perez acosado por todas partes, dolorido aun de la caída del día anterior no había podido defender á D.<sup>a</sup> Juana y una espada la había atravesado el pecho.

Judit se lanzó en medio de los asesinos, se abrazó á Alonso Perez y exclamó llorando de dolor y de rabia:

—Si quereis matarle, matadme á mi tambien.

Raab hizo una seña á los asesinos, se interpuso y las espadas se bajaron.

—Idos, les dijo.

Aquellos hombres desaparecieron y solo quedaron en la cámara Judit, llorando entre los brazos de Alonso de Vivero, Raab contemplándolos sombrío y D.<sup>a</sup> Juana por tierra, sobre un mar de sangre.

—Dios ó el diablo, exclamó Raab, han querido que las cosas sucedan así, Alonso Perez de Vivero. Yo habia jurado matarte, pero esa mujer te sirve de escudo. Otra vez no estará tan á punto junto á tí, y podré vengar la sangre de la desechada que asesinate hace cuatro años, en una alquería cercana á Alhama. Hasta luego, Alonso Perez, hasta luego Judit.

Y sin decir mas, se perdió tras una puerta.

—¿Me jurais, señora, dijo Alonso Perez de Vivero, volviéndose severo á D.<sup>a</sup> Judit y señalando el cadáver de D.<sup>a</sup> Juana, que no habeis tenido parte alguna en la muerte de esta mujer?

—¡Oh! ¡no! ¡matarla yo yendo con vos...! ¡con vos que sois mi vida...!

—¿Y cuando habeis venido aquí, no sabiais lo que habia de suceder?

—Yo moria de celos por D.<sup>a</sup> Beatriz, contestó Judit llorando, y quise que os vierais á solas con ella... de lo demás nada sé... ha sido sin duda una invención horrible de ese hombre que acaba de salir... porque ese hombre me ama de una manera fatal.

Alonso Perez, dobló la cabeza pensativo.

—¿Y me amais, señora, hasta el punto de haber espuesto por mi vida la vuestra?

—Yo daría por vos, hasta la última gota de mi sangre.

Alonso Perez que aborrecia á su esposa, que nunca se hubiera desecho de ella por su mano, pero que habia sentido ensancharse su alma, al ver que la casualidad habia satisfecho sus deseos, no pudiendo dudar de la inocencia de Judit respecto á aquel hecho, debiéndola la vida, sintió un impulso de agradecimiento.

—¡Ah! señora, exclamó, cómo podré pagaros.

—Sois viudo... exclamó, posando en sus ojos una mirada avarienta Judit.

Alonso Perez se sintió dominado por aquella mirada y exclamó de una manera irreflexiva.

—Oh quién sabe, señora, ¡tal vez!

—¡Ay! ¡si una vez sois mi esposo, bendita sea la traicion de Raab!

Alonso Perez de Vivero no contestó; dió su brazo á Judit, y por medio de un laberinto de cámaras y galerías salió de la casa con ella.

Al día siguiente se encontraron en la plazuela los cadáveres de Pero Valiente y de D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz sin que la justicia hubiera podido averiguar quiénes habian sido los asesinos; aquel doble crimen quedó envuelto siempre en un denso misterio.

## X.

De que manera Raab, se sirvió para sus asuntos del Condestable.

Era el jueves santo á veintinueve de marzo del año de 1452. Habian pasado casi tres meses desde los acontecimientos anteriores y la córte estaba en Burgos.

Apesar de las bravatas que habia lanzado la nobleza contra D. Alvaro de Luna, este despues de haber huido del lazo que se le habia tendido en las justas de Valladolid, habia impuesto de tal modo terror á sus enemigos levantando la ciudad á nombre del rey contra ellos, que al fin se habian visto precisados á entrar en transacciones, á doblegarse á la fortuna ó al poder del Condestable y á obligar al rey á que le diese un seguro real de no proceder contra él por los sucesos pasados, apesar de que incitado don Juan el II por la reina D.<sup>a</sup> Isabel, queria llevarlo todo á sangre y fuego.

No se escondian á D. Alvaro estas cosas: sabia demasiado, que sus enemigos, no pudiendo lograr nada por la fuerza se valdrian de la astucia, y vivia avisado y en continua vela. Todo parecia dormir por el momento. Se habia hecho en la apariencia una de esas reconciliaciones políticas y se encubria el odio por entrambas partes con cortesanías sonrisas á la manera que suele encubrirse el cieno bajo una superficie de agua cristalina.

Judit habia ido con la córte á Burgos, y se mostraba feliz y satisfecha. Pero Sarmiento que conocia demasiado lo galanteador de Alonso Perez de Vivero habia encerrado provisionalmente á su hija en el monasterio de las Huelgas, y Alonso Perez que, como hemos indicado al rasguear su carácter, era dado á los amores, y solo habia sentido por D.<sup>a</sup> Beatriz un deseo, puesto continuamente bajo la influencia de la seduccion de Judit, habia llegado á enamorarse perdidamente de ella, no sabemos si de una manera estable ó pasajera. La verdad del caso es que á pesar de su luto frecuentaba á todas horas, y aun en las mas avanzadas de la noche la casa de Judit, hasta tal punto que se murmurase de ello en la córte, y se hablase ya como cosa consumada, de un casamiento próximo.

Con estos amores Alonso Perez de Vivero, habia acabado de hacerse enemigo irreconciliable de Don Alvaro, y mantenia tratos con el rey y con el Condestable, llevando un doble juego, que no podia menos de producir fatales resultados, si una casualidad los descubria.

Judit no veia esto sin inquietud: añadiase que Don Alvaro se habia separado enteramente de su trato que Raab—ebn—Cottam, habia desaparecido de todo punto desde los acontecimientos de la casa desabitada de Valladolid, y que sus amores con Alonso Perez la habian hecho enemigos de sus antiguos adoradores si se exceptúa uno solo: Rodrigo de Cotta, que la habia servido de dócil instrumento y se habia visto despues escarnecido y abandonado.

Esta era la situacion: situacion tirante y difícil que no podia durar mucho tiempo. D. Alvaro se sentia rodeado de enemigos, abandonado del rey y lo que era peor, de su fortuna. Añadiase á esto el padecimiento intenso de aquel terrible amor hacia Judit, que no empalidecia ni con la ausencia ni con todos los esfuerzos de la razon; que corroía su alma, la enervaba y la hacia arder en unos celos horribles contra Alonso Perez, á quien se veia obligado á tratar, creyéndole un amigo leal, para sus negocios.

Llegó al fin un día en que los acontecimientos se hicieron fatales para el Condestable. El domingo de Ramos de 1452, se dió por seguro de una manera oficial en la córte, que el domingo de la próxima Pascua de Resurreccion el rey apadrinaria el casamiento de Alonso Perez de Vivero, con la alta y hermosa señora D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor. Se hacian preparativos y la córte esperaba con ansiedad un acontecimiento que atendidas la calidad de Alonso Perez y las riquezas de Judit, debia producir fiestas magníficas. Murmuraban sin embargo de una manera ágría, corrian sordos rumores acerca de la muerte de D.<sup>a</sup> Juana de Albornoz y de Pero Valiente, cuyos asesinos, como hemos dicho, no habia podido descubrir á pesar de los mas eficaces esfuerzos la justicia, y la envidia de las damas y de los caballeros que respectivamente hubieran querido estar en el lugar de los novios, producía profundas declamaciones sobre la falta de miramiento de un hombre que antes de los tres meses dejaba con el luto la memoria de una esposa á quien se miraba con prevención cuando vivia, y á quien despues de muerta, como sucede siempre, se prodigaban los mas exagerados elogios.

Sobre todo, el Condestable y Rodrigo de Cotta cada cual por su parte sufrían de una manera indes-

cribible con aquel casamiento: entrambos se conocían engañados: la altivez del uno y el orgullo del otro les decían que habían servido de instrumento á una mujer. El Condestable rugía á solas y pensaba en las mas extravagantes venganzas, perdida ya la razon con los celos; Rodrigo de Cotta lloraba, y componía endechas tristísimas; Judit continuaba saludándolos y sonriéndoles amorosamente, cada vez que les encontraba al paso en el alcázar y esto era lo mismo que echar, como suele decirse, leña al fuego.

El día treinta de marzo, pues, se paseaba el Condestable, harto pensativo y cuidadoso, en una de las cámaras de su casa: habia recibido malas noticias: su hijo que estaba en Andalucía no se mejoraba: la condesa de Rivadeo, sobrina del conde de Plasencia, su enemigo mas encarnizado habia ido á Bejar donde se encontraba su tío, y habia vuelto dejando tras sí en Curiel, pueblo no distante de Burgos, á D. Alvaro de Zúñiga, hijo mayor del conde con un considerable número de lanzas: desconfiaba de la amistad aparente con que le trataba el rey y sobre todo le inquietaba el aspecto de fuerza que ostentaba el castillo de la ciudad, del que era alcaide por el rey Iñigo de Zúñiga. El jóven Alonso de Zúñiga, hijo de este, y guarda mayor del rey, tenia á su cargo la custodia del alcázar, y D. Pedro Giron, D. Juan Pacheco, el arzobispo de Toledo y sus otros amigos entraban con demasiada frecuencia en la cámara de la reina y aun en la del rey á pesar de la vigilancia de Martin de Luna. Además este habia sido enviado aquella misma mañana como por honor con unas letras al rey de Navarra, se habian alejado del alcázar con honrosos pretextos á todas las hechuras del Condestable, y este no era ya, atravesando las galerías y las cámaras de aquel alcázar, otra cosa que una sombra á quien se respetaba todavía por la memoria de su poder mas que por su poder mismo.

Añadíase á esto que el rey no pudiendo desprenderse enteramente del amor que sentia hácia D. Alvaro, á pesar de todo, le habia aconsejado que se retirase á sus señoríos, para evitar el ódio de sus enemigos, y que le dejase gobernar el reino ayudado por un consejo de rico-hombres. Escusábase una y otra vez D. Alvaro, pero esto le traía terriblemente inquieto.

Paseábase como hemos dicho en su cámara. Era el mediar de un hermoso día: el sol penetraba por las ventanas inundando la habitación de una luz dorada y diáfana: oíase el rumor del Arlanzon que corria á los pies de la casa, rompiéndose contra un puente que entonces se llamaba del Obispo, uniéndose al zumbido que como un álito de vida se elevaba de la ciudad; esta luz dulce y lánguida, estos ruidos melancólicos y perdidos aumentaban la tristeza del Condestable, y lo sombrío de su pensamiento. Estaba en uno de esos momentos en que perdida la esperanza se siente el corazón sin bríos y la cabeza sin ideas, en que se comprende que es necesario un poderoso esfuerzo para salvarse y no se encuentra un medio, en que el desaliento y la desesperacion hacen de la vida un tormento insoportable.

Levantóse el tapiz de una puerta y una voz respetuosa pronunció desde allí la palabra:

— ¡ Señor!

— ¡ Ah! ¿ eres tú mi buen Diego? dijo el Condestable, ¿ que quieres?

Diego de Gotor que era uno de los mas fieles servidores del Condestable, adelantó y se detuvo delante de él dando vueltas á su gorra.

— Y bien, ¿ que sucede? dijo D. Alvaro que sabia que cuando su valiente escudero buscaba un medio para hablar era porque se trataba de algo importante.

— Acontece señor una cosa extraordinaria.

— ¿ Y qué cosa es esa?

— He encontrado en la plaza un gitano, jugando

cubeletes sobre una mesa y vendiendo rosarios y amuletos.

— ¡ Ah! un gitano nigromante.

— Cuando ese hombre me vió, me miró de una manera fija y empezó á cantar y á repetir unas coplas que me llamaron la atencion.

— ¿ Y qué coplas eran esas?

— Yo sé quien hirió á deshora  
á orillas del real alcázar  
y cuál hirió entre tinieblas,  
en sombras su crimen guarda.

Yo sé quien se vende amigo,  
del señor á quien engaña,  
y mientras la boca miente  
guarda el puñal á la espalda.

Yo se quien fingiendo amores  
alienta crudas venganzas;  
yo se quien, potente, ahora,  
cadáver será mañana.

— ¡ Y crees tú que ese gitano se referia.... ?

— La manera con que me miraba señor, me hizo sospechar, que sabiendo que yo era de la servidumbre de vuestra señoría, cosa que no es difícil puesto que llevaba como ahora vuestro blason al pecho, se referia á vos.

— No dejarías de hablar á ese hombre.

— De ningún modo: esperé á que recogiese sus trevejos y cuando salió de la plaza le seguí. Cuando entró en una calle escusada me dirigí á él y le pregunté acerca de su oficio. Me dijo que era adivino y le traje conmigo.

— Has hecho bien, has hecho bien, Gotor, exclamó el Condestable cediendo á su supersticion: haz entrar á ese hombre.

Salió Gotor y á poco volvió con un ser extraño: llevaba vestido un traje azul de lana tosca, ceñido, compuesto de unas calzas y de un justillo: sobre el justillo llevaba un ancho cinturón de piel de toro herbida con hevilla de hierro bruñida y sujeto en él un enorme puñal; sobre todo esto un balandrán de seda á franjas rojas y negras acabado en puntas en la orla y en las mangas perdidas: en cada una de estas puntas, así como en la caperuzza, cascabeles de plata; calzaba unos como coturnos de ante, llevaba una bandolera á la espalda y cruzado con la correa que la sostenia, otra de la que pendia una caja: últimamente llevaba bajo el brazo, plegada, una pequeña mesa de tijera.

Su color cobrizo rojo, su barba lacia, negra, y espesa como el terciopelo, sus cabellos peinados en largos rizos espirales, la espresion bravia de sus ojos negros y lo vigoroso de la hermosura de sus formas pronunciadas y rectas, revelaban á uno de aquellos seres que eran en la edad media, trovadores, juglares, adivinos y médicos en una pieza, y que usaban estos cuatro oficios segun que convenia.

El Condestable alejó con una seña á Gotor, y se quedó solo con el gitano, que á pesar de hallarse delante de un tan poderoso señor no se descubrió ni se mostró dominado por género alguno de temor.

— ¿ Quién eres? le preguntó el Condestable.

— Para tí D. Alvaro de Luna soy el ojo qua lee en tu alma y la mano que puede guiarte en tu camino.

— ¿ Sabes con quién hablas? dijo el Condestable irritado por la familiaridad de aquel hombre.

— Sé que la ciencia es antes que el poder humano, porque le domina.

— ¿ Y estás seguro de que tu ciencia será bastante á libertarte de la horca á donde te enviaré si me engañas?

— Pregúntame.

—¿Quién hirió á mi hijo D. Juan en la calle del Ataud en Valladolid?

—El contador mayor del rey, Alonso Perez de Vivero, contestó sin vacilar el gitano.

—¿Qué pruebas tienes de ello?

—Me lo ha dicho la cábala. Sabía que habías prometido un tesoro al que descubriese al asesino de tu hijo D. Juan, y como necesito mucho oro para encontrar la piedra filosofal me he ocupado de tí. Y he visto por cierto horribles cosas en tu horóscopo.

—¿Has visto cosas horribles! murmuró pensativo el Condestable. Y dime ¿quién es el que se vende amigo de su señor, y oculta á la espalda el puñal con que ha de herirle?

—Alonso Perez de Vivero, repitió con voz segura el gitano. El rey está resuelto á sacrificarte á las ambiciones de la nobleza, y anda con él en tratos. El es quien ha corrompido á un hombre en quien confiabas por sus largos y buenos servicios para tí: á Ruy Diaz de Cuellar: las lanzas que tienes en Escalona y los tesoros que guardas en Portillo, no son ya tuyos, Condestable. La traicion te rodea por todas partes, y caerás, caerás sin defensa delante de tus enemigos sino los hieres de la única manera que te es dado herirlos.

—¿Y quién es la dama que fingiéndome amores, me ha engañado y alienta contra mi venganza? añadió con voz convulsiva el Condestable.

—Doña Judit de Sotomayor, la mujer á quien amas.

—¿Y Doña Judit desea vengarse de mí?

—Ella es descendiente de los Villafrancas. El uno de sus hermanos D. Gutierre, huyendo de tu furor se ha visto reducido á la miseria, ha mendigado, ha renegado de su fe: el otro fue ahorcado por tí: pero el amor de una mujer, de la hija del verdugo, le descolgó á tiempo de la horea, y vive, como su hermano, alentando su venganza. Librete Dios de caer en sus manos porque entonces te cobrarán sangre por sangre.

—¿Y dónde están esos hombres?

—Encubiertos cerca de tí.

—Pero sus nombres, sus nombres.

—Los nombres pertenecen á los hombres, y á las estrellas solo pertenece el destino.

—¿Y cómo, pues, has podido saber los nombres de Alonso Perez de Vivero, y de D.<sup>a</sup> Judit de Sotomayor?

—Los he adivinado observando como hombre, sobre lo que los astros me habian dicho por medio de la cábala.

—Pero las pruebas, las pruebas.

—No hubiera yo venido á revelar estos secretos sino me hubiere provisto de pruebas materiales: entre ellas están ciertas cartas del rey á ese caballero en que se trata de cómo podrán prenderte, y la carta que te escribió Pero Sarmiento cuando cercaba tu villa de Hariza, que llevaba consigo tu hijo la noche que fué herido, y por robarle la cual, le acometió traidoramente el contador mayor.

—¿Y para qué queria esa carta Alonso Perez?

—Para intimidar con ella á D.<sup>a</sup> Beatriz Perez Sarmiento, para hacerla creer que estaba en peligro, y obligarla á que se amparase á él, el contador mayor amaba á esa dama y la obtuvo por ese medio.

—Lo que me dices de ese hombre es una sucesion de infamias.

—De infamias que merecen la muerte.

Dobló la cabeza profundamente preocupado el Condestable: lo que acababa de decirle el gitano acrecia el odio que le inspiraba Alonso Perez de Vivero, por el solo hecho de ser amado por Judit.

—Sí, ese hombre debe morir y morirá.

—Pero ten presente que para que su muerte te sea provechosa has de hacerla de tal manera que nadie pueda imputártela.

—¿Y cómo?

—¿Me darás lo que yo te pida, si te muestro el medio?

—¿Me darás tú las pruebas que me puedan hacer matar con justicia á ese hombre?

—Sí.

—Tu precio.

—Diez mil florines de oro pagados en el momento que yo te convenza de que Alonso Perez debe morir.

—Los tendrás.

—Necesito, pues, que eso suceda al momento.

—¿Qué tiempo necesitas?

—Una noche.

—Te la doy.

—Pues á Dios, Condestable, hasta mañana.

—Hasta mañana, ten presente que desde que salgas de esta casa serás seguido y guardado, y que si me engañas no escaparás.

Salió despues de esto el gitano dejando harto pensativo y ensimismado al Condestable, y se encaminó á la casa de Alonso Perez y pasó delante de ella tocando el aire de un romance popular en su bandolina. Poco despues, al doblar la primera esquina, se le reunió un hombre de mala traza aunque decentemente vestido de artesano.

—¿Y bien, que tenemos Sr. Juan de Soto? le preguntó.

—Todo marcha á las mil maravillas, Ginés, el Condestable me ha creído.

—Lo que prueba que en esto de disfrazar nadie me aventaja. Estais admirablemente desconocido.

—Pero esas cartas...

—Aqui están: el Sr. Ruiz de Alarcon, deslumbrado por el oro que se le ha dado, y por las ofertas que se le han hecho en nombre del Condestable no ha tenido reparo en ser traidor al Sr. Alonso Perez, su amo, y ha encontrado medio de sacar de sus arcas estos papeles. ¡Ya se vé! el contador del rey pasa todo su tiempo en casa de D.<sup>a</sup> Judit, y dá lugar sobrado para que un criado tan cercano á él como Ruiz de Alarcon pueda robarle. Hé aqui esas cartas: pero necesito antes de entregártelas su valor.

Raab, que él era, volvió adelante su caja de juglar, la abrió, sacó de ella un pequeño objeto envuelto en un papel, le desenvolvió y le mostró á Ginés, el barbero de Valladolid.

—Vale cuatrocientos castellanos le dijo: toma y dame.

El barbero miró atentamente la sortija y cuando estuvo seguro de su valor sacó de sus greguescos un paquete envuelto en un paño y lo entregó á Raab, que le desenvolvió y halló dentro algunas cartas: estaban escritas de mano de D. Juan el II, y revelaban la traicion de Alonso de Vivero: era todo lo que queria Raab, y satisfecho, apresuró el momento de su separacion de Ginés, y fué apresuradamente á ocultarse con su tesoro en el lóbrego aposento de un meson en las afueras de Burgos.

Cuando se encontró solo fué á una baldosa del aposento, la levantó con su puñal, sacó de debajo de ella un papel y le miró con una feroz alegría. Era la carta de Pero Sarmiento, que habia robado á D. Juan de Luna, despues de haberle herido en la calle del Ataud.

—Con sangre te cobre, dijo el árabe, y á manos vas que harán verter nueva sangre. ¡Ah, Judit! tu eres feliz, tu gozas con la certeza de que dentro de poco Alonso de Vivero será tuyo. Pero te has olvidado de mí, de mí que te amo, y te disputaré á todo el mundo hasta á ese poderoso rey de Granada que se llama Mahomet Ebn Ot'sman. Ciertamente estos papeles del rey bastarán para matarle; pero añadido este otro, le despedazará el Condestable de la misma manera que despedaza á una gacela un tigre hambriento. ¡Oh! ¡cuán largas me van á parecer las horas

hasta mañana! Pero para hacerlas agradables tengo para saborearme mi venganza.

Raab puso la carta de Pero Sarmiento con las del rey, las guardó cuidadosamente en el pecho, pidió la comida y comió con mas apetito y mas alegremente que nunca.

El posadero afirmaba poco despues que jamás se habia hospedado en su casa un tan chistoso y espléndido juglar.

## XI.

De cómo el Condestable creyendo hacer justicia cometió un crimen.

ERA el Viernes Santo. A la misma hora que el dia antes se paseaba en su cámara el Condestable. Tenia convulsivamente apretada en la mano una carta y otras arrojadas sobre una mesa, arrugadas como en un momento de furor.

De tiempo en tiempo subia por una escalerilla de servicio á una torre que recibia la luz por cinco arcos y que daba sobre el rio; y se acercaba al arco del centro procurando no apoyarse en su barandilla, y media con una mirada sombría la altura que habia desde allí al rio, luego bajaba y volvía á pasearse agitado en la cámara.

Al fin despues de una larga espera, un paje abrió los tapices de la puerta y dijo anunciando:

—El Sr. Alonso Perez de Vivero.

El rostro del Condestable se contrajo de una manera rígida, se condensó su palidez, sus labios se apretaron y sus ojos lanzaron un destello lúgubre; fué á la mesa, recogió las cartas y las guardó en su escarcela con las que tenia en la mano.

—Que entre, dijo, despues de esto al paje.

Cuando Alonso Perez de Vivero entró, D. Alvaro habia dominado su conmocion y estaba sereno, impenetrable como siempre. El jóven no tenia motivo alguno para recelar del Condestable, y le tendió la mano. D. Alvaro afectó no haber visto aquel ademán, se volvió, y dirigiéndose á la puerta que conducia á la torrecilla le dijo con la naturalidad de costumbre.

—Venid, Alonso Perez, necesito hablaros de graves asuntos, y por mas que yo confie en la lealtad de las gentes de mi casa, creo prudente no aventurar palabras que pudieran tener gran trascendencia en una cámara en que hay tantas puertas y tantos tapices.

Era tal la situacion en que se encontraba el Condestable, que Alonso Perez miró como probable que tuviese que confiarle algun grave secreto, y le siguió sin recelo por la escalera por cuya puerta habia desaparecido.

Cuando estuvieron en la torre, D. Alvaro se puso á pasearse á lo largo de ella.

—¿Con que os casais Alonso Perez, dijo al jóven?

—Si en verdad, señor, ya sé que en la córte se murmura de ello; que se estraña el que no guardé el luto...

—La córte murmura porque no puede vivir sin murmurar; pero en el fondo todos conocen que la hermosa y las demás cualidades de D.<sup>a</sup> Judit son bastantes para tener impaciente á un amador, aunque no lo fuese tanto como vos. Yo que nunca he murmurado, murmuro tambien.

—¿Y qué murmurais, señor?

—Murmuro que habeis elegido mala ocasion para casaros.

—¿Mala!

—¡Malísima! me servis, estoy rodeado de enemigos, y esos enemigos por quitarme el último apoyo que me queda podian dar con vos al traste, lo que sería un golpe terrible para esa hermosa señora que tanto os ama y á quien dejariais doncella ó viuda.

—¿Sabeis acaso, señor?... dijo fingiendo un cuidado que no sentia Alonso Perez, puestó que estaba bien seguro del apoyo de los enemigos del Condestable.

—Sé que estov certado de infames y de traidores, Alonso Perez, dijo deteniéndose delante de él don Alvaro.

—El jóven comprendió algo de amenazas en el acento del Condestable, y receló por la primera vez: sin embargo, permaneció sereno y se propuso descubrir terreno.

—Hace mucho tiempo, señor, le dijo, que estais combático por traidores y siempre los habeis vencido.

—Pero hasta ahora no habia encontrado á la tracion oculta y embozada bajo mi mismo techo.

Era esto ya tan claro que el semblante de Alonso Perez se alteró.

—Ya veis: Ruy Diaz de Cuellar, mi alcaide, mi viejo servidor se vuelve en contra mia, dijo el Condestable afectando no reparar en la turbacion de Alonso Perez.

—¡Ah! ¡Ruy Diaz de Cuellar! dijo el jóven serenándose un tanto, ¿y qué importa eso á vuestra señoría? ¡bravo enemigo!

—No, no es solo eso. Ruy Diaz de Cuellar no se ha atrevido á venderme, sino cuando ha tenido el arrimo de otro hombre mas fuerte, mas poderoso que él; un hombre que me debe mucho mas que él.

—¿Y quién es ese hombre, señor?

—Ese hombre hace algunos años era mi paje: ya sabeis, que casi todos los grandes que hoy se habrean conmigo han pertenecido á mi servidumbre. Y era uno de mis pajes mas queridos: yo de simple gentil-hombre que era le hice noble; despues de noble, caballero, despues rico-hombre y señor de horca y cuchillo. Por mí tuvo mesnada y bandera, y por mí obtuvo honrosos y productivos officios en la casa del rey. Ese hombre sin mí hubiera sido siempre un hidalguero de aldea que se hubiera visto reducido á vender para vivir su espada; y maravillaos, Alonso Perez, ese hombre es tan infame hoy que lo ha olvidado todo, todo: hasta el punto de vender secretos míos, con los cuales acaso vende mi cabeza.

Habia dicho de tal manera el Condestable estas palabras, que Alonso Perez creyó que no se trataba de él y se tranquilizó enteramente.

—Ese hombre es un infame, señor, esclamó en un arranque maravillosamente fingido.

—Si, un infame: mas que eso, un parricida, porque el que entrega á sangre fría al verdugo á un anciano y noble caballero que le ha mirado siempre como un hijo, comete ese crimen que solo puede perdonar la infinita misericordia de Dios: la ingratitude que llega hasta el asesinato.

Era tan noble, tan sentido el acento del Condestable, que aunque Alonso Perez de Vivero, no sospechaba que era á él á quien aludian estas terribles palabras, al verse retratado en ellas se conmovió, y sintió un agudo remordimiento.

—¿Y qué creeis que merece ese hombre? continuó el Condestable. Decídmelo, porque os he llamado para pedir os consejo, y será lo que vos creais que debe ser.

—Debeis perdonar, señor, esclamó Alonso Perez, arrojándose á los pies del Condestable en uno de esos momentos en que la grandeza de la situacion lo domina todo.

—¡Perdonar! esclamó haciéndose atrás D. Alvaro; ¿habeis dicho perdonar? ¿Acaso habeis comprendido, que ese criado traidor, ese hombre infame, ese parricida vil no es otro que vos, vos Alonso Perez de Vivero que me lo debeis todo, todo, hasta la honra que teneis?

—¡Señor!

—¿Qué ha sido de D.<sup>a</sup> Juana de Alvornoz, y de su rufian Pero Valiente? ¡Decid! ¿qué habeis hecho

con ellos, Alonso Perez? Yo he podido entregaros al verdugo, y no lo he hecho. A mas de la honra, me debeis la vida.

—Os juro, señor, que soy inocente de ese crimen.

—¿Y eres tambien inocente de este? añadió el Condestable sacando las cartas de su escarcela, y desdoblándole trémulo de furor la carta de Pero Sarmiento; ¿conoces esta carta? Es que no te lo habia dicho todo, es que habias llevado la infamia hasta el punto de robar á un padre su único apoyo... te estorbaba para tu traicion mi hijo y le has puesto fuera de combate: ¡oh! si mi valiente D. Juan estuviera al frente de mis ginetes ese miserable rey tan parricida como tú, no se gozaria en mi desgracia. ¿Y crees que debe perdonar, quien te debe la sangre de un hijo, la pérdida de su poder, la paz de su corazón? ¡oh! para eso era necesario ser un Dios y yo soy un hombre.

—Me imputais crímenes que no he cometido, exclamó Alonso Perez levantándose pálido y alterado.

—¡Oh! ¡te dá vergüenza de estar á mis pies! ¡no te has acostumbrado aun bastante á la infamia para humillarte cuando te domina el miedo!

—Miedo yo, señor! exclamó Alonso Perez con un indefinible acento de desesperacion: ¡no os parece aun bastante cuanto me habeis dicho y me llamais cobarde!

—Cuando tu eras noble y leal, eras valiente, el mas valiente de los míos: yo te miraba con un placer sin igual siendo el mejor caballero que ponía lanza en ristre en Castilla y te llamaba con orgullo hijo mio: yo no esperaba jamás verme obligado á castigar á muerte á mi mas amado servidor; pero está visto que la traicion no puede ir junta con el valor; quien una vez ha herido con puñal, y ha mentado, no puede ser mas que un cobarde.

—Decid señor, que Satanás se me ha puesto por delante en mi camino; decid que he sido bastante débil para sucumbir al amor de una mujer que os aborrece, y que ansia vengarse de vos y... castigadme en buen hora, pero tenedme compasion y no me insulteis, porque desde que esa mujer me ha obligado á amarla, mis obras son las obras de un loco.

—Y para preservarte de esa locura, miserable, no sabias que yo tambien la amaba, que yo tambien la amo, que yo tambien estoy loco por ella, exclamó con acento desgarrador el Condestable.

—¡Vos, señor, que vos amais á D.<sup>a</sup> Judit!

—Y sin embargo deboraba mis celos, y te hubiera dejado casar con ella porque soy mas grande que tú, porque la locura podrá matarme, pero hacerme asesino y traidor jamás.

Alonso Perez de Vivero se cubrió el rostro con las manos, hizo esfuerzos desesperados para contener su llanto, pero al fin sus lágrimas brotaron mas copiosas cuanto habian sido mas contenidas.

Pero esa preocupacion social que hace que el hombre se avergüence de las lágrimas que Dios ha puesto en el corazón como un raudal de consuelo, hizo que la vanidad secase las lágrimas de Alonso Perez, y dominándose, sacó la espada y la daga de su talabarte, se acercó á uno de los arcos de la torre y arrojó aquellas armas al rio.

—¿Qué habeis hecho? exclamó con acento severo el Condestable.

—Me habeis llamado una vez cobarde, señor, estoy loco, y pudiera suceder teniendo espada al cinto, que me pasase por las mientes probaros cuanto pueden aun mi brazo y mi corazón si me lo deciais por segunda vez. Ahora haced de mi lo que queráis puesto que me entrego á vuestra merced.

—¡Oh! esto me aborrra acaso un escándalo y la sangre de servidores que me son aun leales y á quienes tu muerte servirá de saludable ejemplo ¡Ola, Rivadeneira! ¡ola, Juan de Luna! (1)

Aparecieron á punto por una de las puertas de la torre los dos pajes.

—Sed vosotros testigos de cómo hago dar muerte á este traidor, les dijo señalándoles á Alonso Perez.

Los dos jóvenes palidieron y no dijeron una sola palabra: Alonso Perez se mostraba somnolientemente resignado.

—Pero antes quiero que sepais con cuánta justicia hago esto: mirad estas cartas en las que se prueba que el rey y este malvado me querian destruir.

—¿Sabeis de quién es esta letra? le dijo el Condestable mostrándole una carta.

—Del señor rey, contestó Alonso Perez lúgubramente.

—¿Y esta otra?

—Señor, es mia.

—Leed esas cartas, dijo el Condestable entregándolas á Rivadeneira y Luna (2).

Los dos jóvenes las leyeron. En ellas el rey y Alonso Perez, trataban acerca del modo de prender al Condestable, y acabar con él.

—Vosotros sabeis cuánto he hecho por este hombre y á cuánto llega su traicion. Testificad si fuere necesario, que él mismo reconociendo esas cartas ha reconocido su delito para que se sepa siempre con cuánta justicia le hago matar. Ahora guardad las puertas de la torre, y no dejes entrar sino á quien os mostrare mi sello.

Dicho esto Rivadeneira y el Condestable salieron por una puerta y Luna por otra. Aquellas dos puertas se cerraron.

Alonso Perez quedó solo. Pasado el primer momento de fascinacion, como si le hubiera librado de ella la salida del Condestable, sintió miedo, y se arrepintió de haber arrojado en un momento de generosidad sus armas. Y no era ciertamente su miedo el miedo vil de los cobardes, sino el del hombre que siente perder la vida cuando ve en ella la felicidad mirada aun á través del prisma de las ilusiones. Habia sido traidor al Condestable por el amor de Judit, y aquel amor acrecia de una manera inmensa á la vista de la muerte. Representábase á la hermosa jóven, en su retrete morisco, indolentemente recostada en un divan esperando con impaciencia su llegada. Recordaba sus palabras de amor, sus purísimas miradas, sus sueños de amante enamorada... el sol se ponía, la ciudad entregada al recogimiento del Viernes Santo, estaba silenciosa: no se oia un rumor ni una voz, ni el sonido de una campana... solo la corriente del rio que murmuraba rompiendo su raudal contra los estrivos del puente. Alonso Perez se asomó á uno de los arcos: nadie pasaba por la estrecha calle que corria al pie de la casa orlando el rio: nunca vemos los objetos exteriores sino en armonia con el estado de nuestro espíritu, y aquel sol que descendia al ocaso era para Vivero como una antorcha funeraria, la ciudad como un vasto cementerio, el rio como el paso perenne de la eternidad.

Cuando mas entregado estaba á esa horrible lucha del desaliento contra la esperanza, se abrió una de las puertas de la torre y entró un hombre. Alonso Perez se volvió al ruido de sus pasos, le vió y lanzó un grito de alegría: aquel hombre traía al cinto un puñal: aquel puñal podia ser para él la vida ó la muerte y se abalanzó al que entraba que era Raab con su disfraz de gitano.

Pero el árabe retrocedió, desnudó el puñal, y dijo con una horrible calma al jóven adivinando su intencion.

—He ahí lo que es ser imprudente: sino hubierais arrojado vuestras armas hubierais dado algo que hacer á las gentes de su señoría: pero ya que ha suce-

con su hijo D. Juan de Luna que por aquel tiempo como dejamos dicho estaba curándose de una herida.

(2) Las palabras subrayadas son históricas.

(1) No debe confundirse á este, que era críado del Condestable,

dido así estoy resuelto á no dejarme arrebatar mis ventajas.

—En fin, dijo con altivez y desprecio Vivero, ¿sois mi verdugo?

—Perdonad caballero: del verdugo que mata á sangre fría al hombre que se venga, hay una gran distancia.

—¡Al hombre que se venga! exclamó con estrañeza Alonso Pérez.

—¿Te acuerdas de hace cuatro años, de un rebato que dieron una noche tus ginetes junto á Alhama en la frontera de Granada? En aquel rebato, incendiaste una alquería, deshonraste á una doncella y la entregaste á tu soldadesca. Saruyemal (1), murió de vergüenza y Saruyemal era mi hermana.

Alonso Pérez miró con desprecio á Raab, porque en aquellos tiempos se consideraba á los moros, á pesar de lo que valian como enemigos, cual una raza maldita en la cual era lícito y aun meritorio cometer toda clase de infamias.

—Yo juré vengarla, continuó Raab, la venganza se come fría y he esperado... al fin ha llegado mi hora.

—Pues concluye... exclamó con un profundísimo desprecio Alonso Pérez.

—No tan pronto, no tan pronto. Quiero saborearme un poco. Quiero que sepas á quién debes la situación en que te hallas.

Alonso de Vivero se puso á pasear á lo largo de la torre, como si estuviera solo.

—Yo he hecho robar de entre tus papeles las cartas del rey y las tuyas que te había entregado su alteza temeroso de que fuesen encontradas en el alcázar donde está rodeado de espías. Yo fui quien en la casa deshabitada de Valladolid, te tendió un lazo, mató á tu mujer y á tu amante y te tuvo entre sus manos de las que te libró el amor de Judit. Yo soy en fin, el que después que tu mueras, acabará su venganza, entregando á Judit á su antiguo amo el rey Mahomet Ebn-Ot'smam. Yo en fin el hombre que la ama que ha sido burlado y estermina.

Alonso de Vivero era valiente y no pudo contenerse; se avanzó á Raab y este, impulsado por el miedo retrocedió, pero reaciéndose de repente avanzó hácia el jóven con el puñal levantado. Vivero, comprendió que no podía oponer resistencia y retrocedió á su vez; Raab le siguió, le hizo retroceder hasta las barandillas, y, por una fatalidad, Vivero se apoyó en la del arco del centro que estaba desclavada de intento, para poder decir al rey, á la corte, al pueblo, que la muerte de Alonso Pérez había sido un accidente desgraciado. Raab, á quien se había enorgañado de precipitarle por allí, avanzó, Vivero retrocedió aun mas, se desplomó la barandilla y el desdichado cayó lanzando un horrible grito en los aires y se hizo pedazos contra uno de los estrivos del puente (2).

Raab se asomó, miró á la calle, pintóse en su semblante el horrible gozo de la venganza y exclamó:

—He vengado á Saruyemal y aun es virgen Judit: pero aun falta uno: despues... despues... ¡ya no es rey de Granada Mahomet Ebn-Ot'smam!

Y retirándose del arco desguarnecido se encaminó á una puerta la abrió y desapareció.

## XII.

De los resultados que tuvo la muerte de Alonso Pérez de Vivero.

El Condestable afectó el mayor dolor por la muerte de Alonso Pérez de Vivero hizo recoger su cuerpo, y le depositó con gran pompa en su misma casa;

(1) Flor de la hermosura en árabe.

(2) La manera de esta muerte es histórica. Véase la crónica del Condestable D. Alvaro de Luna, edicion de Sancha, capitulo cxiv.

pero esto no evitó el que las mas vehementes sospechas recayesen sobre él: antes de que hubiese podido recoger el cadáver le habian visto algunos enemigos del Condestable, y habian reparado que no tenia al cinto espada ni daga. A mas de esto Garci Sanchez de Valladolid, contador de Alonso Pérez que estaba en los secretos de su amo, pasó por aquel sitio á punto que sucedia la catástrofe, y al reconocer á Vivero en el que habia sido arrojado y al ver que estaba muerto le quitó del dedo una sortija que llevaba con el sello de sus armas y dijo moñándose los dedos en la sangre de su señor y levantando los ojos á la torre:

—Que no coma yo mas pan á manteles ni cosa me avengambien; si la cabeza de alguno que yo sé, no cae de tan alto como ha caido mi señor (3).

La noticia corrió, como todas las malas nuevas, con una celeridad espantable y Burgos se aterrorizó: supo la rey en ocasión que asistia al oficio de Tinieblas en la catedral, é inmediatamente se volvió al alcázar: apenas habia entrado en él cuando una mujer desolada se arrojó á sus pies pidiendo á grandes gritos venganza.

Aquella mujer era Judit.

Poco despues el rey se encerró en su cámara y estuvo en ella en consejo gran parte de la noche con el príncipe D. Enrique, con D. Juan Pacheco, D. Pedro Giron, D. Alonso de Carrillo, D. Alonso de Cartagena obispo de Burgos, y con la mayor parte de los infanzones y rico-hombres enemigos del Maestro. Teniase aun gran miedo al Condestable, y por el momento no se pensó en otra cosa que en apartarle de la corte y enviarle á sus estados. Tomado este acuerdo al dia siguiente el rey mandó ir á su presencia al Condestable.

Pasaron algunos dias en tratos y réplicas, y al fin D. Alvaro consintió en separarse del gobierno y de la corte, con tal que para el regimiento del reino quedasen en el consejo y cámara del rey el arzobispo de Toledo, el conde de Castañeda, D. García Alvarez Manrique, D. Diego Hurtado de Mendoza, hijo mayor del marqués de Santillana y otros prelados y caballeros. Enviáronse mensajeros para llamar á aquellos de los elegidos que no estaban en la corte, pero como por parte del rey y de los confederados se obraba de mala fe, y solo se queria aquietar el ánimo del Condestable, para herirle á mansalva, aquellos mensajeros en vez de ir á donde el Condestable creia, fueron á Curiel, á avisar á D. Alvaro de Zuñiga que con todas sus gentes viniese una noche de secreto al castillo de Burgos.

Por mas que esto se hiciese con gran secreto y reserva, llegó á noticia del Condestable, el cual contando con poca gente y defensa creyó oportuno retirarse á Escalona y conjurar la tempestad: pero Gonzalo Chacón, á quien pidió consejo, se le estorvó diciéndole: que puesto que amaba tanto su fama, no se disfamase huyendo, porque las gentes no dijese que habia sentido miedo una vez, quien hasta entonces habia presentado tan sereno rostro á la fortuna.

Así las cosas, llegó el martes de Pascua de Resurreccion; y el Condestable decidido á todo trance á evitar el golpe que preveia, mandó ensillar los caballos para partir de secreto. Era la media noche y cuando todo estaba á punto para la partida pararon delante de la casa unos cantores del rey y algunos trovadores que acababan de llegar de Francia, y con grandes luminarias y acompañamiento se pusieron á cantar delante de la casa unas canciones nuevas en aquel tiempo. El Condestable á pesar de la situación angustiosa en que se hallaba, se asomó por disimular á la ventana, los escuchó algun tiempo, los hizo entrar, les dió colacion y algun oro, y los despidió.

(3) Histórico.

Aquellos músicos habían ido sin duda para entreternerle, puesto que poco después sus criados que habían ido á reconocer los alrededores de la casa vinieron diciendo que se veían ginetes del rey en las avenidas, y que habían salido algunas lanzas del alcázar.

Era, pues, imposible escapar, y el Condestable se resolvió á defenderse todo lo que le fuera posible. Nunca había estado con menos defensa: toda su gente se reducía á Fernando de Sese, Gonzalo Chacon, un escudero hidalgo llamado Pero de Zepeda, Diego de Gotor, que por la defección de Ruiz Díaz de Cuellar era su alcaide, veinte y tres peones y dos ballesteros. He aquí todo lo que tenía á su lado el Condestable de las cuatro mil lanzas que mantenía á sueldo sin contar los caballeros de la orden de la caballería de Santiago de que era Gran Maestre.

Púsose aquel pequeño resguardo en actitud de defensa, y ya cerca del amanecer cuando el Condestable estaba acostado en su cámara, se oyó gran ruido de cabalgaduras en la calle, y tremendas voces que gritaban:

—¡ Castilla! ¡ Castilla! ¡ mueran los traidores!

Asomóse entonces el Condestable á una ventana, y vió delante de la puerta como hasta doscientos rones, según se decía entonces, y entre ellos la bandera del conde de Plasencia y como capitanes dos caballeros: en el uno por sus armas y divisas reconoció á Inigo de Zúñiga alcaide del castillo; el otro era el mismo caballero negro que había producido el motin que turbó las justas en el corral del alcázar viejo de Valladolid.

Don Alvaro preguntó á aquellas gentes quienes eran y qué querían, y solo le contestaron las mismas voces de:

—¡ Castilla! ¡ Castilla! ¡ mueran los traidores!

Después de esto se trabó un reñidísimo combate de adentro á afuera. Caían de las ventanas del Condestable los maderos encendidos que estaban en la chimenea, los muebles, las baldosas; salían entre estos proyectiles, venablos y tiros de culebrinas, que en aquel tiempo eran una especie de mosquetones de mecha, harto rudos é imperfectos, y hasta tal punto resistieron, que los acometedores se vieron precisados á encerrarse en las casas vecinas.

Quedóse solo el caballero negro, y Gonzalo Chacon dijo á uno de los ballesteros, que le tirase un venabolo; chocó en el lado izquierdo del arnés, y con tal fuerza que le falseó el guarda brazo izquierdo el piastron y unas hojas de Génova y le hirió ligeramente; el caballero se retiró amenazando con su espada á los de la casa, y se ocultó tras el porton de una casa inmediata.

En tanto el rey estaba desde por la mañana armado de todas armas, con gran número de lanzas, rodeado de sus parciales y con el estandarte real tendido en la plaza de las Carnicerías. De continuo iban y venían ginetes de allí, á la casa del Condestable. El cerco seguía obstinado y con éxito dudoso cual si se tratase no de una casa abierta y mal resguardada, sino de un fuerte castillo bien pertrechado y abastecido. Adelantaba el día y con él la impaciencia del rey y de los confederados. Al fin se envió al Condestable un faraute con la intimación de que se diese preso al rey. El faraute volvió con una contestación alta y decidida: esto es, que don Alvaro estaba resuelto á sepultarse en las ruinas de su casa, antes que darse á prision, cuando no se sentía cargado en la conciencia con ningún delito.

El rey al fin, envió á preguntar al Condestable, qué personas quería fuesen á tratar con él, y este señaló al obispo de Burgos don Fray Alonso de Cartagena y á Ruiz Díaz de Mendoza, que se trasladaron á su casa con seguro de que no se atentaría ni contra su libertad ni contra sus personas.

¡ En tal estado de debilidad se encontraba enton-

ces la Monarquía, que no le era dado reducir á prision ni apoderarse de un noble por poco que valiese, sino con humillantes concesiones!

En vano fueron las pláticas de los enviados: el Condestable se obstinó en su propósito de no rendirse sino bajo la fe de un seguro real, en que se asegurase su vida y su hacienda. Mediaron aun nuevas réplicas y contestaciones, y al fin el rey otorgó el seguro que se le pedía.

Con arreglo á las capitulaciones el Condestable entregó su gente que fue desarmada, y desde aquel momento se faltó al seguro real. Negósele presentarse al rey, se le rodeó de guardas, se le redujo á prision, y aquella misma noche fué conducido con un fuerte resguardo al castillo de Portillo.

Por mas que el Condestable reclamó la fe y el pleito homenaje prestado por el rey en seguridad de su persona, pudieron mas que el honor real los odios de sus enemigos, y se encargó de instruir su proceso al doctor Juan de Velazquez del consejo del rey y á otros once jueces. Instruyóse este en poco tiempo, acusósele de tiranía, maleficio, robos y cohechos, en general, sin pruebas ni especialidad de delitos. El único de que particularmente se le hizo cargo, fue de la muerte de Alonso Perez de Vivero, alegándose como prueba, haberse encontrado el cadáver con señales de haber sido despojado á viva fuerza de las armas. No se le admitieron descargos ni probanzas y á los tres meses recayó sentencia que no fué visada por el consejo del rey como era de derecho, y que en sí era nula por incompetencia del tribunal que la había pronunciado, puesto que don Alvaro de Luna como gran maestre de Santiago era eclesiástico.

Querían sobre todo acabar con él, y se holló no solo la fe real, sino la inviolabilidad de las leyes. La historia ha recogido ese proceso y le ha sentenciado á su vez, declarando en su vista la inocencia de Don Alvaro de Luna.

### XIII.

#### Que da fin y remate á esta verídica historia.

Era media noche. Empezaba el día 5 de Julio de 1452. La calle de Francos de Valladolid estaba silenciosa y oscura. Solo se notaba algun movimiento en la casa del guarda mayor del rey Alonso de Zúñiga, que estaba situada hacia el medio de la calle.

Poco después se oyó ruido de cabalgaduras y entró por la calle, y se detuvo delante de la casa un escuadron de lanzas al frente del cual iba como capitán el mismo caballero negro y encubierto, de que hemos hecho mencion repetidas veces. Hizo entrar por el portalon á los ginetes, que desmontaron en el patio y puso guardas á la puerta de una habitacion del piso bajo, y otras muchas esparcidas por toda la casa, después de lo cual empezó á pasearse impaciente desde el patio hasta la puerta exterior.

De tiempo en tiempo pasaba un agonizante, con una vela amarilla en la mano, tañendo una campanilla y cantando con voz lugubre:

—Hagan bien para hacer bien por el alma del malhechor D. Alvaro de Luna.

Valladolid contestaba con un silencio sepulcral á aquel grito de muerte.

Al fin dos horas después resonó gran tropel de ginetes y peones en un extremo de la calle; llegaron y se formaron delante de la puerta: detrás de ellos venia Diego Lopez de Zúñiga, con los mas valientes de sus escuderos y el pendon real tendido, y entre aquella guarda, en una mula negra, desarmado y con ropas modestas el condestable D. Alvaro de Luna, y junto á él cabalgando en otra mula el maestre fray Alonso

de Espina, religioso dominico, con quien hablaba de una manera grave.

Aquel mismo día Diego Lopez de Zúñiga, que habia llegado á Portillo desde el real que tenia el rey sobre Escalona, para reducir á los amigos del Condestable que se habian hecho fuertes en aquella villa, y reclamaban la libertad de su señor: le habian sacado para traerle á Valladolid; en el camino fray Alonso de Espina le habia notificado de órden del rey, y de la mejor manera que supo, que iba para ser ajusticiado á Valladolid, terrible noticia que el Condestable recibió con una grandeza de alma y una resignacion de que no hay ejemplo, y solo se permitió esta exclamacion:

—*Bendito seas Dios y señor que riges y gobiernas el mundo* (1).

Se tenia mucha prisa, y se obligó al Condestable á que confesara durante el camino; cuando llegaron á Valladolid ya estaba cumplida esta piadosa obligacion. Diego Lopez de Zúñiga, entregó al Condestable al caballero encubierto que le encerró en la prision que se le tenia destinada con el religioso y guardó la llave en su escarcela, despues de lo cual continuó paseándose impaciente desde el patio á la puerta.

Don Alvaro cansado de cuerpo y de alma habia pedido al religioso que le dejase reposar, y este se habia entrado en una habitacion inmediata.

Nunca D. Alvaro habia creído llegase á tan miserable punto el fin de su privanza y de su fortuna: nunca habia creído llegase á tanto la ingratitude de un rey á quien habia sacrificado treinta años de su vida en buenos y leales servicios, y sin embargo, aquel terrible golpe no le aterró, ni nunca fue mas valiente ni mas grande que en la hora de la adversidad. Se habia resignado y estaba tranquilo: habia obrado siempre respecto al rey con arreglo á su conciencia y esta no le acusaba de nada. Pero cuando miraba á esta misma conciencia dentro del circulo de su vida intima, un sudor glacial cubria su frente, sus dientes se entrecrocaban, se crispaban sus miembros, y se estraviaba su mirada como queriendo apartarse de un fantasma.

Parecía ver una mujer desmayada, junto á un hombre herido en la frente y arrojado por tierra: despues veía á aquel mismo hombre pendiente de una horca, y luego en una cámara de su casa aquella mujer desolada, terrible: representábase otra noche en que aquella mujer brutalmente violentada se revolvia entre sus brazos y un día fatal en que irritado por sus insultos la enviaba como un regalo al rey de Granada.... luego habia una nube oscura que velaba la suerte posterior de aquella mujer, y el Condestable temblaba... despues otra mujer se presentaba á su mente, fascinadora, hermosa, inspirándole un amor que no habia palidecido ni con la ausencia, ni con la prision, ni con las desgracias; aquella mujer era Judit, y á ella se unia la sombra roja de Alonso Perez de Vivero. El Condestable procuraba arrojar de sí aquellos recuerdos, y á cada esfuerzo le acosaban mas desapiadadamente: recurría á la oracion y la oracion huía de sus labios. Aquel era un tormento infinito.

El Condestable se paseaba á lo largo de la cámara. No se oía otra cosa que el ruido sordo de sus pasos, el crugir de los arneses de los guardas que velaban fuera de la cámara y el chascarar de los blandones amarillos que ardian sobre un altar á los pies de un gigantesco crucifijo.

Pasó algun tiempo; los primeros albores de la mañana empezaron á vislumbrarse á través de las rejas. Entonces se abrió la puerta y entraron dos hombres, el Condestable siguió paseándose: aquellos dos hom-

bres avanzaron y se le pusieron delante: el uno era el extranjero que llevaba por nombre Sir Jorge Stanhop y el otro el caballero encubierto.

—¿Qué quereis? les dijo con mal talante el Condestable, ¿ha llegado ya la hora?

—Sí, dijo el llamado Sir Jorge, ha llegado la hora de que goceis nuestra venganza.

—¡Vuestra venganza! Es decir que yo os he ofendido hasta el punto de que goceis viéndome en el trance en que me hallo.

—Yo soy Gutierre de Villafranca, dijo el que pasaba por extranjero, yo soy el que por tí ha sufrido veinte años de miseria, de vergüenza, de dolores: pero yo soy tambien el que ha puesto á tu lado el poder fatal que te ha perdido.

—Yo soy Juan de Villafranca: exclamó el encubierto levantándose la viseira.

—¡El verdugo Juan Cercena! exclamó retrocediendo el Condestable.

—Yo soy el amante de Salomith, de la mujer que me robaste, á quien deshonraste, á quien vendiste á los moros: yo soy el noble que herido á traicion por tus gentes, fue entregado al verdugo, y á quien salvó de la horca el amor de la hija del verdugo. Yo soy, en fin, un hombre que se venga, Condestable, porque está escrito que el que mate muera.

El semblante de D. Alvaro se desencajó, quiso hablar y su lengua seca y árida se pegó á sus fauces, quiso apartarse de aquellos dos fantasmas, y sus pies se negaron á obedecerle como si hubiesen estado adheridos al pavimento.

—Y escucha, dijo Gutierre: ¿Sabes quién hizo venir á Judit á Castilla? yo. ¿Sabes quién ha escitado contra tí la venganza de Judit? yo: y ¿quieres saber quien es Judit?

El Condestable miraba atónito á Gutierre de Villafranca.

—Pues bien, vas á saberlo, añadió Gutierre.

Y yendo á la puerta la abrió y entró con una mujer, vestida con un blanco traje de luto. A la tétrica luz de los blandones el Condestable reconoció estremeciéndose á Judit.

Los dos hermanos se retiraron á un ángulo de la cámara: Juan de Villafranca temblaba á impulsos de un horror invencible. Gutierre se mostraba sombrío y terrible como una fatalidad viviente.

Judit adelantaba hacia el Condestable que retrocedia de espaldas al altar. A medida que se acercaba la jóven, su semblante iluminado por la luz de los blandones se estallaba. Estaba sumamente pálida, su boca mostraba una contraccion de dolor y sus poderosos ojos, alrededor de los cuales habian marcado las lágrimas un circulo rojo, se posaban resplandeciendo con la espresion de un odio cruel en los del Condestable.

—¡Nos tambien, señora! exclamó D. Alvaro con acento desesperado,

—Yo tambien, contestó Judit lúgubrementemente: yo que vengo á ver por la última vez al asesino de mi madre y de mi amante.

—¿De vuestra madre, señora? exclamó el Condestable. ¿Que yó he asesinado á vuestra madre?

—¡No te acuerdas ya de Salomith! ¡el verdugo ha olvidado á su victima!

—¡Salomith! ¡Salomith era vuestra madre! señora, dijo adelantando el Condestable y asiendo una mano de Judit. ¿Y sabeis quién era vuestro padre?

—¿Qué me importa, esclamó Judit? Lo que me importaba era vengarme, y á eso solo he venido á Castilla. Tenia contra tí un solo odio y ahora tengo dos. Yo te he engañado; te he fascinado; te he perdido, y vengo á gozarme en mi obra.

—Respondedme por piedad, señora, qué edad tenéis. ¿No es verdad que sois jóven? que apenas contais diez y ocho años. Escuchadme, atendedme, por-

(1) Histórico.

que vos no sabeis que hace veinte años, una noche.... Salomith, vuestra madre fue mía.

Judit palideció, dió un grito terrible, fue al ángulo donde estaba Gutierre de Villafranca, le asió furiosa y le trajo delante del Condestable.

— ¡La hija ha matado á su padre, dijo ferozmente Gutierre antes de que Judit le preguntase, y el padre ha amado con un amor de Satanás á su hija!

Hay situaciones en que la pluma así como el pincel son insuficientes para imprimir su pasion en el papel ó en el lienzo. Al fin se aclaraba el horrible misterio de la venganza de los Villafranca. El Condestable cayó de rodillas á los pies del altar, con el corazon roto, anonadado, muerto. Judit arrojó una mirada vaga entorno suyo, lanzó una carcajada horrible y cayó por tierra pálida, tiesa como un cadáver exclamando:

— ¡Parricida, como Juan-sin-Alma! ¡maldita como su raza!

Gutierre se aterró á la vista de su venganza, tembló y se volvió, como buscando un apoyo, á su hermano.

— ¡Aparta, aparta, Gutierre! exclamó Juan de Villafranca: ¡la maldicion de Dios está suspendida sobre nosotros!

Aquel mismo día, el Condestable cabalgando en una mula, fue conducido á la plaza de Valladolid, donde se habia levantado un cadalso, cubierto con una alfombra negra; en él habia un tajo, un altar con un crucifijo de bronce y un madero con un garfio de hierro. De trecho en trecho durante la marcha, desde la calle de Francos, al patibulo se detenia la comitiva, y elregonero gritaba:

«Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor del rey á este cruel tirano, por cuanto él con grande orgullo, é soberbia, é loca osadia, é injuria de la Real Magestad, la cual tiene lugar de Dios en la



Esto es lo postrero que te puedo dar.

»tierra, se apoderó de la casa, é córte, é palacio del rey nuestro señor, usurpando el lugar que no era suyo ni le pertenecía: é hizo é cometió en deservicio de nuestro Señor Dios, é del dicho señor rey, é menguamiento é abajamiento de su persona é dignidad, y del estado y Corónica Real é en gran daño é deservicio de su Corona é patrimonio é mengua de la justicia, muchos é diversos crímenes, é escesos, delitos, maleficios, tiranías é cohechos. En pena de lo cual le mandan degollar; porque la justicia de Dios é del rey sea ejecutada, é á todos sea ejemplo, que no se atrevan á hacer ni cometer tales ni semejantes cosas. Quien tal hace que así lo pague.»

El inmenso pueblo que asistía á esta memorable justicia, estaba aterrado mas que por la enormidad del hecho, por el aspecto verdaderamente maravilloso del Condestable; marchaba á la muerte con la misma serenidad con que otras veces habia marchado al combate y al subir la graderia sobre la cual debia

acabar sus dias, era mas bien un rey que sube á un trono que un reo que sube á su patibulo.

Antes de morir entregó á uno de sus pajes que le habia acompañado, á Pero de Morales, su sombrero y su anillo de sellar, diciéndole:

— Esto es lo postrero que te puedo dar.

Como viese el madero en que estaba el garfio, y preguntase su destino al verdugo, este le respondió:

— Para poner allí, señor, vuestra cabeza.

— Despues de yo muerto, replicó, del cuerpo haz á tu voluntad, que al varon fuerte, ni la muerte puede ser afrentosa, ni antes de tiempo y razon al que tantas honras ha alcanzado.

Despues, como viese á un tal Barrasa, caballero del príncipe D. Enrique, cerca de él le dijo:

— Id y decid al príncipe de mi parte, que en gratificar á sus criados, no siga el ejemplo del rey su padre.

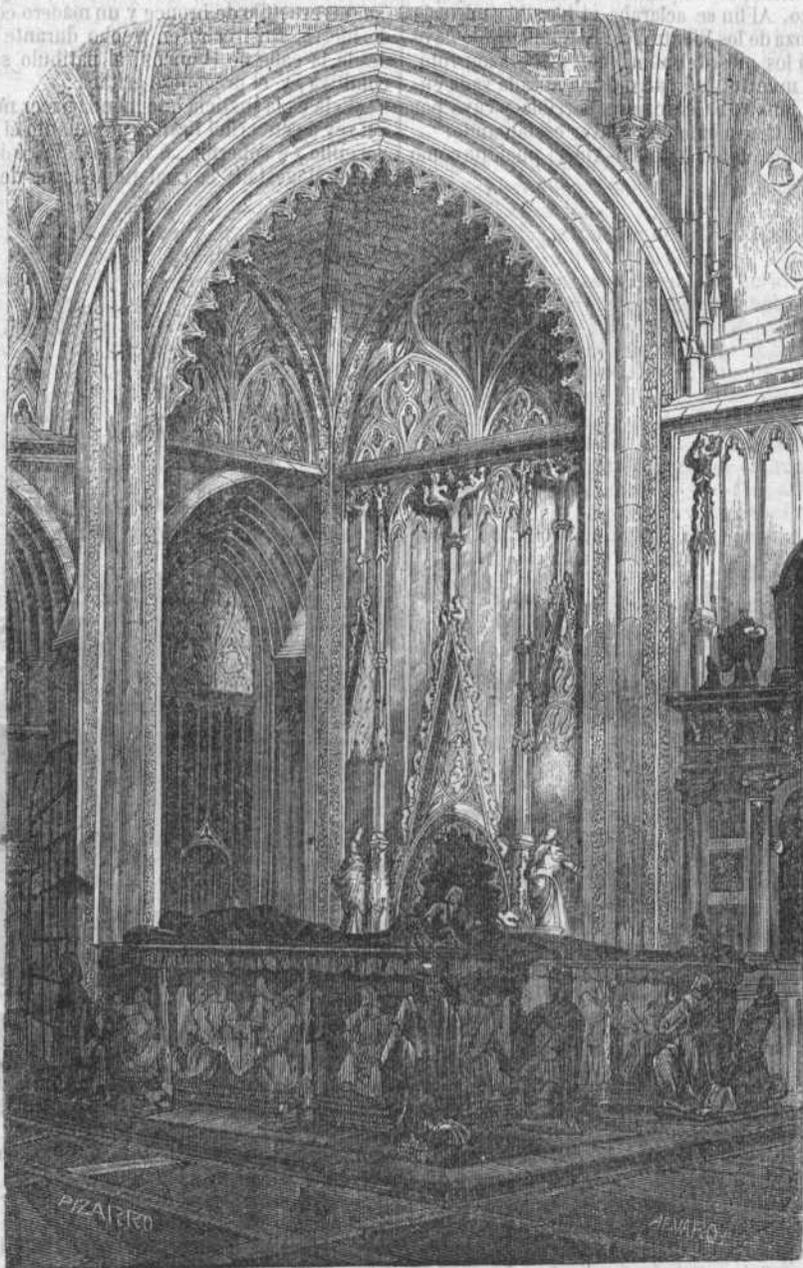
Despues sin muestra de debilidad ni temor dobló su cuello sobre el tajo.

Su cabeza estuvo puesta en el garfio durante tres dias, y el tronco sangriento sobre el cadalso y junto á él una yacia para que echasen limosna con que sepultar á un hombre que en vida habia sido mas poderoso que un rey.

Enterraronle en San Andrés, cementerio de los

ajusticiados; de allí tiempo adelante le trasladaron á San Francisco, y al fin le sepultaron en la capilla que aun existe en la catedral de Toledo, donde está su sepulcro y que lleva su nombre.

Su muerte no fue provechosa á nadie: la reina D.<sup>a</sup> Isabel comprendió tarde que si los enemigos del



Capilla y sepulcro de don Alvaro de Luna.

Condestable eran menos terribles, en cambio eran tambien menos generosos. El rey arrepentido muy pronto de aquella justicia, murió al año, consumido por la tristeza y por el remordimiento. D. Juan Pacheco y sus parientes que habian creído heredar el po-

derio del Condestable con su muerte, vieron durante una larga lucha alzarse otro poder enfrente de ellos. Beltran de la Cueva y la reina D.<sup>a</sup> Isabel la Católica, vengaron sobre aquellos tres revoltosos nobles la muerte de D. Alvaro de Luna.

EPILOGO.

Algunos dias despues y al mediar de cada noche una mujer rebozada acompañada de un hombre, llegaba al cementerio de S. Andrés de Valladolid. La mujer enteramente cubierta con un traje blanco, color de luto en aquellos tiempos, entraba y permanecía arrodillada sobre la humilde sepultura del Condestable. El hombre permanecía fuera. Aquella mujer era Judit, aquel hombre Roboam.

Una noche, antes de que llegasen, llegó un hombre embozado acompañado de algunos otros y llevando una litera, y se ocultaron en las avenidas del cementerio. Al pasar Judit y Roboam, aquellos hombres se arrojaron sobre ella y sobre el embozado. Roboam no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra. El puñal del incógnito se clavó en su pecho, y una voz ronca exclamó:

—Hermano de mi madre! Judit es mia y tú de Satanás; me debias de haberla apartado de mi amor y te cobro dos años de celos.

Aquel hombre era Raab, que salió de Valladolid con la litera donde conducía a Judit, y caminando de noche y ocultándose de dia llegó á la frontera de Granada. Mahomet-Ebn Ot'sman habia sido arrojado del trono por su enemigo Ebn Ismail y Raab, libre de este obstáculo creyó gozar á sus anchuras del amor ó de la posesion de Judit. Pero el acaso que da al traste con los planes mejor concertados, hizo que un amanecer tropezase con el infante Abou'l-Hassan, que habia entrado en algará ó correría por la frontera. Raab defendió como un leon á Judit, pero cayó dominado por

el número, entre los suyos, y el infante maravillado de la hermosura de Judit, á quien creyó castellana la condujo á la Albambra y la encerró en una torre.

Desde entonces los alcaides y los atalayas de las torres vecinas oian de noche una canción triste cantada al son de una guitarra dulce y lánguido suspiro de dolor que el aura conducía sobre las frondas del vecino Generalife é iba á perderse con ella en las márgenes del Dauro.

Otras veces se oian horribles gritos, quejidos sobrehumanos, ayes de desesperacion, y se decia que el infante guardaba en aquella torre una cristiana loca; en fin, cinco años despues, el infante que durante aquel tiempo habia ido todas las noches á rendir su amor á la cautiva, salió llevando en los brazos un recién nacido. Poco despues los fauques del alcázar sacaban el cadáver de una mujer, esta era Judit. El recién nacido era hijo de ella y del infante Abou'l-Hassan. Andando el tiempo aquel niño, que jamás supo quien fue su madre, fue Enim del ejército granadino durante la conquista de Granada, y se llamó Muza Ebu-Abil Gazan. La torre en donde habia nacido se llamó desde la muerte de Judit la torre de la cautiva. Yo he oido contar muchas veces cuando era niño, perdido en las hermosas alamedas de la Albambra, una historia de lágrimas acaecida en aquella torre, y ya hombre he levantado sobre aquella historia el desaliñado libro que acabo de ofrecer al juicio público.

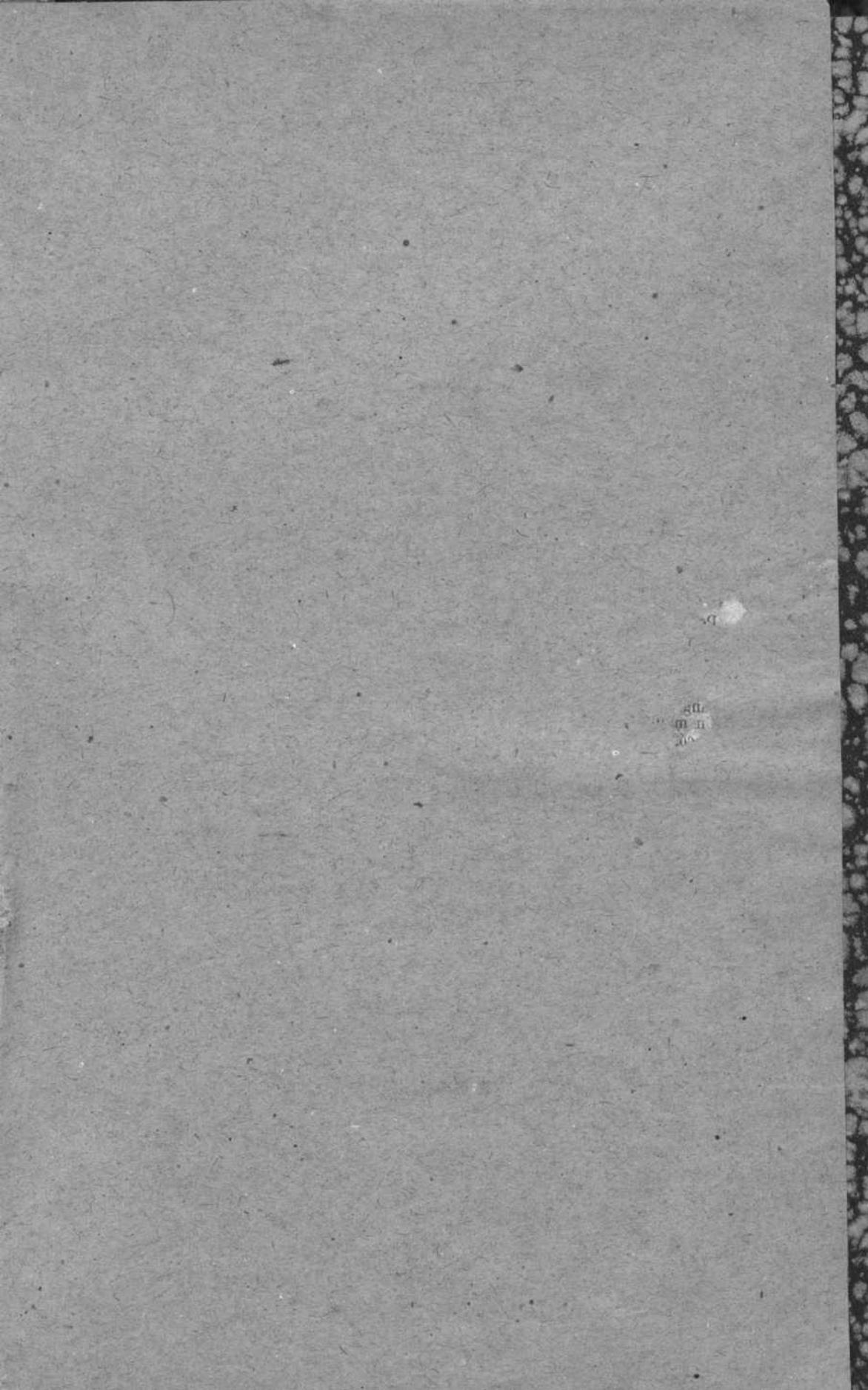
134 CUARTA PARTE.—EL MUCHACHO DE LA LITERA...
135 El cómo se unió el rey Yáñez al...
136 Llegar el logro de su hermano...
137 De cómo favorece las letras en el court...
138 La labor del Galla Hispano...
139 De cómo se descolgó con un...
140 El rey Yáñez. Quando se abrió para...
141 De cómo el Condestable creyó haber...
142 Justicia con el Condestable...
143 De las resacas que tuvo la muerte...
144 Quando él y tanto á esta vez...
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

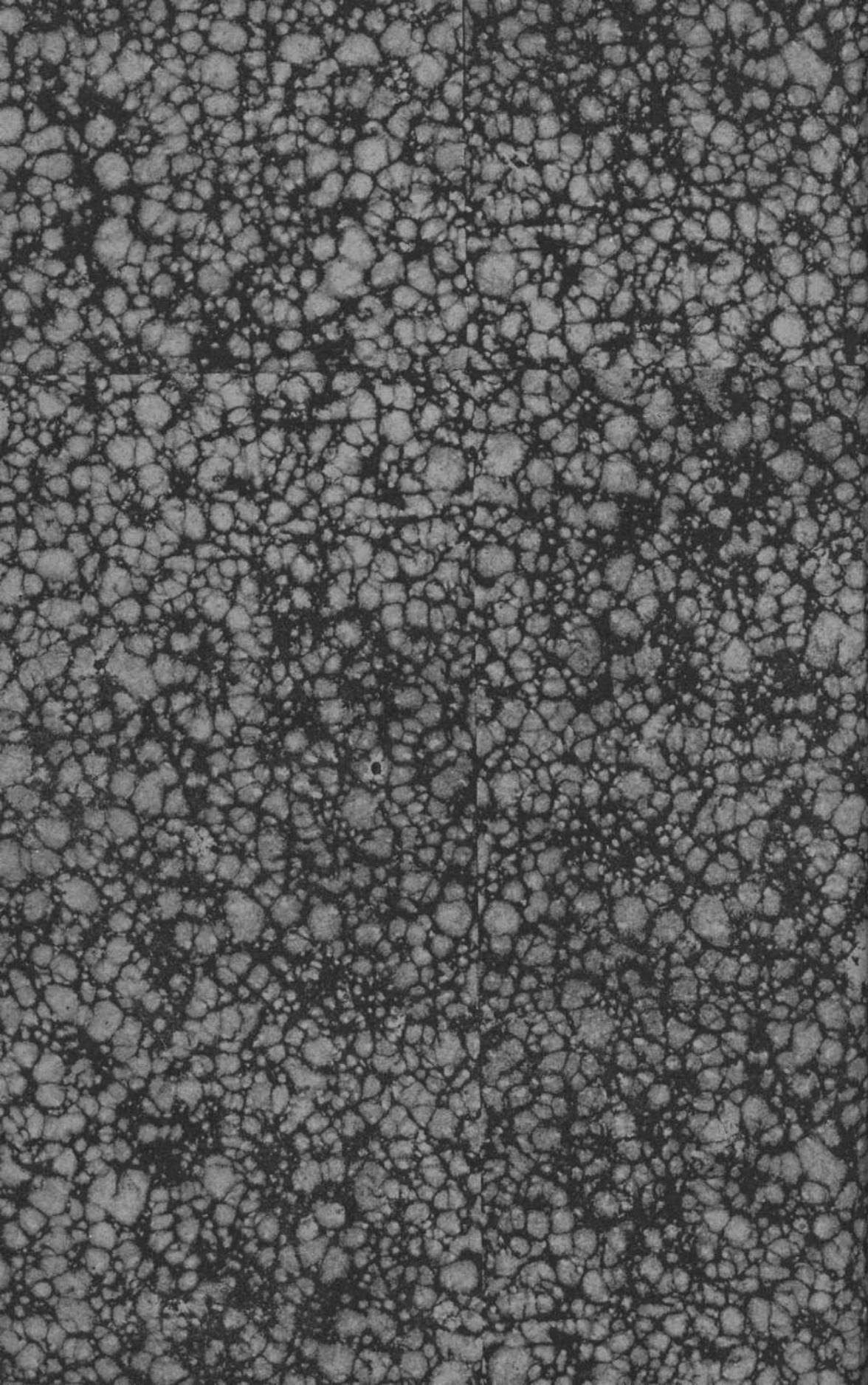
201 En que se sabe para que quita...
202 Para de España...
203 Principio de venanzas...
204 De cómo habia empeñado el...
205 Las conjeturas de poeta...
206 El Condestable visto por...
207 El cómo se unió el...
208 De cómo se unió el...
209 De cómo se unió el...
210 De cómo se unió el...
211 De cómo se unió el...
212 De cómo se unió el...
213 De cómo se unió el...
214 De cómo se unió el...
215 De cómo se unió el...
216 De cómo se unió el...
217 De cómo se unió el...
218 De cómo se unió el...
219 De cómo se unió el...
220 De cómo se unió el...
221 De cómo se unió el...
222 De cómo se unió el...
223 De cómo se unió el...
224 De cómo se unió el...
225 De cómo se unió el...
226 De cómo se unió el...
227 De cómo se unió el...
228 De cómo se unió el...
229 De cómo se unió el...
230 De cómo se unió el...
231 De cómo se unió el...
232 De cómo se unió el...
233 De cómo se unió el...
234 De cómo se unió el...
235 De cómo se unió el...
236 De cómo se unió el...
237 De cómo se unió el...
238 De cómo se unió el...
239 De cómo se unió el...
240 De cómo se unió el...
241 De cómo se unió el...
242 De cómo se unió el...
243 De cómo se unió el...
244 De cómo se unió el...
245 De cómo se unió el...
246 De cómo se unió el...
247 De cómo se unió el...
248 De cómo se unió el...
249 De cómo se unió el...
250 De cómo se unió el...
251 De cómo se unió el...
252 De cómo se unió el...
253 De cómo se unió el...
254 De cómo se unió el...
255 De cómo se unió el...
256 De cómo se unió el...
257 De cómo se unió el...
258 De cómo se unió el...
259 De cómo se unió el...
260 De cómo se unió el...
261 De cómo se unió el...
262 De cómo se unió el...
263 De cómo se unió el...
264 De cómo se unió el...
265 De cómo se unió el...
266 De cómo se unió el...
267 De cómo se unió el...
268 De cómo se unió el...
269 De cómo se unió el...
270 De cómo se unió el...
271 De cómo se unió el...
272 De cómo se unió el...
273 De cómo se unió el...
274 De cómo se unió el...
275 De cómo se unió el...
276 De cómo se unió el...
277 De cómo se unió el...
278 De cómo se unió el...
279 De cómo se unió el...
280 De cómo se unió el...
281 De cómo se unió el...
282 De cómo se unió el...
283 De cómo se unió el...
284 De cómo se unió el...
285 De cómo se unió el...
286 De cómo se unió el...
287 De cómo se unió el...
288 De cómo se unió el...
289 De cómo se unió el...
290 De cómo se unió el...
291 De cómo se unió el...
292 De cómo se unió el...
293 De cómo se unió el...
294 De cómo se unió el...
295 De cómo se unió el...
296 De cómo se unió el...
297 De cómo se unió el...
298 De cómo se unió el...
299 De cómo se unió el...
300 De cómo se unió el...

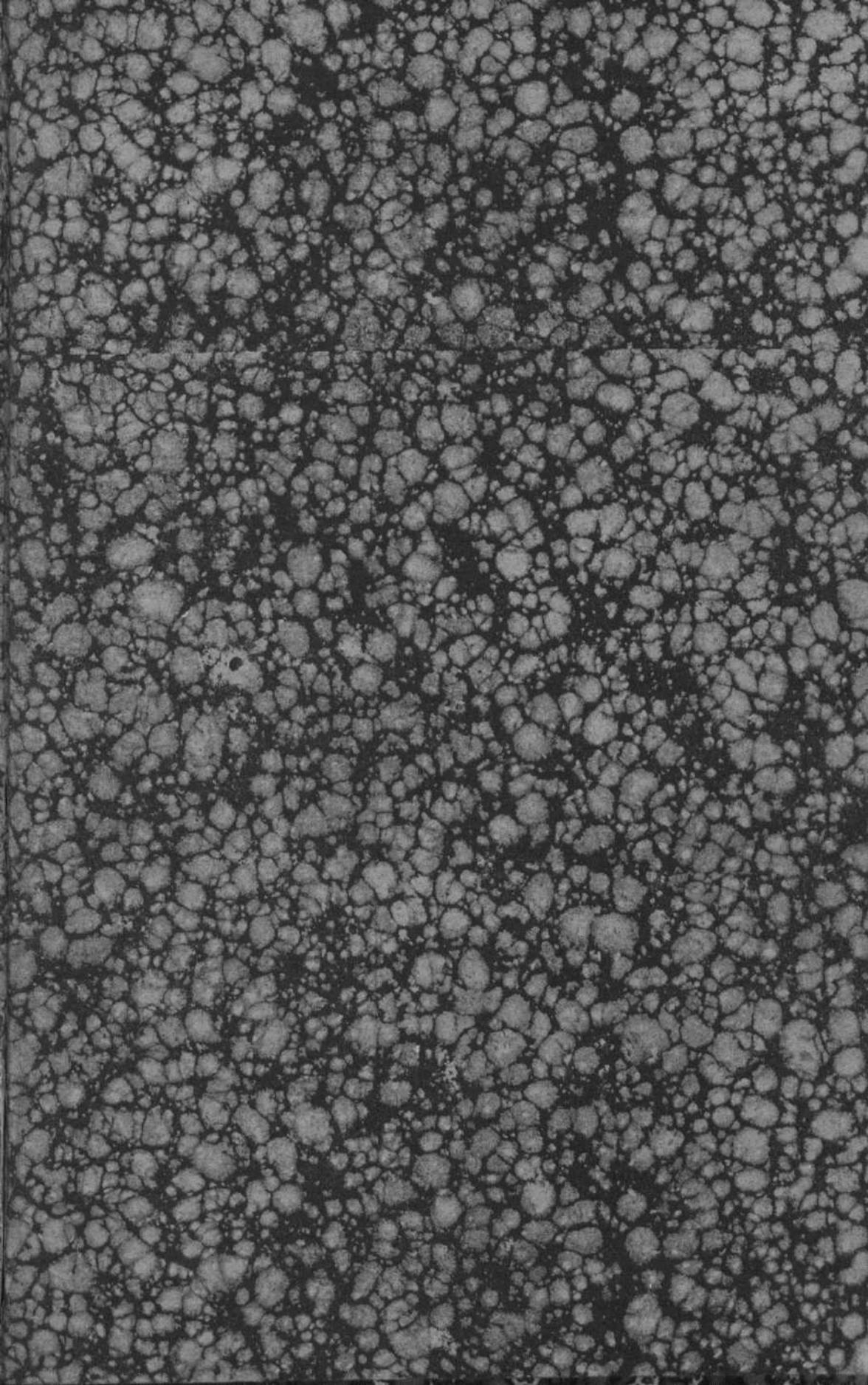
FIN.

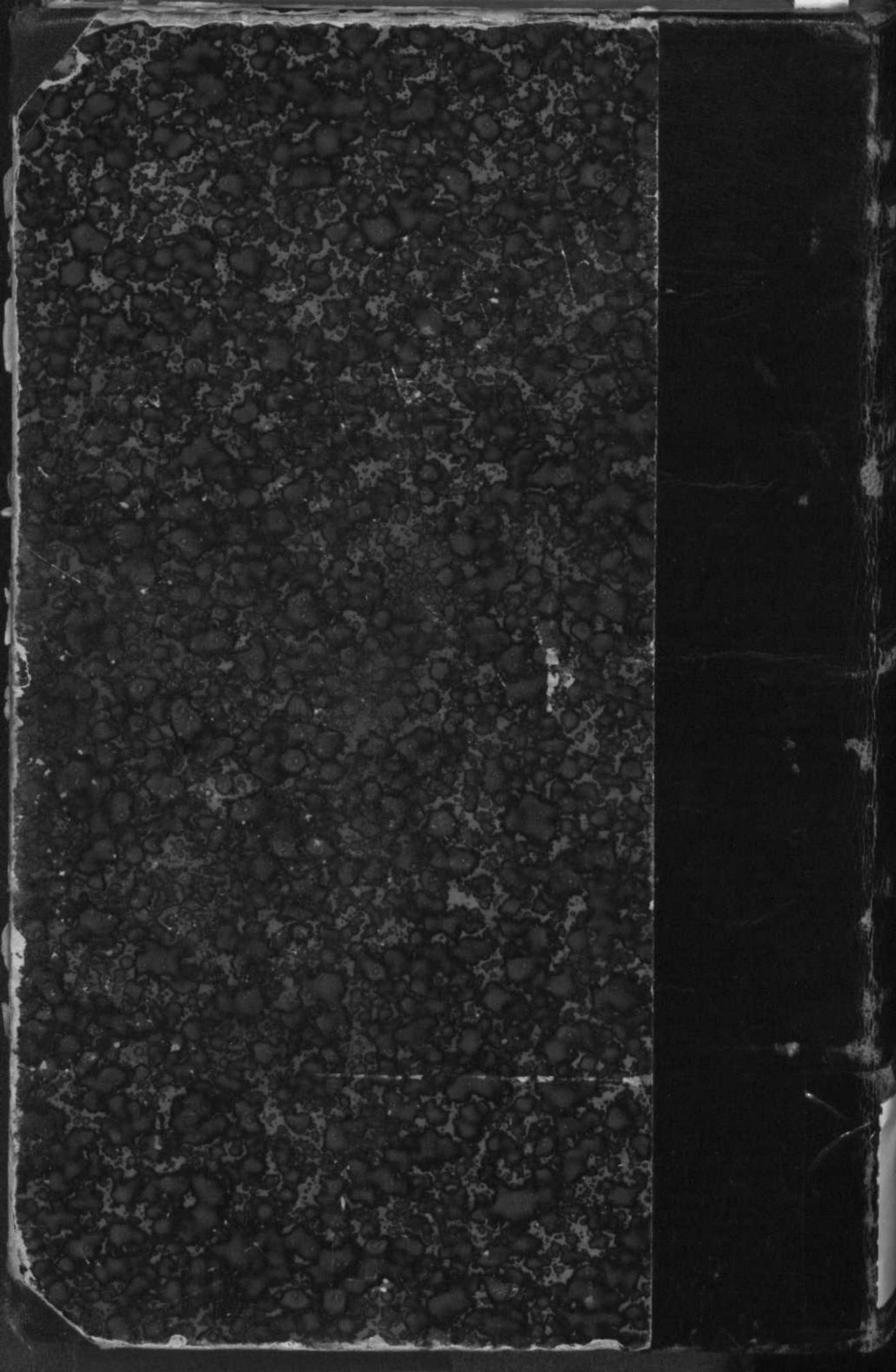
# INDICE.

	Páginas.		Páginas.
PRÓLOGO. Que es muy corto, porque solo sirve para decir cual fue el nacimiento de nuestro héroe.	3	á Barba-larga.	105
PRIMERA PARTE. — JUDIT.	4	<b>TERCERA PARTE.—EL CASTILLO DE JUAN-SIN-ALMA.</b>	107
I. De cómo no se andaban por las ramas para salir de dudas los hidalgos del siglo XV.	id.	<b>LA PRIMERA GENERACION.</b>	id.
II. Algo de doña Judit por fuera.	6	I. La vision del rey.	id.
III. Algo de doña Judit por dentro.	7	II. El caballero sin mote y sin nombre.	110
IV. De cómo un poco por amor y otro poco por odio, se dedicó Judit á la intriga de córte.	10	III. El cumplimiento del plazo.	111
V. Apuntes históricos.	15	IV. El emplazamiento.	114
VI. El Condestable visto por el lado feo.	18	V. El monge.	id.
VII. El maestre de Calatrava. — Para qué queria doña Judit las cartas de donacion del Condestable.	22	VI. Juan sin-alma.	116
VIII. De cómo la avaricia puede reunir en un mismo punto, á un abad joven y rico, y á un judio viejo y pobre.	26	VII. Trenza de oro.	118
IX. De cómo las casualidades deciden muchas veces en los acontecimientos.	29	VIII. Parricidio y sacrilegio.	119
X. Pero Valiente continua siendo caritativo.	34	IX. Espiacion.	125
XI. Empieza á vislumbrarse lo que eran el judio y el verdugo.	38	<b>LA SEGUNDA GENERACION.</b>	127
XII. Continua el lado feo del Condestable.	40	X. El tesoro del rey.	id.
XIII. Sarcasmo y lodo.	52	XI. Lia.	131
XIV. El motin de estudiantes.	45	XII. En que puede verse hasta donde llega la codicia.	133
XV. De cómo los motines pasan y se deshacen como las tormentas.	48	XIII. El rey don Pedro.	136
XVI. De cómo fue preso Pero Valiente con otras cosas que verá el lector.	51	XIV. Odio contra odio.	140
XVII. De lo que aconteció entre Roboam y Gutierre de Villafranca.	56	XV. Fatalidad.	141
XVIII. De cómo eran parientes Gutierre y el judio.	59	XVI. Fuez y verdugo.	142
XIX. El horóscopo del Condestable.	60	<b>LA TERCERA GENERACION.</b>	143
XX. De lo que hizo Pero Valiente aconsejado por el miedo.	62	XVII. La venganza del rey.	id.
XXI. Barba-larga el bandido.	64	XVIII. Brenda.	144
XXII. Dos rebeldes, una escaramuza y algunos cadáveres.	71	<b>LA CUARTA GENERACION.</b>	152
<b>SEGUNDA PARTE. — LOS CORTESANOS DE DON JUAN EL SEGUNDO.</b>	72	XIX. Lo que estaba escrito.	id.
I. Doña Isabel de Portugal.	id.	<b>CUARTA PARTE.—EL MENGUAR DE LA LUNA.</b>	154
II. De cómo; segun el dicho de un tal Rodrigo de Villacorta; lo que no consigue una mujer discreta y hermosa, no lo consigue el diablo.	78	I. De cómo Pero Valiente llegó á ser utilizado por el Condestable.	id.
III. El señor rey don Juan el Segundo.	82	II. Un sarao de aquellos tiempos.	157
IV. El Condestable visto por dentro.	87	III. De la manera misteriosa con que salieron de Valladolid algunos personajes de nuestra historia.	162
V. Una conspiracion de poetas.	91	IV. De cómo el rey don Juan creyendo ir de amores, se encontró cuando menos lo esperaba con asuntos desagradables.	163
VI. De cómo Raab empezó á servir á Judit.	95	V. De lo que pasó aquella noche en casa de Judit y en las ruinas del castillo de Juan-sin-alma.	164
VII. Principio de venganza.	98	VI. De cómo se ingenió Pero Valiente para llegar al logro de su desenredo.	172
VIII. Plan de campaña.	101	VII. De cómo fueron las justas en el corral del alcázar.	173
IX. En que se sabe para qué queria Judit		VIII. La taberna del Gallo Blanco.	177
		IX. De cómo se desenlazó con sangre el embrollo de dos bribones.	179
		X. De qué manera Raab se sirvió para sus asuntos del Condestable.	183
		XI. De cómo el Condestable creyendo hacer justicia cometió un crimen.	186
		XII. De los resultados que tuvo la muerte de Alonso Perez de Vivero.	188
		XIII. Que da fin y remate á esta veridica historia.	189
		Epílogo.	193









... Y GONZALEZ

JUAN RODRIGUEZ  
DE  
SANABRIA

D. ALVARO

DE LUNA

G- 8139